

Programa de Doctorado
“Migraciones y Conflictos en la Sociedad Global”
Fice

TESIS:

ANTROPOLOGÍA DEL DOLOR

Guerra Civil

Hombres de Euskadi:
Sufrimiento y duelo en
Batallones de Trabajadores
Y
Batallones Disciplinarios de
Soldados Trabajadores

Doctoranda: M^a Milagros Lucía Díez Muñiz
Alazne

Director: Dr. D. Patxi Lanceros Méndez



Deusto

Universidad de Deusto
Deustuko Unibertsitatea

Programa de Doctorado

“Migraciones y Conflictos en la Sociedad Global”

Fice

TESIS

ANTROPOLOGÍA DEL DOLOR

Guerra Civil

**Hombres de Euskadi: Sufrimiento y duelo en
Batallones de Trabajadores y Batallones
Disciplinarios de Soldados Trabajadores**

Doctoranda

**M^a MILAGROS LUCÍA DÍEZ MUÑIZ
ALAZNE**

Director

DR. D. PATXI LANCEROS MÉNDEZ

2015

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	5
SIGLAS UTILIZADAS.....	9
INTRODUCCIÓN.....	11
CONCEPCIÓN TEÓRICA DE LA VIOLENCIA.	
- La violencia es una construcción cultural.....	17
- Estado y violencia.....	23
- Sobre los orígenes del fascismo y los movimientos semitotalitarios y totalitarios.....	28
- Guerras y más guerras, como telón de fondo.....	33
- Apostar por la diversidad y la tolerancia es hacer frente a la violencia.....	39
- La violencia y los medios de comunicación.....	43
- Formas de ejercer la violencia.....	47
- El objetivo de la antropología y la labor del antropólogo.....	55
- Hipótesis, objetivo y supuestos de partida de esta investigación.....	57
CONCEPCIÓN TEÓRICA DEL SUFRIMIENTO.	
- El sentir del alma humana ante el sufrimiento.....	64
- Una niña, de entre los llamados “niños de la guerra”.....	66
- Un niño, de los muchos, que sufrió en directo la Guerra Civil.....	71
- Un niño que nació fuera de Euskadi, “de las manos del Partido Nacionalista Vasco”.....	78
- Vínculos de solidaridad y sensibilidad ante el sufrimiento.....	83
- Estado y sufrimiento.....	91
- Conciliar el sufrimiento, el miedo y la esperanza.....	96
- La voz de la víctima, alivia el sufrimiento.....	99
- El sufrimiento se balancea entre el olvido y el recuerdo.....	103

LA GUERRA CIVIL: FRATICIDA, LARGA Y SIN PACTOS.

- Origen de la guerra.....	110
- La guerra era ya una realidad.....	116
- Violencia manifiesta y encuentro con el sufrimiento.....	120
- Fue una guerra fraticida.....	124
- Forjando el futuro.....	128
- Acuerdos y desacuerdos sobre el clero.....	135
- Las circunstancias condicionan el comportamiento del hombre.....	139
- Una guerra larga y sin negociaciones.....	143
- Alegría ante la liberación, expresiones de frustración y privación de libertades civiles.....	148

ASÍ SE VIVIÓ LA GUERRA CIVIL EN EUSKADI.

- Rasgos diferenciadores de la guerra en Euskadi.....	155
- La paz sin libertad tampoco es paz.....	160
- Una guerra que no tenía sentido.....	166
- La muerte vista de cerca.....	171
- La defensa y los avances continuaban.....	174
- Todo se iba perdiendo.....	178
- El cinturón de hierro, no era una muralla infranqueable.....	184
- La ilusión perdida.....	188
- Desencanto y frustración.....	192

CAMPOS DE CONCENTRACIÓN Y BATALLONES DE TRABAJADORES.

- Impotencia ante la máscara de legalidad.....	203
- Los Campos de Concentración, un lugar ex profeso para los cautivos rojos.....	208
- Ubicación, apertura y cierre de los Campos de Concentración.....	215
- El claro cometido de las Comisiones Clasificadoras.....	221
- Los Batallones de Trabajadores y la explotación de los prisioneros.....	226
- Tareas y prisioneros empleados en los Batallones de Trabajadores.....	233
- Nueva reorganización con garantía de continuidad.....	240

PRISIONEROS Y TRABAJADORES EN UN UNIVERSO DE TEMOR,

HUMILLACIÓN Y EXPLOTACIÓN.

- Miedo manifiesto y latente.....	248
- La utilización de los prisioneros; trabajos y servicios “a la carta”.....	255
- Transmisores de órdenes recibidas, corregidas y aumentadas.....	261
- Los que veían al hombre y no al enemigo.....	266
- Conciencias religiosas afectadas.....	270
- El valor y el sentido de compartir y la solidaridad entre la gente.....	277
- Las relaciones personales entre los compañeros-prisioneros.....	285

CAUTIVOS ENTRE OLAS DE MISERIA Y REPRESIÓN.

- El hambre y la escasez de agua fueron compañeros de viaje.....	294
- No sólo era malo el frío del invierno, sino también el calor del verano.....	302
- Las enfermedades y la asistencia médica y sanitaria.....	306
- Allí tengo la familia y me puede ayudar.....	311
- El regreso al hogar que no debieron abandonar.....	315
- El final de una guerra que no había terminado.....	322
- El sentimiento que dejó el paso del tiempo en los entrevistados.....	329

BATALLONES DISCIPLINARIOS DE SOLDADOS TRABAJADORES.

- Perspectiva de la nueva situación.....	341
- De nuevo, el cautiverio, las vicisitudes y las imposiciones.....	346
- Además del hambre, los abusos y los excesos también fueron protagonistas.....	353
- Muertes por fuga, por enfermedad, por negligencia.....	359
- Solidaridad y respeto. Estaban condenados por la misma causa.....	364
- Censura y unión de una Iglesia y de un Gobierno que lo impregnaban todo.....	367
- Tras la etapa final, de nuevo la libertad estaba condicionada.....	376

SÓLO OFICIALMENTE LA GUERRA HABÍA TERMINADO.

- Muertes, represión, aislamiento y racionamiento.....	381
- El poder del Ejército, de la Iglesia y de Falange.....	384
- La sociedad continuaba caminando y los años iban pasando.....	390

- Particularidades de presión y represión en Euskadi.....	394
- El nacimiento de ETA.....	399
- Los movimientos sociales como generadores de cambio.....	409
- El final del franquismo.....	418
- El duelo y el proceso en la superación del sufrimiento.....	420
- El derecho y el deber de recuperar la memoria histórica.....	424
 CONCLUSIÓN.....	 429
 BIBLIOGRAFÍA.....	 437
 CUESTIONARIOS.....	 443
 ANEXOS.....	 459
 LISTA DE PERSONAS ENTREVISTADAS.....	 501

AGRADECIMIENTOS

Por medio de estas líneas, quiero mostrar mi agradecimiento a las instituciones y a las personas, que de una u otra manera, han colaborado con su apoyo y su contribución a que haya podido llevar a cabo el desarrollo de mi formación doctoral; a aquéllas que me han brindado sus testimonios y sus conocimientos y que los he recogido a través de mi trabajo de campo y en definitiva y con todo ello, a todas las que han permitido que mi labor de investigación haya culminado en la elaboración de la presente tesis doctoral:

A Bilbao Bizkaia Kutxa por su aportación mediante la “ayuda económica de estudios a empleados” y a la Universidad de Deusto, tanto a los profesores del Programa Doctoral “Migraciones y Conflictos en la Sociedad Global” y de forma especial, al Dr. D. Francisco Ferrándiz Martín, como a los compañeros que me han beneficiado con sus puntos de vista y de manera particular, a mi compañero y amigo, Rufino Díaz Cervantes, en quien he encontrado siempre una mano tendida y unos acertados criterios. También mi reconocimiento particular, al Dr. D. José Luís Villacorta Núñez, por su manifiesta cercanía y por su valiosa y constante cooperación en la dirección de mi tesina que me permitió la obtención del Certificado-Diploma de Estudios Avanzados.

Al Dr. D. Patxi Lanceros Méndez, por un lado, por aceptar la dirección de esta tesis y, por otro, por facilitarme tanto los elementos necesarios como las orientaciones precisas para ultimar mi labor. Así mismo, a los miembros del Tribunal, por su valiosa aportación en beneficio de mi formación doctoral.

Al político D. Xabier Arzalluz Antia, al sacerdote D. Txomin Bereciartua Aramburu y al historiador Dr. D. José Antonio Pérez Pérez, por sus enriquecedores conocimientos y variados puntos de vista.

A aquellas personas que formaron el mundo de los batallones de trabajos forzosos y que quisieron compartir conmigo sus recuerdos: sus alegrías, sus

tristezas, sus privaciones, sus miedos... e incluso, en algún caso, hasta sus lágrimas: D. Francisco Alonso Uriarte, D. Elías Díez Aguirregoitia, D. Agustín Eguiazabal Garibi, D. José Moreno Torres (que también permaneció en diversas cárceles), D. Benito Otazua Asua, D. José María Otsoa de Txintxetru y Oñate (así mismo, ingresado en diferentes cárceles) D. Evaristo Santafé Blasco y junto a ellos, mi agradecimiento a D. Koldo, el hijo de D. Agustín Eguiazabal, que le acompañó durante la entrevista y a D. Iñaki Sagasta, que me aportó diversa documentación y testimonios de su aita, D. Alejandro Sagasta Azcoaga, ya fallecido.

A Dña. Ana Aja Fuentes (esposa de D. Francisco Alonso), a Dña. Miren Bilbao Ibarrondo (esposa de D. José María Otsoa de Txintxetru), a Dña. Carmen, de Mora de Rubielos y a otra mujer, de la misma localidad, que me hicieron partícipe de una parte de sus vivencias.

A D. Joseba de Aguirre Zabala, a D. Jesús Etxarri Fernández y a Dña. Miren Solaberrieta Mendiola, quienes en su niñez y de manera diferente en cada caso, tal y como se desprende de sus testimonios, sufrieron por extensión las consecuencias de la guerra.

A D. Josu Bilbao Kos y a D. Juanjo San Sebastián Arroyo, ambos pertenecientes al mundo de ETA, quienes nos dejan constancia de los objetivos que persiguieron en una época determinada, de sus luchas, de sus encarcelamientos, de sus ilusiones, de sus frustraciones...

A aita, por un lado, porque es a quien le debo mi interés sobre este tema y, por otro, por la manera en la que nos transmitió sus vivencias, esto es, siempre sin acritud y sin rencor; a ama, que supo amoldarse con serenidad a las circunstancias de una larga temporada de estrecheces y privaciones y que con sus aportaciones y experiencias ha contribuido a incrementar mis conocimientos del ambiente reinante en aquella sociedad particular que significó la guerra y la posguerra; a Mari Eli, mi hermana, con quien he compartido las mismas experiencias de aita y quien me ha ayudado en la búsqueda de documentación de su período de cautiverio y a Miguel Ángel, mi

marido, por sus comentarios, por sus acertadas precisiones, por la paciencia que siempre me ha demostrado y por el tiempo de disfrute, al que no pocas veces ha tenido que saber renunciar, para que pudiera yo proseguir con mi trabajo.

SIGLAS UTILIZADAS

BDT	- Batallones Disciplinarios de Trabajadores.
BDST	- Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores.
CGG	- Cuartel General del Generalísimo.
CNT	- Confederación Nacional del Trabajo.
ELA	- Euzko Langileen Alkartasuna - Solidaridad de los Trabajadores Vascos.
ETA	- Euskadi ta Askatasuna - País Vasco y Libertad.
FET	- Falange Española Tradicionalista.
FRAP	- Frente Revolucionario Antifascista y Patriota.
HB	- Herri Batasuna - Unidad Popular.
HOAC	- Hermandad Obrera de Acción Católica.
ICCP	- Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros.
JONS	- Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista.
LAB	- Langile Abertzaleen Batzordeak - Comisiones de Obreros Abertzales.
MIR	- Movilización, Instrucción y Recuperación.
OCDE	- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico.
PC	- Partido Comunista.
PNV	- Partido Nacionalista Vasco.
PP	- Partido Popular.
SOE	- Partido Socialista Obrero Español.
UGT	- Unión General de Trabajadores.
UPV	- Universidad del País Vasco.

INTRODUCCIÓN

En este trabajo se presenta el resultado de una investigación realizada en relación con los procesos de violencia y sufrimiento que se dieron de forma general en la Guerra Civil y durante el franquismo y de manera específica y como tema central de mi investigación, en prisioneros de Euskadi que fueron incorporados a Batallones de Trabajadores que tuvieron su origen y tomaron cuerpo durante la Guerra Civil y a Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores y con la problemática que la violencia y el sufrimiento vivido por la población plantea a la antropología del dolor.

El enfoque teórico desde el que son seleccionados y destacados los hechos que ocuparon un período de tiempo tan dilatado, es el antropológico-histórico y en la implementación de la metodología se analizan historias de vida y experiencias de supervivientes. Para la obtención de testimonios a través del trabajo de campo y como punto de partida, se han preparado unas preguntas que han sido recogidas en un cuestionario¹ pero, además y en todo momento, los informantes han tenido total libertad para exponer los relatos y los sentimientos que han creído necesarios aportar. Así mismo, se revisa la literatura generada sobre el tema.

En relación con el marco teórico conceptual, se tienen en cuenta aspectos, tales como, violencia, sufrimiento, concepto de guerra, dolor, duelo, memoria histórica..., así como sus significados, interpretaciones y aplicaciones para entender la relación entre el concepto de víctima y las experiencias que dejó la Guerra Civil, particularmente en Euskadi y de forma especial y como cuestión principal de investigación, las que fueron vividas por los integrantes de los Batallones de Trabajadores y de los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores.

Para profundizar en todo ello, el trabajo ha sido distribuido en nueve capítulos y un apartado final de conclusiones:

¹ en el número 1 para ambos tipos de batallones.

El primer capítulo hace referencia a la concepción teórica de la violencia, donde tomando como punto de partida que la violencia es una construcción cultural, se analiza el papel que pueden desempeñar los diferentes Estados, así como los medios de comunicación, en el mantenimiento o en el incremento de la violencia o en la búsqueda de la paz; una paz que para que sea efectiva y duradera en el mundo globalizado y diverso en el que nos encontramos, debe ser canalizada y conseguida a través de la palabra y de la tolerancia. Así mismo, se analizan las diferentes formas de ejercer la violencia, así como la labor que le corresponde a la Antropología en su investigación y estudio dentro de un proceso interdisciplinario.

El segundo capítulo está relacionado con la concepción teórica del sufrimiento que, al igual que ocurre con la violencia, también puede entenderse relativo a cada cultura y a cada persona, es decir, no todos los individuos sufren por las mismas cosas ni reaccionan de igual manera ante el sufrimiento, de lo que se deduce que, tampoco emplean los mismos mecanismos de control frente al dolor. Un sufrimiento que puede ser mitigado cuando se ve envuelto en manifestaciones de solidaridad y de apoyo o incrementado mediante muestras de violencia, que no pocas veces, provienen de la ejecución del propio Estado, con el agravante de que no siempre el dolor sufrido puede ser exteriorizado, contado y consiguientemente, compartido.

En el tercer capítulo se describen los factores más relevantes que propiciaron el origen, el desarrollo de una guerra fratricida, larga y sin negociaciones y la violencia social que desgarró la estabilidad del día a día de todo el Estado, haciendo que lo familiar se hiciera extraño y donde una población civil armada tuvo una implicación y una participación muy importante, a lo que habría que añadir el papel y la trascendencia que ocupó el clero, lo que propició numerosas muestras de aceptación por una parte de la sociedad, pero también de frustración y de rechazo por otra. En el cuarto capítulo se especifican los rasgos diferenciadores de la guerra civil en Euskadi y el desvanecimiento de muchas de las esperanzas de una parte importante de la población.

Del capítulo quinto al octavo se estudian los Batallones de Trabajadores y los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, tema central de este trabajo de investigación:

En el capítulo quinto se detalla y analiza lo que podríamos denominar toda la estructura legal, normativa y burocrática del Estado y que configuró el régimen de los numerosos campos de concentración; el papel seleccionador desempeñado por las comisiones clasificadoras, mediante cuya clasificación, a unos prisioneros se les concedía la libertad o se les integraba en el bando sublevado, a otros se les ponía a disposición de los tribunales para acceder al mundo carcelario para cumplir su condena o para ser ajusticiados y a otros se les incorporaba a los trabajos forzados que se llevaron a cabo por medio de los Batallones de Trabajadores, dentro de un universo de abuso de poder, de improvisación y de carencias.

En el capítulo sexto se estudia la vida de los Batallones de Trabajadores, donde el miedo fue una muestra clara de dominación dentro del concepto de disciplina y donde la arbitrariedad en las actuaciones de los dominadores podía suavizar o incrementar las limitaciones del día a día. Dentro de esa arbitrariedad y como corresponde a la ambigüedad del ser humano, no faltaron quienes se encargaron de aumentar y endurecer las órdenes recibidas pero, tampoco aquellos otros que se esforzaron por reducir la intolerancia y por buscar métodos respetuosos de convivencia con los prisioneros. En este apartado se contempla el valor que se otorgaba al compartir y a la solidaridad, un aspecto que podía manifestarse por parte de la gente hacia ellos, entre los propios cautivos e incluso, por parte de los prisioneros hacia otras personas.

En el capítulo séptimo se describen las carencias y limitaciones cotidianas, donde el hambre y la escasez de agua fueron compañeros inseparables de viaje; donde el frío del invierno sin ropa apropiada para afrontarlo o los lugares inadecuados para pernoctar hacían la vida insufrible o donde el calor del verano, tampoco dejaba de cobrar su tributo; donde las enfermedades junto a la escasa asistencia médica y sanitaria originaron consecuencias graves y altas tasas de mortandad... Y después de la penosa andadura, el regreso a casa,

pero un regreso que para muchos de ellos no tuvo carácter definitivo, ya que nuevamente tuvieron que enfrentarse a los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores y para todos ellos, un mundo lleno de privaciones, de falta de libertades y de un final que no había terminado.

En el capítulo octavo se contempla el entorno que configuraron los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, en el que varias de las personas entrevistadas se vieron incorporadas para cumplir con el servicio militar, después de haber permanecido anteriormente en Batallones de Trabajadores o en cárceles, en su calidad de perdedores con una deuda pendiente que pagar. Un mundo que no había mejorado respecto al período anterior, cargado de nuevas imposiciones, de castigos, de abusos, de excesos, de torturas, de hambre hasta llegar a provocar auténticas situaciones humillantes y ofensivas, de muertes protagonizadas por fuga, por enfermedad o por negligencia... y tras la etapa final, nuevamente una libertad condicionada.

En el capítulo noveno se exponen las consecuencias de la Guerra Civil y de aquella larga noche que fue la dictadura franquista, donde un Estado autoritario, recordando y olvidando de forma selectiva, no sólo no fue capaz de saldar sus cuentas con el pasado antes de pasar página, sino que siguió incrementando la violencia y el sufrimiento y dejando un buen número de vidas marcadas y truncadas, simplemente por el mero hecho de no interiorizar unos patrones o valores ideológicos impuestos. Junto a todo ello, una fuerte represión simbólica contra todo sentimiento de identidad, de pertenencia a una comunidad dada, continuó su andadura por Euskadi, lo que originó una clara oposición y dio origen al nacimiento de ETA.

El objetivo que me ha movido a la elaboración de esta tarea es:

- El anhelo de reconocer, después de casi ochenta años de iniciada la guerra, la violencia y el sufrimiento oculto vivido y el tratar de revisar, analizar y hacer justicia a todo lo que fue aquel mundo de nobleza y vileza que rodeó al ser humano.

- El posicionarme en contra del pretendido deseo de hacer oídos sordos, del entendimiento de que todo ha prescrito, de que es mejor no mirar hacia atrás o de que el tiempo todo lo cura y deben ser ignoradas tantas injusticias, tantos sufrimientos y tantas muertes de inocentes, con sus ilusiones, con sus valores, con ideales o sin ideales políticos, como los que se dieron y que no tuvieron razón de ser.

- El contribuir desde la antropología del sufrimiento a las discusiones teóricas y a la aportación en la recuperación de la memoria histórica de Euskadi porque, hacer justicia de la memoria histórica, no es sólo conocer o recordar el pasado “por encima”; pasado, por otra parte, que aún no ha concluido para muchas familias afectadas, sino considerar que hay experiencias de sufrimiento que todavía no han sido contadas, o que no han sido suficientemente escuchadas o debidamente entendidas; heridas todavía sin cerrar; deudas pendientes de saldar; injusticias no reconocidas que reclaman ser relatadas; en definitiva, dolor escondido y vivencias individuales que deben permitir entender la historia y el dolor colectivo sufrido y reconstruir el tejido social, el sentido de comunidad y el de pertenencia. La historia, la mirada, la perspectiva, el lado oculto de la realidad y la verdad de las víctimas deben salir también a la luz y deben ser contrastadas por los herederos de los vencedores y de los vencidos, con la historia oficial, siempre contada y en muchísimas ocasiones sesgada, tergiversada y utilizada en beneficio de los que ostentan el poder. Porque, posicionándonos con Reyes Mate (1991 : 226), “posiblemente no existe atropello mayor que ignorar la evidencia de los derechos pendientes de quien fue injustamente tratado”. Ello es, como seguir perpetuando las injusticias y el poder del enemigo. La inquietud por desenmascarar la que ha sido la única verdad, es decir, la de los vencidos y ayudar a rescatar del olvido la memoria histórica, es algo que se ha convertido en nuestros días en una constante que implica a todos los continentes y a la que el Estado español tampoco es ajena porque, ser herederos de un pasado histórico conlleva el conocimiento y la actualización de un presente y la construcción de una sociedad de futuro, sin vencedores ni vencidos.

- El colaborar en el proceso de construcción de una paz duradera porque, partiendo de la base de que “lo ocurrido ya no tiene retroceso”, la consecuencia a destacar consistiría en incidir sobre la importancia de la reconciliación.

CONCEPCIÓN TEÓRICA DE LA VIOLENCIA

*Bortizkeria oinazeari lotuta badatorkio
eta gizaki guztiok pairatzen badugu,
zertarako tematu¹*

Cuando la violencia inicia su viaje, su compañero inseparable de camino será siempre el sufrimiento; pero sería un error pensar que la violencia sólo es atribuible a la voluntad de la conducta individual, por el contrario, existen componentes que crean, ponen en marcha y refuerzan valores que alientan la cultura de la violencia, cuando no son las propias instituciones las que la ponen en práctica.

La violencia es una construcción cultural.

Los contenidos de todo aquello que heredamos del pasado conforman la herencia de una sociedad. En el nivel macro, lo que hereda una sociedad de una fase anterior de un proceso histórico es la “herencia histórica”; en el nivel medio, lo que una comunidad hereda de fases anteriores de la vida en grupo es la “herencia del grupo” y en el nivel micro, lo que un individuo hereda de fases anteriores de su biografía es la “herencia personal”.

Durante el primer cuarto del siglo XIX, se expandió en Europa la imagen de un individuo que impone su voluntad a la naturaleza o a la sociedad. Concretamente, en 1820, surgieron poetas y filósofos que consideraban que la cosa más noble que puede realizar un hombre es servir a su ideal interior, aun a costa de su propia vida y sin importar si el ideal es verdadero o falso, sino como respuesta a un imperativo categórico, a una llamada interior que siente y que debe aceptar. Como objetivo final, se trataba de hacer lo que interiormente se consideraba justo, para lo cual, la vida era un medio que debía ajustarse para lograr el fin. De todo ello se deduce que, cuando los ideales de dos

¹ Si la violencia está unida al sufrimiento y todos los humanos lo padecemos, para qué seguir insistiendo.

personas entraban en confrontación, era preferible el enfrentamiento a muerte, antes de prescindir de las creencias. El individuo, el grupo, la nación y la Iglesia empezaron a buscar sus propios objetivos. El ideal romántico, llevado a su forma más fanática, entendía así la fidelidad del hombre a sus propios objetivos, aunque con ello ocasionara destrucción, desastre o muerte por doquier (Berlin, 1992 : 176-182).

Para Eichmann (Arendt, 1999 : 68-69), uno de los principales oficiales nazis relacionado con la administración de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial, un idealista no era aquél que simplemente creía en una idea, sino que era la persona que vivía para su idea y que estaba dispuesta a sacrificarlo todo y a todos por ella. Cuando afirmó que habría enviado a la muerte a su padre, en el supuesto de que se lo hubiesen ordenado, no solamente quería decir hasta qué punto estaba obligado a obedecer las órdenes recibidas y hasta qué punto las cumplía complacido, sino que quería dejar claro, lo gran idealista que se sentía. Mantenía la idea de que, el idealista perfecto también tenía sus propios sentimientos personales, pero jamás permitía que pusieran obstáculos a su actuación, en el caso de que contradijeran su idea.

Para Eichmann, el doctor Rudolf Kastner fue el más grande idealista de entre los judíos que trató, con quien mantuvo contactos en el tema de las deportaciones de los judíos de Hungría y con quien acordó que Eichmann permitiría la salida ilegal de varios miles de judíos a Palestina, en trenes protegidos por policías alemanes, a cambio de que se mantuviera la paz y el orden en los campos de concentración, desde los cuales cientos de miles de personas judías fueron dirigidas a Auschwitz. Los varios miles de judíos que se salvaron gracias a este acuerdo, todos ellos personas destacadas, eran, en palabras de Eichmann, “el mejor material biológico”. Según él, el doctor Kastner “había sacrificado a sus hermanos de raza en aras a su “idea”, tal como debía ser”.

Además de lo anteriormente expuesto, hay unas aportaciones que nos proporciona el humanismo romántico y que básicamente podrían describirse, de la siguiente manera: Primero, “antes que el creador de valores está el

hombre mismo”, por consiguiente a él no puede sacrificársele en nombre de nada superior; esto es a lo que se refería Kant (Berlin, 1992 : 188) cuando mencionaba al hombre como un fin en sí mismo y no como un medio para un fin. Segundo, “que las instituciones no están hechas sólo por los hombres, sino también para los hombres y cuando no les sirven deben desaparecer”. Tercero, “que los hombres no deben ser sacrificados, ni en nombre de ideas abstractas, por muy elevadas que sean, como el progreso o la libertad del género humano, ni de instituciones”, dado que no tienen un valor absoluto y lo que tienen se lo han proporcionado los hombres, que son los que pueden imprimir el carácter sagrado a las cosas; por tanto, cualquier tentativa de posicionarse en contra de ellas o de modificarlas, no significa una sublevación contra mandamientos divinos, que deba llevar el castigo de la destrucción. Cuarto, “que el peor de todos los pecados es degradar o humillar a seres humanos en nombre de algún lecho de Procrustes en el que se les obligue a encajar contra su voluntad, una norma con cierta autoridad objetiva indiferente a las aspiraciones humanas” (Berlin, 1992 : 187-188).

La violencia tanto física como psicológica, manifiesta o latente, no tiene un único perfil; los grados, a la hora de ejercerla, no son iguales; el modo de materializarla no se mantiene inalterable; su mayor o menor legitimidad se modifica con el devenir del tiempo; la sensibilidad e importancia que se otorga a cada tipo de violencia varía y lo que se entiende por violencia en una determinada sociedad, tampoco debe corresponder con la idea de otra sociedad. Es decir, la conciencia individual, colectiva y social es un depósito de recursos, con conceptos, símbolos, códigos, estructuras, etc., para las interpretaciones. Así, pues, podríamos decir que existen diferencias explicativas propias no sólo de cada cultura sino de cada colectivo, sobre qué se entiende por violencia; el fuera de razón y de justicia para unos, puede entrar dentro de la naturalidad por la tradición, por la costumbre, por los ritos o por las instituciones para otros, porque las personas definen, conciben y eligen los factores de su situación y actúan sobre la base de sus percepciones y evaluaciones.

Por tanto y para poder entender su complejidad y diversidad, se hace precisa su segmentación y de esta manera nos expresamos frecuentemente, tal y como indican Ferrándiz y Feixa (2004 : 159-160), con términos como, “violencia juvenil, de género, sexual, étnica, racista, familiar, ancestral, endémica, terrorista, discursiva, abierta o simbólica, corporal o psíquica, cotidiana o estructural, de alta o baja intensidad, violencia legítima o criminal o víctimas y perpetradores de la violencia”. Pero y aun reconociendo que estas parcelas disponen de un importante valor interpretativo para hechos concretos, en otros casos pueden resultar insuficientes o confusas, por lo que es preciso cercar el rango de lo que creemos que es violencia, esto es, “discutir sus límites, modalidades, contextos y consecuencias”. Podríamos concretar diciendo que, esta particularidad de no otorgar un único significado a la violencia requiere que sea estudiada “no tanto como un *acto* sino como un *continuo*, no tanto como excepción sino como normalidad, no tanto como política sino como cotidianidad, no tanto como estructura sino como símbolo, no tanto como amenaza de guerra sino como negociación de paz”.

De lo anteriormente expuesto puede deducirse que, subjetividad y objetividad se entremezclan, dando como resultado que el término de violencia en sí mismo sea muy complejo porque podríamos preguntarnos, por ejemplo, dónde encajamos mucha de la violencia social que genera la competición deportiva en nuestros tiempos y que, a menudo, la percibimos como algo normal y habitual. Esta relatividad y al mismo tiempo complejidad, sin embargo, no nos oculta la cara de la violencia manifiesta constante que se ejerce sobre los derechos e incluso, sobre las vidas de los seres humanos.

El cuestionarnos sobre lo que es bueno y lo que es malo y hacer una valoración, nos llevaría a la conclusión de considerar como malo todo aquello que va en contra de la conservación de la especie y lo que pone en peligro la convivencia, como ocurre de manera especial cuando se lleva a cabo una agresión. Pero, profundizando aún más, podríamos tratar de saber si, además de las normas de origen cultural que se entienden justificadas, hay otras que son innatas y están incrustadas biológicamente en la especie humana. La teología moral entiende que el hombre siente en su interior como un imperativo

que le impulsa a hacer lo que está bien moralmente y no lo que está mal, y que esto es innato en él. Así, el significado de lo que se entiende como bueno y como malo es una cuestión de deducción, que implica como comportamiento el respeto a la personalidad, es decir, el amor y en definitiva, el respeto a la vida del prójimo.

La antropología rechaza la idea de que la violencia sea biológica y la considera como una construcción cultural (Ferrándiz y Feixa, 2004 : 161)². Obviamente, esto no quiere decir que el conflicto no esté presente de una u otra manera en todos los individuos, sino que algunas sociedades son mucho más conflictivas que otras y el modelo de conducta a la hora de resolver las diferencias, varía ostensiblemente (Howard Ross, 1995). Es decir, aunque la violencia presenta los medios, las piezas de ejecución, es la cultura la que se encarga de la tarea de determinar, justificar y dar legitimidad a sus fines o lo que podríamos llamar su potencial de violencia, a la vez que unas culturas logran un control mejor que otras, en lo que podríamos denominar eficiencia en la sublimación de la violencia.

Fichte (Berlin, 1992 : 211-213), que se mostraba admirador de la Revolución Francesa, frustrado por el terror y humillado por las penas de Alemania, defendía la razón y la armonía con un marcado sentimiento discursivo. En su opinión, un hombre toma conciencia de ser lo que es, cuando encuentra resistencia. El impacto que provoca en cada persona lo que es ajeno y el esfuerzo en materializar esa oposición, le hace darse cuenta de lo que es lo suyo en contraposición a lo que no lo es: mi cultura, mi idioma, mi nación, mi tradición histórica, mi verdadero pueblo. Para Fichte, la libertad es la esencia del hombre, pero aún siendo un valor sublime, es al mismo tiempo peligroso: “no la naturaleza, sino la libertad misma produce el desorden mayor y más terrible de nuestra raza... el hombre es el enemigo más cruel del hombre”. Las

² A pesar de que las definiciones reduccionistas de violencia (tanto de corte biológico como psicológico) tuvieron hegemonía durante largo tiempo, existe cada vez más consenso en la comunidad académica transdisciplinar en una determinación holística como la presentada por la Organización Mundial de la Salud: “a) uso intencional de la fuerza objetivada o como amenaza; b) dirigida contra uno mismo, otra persona, grupo o comunidad; c) cuya intención es la de causar daño (físico o psíquico); d) construida socioculturalmente y situada en un tiempo y espacio histórico específico (OMS, 2003)”.

naciones civilizadas son libres, tanto para vivir en paz como para hacer la guerra y “la cultura no es un freno de la violencia sino su instrumento”. Se posiciona a favor de la paz, pero si debe elegir entre la libertad, con su potencial violencia, o la paz sometida a las fuerzas de la naturaleza, apuesta, sin ningún lugar a dudas, por la libertad.

Para reafirmar la teoría del carácter cultural de la violencia, a modo de ejemplo, se hace una breve descripción de dos sociedades cuya forma de entender la vida es totalmente diferente y consecuentemente, también lo es su comportamiento,

El pueblo horticultor yanomamo mantiene unas relaciones interpersonales llenas de tensión, hostilidad y violencia manifiesta; la ideología bélica forma parte de su manera de entender la vida. Los enemigos imaginarios aparecen por todas partes y desconfía constantemente de la ayuda de los demás. El patrón de agresividad con la comunidad en general y con las muchachas en particular, se hace patente en la socialización de los jóvenes. La ausencia de manifestaciones de cariño se entiende como normal entre padres e hijos y la agresividad de los hombres adultos sobre las mujeres es la práctica habitual en sus relaciones (Howard Ross, 1995 : 21-25).

El preguntarnos acerca del origen de este comportamiento conflictivo, nos llevaría a reflexionar sobre la importancia que tiene el establecimiento de vínculos que crean una cohesión social entre los miembros de la comunidad, a reconocer la conveniencia en la manifestación de muestras de calor afectivo en la crianza infantil, en la puesta en funcionamiento de prácticas de equidad entre géneros..., sin dejar por supuesto de lado, la necesidad de mantener autoridades que fomenten políticas integradoras.

Por el contrario, el pueblo mbuti vive en la selva en un clima de armonía con su entorno y con su gente. Las preocupaciones de cada persona pasan a formar parte de toda la comunidad. No existen líderes propiamente dichos. Ven un signo de apoyo en los demás y no de amenaza. Valoran mucho más la cooperación que la competencia. Materializan constantemente prácticas de

solidaridad y no dudan en compartir lo que puedan necesitar otros miembros de la comunidad (Howard Ross, 1995 : 25-29).

Cuestionarnos sobre la forma de transmisión de este comportamiento y su continuidad, nos llevaría a reflexionar sobre la importancia que tiene el inculcar valores, tales como, confianza, seguridad, solidaridad, autoestima... durante la socialización que se produce en los primeros años del niño. Estos patrones y hábitos de conducta son los que se irán completando a lo largo de la vida de cada persona.

También Ashford Hodges (Álvarez Fernández, 2007 : 10-11) comparte la idea de valorar la socialización que se lleva a cabo durante la niñez y tras realizar un estudio psicológico sobre Francisco Franco, reseña que parece oportuna mencionar por la importancia que tuvo su figura en el período analizado y en la formación y funcionamiento de los Batallones de Trabajadores de la Guerra Civil y Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, objeto central de esta investigación, mantiene que la crueldad que llevó a cabo hacia sus adversarios políticos tiene sus orígenes en el seno familiar en el que vivió. Según su argumentación, la familia de los Franco-Salgado Araujo se caracterizó por la carencia de afecto, las desavenencias matrimoniales, los problemas económicos y, junto a todo ello, la figura tiránica del padre, lo que fomentó la aparición de un carácter autoritario y sadomasoquista.

Estado y violencia.

Joseba Arregi realiza un acercamiento al pensamiento y a las reflexiones que hace Walter Benjamin en uno de sus ensayos sobre la violencia y el derecho y manifiesta que Benjamin nos trae al recuerdo algo que fácilmente tendemos a olvidar: “que en el Estado está siempre presente la violencia” porque, la violencia se encuentra en todos los sistemas de derecho y todos los Estados lo son. Así “el problema de la presencia de la violencia no se resuelve ni por el derecho natural -que plantea como fundamento del derecho la justicia de los fines- ni por el derecho positivo -que plantea como fundamento del derecho la

legitimidad de los medios". Para Arregi, la tesis que Benjamin defiende en su ensayo es la revolución, lo cual implica violencia, pero violencia inmediata, entendiéndose por inmediata, "aquella violencia que no está, en cuanto medio, al servicio de algún fin que no sea ella misma" y tiene como consecuencia la búsqueda del fin del Estado, por ser el Estado la encarnación de la violencia, cubierta bajo el manto del derecho. Arregi ve un paralelismo de intención con el libro de Maurice Merleau-Ponty *Humanisme et terreur* (Humanismo y terror; 1947), pero resalta una diferencia fundamental: "El marxismo defendido por Merleau-Ponty busca la superación de la violencia por medio de la violencia radical, mientras que Benjamin se mueve en el horizonte de la esperanza de una superación de la violencia sin violencia". Benjamin diferencia entre "una violencia aceptable, la divina, y una violencia a superar, la mítica". En la violencia a superar se encuentran todas las formas y todas las situaciones de derecho, incluido el Estado de derecho, ya que en él se encuentra la violencia, "la violencia mítica que se mueve entre los medios que no se pueden legitimizar definitivamente por sí mismos, y los fines cuya justicia le es imposible fundamentar a la razón humana postkantiana". La violencia aceptable es la que está vinculada a Dios, es una violencia inmediata, entendiéndose por inmediata "una violencia que reniega de poder ser utilizada como instrumento para alcanzar algún fin".

De las reflexiones de Benjamin destaca la impotencia para superar o acabar con la violencia y "que la única violencia con sentido en la historia es la violencia que acaba con la historia como su fin, no como su meta, la violencia divina", a la vez que resalta su actitud a no desistir y en ir, en su esfuerzo, más lejos de las prohibiciones que ha marcado el pensamiento moderno desde la Ilustración, porque si bien "Kant prohíbe a la razón pura preguntar más allá de los fenómenos" y por consiguiente, "Wittgenstein nos recomienda que nos callemos acerca de aquello de lo que no se pueda hablar", las oposiciones de la historia, y los sufrimientos de los oprimidos permanecen sin poder elaborar su esperanza (Arregi, 2009).

La dura visión que nos ofrece la violencia en los últimos años, tanto a nivel interno como a nivel internacional, por una parte, deja al descubierto el escaso

éxito que muestra el Estado en su papel de actor principal como estamento monopolizador de la violencia y como institución generadora o canalizadora de paz social y por otra, recuerda la urgencia de llevar a cabo tareas de análisis, de reflexión y de actuación, que contribuyan a la búsqueda y mejora de posturas de convivencia y entendimiento. Mientras estas acciones no se proyecten con el claro objetivo de intentar coordinar esfuerzos encaminados a la obtención de resultados positivos y tendentes a la resolución de los problemas sociales existentes, la violencia seguirá su camino hacia delante y en cualquier tipo de Estado y continuará estando ampliamente expuesta a través de manifestaciones de intolerancia, de exclusión, de manipulación, de excesos y de abusos de poder, de intereses políticos y económicos, de exacerbación religiosa, etc.

Johan Galtung³, por ejemplo, expresa su dolor y su solidaridad tras los atentados sufridos en Oslo y Utoya, denuncia la rivalidad entre cristianos y musulmanes y, hablando como analista, no se muestra sorprendido por el hecho de que la tragedia se haya producido en los países escandinavos que hasta ahora se habían mantenido libres de atentados, porque “en Europa, que está en declive, frente a otras partes del mundo que están subiendo, está claro que, sobre todo, la *parte* derecha tiene diferentes formas de manifestarse: una, con la defensa del islamismo; otra, manteniendo el viejo sistema, imperialista, que tiene muy poco de democrático y mucho de dominar África. La derecha está allí, fuerte, y una sociedad con suficientes locos puede asimilar una ideología loca”, pero sí expresa su sorpresa frente a la incompetencia de la policía noruega. “Las señales eran clarísimas y no repararon en ellas. La combinación de la ideología, no sólo del Islam, sino contra todo Occidente, contra el multiculturalismo. Y se da una masacre, una ejecución de jóvenes” (su nieta consiguió escapar ilesa).

³ Mediador de conflictos internacionales y politólogo noruego. En 1959 fundó el primer instituto de investigación sobre la paz, el International Peace Research Institute. Profesor de Estudios sobre la Paz y mediador en numerosos conflictos. Da conferencias y dentro de su bagaje cuenta con más de cien libros escritos sobre conflictos y está propuesto para el Premio Príncipe de Asturias a la Concordia.

Galtung también presenta la otra cara de la misma moneda y el contenido de su análisis y de sus afirmaciones invita a una profunda reflexión: “Pero mire, esto no es ninguna sorpresa. No es sólo la sociedad abierta, democrata, sino algo más importante y esencial: los noruegos en el Gobierno están haciendo lo mismo que Breivik, matando gente inocente en Afganistán y destruyendo edificios del Gobierno en Libia. Lo que pasa es que Breivik sólo habla de Europa. Es una medicina que el Gobierno noruega aplica. Ése es el choque: Noruega es víctima y perpetradora al mismo tiempo. Como le digo, este fenómeno no se explica con el paisaje sociológico de Noruega, ni siquiera con los partidos políticos. Hay algo mucho más importante. Hay que mirarse en el espejo. En él tenemos al señor Breivik en Noruega, pero otros están haciendo exactamente lo mismo”. De la misma manera y tratando de poner otro ejemplo, no sólo de lo que a menudo se habla sino de lo que con frecuencia se calla, en función del carácter selectivo de la memoria, cita el hecho de que “los japoneses suelen acordarse de Hiroshima y Nagashaki, donde fueron víctimas, no del genocidio de Nanking, donde fueron perpetradores”.

Galtung se posiciona firmemente a favor de iniciar un diálogo con el Islam y con la extrema derecha y apuesta por la búsqueda de nuevos horizontes. “El método no es policial, sino un diálogo entre las partes”. Menciona la cooperación entre musulmanes y cristianos en la mezquita de Córdoba y entiende que “una ceremonia mixta compone un desafío fantástico... Que haya ceremonias mixtas, ése es el camino futuro. Ver qué puedes aprender tú de mí y yo de ti”. Por la experiencia, o más bien, después de la experiencia de haber mantenido muchos diálogos entre cristianos y musulmanes, cree que los cristianos “no saben absolutamente nada de esa religión, sólo algo sobre cuatro mujeres, creen que Yihad es “guerra santa”. En su opinión, “un futuro constructivo tiene que estar bien distribuido: acercarse a los deseos de cada parte, con soluciones que puedan aceptar todas” (Galtung, julio 31, 2011 : pp. 38-39).

Para el historiador José Antonio Pérez⁴, entendida de una forma general, todas las formas de violencia tienen en común la intolerancia frente a lo diferente y la resistencia a percibir su aparición y su crecimiento, aunque considera que también hay que tener en cuenta el grado de legitimidad o permisividad que deben tener determinadas violencias. Es decir, en la actualidad se considera que el Estado tiene el patrimonio superior de la violencia para reprimir determinadas reacciones, de tipo social, de tipo económico, de tipo político, etc., porque y a modo de ejemplo, ¿sería tolerable que frente a una agresión de tipo sexual la persona agresora quedara impune? El problema surge cuando no existe ningún control sobre quién ejerce esa violencia, porque es muy diferente la violencia que se ejerce dentro de una sociedad democrática a la que se lleva a cabo dentro de una sociedad de falta de libertades.

En un Estado autoritario o totalitario donde se reprime cualquier tipo de disidencia y donde hay una situación de falta de libertades, podría incluso justificarse que determinados grupos ejerciesen la violencia contra el tirano. Pero, eso requeriría también muchos matices y tiene mucho que ver con la percepción que tienen los diferentes agentes sociales. Porque, en nuestra sociedad, para muchas personas la situación actual podría ser también un constitutivo o un atenuante en el ejercicio de la violencia. Es decir, ¿por qué hasta hace poco tiempo para un sector importante de la sociedad vasca era legítimo el uso de la violencia y hoy en día no, si tampoco la situación ha cambiado demasiado?

⁴ Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad del País Vasco (2000). Premio extraordinario de Doctorado (2002), Becario Posdoctoral de Gobierno Vasco (F.P.I. 2000-2002). Miembro del Consejo de Dirección del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda Categoría profesional: Investigador. Profesor de las Aulas de la Experiencia de la UPV/EHU, campus de Bizkaia y Gasteiz, donde imparte las asignaturas optativas "Memoria, historia y fuente oral y Fuentes orales de la Historia" 2004/2009. Desde el curso 2008 imparte la asignatura: "La historia del tiempo presente a través del cine", dentro de los Cursos Universitarios de Mayores dentro de las Aulas de la Experiencia. Líneas de investigación: Historia social, movimiento obrero, franquismo, movimientos sociales, historia oral. Autor de diversas publicaciones, como: Los años del Acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del gran Bilbao, 1958-1977 (2001), Los espejos de la memoria. Historia oral de las mujeres de Basauri, 1937-2003 (2004), la biografía de Ramón Ormazabal, Secretario General del Partido Comunista de Euskadi (2005), entre otras y coautor de diferentes trabajos. Ha publicado numerosos artículos en diferentes revistas y ha participado en congresos y reuniones científicas. Forma parte del grupo de investigación consolidado dirigido por el catedrático Luís Castells Arteché y ha tomado parte en numerosos proyectos de investigación financiados por el Gobierno Vasco y la UPV/EHU.

En su opinión y dentro de un Estado democrático, con todos los errores que se puedan cometer y con todas las faltas y carencias que pueda haber, ve injustificable el uso de una violencia como la que se ha vivido, pero también está claro y tampoco hay que olvidar, que hay un sector de la sociedad que lo ha legitimado. Sea como sea, unos y otros vivimos aquí y hemos sentido muy intensamente el conflicto vasco, que es parte de la tensión que existe dentro de una sociedad democrática, donde también conviven muchos más conflictos, entre personas que tienen más o menos derechos, entre inmigrantes y autóctonos, entre lenguas, dentro de una comunidad de vecinos, dentro de una familia, dentro de una localidad donde cualquier obra invade la privacidad de una determinada persona, o de un grupo social, etc.⁵.

Sobre los orígenes del fascismo y los movimientos semitotalitarios y totalitarios.

Michel Foucault (1979 : 11-26) hace un repaso de las diferentes formas de castigar y vigilar que se han ido desarrollando desde la Edad Media hasta la Edad Contemporánea, comenzando desde lo material, lo físico, es decir, el cuerpo, donde se mezclaban suplicios, humillaciones públicas con su carga de espectáculo, torturas y todo tipo de castigos ante hechos acaecidos y llevados a cabo como forma de ejercer el poder y el control de los ciudadanos, hasta llegar a lo inmaterial, a lo psicológico, al corazón, esto es, al alma. “Unos castigos menos inmediatamente físicos, cierta discreción en el arte de hacer sufrir, un juego de dolores más sutiles, más silenciosos, y despojados de su fasto visible”. Así y aunque también los trabajos forzados, la prisión, la deportación...son penas “físicas”, el cuerpo hace de “instrumento” y es utilizado para despojar a la persona “de una libertad considerada a la vez como un derecho y un bien” y la figura del “verdugo” queda sustituida por expertos, entre los que se encuentran, funcionarios, educadores, capellanes, médicos... Al mismo tiempo y dado que la definición de las infracciones ha sufrido

⁵ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012. Para llevar a cabo esta entrevista se ha elaborado el cuestionario número 2, aunque y siguiendo con el criterio empleado con la totalidad de informantes, en todo momento se ha respetado la plena libertad de expresión y el derecho a poder transmitir las experiencias o las aportaciones que cada cual estime necesarias.

modificaciones, ha dejado de priorizarse el hecho en sí mismo y toman protagonismo y se juzgan los instintos, las inadaptaciones, las desviaciones, el conocimiento de un pasado, la supuesta perspectiva de un futuro, las apreciaciones..., con las que se designan a los individuos; es decir, “no ya sobre lo que han hecho, sino sobre lo que son, serán y pueden ser. El suplemento de alma que la justicia ha conseguido es en apariencia explicativo y limitativo, es de hecho anexionista”.

A pesar de las discrepancias y diferencias entre las distintas escuelas de pensamiento del siglo XVIII, todos sus pensadores creían que los hombres eran no sólo sociables sino racionales por naturaleza, o que comprendían cuáles eran sus verdaderos intereses, así como los intereses de los demás; que serían capaces de seguir unas normas de conducta siguiendo el uso de la inteligencia humana ordinaria; que existían leyes que regían tanto la naturaleza animada como la inanimada y que estas leyes eran igualmente evidentes si uno las buscaba en su interior o en el mundo exterior y que su descubrimiento y conocimiento tenderían a proporcionar una armonía estable. La mayor parte de ellos creían en el máximo grado de libertad individual y en un mínimo de gobierno, a partir de que los hombres hubiesen sido reeducados (Berlin, 1992 : 115-116).

Joseph de Maistre (Berlin, 1992 : 117) se empeñó en acabar con todo esto. En vez de basarse en la idealización humana básica, buscó en los datos empíricos de la historia, la zoología y la observación simple. En lugar de los ideales de libertad, progreso y perfectibilidad humana, hizo patente la idea de la salvación a través de la tradición y de la fe. Instó en la naturaleza incurable, malvada y corrupta del alma y como consecuencia de todo ello, en la necesidad irremediable de autoridad, jerarquía, sometimiento y obediencia. En vez de la ciencia, predicó la primacía del instinto, de la sabiduría cristiana, del prejuicio, de la fe ciega; en vez del optimismo, se decantó por el pesimismo; en vez de armonía y paz eterna, la necesidad del conflicto y del sufrimiento, pecado y castigo, así como derramamiento de sangre y guerra. En vez de ideales de paz e igualdad social, asentados en los intereses comunes y la bondad natural del hombre, asintió en la desigualdad intrínseca y el conflicto violento como la

condición natural del hombre caído, así como de las naciones a las que pertenecía. Se posicionó en contra de todo sentido de abstracciones como naturaleza y derecho natural, revivió la desprestigiada doctrina del derecho divino de los reyes y defendió la importancia del misterio, de la oscuridad y de la sinrazón, como base de la vida social y política. Él quería destruir “la ciudad celestial de los filósofos del siglo XVIII”.

Tenía una terrible visión de la vida y su idea era que, “es el hombre el encargado de degollar al hombre... Se cumple así... la gran ley de la destrucción violenta de los seres vivos. La tierra entera, continuamente empapada de sangre, no es más que un enorme altar en el que todo lo que vive debe inmolarse sin fin, sin medida, sin tregua, hasta la consumación de las cosas, hasta la extinción del mal, hasta la muerte de la muerte”. Perseguía la solución en la religión revelada, en la historia y en la tradición de la sociedad, en sus formas de sentir, pensar y actuar, en las cuales está la verdad. En todas estas afirmaciones, del siglo XIX, hay una similitud con el fascismo moderno (Berlin, 1992 : 117-120).

A Joseph de Maistre (Berlin, 1992 : 121) le afligía la idea del pecado original, la maldad y la indignidad autodestructiva de los hombres cuando se les deja libres y recalca el hecho de que solamente el sufrimiento podría impedir a los humanos precipitarse en el abismo de la anarquía y la destrucción de todos los valores. El pueblo necesitaba un guardián que vigilara su vida privada y sus posesiones y los guardianes deberían entregar sus vidas para mantener una jerarquía rígida, con el vicario de Cristo a la cabeza, alineándose en perfecta simetría, desde los más encumbrados hasta los más humildes. Creía que la Compañía de Jesús formaba parte de la élite de los guardianes que debían salvar a los Estados de Europa de las aberraciones de su época. Pero la figura principal de todo, más aterradora que el rey, que un sacerdote o que un general, era el Verdugo, figura que expresa la convicción de que sólo se puede llevar a los hombres por el camino recto, mediante la práctica del terror y la autoridad.

En cada instante de sus vidas, a los hombres habría que penalizarles por medio del sufrimiento, habría que humillarles y ellos deberían soportarlo de la mejor manera posible. Los amos elegidos serían los encargados de materializar el deber que les impuso el creador, según el orden jerárquico, a través de la imposición de las normas y el devastamiento sin remisión del enemigo, entendiéndose como tal, los que intenten trastornar el orden establecido, los que recurran a la razón individual o a la conciencia del individuo, los que confíen en la libertad individual o en una organización racional de la sociedad, como son los reformadores y los revolucionarios. Había que terminar con ellos. Se trataba de un catálogo que recopilaba, con precisión, la lista de los enemigos del movimiento contrarrevolucionario que terminó en el fascismo (Berlin, 1992 : 121-124).

Tras la Primera Guerra Mundial, Europa vivió en un clima antidemocrático y productorial de movimientos semitotalitarios y totalitarios y los fascistas corrieron desde Italia hasta casi la totalidad de la Europa central. Sin embargo, incluso Mussolini, que tan complacido se mostraba con el término “estado totalitario”, no intentó llevar a cabo un régimen totalitario completo y se conformó con una dictadura y un régimen unipartidistas. Dictaduras parecidas y no totalitarias nacieron en la Rumanía de la preguerra, en Polonia, en los estados bálticos, en Hungría, en Portugal y en la España de Franco. Pero, también hubo voces que reclamaban una democracia y un mundo que fuera libre (Arendt, 2006 : 435-436).

Un hecho característico de los movimientos totalitarios es, que intentan organizar a las masas y no a las clases; es decir, mientras que todos los partidos políticos dependen de una fuerza que se encuentra proporcionada, los movimientos totalitarios dependen de la fuerza del número. Estas masas no se encuentran unidas por la conciencia de un interés común y carecen de esa identificación de clase que persigue objetivos concretos.

Los movimientos totalitarios son organizaciones de masas compuestas por individuos aislados. Destacan de los demás partidos y movimientos, por la exigencia de lealtad total, incondicional e inalterable que requieren de sus

miembros; lealtad que, por otra parte, sólo podría esperarse de individuos sin vínculos sociales de familia, amigos o conocidos. La dominación total no admite la iniciativa libre, en ninguna faceta de la vida. En este sentido, destaca la labor de Stalin y de Hitler en el desarrollo de la organización de las masas, en una unidad colectiva, para apoyar sus mentiras con auténtica habilidad. Una peculiaridad del totalitarismo es, que no se contenta con dominar por medios externos, es decir, por medio del Estado y la violencia, sino que utiliza unos medios de dominar y aterrorizar a los humanos, desde dentro. En esta faceta, rompe la distancia entre los dominadores y los dominados (Arendt, 2006 : 435-472).

Cuando después de la guerra triunfase la sublevación militar, el territorio español entraría en la “era de las tiranías”. Alemania e Italia tuvieron gran parte en que la resistencia republicana adquiriera transcendencia internacional: Se reactivaron las expectativas democráticas y revolucionarias. La derecha consideró la Guerra Civil como una cruzada contra el comunismo y la izquierda, tanto española como europea, la idealizó como una resistencia romántica del pueblo y del proletariado en contra del fascismo. Como consecuencia de todo ello, 2.800 norteamericanos voluntarios se apuntaron en el Batallón Lincoln de las Brigadas Internacionales y numerosos escritores mostraron su apoyo a la República española (Jover Zamora, Gómez Ferrer y Fusi Aizpurúa, 2001 : 693).

Podría decirse que, mientras que en el caso de Hitler y Mussolini, sus ascensos los habían fijado en base a la creación y el respaldo de sus correspondientes partidos nazi-fascista, Franco ocupó el caudillaje sin contar con un aparato de partido, sino con el apoyo de una parte cualificada del Ejército, el arropo de clases acomodadas reaccionarias y la aportación humana tanto de falangistas como de monárquicos, católico-propagandistas y carlistas. La contienda favoreció el crecimiento de Falange, que presentaba un programa con “contenido utópico, radical y populista”, capaz de crear adhesiones y hasta dar legitimidad a una línea política encuadrada en los esquemas totalitarios impuestos en la “nueva Europa” (Sueiro y Díaz Nosty, 1986 : 59).

La página del horror y de los padecimientos no se cerró ni se acabó cuando terminó la contienda, sino que se prolongó durante muchos años. Franco no firmó la paz; impuso su victoria y toda la represión que fuera necesaria para poder llevarla a cabo según sus planes, sus conveniencias y sin el más mínimo escrúpulo, incluyendo el establecimiento de numerosas leyes especiales. La pena de muerte se volvió a introducir en 1938 en el Código Penal y la manipulación de acusaciones contra personas inocentes, indefensas y desprotegidas, pero simpatizantes de la República, fueron muy difíciles de eliminar.

Sin embargo y a pesar de todos los abusos de poder que se llevaron a cabo con los perdedores de la guerra, es decir, con los vencidos, éstos no fueron reconocidos y siguieron reclamando justicia desde diferentes estamentos. Así, por ejemplo, Amnistía Internacional elaboró un informe el 18 de julio de 2005, con el título “España: Poner fin al silencio y a la injusticia. La deuda pendiente con las víctimas de la Guerra Civil Española y del régimen franquista”, donde se aseveraba que los crímenes cometidos en contra de la humanidad no pueden ser borrados, anulados o desvanecidos mediante acciones de perdón u olvido, sino que los derechos de las víctimas les legitima a esclarecer la verdad y a exigir reparación.

Guerras y más guerras, como telón de fondo.

Txomin Bereciartua Aramburu⁶ se refiere a la tragedia siempre presente entre los hombres, que es la guerra. “El tronar de los cañones y el silbido de las balas ha sido y es como un fondo musical de toda mi vida”.

⁶ Nació en la calle Tendería, en el Casco Viejo de Bilbao, el 24 de junio de 1929; en una época en la que Bilbao era entrañable y chiquito y por lo que recuerda, en la que la puerta de su casa nunca estaba cerrada con llave; en la que pasaba por la calle Tendería, “con su traqueteo y tintineo el tranvía número 11”, que bajaba de Begoña, daba la vuelta por el pórtico de Santiago y salía por Bidebarrieta al Arenal para, desde allí dirigirse, a través de la Gran Vía, al Sagrado Corazón; en la que, de vez en cuando, llegaban los pesqueros que vendían “a platos sus anchoas”; o en la que, “por la calle pasaba despacio el carro de la zarama tirado por un caballo para recoger la basura de los vecinos a los que el conductor llamaba con una especie de trompeta”. Se incorporó muy pronto al colegio de las Monjas de la Cruz, en la calle Ronda, donde estuvo poco tiempo, “porque las tensiones sociales y políticas del momento obligaron a su cierre y conversión en cuartel de gudarís”. Algunos meses después de que entraran las tropas y, concretamente, en mil novecientos treinta y ocho, la familia se trasladó a Begoña. “Es

Recuerda el paso de la Guerra Civil y el zarandeo que se produjo con la Segunda Guerra Mundial, que llegó “casi a las puertas de nuestras casas”. Cuando ésta finalizó, se elaboraron proclamaciones y grandes promesas y el “nunca más violencia”, sonó con fuerza. Se dieron pasos para instaurar un nuevo orden universal y unas “Naciones Unidas”, recién estrenadas, “proclamaron la Declaración de los Derechos del Hombre y se inició la descolonización y el nacimiento de nuevas naciones en Asia y África, como consecuencia de la caída de los imperios coloniales europeos, sobre todo del gran imperio inglés”. Los escritos, tratados y buenas intenciones quedaron supeditados, durante años, a las dos grandes superpotencias que emergieron de la guerra, Rusia y Estados Unidos y a los condicionantes de “sus contrapuestos modelos sociales y políticos”.

Sin embargo, a la Segunda Guerra Mundial le ha seguido una larga cadena de guerras. Unas han sido calientes; otras frías y entre países duramente enfrentados; algunas han significado la caza de hombres y la muerte de libertades por parte del poder de regímenes totalitarios contra sus pueblos; están las que han nacido de intereses económicos o estratégicos; y últimamente, sufrimos el intenso proceso de “terrorismos y contraterrorismos amenazantes y violentos”, de lo que se deduce que “aún se encuentra la humanidad más cerca de sus antepasados los gorilas que del ser humano “homo sapiens” de verdad”.

que aita y ama habían contactado con los responsables del santuario y aceptaron el regentar un negocio llamado “La Novena”, situado sobre el pórtico de la Iglesia”. Al parecer, existió la costumbre durante siglos, de que principalmente la gente del mundo rural, peregrinara en romería a los santuarios como, por ejemplo, en Bizkaia, al de Urkiola, al de San Juan de Gaztelugatxe o al de Begoña y junto a esos santuarios, “había casas de acogida donde podían pasar la noche los llegados desde muy lejos. La de Begoña era “La Novena”. Luego las costumbres cambiaron y con ellas la razón de ser de “La Novena”, que se convirtió en un lugar conocido y típico en la vida de Bilbao, donde se servían desayunos y meriendas con chocolate a los fieles que subían a los cultos en honor de la Virgen. Aún oigo en el recuerdo los sonidos diferentes que acompañaban el discurrir de cada día. Cuarto a cuarto de hora marcaba sonoramente el paso del tiempo el reloj de la basílica y cada mediodía desgranaba su carillón las notas de un canto a la Virgen, mientras sonaban campanas y esquilonas de los conventos diseminados por la campiña de Begoña y los perros respondían aullando lastimeros”. A la edad de once años, ingresó en el Seminario de Comillas; “lo hice libremente, porque quise, con la libertad y decisión de un niño y no porque me lo dijeran en mi casa”. Se ordenó sacerdote, en el año 1953, a la edad de veinticuatro años.

Un agravante de la situación del ambiente bélico es la influencia que ejerce, se quiera o no y que hace que la violencia se convierta en una costumbre y sea vista como una parte más del paisaje, dando como resultado diferentes interpretaciones: Algunos consideran que es algo que ocurre, pero que no va con ellos; otros se posicionan “como en una película de buenos y malos”, en la que, obviamente, los buenos son los de uno, por el simple hecho de haber sido aleccionados; y también son, demasiados, “los que van endureciendo el juicio y la mirada, formando a su alrededor una costra para que los sufrimientos de pueblos y personas no les hagan mella”.

De todo lo anterior se deduce que, en el mundo, siempre hay quien se impone; bien por medio de guerras o de diplomacias; de astucias o de dinero; o por el poder del saber o de la inteligencia..., pero la eficacia ciega y desmedida a corto plazo, sin una visión de bien común, puede significar a largo plazo, el fin de todo. Así, este mundo postmoderno en el que nos ha tocado vivir, donde el progreso también tiene su lado oscuro, debe dirigir su mirada hacia un nuevo mundo mas humano, porque la experiencia nos demuestra que, los avances, tanto de la ciencia como de la tecnología, no son desinteresados y que a menudo caminan sin consideraciones hacia la naturaleza o hacia las personas, lo que hace que aumenten los marginados de la vida, los excluidos y despedidos. “Naciones ricas en materias primas con habitantes pobres, cuarto mundo repleto de parados e inadaptados y, en muchos casos, trabajadores casi esclavos y muchos de ellos niños. Son millones las mujeres carentes de vida digna”. La búsqueda de un progreso armónico y sostenido, entendido dentro de un mundo más humano, debería pasar por englobar en la misma asignatura, éxito, ética y humanismo.

La tarea de reestructuración del nuevo mundo, en momentos estimulantes y prometedores, pero también que encierran dificultad y crisis, como corresponde a cualquier cambio, exige referentes a los que asirse y un suelo firme en el que apoyarse. Es hora de revisar actuales actuaciones y recuperar valores. “A nuevos tiempos, nuevos modelos de pensamiento y comportamiento; nunca el vacío”.

Txomin considera que es necesario cambiar el chip y reaccionar ante este sombrío panorama, a la vez que invita a recuperar el temple y la cordura que nos da acceso a pensar a cada uno por nuestra cuenta y a percatarnos de “todo el mal que supone toda violencia y guerra, por justa que parezca”. El aprendizaje de una segunda lectura de los acontecimientos y la interiorización de una apuesta a fondo y activa por la paz de los pueblos, es una asignatura, aunque difícil, pendiente y totalmente necesaria. En este aspecto, se acepta con esperanza la construcción de una Europa unida sobre sólidas bases, que dejen atrás tantas divisiones y violencias, como las que le han asolado durante tanto tiempo.

Vivimos en un proceso de cambio. En el siglo XIX nacieron las Naciones y los Estados con sus fronteras y en el siglo XXI asistimos al nacimiento de la Europa sin fronteras. Desaparecieron y permanecen en la nebulosa del olvido “los arbitrios municipales, las cadenas que se cerraban por la noche a la entrada de los pueblos, los fielatos en las lindes provinciales y algo semejante ocurre ya con las fronteras”. Nos encontramos en un nuevo espacio, más allá de los actuales Estados y Naciones. Somos cada vez más Unión Europea y menos Estados, aunque el proceso lleve su correspondiente tiempo de asimilación, por aquello de que los seres humanos, a menudo, muestran resistencia al cambio.

“Esta nueva Unión Europea, compleja y muy variada, va camino de convertirse en un gran Club unido. La Europa de mi niñez y juventud era un conglomerado de naciones más o menos enfrentadas y lejanas, lleno de claroscuros en el que unos europeos triunfadores vencían y humillaban a otros derrotados. Unos hombres grandes abrieron los ojos asustados por las heridas sufridas en la guerra y supieron ver más allá de los horizontes inmediatos y se unieron en un proyecto que superara para siempre aquel trauma. Sus nombres eran Churchill, Adenauer, De Gasperi y Schuman. Tuvieron agilidad mental y con generosidad y visión ofrecieron el sueño de la Europa unida donde antes había habido guerras y enemigos. Así nació la idea de la Unión Europea en la que coexisten éticas, culturas, lenguas e historias diversas y que lentamente va unificando titulaciones, relaciones, viajes, trabajo, cultura, etc.”.

Sin embargo, las dificultades no han cesado y el continente padece una de esas crisis consustanciales que conlleva todo crecimiento en momentos que son delicados. La capacidad de superar esa crisis y vencer resistencias y visiones cortas de dirigentes de naciones, que se oponen a abandonar parcelas de poder, le privará o le dará la posibilidad de gozar de hegemonía en el mundo⁷.

Tampoco para los componentes del bando perdedor de la guerra civil, aunque en ella se hubieran visto involucrados por causas ajenas a su voluntad y aun cuando la pertenencia a uno u otro bando no formara parte de una elección personal, la violencia cesó cuando la batalla finalizó, sino que continuó materializándose con las imposiciones, con las interpretaciones, con la falta de libertades, con la carencia de reconocimiento y, en definitiva, con el tributo que debieron pagar. Es decir, no faltaron las situaciones que, a las consecuencias fortuitas o impuestas de la violencia de guerra, les siguieron otras violencias, totalmente queridas y buscadas, en aquellos llamados, pero no reales tiempos de paz.

Evaristo Santafé Blasco⁸ no tenía ideología política cuando empezó la guerra y su incorporación a la misma, en el bando republicano, obedeció a que su quinta

⁷ Contenido seleccionado de una documentación elaborada por la persona mencionada, pero no publicada, que me fue facilitada el 30 de diciembre de 2012. Para comentar, aclarar y ampliar algunos aspectos de la misma, nos entrevistamos dos veces más.

⁸ Nació el 26 de octubre de 1915, en el Barrio de Troya, de Mora de Rubielos (Teruel). En el momento de la entrevista utilizaba muletas para moverse y veía muy poco, pero oía bien, su voz era fuerte, estaba muy lúcido y parecía un hombre tranquilo y sin ningún interés por dejar este mundo, sino todo lo contrario; “a vivir hasta que nos llamen allá”, decía. Cuando empezó la guerra y tras pasar por la Caja de Reclutas, le destinaron a la 108 Brigada Mixta que estaba localizada en El Escorial y pasados unos días, empezaron los ataques y el combate de Brunete. Él permanecía en las cercanías y concretamente en Villanueva de la Cañada, donde se mantuvo durante largo tiempo, una parte del cual coincidió con el período de los combates y otra parte, una vez finalizados éstos, en la que debió quedarse con otros compañeros en las trincheras, mientras que el resto de las fuerzas se desplazaban a los ataques y a los combates de Belchite, en la provincia de Zaragoza. Cuando la guerra continuaba su avance por la zona de Castellón y se producía el corte del Ebro, Evaristo fue trasladado a la localidad de Villarreal, en esta misma provincia donde en un principio, permanecieron con tranquilidad, mientras que en Almazora, pueblecito situado en la zona de arriba, la situación era diferente, “unos combates, un ruido, una humareda, la aviación por encima...”. Pero, también su tranquilidad duraría muy poco; las luchas por los alrededores no cesaban y según su testimonio, en un momento concreto oyeron a un enlace que voceaba: “¡sálvese quien pueda, que estamos copados; sálvese quien pueda!”. Al oír eso, salieron corriendo con intención de dirigirse a la

fue la primera a la que convocaron y “como este pueblo estaba en la zona roja, que decían, pues nos llamaron a la zona republicana porque, si hubiéramos estado en Teruel, hubiéramos ido a la otra zona”.

Tras formar parte de la nueva unidad y cuando llevaba dos días de permanencia en la trinchera, sufrió un duro contratiempo que, de alguna manera, le acompañaría durante toda su vida; una bala le entró por la sien izquierda y le salió por la sien derecha y le cortó las retinas. Después de ser trasladado en una ambulancia al Hospital Clínico de Valencia, se percató de su gravedad al oír decir a los médicos: “¡Ahí va, éste se ha salvado por un milímetro; de mil, se salva uno y ha sido éste!”. Tras ser llevado posteriormente a Onteniente y “en cuanto curé el cortezón, me metieron otra vez al frente, hasta que terminó la guerra; otra vez a las trincheras”. A pesar de que conservó su vida, la pérdida de su visión sí se vio seriamente afectada. “Yo, perdí el noventa por ciento y me quedó un diez por ciento y con ese diez por ciento, como era joven, pues, me defendía bien; pero ahora, al ser mayor, pues veo muy poco, poquico, poquico”.

Como consecuencia de la incapacidad de visión, a Evaristo le admitirían más tarde su condición de mutilado de guerra, pero no sin antes haber encontrado los suficientes conflictos, trabas y tropiezos como para que retrasaran durante años este reconocimiento porque, “¿no ves que a los rojos no nos querían?; nadie quería aprobar eso, pero al fin, lo tuvieron que aprobar, por fuerza; es que, ha habido tantas granujadas y tantas cosas malas...”. Relataba el hecho de que para el oftalmólogo que le trataba en Teruel, que era de derechas, la circunstancia de que hubiera estado en la zona roja, era un motivo más que

carretera general que va a Valencia, porque “ya estaban allí los nacionales; ya estaban allí los moros; pero, no me dejé coger; me escapé; me tiraban; me cogían de la chaqueta, paisa, paisa”. Evaristo no se escapó solo, sino que lo hicieron cinco o seis. “Arreamos para abajo, carretera abajo hacia Burriana”. Al llegar a la carretera general se encontraron con un capitán, quien tras conocer su situación, les dijo, “pues, vengan conmigo y nos agregó a su unidad, en un lugar que le dicen Río Seco de Burriana”. Fue herido y tras su restablecimiento volvió al frente hasta que terminó la guerra. Más tarde, fue designado al Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores número 10. Dentro del batallón y para reconstruir las ruinas de la guerra, todos los efectos destructivos de la artillería, inicialmente le llevaron a Concul, un pueblo que estaba medio hundido, más tarde le mandaron a Teruel y posteriormente a La Línea de la Concepción, a San Roque, zona en la que permaneció hasta que le licenciaron y regresó a casa.

suficiente para que considerara que el problema que padecía, consistía en una simple miopía y, por consiguiente, para que pusiera todo tipo de impedimentos a su aprobación. Tuvo que dirigirse a otro profesional, quien le afirmó que su caso entraba en el cuadro de mutilados de guerra, a la vez que le dio un informe y le sugirió que realizara una reclamación a Madrid ante la decisión adoptada por el Tribunal Médico. “Pero, eso eran granujadas y quimeras de guerra”⁹.

Apostar por la diversidad y la tolerancia es hacer frente a la violencia.

Posicionarse con la idea expuesta anteriormente por Galtung es también recordar a Herder (Berlin, 1992 : 210), que se manifiesta a favor de la diversidad y defiende la posibilidad de elección que tienen los pueblos en función de sus sentimientos y creencias, a la vez que muestra su desaprobación ante todo aquello que sea medido con las reglas de la cultura dominante. Una cultura no es un peldaño que conduce a otra. Cada cultura tiene el derecho a mostrar su propia visión y a vivir de acuerdo con sus principios y sus valores, de lo que se deduce que ninguna verdad debe entenderse ni para todos los hombres ni para todas las épocas ni para todos los lugares. Los valores de civilizaciones distintas serán diferentes, e incluso podrá existir incompatibilidad o discrepancia entre ellos, por lo que se deberá dar el máximo valor a la libre creación de cada cultura, a su idioma, a sus instituciones, a su forma de vida y a todo aquello que le ha hecho convertirse en lo que es; ninguna cultura deberá ser reprimida, ni por decretos dogmáticos ni por otros individuos.

En definitiva, se puede optar por seguir manteniendo la violencia de forma sistemática y perpetua, convirtiéndola en nuestro hábitat preferido, esto es, haciendo de la convivencia humana una vida de odio, de intolerancia, de intransigencia, de discordia, de quebrantamiento de derechos humanos, de guerra de todos contra todos, o entender y aceptar que vivimos en un mundo

⁹ Entrevista realizada en Mora de Rubielos, el 7 de setiembre de 2011. A pesar de que la mayor parte de las entrevistas se han realizado a personas de Euskadi, se incluye la de este hombre, que no pertenece a la comunidad, al objeto de buscar elementos comparativos.

multicultural, que no tiene retroceso, donde ha surgido una nueva estructura social como efecto de la interacción y donde se hace imprescindible la cooperación, la búsqueda incesante tanto de posturas de acercamiento como de entendimiento, es decir, donde no se plantee el multiculturalismo como una adaptación a un modelo de sociedad establecido, sino como una propuesta de reconocimiento, de articulación, de armonía, de organización social y de opción a escoger dentro de enfoques de integración en un pluralismo cultural con igualdad de oportunidades, pero con diferentes puntos de vista, de experiencias, de costumbres y de tradiciones y distintas formas de pensar, de sentir, de hablar, de relacionarse, como fruto de la herencia cultural de cada persona.

La autora de este trabajo, también comparte y se muestra a favor de la idea expresada por Feixa y Ferrándiz (2002), respecto a que “una antropología de la violencia no debería estar orientada al incremento o mantenimiento de esta sino que, muy al contrario, debería tener como objetivo fundamental la disminución del sufrimiento. Desde un punto de vista utópico, la antropología de la violencia no sería sino un antecedente disciplinario de una futura antropología de la paz”.

Arregi (2009) destaca del estudio de la crítica de la violencia de Benjamin dos posibilidades de actuación humana fuera de la violencia, como son la palabra y la educación. La palabra, porque entiende que es en la conversación y en los acuerdos privados donde se produce una forma de comportamiento situada fuera del derecho y, por consiguiente, de la violencia que lo mantiene y por cuya relación humana se elabora tanto el olvido como el perdón. A la vez afirma que en la educación parental se produce una relación que está fuera del contexto del derecho: la violencia educativa se encuentra fuera del derecho, pero no deja de ser una forma de las manifestaciones de la violencia. “Esta manifestación de violencia puede ser considerada destructiva, pero sólo de forma relativa, pues está en función de bienes, de derechos de la vida, pero nunca de forma absoluta en función del alma del vivo”.

También Benito Otazua Asua¹⁰ se posicionaba a favor de la diversidad de ideas y ensalzaba el valor de la palabra, a la vez que no encontraba ninguna explicación que pudiera justificar o aclarar la represión que tuvieron que padecer. “No creí que el hombre fuese el mayor enemigo del hombre. Nosotros, no hicimos absolutamente nada; defendimos la vida de todos y a nosotros, solamente por las ideas... y las ideas no matan, las ideas, en cuanto solamente son ideas, no hacen ningún daño, se quedan en eso, en ideas, si no se traducen en actos exteriores. Pensar que sin haber hecho nada, solamente por las ideas que le puedan a uno...”. Para él ninguna guerra tenía interpretación o exculpación, porque “creo que los hombres tenemos un don precioso, que es el habla y el habla debe ser la guerra, la dialéctica, el convencerle al otro; no las armas”¹¹.

¹⁰ Nació en Urduliz, el 6 de junio de 1917, en la misma casa donde residía y donde le entrevisté; un hermoso, bien cuidado y antiguo caserío, lo suficientemente antiguo como para haber visto nacer y morir dentro de él, a su bisabuelo, Juan Bautista de Artaza Iraola, el famoso y forzudo “Ansonekoa”. Murió el 21 de febrero de 2012 (Goian bego-que en paz descanse). Cuando llegué a su domicilio, me estaba esperando sentado y tranquilo en la sala de su casa. Era evidente que tenía ganas de hablar de la guerra y de sus consecuencias, aunque se hacía patente la mezcla de sensaciones. Por una parte, se esforzaba y trataba de rememorar todos y cada uno de los detalles y por otra parte, en un momento de la conversación se expresaba de esta manera: “Yo lo que más quiero es olvidar todo aquello, desde luego”. Transmitía la imagen de un hombre sereno, con criterio, valiente al hablar, sin exageraciones, de ideas claras y golpes irónicos y sus cambios y matices en la voz durante la narración, reflejaban momentos y situaciones de cariño y de alegría, mezclados con otros de nostalgia, de rabia, de pena, de impotencia y un cúmulo de sentimientos más. Se reía y era capaz de contagiarme su ánimo y hacerme reír, pero también me invadió una profunda tristeza, cuando su voz se entrecortó y las lágrimas aparecieron en sus ojos. Respecto a su ideología política antes de empezar la guerra, su afirmación durante nuestra entrevista fue clara y rotunda. “Yo he sido siempre nacionalista. He estado metido siempre en el partido. Defensor y afiliado desde los quince años en el partido”. A esa edad su participación activa se reducía, únicamente, a formar parte de un grupo de ezpatadantza, una actividad que realizaban tres hermanos que bailaban en grupos distintos. Benito trabajaba de pinche en la Cooperativa Vasca de Algorta, cuando empezó la guerra. “No fui a la guerra hasta muy tarde”. Pero la fecha de muy tarde, coincidente con la edad de las quintas, no le privó de conocer y pasar las penurias y calamidades que llevó consigo la contienda. Se incorporó en el cuartel que estaba ubicado en los bajos de Igeretxe. “Dormíamos arriba, sí; con vistas a la mar”. Pasó a formar parte del Batallón Kirikiño y tras desplazarse al Bizkargi, sus primeros combates se llevaron a cabo en Gamiz-Fika. Posteriormente y a la vista de la situación, fueron retrocediendo hacia Santo Domingo, luego hacia El Regato y finalmente les mandaron retirarse. Cuando llegaron los enemigos imponiendo sus requisitos y su presentación se hizo inevitable, le llevaron preso al Arriaga, donde permaneció unos días. A continuación le mandaron a Vitoria y luego formó parte del Batallón de Trabajadores número 15 donde permaneció (creía recordar), que treinta y tres meses, realizando diferentes tareas en Karrantza, Asturias, Navarra, Aragón y Levante.

¹¹ Entrevista realizada el 25 de noviembre de 2007. Cuando nuestro encuentro llegó a su fin, yo me sentía bien y respiraba relajado en aquella casa, donde fuera de nuestra conversación sólo se oía, de vez en cuando y no muy cercano, el ladrido de un perro. Por una parte, las cosas que me contó Benito, que perteneció al mismo Batallón de Trabajadores de aita, pero a distinta compañía (el primer contacto con Benito fue a través de su llamada telefónica, correspondiendo a mi solicitud en los periódicos, donde mostraba mi interés en entrevistar a personas que formaron parte del Batallón de Trabajadores número 15) me llenaron de interés y

La manera de concebir el futuro puede verse como algo con lo que uno se topa pasivamente, lo cual sugiere adaptación, o como algo que ha de construirse activamente, lo cual requiere planificación. Es decir, podría hablarse de orientación pasiva o fatalista frente a orientación activa o voluntarista. Cuando esta última actitud abarca procesos históricos a gran escala es denominada “historicidad”, lo cual equivale a conocimiento consciente de que no sólo estamos formados históricamente, sino que formamos la historia.

Vivimos en un mundo de globalización, en el que emergen nuevos enemigos - reales unos e imaginarios otros- y junto a ellos nuevas razones y pretextos que incitan a fomentar las amenazas y a ejercer la violencia en toda su extensión. Aparecen nuevos escenarios o nuevas inventivas más precisas o sofisticadas, pero con el resultado de siempre, sobradamente conocido, victimarios, víctimas y testigos. La dimensión dramática del ataque y sus consecuencias contra las torres gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre de 2001, de la masacre de Madrid, el 11 de marzo de 2004 o la de los atentados de Oslo y Utoya, el 22 de julio de 2011, por ejemplo, conmocionaron al mundo, llenándolo de dolor y de sentimiento de impotencia y nos muestran que “las violencias se encuentran en un continuo proceso de mutación. No se trata tanto de que hayan cambiado en su naturaleza, lo que también está ocurriendo en algunos casos, sino de que la tensión que existe en esta coyuntura histórica entre los actos, los usos, las representaciones y los análisis de la violencia ha transformado cada uno de estos espacios de acción social y, por ende, el conjunto global en el que se ejecutan, interpretan y analizan los actos violentos” (Ferrándiz y Feixa, 2004 : 168). Es decir, las ideologías no llueven del cielo ni son productos de mentes perturbadas o aisladas; nacen y forman parte de la sociedad y se desarrollan y evolucionan con ella; continúan con una vida propia, independiente y distinta de las condiciones que las crearon (Llobera, 1994 : 203). Pero, no debe olvidarse que aquellas situaciones de violencia y sufrimiento intenso dejan huellas

emoción y por otra parte, aquel entorno era como si me transportara a mi niñez y a mi vida en el caserío de Larrabasterra. La entrevista me enriqueció, tanto a nivel personal como a nivel laboral y a Benito, ¿qué le pudo suponer? Aun corriendo el riesgo de pecar de presuntuosa, creo que disfruté hablando y sintió la utilidad de su aportación y si bien es cierto que lloró, también es cierto que rió y mucho.

imborrables “en el territorio más íntimo ypreciado de los seres humanos, aquel en el que confluyen su mundo emocional, su universo cognitivo y su código moral” (Ruiz-Vargas, 2006).

La violencia y los medios de comunicación.

Desde una perspectiva actual, también podría argumentarse que en la sociedad global en la que estamos viviendo, donde los códigos de conducta, los mecanismos y los actores de la violencia han variado, donde desaparecen las fronteras, los medios de comunicación se encargan de revestir y dar un barniz de naturalidad, legitimidad o ilegitimidad a la violencia, exagerando, minimizando, desvirtuando o confundiendo con su información, de acuerdo a determinados intereses. Feixa y Canelles (2006) también otorgan una gran importancia a los medios de comunicación y, refiriéndose al trágico asesinato de Ronny Tapias¹², dicen que constituyó para los medios un elemento apropiado para generar un cuerpo de noticias sobre las bandas, argumentando que más allá de la realidad de las “bandas latinas”, ha servido para presentar un perfil distorsionado y estereotipado de los jóvenes inmigrantes latinoamericanos ubicados en Barcelona, de sus formas de vida y una imagen determinada del proceso migratorio, ya que la han construido a través de la información de hechos criminales que suponen una amenaza para la seguridad ciudadana. De esta manera, se ha inventado la idea de un joven portador de una serie de estigmas y carencias que no son compartidas por los jóvenes autóctonos. Mucho menos explícitas han solido ser, sin embargo, las noticias sobre las prácticas de exclusión que la sociedad receptora brinda a estos jóvenes inmigrantes, ofreciéndoles un trabajo precario, un difícil acceso a la vivienda o un claro ambiente de marginación.

¹² Fue asesinado porque sus asaltantes se equivocaron de víctima. Era un estudiante colombiano y fue apuñalado cuando tenía 17 años, al salir de un instituto de Barcelona. Los autores del crimen, menores de edad, querían llevar a cabo la venganza de una ofensa ocurrida unos días antes en una discoteca, pero se confundieron de persona. Buscaban otro joven Ronny, colombiano, de igual edad y aspecto similar. Una puñalada en el corazón terminó con su vida. Ni pudo defenderse y murió sin saber por qué. El caso de Ronny Tapias conmovió a la opinión pública española, acrecentó la alarma social sobre la violencia de las bandas juveniles y generó un debate sobre el posible endurecimiento de la legislación de menores. Información obtenida en Internet el 18 de agosto de 2011.

Este tipo de actuaciones podrían unirse mediante un eslabón con acontecimientos del pasado porque, también la justificación de la sublevación fascista de 1936 se basó en una supuesta y falsa conspiración marxista que se estaba organizando y que sería financiada desde Moscú, lo que suponía una agresión extranjera contra la independencia nacional; pero en ningún momento se hizo explícita la idea del rechazo real al régimen de la República, es decir, al sistema democrático establecido. La propaganda y poder ideológico de la derecha sobrevaloró la influencia del comunismo en el territorio español y el anticomunismo y el antimarxismo fue una acción defensiva contra el fantasma de la revolución social y una actitud de búsqueda de apoyos sociales. Los documentos y pruebas que Franco decía poseer, fueron invenciones tendentes a crear un clima psicológico adecuado para hacer factible la intervención militar (Reig Tapia, 1990 : 32-36). Los sublevados justificaron el golpe militar como medida de salvación para que la Patria no sucumbiera ante el comunismo o el terror rojo y para ello, rememoraron y sacaron a la palestra los enfrentamientos e incidentes de los años y meses previos (García Colmenares, 2007 : 13). Es decir, los golpistas pretendieron ocupar el puesto de pacificadores.

Tampoco el historiador José Antonio Pérez pasa por alto el poder de los medios de comunicación y como respuesta a la pregunta de si considera que el trauma de la guerra está totalmente superado, entiende que no, porque existen sectores que se niegan a aceptar o a reconocer; es decir, hay un movimiento que se llama negacionista o revisionista que trata de sostener que la guerra fue algo inevitable y que no empezó en el treinta y seis, sino que comenzó con la revolución del treinta y cuatro. Estos sectores que se niegan a aceptar o a reconocer vienen alimentados por la opinión de una serie de pseudo-historiadores, gente que en muchos casos no es historiadora ni tiene ninguna consideración dentro del mundo académico y que adolece de una falta de rigurosidad absoluta, porque no hay cosa peor y así lo hacen, que las conclusiones escritas antes de haber hecho la investigación. Son personas que tienen una ideología claramente de derechas y de ultraderechas, en algunos casos y que, sin embargo, tienen un eco porque detrás de ellas existen grupos mediáticos con mucho dinero que fuerzan las fuentes para que digan lo que ellos quieren y algunos de los libros que más se venden son, precisamente, los

que proponen ese tipo de discurso, hecho que dice muy poco en defensa de que el trauma de la guerra haya sido superado. Por otra parte, también hay discursos de extrema izquierda, que en su opinión, cuentan con muchísimo menor soporte económico y político, que tratan de dar una versión que tampoco tiene nada que ver con lo que ocurrió.

Al margen de esta cuestión y pese a que como una consecuencia biológica natural hayan desaparecido la mayoría de los que vivieron en primera persona la Guerra Civil y el franquismo inicial, ello no quiere decir que el trauma de la guerra se haya superado, ya que de haber sido así, no hubiese existido, por ejemplo, la terrible polémica que se ha suscitado en los últimos años con el tema de las exhumaciones, porque la sociedad hubiese entendido que eran o que no eran necesarias hacerlas y no se habría juzgado al juez Garzón por haber investigado los crímenes del franquismo ni hubiera surgido el conflicto que surgió. Otro punto de ajuste puede observarse en la llamada Ley de Memoria Histórica, cuyo contenido final resultó mucho más rebajado y moderado que el que se había previsto en los primeros borradores.

Respecto a la manera de transmitir la información sobre la memoria y los recuerdos de las personas, destaca tres formas diferentes y establece una distinción entre ellas: una es por medio del escritor, otra mediante los medios de comunicación y otra a través del investigador.

El escritor puede tomar prestado un tema de una realidad, como puede ser un conflicto sobre una guerra, una violación de derechos humanos, etc. y a partir de las licencias literarias que se le permiten, va introduciendo personajes de ficción que se van mezclando con personajes reales y con todo ello, construye una historia.

El plano de los medios de comunicación le parece el más peligroso porque, en ocasiones, lo que se busca es un titular o una frase determinada que hace que el lector se sienta atraído por una atención de impacto, aunque la información, a veces, sea muy reducida en el campo de la investigación.

El historiador o el investigador no goza de esas licencias literarias y debe permanecer más apegado a lo que le transmiten vía escrita o vía oral las personas que han padecido determinadas situaciones. Esa falta de adorno de todo ese alo que tiene siempre la literatura y que hace que algunos temas sean mucho más digeribles, contribuye a que estas personas puedan resultar más aburridas o más frías, pero lo que sí tratan de realizar es un trabajo con un alto nivel de rigurosidad, lo cual no quiere decir que, en alguna ocasión, no se puedan cometer actos de manipulación de los testimonios, de transmisión de información que la persona que ha padecido la situación no desee darla a conocer o que se escarbe más allá de lo que probablemente fuera necesario.

Para alertar de esta situación y corregir los desvíos que puedan producirse, existen trabajos que se centran concretamente en exponer cómo a través de la investigación se llega al trauma y cómo puede ser plasmado y cuáles son las fronteras que hay que marcar, donde el principio fundamental que debe prevalecer es el respeto a la persona que ha vivido una determinada situación. Es decir, una cosa es la labor personal como investigador en la que se deben seguir una serie de pautas, sin olvidar que es un ser humano el que está entrevistando a otro ser humano que es el que ofrece su historia oral y otra cosa es, el deber de respetar su silencio o aceptar el que en un determinado momento ponga un límite que no se debe pasar.

En el tema de la investigación, que siempre es una tarea delicada y cuyo equilibrio es difícil de mantener, no faltan situaciones de sorpresa por parte de los entrevistados, cuando a veces se les muestra un trabajo y se quedan sorprendidos porque la interpretación que el investigador ha hecho no es la misma que la que ellos sienten. Lógicamente, son personas que han padecido y que han sufrido, que han vivido una determinada experiencia y esa experiencia es única, es personal, es intransferible, pero el investigador tiene una visión de conjunto, un contexto histórico, más fuentes de documentación y ve los testimonios dentro de una polifonía donde, además, hay elementos discordantes y donde forma parte de un conjunto más grande y no tiene ni siquiera por qué coincidir con lo que esas personas piensan. Ellas pueden tener una visión de los acontecimientos que no tiene por qué falsear la realidad,

pero esa realidad sí puede estar demasiado condicionada por la experiencia que vivieron.

El investigador tiene que saber, por tanto, poner esa distancia emocional para no dejarse atrapar por esa especie de síndrome de Estocolmo, que surge en muchas ocasiones en las que se entrevista a personas que han tenido una determinada experiencia traumática, pero también debe ser capaz de mantener ese hilo de comunicación que haga que se muestre próximo a la persona¹³.

Formas de ejercer la violencia.

Philippe Bourgois (Ferrándiz y Feixa, 2004 : 162-163) y basándose en el caso salvadoreño, distingue cuatro maneras particulares de ejercer la violencia: *Violencia política, Violencia estructural, Violencia simbólica y Violencia cotidiana*. Sin embargo, en el orden mundial actual es difícil encauzar la violencia en uno solo de estos apartados. En su escalada, la hibridación de estos cuatro tipos de violencia, va incorporando y arrastrando nuevos matices, lo que hace que la violencia alcance dimensiones, componentes y límites inicialmente no previstos.

Violencia política, en la que se incluiría la agresión física y el terror producidos por las autoridades oficiales y por los que se les oponen, en nombre de una ideología, movimiento o estado político. Es la forma de violencia más presente en la historiografía y la ciencia política.

En este apartado podríamos incluir la violencia abierta que se ejecuta desde el Estado y que en muchas ocasiones se convierte en lucha contra minorías étnicas.

Es necesario marcar la diferencia entre el término violencia y otros términos como poder, dominación, imperio o poder político. El término poder comparte con el de violencia en que ambos imponen la propia voluntad frente a la

¹³ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

resistencia del otro, pero de una forma genérica que no se refiere al modo. Un caso característico de poder es el que toma como recurso el empleo de la fuerza física, en cuyo caso estaríamos hablando de violencia. Es decir, el poder es la categoría genérica y la violencia es el caso específico. Por el contrario, el término de imperio, dominación o poder político predispone una o varias personas con legitimidad para imponer órdenes y un grupo mucho mayor forzado a obedecer. A pesar de la distinción existente entre el poder político y la violencia política, en la práctica el modo en que se relacionan es complicado y discutible.

Dentro de la violencia política podría destacarse la que proviene del Estado como, por ejemplo, los golpes de Estado o la represión con violencia de manifestaciones pacíficas de la población o la que procede directamente de la sociedad contra el Estado, como son las huelgas políticas, desórdenes callejeros... La violencia del Estado y la de la sociedad están interconexiónadas, se complementan recíprocamente y se potencian mutuamente. Así, pues, podría decirse que cuanto mayor sea la violencia política proveniente del Estado, mayor será la contraviolencia social y al revés, de lo que se deduce que la violencia no se elimina con una violencia mayor, porque la violencia de uno potencia la violencia de otro y ambas violencias se justifican por la asistencia anterior de una sobre la otra lo que da como resultado, en ambos casos, la percepción sobre la que se asienta la legitimidad. La conciencia interiorizada por un amplio sector de población de desigualdad social injusta, en cualquiera de sus variantes, la imposibilidad de cambios esenciales en el reparto, junto con una represión en aumento ejercida a través del Estado o la convicción extendida, a nivel general, de que la rebelión llevada a cabo puede producir los éxitos esperados, son considerados componentes necesarios y desencadenantes tanto del surgimiento como de la expansión o mantenimiento de la violencia política (Sotelo, 2011).

Durante la guerra, por ejemplo, la República continuó con su política democrática, subsistiendo tanto los partidos políticos como los sindicatos. Sin embargo, la rivalidad entre los comunistas y los anarquistas, en la forma en que debía tratarse el conflicto, es uno de los hechos más reseñados. Mientras que

los comunistas requerían la disciplina y la unidad como elementos imprescindibles para ganar la guerra, los anarquistas estimaban que la ocasión era oportuna para llevar a cabo una revolución social, agrupándose en comunas en las que se colectivizó la propiedad, el dinero fue suprimido y se prescindió del poder.

Situándonos en el período objeto de investigación y dentro de la *violencia política*, podríamos encajar la violencia y el sufrimiento que se produjo durante la Guerra Civil. La guerra, que en principio no parecía que duraría mucho tiempo y en la que la violencia tuvo una especie de matiz purificador hasta el punto de ser considerada por algunos sectores como una vía necesaria para librar a la sociedad de los males que padecía, se prolongó durante tres años, desde 1936 hasta 1939, dejando en su caminar, especialmente trágico y fraticida, muertos, exiliados, mutilados, huérfanos y un largo etcétera, por ambos bandos.

Violencia estructural, en la que hace referencia a la organización económico-política de la sociedad que impone condiciones de dolor físico o emocional, desde la mortalidad hasta condiciones de trabajo abusivas y precarias. Galtung (Ferrándiz y Feixa, 2004 : 162) la define como “la violencia indirecta construida siguiendo unas órdenes sociales y creando grandísimas diferencias entre la autorrealización humana real y la potencial”. Diferencia la violencia estructural de la institucional por “la naturaleza más abstracta... que no puede ser atribuida a ninguna institución en particular” y añade que a menudo la violencia estructural es “vista de un modo tan... natural como el aire que nos rodea”.

En este apartado podríamos integrar los innumerables genocidios invisibles que se han llevado a cabo a lo largo de la historia.

En situaciones de violencia estructural se produce tanto el reconocimiento de carencias como el deterioro en la satisfacción de necesidades económicas y sociales básicas que afectan a la supervivencia, bienestar, identidad cultural, nacionalidad, libertad... de la población, dando como resultado realidades dramáticas como son el hambre, la miseria, la enfermedad e incluso la muerte,

la represión, la explotación... como consecuencia de un sistema de acceso o de reparto injustamente establecido. En este tipo de violencia indirecta, es decir, en la que no existe un sujeto directo que la efectúe, la percepción de las causas que la producen son menos visibles y su enfrentamiento, con el fin de combatirla, más difícil.

Esta forma de violencia encaja con la que se vivió durante la dictadura del período que estamos analizando, ya que, si muy dura fue la batalla, la violencia continuó durante los años siguientes. Al terminar la guerra, el régimen triunfador también se caracterizaría por la autarquía y por la restauración del viejo orden social anterior a la Segunda República, descargando sobre gran parte de la sociedad la penuria y la represión. Los años cuarenta del Estado español no fueron sólo de aislamiento con la mayor parte del mundo, sino que conocieron también la privación de las libertades civiles y todo un sistema de racionamiento de alimentos y productos básicos; las formas de la vida social se transformaron profundamente y los sistemas de gestión autoritaria del trabajo, o las personas que se quedaron sin él durante la guerra o como consecuencia de ella y debieron trasladar su residencia a otro lugar en busca de uno nuevo, afectaron seriamente el día a día de la vida familiar, laboral y social de mucha gente. Éste sería el caso, uno entre los muchos que pueden constatarse, de Eladio de Acha Torrontegui¹⁴, que fue despedido de la empresa Babcock & Wilcox por sus ideales nacionalistas y cuyo trabajo nunca lo volvió a recuperar y debió trasladarse a otro lugar, fuera del entorno familiar, en busca de un nuevo medio de vida.

Una estampa típica del final de la guerra muestra el empobrecimiento del Estado español en la década de los cuarenta y en especial, el año 1941, nombrado en amplios sectores populares como “el año del hambre”, ocuparía un puesto de honor y se hizo notar de forma gravosa en la sociedad. De hecho, el sufrimiento por la escasez de alimentos y el descenso en el nivel de renta producido por los efectos de la guerra tardaron en recuperarse prácticamente veinte años.

¹⁴ padre político de la autora de este trabajo de investigación

Violencia simbólica, que Bourdieu (Ferrándiz y Feixa, 2004 : 162) la denomina como las humillaciones internalizadas y las legitimaciones de desigualdad y jerarquía.

En este apartado podríamos incluir la violencia de género, la humillación de clases, la falta de reconocimiento, las formas de persuasión sobre las personas...

Esta forma de violencia no se lleva a cabo de forma directa mediante fuerza física y por eso es más difícil detectarla o combatirla, sino más bien de forma invisible y con efectos de violencia activa y real, a través de la transmisión e imposición de los dominantes a los dominados de una visión del mundo determinada, de los roles sociales, de las estructuras mentales... mediante la educación, la religión, el lenguaje, los medios de comunicación, la ideología, los símbolos... y conlleva la aprobación, la reproducción y la interiorización de determinados tipos de comportamientos y valores que condicionan la forma de pensar, de percibir y de actuar, alimentando una cultura opresiva, injusta e insolidaria y que hace que sean vistos de forma natural, incluso para los dominados. Esta interiorización conlleva que, en no pocas ocasiones, determinados tipos de conflictos, en cualquier ámbito o nivel, se conviertan en violencia habitual y queden justificados y legitimados por la defensa de determinados ideales, políticas, religiones..., o por la creencia de un mayor derecho de unas personas sobre otras.

Además de la compasión, el sentido de la obediencia a la autoridad, se considera una disposición innata en el ser humano y en diversas culturas, un valor ético. Las órdenes eclesásticas, por ejemplo, siguen exigiendo el sometimiento total, como la disposición de Abraham a acabar con la vida de su hijo. Pero, la obediencia ciega a la autoridad, cada vez está más cuestionada. La obediencia debería prestarse por convencimiento y debería cesar cuando ocasione daño o sufrimiento al prójimo. La tendencia a obedecer, la disposición a disciplinarse, no sólo es un valor ético, sino que también puede convertir al hombre en un instrumento carente de voluntad (Eibl-Eibesfeldt, 1987 : 100-

102). Como dice Frankl (1999 : 24-25), existen diferentes actividades que no pueden pedirse, exigirse u ordenarse, como son la triada “fe, esperanza, caridad”, que no tienen nada que ver con la noción de imposición. Así, tanto la fe como la esperanza y el amor, no pueden llevarse a cabo por ordeno y mando, ya que, simplemente, no se da cumplimiento a un deseo. “No puedo “desear” creer, no puedo “desear” tener esperanza, no puedo “desear” amar y aún menos, puedo “desear” desear algo”.

El historiador José Antonio Pérez, también hace mención al hecho de que dentro de la violencia de la Guerra Civil, la simbólica fue muy importante y tuvo un efecto devastador que se perpetuó en el tiempo, con unas consecuencias tremendas para una parte de la sociedad. Un ejemplo de ese tipo de violencia se vivió cuando José María de Areilza, durante una concentración en un teatro de Bilbao, en julio de 1937, afirmó que “esa horrible pesadilla”, refiriéndose a Euskadi, había sido derrotada, para continuar aseverando que era una suma del “socialismo prietista y de la imbecilidad vizcaitarra”. Claro que había sido derrotada y además, a sangre y fuego y claro que había habido vencedores y vencidos pero, aun más, se estableció algo que al término de una guerra civil es tremendo y es que, la sociedad no se recompuso y hasta muy avanzada la década de los setenta, se siguió celebrando el desfile de la victoria. Pero, el desfile de la victoria para unos, era el desfile de la derrota para otros, es decir, muchos años después se seguía escenificando que España había vivido una guerra y que unos habían sido derrotados y otros habían salido victoriosos, lo que hacía imposible que las heridas se cerraran y sí que la sociedad siguiera adelante sostenida sobre valores compartidos con esa carga de odio, porque le estaban recordando continuamente al que había sido derrotado, que lo había sido¹⁵.

Violencia cotidiana, que abarca las prácticas diarias de violencia en un nivel micro de interacción.

¹⁵ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

Estas prácticas se llevan a cabo sobre el terreno y existe un continuo de violencia. Para el conocimiento y análisis de este tipo de violencia son de valor incalculable la experiencia y las memorias de las personas.

La violencia cotidiana es directa y más fácil de identificar y se manifiesta en actuaciones y comportamientos violentos, tanto físicos, fácilmente detectables por las huellas que dejan en el cuerpo, como psíquicos, que pueden aparecer más solapados, como son el odio, el resentimiento, la humillación, el rechazo, la discriminación, la amenaza, el trauma psicológico, la opresión, el miedo..., que produce intencionadamente un sujeto o una colectividad que cree estar en disposición de poseer mayor poder sobre otro u otra colectividad y que surgen, generalmente, dentro de relaciones asimétricas. Este tipo de violencia suele aparecer como consecuencia de algo y las raíces, no pocas veces, están relacionadas y justificadas con la violencia estructural y con la violencia simbólica.

Para el historiador José Antonio Pérez, la violencia ejerce el poder de imponer el terror y la que se desarrolla en tiempos de guerra es tan profunda, que marca un odio tremendo y hace que se cometan actos verdaderamente brutales, algo que quedó patente durante la Guerra Civil, tanto en la actuación de los nacionales como en la retaguardia de la República, o como la que más tarde se vivió en Yugoslavia, donde se llegó a la antropofagia y no desde luego por sobrevivir, sino por mostrar públicamente que era un acto de imposición. La violencia tiene ese componente que se mueve entre la violencia terrible y la violencia purificadora, es, como decir, vamos a quemar todo porque arrasando todo esto, va a surgir una nueva sociedad y mucha gente que, probablemente en otras circunstancias no hubiese cometido esos terribles delitos, en una situación de guerra se siente arrastrada por una vorágine de violencia que le conduce a cometerlos¹⁶.

También el que el golpe no fuera secundado por una parte del Ejército originó una gran represión y la muerte de generales, jefes y oficiales. Igualmente, la

¹⁶ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

falta de sometimiento por parte de la población civil encontró su contrapartida en fuertes medidas represivas que no finalizaron al término de la Guerra Civil. Así, los afiliados a centrales sindicales o a partidos políticos, las autoridades republicanas, los maestros, los liberales, los masones... no estarían libres de represalias ante cualquier acusación o denuncia, lo que originó, además de una *violencia política y cotidiana*, una profunda *violencia estructural, institucional y simbólica*. La tortura, el dolor, el miedo del vencido, la aniquilación de sus símbolos, el exterminio ideológico, la humillación, la falta de libertad e identidad, todo tipo de injusticias, incluida la muerte, son elementos que han permanecido dentro del recuerdo de algunos y del olvido de otros. Según Juliá, “la organización militar y la represión de la clase obrera y campesina y de los sectores liberales de la clase media fueron los primeros fundamentos sobre los que se edificó el nuevo poder en la parte de España que quedó bajo control de los sublevados: para garantizar su control sobre la mitad del territorio de España, los militares españoles necesitaron producir un número de muertes infinitamente superior al producido por el partido nazi para controlar la totalidad de Alemania” (Juliá Díaz, 1996 : 123).

Para Javier Rodrigo (2006) las huellas del horror vivido durante el franquismo hablan por sí solas y las cifras analizadas dejan muy poco espacio a la duda de la violencia que se llevó a cabo: 30.000 personas desaparecidas, una estimación de 150.000 que fueron fusiladas por motivos políticos, 500.000 internadas en campos de concentración, miles de prisioneros de guerra y presos políticos designados a trabajos forzados, miles de personas abocadas al exilio, una masiva concentración carcelaria en la posguerra (con un mínimo de 300.000 personas internadas) o la represión de mujeres, en la que se incluía el robo de niños en las cárceles en las que las madres se encontraban ingresadas.

Pero, además, sea la violencia del tipo que sea, “todas las víctimas de la violencia humana sufren una doble ofensa: la agresión física de sus verdugos y la tortura psicológica de llevárselos a todos en su memoria” (Ruiz-Vargas, 2006).

El objetivo de la antropología y la labor del antropólogo.

Cabría la posibilidad de argumentar, a la vista de lo observado a lo largo de la historia, que la violencia es una manifestación de agresividad que surge de la convivencia social y puede considerarse un elemento clave en el surgimiento de las sociedades y en la evitación de autodestrucción del grupo. Pero, la sociedad tampoco hubiera sido capaz de sobrevivir si no hubiese incorporado mecanismos de control en la violencia, de lo que se deduce que, quizá no se trate tanto de intentar que desaparezca en su totalidad, sino de saber cómo canalizarla y encauzarla para que se amortigüen los efectos negativos y destructivos que se producen como consecuencia de la interacción social. Encajar la solidaridad y la tolerancia en nuestro bagaje cultural es encaminar nuestros pasos a una tarea que tienda a la búsqueda de la concordia, del entendimiento y de la paz.

Vivimos en un mundo globalizado y hablar de globalización es pensar en multiplicidad de individuos, clases, nacionalidades, ideas y culturas diversas y desiguales y pensamientos contrapuestos, que no pocas veces entran en conflicto y desembocan en violencia. Como consecuencia de todo ello, se precisa una antropología de la violencia que investigue y analice cualquier tipo de violencia y que realice una confrontación entre procesos globales y locales. Porque, globalización y cultura constituyen un amplio campo de elementos interconectados, entre los que se encuentran la multiculturalidad y la violencia y por tanto elementos no sólo necesarios sino imprescindibles para la investigación social y, en definitiva, un binomio inseparable de estudio. Al mismo tiempo y ante la creciente complejidad que envuelve el difícil mundo de la violencia, cada vez se hace más aconsejable la interacción y los contactos interdisciplinarios en favor de la divulgación e intercambio del conocimiento adquirido (Ferrándiz y Feixa, 2004 : 169-170). Sacar a la luz la violencia, con el fin de desarmarla, es ir más allá de los distintos orígenes y de las diferentes ideas, utilizando ese medio universal que nos acerca y que pertenece al patrimonio de los humanos, que es el lenguaje y que como manifiesta Benjamin, no es instrumental, no es el camino para conseguir algo, sino que es

el espacio en el que se expresa la verdad. “Detrás de cada lengua existe una lengua perfecta que se manifiesta en cada una de ellas”, aunque de manera parcial y a pesar de que los elementos particulares, como son las palabras y las frases de las diferentes lenguas se contraponen, “estas lenguas se complementan en su misma intención” (Arregi, 2009).

Teniendo en cuenta esta idea, la labor de un antropólogo deberá consistir no sólo en estudiar y entender la violencia como tal, sino en analizar e interpretar el valor que representa para los actores intervinientes, reconociendo que la violencia es instrumental y los individuos emplean unos medios y valores para conseguir sus propósitos, dentro de relaciones de poder y relaciones políticas asimétricas (Ferrándiz y Feixa, 2004 : 159). Valorar la importancia de conocer el contexto en el que se da la violencia es, reconocer que sus significados serán diferentes dependiendo del punto desde el que se contemple, es decir, desde la perspectiva de las personas implicadas, como pueden ser, por ejemplo, la víctima, la víctima por extensión, el testigo, el victimario, o quienes conozcan u observen la situación, después de casi ochenta años de que hubiera ocurrido, como es el caso del tema principal que estamos investigando y analizando.

Dentro del proceso de investigación, José Antonio Pérez considera que una entrevista es un acto entre dos personas, donde una pregunta y otra contesta, algo que puede convertirse en un diálogo, en una conversación y no en un interrogatorio y donde, a menudo, el recuerdo de la violencia supone una lesión moral para las víctimas. Rememora una ocasión en la que le entrevistó a una señora que mientras le narraba sus vivencias del año treinta y siete, le confesaba: “todavía recuerdo los gritos de una amiga mía mientras era violada en la planta inferior a la que yo estaba cuando me interrogaban”. Para aquella mujer, recordar era terriblemente doloroso y aun así, veía la necesidad de contarlo; era como una especie de exorcismo. Pero, del mismo modo puede haber personas que prefieran no hablar sobre sus vivencias y que entiendan

que es un capítulo cerrado. Cada caso es diferente y cada uno pone los límites en una entrevista o en un testimonio¹⁷.

Pero, ¿cómo perciben la violencia las víctimas por extensión, aquellas que conocen, revisan o analizan los hechos tantos años después de haberse producido? A través de las declaraciones, podemos horrorizarnos, afligirnos, imaginarnos, mostrar sentimientos de repulsa e indignación, intentar aproximarnos o alejarnos de la violencia..., pero el dolor leído o contado no nos da acceso a experimentar la violencia y el dolor de la forma que se percibe y padece en primera persona. Como manifiesta Primo Levi (1989): “¿Hemos sido capaces los sobrevivientes de comprender y de hacer comprender nuestra experiencia? Lo que entendemos comúnmente por “comprender” coincide con “simplificar”: sin una profunda simplificación el mundo que nos rodea sería un embrollo infinito e indefinido que desafiaría nuestra capacidad de orientación y de decidir nuestras acciones. Estamos obligados a reducir a un esquema lo cognoscible. A ese fin tienden los admirables instrumentos que nos hemos construido en el curso de nuestra evolución y que son específicos del género humano: el lenguaje y el pensamiento conceptual”. Es decir, en el mejor de los casos podemos acercarnos o aproximarnos a una simplificación de lo real, pero no a la realidad en sí misma, posibilidad que queda reservada a los que han experimentado la violencia en su propio cuerpo. Pero, es también a través del lenguaje, ése que Primo Levi dice ser simplificador, donde surgen espacios de conocimiento y reconocimientos, a pesar de que no todos los hechos y sensaciones relacionadas con la violencia son posibles expresarlos con palabras y permanecen creando espacios significativos en el interior de cada persona.

Hipótesis, objetivo y supuestos de partida de esta investigación.

Tomando como punto de partida el planteamiento de Philippe Bourgois, expuesto anteriormente, mi hipótesis de trabajo consistirá en demostrar que:

¹⁷ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

- Estas cuatro formas de violencia, que no fueron autoexcluyentes, se dieron, tanto de forma general durante y después de la Guerra Civil, como de forma particular en los Batallones de Trabajadores y en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, objeto central de este trabajo de investigación.
- Que existieron fuertes vínculos entre los diferentes tipos de violencia como, por ejemplo, en gran parte de la violencia cotidiana que tuvo su origen en la estructural o en la violencia simbólica que fue el desencadenante de importantes movimientos politizados.
- Que a la violencia y sufrimientos iniciales de la guerra, se fueron sumando nuevos componentes de los dos elementos, que contribuyeron a aumentar el horror y el dolor entre la población.
- Que la dura realidad de la violencia y el sufrimiento que padecieron los perdedores de la guerra, debió ser vivida y silenciada durante muchos años.

Al empezar a escribir mi trabajo soy consciente de que lo hago, en primer lugar, en base a mi interés e inquietud personal por obtener un conocimiento más profundo y formal sobre este tema, y en segundo lugar, partiendo de tres supuestos:

- El primer supuesto es de cierto sentimiento de pesar, de dolor, de considerarme de alguna manera víctima de la guerra, aun no habiendo padecido su violencia directa, física o psicológica, porque todavía no había nacido. Me siento, sin embargo, víctima de la guerra y de sus consecuencias por extensión, ya que, por una parte, mis allegados la experimentaron y supieron del dolor y, por otra, a mi generación se le privó del derecho a conocer una etapa de la historia de su país. El silencio impuesto a la parte perdedora, el obligado ocultamiento en público de sus lágrimas como si ellas fueran ilegítimas o indignas y el sesgo de la información, convirtió en víctimas, no pocas veces, a los

causantes de la violencia; es decir, la violencia creó una realidad a su manera y a su conveniencia. Pero aquella memoria herida de las víctimas difícilmente podría destruirse y tan amargas experiencias nunca desaparecerían, sino que tarde o temprano reclamarían su lugar en la historia.

- Como segundo supuesto, quiero dejar claro que el objetivo de este trabajo consiste en describir la violencia, tanto física como psíquica, todo trato que atente contra la dignidad humana y en exponer hechos como los que se recogen en los relatos de las experiencias vividas. Sin embargo, la intención no es hurgar en una herida mal cerrada, sino en conocer cuál es su profundidad y su alcance para, sin aumentar el dolor, pero siendo conscientes de que existe, tratar de curarla y que no quede cerrada en falso y pueda volver a abrirse en el futuro. Porque, si queremos entender la violencia con el fin de evitarla, se hace necesario saber el contexto en el que se origina y tener presente que toda violencia ocurre siempre dentro de un entorno determinado y de unas condiciones que la generan, a pesar de que la perspectiva de las víctimas, de los torturadores o de los que llegan más tarde, no tenga un único significado e incluso, el mismo acto pueda sufrir diferencias interpretativas con el devenir del tiempo.

Eso significa que, hay que examinar algunas propiedades del tiempo como dimensión de los fenómenos sociales y luego las características especiales del tiempo en tanto aspecto del cambio social. Todo suceso social está relacionado con otro suceso; no hay sucesos únicos. Una de las formas que toma tal relación es la secuencial, en la que la precedencia y la sucesión conectan los sucesos en una cadena o un proceso. Así, si tomamos cualquier hecho singular, siempre está situado en una secuencia mayor. Todos los actos sociales están encajados temporalmente dentro de actos sociales mayores. A esto se le llama estar permeados por el tiempo.

- El último supuesto tendría como finalidad reflexionar sobre la importancia de recuperar la memoria histórica, lo cual no significa ni olvidar ni mirar el pasado como un lastre o como un depósito lleno de odio y rencor, sino en el reconocimiento de un derecho y un deber que nos permita entender una realidad que se dio y que nos sirva de experiencia, no sólo para no volver a cometer los mismos errores y equivocaciones del pasado, porque como dice Reyes Mate (2003a : 244), si las cosas se recuerdan únicamente para que la historia no se repita, entonces estaríamos pensando sólo en nuestra propia supervivencia, sino que recordar, olvidándonos de nosotros mismos es ofrecer justicia a las víctimas, “alcanzando así un nivel de reflexión inhabitual en la moral y en la justicia”, pero sin perder de vista, tampoco, las palabras de Primo Levi (2009 : 27): “mientras el concepto subsiste las consecuencias nos amenazan. La historia de los campos de destrucción debería ser entendida por todos como una siniestra señal de peligro”.

Me he permitido hacer un sucinto repaso de las consecuencias que conllevó la Guerra Civil y no dar por terminado, hasta noviembre de 1975, el período de investigación y análisis de la violencia y el sufrimiento que ella originó, ya que, aunque el drama de la guerra, como tal, duró tres años, durante el franquismo continuó la represión y el miedo y *la violencia política, la violencia estructural, la violencia simbólica y la violencia cotidiana*, siguieron manifestándose abiertamente a través de detenciones, encarcelamientos, torturas, fusilamientos, hambre, presión social, humillación de los vencidos, o incapacidad de manifestar sus ideales, entre otras situaciones de violencia y sufrimiento, lo que dio origen al nacimiento de nuevas formas de respuesta. Así, pues, el 1 de abril de 1939 se proclamaría la victoria de los vencedores, pero con ella no llegó la reconciliación, la tan deseada y necesitada paz. Los vencidos siguieron siendo perdedores y tuvieron que padecer las consecuencias. Con el triunfo del bando nacional, se promulgaron numerosas leyes especiales que tenían como objeto el castigar a los que se habían opuesto a la sublevación o no la secundaron. Como fruto de todo ello, la

sociedad en su conjunto, en su estructura, seguiría estando seriamente dañada.

CONCEPCIÓN TEÓRICA DEL SUFRIMIENTO

*Gorrotatu hutsegitea
eta
errukitu gaizkilea¹*

Al igual que ocurre con la violencia, el sufrimiento también puede entenderse relativo a cada cultura y a cada individuo. No todos los seres humanos sufren por las mismas cosas, procesan del mismo modo el sufrimiento o reaccionan de la misma forma cuando descubren con dolor sensaciones imprevistas y que anteriormente eran desconocidas. Cada cultura y cada persona elabora diferentes mecanismos de control; esto explica el que el sufrimiento pueda ser llevado por unos con paz, con aceptación y con equilibrio interior, encontrando sentido a su existencia, el que para otros constituya un motivo de oposición y de rebelión, mientras que para otros pueda llegar a ser el causante de situaciones tan dramáticas, tan límites y tan desesperantes como el que les lleve a preferir el suicidio en muchos casos, a ser víctimas del sufrimiento, al que se sienten sometidos.

Para Frankl (1999 : 36, 162, 189) el sentido de la vida es la propia vida, la vida en acción, “aquí y ahora”, una respuesta con implicación de la persona concreta y en una situación determinada, en la que esta persona se encuentra involucrada. Es decir, la responsabilidad es *ad personam y ad situationem*. De esta manera, el hombre a partir de sus valores de actitud, puede convertir aspectos negativos, como puede ser la muerte, en algo creativo y positivo. El hombre indefenso y ante una situación de desesperanza, frente a un destino que no lo puede cambiar, es capaz de modificar la situación hacia el éxito a nivel humano, llegando a convertir la tragedia en triunfo. “La medida del hombre es la manera en que se levanta más allá de la desgracia”. El dar un sentido a la vida y el otorgar un significado al sufrimiento, se completa con una libertad del deseo, entendiéndose con esta libertad, la elección del hombre, no

¹ Odia el delito y compadece al delincuente.

sólo en cuanto a la forma de vivir de cada uno, sino incluso ante la forma de morir, elevándose y creciendo, de esta manera, más allá de uno mismo.

El sentir del alma humana ante el sufrimiento.

El sufrimiento, que en algún momento de la vida golpea a los seres humanos de cualquier país, de cualquier edad y de cualquier condición económica y social, produce el quejido del alma y se escucha, tanto cuando aparece el dolor físico, que ataca a cualquier parte del cuerpo y que puede ser motivado por una agresión física, como cuando aparece el dolor moral, que afecta a la sensibilidad emocional y que puede producir ansiedad, miedo, depresión, frustración, odio..., ya que el alma es la sustancia que está unida a todos los actos de nuestra vida y que nos da la capacidad de querer, de sentir y de entender y que junto al cuerpo, constituye la esencia del hombre. Las causas que producen el dolor y el sufrimiento son múltiples como, por ejemplo, las enfermedades, la pérdida de seres queridos, la carencia de vínculos sociales y afectivos, la miseria, la injusticia, las catástrofes, las guerras..., que bien pueden ser experiencias vividas y sufridas en primera persona o sentidas y percibidas a través del dolor y del sufrimiento que afecta y padecen otras personas.

Centrándonos en el período de la Guerra Civil o en el que continuó como consecuencia de ella, muchas fueron las situaciones de dolor y sufrimiento padecidas y muchas también, las reacciones sentidas por el alma humana ante situaciones adversas y desconocidas. Así, los ejemplos que se exponen a continuación, son una muestra de la diversidad de respuestas que pueden producirse ante el desconsuelo, la aflicción, la tristeza, la violencia, la impotencia, la angustia, la desesperación...

Con la llegada del enemigo a Bilbao, la amargura, la pena y la nostalgia se acentuaron; la lucha y la ilusión de un pueblo que mantenía una esperanza en el futuro estaban perdidas, las aspiraciones se resquebrajaron y la abertura entre lo esperado y lo conseguido formaron una barrera que se hacía

infranqueable. La falta de motivación política provocó, de forma especialmente destacable en el ámbito nacionalista, un sentimiento de impotencia, de melancolía, de frustración y una sensación de abandono. Prácticamente toda la provincia de Bizkaia estaba ocupada. El Lehendakari José Antonio de Aguirre y Lecube, con un gran contenido de carga emocional, dirigió su último mensaje conocido como el “Manifiesto de Trucíos”, firmado en junio de 1937 y que entre otras cosas, decía:

...“El Pueblo Vasco mira al futuro con ilusión; su alma nos pertenece. Nuestra conducta es la suya. Volveremos a recobrar el suelo de nuestros padres para restaurar el idioma escarnecido, la ley ultrajada, la libertad arrebatada. ¿Qué prometió jamás el fascismo a Euzkadi? Nada, pues puesta su planta sobre Bilbao ha derogado no sólo la autonomía conquistada, sino hasta el Concierto Económico, viejo resto de libertades históricas que fue respetado hasta en tiempos de la Monarquía. Protesto también de este postrer despojo, interpretando el sentimiento sordo del pueblo sojuzgado, a quien no se le permite hablar” (Ugalde, 1984 : 75).

El valor emocional que otorgaba a este manifiesto, Joseba de Aguirre Zabala, hijo del lehendakari y buen conocedor de todos sus escritos, queda reflejado en sus palabras: “es el documento, para mí, más impactante de aita; treinta de junio del treinta y siete”².

Pero, así mismo, el sufrimiento nos muestra otra cara que representa la reacción de confrontación como la que se llevó a cabo y que derivó en rebelión, cuando el 4 de enero de 1937, después de haberse producido un bombardeo

² Entrevista realizada en su domicilio de Getxo, el 15 de julio de 2008. Para llevar a cabo esta entrevista se ha elaborado el cuestionario número 3. En un momento de nuestro encuentro, Joseba también hizo la siguiente mención: “Esta casa fue construida por mi abuelo, Constantino Zabala, en el año veintidós y no sé por qué razón, nadie de la familia la habitó. Después, vino la guerra, la casa fue incautada y luego nos la devolvieron, porque estaba a nombre de las chicas. Entonces, las cuestiones de responsabilidades políticas las tenían los chicos, pero no las chicas y menos mal, porque es lo único que hemos recuperado, las casas. Cuando la casa estaba incautada..., pues, lo típico; hubo militares, falangistas, etc. y cuando se nos devolvió, en el cincuenta y nueve, se alquiló. Yo vine a vivir aquí en el noventa y uno y soy el primero de la familia que la ha habitado. Mis hijos estaban muy contentos en San Sebastián, lo pasábamos divinamente, pero yo tenía la ilusión de venir aquí y en setiembre de ese año, con lloros, (se rió al mencionarlo), vinimos toda la familia”.

aéreo por parte de los alemanes, un grupo de personas, al que se unieron soldados de un batallón de la UGT enviados para apaciguar a la muchedumbre, procedieron a asaltar una prisión en Bilbao, produciéndose la muerte de unos 200 presos derechistas antes de que llegara la Ertzaña, que era la policía vasca (Fraser, 1979 Tomo II : 149).

El sufrimiento nos trae igualmente a la mente, aquella imagen amarga de la zona del puerto de Alicante, cuando la guerra ya estaba perdida para unos y ganada para otros, en la que miles de hombres, mujeres y niños, arremolinados y durmiendo a la intemperie, permanecían con la esperanza de poder escapar en los barcos que, supuestamente, iban a llegar. Por un lado el mar y por el otro el enemigo, la situación se presentaba desesperante y la llegada de un barco y el deseo de embarcar, podría significar una fuerte pelea con posibilidad de convertirse en una lucha sangrienta. Ante la amargura y el desánimo del momento por el hundimiento psicológico y moral que suponía su condición de vencidos, muchas fueron las personas que vieron flaquear sus fuerzas para seguir viviendo en aquel mundo que se presentaba sombrío y optaron por el suicidio.

Una niña, de entre los llamados “niños de la guerra”.

Una buena muestra de sufrimiento es la que se produjo por extensión de una generación a otra durante la Guerra Civil y que, en no pocos casos, derivó en hechos que marcaron la trayectoria de las personas para siempre; daños internos imborrables o espacios desconocidos..., que vivieron muchos de los niños que fueron evacuados a otros países. Por miedo a la aviación, al bloqueo, a las represalias... muchos niños fueron separados de sus padres; las familias quedaron desarticuladas y no faltaron situaciones en las que los padres habían muerto, permanecían en la cárcel o habían desaparecido. De esos niños, no todos corrieron la misma suerte; muchos lograron volver con sus progenitores; otros se vieron envueltos de nuevo en otra guerra; no faltaron los que vivieron una dictadura y tampoco los que se quedaron para siempre en el país que les acogió.

De las evacuaciones que se llevaron a cabo podría citarse la que se produjo durante la última semana de setiembre, un mes antes de la caída de Gijón, cuando unos 1.200 niños con edades comprendidas entre los dos y los doce años, embarcaron en un barco francés con destino a St. Nazaire. En el puerto francés fueron enviados en un buque soviético a Leningrado. Para muchos de los niños evacuados, pasarían más de veinte años hasta que volvieron a su tierra natal.

Pero, el mayor número de niños evacuados se dio en el País Vasco, de donde partieron casi 14.000. La mayoría de ellos se dirigieron a Francia, Bélgica e Inglaterra y una proporción relativamente pequeña lo hizo a la Unión Soviética (Fraser, 1979 Tomo II : 186-192). Uno de los testimonios recogidos, es el que se ofrece a continuación:

Miren Solaberrieta Mendiola³ escuchó las primeras noticias sobre la contienda, un día en el que estaba disfrutando de la playa, a la edad de doce años. “Empezó a venir gente que decía que había comenzado la guerra”, mientras ella se preguntaba cuál sería su alcance. A partir de entonces, el ambiente fue variando y comenzaron los posicionamientos: “los que pensábamos así, los que pensaban del otro lado, los que habían venido de fuera, porque había mucha gente madrileña...”.

Sin embargo, sus incógnitas pronto empezaron a despejarse y el recuerdo de setiembre de 1936, mes y año en que entraron las tropas nacionales en Zarautz y en que la inseguridad, el miedo y un sufrimiento inesperado hizo que todo el entorno familiar tomara un nuevo rumbo, se le quedó bien grabado. “Estábamos en casa...”. Al llegar a este punto, sintió una profunda emoción, las lágrimas aparecieron en sus ojos y durante unos instantes, dejó de hablar. Más tarde continuó narrando: “un día, vino aita a casa, cogió unas cuantas cosas y dijo, “bueno, vendremos pronto, nos vamos hacia Bilbao, pero vendremos pronto”; vendremos pronto, que no volvió más, no le dejaron volver, no le

³ Nació en Zarautz, el 18 de enero de 1924.

dejaban trabajar, no le daban la entrada en Zarautz". Su aita, más tarde, se desplazaría hacia Santander y de allí a Asturias, donde pudo coger un barco que le llevaría a Francia. "Se fueron, se marcharon, se escaparon donde podían".

El 20 de mayo de 1937, Miren, su hermana y tres hermanos de Zarautz, compuestos por dos niñas y un niño con los que se habían criado juntos y seguirían formando una piña en su nuevo destino, se unieron a una multitud de niños más que completaron la cifra de cuatro mil y que serían recordados como "los niños de la Guerra", para emprender aquel gran viaje a Inglaterra, a bordo de El Habana y en busca de la protección que requerían los menores, al que sería su nuevo hogar durante un tiempo, acompañados de andereños, personal auxiliar y sacerdotes.

El embarque fue en Santurtzi y el viaje desde Bilbao a este punto lo realizaron las dos hermanas con su aita y un amigo de éste, que les trasladó en coche. Afortunadamente y como si se hubiera tratado más de una aventura de niños que de una separación, no conserva ningún recuerdo doloroso de la despedida. Es el paso de los años lo que le hace pensar en sus padres y llegar a la siguiente reflexión: "entonces no le das la importancia que le das ahora; el dramatismo de decir, ¡qué horror, pues cómo tuvieron que sufrir ellos!". Por suerte, el recuerdo que le quedó grabado y que, todavía le hacía sonreír, era su creencia de que todos los ingleses eran similares y lo que constituía su gran preocupación: "vamos a ir a un sitio donde todos son rubios, todos son iguales. ¡Si no les vamos a conocer!".

Después de la travesía, que duró tres días y que según les contaron posteriormente, se alargó debido a que El Habana tuvo que hacer equilibrios para no ser visualizado por un barco de guerra que estaba merodeando, llegaron al nuevo país. Inicialmente, les organizaron en un campamento muy bien preparado y en el mes de junio, fueron trasladadas ellas dos, junto a los hermanos amigos de Zarautz y otras personas más, hasta llegar a la cifra de dieciocho, a una bonita y hermosa casa, donde recibieron una cálida y cordial

acogida y donde tuvieron una buena y provechosa estancia, que se prolongó durante casi tres años.

La sonrisa aparecía en su rostro al recordar el impacto que les produjo la abundancia de comida y aquel pan blanco y bueno, que contrastaba con la necesidad que habían padecido y con el pan moreno y malo que se les había ofrecido últimamente en el país de origen. “Como fuimos con mucha hambre, nos entraba todo muy bien. Me acuerdo que, el primer día, nos pusieron en unas mesas largas y nos venían la señora y las chicas que se ocupaban de la casa y nos sacaban sándwiches, en ese pan blanco..., que desaparecían enseguida. Yo no sé, las veces que nos trajeron sándwiches y las otras niñas, las inglesas, nos miraban como diciendo, esta pobre gente, ¡qué hambre! y estaban disfrutando viéndonos comer”. La estancia en aquella gran casa, se completaba con la asistencia a un colegio de monjas, situado cerca del lugar de residencia. A su regreso a Euskadi, la formación recibida y especialmente, el conocimiento del idioma, le sirvió para trabajar como secretaria de un americano que no sabía castellano.

El período que transcurrió hasta que las niñas conocieron el paradero de sus aitas, lo vivieron dentro de la mayor normalidad y naturalidad posible. “Nos habían puesto allí y allí teníamos que estar”. Cuando a través de gestiones realizadas por la Cruz Roja y otras instituciones, sus aitas lograron ponerse en contacto con ellas a través de correo postal, la diferencia fue sustancial porque, la comunicación fue muy fluida.

Después de que las hermanas fueron a Inglaterra y tras los bombardeos y los ataques que hacían presagiar que la caída de Bilbao era inminente, sus padres, cada uno por su lado, lo que les obligó a estar bastante tiempo separados y sin saber nada el uno del otro, huyeron a Francia. Su aita estuvo en la zona de Burdeos, en una colonia compuesta por ciento y pico personas, uno de los lugares que el Gobierno vasco había preparado para albergar a la gran multitud de gente que llegaba y que estaba constituyendo un importante problema para el país vecino y su ama en Getarin, donde conoció a una familia

bilbaína que residía en Biarritz y que le ofreció un puesto de cocinera, lo que le permitió ganar un dinero para seguir viviendo.

Estando en Inglaterra, el fantasma de la Segunda Guerra Mundial hizo su aparición y a principios de febrero del año cuarenta, las hermanas fueron trasladadas a Biarritz junto a sus aitas. Pero, al caer París y ante la falta de seguridad que se vislumbraba, en junio y antes de que los alemanes entraran en Biarritz, las dos hermanas y su ama regresaron a Euskadi, mientras que otra nueva separación acaeció en sus vidas porque, “aita se quedó en Francia, estuvo diez años sin venir; no podía venir; si viene aquí, le hubieran matado, sí, sí...”. La ausencia fue muy dura para todos porque, “además, no había ni correspondencia; la gente estaba cerrada; las noticias que recibíamos eran las que nos aportaba alguna persona, si sabíamos que pasaba clandestinamente...”.

Al volver a Euskadi, “tuvimos que repartirnos porque, a Zarautz no podíamos ir; no teníamos casa, ni había trabajo ni nada”, por lo que aceptaron el generoso ofrecimiento de unos tíos y su ama y ella se quedaron compartiendo su hogar en Bilbao, mientras que su hermana permaneció en Zarautz, con otros tíos. “Cuando vinimos aquí, no teníamos ni una gorda porque, hubo que dejarle a aita lo poco que había para que siguiera allí”, pero poco a poco, gracias a la ayuda de los tíos y a que las dos hermanas empezaron a trabajar bastante pronto, la cosa fue normalizándose. La sonrisa apareció en sus labios y consciente y orgullosa de la aportación y adaptación familiar afirmó: “y así, fuimos viviendo”.

Habían pasado diez años, cuando su aita abandonó el país vecino y con el apoyo de un amigo que le ofreció un empleo, se puso a trabajar en Bilbao, “con mucho miedo; pero no quería; no podía estar más allí”. El miedo que le embargaba tenía su justificación porque, el hecho de haber sido -una sonrisa iluminó su cara cuando afirmaba-, “un poco borrokilla y lanzado”, le otorgó el privilegio de rodearse, tanto de amigos y compañeros del mundo de la política “y de organizar broncas” como de enemigos; algo muy común entre la juventud de la época y del lugar. Esta circunstancia provocó una reacción de la que tuvo

constancia después de que finalizó la guerra y fue que, al parecer, dos personas le habían estado siguiendo en su huída hacia Santander y Asturias “y bueno, tuvo la suerte de que no le cogieron; pero, si le hubieran cogido, le liquidan enseguida; por eso, luego, tenía mucho miedo de ir...” Una vez superado el temor y el recelo y cuando ya había pasado bastante tiempo desde que se instaló en Bilbao, decidió ir a Zarautz, a aquel lugar tan querido y añorado por él. “Le recibieron muy bien y se murió con ganas de volver, pero ya no íbamos a ir; teníamos la vida hecha aquí; ya estábamos casadas también”.

A pesar de que el reencuentro de los padres y las hijas les hizo sentirse a todos muy felices, no se produjeron esos momentos de mención especial, que hoy en día nos parecerían tan lógicos, a si se habían echado de menos o a si les había resultado dura la experiencia de la separación vivida porque, “entonces, no se habló mucho, no sólo en nuestras familias, sino en ninguna; ni de la situación política; ni de cómo lo pasaban; ni de cómo anduvieron. Esas cosas se escondían. Las ideas no las podías dejar; ésas no se abandonan; se siguen sintiendo; pero, no podías tampoco exteriorizar, porque fíjate cómo estaba la cosa, entonces”⁴.

Un niño, de los muchos, que sufrió en directo la Guerra Civil.

También podría decirse que, cuando la violencia se mantiene a través del tiempo o alcanza mayores niveles, al sufrimiento inicial se van añadiendo nuevos matices que tienden a aumentarlo, a incorporar nuevas sensaciones de sufrimiento o incluso a generar culpabilidad como actitud personal creadora de sufrimiento hacia los demás, aun cuando las posibilidades de poder elegir sean muy escasas y prácticamente imposibles las alternativas que produzcan el cambio de un destino determinado y la creación de un futuro nuevo y más justo.

⁴ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 17 de diciembre de 2012. Para llevar a cabo esta entrevista se ha elaborado el cuestionario número 4.

La situación, aunque dramática, de niños que evacuaron a otros países que disfrutaban por entonces de paz, contrastaba y mucho con la que padecieron los niños que se quedaron en el Estado español y vivieron, directamente, la dureza y la crueldad de la guerra en toda su intensidad, donde el hambre, los bombardeos, las traiciones, las mentiras, las venganzas, las denuncias, las injusticias, los encarcelamientos, las muertes, muchas veces las de sus propios padres o madres y un largo etcétera, se sucedieron sin cesar ante sus ojos, marcando el final de su infancia. Un caso que bien puede ser un ejemplo y un reflejo de los muchos que ocurrieron a lo largo y ancho de todo el Estado, es el que se narra a continuación:

Jesús Etxarri Fernández⁵ vivía en Bilbao, con sus padres, sus abuelos maternos y el tío Julio, que estaba soltero, hasta que las consecuencias de la guerra hicieron su aparición y cobraron su tributo.

Las primeras noticias sobre el estallido de la guerra las escuchó en Fuente Caliente, Miranda de Ebro, lugar en el que pasaba el verano con sus abuelos, tratando de combatir los problemas de reuma que padecía su abuelo. El obstáculo de cómo regresar, lo solventaron desplazándose a Donostia y desde allí partieron, a bordo de un destroyer inglés, de la Cruz Roja Internacional. “Fue un día de mar atroz, pero los chavales, lo pasamos bien; no sé si alguno se caería por la borda al mar, pero, creo que no”.

El ambiente y las circunstancias a las que debieron enfrentarse cuando llegaron a Bilbao contrastaban, y mucho, con las vividas anteriormente. “Aquí, nos estaban esperando y fuimos a una casa en la Plaza del Ayuntamiento, al piso de unos amigos. Nos acogieron aquella noche y (puso énfasis en sus palabras) en aquella casa, yo oí algo; vi caras largas; alguna que lloraba y me enteré de que a mi padre lo habían hecho preso”. Al parecer, el padre de Jesús era carlista y tenía una peña de amigos en el Bar Iruña, donde se reunían personas de su misma ideología.

⁵ Nació en Bilbao, el 6 de enero de 1930.

“Creo que mi padre pertenecía a algún círculo carlista y cuando estalló la guerra, estos círculos trabajaban para favorecer a sus compañeros de batalla. Por lo que tengo entendido y oí también, porque nunca me explicaron si fue una realidad o no, a mi padre le convencieron para pasar armas de Francia a España por Navarra. Yo leí una carta, que le escribía a mi madre, quejándose de que le estaban siguiendo los pasos y que él temía que, de un momento a otro, podrían cogerle y que sería el momento en que ya no se vería con ella. Entonces, se despedía de mi madre -de su esposa- y le mandaba un abrazo y un beso muy cariñoso para su hijo⁶. Finalmente, le cogieron y le llevaron al cuartelillo de Orueta; más tarde, le trasladaron al Altuna Mendi y allí estuvo mi padre hasta que desapareció de la vida, hasta que lo mataron”. Por medio de un familiar que tenía amistades en el Partido Nacionalista Vasco, pudieron recuperar el cadáver y llevarlo al panteón familiar; es decir, aunque su nombre aparece en el lugar destinado a los caídos por Dios y por España, su cuerpo no descansa allí.

El día a día del Bilbao de la época reflejaba la escasez de todo y entre ese todo, de algo tan básico como era el pan y los alimentos. Este hecho les empujaba a los chavales a escarbar en las bolsas de basura o en las cajas de cartón depositadas en la calle, intentando encontrar cualquier tesoro convertido en residuo de comida. “Yo recuerdo, que lo que más buscaba, eran las peladuras de naranja, para comerme lo blanco que tenían”. Al mismo tiempo, también “se acudía a los chavales de dieciocho y diecinueve años para llevarlos en camiones, hacia zonas como Artxanda, para trabajar en las trincheras que iban a sostener Bilbao”.

Al inicio de la guerra, la familia vivía en una casa que no era de hormigón. “Recuerdo que sonaba la sirena y acudíamos a refugiarnos a Mazarredo, al chalet donde está ahora el Club Athletic. Ahí estaba parte del Gobierno vasco y anexo a ese chalet, hicieron un pabellón de hormigón donde estaba la primera Ertzaña que se creó en el País Vasco”. Más tarde, a la vista del cariz que iban

⁶ Durante la entrevista me ha mostrado y he leído esta emotiva carta, pero por estar dirigida a su madre y considerar que pertenece a su intimidad, me autoriza, sólo, a que dé a conocer su contenido pero, no, a que saque fotocopia del documento.

tomando las cosas y siguiendo las indicaciones de un amigo de su tío Julio, “que siempre que había un riesgo para la familia, lo quería evitar como fuese”, se trasladaron a una de las casas de Sota, situada en la calle Colón de Larreategi. De esta manera, “cuando sonaba la sirena, ya, no salíamos de la casa; nos bajábamos a los sótanos y allí solíamos estar, hasta que pasaba el bombardeo”. Las salidas a la calle se entremezclaban con vivencias tan dramáticas y sobrecogedoras como el bombardeo que fue perpetrado por el Canarias desde el mar, contra la zona de Indautxu y que les sorprendió una tarde en la que estaban en el parque; con el bombardeo que se hizo a Cotorruelo; o con la respuesta perpetrada contra los presos de la cárcel de Larrinaga.

Los tiempos de guerra a menudo conllevan jornadas de miedo, de inseguridad, de venganzas, de desconfianzas, de denuncias, de mentiras..., que fuerzan a tomar decisiones no previstas y ajenas a la voluntad de cada uno y, en este caso, fue el miedo o quizá la precaución, lo que le impulsó a la familia de Jesús a abandonar Bilbao durante una temporada. “Eso, creo que lo pensó muy a fondo mi tío Julio, que sé que les quería mucho a sus padres y le quería mucho a su hermana”.

Las noticias proclamaban que la toma de Bilbao era inminente, al igual que inminente podría ser, algo que nada tuvo que ver con la realidad y sí con una simple conjetura, el que alguien quisiera atribuirle al abuelo de Jesús, es decir, al padre de Julio, que era republicano, algún tipo de denuncia que estuviera relacionada con la muerte de su yerno. “Si piensan eso, aquí va a haber una escabechina. Les van a coger a mis padres, los van a meter en la cárcel, los van a llevar a juicio y me quedo sin padres, y sin hermana, igual también y dijo: “esto no puede quedar así; hay que sacarlos; hay que marcharse” y hubo que marcharse; no hubo más remedio. Se empezaba a hablar de que iban a volar los puentes, cuando una madrugada, poco antes de entrar los nacionales, se presentó una camioneta en el portal de casa y el tío Julio nos mandó bajar con lo que teníamos y nos marchamos de Bilbao. No llovía, hacía buena noche y salimos para Santander, con idea de embarcar; mi abuelo reumático, paralítico, ya no se movía, había que darle de comer y había que hacerle de todo; mi

abuela; mi madre y yo; nos llevaba mi tío Julio". Ante la imposibilidad de embarcar en Santander, por problemas de barcos, de salidas, de refugiados, se dirigieron a Torrelavega y de allí, siguieron hacia Ribadesella; "cuando llegamos, ya estaba el barco allí".

Embarcaron en el barco Marvia; "mi abuelo en una camilla; mi abuela; mi madre y yo. Nos dieron un camarote, seguramente en atención a mi abuelo, mientras que la gente iba donde podía, porque el barco iba a tope". La travesía duró tres o cuatro días y "el Canarias salió en nuestra persecución", ya que el barco navegaba con la Cruz Roja Internacional. "Fuimos a Francia, pero, ni nos recibieron; dijeron que más españoles que no y nos despacharon". De nuevo se hizo inevitable el regreso al Estado español, en un tren repleto de gente. En el recorrido, "si el tren paraba en un viñedo, lo recuerdo perfectamente, viñedo que desaparecía; quedaba limpio; sin una uva. Llegamos una noche a Centellas y nos hospedaron en un palacio hermosísimo, que todavía existe, con una portada grande para los carruajes, tres plantas arriba, dos laterales con dos terrazas que daban a un jardín interior precioso, con una pileta de agua hermosa que podía ser piscina, donde se bañaba la gente y lo dejamos hecho una porquería, cuando entraron las tropas. Nos habíamos cargado, para hacer fuego, todos los arbustos que había en el palacio y quedaban los árboles, porque con las manos no los puedes doblar ni romper".

El hambre era el pan nuestro de cada día "y los chavales nos íbamos a las campas a correr y cuando entrábamos en un sitio donde había nabos, los sacábamos y comíamos a espuelas; yo he llegado a comer, cinco o seis en una mañana; estaban buenísimos. Nos seguían los payeses, que se mataban. "¡Canalla, canalla, más que canalla!". No nos comíamos un toro porque estaba vivo, pero, ¡hambre!; hambre pasamos toda, a pesar de que la gente era buena y siempre nos daba algo; de eso, no nos pudimos quejar".

Gracias a lo pendiente que estaba siempre el tío Julio porque pudieran abastecerse lo mejor posible, su madre manejaba el dinero que él le proporcionaba y con su amiga Petra, de Portugalete, iban por las fábricas en

busca de provisiones, como longaniza y butifarra, a la vez que se hacían con la leña necesaria para hacer fuego y preparar la comida. Una vez en el palacio, “cada familia tenía su puchero con su candado; sino, se comían el puchero de otro; se lo robaban”.

Cuando empezaron a recibir la ayuda de la Cruz Roja Internacional, la situación cambió. “Entonces, ya, mandaban leche en polvo, queso, arroz, patata y, se podía guisar. Abajo, en la portada grande, a mi madre, a Petra, y a dos mujeres más, les pusieron unas batas blancas y hacían la comida para todos. Ya, comíamos un plato caliente y desaparecieron los anteriores pucheros”.

Jesús asistía a la escuela y allí, leyó El Quijote, “que me aburrió soberanamente”. Los domingos iban a ver “cómo apostaban dinero los payeses jugando a la petanca” y a un bar que tenía cine. “Allí vi El acorazado Potemkin, El sombrero de copa...”. Al lado de ese bar, que proyectaban cine, había una ermita “que se abrió cuando entraron las tropas nacionales para decir la primera misa”.

Un mediodía entraron las tropas nacionales, mientras que la gente del pueblo estaba en la calle con sábanas blancas y banderas. “Hubo quien salió con la boina roja, la camisa azul, las flechas, el correa y la pistola; aquéllos ya salían en plan de lucha. Salió gente de todo y al entrar las tropas por la calle, la gente vitoreaba a los liberadores. La vida es así; primero, vitorean a unos y luego, vitorean a otros. Fue entonces cuando uno de los nacionales, que iba a caballo, le dijo a la amiga de mi madre: “Petra, ¡tú eres de Portugalete, ya te conozco! Esta noche venimos”. Fuimos a casa y a la noche nos trajeron chocolate, azúcar, carne, jamón, chorizo, salchichón..., bueno, de todo y aquello fue una maravilla. Nos hicieron la visita; dejaron todo aquello, que fue un maná y se marcharon”.

En una ocasión, también tuvieron contacto con las tropas de la República que se encontraban preparando distintos ranchos, en la avenida que llegaba desde la estación hasta el palacio. “Había, por lo menos, veinticinco o treinta cocinas; nosotros íbamos mirando las cazuelas; nos llamaron y nos invitaron a comer;

¡comimos, como nunca! Eran los milicianos que estaban haciendo su última comida y marchaban hacia la frontera francesa, expulsados por las tropas nacionales. Aquello lo recuerdo porque fue muy emocionante y además, yo lo agradecí mucho, porque tenía el estómago encogido y entonces lo llené. Es uno de los recuerdos positivos que conservo”.

Después de la entrada de los nacionales en la zona, los primeros que salieron lo hicieron en vagones de ganado y de mercancía y su abuelo dijo, que “él no viajaba así”, lo que les retrasó la vuelta unos diez días, dado que tuvieron que pedir a sus familiares que les enviaran dinero, ya que el que ellos disponían, no coincidía con las claves de los billetes que estaban reconocidos por el Gobierno de Franco. Jesús, nuevamente le mencionó a aquél que siempre había estado protegiéndoles, a aquél que trataba y se encargaba de solucionarles los contratiempos. “Hombre, si hubiera vivido el tío Julio..., porque el tío Julio murió en Lérida en un bombardeo, estando nosotros en Centellas”.

Una vez en Barcelona y como los trenes tenían sus días de funcionamiento, “estábamos una noche durmiendo en la estación y vino un empleado y nos dijo: “miren, aquí hace un poco fresquito, les he encontrado un coche cama que está aparcado ahí y vengan Vds. porque van a dormir mejor”. Fuimos como locos; nos metimos en el coche cama; nos tumbamos y al de dos minutos estábamos en la calle otra vez, porque estaba lleno de chinches, de pulgas y de lo que sea. Al fin, ya cogimos el tren.”

Al llegar a Bilbao, “nos estaba esperando en la estación un tío mío, hijo de mi abuelo, que trabajaba en Orconera y tenía el chalet en Lutxana, donde estuvimos viviendo una temporada bastante larga”. Allí cumplió Jesús los nueve años y a esa edad y en esa localidad, hizo la comunión.

“Una mañana de un día soleado, en el que estaba andando en bicicleta, oí sonar las campanas de la Iglesia del Buen Pastor del Barrio de Bituritxa en Lutxana y dije, pues, ¿qué pasa? Se había acabado la guerra; había terminado la guerra. Seguimos una temporada más en Lutxana y luego, nos vinimos a

Bilbao, cuando ya había pasado un tiempo prudencial, que los mayores estimaban que era suficiente para que si había habido, en algún momento, algún tipo de revancha política, se hubiera desvanecido y ya no habría peligro y así fue; no hubo nada”.

Para Jesús, tanto la muerte de su padre como la de su tío o el propio proceso de la guerra y de sus vivencias, no ha sido un motivo que le haya llevado a interesarse por el mundo de la política. “La política no me interesa para nada”⁷.

Un niño que nació fuera de Euskadi, “de las manos del Partido Nacionalista Vasco”.

Muchos fueron, también, los niños que el destino quiso que nacieran fuera del lugar que les correspondía, o por lo menos, del que hasta que comenzó la guerra había configurado el entorno de sus progenitores y que debieron abandonarlo en contra de su voluntad. De aquellos niños, unos, se quedaron para siempre en el lugar que les vio nacer y otros, eligieron sus orígenes para vivir.

Joseba de Aguirre Zabala, hijo del lehendakari, fue un niño que conoció esa situación; un hombre que se amoldó totalmente a las circunstancias; una persona tolerante que supo convivir con diferentes ideologías, idiomas y culturas; un ciudadano del mundo que se adaptó felizmente a cada lugar, sin olvidar sus raíces; un euskaldun que quiso vivir y morir en Euskadi, pero sin romper el vínculo y el contacto con sus amistades de otras épocas. “En setiembre, vamos a Inglaterra; nos reunimos todos los jugadores de los equipos de los años cincuenta; vamos a estar unos cien con nuestras mujeres. Mantengo mis amigos del colegio inglés, de la universidad inglesa, de Iparralde, de aquí, de todos los lados”.

Las circunstancias que le obligaron al lehendakari, José Antonio de Aguirre y Lecube, a abandonar Euskadi, marcaron el lugar de nacimiento de sus hijos:

⁷ Entrevista realizada en su domicilio de Deusto, el 18 de diciembre de 2012. Para llevar a cabo esta entrevista se ha elaborado el cuestionario número 5.

“Aintzane, la mayor, nació en el año treinta y cinco, en la casa de aita, al lado de la Iglesia de San Ignacio; yo, en París, en el treinta y ocho⁸; Iñaki, el pequeño, en Nueva York, en el cuarenta y tres”⁹. Es decir, las guerras se hicieron protagonistas y con ellas empezó la epopeya, la odisea de tener que marcharse de Euskadi y pasar por París, Bélgica, Alemania, Suecia, etc., hasta que les cogieron los alemanes y tuvieron que abandonar Europa.

La familia llegó a Estados Unidos, en el año cuarenta y uno, hecho que propició el que Joseba tuviera contacto con el idioma inglés, idioma en el que continuó sus estudios sin interrupción; es decir, académicamente era anglosajón. Cuando volvieron a París, en el año cuarenta y seis, también ingresó en un colegio americano. A la edad de trece años y dado que su “aitita materno, que estaba refugiado en Inglaterra, tenía algo de dinero, porque fue naviero y gracias a los ingleses pudo salvar un par de barcos y se reflató un poco”, siguió su educación, interno en Inglaterra, en un colegio de los Benedictinos, cuyo vínculo fue D. Alberto Onaindia, exiliado en Inglaterra y conocido del rector. Durante su estancia, inicialmente su tutor fue su abuelo, pero después de su muerte, esta responsabilidad para con él la ostentó el delegado del Gobierno vasco en Londres. “Luego, fui a la Universidad y siendo universitario, a los dieciocho años, ya era independiente. Empecé a trabajar a los veintiún años, con mi título universitario inglés”.

El que el inglés tomara un indudable protagonismo en la vida de Joseba, no significaba que dejara de utilizar el euskara que su aita le enseñó. “Yo soy de euskera paterno. Aita hablaba un euskera de Bergara, pero vizcaíno y yo, con él, no hablaba otra cosa que euskera; con aita, siempre en euskera. Me acuerdo, perfectamente, que de pequeño hablaba euskera vizcaíno, con acento americano”.

Según Joseba, una serie de valores y cualidades que le acompañaban al lehendakari Aguirre, fueron referentes en su vida. “Aita, lo primero, era *cristiano*; hoy en día esa fe, esa aplicación de la religión católica, pero cristiana,

⁸ Joseba falleció el 2 de agosto de 2012. (Goian bego).

⁹ Iñaki falleció en el año 2006. (Goian bego).

casi no se ve, o si se ve, son los “meapilas”; pero Manuel de Irujo, Landaburu, Irala, Leizaola, aita..., eran hombres que vivían su fe, una fe que en esa generación marcó enormemente. Nosotros teníamos la costumbre de ver curas en casa, una mayoría de los cuales eran nacionalistas como, por ejemplo, D. Alberto Onaindia. Luego, era *demócrata*; unos señores que lo perdieron casi todo luchando por sus ideales, que vivieron, creyeron y tuvieron que luchar contra el fascismo, con el nazismo, el comunismo y todos los “ismos”, eran demócratas de verdad, lo cual no quiere decir que los de ahora no lo sean, pero eran diferentes. Aita era, totalmente *positivo, optimista, bromista*, con un *sentido del humor* increíble y disfrutaba de todo”.

Durante el exilio, “mi madre lloraba bastante; pero a aita, no me acuerdo yo de haberle visto llorar. Ama, en una entrevista que le hizo Eugenio Ibarzabal dijo, que la primera y única vez que le había visto llorar a aita era cuando perdimos la delegación, cuando nuestros amigos los demócratas franceses, por cuestiones judiciales, nos quitaron la delegación vasca en París y la devolvieron al Gobierno español. ¿Y enfadarse y hablar mal de las personas? Poquísimo. Recuerdo una vez que se enfadó y me asusté; fue la primera vez que le oí enfadado y hablar mal de una persona”. Aunque en casa comentaban la situación de la época que les tocaba vivir, “hay que hacer una diferencia, que siempre mi ama nos la decía: que aita, no traía los problemas a casa; los problemas quedaban fuera”.

Joseba rememoró la década de los cincuenta: “Me acuerdo mucho de las visitas que llegaban a casa y de las cenas de los sábados, a las que solía acudir D. Alberto Onaindia, que en ese momento estaba en París, D. Manuel de Irujo..., sobre todo, de los años cincuenta y seis, cincuenta y siete, cuando yo ya tenía dieciocho años y podía seguir, un poco, los temas. Eran, la gran tertulia. Me acuerdo mucho, también, de Javier de Landaburu”.

La relación que mantenían con los Leizaola, los Landaburu... y entre la diáspora en general era muy buena y compartían fiestas, como Aberri Eguna, Alderdi Eguna, las diferentes recepciones en la delegación vasca de París y en San Juan de Luz...

La vinculación con San Juan de Luz era muy estrecha. “Nosotros nunca nos alejamos de Euskadi porque, cuando vinimos de Estados Unidos, todos los veranos volvíamos a San Juan de Luz, que para mí, es Euskadi y no compramos casa, porque aita siempre decía: “el año que viene estaremos en Bilbao, el año que viene estaremos en Getxo” y así, pasó el tiempo. A la edad de ocho años, bailaba en el grupo de baile de San Juan de Luz y estaba en contacto con los bertsolaris. Aita y ama están enterrados en San Juan de Luz; mis suegros se casaron en San Juan de Luz y yo me he casado en San Juan de Luz”.

Para Joseba, su pertenencia al Partido Nacionalista Vasco “ha sido de nacimiento, porque yo nací de las manos del Presidente del Euskadi Buru Batzar, D. Doroteo Ziaurriz, alcalde de Tolosa y nací en casa, como se nacía antes, en las manos de un médico de Tolosa, o sea que, (se rió), yo nací de las manos del Partido Nacionalista Vasco”. Además del contenido simbólico de sus palabras, la conexión con el Partido siempre se mantuvo; “en el exilio, en realidad, el noventa por ciento del Gobierno vasco era del Partido Nacionalista Vasco; de vez en cuando, le saludabas a un socialista, pero no hacíamos distinciones. Lasa, el médico que venía a casa, era del Partido Socialista, pero no había ninguna diferencia”. Al final, más allá de las ideologías, todos eran exiliados y compartían la misma situación.

Mencionó las ponencias de la Primera Asamblea Nacional del Partido, estando en San Juan de Luz. “Yo participé y viví esa época, intensamente. Como no había actividad en San Juan de Luz y sí en Gipuzkoa, a efectos políticos era gipuzkoano y participaba con el Gipuzko Buru Batzar, que estaba en la clandestinidad y se reunía en casa de Jokin Intxausti, en San Sebastián; Jokin Intxausti, cuñado de Joseba Leizaola”.

Dentro del Partido ocupó los cargos de Presidente de Junta en San Sebastián y en Algorta y de juez en Gipuzkoa y en Bizkaia y trabajó activamente en la recuperación de la memoria histórica. “Formo parte de un pequeño grupo de gente, que se llama Bidasoa y su presidente es José Mari Ganboa, que

empezamos publicando libros sobre la Guerra Civil; hemos publicado diez, el primero en el año setenta y cinco. Ahora (se rió), nos hemos hecho mayores y nuestra actividad va decayendo, además de que, en los últimos años, todo el mundo se ha puesto a escribir sobre la Guerra Civil y nos hemos quedado un poco desfasados”. También mencionó el impulso que dieron, tanto al recuerdo de fechas como a los festejos del Gobierno Vasco y a la puesta en marcha de monumentos y homenajes.

Joseba consideraba y valoraba el impacto que tuvo que suponerles a sus aítas el haber tenido que dejar Euskadi, pero también reconocía otra cuestión: “Tras el abandono, aita tuvo una vida interesantísima en Estados Unidos y más tarde, cuando se llevó a cabo la construcción de Europa; es decir, posiblemente tuvo una vida intelectual y política, tan rica como si se hubiera quedado aquí, pero el fracaso práctico...”. El hecho de que la esperanza de la recuperación se fuera esfumando y de que la figura de Franco se prolongara en el tiempo, “fue una decepción tremenda. En el plan material, también perdimos mucho, tanto del lado de mi padre como del lado de mi madre; bueno...”. Sus aítas siempre mantuvieron la ilusión de poder volver a Euskadi sur, pero en el supuesto de haberlo hecho, hubiera sido de rodillas, porque en el año sesenta no estaban todavía las cosas fáciles; finalmente, la muerte de José Antonio de Aguirre y Lecube les impidió culminar su sueño. “Bueno, aita, cuando yo tomé la decisión de hacerme británico, él quería que yo volviera aquí”. Joseba enfatizó y dijo: “¡Con Franco aquí!”.

Más tarde, una cuestión y un compromiso de peso le hicieron cambiar su decisión. “Cuando vine aquí, en el año ochenta y uno, ya habían pasado dos elecciones que no había votado y tenía cargo de conciencia, porque si no salía un diputado del Partido Nacionalista Vasco, por falta de un voto, la culpa la tendría yo, así que (mostró una amplia sonrisa), por razones electorales obtuve el pasaporte español”.

Joseba no dudaba en afirmar que tanto él como sus hermanos, no guardaban ningún tipo de odio ni rencor, “porque hemos tenido una vida interesantísima; yo, francamente, he disfrutado enormemente de todo y el tipo de vida que he

tenido, me ha brindado oportunidades que las he cogido. Cuando no quería ser el hijo del lehendakari, el lehendakaritxu, me iba por mi lado; me hice británico a los veintiún años. Yo, por sangre, podía ser español, por suelo, podía ser francés y como había estudiado en Inglaterra y tenía el tiempo suficiente de residencia, pude optar por la ciudadanía británica¹⁰ y hasta el año ochenta y uno, estuve con mi pasaporte británico y he conocido los cinco continentes y muchísimos países”.

En su opinión, “las heridas de la guerra están cerradas”, pero hacía una matización sobre el recuerdo de la contienda: “olvidada no; yo creo que está perdonada”. Rememoró su época de trabajo en Coventry, lugar en el que se produjo un importante bombardeo durante la guerra europea y mencionó el escrito que aparecía en la catedral, donde se exhortaba al perdón, pero no al olvido. “Yo, comulgo con eso; no hay que olvidar, no”. Se mostraba totalmente partidario del perdón “que, además, es cristiano; el problema es la gente que está moviendo el rencor y el odio en este momento; ése, para mí, no es el de la guerra, es el de ahora; el problema que tenemos, es el de ahora”¹¹.

Vínculos de solidaridad y sensibilidad ante el sufrimiento.

La guerra seguía tiñendo de luto el territorio español; la violencia y el sufrimiento eran intensos e incesantes; el final no acababa de llegar y los duros recuerdos de los sufridores seguían ocupando un lugar en la memoria, para llegado el momento, poder mostrar las trágicas vivencias que les tocó padecer y las secuelas con las que tuvieron que aprender a convivir. De esta manera y aunque mucho más tarde, aquel pasado, traumático y adormecido, pidió su puesto para poder salir a la luz.

¹⁰ “Por no haber residido en Francia más de la mitad de trescientos sesenta y cinco días al año, no era automáticamente francés; si hubiera hecho mis estudios en Francia, por ejemplo, entonces hubiera sido automáticamente francés y me hubieran mandado a Argelia; no tenía ningunas ganas yo de ir a pegar tiros a Argelia; español no constaba en ningún sitio, porque aïta no nos inscribió en el Consulado Español, ni a mi hermano ni a mí; a mi hermana sí y a los dieciocho años le emancipó. Aintzane vino y obtuvo su pasaporte español, a los dieciocho años, pero yo, no tenía ningunas ganas de tener mi pasaporte español”.

¹¹ Entrevista realizada en su domicilio de Getxo, el 15 de julio de 2008. Mención hecha por la autora de este trabajo, en “En recuerdo de un niño que nació fuera de Euskadi” y publicada en la página 24 del periódico Deia, el 2 de agosto de 2013.

José María Otsoa de Txintxetru y Oñate¹² tras su permanencia en el Dueso, iniciaría su estancia en un nuevo destino y para ello viajarían, durante tres días y tres noches, en treinta y cinco vagones, treinta y cinco personas en cada vagón, para llegar al Puerto de Santa María. “Por Extremadura, en el mes de agosto, con un sol radiante, treinta y cinco en vagones de ganado, de éstos que tienen cuatro ventanillas...”. Recordaba que cualquier sitio era adecuado para que parara el tren y todos los campos eran idóneos para hacer sus necesidades corporales. Era consciente de que se trataba de desplazarles a un sitio de larga distancia, al igual que se ha hecho con los presos de ETA, “para que no tengan contactos con las familias. A nosotros, al Puerto de Santa María, de norte a sur. O sea, Franco hizo lo mismo que están haciendo ahora”. Porque, no le pasaba desapercibido el impacto que suponía la distancia, ya que el alejamiento del entorno de sus padres significaba la carencia de visitas y contactos con la familia y psicológicamente lo que ello conllevaba de forma de ejercer el poder, de estar en las manos de otros y en definitiva, de aislamiento y de sufrimiento, a pesar de que existían auténticos engranajes de unión entre compañeros, como lo demuestra el documento que firmaron en el Puerto de Santa María, por medio del cual se comprometían, pasara lo que pasara, “a no

¹² Presidente de Euzko Gudarostea. Nació el 2 de abril de 1918, en “La República de Begoña” y falleció el 18 de octubre de 2012 (Goian bego). En la época en que empezó la guerra, estaba estudiando Peritaje Industrial en la academia Reges de la calle Gordóniz, para luego examinarse en Santander, porque en Bilbao no había escuela. Además de estudiar, “también trabajaba a las tardes, en el Euzkadi, de Administrativo”. Su ideología política quedó claramente definida: “yo he mamado el nacionalismo vasco, porque desde mi padre, mi madre y todos mis hermanos, once hermanos, hemos sido siempre nacionalistas”. A los 15 años era ya, presidente de Gaztetxos de Begoña; a los 16 años se afilió al Partido Nacionalista Vasco; a los 18 años se apuntó de gudari como voluntario y sin pasar demasiado tiempo, su entorno y su mundo cambiarían; le tocaría vivir y convivir con la guerra, con el período de cárceles y con el de Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores y en definitiva, contaría con un bagaje de nuevas experiencias, positivas unas y negativas otras, que quedarían grabadas para siempre en lo más profundo de su memoria. El 28 de agosto de 1937 ingresó en el Dueso, donde permaneció hasta el 15 de agosto de 1938. En esa fecha fue trasladado a la cárcel del Puerto de Santa María, donde estuvo hasta 1940. El 2 de abril de 1940, el día de su cumpleaños, le llevaron a la cárcel de Valladolid, donde permaneció hasta el 8 de agosto de 1940. “Pero, para entonces, los militares habían hecho una cosa, “la revisión de penas”. Claro, tenían tanta gente en la cárcel, que tenían que soltar”. Debido a esa circunstancia, él pudo salir al de tres años menos unos días, a pesar de que la pena que le habían impuesto era muy superior. El mes de setiembre del año 1941, por requerimientos para cumplir con el servicio militar, fue designado a formar parte de los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, en diferentes lugares. Posteriormente y como soldado normal, fue ubicado en Garellano, en Plentzia y en Lorca. A pesar de haberse licenciado, hasta el año 1946, permaneció en libertad vigilada. Se jubiló en el año 83 y a partir del año 84, se dedicó a colaborar intensamente en el Partido, ostentando diferentes cargos en diversas actividades.

revelar, aunque nos cueste la vida, a no revelar el nombre de otro, dentro de los nacionalistas”. En esta frase, se pone de manifiesto que la cultura ejerce su función de crear e intensificar una relación simbólica, con lazos de unión y solidaridad entre los miembros de una comunidad dada y les permite imaginar como separada, única y distinta de las demás. Los individuos que acceden y se sienten integrados en una cultura cargan emocionalmente ciertos atributos, valores, creencias y costumbres al interiorizarlos y concebirllos como parte de sí mismos; la carga emocional que los individuos depositan en su territorio, en su lengua, en sus símbolos y en sus creencias, a través del proceso de su identidad, facilita la difusión del nacionalismo, como ocurrió dentro del nacionalismo vasco.

Es decir, el significado de un símbolo tiene valor para aquéllos que lo sienten y lo reconocen como propio, lo que proporciona un elemento de distinción entre los miembros del grupo y los de fuera del grupo, creando una conciencia y sensibilidad de los individuos hacia la comunidad de pertenencia (Guibernau, 1996 : 94).

Para el nacionalista, el nacionalismo significa los deseos profundos de la nación. La nación anhela la independencia y los nacionalistas materializan ese deseo e intentan hacer una realidad. Pero este punto de vista, que es verdad para los nacionalistas, no significa que tenga que ser compartido por los demás “nacionales” (Álvarez Dorronsoro, 1993 : 19).

Sin embargo y a pesar de lo dicho, el buen entendimiento no sólo quedaba reducido a su círculo, sino que tal y como manifestaba, se extendía también hacia los compañeros estupendos que encontró entre socialistas y comunistas y que se hacía extensible al período de la guerra, al de las cárceles y al de los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores porque, en las situaciones de necesidad es cuando se conoce a la gente y “en la adversidad es donde se forjan las personas”. Es decir, el deseo de emprender una labor creativa con los demás, de ser conscientes de una responsabilidad, de luchar por la supervivencia, manteniendo la dignidad y aun siendo conscientes de que el sufrimiento en sí mismo no puede ser eliminado en su totalidad por formar

parte de la vida misma, puede llegar a generar auténticos engranajes y fuertes vínculos solidarios.

Según llegaron a la cárcel del Puerto de Santa María, José Mari y sus compañeros enseguida se dieron cuenta de que el régimen que había era severísimo. En principio, para acceder de un patio a otro, poder ir a la enfermería o acudir a misa, había que pedir permiso. Como apunta Foucault (1979 : 175) y tomando sus palabras: “El éxito del poder disciplinario se debe sin duda al uso de instrumentos simples: la inspección jerárquica, la sanción normalizadora y su combinación en un procedimiento que le es específico: el examen”. Sin embargo, dentro del reconocimiento y según manifestaría con posterioridad, el director debió quedarse sorprendido del nivel de la gente que llegó, porque “vio directores, médicos, ingenieros, arquitectos, economistas y tal; pero ¿qué gente viene aquí? El que menos, maestro de taller, mecánico, oficinista o tal, pero ¡si aquí no hay presos comunes!”, lo cual suponía un contraste importante frente a la gran cantidad de presos comunes que cumplían condena en aquella cárcel. José Mari tuvo un recuerdo especial para Bedoya. “No le mandaban nada al hombre y en el rancho, se reenganchaba siempre. Un hombre venerable, ijo, Bedoya, el director de Altos Hornos, durante la guerra...!”.

Más tarde, el importante logro que consiguieron en el nuevo destino le llenaba de alegría y satisfacción. Al ser todos conocidos y coincidentes del Dueso, abrían la puerta y pasaban de un patio a otro con normalidad, con lo que “rompimos ese régimen férreo de disciplina interna, aunque los presos comunes siguieron haciendo su vida”, a pesar de que estaban todos juntos. Coincidiendo con las palabras de Frankl (2001 : 72), “cabría establecer una analogía: el sufrimiento del hombre actúa de modo similar a como lo hace el gas en el vacío de una cámara; ésta se llenará por completo y por igual cualquiera que sea su capacidad. Análogamente, el sufrimiento ocupa todo el alma y toda la conciencia del hombre tanto si el sufrimiento es mucho como si es poco. Por consiguiente el “tamaño” del sufrimiento humano es absolutamente relativo, de lo que se deduce que la cosa más mínima puede originar las mayores alegrías”.

Améry (2001 : 178) se expresa de la siguiente manera: “Yo descubro mi propia verdad sólo en mi fuero interno; yo soy el que soy para mí y en mí, nada más”.

El sufrimiento y el dolor de los demás, en este caso el de un amigo, le condujo a José Mari a la acción del compromiso. Un objetivo nuevo se le presentaba; algo se esperaba de él, algo que, quizá, solo él podía realizar y esa toma de conciencia le hizo sentir la responsabilidad de aceptar una situación concreta, con una persona determinada y dentro de su bagaje de experiencias conservaba el recuerdo y la imagen de un amigo que murió en la cárcel del Puerto de Santa María. “Éste, además, murió de tuberculoso en la enfermería y yo iba todos los días a visitarle”, a pesar de que el médico le advertía del riesgo que conllevaba el permanecer en aquella sala. Analizar esta situación nos lleva a reconocer que, aun no siendo posible evitar el fatal desenlace, es probable que su presencia y su entrega hayan contribuido a aplicar en el enfermo una buena dosis de paz, de confianza y de sentimiento de ser querido y en él, al dejar de lado el peligro hasta el punto de llegar a despreocuparse de sí mismo, una gran sensación de principio de utilidad que serviría para incrementar y cambiar el contenido de su mochila, entre un antes y un después y como nueva experiencia y enriquecimiento entre un pasado y un futuro. Su muerte le afectó “mucho, mucho, mucho”. Refiriéndose a las muertes, “en el Puerto de Santa María, como en todas las cárceles, al morir uno le meten a la caja y al salir por la puerta, abren la caja y un oficial con un hierro le pega en las piernas, a ver si de verdad está muerto o finge. Es una táctica de todas las cárceles. Hoy en día, no sé si se hará, pero entonces, se hacía así”.

La narración de este testimonio nos recuerda y nos acerca al pensamiento expuesto por Frankl (2000 : 35) y que está basado en experiencias de campos de prisioneros de guerra: “no hay nada en el mundo que sea tan capaz de consolar a una persona de las fatigas internas o las dificultades externas como el tener conocimiento de un deber específico, de un sentido muy concreto, no en el conjunto de su vida, sino aquí y ahora, en la situación concreta en la que se encuentra”.

Sin embargo y entre las muchas situaciones en que como seres humanos que somos, nos hacemos partícipes del sufrimiento de los demás, no faltan ocasiones en las que valores éticos, como la compasión y la necesidad de obedecer entran en conflicto. Entonces, el hombre no debería fiarse de sus instintos y dejarse guiar y seguir al que tenga más fuerza. Entender bien el conflicto para tratar de buscar una solución y comprender la conveniencia o adecuación al fin supone, reconocer la causa de una marcada diferencia de mejora en nuestro comportamiento social y la utilidad de no olvidar que, el desarrollo de la civilización tiene su base en la cooperación, en la ayuda, en el apoyo y en el entendimiento de unos con otros. Con la capacidad y posibilidad de amar, los hombres consiguieron un nivel evolutivo superior. Por la misma razón, podría entenderse el valor de la libertad individual como un valor superior; por lo tanto, nuestro desarrollo cultural y la evolución racionalizada tienen su base en él (Eibl-Eibesfeldt, 1987 : 89-92).

Así, la libertad y la responsabilidad de cada persona le da derecho, no sólo a reconocer sus equivocaciones y sus errores, sino a tomar las riendas de su destino y a superarse a uno mismo. “Ser persona no significa nunca *tener que ser sólo así y nada más*, sino que es *poder ser siempre de otra manera*” (Frankl, 2000 : 94).

José Mari permaneció dos años en el Puerto de Santa María, desde 1938 hasta 1940 y recordaba cómo iban recibiendo las nuevas sobre el desarrollo y los avances de la guerra; por ejemplo, cuando cayó Barcelona, cuando tomaron Madrid y cuando terminó la guerra: “nos llamaban a todos, nos ponían en el patio y nos daban la noticia y todos con la cara así, a cantar el Cara al Sol”¹³.

¹³ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006. Mención hecha por la autora de este trabajo, en “Nahi zenuen bezala izango zaitugu gogoan” y publicada en la página 22 del periódico Deia, el 5 de noviembre de 2012. José Mari era una persona emotiva y cordial y el interés, la preocupación y el compromiso por recuperar y mantener la memoria histórica se refleja, no sólo por la aportación memorística que me proporcionó con toda amabilidad, sin escatimar ni tiempo ni detalle, sino también a la vista de toda la información y documentación que poseía y por los muchos artículos que fueron publicados en el periódico Deia, como él decía, “sobre cosas que yo he vivido”. El tiempo había pasado tan rápido en nuestra entrevista, que casi eran las diez de la noche, sin que apenas nos hubiéramos dado cuenta. José Mari me contó sus vivencias; yo preguntaba con el ánimo de conocer cada detalle y en definitiva, ambos compartimos el interés de un tema, tan doloroso, como nuestro. Al

Francisco Alonso Uriarte¹⁴ recordaba que, una vez que fueron vencidos y hechos prisioneros de guerra, a muchos les trasladaron a campos de concentración y “a los frentes de batalla para hacer trincheras para Franco”. A él, después de que también hubo cumplido una parte del tiempo con ese cometido, le encomendaron, en la zona de Pirineos, la tarea de construcción de una carretera que iba desde Fraga, en la provincia de Huesca, hasta Tremp, en la provincia de Lérida, a orillas del río Segre “y entonces trabajamos allí como cinco mil, seis mil u ocho mil prisioneros, para hacer una carretera, para en una noche, por sorpresa, baldear el monte aquel en los Pirineos y con un puente prefabricado, pasar, baldear el río Segre y rodear, porque éstos, nunca atacaban de frente, siempre rodeaban, rodeaban...”. Es decir, la idea consistía en utilizar el puente como lugar de paso de tanques, camiones y todo lo necesario y poder coger por sorpresa a los catalanes. Para montar en el tren de Sangüesa y llegar a Fraga, una noche debieron caminar 40 kms. “El que

mismo tiempo, también me sentía preocupada por si cabía la posibilidad de que se sintiera cansado, pero él me liberó del agobio, cuando en el momento en que nuestra conversación estaba llegando a su fin, me dijo: “¿nada más?, ¡qué cortito!”. Nos despedimos, pero no sin antes enseñarme un reloj que conservaba con gran cariño y que le entregaron a sus padres, como regalo, los aitas de José Antonio Aguirre, “todos del cogollo de Artecalle” y que fueron los padrinos de boda; un reloj de pared que, aunque la madera no había podido soportar el paso y el deterioro de los años, su maquinaria “sí funciona; hace clas, clas, clas”, como si a pesar de que sus agujas cansadas acusaran el peso del tiempo, su responsabilidad le hiciera cumplir fielmente con el objetivo para el cual fue creado. Así mismo y dentro de los objetos con contenido especial para él, me mostró una foto entrañable que “está en el cuartito donde comemos”, en la que aparecían todos los hermanos en la huerta de Begoña; una época en la que su madre se sentía tan feliz...

¹⁴ Nació en Sestao el 17 de setiembre de 1916 y murió el 19 de marzo de 2009 (que en paz descanse). Cuando empezó la guerra, no tenía ninguna ideología política. Se realizó la distribución de batallones en las oficinas de reclutamiento y fue asignado al Batallón número 11, de la CNT. Con el avance de los sublevados en el año 37 y hecho prisionero en Santoña, pasaría a formar parte del Batallón de Trabajadores número 50 hasta el año 38 que terminaría su estancia, dado que las penosas condiciones a las que se vieron sometidos, pusieron al límite su capacidad física de adaptación y resistencia. A su regreso a Euskadi, pasó por Gernika, por Karrantza y por la Universidad de Deusto “y de allí, a casa, porque no cabíamos ya”; es decir, el continuo movimiento de trenes de ganaderos dentro del territorio español, con gente de todos los lugares y la falta de comida, favoreció el que les mandaran a sus hogares, sobre el 15 de abril del año 39, esto es, nada más finalizar la guerra, aunque no sin condiciones. En el año 1940 le llamaron para cumplir con el servicio militar y le destinaron al Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores número 38. Dentro de todas sus andaduras no faltaría la permanencia en diferentes campos de concentración, zonas de trabajo, hospitales de prisioneros... y entre ellos mencionó, la Plaza de Toros de Santander, el Monasterio de Cardeña, el Palacio de los Duques de Lerma, el Campo de Concentración de San Juan de Mozarrifar, su recorrido por los Pirineos desde Huesca hasta Lérida, el Hospital Militar Penitenciario de Zaragoza, el Pirineo navarro, Oiartzun o Ferrol. En definitiva, su estancia en los distintos lugares finalizó en diciembre de 1942.

quería se tumbaba; los soldados también se cansaban y llegabas cuando llegabas”.

A Francisco su estancia en el Batallón de Trabajadores le proporcionó, entre otras muchas experiencias, una especialmente delicada y desconocida, hasta entonces. Dentro del batallón era evidente que unos, continuarían asumiendo y viviendo las circunstancias que el destino les había impuesto, pero, otros, tratarían de cambiarlo, aun poniendo en juego algo tan valioso como es la vida y éste fue el caso de un chico de Sestao, que quería reunirse con su mujer. “Había un vecino mío, casado, con cuatro o cinco hijos y un día, estando en el río Ebro haciendo carreteritas, me dijo Francisco Fernández: “me voy a pasar”. Había unos nichos en la parte nuestra para hacer guardia y la otra la tenían los otros”. Francisco, consciente de lo que ello podía significar en caso de fracasar, no dudó, primero, en persuadirle, “si te cogen te fusilan y tienes allí a la mujer con cuatro hijos” y después, respetando su firme decisión, en colaborar con él, convirtiéndose en cómplice de su fuga. Una noche, cumpliendo con su cometido y a pesar del riesgo que ello conllevaba, le ayudó a escapar. “Habíamos visto el río un poco seco, no había mucho calado y como no había vigilancia, más que cada cien metros, ya sabíamos todo nosotros...”.

Había pasado ya mucho tiempo, cuando Francisco le entregó una fotografía a una hija de Francisco Fernández y le confesó: “tu padre se fugó con la complicidad mía por el frente de Aragón, porque le tenía a tu madre con cuatro hijos; se jugó la vida por vosotros”. Ella no pudo evitar la sorpresa, que le llevó a confesar: “no sabíamos cómo fue eso”, a la vez que como muestra de reconocido agradecimiento, “me besaba y siempre que me ve, me da una pila de besos”. La sorpresa de su desconocimiento, por extraña que hoy en día pueda parecer, no lo es, si se tiene en cuenta el carácter delicado de la situación y el secretismo con el que se debió cubrir el tema durante muchos años. Francisco era consciente de que la hija “pensaba que su padre había evacuado como uno cualquiera. Nunca dijo que se había fugado, porque era peligroso”, pero él le hizo partícipe de la verdad. Como si se moviera entre la nostalgia que produce el paso de los años y lo que significa el sufrimiento de la

irreparable pérdida de un compañero, continuó diciendo: “ya murió el hombre, ya”.

Otra muestra de apoyo se materializó con la ayuda que le prestó a un chico que se fugó de Vitoria con la intención de desplazarse a Barcelona, para reunirse con unas hermanas que estaban sirviendo en casas de gente adinerada y de derechas y le iban a colocar en una fábrica. En aquella ocasión y ante el inminente peligro que corrían todos los jóvenes vestidos de paisanos de ser interrogados por la policía, Francisco le proporcionó la ropa de soldado de Franco de su hermano, facilitándole de esta manera el viaje en tren a Barcelona, sin que nadie le molestara¹⁵.

Estado y sufrimiento.

Como se ha citado anteriormente, el golpe militar fascista que se llevó a cabo en España el 18 de julio de 1936, contra el Gobierno de la República elegido democráticamente, llenó de sufrimiento, de dolor y de traumas psicológicos a los hogares del territorio español, dejando un resultado espeluznante en pérdida de vidas humanas por ambos lados y unas consecuencias económicas de auténtica pobreza. Pero, estas circunstancias no se limitaron únicamente a la contienda, sino que la dominación de los vencedores en aquella larga posguerra no cesó y las muertes, los ajustes de cuentas, las torturas, las

¹⁵ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009. Cuando le conocí a Francisco y le hice partícipe de mi interés y mi deseo de entrevistarle, lo primero que me manifestó fue la gran y grata sorpresa que le produjo mi condición de mujer y sobre todo, de mujer madura, para hacer este trabajo de investigación. A Francisco le acompañaba en su domicilio de Sestao, su esposa Ana, quien había elegido la salita como lugar más adecuado para el primer contacto, pero él prefirió utilizar la cocina porque, por una parte, se sentía más cómodo y a mí me consideraba como de casa, hecho que me resultó muy agradable y por otra, como la mesa era más grande, podía extender y clasificar mejor todos los documentos que poseía y mostrarme los objetos que había ido recibiendo con motivo de diferentes homenajes que le habían hecho. Hablamos de manera relajada de muchos temas personales y generales y se creó, entre los tres, un ambiente cálido y cordial que hizo que propiciara el acuerdo de dos entrevistas más que nos permitieran centrarnos en el tema que nos ocupa, eso sí, después, en la salita de la casa, como si quisiéramos darle un carácter más oficial y formal. Quiero mostrar mi sentimiento de emoción por la información que obtuve en éste que fue mi primer trabajo de campo, al que quiero unir el agradecimiento especial a Francisco porque, además de ofrecerme sus memorias, me prestó una gran ayuda en mi clara inexperiencia y desconocimiento de algunos aspectos. Francisco y Ana me hicieron saber que las puertas de su casa quedaban abiertas para mí, no sólo para este tema, sino para cualquier otra cosa que quisiera tratar y yo recibí su mensaje, con la confianza y la seguridad que da, quien transmite algo que realmente lo siente.

venganzas, los rencores, las persecuciones, las detenciones, los escarmientos, las cárceles, los campos de concentración, los Batallones de Trabajadores, las intimidaciones, los insultos, el hambre y todo tipo de penurias sobre los vencidos continuaron siendo moneda de uso común, lo que no sólo imposibilitó la superación de los traumas, sino que aportó nuevos sufrimientos a una sociedad que ya estaba demasiado inmersa en el dolor, en el castigo y en la necesidad. La tan aireada afirmación de Franco, de que los que no tuvieran las manos manchadas de sangre no tendrían nada que temer, no tuvo ninguna relación con la penosa realidad.

Al aumento del nivel de violencia y sufrimiento al que tuvieron que hacer frente los perdedores de la guerra, la única respuesta válida era el miedo y el silencio, porque la palabra les fue negada a muchos vencidos, como a criminales que no hubieran pagado su culpa. Un rechazo social generalizado, como si fueran apestosos y contagiosos seres humanos, se impuso en muchos lugares, entre personas que antes de la guerra habían vivido en ambientes de armonía y entendimiento y que después se encontraban en bandos diferentes, circunstancia que también se dio frecuentemente entre miembros de las mismas familias. No se trataba de manifestar piedad; se trataba de erradicar la mala semilla y cualquier método, por muy duro que fuera, era válido para conseguir el fin.

Erradicar la mala semilla implicaba, eliminar la libertad personal, la capacidad de elección o de decisión, el practicar una conducta determinada, el luchar en beneficio de unos intereses, el exteriorizar los sentimientos, el dar un significado personal a la existencia, el luchar por los principios y por los ideales, el mostrar una actitud positiva y renovada ante un nuevo futuro y en definitiva, el ser uno mismo, impidiendo con todo ello un crecimiento y desarrollo existencial y sin tener en cuenta que, como dice Frankl (2001 : 99), “al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas -la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias- para decidir su propio camino”.

Nuevos poderes como, oligopolio, monopolio, influencias políticas y administrativas, irregularidades administrativas, intervencionismo, mercado negro y toda una serie de *violencia estructural* aparecieron y fueron capaces de modificar sus funciones y ámbitos de intervención, convirtiéndose en alianzas que en nombre de la legalidad, impusieron nuevas formas de organización política y económica y frente a todo esto, una clase obrera totalmente sometida, con unos salarios significativamente inferiores a los anteriores a la guerra y por consiguiente, con serias dificultades de poder llevar a cabo el consumo real. Es decir, siguió existiendo una guerra por y para el control de los recursos, para la redefinición de las zonas de influencia...

Así, pues, la nacionalización del Estado como idea de conseguir una comunidad válida para todos los habitantes, fracasó, al menos parcialmente, al no lograr introducir nacionalmente las protestas y reivindicaciones de las minorías nacionales. La anti-España, el bando perdedor, sufrió duramente las consecuencias de su trasgresión, pero los mecanismos que se pusieron en funcionamiento para terminar con la memoria histórica, e integrar políticamente a todos, no contó con la aceptación de los destinatarios (Gurruchaga, 1985 : 420).

Para materializar sus propósitos, la dictadura franquista practicó el sufrimiento y la tortura de forma generalizada, logrando alcanzar en su caminar diferentes metas, como conseguir que un preso delatara a sus propios compañeros, se confesara culpable de crímenes que no había cometido o que los adversarios políticos se sintieran intimidados e impedidos para reorganizarse. Muchos fueron los presos que por la fuerza de las torturas sucumbieron, facilitando información importante y colaborando con el enemigo, lo que les produjo, además del dolor físico, el dolor moral de sentirse, por una parte, traumatizados y culpables por el hecho de haber sido capaces de delatar a sus compañeros y por otra, de sentir el consiguiente desprecio de los mismos. Así, la lucha interna entre la necesidad de resistir, sin ceder y siendo fiel a unos ideales, ante los interrogatorios en las comisarías y cárceles franquistas y la preocupación por la posibilidad de llegar a ser un traidor, se convertía en una obsesión constante (Álvarez Fernández, 2007 : 19-20); una penosa situación que también se llevó

a cabo entre familiares, ante la presión de tener que denunciarse entre ellos. Tampoco resulta difícil imaginarse la impotencia y el dolor que muchas víctimas tuvieron que padecer por la presión del poder dominante, para llegar al punto de reconocerse culpables de atrocidades y hechos que no habían perpetrado. Como nos recuerda Michel Foucault (1979 : 46), “hay culpables con la firmeza suficiente para ocultar un crimen verdadero...; otros, inocentes, a quienes la intensidad de los tormentos hace confesar crímenes de los que no son culpables”. De la misma manera, tampoco faltaron los que asumían la implicación en los hechos acaecidos y, como consecuencia de ellos, la realidad con la que debían convivir.

El 2 de abril del año 1940, el día de su cumpleaños, a José Mari Otsoa de Txintxetru le trasladaron desde la cárcel del Puerto de Santa María a la de Valladolid, lo que contribuyó a que conociera y viviera nuevas experiencias. Por ejemplo, conoció a un chico que, vestido de cura, había atracado un Banco de Somorrostro durante la República y su fotografía había aparecido en el Liberal Socialista de Bilbao. “Unos te cuentan la historia; otros se callan. Aquél contaba la historia. Era un chico majísimo, majísimo. “Sí, me tocó por disciplina. Me mandaron atracar; atracaba y me llevé el dinero, pero luego me cogieron y aquí estoy”.

Pero, como se ha indicado anteriormente, el que la guerra hubiera terminado el año 39 no significaba, ni mucho menos, que la represión hubiera cesado y también recordaba la impresionante y dolorosa vivencia de un penoso día, en el que el capellán de la cárcel les comunicó a Ramón Olazabal y a él, que durante la jornada siguiente se produciría el fusilamiento de una persona que había sido denunciada por su mujer, por ser comunista. “Nos levantaron a las cuatro de la mañana. En un pasillo estrecho, el cura celebraba misa y yo le ayudaba y detrás, a nuestra espalda, estaba el reo con un sacerdote”. Mientras el sacerdote le estaba encomendando, Ramón y José Mari lloraban. En el momento de darle la comunión y cuando uno permanecía con la palmatoria y el otro con la bandeja, José Mari sintió en sus ojos la mirada del prisionero y él

también le miró y... “¡pensar que dentro de una hora, o menos, ya vas a estar muerto! Aquello, me impresionó enormemente”¹⁶.

A la vista de lo que antecede, se puede deducir que no sólo se trata de denunciar o engrandecer determinados hechos y descubrir los movimientos contradictorios, buenos y malos que tiene el alma humana, sino de analizar la imposibilidad de poder juzgar los actos de una persona en situaciones límites. Una buena reflexión consistiría en plantearnos si nuestro comportamiento sería moralmente mejor, en circunstancias apremiantes. Las cosas no son sólo blancas o negras, la distinción entre víctimas y verdugos, héroes y traidores no es tarea sencilla y las conductas de algunos individuos podrían entenderse, por ellos mismos, como única solución para aumentar sus posibilidades de supervivencia porque, si bien es cierto, que no faltaron colaboradores voluntarios e incluso, familiares que buscaron sus ventajas, es igualmente cierto, que el sufrimiento y los malos tratos pusieron al borde la resistencia de muchas personas e incluso, de familiares que terminaron cediendo. En definitiva, debemos admitir que la persona tiene contradicciones internas y que su comportamiento está condicionado por las circunstancias; así, pues, la posibilidad del ser humano de protagonizar actos de auténtica piedad y crueldad al mismo tiempo, es evidente.

La forma, tan humana, de acomodar la conciencia a la medida de cada necesidad, la vemos también reflejada en los asesinos de la Segunda Guerra Mundial, donde los criminales asumían su papel de mártires y en lugar de pensar “¡Qué horrible es lo que hago a los demás!”, decían: “¡Qué horrible espectáculo tengo que contemplar en el cumplimiento de mi deber, cuán dura es mi misión!”. Igualmente impresionante aparece la idea de Eichmann que consideraba “que el pecado imperdonable no era el de matar, sino el de causar dolor innecesario” (Arendt, 1999 : 156-157, 161).

Como bien expresa Kant (Berlin, 1992 : 203-204), el que un acto tenga contenido de mérito moral está en función de que el individuo elija libremente

¹⁶ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

hacerlo; es decir, si un hombre actúa por causas ajenas a su control, el acto carece de todo valor moral; así la autonomía humana pasa a convertirse en un bien muypreciado, por la capacidad que ofrece en la elección y consecución de los fines escogidos.

Conciliar el sufrimiento, el miedo y la esperanza.

El silencio se impuso de una forma total a los vencidos de la guerra. No era posible exteriorizar el sufrimiento y ni siquiera manifestar el sentimiento de culpa que, a veces, se podía sentir por el simple hecho de haber llegado a ser superviviente, ante la visualización de tantas muertes. El derecho a contar las vivencias de una parte de la sociedad estaba vedado y a la gente sólo le quedaba el recurso de hablar muy bajito y con mucho cuidado, para que nadie les oyera y llorar en las cocinas de sus casas. La rebelión no tenía cabida y la resignación por imposición era la única salida. El despertar de cada día no se presentaba tan limpio y tan claro como el que se podía pedir a un supuesto tiempo de paz.

El historiador José Antonio Pérez asevera que durante el período inicial que siguió al término de la guerra, la gente era capaz de compaginar el sufrimiento y el miedo que padecía con la esperanza de que las cosas cambiarían; pero esta idea, a medida que pasaba el tiempo se hizo muy difícil de conciliar, viviéndose la situación de forma muy distinta entre la parte de la sociedad que había militado o había estado involucrada en partidos políticos de la oposición y con militancias diferentes y la gente que no militaba, pero que había vivido una experiencia traumática.

Dentro del miedo que cubría los años cuarenta, donde muchas personas solamente por el hecho de haber sido familiares de, eran perseguidas, los pequeños gestos como coger tres hilos, uno rojo, uno verde y uno blanco y atarlos y colocarlos en un sitio determinado, poner la Pirenaica por la noche o escuchar Radio Euzkadi, suponían un alivio y un medio útil para reconocerse como miembros de una comunidad. Estas muestras de pequeños gestos,

también forman parte de las entrevistas que ha ido obteniendo a través de sus trabajos y como ejemplo expone dos casos:

El primero es la experiencia vivida por uno de sus alumnos cuando se encontraba con personas nacionalistas y utilizaba el slogan de “aupa el Athletic y tú ya me entiendes”. Ese aupa el Athletic, que era la equivalencia a Gora Euskadi, era entendido por la otra persona, quien le correspondía guiñándole el ojo. Estos detalles, que en condiciones normales pueden parecer simplezas, dentro de una sociedad que vive la falta de libertad, hacen que, cuando dos personas se encuentran en un momento determinado, se sientan reconfortadas.

Más tarde y hasta hace muy poco tiempo, estos pequeños detalles como hacerse un guiño o un gesto, también se utilizaron entre quienes vivían con temor o en la clandestinidad por miedo a ETA y el hecho de encontrarse dos personas con un lazo azul, era un estímulo útil y necesario para seguir resistiendo.

El segundo es la vivencia de una mujer de familia nacionalista que, según su testimonio, aprendieron a vivir con el franquismo, a pesar de ser contrarios al régimen y a no poder exteriorizar ese sentimiento porque tenían miedo. Pero, el miedo tampoco les impedía recordar el aniversario de la muerte de Sabino Arana, día en el que sacaban una ikurriña y se reunían en torno a una pequeña comida familiar o cuando falleció el lehendakari José Antonio Aguirre, en 1960. En esta ocasión y ante la imposibilidad de desplazarse a Francia, acudieron a un punto de encuentro acordado con antelación, para reunirse con los que consideraban que eran los suyos y poder participar en una misa. Después de la celebración de la misa, que por supuesto no se dijo por quién era, pero que estaba más nutrida que otras veces, fueron a pasear, sabiendo que todos los que estaban dando vueltas compartían el mismo pensamiento.

Los distintos grupos de oposición al régimen tenían su propia simbología y sus propios valores y la resistencia expuesta en este último ejemplo, pasiva y muy simbólica, fue distinta a la que llevó a cabo otra gente que corrió serios riesgos

editando hojas clandestinas o llamando a la huelga; o de la misma manera que el 1 de mayo, la hoz y el martillo, o la bandera roja no eran los símbolos del nacionalismo, tampoco lo era el Aberri Eguna para los comunistas o para los socialistas, aunque a veces convivieron en los espacios; es decir, hubo momentos dentro del antifranquismo en los que algunos comunistas o socialistas acudieron al Aberri Eguna, a pesar de no formar parte de sus símbolos, porque entendían que aquel acto estaba encaminado contra Franco y en ese sentido, se manifestaban del mismo modo y se sentían unidos e identificados. Pero, según los testimonios de la persona entrevistada y recogidos por este historiador, constituían comunidades más bien endogámicas y cerradas y aunque tenían relación con los socialistas, cada uno permanecía en su sitio. Eso sí, su padre, que era médico, siempre les ofrecía su ayuda y se ponía a su disposición para lo que pudieran necesitar.

En su trabajo de investigación y recopilación de datos, tampoco han faltado testimonios de personas, no nacionalistas, que se han quejado de que, aquéllos, lo más que hacían era reunirse en un sitio, mientras que, otros, trataban de parar una actividad, hacer una huelga o cualquier otra alternativa que se creyera conveniente.

Dentro de que cada grupo tuvo sus códigos de comportamiento y hubo quien aportó más o menos y quien luchó más contra el franquismo, el nacionalismo tuvo la habilidad o la virtud de presentarse ante la sociedad vasca, algo que él considera que no es cierto, como el sector que más hizo contra Franco y de sacar rentabilidad a ese discurso. En ese sentido, considera que tanto el Partido Nacionalista Vasco como el Partido Socialista fueron mucho menos activos aun cuando, curiosamente, en las elecciones democráticas se vieron recompensados con más votos que el Partido Comunista, que era mucho más pequeño, pero con gente más arriesgada y que, en ocasiones, pagó un alto precio por ello.

Es verdad, por supuesto, que hubo nacionalistas condenados a muerte y que acabaron siendo ejecutados, pero en menor cantidad que entre los comunistas, los socialistas o los anarquistas, porque existía un elemento fundamental

diferenciador. Para el franquismo, por ejemplo, no era lo mismo un nacionalista que un comunista. El nacionalista era, entre comillas, algo más cercano porque era católico. Así, cuando se promovió en julio el golpe de Estado, en Pamplona, que es donde triunfó rápidamente y donde también hubo unas matanzas tremendas, los batzokis estuvieron abiertos hasta setiembre y los textos del General Mola hablaban de persuadir y atraer a los nacionalistas porque eran gente de orden, gente católica, que no podía estar al lado de los comunistas o de los socialistas. Por consiguiente y a pesar de que la idea que se transmitió y que entiende que no es real, de que fueron los grandes protagonistas y los grandes objetivos de la represión, la consideración de los delitos no fue la misma y sí fue una versión muy sesgada y muy interesada del exterior, pero que tuvo un éxito evidente.

La afinidad y la diferencia ideológica, tampoco pasó desapercibida para una mujer euskaldun, concretamente de la zona del Duranguesado, a la que tuvo ocasión de entrevistar hace muchos años. Según se desprendía de sus testimonios, ella y sus amigas, que por aquel entonces eran unas chavalas, se quedaron extrañadas cuando se produjo la entrada de los carlistas, porque pasaban cantando en euskara y llevando una cruz, algo que, en principio y aun siendo del bando contrario, guardaba similitud con su entorno, en el que también hablaban euskara y también eran católicos. La pregunta de con quién estaban se enfrentaba a la sorprendente realidad de que su padre tuviera que defender la iglesia, entre comillas, de los suyos, es decir, de los comunistas o de los anarquistas, mientras que con los carlistas que, incluso muchos eran del pueblo, les unían unos valores y tenían más cercanía cultural e ideológica que, por supuesto, con muchos de los que compartían trincheras. Éste es un ejemplo de cómo, a menudo, la memoria va por un lado y la historia va por otro¹⁷.

La voz de la víctima, alivia el sufrimiento.

¹⁷ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

Halbwachs (Aguilar Fernández, 1996 : 40-41) establece la conexión de la sociedad y el individuo a través de la memoria. Recordar, quiere decir para él, fortalecer la unión social y el olvido significa la escisión del grupo de referencia, por lo que mientras continúa el contacto y la identidad por medio de experiencias y contextos compartidos, el pasado individual tiene referencias comunes que persisten por la continuidad del grupo. De lo que se deduce que, la facilidad para recordar u olvidar el pasado está vinculada con la proximidad o lejanía de relacionarse con personas de diferentes grupos. Distingue entre la “memoria autobiográfica”, la que se entiende como personal, donde se reflejan las vivencias de cada uno, aunque esté impregnada de una dimensión colectiva y la “memoria histórica”, que es la que se adquiere mediante acontecimientos que forman parte del pasado y que no forman parte de la experiencia personal del individuo. Aunque reconoce que la memoria histórica puede comprender espacios de tiempo más largos, le otorga mayor riqueza a la memoria autobiográfica que, además, cumple con la función de llenar los vacíos que la historiografía ha ido dejando por el camino.

Anastasio Ovejero (2007 : 63-70) hace la matización de que la historia estudia, principalmente, los “*hechos históricos*”, pero afirma que los “hechos”, sean del tipo que sean, no existen, ya que nunca llegaremos a conocer con objetividad cómo fueron de verdad o cómo se produjeron. Los hechos, en sí mismos, no existen de manera independiente de nosotros, sino que los construimos colectivamente a través de nuestros contactos con otras personas, por medio de prácticas sociales y de nuestra memoria individual y colectiva y sobre todo, por medio del *lenguaje*, que a la vez está íntimamente relacionado con la propia memoria. “Ni la memoria, ni los olvidos ni las palabras son nunca inocentes”. Como ejemplo, vemos que la construcción de la memoria de la España vencedora fue tan fuerte, que logró “que *su* versión de los hechos y *su* memoria de los mismos” no sólo ostentara la hegemonía en los cuarenta años de la dictadura sino, incluso, que su poder permaneciera durante la transición, porque después de tantos años de dictadura franquista manipulando e imponiendo una parte de la memoria, no faltan tampoco hoy en día, los que intentan imponer el olvido y la ocultación de los hechos. “Por eso, quienes ganaron la guerra y la postguerra, ganaron también la transición y, a través de

ella, están ganando igualmente la democracia". Pero, la búsqueda de una posible superación de la división entre vencedores y vencidos y la autenticidad y continuidad de una democracia plantea el reconocimiento de una memoria colectiva común y en su defecto, el reconocimiento, público y oficial de la "otra memoria social", la memoria de los que fueron vencidos, sin olvidar ni dejar de lado tampoco, el dato que apunta Alberto Reig Tapia (1990 : 14-15, 19), de que un tipo de violencia era de carácter defensivo ante el asalto al poder legítimamente constituido y el otro tipo de violencia era de signo ofensivo, que comenzaba por poner en peligro uno de los principios básicos y fundamentales de toda sociedad civilizada, como es el de la seguridad jurídica. En resumen, "los militares sublevados que incumplieron sus juramentos y se rebelaron contra los poderes legítimamente constituidos y mayoritariamente acatados, son los principales responsables de la guerra civil", algo que, por otra parte, siempre intentaron esconder y justificar los vencedores.

De la misma manera que, también encubrieron y pretendieron dejar en el olvido, el número de muertos del bando vencido, porque como dice Francisco Espinosa (2006 : 105-106), "no sabemos ni cuántos ni quiénes fueron". No faltaron, sin embargo, en los muros de las parroquias de cada uno de los pueblos, los nombres de "los supuestos *caídos* de la localidad", que con el paso de los años, todos pensaban que eran "las víctimas locales del *terror rojo*". De esa forma, "con la propaganda convertida en verdad oficial y con la sociedad moldeada al gusto de los vencedores", el objetivo estaba totalmente cubierto. "La historia de los vencidos, como ellos mismos, debía desaparecer".

El criterio entendido por un sector de la sociedad de comprender la memoria como un derecho y un deber moral para no repetir la historia, ha sido un tema de debate que el historiador José Antonio Pérez ha llevado a cabo con varios historiadores y filósofos y que le lleva a establecer la consideración de que, actualmente "una de las líneas que tiene mayor fuerza y mayor arraigo es la que habla de un derecho a la memoria, no de un deber" y marca una clara diferencia.

Por un lado, como sociedad, como instituciones académicas, como investigadores, tendríamos que tener el deber de investigar, de conocer nuestro pasado y de recordarlo, pero siempre que eso no entre en contradicción con el derecho que tienen las personas a recomponer su pasado y por otro lado, también cada persona tiene que tener el derecho a la memoria, pero sin que ese derecho tenga por qué convertirse en una obligación. Es decir, para la persona que quiere recordar y transmitir lo que ha vivido, bien el Estado o la sociedad tiene que poner a su disposición los medios necesarios para que eso sea factible; pero de la misma manera y si en un momento dado y por las razones que fueran, prefiere echar tierra sobre una situación traumática, lo cual es completamente respetable, también tiene que tener el derecho a olvidar.

A modo de ejemplo, cita el caso de una mujer que sufrió malos tratos y que fue violada y a la que en una ocasión tuvo la oportunidad de entrevistar. La mujer le ofreció su testimonio, pero luego, prefirió que no se publicasen sus vivencias. “Esa mujer tiene el derecho absoluto a que nadie sepa lo que ocurrió. Si quiere, su testimonio puede ser utilizado para que otras muchas mujeres que han vivido esa situación se sientan también identificadas y salgan de ese silencio, de esa oscuridad”; pero del mismo modo, debe contar con el máximo respeto de protección hacia su experiencia, a que se cumpla su voluntad y a que se le garantice que se oculta su caso.

Afirma que, hoy en día, el testimonio de la víctima está reconocido como un valor fundamental, algo que no sucedía hace no demasiados años, pues se estimaba que era una fuente subjetiva y como tal, no merecedora del valor intrínseco que se le adjudicaba a una fuente escrita. La riqueza de esta aportación, la divide en dos niveles: Por una parte, como declaración testimonial de una persona que ha sufrido una experiencia traumática y su confesión queda reconocida en un memorial, en un panel, en una película, en un documental, etc. y por otra, por el valor que tiene como fuente de documentación sometida a los controles y rigurosidad que sean precisos y que pueda ser incorporada, junto con otras fuentes, a diferentes estudios.

La autora de esta investigación y avalada por su propio trabajo de campo, comparte la opinión expresada por el historiador, quien después de examinar y valorar la experiencia que le han proporcionado sus entrevistas, reconoce que muchas personas se sentían reconfortadas con el simple hecho de que alguien, después de transcurridos cuarenta años de haber sufrido un problema, les fuera a hablar, a entrevistar y a guardar sus testimonios en una cinta o en un disco; es decir, el apelar a la memoria y no al olvido, el pensar que sus tragedias ya no iban a quedar en el vacío, sino que iban a permanecer en algún sitio donde alguien las iba a escuchar, las iba a leer y las iba a analizar, les llenaba de contenido y era un paso para aliviar su trauma, a la vez que la labor de la entrevista adquiría un valor casi de tipo social¹⁸.

El sufrimiento se balancea entre el olvido y el recuerdo.

La represión y la penuria que, por otra parte, muchos pretendían que quedaran depositadas en el olvido, han permanecido en los recuerdos de los vencidos guardadas en sus memorias durante un cúmulo de años, esperando el día que pudieran ser desempolvadas, aireadas y útiles como testimonios para esclarecer y dar luz a aquel oscuro y silenciado pasado. Así, aquellos hechos no deben ser sepultados ni ignorados, sino que deben conducir a la justicia, a la libertad, a esclarecer la verdad y a la democracia, porque como dice Francisco Espinosa (2006 : 284), “ser conscientes de dónde se hallan realmente nuestras raíces democráticas será bueno para el presente y para el futuro”. La memoria de las víctimas que quedó almacenada y silenciada por la tortura, por el castigo y por la imposición, debe recobrar por la libertad de expresión, la fuerza, el vigor y la juventud que le fueron arrebatadas, porque como dice Améry (2001 : 46), “nada se ha resuelto todavía, ningún conflicto se ha neutralizado, la memoria no ha interiorizado su pasado. Lo que ha sucedido, ha sucedido. Pero el hecho de *que* haya sucedido no es fácil de aceptar. Yo me rebelo: contra mi pasado, contra la historia, contra un presente que congela históricamente lo incomprensible y con ello lo falsea del modo más vergonzoso”.

¹⁸ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

Cuando han transcurrido cuarenta años de la muerte de Franco y casi ochenta de que terminara la guerra, la labor iniciada por muchos estudiosos del tema debe ser continuada con una mirada abierta y esclarecedora, relajada y serena, sin odios, pero fuera de prejuicios, que permita el análisis de la mitificación y heroicidad del pasado de los vencedores, la impunidad de los crímenes y el reconocimiento de tantos hechos distorsionados y silenciados, pero jamás olvidados por una parte de la sociedad, porque, ignorar y olvidar el pasado y sus consecuencias, choca frontalmente con el sentimiento que conduce a la reconciliación. “Recordar se convierte, por tanto, en un requisito ineludible si se quiere realizar una reconciliación auténtica. Pero el ejercicio de la memoria es siempre una tarea dolorosa porque abre viejas heridas y por ello, las sociedades que no han resuelto satisfactoriamente sus conflictos evitan confrontarse con su pasado” (Álvarez Fernández, 2007 : 30). Sin embargo, las voces de los que pueden considerarse doblemente víctimas, por una parte, en su calidad de protagonistas y por otra, en calidad de testigos de sus compañeros, deben emerger con fuerza para que puedan sean escuchadas, reconocidas y entendidas. De conformidad con lo que apunta Reyes Mate (2003b : 132), “el sujeto de la historia no hay que verlo en función del futuro sino del pasado, no pensando en la felicidad de nuestros herederos sino en los sufrimientos de nuestros antepasados. Sólo entonces podremos entender la historia”, o lo que es lo mismo, “no puede ignorarse el pasado salvo que renunciemos a entender el presente” (Reig, 1990 : 105). “Ésa es la obra de la memoria: recordar es reconocer que el sufrimiento forma parte de la realidad; que la realidad no es sólo lo presente, sino también lo ausente” (Mate, 2003b : 169).

El respeto al sufrimiento de los demás y a la violación de los derechos merece y requiere, por un lado, el conocimiento, el reconocimiento y el esfuerzo de la sociedad por comprender y asumir, tanto el daño causado como el daño padecido y por otro, y como contraposición a la ignorancia y al olvido, el acercamiento a la sensibilidad emocional de las personas afectadas para tratar de mitigar su dolor. Si bien es verdad que lo ocurrido no tiene retroceso y nada

puede cambiar los hechos, no pocas veces, el silencio, los límites, la indiferencia o el mirar hacia otro lado, son el primer paso para poner una barrera que sirva de obstáculo en la superación del conflicto y en el avance y construcción de un nuevo futuro, sustentado en medios pacíficos y democráticos.

El historiador José Antonio Pérez, con cuyo pensamiento coincido, argumenta que, a menudo y cuando se habla de esclarecer y dar a conocer aspectos de la guerra, no faltan voces diciendo que es agua pasada y que es mejor olvidar; sin embargo, cuando esa actitud constituye una patente de corso para que una parte de la sociedad se imponga sobre la otra puede ser perjudicial porque, “antes de que una sociedad pase página sobre lo que ha ocurrido, primero tiene que conocer esa página, tiene que leerla y luego se decidirá si es mejor superar esa situación y reconstruir la convivencia de una sociedad, no solamente con el recuerdo, sino también con el olvido”.

Con respecto a la Guerra Civil, éste es un argumento que se utiliza desde un determinado sector de la política, en concreto desde la derecha, donde no faltan voces que proclaman que fue algo que ocurrió hace muchos años, que no merece la pena desenterrarlo y por consiguiente, que hay que olvidarlo. “Yo creo que hay un alto grado de mala conciencia en un sector de la sociedad, que de una manera u otra, cree que aquello fue terrible, pero que es mejor olvidarlo”.

Del mismo modo, esta postura se está viendo en la actualidad con el final de la violencia de ETA, donde determinados grupos se están resituando en un nuevo espacio y están admitiendo ahora, después de mucho tiempo, que sí que es verdad que se cometieron actos terribles, pero que al fin y al cabo era una guerra y que es mejor olvidarlo; “que todos hemos sufrido, que todos hemos sido víctimas y que todos hemos sido verdugos”. Esto podría equivaler a la banalización del mal; “es decir, la no asunción en ningún tipo de responsabilidad en lo que ocurre, hace que al final, todo eso quede totalmente difuminado”.

No considera que sea positiva la ignorancia buscada o el echar al olvido, como en algunas ocasiones se dice, ni en la Guerra Civil ni en el terrorismo ni en los actos que puedan haber cometido las fuerzas de seguridad cuando han violado derechos humanos de las personas. Primero, hay que investigar lo que ha ocurrido y después proceder en consecuencia, formando una comisión de la verdad, tomando medidas contra los actos, o del modo que proceda en cada caso. Es decir, en este sentido, expresa su creencia en el compromiso de los historiadores, de los filósofos..., pero, sobre todo de la sociedad, por recordar lo sucedido, lo cual no equivale a decir que uno tenga que estar reprochándole continuamente al otro lo que hizo. La sociedad debe asumir un compromiso con el pasado y con lo que ha acontecido y ponerse una venda en los ojos, a menudo equivale a no querer ver más allá para que no se desestabilicen o no se desequilibren nuestras propias vidas, o para no verse reflejado en el propio espejo porque, igual todas las sociedades tienen un muerto guardado en el armario y no conviene empezar a remover, no vaya a ser que si uno saca a la luz lo del otro, ese otro saque a la luz lo del uno.

En la transición se vivió algo de eso y en aquel preciso momento, se vio la conveniencia de hacer tabla rasa y a partir de la Ley de Amnistía se optó por empezar a caminar todos hacia adelante. Aunque, a decir verdad, también la situación condiciona mucho y entonces probablemente no se podía hacer otra cosa por la presión del Ejército, por la presión del terrorismo o por la inestabilidad política, pero después de muchos años y cuando sí parecía que había llegado el momento, volvieron a resurgir y a tomar fuerza los temas pendientes de aclarar o solucionar.

Así y de la misma manera que existen víctimas de la guerra y del terrorismo que si prefieren tienen derecho a mantener una posición secundaria, a olvidar, a reconstruir su vida, a echar a andar y a no seguir manteniendo hasta que se mueran su estigma de víctimas, del mismo modo, otras personas tienen que tener el derecho a que sus testimonios sean conocidos, escuchados y recordados y como ejemplo, menciona el testimonio de un judío que había permanecido en Polonia en un campo de concentración y que había sobrevivido al exterminio del nazismo y cuando llegaba, cuarenta años más

tarde al campo, no quedaban prácticamente restos de lo que había ocurrido y decía: “nadie puede imaginar lo que ocurrió aquí; es que, ¿cómo puedo contarlo, si ya no quedan ni restos?”¹⁹.

¹⁹ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

LA GUERRA CIVIL:

FRATICIDA, LARGA Y SIN PACTOS

*Baimenik gabe etorri zen,
gorrotu eta ezinikusia ekarri eta
mina eta heriotza utzi zituen¹*

Con anterioridad a la sublevación, ya se estaba conspirando y planeando un golpe contra las autoridades de la República en base a proclamar una Dictadura Militar Republicana. Confiaban en la debilidad de la República, pero también temían las divisiones del Ejército y dudaban de la incorporación de la totalidad militar, lo que obligó a los conspiradores a posponer varias veces la fecha del golpe, ya que si el Ejército y las fuerzas de seguridad no lo secundaban o si optaban por defender a la República, el golpe podía encontrar una respuesta armada en algunos sectores de la población civil y fue eso lo que precisamente ocurrió en varias ciudades, cuando los conspiradores materializaron sus planes en julio de 1936 (Juliá Díaz, 1996), porque el desarrollo, los problemas e intereses desiguales del territorio español, hicieron que se recibiera de forma diferente la rebelión. Así, en Bizkaia, por ejemplo, se vivía el momento con una calma relativamente serena y sosegada y no parecía temerse el éxito de la sublevación. Lo mismo podría decirse de la zona industrial de Cataluña donde, además, una sublevación obrera se consideraba totalmente improbable, por el retroceso que supondría la pérdida del estatuto de autonomía, aunque esto no quisiera decir, que los intereses del proletariado estuvieran totalmente cubiertos (Fraser, 1979 Tomo I).

En líneas generales, los datos de la época nos presentan una imagen de la sociedad española, donde el desarrollo entre la ciudad y el campo era muy desigual, el “con tierra” y “sin tierra” tendría un valor totalmente distinto, o la pequeña burguesía de Cataluña y el País Vasco se diferenciaría de otras regiones. En definitiva, España componía una serie de regiones, con

¹ Llegó sin pedir permiso, trajo odio y rencor y dejó dolor y muerte.

necesidades e intereses divergentes. Esto explicaría la marcada división, las causas de conflicto anteriores a la guerra y la resistencia o el éxito del golpe militar (Juliá Díaz, 1996).

Bakunin (Berlin, 1992 : 226) anunció con una precisión superior a Marx, considerado su gran rival, las circunstancias en que se producirían las revoluciones de las capas más desfavorecidas. Fue consciente de que se llevarían a cabo, no en las ciudades más industrializadas en curva ascendente de progreso económico, sino donde la mayor parte de la población se encontraba cercana al nivel de subsistencia y, consiguientemente, tenía menos que perder con un levantamiento; es decir, en las regiones menos adelantadas del mundo, habitadas por campesinos en situación de extrema pobreza y donde el capitalismo era muy débil como, por ejemplo, España y Rusia.

Origen de la guerra.

El 14 de abril de 1931 se proclamó la Segunda República, que duró hasta el 1 de abril de 1939, fecha en la que se produjo la victoria del bando nacional en la guerra civil. Hubo tres gobiernos republicanos: El gobierno de centro-izquierda desde 1931 hasta 1933, el gobierno de centro-derecha desde 1934 hasta 1935 y el Frente Popular desde 1936 hasta 1939. El gobierno republicano, que luchaba por vivir, mantendría en el exilio una existencia agónica, sin peso político real.

En abril de 1931 se formó el Gobierno Provisional que aglutinaría a las principales fuerzas republicanas tras las elecciones. A partir del otoño de ese año se planeaban varias reformas, como la agraria, cuyo objetivo era asentar a los braceros en tierras que les permitieran vivir con dignidad y debilitar a los latifundistas, aunque esta reforma se vio obstaculizada por otra ley que apoyaba a los propietarios en lugar de hacerlo a los campesinos; la educativa, siendo la escuela única y figurando el Estado como responsable del sistema educativo, lo que supuso crispaciones con órdenes religiosas que se encargaban de la enseñanza en la mayoría de las escuelas privadas; la

autonómica, donde los nacionalismos históricos reivindicaban la posibilidad de decisión en materias de su incumbencia; la militar, con la remodelación del estamento y reducción por jubilación de puestos de mando, principalmente anti-republicanos; etc.

El triunfo del Frente Popular, en las elecciones de febrero de 1936 y lo que ello conllevaba de volver a retomar las reformas iniciadas por la República en 1931, propició la conspiración militar que fue dirigida por Mola y a quien varios generales confiaron y encomendaron los planes para un levantamiento militar. En esta conspiración tuvieron un papel muy importante el Ejército, el general Franco, y las distintas fuerzas antirrepublicanas y el objetivo consistía en establecer una Dictadura Militar Republicana, con un directorio militar a la cabeza.

Los militares que conspiraban contra la República iniciaron el golpe de Estado en África, el 17 de julio de 1936, con la ayuda de Italia y Alemania y continuaron los días 18 y 19 en diversas capitales de la península. Pero, no todo el Ejército, la Policía y la Guardia Civil se hicieron eco ni apoyaron este Golpe. Si a esto añadimos el que la resistencia armada de una clase obrera muy movilizada y fiel a la República obstaculizó y torpedeó los planes de los militares sublevados, el resultado se convierte en un fracaso del golpe de Estado y en el inicio de una guerra civil (Juliá Díaz, 1996). El golpe de Estado llevó aparejado consigo, el apresamiento de miles de republicanos que, inmediatamente, fueron reclusos en diferentes lugares, tales como, iglesias, conventos, escuelas...

Para el historiador José Antonio Pérez, la guerra supuso el fracaso de un golpe de Estado ante un gobierno legítimamente constituido, que era el de la República. Un golpe de Estado que vino apoyado y secundado por un sector importante del Ejército, por un sector de las clases adineradas y por sectores muy conservadores, contra un proyecto regeneracionista republicano que trataba de modernizar la sociedad y de buscar una mayor igualdad que la que había existido hasta esos momentos y que supuso una tragedia, una profunda

fractura dentro de la sociedad española. Es decir, es la herida más fuerte que tuvo la sociedad española durante el siglo XX, porque dividió familias, sociedades y pueblos, con consecuencias brutales.

Una guerra que duró tres largos años y que, probablemente, podía haber terminado bastante antes según afirman los especialistas en historia militar, porque desde el inicio se apreciaba, claramente, quién tenía la superioridad de los medios técnicos. Pero se alargó en el tiempo, según consta en diferentes textos, por la importancia que tenía para una parte de los dirigentes de los sublevados la idea de extender el terror. Es decir, no sólo había que dominar y había que vencer al enemigo, sino que había que aterrorizarlo². Así y cuando el objetivo se hizo efectivo, no dejaron de aflorar las enfermedades y los problemas psíquicos; se rompieron las ilusiones; surgieron las dudas y las desconfianzas entre las personas y el mundo se resquebrajó para una gran parte de la población.

El tratar de encontrar una única causa a la Guerra Civil Española es una tarea arduamente complicada; ciertamente fue una guerra civil, pero lo fue también de religión, de lucha de clases..., aunque los sublevados justificaron su actuación, como un comportamiento contra la anarquía, contra la crisis de sociedad y de poder que atravesaba España desde 1917, a favor de la unidad de la patria o contra la revolución comunista, pero nunca manifestaron el deseo de acabar con la democracia y con las reformas iniciadas por el Estado legítimamente constituido y que implicaba al mundo agrario y militar, educativo y religioso y regional o autonómico. Sin embargo, si se quiere encontrar el desencadenante directo, algo sin el cual la guerra no se hubiera producido, hay que situarse en el golpe militar, golpe que no era la primera vez que se había intentado en la década de los 30 y que fue recibido con una marcada división entre las Fuerzas Armadas y con una resistencia muy pronunciada por parte de la población. Paradójicamente, y como expresan Reig y Merino (1994 : 292), los rebeldes acusarían de “rebelión” a quienes no hicieron más que defenderse,

² Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

en la medida de lo posible, frente al asalto al orden constitucional que se había establecido democráticamente.

Los datos muestran que, de los 31.000 oficiales que componían el Ejército español en el año 1936, unos 14.000 secundaron la sublevación y unos 8.500 permanecieron leales al gobierno. El resto, sufrió distinta suerte. La República dispuso de 160.000 soldados y gran parte de la aviación y la marina y los rebeldes contaron con unos 150.000 soldados, entre los cuales estaba el cuerpo de élite del Ejército español y el Ejército de Marruecos, unos 47.000 hombres. A pesar del equilibrio de fuerzas, la República careció de unidad durante varios meses, tanto en la dirección política como en la dirección militar. El golpe de Estado dio como resultado una respuesta popular y un proceso revolucionario de la clase trabajadora que, ante la dirección de los partidos obreros y de los sindicatos, destruyó la estructura del Estado republicano. Hasta la primavera de 1937, la República no dispuso de un ejército realmente operativo y ésa puede considerarse la primera razón de su derrota (Jover Zamora, Gómez-Ferrer y Fusi Aizpurúa, 2001 : 695).

La violencia afectó, de manera despiadada, a muchos maestros considerados republicanos. No faltaron las venganzas, las mentiras, las envidias, las manipulaciones..., para crear un clima de hostilidad y acabar con sus vidas, en un gran porcentaje al inicio de la guerra, por grupos de falangistas. Tampoco hay que olvidar la labor de una parte del clero facilitando nombres que permitirían la elaboración de listas negras o estando presentes en los fusilamientos. La implantación de un miedo generalizado ante la falta de defensa de los denunciados fue un arma potente para ejercer la represión y el control.

María Antonia Iglesias (2006) destaca que la reforma educativa y el combatir contra el analfabetismo ocupaban para la República un lugar importante. Se crearon más escuelas y se dio mayor relevancia a la labor de los maestros. El laicismo por el que apostó, convirtió a los maestros, la mayoría de ellos creyentes aunque se les acusara de ateos y enemigos de los curas y de la religión, en los representantes sociales y políticos del pueblo. La dedicación no

terminaba con los alumnos en las escuelas sino que, en muchos casos, se extendía a sus padres, organizando clases para adultos o en tareas, tales como, el cultivo de los campos, el cuidado de los animales enfermos, la redacción de documentos... e incluso, no faltaba la aportación económica para la alimentación de familias necesitadas.

Los asesinos de estos maestros no supieron entender el mensaje de estos hombres, que creían y luchaban por la democracia, por la implantación de la libertad de ideas, con medios limitados y librando una fuerte lucha ante el ambiente de hostilidad e incompreensión de una parte de la sociedad. El terror y la crueldad impuesta por los rebeldes se convirtió en una práctica oficial, calculada y sistemática. Se trataba de acabar con sus vidas y con sus ideas, para lo cual no era necesario ningún juicio que garantizase la legalidad; el objetivo era destruir la semilla que diera frutos de progreso, de mejora, de una sociedad más justa para todos gracias a la cultura y a la educación. Además, no sólo consistía en acabar con sus vidas, sino en imponer a sus familias la marginación, la humillación, el desequilibrio emocional, la quiebra psicológica y moral y la interiorización de culpa.

Por un lado, el ideal republicano aparecía como una revolución tendente a la reforma de la sociedad y a la defensa de los derechos humanos. La República se identificaba con el pueblo y en el pueblo entrarían todas las categorías que abrazasen la libertad y la democracia, considerando que todos los poderes emanaban del pueblo y asumiendo las libertades propias de los sistemas liberales.

Corroborando con esta idea, Reig y Merino (1994 : 289) hacen hincapié en que los artículos 1. “España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia”, donde queda establecida que: “Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo...”; 2. “Todos los españoles son iguales ante la ley”; 3. “El Estado español no tiene religión oficial” y 6. “España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional”, son muestras de la voluntad política y del espíritu que guiaron el inicio del camino de la Segunda República.

Por otro lado, desde el inicio de las tareas preparatorias al golpe, hasta el desenlace final, los sublevados no dejaron sus operaciones de “limpieza” para eliminar a todo aquél que no mostrara su apoyo al Movimiento. Así se manifestaba Mola en las bases presentadas para la sublevación, en la primavera de 1936: “Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándoles castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas” (Villota Elejalde, 2000 : 252).

Lo que sucedió a partir del Golpe de Estado de 1936 y como argumenta Santos Juliá (1999 : 17-18), fue “una lucha de clases por las armas, pero no fue en menor medida guerra de religión, de nacionalismos, guerra entre dictadura militar y democracia republicana, entre revolución y contrarrevolución, guerra en la que por vez primera se enfrentó fascismo y comunismo” y que dejó como resultado una dramática estampa “con tantos muertos en las cunetas como en las trincheras, con campesinos en alpargatas y fusil al hombro enfrentados a militares al mando de tropas mercenarias”, es decir, donde se percibía su anacronismo, pero también se podría interpretar como la portada de aquella otra guerra de destrucción, de coalición entre democracias y comunismo en contra de potencias fascistas, en la que se vio envuelta Europa tres años más tarde. Entre la rebelión militar y la revolución obrera, en la que nadie tuvo el control total del poder y la nueva situación, se hizo necesaria la búsqueda de respaldos sociales. Los conspiradores pudieron contar con el apoyo y el soporte de la jerarquía de la Iglesia y prácticamente con la totalidad de la sociedad católica. A la vez, la expectativa de revolución social por el acoso de la derecha, fomentada por los sindicatos, vio imprescindible el contar con el apoyo y el refuerzo de las clases medias y la escasa burguesía republicana “y que reivindicó enseguida un contenido popular y antifascista por encima del de clase, una defensa de la legalidad republicana por encima de una acción revolucionaria”.

La guerra era ya una realidad.

Fue también en el año 1936 cuando Txomin Bereciartua recibió su Primera Comunión en la Parroquia de Santiago y una vez finalizado el curso, en el mes de junio, emprendió su primer y gran viaje a Gizaburuaga, al caserío de unos tíos, con lo que pasó de ser “urbanita” a ser “aldeano” con todo lo que ello implicaba y conllevaba de cambio: las personas, el caserío, las costumbres, los animales, el río, el aire, la hierba... Pero, al de poco de llegar, su estancia se vio interrumpida y tuvo que regresar a casa porque, algo terrible, “aunque para un niño único y lleno de aventura” tomó protagonismo y actualidad. Con el inicio de la contienda se vio envuelto, como tantas personas más, “en las consecuencias colaterales para un niño de ese juego cruel y a muerte, que es la guerra”.

Las personas se entremezclaban como en un gran mosaico en el que se podían ver: mineros asturianos; milicianas; gentes de la FAI y de la CNT con sus banderas; gudarís que iban a los frentes; y “los curas vestidos de paisano por si acaso”, aunque todos les conocían... A este ambiente le acompañaban, las muchas misas de los capellanes de gudarís que se celebraban en la Iglesia de los Santos Juanes.

Ante sus ojos aparecía un nuevo escenario: una tamborrada que desfilaba por Artecalle para sacar dinero, porque había sido hundido un crucero que se había mantenido fiel a la República; el viejo avión “El abuelo”, que era la “gran defensa” aérea de la Villa y que solía aterrizar en una campa de Lamiako; además, Euskadi contaba con un Gobierno autónomo en el Hotel Carlton, con sus ertzainas motorizados y enfundados en sus cazadoras de cuero.

Se hablaba de los “paseos” de los presos que se amontonaban en la cárcel, en un barco y en conventos de monjas y religiosos. “Así, entre neblinas, creo ver a gentes enfurecidas tras alguno de los bombardeos de la Villa asaltando las cárceles y dando muerte a muchos de los que allí estaban. Y, como la realidad es y parece muchas veces contradictoria, recuerdo también a gentes felices por

haber podido salir de Santander huyendo de las matanzas y refugiarse en Bilbao para salvar su vida”.

El paisaje sufrió alteraciones. Se prepararon refugios con sacos terreros en los cantones existentes entre las calles; se palpaba una profunda soledad, principalmente por la noche; se escuchaban nuevos sonidos y silencios estremecidos; las sirenas y los cazas; los bombardeos y los obuses; y entre todo aquello, las carreras al túnel de la Estación de Las Arenas cuando sonaban las alarmas. “Tengo grabado mi primer contacto con la muerte, cuando curioso miro los pies de los muertos en el frente apilados en rústicas cajas en la Estación del tren de Lezama, camino del cementerio”. Su mundo religioso también sufrió variaciones. Por cercanía asistía a los Santos Juanes, donde D. Agustín, el párroco, animaba las misas de niños y aprendieron canciones que nunca las ha olvidado. “Yo me adentré en los latines, para hacer allí de monaguillo ayudando en las muchas misas de los capellanes del cuartel de Gudarís abierto en el cercano Colegio de la Cruz”³.

Reig Tapia (1999 : 73-79) señala que si la duración de la guerra fue de tres años es porque se trataba de una guerra civil, lo cual nos lleva a contemplar una población profundamente dividida, a pesar de que el término de Guerra Civil fuera negado por ambos bandos y de forma especial por la parte que luego resultó vencedora, que al ser la causante de la sublevación, necesitaba autojustificarse con más fuerza que la parte que, en principio, debió proceder a defenderse y a que los dos bandos dispusieran de un fuerte apoyo popular, así como de medios económicos y militares y de un importante respaldo proveniente del exterior.

En cualquiera de los casos, la Guerra Civil se presentaba sumamente trágica, traumática y destructora, dentro de una profunda crisis y un marcado conflicto de ideas. Una parte utilizó el comunismo como enfrentamiento contra Hitler y Mussolini, es decir, contra el fascismo, lo cual también significaba ir contra las fuerzas reaccionarias y conservadoras y la otra parte se agarró al fascismo,

³ Información facilitada por la persona mencionada, el 30 de diciembre de 2012.

para parar al comunismo y a Stalín, lo que significaba oponerse a las nuevas clases más modernizadoras, consideradas progresistas e izquierdistas. Es decir, el fascismo y el comunismo correspondían a las potencias que mostraron ayuda a cada bando, con la diferencia de que, a la República no le quedó más posibilidad que acogerse a la ayuda soviética ante la “no intervención” de las denominadas potencias democráticas y el claro intervencionismo de los fascistas. En definitiva, una guerra que no solucionaría absolutamente nada y que, al ser civil, las muertes que se producirían no serían entre desconocidos, sino entre familiares o amigos y vecinos, lo que llenaría de dramatismo y dolor a los dos bandos.

Francisco Alonso aceptaba todas las ideologías que fueran democráticas y refiriéndose a la guerra, manifestaba: “yo fui porque consideré que era una causa de aquí, pero tengo que reconocer que los de la acera de enfrente me pueden decir lo mismo, que también ellos consideraban que era una causa y que tenían que ir, para que al final tengamos que admitir que ni unos ni otros estábamos acertados, porque lo peor que le puede pasar a un país es verse envuelto en una guerra civil, que son guerras cainianas”. Destacaba el horror que supuso la lucha, en algunos casos, entre hermanos, primos, vecinos, chicos de la fábrica, de la calle o de la escuela y como consecuencia de todo ello, el odio que heredaron muchos hijos y nietos.

Tras un crítico repaso de sus recuerdos y experiencias, prosiguió diciendo: “aquí hubo casos, también con nosotros, que se tomaron la justicia por su mano y eso no se justifica. Sí, tiene un atenuante; que no tenían religión, no tenían creencias religiosas ni tenían cultura” y continuó afirmando, “la derecha ni se justificaba ni tenía un atenuante, porque en nombre de Dios, mataban gente, porque Dios... Dios no manda eso. No, no; eso no es así”. Mencionó a un ideólogo catalán que conoció y que en una ocasión le dijo: “yo soy ateo, pero no dejo de reconocer que si alguna revolución fue bella, ésa fue la revolución cristiana. Aquellas gentes que tenían valor para morir, eran incapaces de matar”⁴.

⁴ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

La guerra, ese conflicto socio-político que supone el enfrentamiento entre grupos armados con intención de derrotar al enemigo, ya estaba servida. La guerra no sólo estaba anunciada, sino que era querida por algunos y no deseada por otros. Entre los primeros, no faltaban voces que proclamaban estar en disposición de fusilar a medio Estado para conseguir sus propósitos. Entre ellos, el más destacado sería Franco, que apostaría por una España fascista, mientras que, entre los segundos, tampoco faltaban los que proclamaban incansablemente su deseo de no fusilar a nadie, como es el caso de Azaña, el presidente de la España republicana y democrática. Una de las dos Españas instituyó un sistema penal y acabó con la pena de muerte, mientras que la otra la volvió a implantar como señal identificativa del nuevo régimen impuesto. En definitiva, la guerra sería una dolorosa y continua sucesión de muertes y traiciones a los valores democráticos y de convivencia, institucionalmente establecidos y dignos de cualquier sociedad que se preste de considerarse como civilizada (Reig, 1999 : 80-81). Sin embargo, la guerra pudo haberse evitado, pero faltó la buena voluntad de los que se movilizaron y se sintieron representantes del conjunto del país, portadores de un alzamiento nacional, los que tomaron la parte como un todo, es decir, los que se sublevaron.

Esta pretensión de “unidad nacional” y su justificación de actuación puede relacionarse con la manifestación que nos presenta Arendt (1999 : 83), en la que afirma que una de las mentiras más eficaces durante la guerra, para todo el pueblo alemán, fue el eslogan de “la batalla del destino del pueblo alemán” inventado por Hitler o por Goebbels y que posibilitó el autoengaño en tres puntos: sugiriendo que la guerra, no era una guerra; que no la había originado Alemania, sino el destino; y que se trataba de una cuestión de vida o muerte para el pueblo alemán; es decir, “que debían aniquilar a sus enemigos o ser aniquilados”. Sin embargo y como expresa Ernest Gellner (1999 : 186), “los imperios centrales también encuentran dificultades en someter regiones periféricas de sabanas o montañas que terminan por cobijar a comunidades segmentadas de gran cohesión”.

Txomin Bereciartua, también manifiesta su sentimiento sobre la tragedia que constituyó el nazismo y sus campos de exterminio. “Alemania, un país puntero en el mundo de la cultura y de la ciencia, había elegido libremente como jefe de su Estado a un dictador loco y resentido, quien convenció a todos de que el pueblo judío era raza inferior y peligrosa”. Para solucionar el problema, puso en marcha el horror de los campos de exterminio donde murieron millones de judíos. Cuando el mundo se percató, “se rompió la fe en el progreso y se hizo añicos el pensamiento de la modernidad roto por una Alemania, uno de sus santuarios más preclaros, que había caído en semejante brutalidad. Vino como reacción desilusionada el auge del pensamiento frágil, la exaltación del fragmento, la aceptación del momento como norma, el mundo postmoderno en el que vivimos y en el que ya no valen las tradiciones, las costumbres heredadas, ni las enseñanzas de los grandes maestros. Las nuevas generaciones se han educado en un mundo sin asideros, porque han nacido en la vorágine del cambio, acentuada por la fragilidad del pensamiento débil, que ahora impera, y que hace que referencias en otro tiempo fundamentales hayan perdido peso. Urge repensar los roles de la institución familiar, la autoridad, la costumbre y la religión”⁵.

Violencia manifiesta y encuentro con el sufrimiento.

Los nacionales y los republicanos organizaron sus territorios y procedieron a reprimir toda oposición o sospecha de oposición. Durante los primeros días, alrededor de 50.000 personas que estaban atrapadas en el bando contrario, serían ejecutadas mediante los llamados *paseos*. En muchas ocasiones, estos actos fueron cometidos por venganza y sin relación con la contienda. Angustiosa y dura fue para la población, las localidades ocupadas intermitentemente por ambos bandos, con las repetidas venganzas. Muchas vidas se vieron envueltas en la tragedia y el horror que supone la violencia de las acciones de la guerra, unas veces por causa de los unos y otras veces por causa de los otros.

⁵ Información facilitada por la persona mencionada, el 30 de diciembre de 2012.

Al igual que ocurrió en muchísimos lugares, en Mora de Rubielos también reinó el ambiente de crispación entre la gente, tal y como lo expresa Evaristo Santafé: “Aquí hubo muchos jaleos porque, los rojos hicieron muertes, mataron a quien no había hecho males. Al abuelo de ésta (decía refiriéndose a su nuera), un hombre bueno, sin hacer ningún mal, también lo mataron y claro, tantos mataron, que luego mandaron los otros, los nacionales y se vengaron y hubo la guerra y la contra guerra. Primero, unos hicieron mal hecho y luego, los otros hicieron mal. Aquí mandaba uno que le llamaban Pepe Benito y a aquel chico también le mataron dos hermanicos, siendo buenos chicos y ése vengó la muerte de sus hermanos y todo fueron intrincaciones. El Pepe Benito, que era el amo del pueblo, a los que habían sido malos, culpables de matar a sus hermanicos, pues los metieron a la cárcel, luego los fusilaron y a Dios Madrid; se acabó todo”⁶.

Los rebeldes conseguirían en la primera semana posiciones en el sur de Andalucía y en Navarra, en una parte de Aragón, en Castilla la Vieja, en León y en Galicia. Como consecuencia de ello, pronto quedaría España dividida en dos partes cuya extensión e importancia demográfica y económica eran desiguales y que se verían modificadas a medida que continuaba la lucha. En julio de 1936, la mayor parte de la España industrial y urbana había quedado en manos de la República. El tejido industrial de Barcelona, Bizkaia y Asturias, con la excepción hecha de Oviedo, había demostrado su fidelidad y su confianza a la República. Al mismo tiempo, en las poblaciones urbanas de grandes capitales como Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao, la rebelión fue derrotada. De entre las capitales más importantes, Zaragoza y Sevilla cayeron en los primeros días.

Dentro de los territorios y dependiendo del tiempo que se considere, así como de las alianzas que apoyaran el ataque o la defensa de la República, el resultado de las experiencias vividas fue muy diferente:

⁶ Entrevista realizada en Mora de Rubielos, el 7 de setiembre de 2011.

En Andalucía y Extremadura se hizo manifiesta la pronta alianza de los mandos del ejército expedicionario con los propietarios agrícolas, en aras de reprimir tanto a la clase obrera como a la campesina. Así, resulta inolvidable la visión de los agricultores estimulando tanto a militares como a guardias civiles “para rematar a campesinos tumbados boca abajo en las plazas de los pueblos; la de sanguinarios militares dispuestos a exterminar en masa a dirigentes, afiliados o simples simpatizantes de los sindicatos y partidos de izquierda después de encerrarlos como el ganado en las plazas de toros”. Pero, también hay que destacar, la imagen “de milicianos y miembros de los diversos comités de defensa haciendo prisioneros a burgueses, propietarios, terratenientes y curas para fusilarlos de forma sumaria”.

En Navarra, que pasó desde muy pronto a depender del control de los sublevados, la situación fue diferente, ya que desde el principio pudieron contar con el apoyo popular. “Mientras por Extremadura subía un ejército colonial y mercenario que aterrorizaba a la población civil, en Navarra y Álava los sublevados pudieron presumir del carácter “nacional” de su alzamiento, pues allí surgió espontánea la adhesión de un numeroso contingente de civiles en armas”.

Hubo también situaciones particulares en zonas que se mantuvieron leales a la República. En Cataluña, por ejemplo, se produjo una revolución social liderada por la CNT, que materializó la colectivización de la industria “mientras respetaba, si no el fruto, al menos la propiedad de la tierra, dejada en manos de pequeños y medianos propietarios”. En Aragón, se impuso la colectivización de la tierra en contra de unos pequeños y medianos propietarios, por parte de columnas de milicianos y establecieron un órgano de poder, el Consejo de Aragón, fuera de la legalidad republicana y en amplias zonas de Castilla, Valencia y Andalucía, se originó la colectivización de la tierra a través de los sindicatos de campesinos jornaleros que se hicieron cargo de las fincas que habían sido abandonadas por sus propietarios y el poder político local dependió de comités de sindicatos y partidos del Frente Popular.

En el País Vasco, por el contrario, no se produjo ninguna revolución social y en Bilbao, las iglesias estuvieron repletas de gente durante las primeras semanas de la guerra. Tras la aprobación del Estatuto, el PNV permaneció hasta junio de 1937 a la cabeza de un Gobierno autónomo con poder sobre el territorio de Bizkaia, siendo su principal dirigente José Antonio Aguirre, un hombre “católico, ingeniero e industrial” (Juliá, 1999 : 18-20).

En cualquiera de los casos, la crudeza, el odio, el deseo de venganza, la lucha y la revolución alcanzaron cotas inimaginables, lo que produjo el desencadenamiento de una brutal *violencia cotidiana* por ambos bandos. Ataque, defensa y muerte se sucedían sin cesar. La situación era tan tensa, como la que se muestra a continuación:

Según Fraser (1979 Tomo I : 172-198), en la alocución por radio Sevilla, que se llevó a cabo el 25 de julio de 1936, el General Queipo de Llano se expresaba de esta manera:

“Son varios los pueblos de que tengo noticias que tienen prisioneros a elementos derechistas, con los que piensan cometer actos de barbarie. Debo dar a conocer en este aspecto mi sistema. Por cada hombre que maten, yo mataré diez y quizá rebase esta proporción.

Los directores de esos movimientos que creen que con huir se salvan se engañan. Han de esconderse debajo de la tierra y de allí los he de sacar. Y aunque estuvieran muertos los volvería a matar. Les aplicaré la justicia”.

También Solidaridad Obrera en Barcelona, el 24 de julio de 1936, manifestaba:

“¡Ojo por ojo, diente por diente!

Si es verdad que nuestros camaradas han sido fusilados en Zaragoza por orden del bandido uniformado Cabanellas, Goded y toda la canalla fascista pagarán con su vida el crimen vandálico cometido en la persona de nuestros compañeros zaragozanos”.

Fue una guerra fraticida.

Para Joseph de Maistre (Berlin, 1992 : 125-129)⁷, la disposición de un hombre a acudir al campo de batalla con el fin de matarle a su hermano, que no le había hecho ningún daño, residía en la persecución de un bien común en detrimento de su sentimiento humano, como un deber doloroso y altruista. La guerra era la ley perenne del mundo, que no tenía explicaciones racionales o justificables; las guerras, según él, aunque fueran odiosas no cesarían, porque las guerras no se debían a una invención humana, sino que eran una institución divina. Todo lo racional se resquebrajaría porque estaba hecho por el hombre y sólo lo irracional, lo sobrehumano podría perdurar. Ensalzaba la postura de la sociedad que se apoyaba en la predisposición humana a preocuparse por la familia, por la ciudad, por la Iglesia o por el Estado, como solidaridad social para perpetuar las formas de vida santificadas. El hombre era muy malvado, pero tampoco estaba condicionado totalmente por sus causas. Era libre y también tenía un alma inmortal, por lo que dentro de él existía el principio de que estaba hecho a imagen de su creador y el principio de que era un pecador rebelde contra Dios. Su capacidad de libertad era muy limitada; no podría crear, pero sí modificar; podría escoger entre el bien y el mal, entre Dios y el diablo y era responsable de su elección; en definitiva, luchaba por expresarse a sí mismo y por salvarse. Mantenía que los hombres deberían someterse a la autoridad libremente, debido al hecho de que estaban depravados y no eran capaces de gobernarse por sí solos. Sin un gobierno que los dirigiera, se produciría una anarquía, por lo que se hacía necesaria una autoridad coercitiva indiscutible.

Pero, si una guerra siempre es angustiosa y sus consecuencias totalmente desafortunadas, cuando se trata de una guerra civil la carga emocional que conlleva alcanza límites impredecibles, ya que las personas, además de visualizar el hecho en sí mismo, hacen valoraciones de las acciones y en una guerra civil no se habla de enemigos simplemente, sino de parientes, amigos,

⁷ La teoría política de Joseph de Maistre tuvo una influencia dominante en las ideas fascistas de los años siguientes.

vecinos..., lo que agudiza el sentimiento y el sufrimiento, pudiendo acarrear numerosos y graves problemas físicos y mentales. Ante tal situación y estar en el bando contrario al marcado por el entorno dominante puede significar, entre otras cosas, tener que vivir en la clandestinidad, verse excluido de las expectativas futuras como miembro de tu grupo de pertenencia, perder el reconocimiento de los demás, privarte de la dignidad de ser querido y respetado o construir una barrera infranqueable..., lo que, irremediabilmente crea una nación dividida, con familias implicadas y diferenciadas entre vencedores y vencidos.

Muchos fueron los amigos que dejaron de serlo, muchas las puertas que se cerraron y un cúmulo de decepciones, humillaciones y traiciones impensables florecieron por doquier. Pero, también fueron muchas las muestras de auténtica solidaridad, comprensión y ayuda que se vivieron, incluso entre personas que apenas se conocían, de lo que se deduce que, entre experiencias de aciertos y desaciertos, justicias e injusticias, verdades y mentiras..., en todo aquel entresijo que supuso la Guerra Civil, había seres humanos buenos y malos, en cada uno de los bandos y en todas las capas sociales. Porque, como dice Frankl (2001 : 126): “¿Qué es, en realidad, el hombre? Es el ser que siempre *decide* lo que es. Es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo es el ser que ha entrado en ellas con paso firme musitando una oración”.

Durante el período de la guerra, Ana Aja Fuentes⁸ y su familia supieron muy bien lo que significaba solidarizarse y repartir, porque varias fueron las familias que, tras abandonar sus hogares y huir, convivieron con ellos en su caserío situado en una parte muy alta de Karrantza; una práctica, por otro lado, que fue muy habitual entre los caseríos existentes en el pueblo. Ana mencionaba, no sólo la amistad, sino el estrecho contacto que mantuvieron durante muchísimos años con tantas personas de Bilbao, unidas por las raíces de lo que significaba compartir en momentos de necesidad y a quienes abrieron las puertas de sus casas los habitantes del pueblo. Pero, el tiempo que no deja nada inamovible,

⁸ Ana era la esposa de Francisco Alonso Uriarte, nació en un caserío de Karrantza, el año 1923 y falleció el 12 de agosto de 2012. (Que en paz descanse).

siguió su curso y con él fueron envejeciendo y desapareciendo muchas de aquellas familias y junto con ellas, poco a poco, también los contactos y los recuerdos.

Ana vivía con sus padres y sus otros nueve hermanos, y su madre, también se ocupó de criar a un niño, al que le dio pecho junto a uno de sus hijos, porque la madre había fallecido como consecuencia del parto. Francisco, que posteriormente tendría ocasión de comprobar la grandeza de su alma y llegado a este punto de la conversación, afirmó: “era una santa; más maja era; más buena...”. Ana continuó diciendo que, además y cuando se hacía necesario, no había problemas para que pudiera ampliarse el número de moradores, como en un momento determinado de la guerra, en el que también se incorporaron al hogar sus abuelos y unos tíos. “Allí estábamos todos y allí nos arreglábamos bien”, ya que disponían, además de la buena voluntad, de la comida suficiente para poder alimentarse sin dificultad. Aunque el pan estaba racionado, ellos sembraban maíz, lo recogían, lo llevaban al molino y finalmente, hacían talo. Así mismo, ordeñaban la leche del ganado de casa y contaban también con gallinas y consiguientemente, con huevos y si estimaban necesario, mataban alguna ternera o alguna oveja.

Sin embargo, sí hubo aspectos de la guerra, que a pesar de su juventud, se le quedaron bien grabados a Ana, como “cuando veíamos venir los aviones de Burgos y decíamos, “ya viene la aviación, ya nos van a bombardear”. Pero, nos quedábamos allí, siempre en el caserío; no nos marchábamos”. De todas maneras, el lugar más parecido a un refugio con el que contaban, era una alcantarilla que tenían debajo del camino; “lo demás, no teníamos más para refugiarnos”. La llegada de los aviones “daba pánico, ya cuando los veíamos venir; veíamos los nueve aviones, allí, ran, ran, ran”. Ana recordaba un día que bajó a llevarles la leche a sus abuelos, antes de que se hubieran incorporado con ellos al caserío. El bombardeo era muy fuerte y debió utilizar una zanja como refugio, que lo compartió con un señor y emplear unas tablas para taparse. En cuanto el peligro hubo pasado, emprendió el regreso hacia casa y pudo observar en el camino, algún carro destrozado y los bueyes muertos,

como consecuencia del bombardeo. Ana no podía evitar el énfasis al decir: “sí; ¡qué bombas!”.

Hubo otra ocasión en la que también el miedo y las bombas se unieron y el recuerdo quedó fijado en su mente. Fue un día en el que se trasladaban en tren a Santander para recoger el racionamiento, porque su padre, además de realizar las tareas de la aldea, trabajaba en las vías del ferrocarril y “en medio del camino, tuvimos que marchar y meternos por allí en unos refugios, porque empezaron a bombardear”. Una buena visualización de lo que pudieron haber sido aquellos momentos de desconcierto y desasosiego, se desprendía de sus palabras cuando decía: “allí había que correr; no sé para dónde íbamos, para allá, para acá”⁹.

A medida que continuaba la guerra y la gente abandonaba sus lugares de residencia buscando cobijo, los carros, los rebaños de cabras y ovejas y las familias cargadas con lo más valioso e imprescindible que tenían, se convirtió en una estampa habitual en cualquier parte del territorio español. No era fácil, sin embargo, encontrar situaciones racionales y justas que mitigaran semejante dolor.

Carmen¹⁰ también evacuó junto con los suyos, de Mora de Rubielos a Valencia, lugar al que tardaron cinco días en llegar. En un carro, llevaron todo lo que podían: jamones, harina, un colchón..., es decir, lo que tenían en el hogar. Pasado un tiempo y cuando volvieron a su domicilio, su regreso tampoco estuvo exento de desilusión, frustración y desencanto, ya que descubrieron que les faltaban cosas en la casa como, por ejemplo, la vajilla, con el agravante de que, además, creía tener la certeza de saber qué familia la había cogido. Aun así, su madre no quiso manifestarse porque tenía el convencimiento de que, en algún momento, tendrían que recurrir a ellos en busca de sus servicios. Así mismo, descubrió con estupor, que de un vestido suyo, una vecina se había hecho un delantal.

⁹ Entrevista realizada en su domicilio de Sestao, el 13 de octubre de 2006.

¹⁰ Testimonio de una mujer de 91 años, recogido en Mora de Rubielos, el 6 de setiembre de 2011.

Sin embargo, ese tipo de acciones violentas no sólo afectaron a las posesiones de los habitantes que habían evacuado, sino que también lo padecieron las personas que se quedaron en el pueblo. Así, por ejemplo, una mujer contaba la decepción y el desengaño que sufrió su padre ante las actuaciones de los unos y de los otros porque, en un momento determinado, los rojos le quitaron el horno que tenía para hacer el pan, pero más tarde y después de haberlo recuperado, llegaron los nacionales y se lo quemaron¹¹.

Sobre el pasado y la historia, Paloma Aguilar (1996 : 198) argumenta que, el mejor o peor recuerdo está en función de los hechos que lo hayan configurado y no todas las historias ocupan un puesto de enorgullecimiento a través de los años, sino que muchas tienen su continuidad en el tiempo dentro del marco del envilecimiento que lo rodearon. “Una guerra civil supone una ruptura en la historia de un país y, por ello, constituye el prototipo de memoria difícil de afrontar. En este caso, el pasado se presenta como un recurso peligroso cuando las viejas querellas que generaron el conflicto siguen vigentes y cuando los odios entonces alimentados aún permanecen”.

Forjando el futuro.

En la zona rebelde, para unificar en un solo general el mando militar y político de la zona nacional, se consideró idónea la figura de Franco. Tras las reuniones celebradas en un aeródromo de Salamanca los días 21 y 28 de setiembre, Franco asumió la jefatura del Estado, el 1 de octubre y ostentó su poder militar dictatorial, de inspiración totalitaria, durante 40 años. El autoproclamado “Caudillo de España por la gracia de Dios”, desempeñó toda su autoridad personal y persiguió la unidad nacional, dentro de bases sumamente tradicionales y fascistas y dentro de la estructura de instituciones nacionales, como son el Ejército, la Iglesia y Falange convertida en Movimiento Nacional.

¹¹ Testimonio de una mujer, recogido en Mora de Rubielos, el 6 de setiembre de 2011.

En un discurso que pronunció para la ocasión, Franco expuso cómo se iba a organizar el nuevo Estado: Éste se constituiría “dentro de un amplio concepto totalitario”; adelantó “la implantación de los más severos principios de autoridad”; indicó que la particularidad de la región se respetaría, pero al servicio de “la más absoluta unidad nacional” y que el municipio sería reorganizado como entidad pública; no perdió la oportunidad de desprestigiar las vías de participación democrática y dio a conocer que la voluntad nacional se manifestaría a través de “órganos técnicos y corporaciones” de ámbito nacional; rechazó el sindicalismo de clase y anticipó medidas sociales tendentes a garantizar los salarios y la participación de los obreros en los beneficios, prometiendo que se respetarían las conquistas conseguidas; mencionó algunos aspectos generales sobre el apoyo a los campesinos y a la convivencia económica con otros pueblos, a excepción de la Rusia soviética, con la que dejó claro cualquier tipo de contacto y adelantó el deseo de llegar a un concordato con la Iglesia católica, aun no comprometiéndose con la confesionalidad del Estado. No se decía nada acerca de la forma del Estado ni mencionó a las futuras instituciones ni a las formas que tendrían los poderes legislativo y judicial. Por su parte, la Iglesia, en su papel de víctima por la legislación de la República, mostró su apoyo a Franco. En una pastoral, del 6 de agosto de 1936, de los obispos Olaechea, de Pamplona y Múgica, de Vitoria, se calificó el alzamiento como movimiento “cívico-militar”, en defensa de la religión. Posteriormente, en la pastoral del 30 de setiembre, víspera de la investidura de Franco, el obispo de Salamanca, Enrique Pla y Deniel, definió la guerra como “cruzada por la religión, por la patria y por la civilización” (Jover Zamora, Gómez-Ferrer y Fusi Aizpurúa, 2001 : 697-698).

Se formó también el Gobierno de la República que, desde noviembre de 1936, aglutinó a católicos, comunistas, anarquistas, socialistas y republicanos. Más tarde, se prescindiría de la presencia sindical en el Gobierno, recuperando la hegemonía los partidos políticos y confiando en lograr una unidad política que ayudara a terminar con la guerra, pero el cambio de Gobierno, no fue capaz de frenar el avance de los rebeldes. A la revolución social que se originaba sin un poder político capaz de sustentarla, habría que añadir los graves problemas económicos en los que se vio envuelta la República, ya que los bienes de

consumo perdieron demanda. La obtención de materias primas se hizo dificultosa y los alimentos básicos, como trigo, patatas o azúcar, empezaron a escasear, con lo que se hacía indispensable contactar con el comercio exterior. Pero, al contrario de lo que pasó con los rebeldes, la República tuvo dificultades inicialmente para obtener créditos y armas en el mercado internacional.

Posteriormente, recibirían envíos de la Unión Soviética contra el pago en oro y también contarían con el suministro de 40.000 extranjeros, en su mayor parte a través de las Brigadas Internacionales y con el apoyo del Gobierno de la República Francesa, que suministraron unos 70 aviones. Más tarde, los franceses propusieron un pacto de no intervención y Francia cerró su frontera al tráfico militar, quedando el Gobierno imposibilitado para comprar armas en el extranjero, a pesar del derecho que le otorgaba la ley internacional (Fraser, 1979 Tomo I).

A partir del otoño de 1936, la zona que se mantuvo leal a la República vio la necesidad de unir sus fuerzas para hacer frente al enemigo invasor. Así, aparecía un pueblo que se unía para la lucha, un pueblo antifascista, que dejaba las diferencias y enfrentamientos entre las distintas organizaciones, para poder poner resistencia a la sublevación militar fascista, que para los comunistas significaba “una coalición de Ejército, Iglesia y Guardia Civil como fuerzas represoras del pueblo y de gran capital y grandes terratenientes como fuerzas explotadoras del trabajador”. Cuando los rebeldes contaron con la colaboración de la aviación alemana y con los ejércitos italianos, se convirtió en lucha frente al invasor extranjero y a favor de la independencia de la nación.

La muerte de campesinos pasó a convertirse en la prueba de restablecimiento del orden y la edificación de un nuevo poder para unos y la muerte de curas significaba la revolución y el resquebrajamiento de todo poder para otros. Pero, mientras que en la zona sublevada, los asesinatos se llevaban a cabo por decisiones de mandos militares o de sus aliados civiles, como podrían ser facciones de carlistas, de monárquicos, de tradicionalistas, de católicos y de fascistas en aras de edificar una dictadura militar, un poder totalitario, único y

muy apiñado, cobijado por la Iglesia católica como institución que le otorgaba legitimidad y de Falange como único partido, en la parte leal, los asesinatos fueron llevados a cabo como consecuencia del resquebrajamiento del Estado, de la pérdida de normas y de una revolución social que se llevó a cabo por medio de “dos grandes sindicatos incapaces de constituirse como segundo poder” y que produjo una dispersión de poderes repartidos en comités locales y con escasa maniobra de organización a niveles superiores. Es decir, por una parte, una porción de militares dispuestos a ejercer la disciplina mediante una represión fría e indiscriminada y por otra parte, dos sindicatos obreros sin capacidad de poder controlar las acciones de grupos surgidos de forma espontánea.

En los primeros momentos en los que el ejército sublevado avanzaba y ganaba posiciones frente a territorios defendidos por milicianos, la violencia se hizo manifiesta por medio del método de “degüello, paseos, tiros en la sien a la vera de los caminos”. Posteriormente, se unirían tanto los clérigos como los fascistas, en busca de la senda purificadora. En la zona republicana, por el contrario, los grandes asesinatos se produjeron como consecuencia de la fractura del Estado y fueron disminuyendo al tiempo que el Estado se iba reconstruyendo. Sin embargo, desde julio de 1936 hasta los meses iniciales de 1937, “haber mostrado simpatías por la derecha, ser católico o propietario de un negocio, vestir bien, llevar sombrero”, se convirtió en un peligro real para morir y del que nadie estaba seguro (Juliá, 1999 : 23-27).

Julián Casanova (1999 : 86, 92-107) matiza que la represión por parte de los rebeldes tuvo en su inicio un carácter selectivo y se cebó, principalmente, en las autoridades políticas, gobernadores civiles y alcaldes y de forma especial, en los diputados que fueron elegidos por la coalición del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, en dirigentes políticos y sindicales, en personas ilustres republicanas e intelectuales, en profesionales y pequeños industriales y por extensión, en sus familiares. Entre los fervientes deseos de los sublevados, se encontraba el acabar con el tipo de sociedad y el modelo de libertad que todos ellos defendían y querían llevar a cabo, “marcada por el anticlericalismo, el republicanismo, el radicalismo democrático y, en algunos casos, el

mesianismo hacia las clases trabajadoras”. En aquella página de horror se vieron afectadas las clases medias y entre ellas, también redactores de periódicos republicanos, médicos, maestros y secretarios de ayuntamientos.

En el período analizado, no faltaron los ajustes de cuentas y las venganzas por reivindicaciones obreras, aspiraciones sociales o reforma agraria, acompañaron a una gran parte de las víctimas. En el ámbito rural y de forma alarmante, fueron destapados viejos litigios y enfrentamientos familiares que unidos, por una parte, al odio político desatado y por otra parte, al odio de clase, originaron una marea de terror. Fueron muchos los casos en los que, para no dejar la huella del trabajo sucio de los verdugos, los asesinatos se llevaron a cabo fuera de la población de las víctimas, sin que, todavía al día de hoy, sepan sus familiares donde se encuentran sus cuerpos. Pero, en aquel mundo de locura, todo era posible y cualquier sitio era válido para matar o para dejar los cadáveres como, por ejemplo, los ríos o las fosas comunes. Dentro de aquel universo desgarrador, donde todo tenía cabida, tampoco faltaron los casos de personas que estaban consideradas muertas, pero sus gemidos eran escuchados por vecinos durante la madrugada y antes de que el encargado de su enterramiento las rematara cuando llegaba el día; o aquellas otras víctimas que, voluntariamente, eran mal ejecutadas por los pelotones encargados de su fusilamiento.

A Benito Otazua la voz se le entrecortó al comenzar a hablar sobre los peores recuerdos del Batallón de Trabajadores, sobre los que más le marcaron; después hizo una larga pausa y los ojos se le llenaron de lágrimas. Cuando prosiguió, con un tono triste y como sintiéndose consciente de que era un dolor que nunca lo había superado, dijo: “es pensar que tenía el padre en la cárcel y la madre estaba aquí sola. Eso fue lo más duro”. Al interesarme por el argumento de la detención de su padre, su respuesta fue clara, directa y rotunda: “porque fue alcalde, porque era el alcalde de aquí” y refiriéndose a él mismo, prosiguió: “y yo, por ser el hijo”. Esta afirmación estaba sustentada y podía hacerla, en base al acceso que tenía a los documentos cuando estaba trabajando en la oficina y pudo ver que, en su expediente, “se hablaba más de mi padre que de mí; porque, de mí ¿cómo iban a hablar políticamente?, si yo,

no...". Es decir, el castigo no mantenía únicamente su carácter de individualidad sino que su dominio era capaz de implicar a otros miembros e inclusive, a la familia entera. Además, las variaciones sociales que obligaron a muchas mujeres a ocuparse de las tareas hasta entonces desarrolladas por el mundo masculino, condenaron a la comunidad a todo tipo de penurias, incluso hasta a hacer peligrar su subsistencia.

Benito relacionaba este hecho con otro que aconteció, precisamente estando su padre de alcalde y que conllevó el que los chicos del batzoki, armados con un fusil, le protegieran a un individuo de derechas que había llegado de Bilbao, buscando cobijo en un momento de la guerra, porque tenía miedo de que le matasen. A este hombre le tuvieron guardado en un caserío, hasta que un buen día desapareció y no volvieron a saber nada más de él. "Ahí estuvo guardado, estando nosotros, pero luego no se acordó, no se acordó para nada". Su padre no tuvo a nadie que le echara una mano y acreditara su inocencia y permaneció preso durante tres años¹².

En este caso, la condición de víctima de Benito es triple, cuádruple o infinita, producida por un sentimiento que quedó grabado en su memoria, sin fecha de caducidad. Le dolía el apresamiento injusto de su padre, la soledad de su madre con sus tres hijos pequeños y su propia privación de libertad por extensión, es decir, por ser el hijo de su padre; pero también sufrieron violencia por extensión y merecen una consideración especial, aunque no padecieran directamente la violencia, aquellos familiares y amigos que la sintieron. Quizá a ellos se refiera también la caracterización de continuo, que se mencionaba anteriormente. Esto es, la violencia se traspasa de un actor social a otro, de una generación a otra y de un espacio social a otro. Esas víctimas se sintieron totalmente dolidas, desprotegidas y en muchísimos casos impotentes ante el alejamiento de sus personas queridas.

¹² Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

Elías Díez Aguirregoitia¹³, también pasaría a engrosar la lista de los componentes del Batallón de Trabajadores número 15, por el simple hecho de haber pertenecido a la Ertzaña, en calidad de sargento. Paradójicamente y como es bien conocido, la policía vasca se ocupó escrupulosamente de velar en todo momento por la seguridad pública y por el mantenimiento de la paz. Tanto es así que, no faltaron casos de personas a las que tuvo ocasión de ayudar y así lo hizo durante la guerra y que más tarde, cuando ésta hubo terminado y en correspondencia a este recuerdo, se portaron con él, de la misma manera¹⁴.

En esta página de represión y sufrimiento, también merece una mención especial el caso de mujeres que se vieron de forma dramáticamente afectadas, para las que no faltaron las humillaciones, cortes de pelo, acoso sexual, toma de aceite de ricino, prohibición de expresar el dolor que padecían a través del uso de ropa de luto, u obligadas a manifestar a los asesinos, el lugar donde se encontraban sus familiares ausentes. Hubo una gran proliferación de mujeres viudas, huérfanas, o que perdieron a hermanos y se vieron, además, sometidas a la estigmatización que suponía la vinculación con los considerados rojos muertos. Las torturas y los asesinatos podían producirse, simplemente, por el vínculo familiar con militantes integrados en el Frente Popular o en el sindicalismo considerado revolucionario.

Ésta es una de las vivencias que Jesús Etxarri conserva en su memoria, de entre los muchos recuerdos que mantiene de su estancia de evacuación en Centellas y que está relacionada con la entrada de los nacionales: “Yo iba, como loco, a ver cómo les pelaban el pelo a las mujeres que habían tenido

¹³ Es mi aita. Nació en Sopela, el 31 de julio de 1910 y falleció el 14 de enero de 1997 (Goian bego). Perteneciente al Partido Nacionalista Vasco y como respuesta a la petición hecha por el batzoki a favor del mantenimiento del orden, cuando ya los augurios de la guerra presagiaban su inmediata realidad, formó parte del grupo de voluntarios que se creó en el pueblo. Con el avance de los enemigos y tras su paso por Santoña, permaneció en el Batallón de Trabajadores hasta después de la guerra, realizando diferentes tareas en Asturias, Navarra, Aragón y Levante. Lugares como El Carmelo y la Universidad de Deusto fueron, también, testigos de su condición de prisionero.

¹⁴ Omitiré datos sobre la fecha de recogida de sus testimonios, dado que cada una de las vivencias que expongo en este trabajo y que marcaron su vida, se las he escuchado en numerosas ocasiones; eso sí, siempre sin acritud ni odio, hecho que ha contribuido a que, por mi parte, las entendiera como si se trataran de un cuento más de la infancia.

algún contacto con las tropas rojas; les llevaban a la plaza del pueblo; les sentaban allí en medio y les cortaban el pelo al cero”. La vivencia de aquella situación la compara y la asemeja, con el recuerdo que puede conservar un niño, de un espectáculo de circo¹⁵.

Los encarcelamientos a los que muchas mujeres se vieron sometidas afectaron también, de forma penosa, a muchos de sus hijos, tal y como se recogen en los relatos presentados por Álvarez Fernández (2007 : 16), donde las deficiencias higiénicas, sanitarias y de sensibilidad que se vivían en algunos recintos penitenciarios se hicieron patentes. Las epidemias y enfermedades infantiles hicieron su aparición y ante la falta de cuidados, seis o siete niños morían cada día. Cuando esto se producía y hasta que llegara el momento de enterrarlos, sus madres permanecían haciendo guardia y cuidando aquellos cuerpos inertes, para evitar que fueran presas de las ratas hambrientas que vagabundeaban por allí.

Acuerdos y desacuerdos sobre el clero.

Basándonos en la bibliografía de Sueiro y Díaz Nosty (1986 : 67-88) y por lo que respecta al período que estamos analizando, el apoyo de la Iglesia a los sublevados se hizo notar desde el principio de la contienda, a pesar de que la Iglesia y la religión no fueron elementos a tener en cuenta para justificar el golpe, lo que fomentó que un amplio sector de la población siguiera su ejemplo. Las primeras muestras de apoyo se llevaron a cabo por parte de un gran número de sacerdotes, que mediante homilías manifestaban su posición de ir en contra de los que mostraban su hostilidad a la religión y a Dios, aunque la autoridad eclesiástica no se posicionara explícitamente en el inicio.

Este hecho desencadenó una fuerte persecución religiosa por parte de otro sector de la población y fue entonces cuando la jerarquía se posicionó a favor del bando nacional, condenó a los adversarios y no se cansó de proclamar la persecución, la destrucción de iglesias y la muerte de 6.500 sacerdotes y

¹⁵ Entrevista realizada en su domicilio de Deusto, el 18 de diciembre de 2012.

religiosos, pero en ningún momento se detuvo en reflexionar y considerar las causas. “La Iglesia lloró con exceso a sus muertos, a sus sacerdotes y religiosos, olvidando con frecuencia que, entre 1936 y 1942, perdieron la vida en España cerca de medio millón de ciudadanos”. Pero lo cierto es, que la Iglesia, sin adaptarse a las nuevas necesidades de los tiempos y bajo el manto de las clases más favorecidas, había ido perdiendo, cada vez más, el respaldo del pueblo.

Sin embargo, la persecución religiosa y la quema de iglesias no se vivió de igual manera en todo el territorio español y entre las claras excepciones podemos citar a Cataluña, donde la intervención de la Generalitat evitó una gran parte de esta actuación y al País Vasco, donde numerosos sacerdotes y obispos perseguidos fueron protegidos y recluidos en casas de familias nacionalistas.

Franco, más adelante, se uniría en causa común con la Iglesia, aunque haría caso omiso de los consejos del Vaticano, cuando éstos no se ajustaran a los intereses y fines que perseguía. Así, por ejemplo, la recomendación de reducir el enfrentamiento bélico aprovechando las Fiestas de Navidad, fue correspondida con la ofensiva que se llevó a cabo sobre Cataluña el día 23 de diciembre, es decir, la víspera de Nochebuena. A pesar de todo y además de que Franco se otorgó el privilegio de nombrar los puestos decisorios en materia política del país, se reservó también, tras un debate del que salió victorioso, el derecho de control del nombramiento de obispos.

Cuando me interesé por conocer la opinión de Benito Otazua, sobre si con el paso del tiempo, todo se olvida, todo se perdona o queda algo de rencor, él me contestó sin rodeos: “No, yo no perdono; tienen que pagar; no hay perdón sin pagar” y refiriéndose a las consideraciones y recomendaciones del obispo, prosiguió: “Vd. no estuvo allí, le diría si me viniera el Sr. Blázquez. Yo no perdono, ¡ni soñar! Eso tienen que pagar. No lo pagarán, pero, por mí, tienen que pagar, porque el daño que nos hicieron es enormemente vil”. Volvió nuevamente a su mente el recuerdo más duro y doloroso y su matización de que, no sólo él estaba prisionero, sino que “mi padre estaba en la cárcel

también y mi madre estaba aquí, sola, con los tres pequeños”, con el agravante de que tenían que mandarle dinero a él y a su padre, que por problemas de estómago le llevaban la comida de un restaurante de Astorga. “Que hay que estar allí; hay que estar allí. Es muy fácil decir que hay que perdonar; hermoso el perdón, sí señor”. Su voz denotaba auténtica firmeza y mostraba el mensaje que le transmitiría al Sr. Blázquez: “Vd. no puede hablar de perdón, porque no estuvo allí y es más, su grupo apoyó aquello. Su grupo, la Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica y Romana, apoyó aquel movimiento”. Consideró que sería deseable y esperable un reconocimiento público “de que metieron la pata y que no se puede hacer eso” y enfatizó con fuerza “y mucho menos la Iglesia cristiana, que nosotros éramos cristianos también, pero por lo que se ve, eso se olvida”.

Sin embargo, Benito también afirmó sin ningún tipo de vacilación, que no guardaba absolutamente ninguna sensación de rencor. “Nunca, rencor yo no tengo” y confesó que no haría ningún daño, aunque pudiera, a ninguno de los implicados. Su voz adquirió un fuerte matiz, la fuerza que le daba el convencimiento de lo que sentía y añadió: “ni soñar, ni soñar; quizá, moralmente sería para ellos muchísimo peor que no les hiciésemos nada; sería muchísimo más dañino, para ellos, que para nosotros”¹⁶.

Reflexionando sobre el argumento y el contenido de su mensaje con relación al clero y a la postura de la Iglesia y al idealismo que representaba en aquella época, no hay que olvidar que su palabra y su actuación servían de motivo de escándalo para unos, o de aceptación para otros; es decir, muchas personas fueron víctimas de frustración y otras siguieron encontrando un consuelo. Porque, si bien es verdad que se produjo persecución y muertes de clérigos en la zona republicana, no es menos cierto que la Iglesia apoyó, acompañó y silenció, en numerosas ocasiones, la política de terror llevada a cabo por los sublevados y que fue materializada en nombre de la patria y bajo la bandera de la religión. Una buena parte de la Iglesia se alineó con los protagonistas del golpe militar, elaboró informes y presentó denuncias e hizo oídos sordos a las

¹⁶ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

súplicas de los familiares de presos o desaparecidos que pedían protección y ayuda. También la Iglesia católica fue cómplice de numerosas violaciones de los derechos humanos de sacerdotes, de encarcelamientos, de destierros a otras diócesis del territorio español, de exilios impuestos y encubiertos, de traslados facilitados por sus superiores como medida preventiva para evitar su apresamiento e incluso, de las muertes que se llevaron a cabo de curas que vivían, compartían y se solidarizaban con los sentimientos y los sufrimientos del pueblo. Pero, a pesar de tantas barbaridades cometidas, no ha existido una postura pública de recuerdo o de reconocimiento de la verdad. ¿Ayudaría este reconocimiento a recuperar e intensificar la credibilidad y la confianza en la Iglesia?

Por otra parte, también me reitero en la idea de que la religión tenía una gran importancia para el pueblo vasco en general y para los miembros del nacionalismo en particular, ya que, entre los fundamentos ideológicos del fundador del Partido Nacionalista Vasco, se encontraba el integrismo religioso católico, cuyo lema era Jaungoikoa eta lege zaharrak - Dios y leyes viejas. Es decir, euskaldun fededun - ser vasco es ser creyente, estaba tradicionalmente unido a esta identidad.

No cabe duda de que en aquel mundo de locura, terror y destrucción, no faltaron las personas que mantuvieron que el fin justificaba los medios, pero tampoco faltaron las que se posicionaron en la idea de que hay medios que pueden llegar a corromper y destruir el fin más querido y justificado. Esta decisión de pensamiento, siempre depende del sentir más profundo de cada conciencia.

Dentro de la clase media, los motivos religiosos y sociales originaron una gran división y la quema y destrucción de iglesias por una parte de los republicanos, produjo un sentimiento negativo, tanto en católicos practicantes como en los que se sentían católicos por el mero hecho de haber sido bautizados (Juliá Díaz, 1996).

A pesar de todo, en 1937 hubo ya algunos obispos españoles que habían mostrado su preocupación por la tendencia totalitaria que el régimen iba mostrando, así como por las consecuencias que se estaban produciendo en el campo sindical. No faltaron voces, como la del Padre Azpiazu, que defendieron con vigor la sindicación horizontal. No obstante, el proyecto vertical de Falange seguiría su curso y la Iglesia dio luz verde a la sindicación vertical con la implantación de la Asesoría Eclesiástica Nacional de Sindicatos y las Asesorías provinciales (Villota Elejalde, 2000 : 390-391).

Las circunstancias condicionan el comportamiento del hombre.

Pero, la guerra como fenómeno social que es, puede evitarse; por lo tanto, se trata de conocer de qué manera interactúan los distintos factores que forman parte del problema, para que un conflicto se transforme en guerra. Entre el punto de agresividad individual y la guerra, hay un extenso campo de intervención, tanto política como social, que es donde las instituciones y los líderes interpretan su rol activo, para manipular impulsos dirigidos al enfrentamiento, que no se producirían si los individuos actuaran de forma aislada. En las guerras predominan la irracionalidad y la destrucción y normalmente, están diseñadas con frialdad y con anterioridad a su inicio. En aras de justificarlas, se mitifica la fuerza, se ensalza el sacrificio y la muerte, - obviamente, no de los planificadores-, se acepta la obediencia sin límite y se crean mecanismos tendentes a fomentar fanatismos y deberes para con la patria, suscitando un odio completo hacia al adversario, hasta negarle su humanidad y de esa manera, poder matarle sin ningún sentido de culpabilidad (Fisas, 1998 : 34).

Así, la aptitud del hombre a reprobar a sus enemigos, convenciéndose de que sus antagonistas no son personas, sino monstruos peligrosos, que inspiran temor y desconfianza y, a los que hay que eliminar, es un arma peligrosa que se fomenta en la contienda bélica. Para incrementar esta postura, los dirigentes suelen establecer leyes de no fraternización y de suprimir la compasión, con el fin de que no se interiorice el sentimiento de que los enemigos son hombres

con los mismos problemas y necesidades y les convierte en asesinos impasibles. Sin embargo, la tendencia del hombre al contacto pacífico con los demás, el establecimiento de vínculos con el prójimo es tan fuerte, que siempre existe el “peligro” de que dos grupos enfrentados establezcan amistad, si están situados a una distancia relativamente pequeña, durante mucho tiempo. Esto es también lo que ocurrió durante la Primera Guerra Mundial; las trincheras del frente occidental se encontraban tan cerca, que los franceses y los alemanes en los meses de tranquilidad, no pudieron pasar por alto las cualidades humanas del contrario y el hecho de que el del otro lado tuviera hambre y sintiera las mismas miserias y calamidades, se convirtió en motivo de desmoralización en las tropas. Así, el reconocimiento de que los demás también eran personas, reducía el ánimo combativo y aumentaba la tendencia a crear vínculos de unión y solidaridad. La muerte de los semejantes crea tensión (Eibl-Eibesfeldt, 1987 : 98-100).

También José Mari Otsoa de Txintxetru, recordando la negociación que ya en el mes de julio estaba llevando a cabo Juan Ajuriaguerra con los italianos, hizo la siguiente puntualización: “En El Pontarrón, entre Guriezo y Santander, hoy hay un puente grande, pero entonces era un puente estrechito. En un lado estaba el Batallón Larrazabal, de gudaris y en el otro lado estaban los italianos”, así que era una imagen habitual el que estuvieran “charlando, días y días y el que se repartieran comida”¹⁷.

En otras palabras, era como si los combatientes precisaran demostrar que no todo era rencor y crueldad en aquel mundo de destrucción; que además del sufrimiento que les embargaba eran capaces de dar y recibir muestras de estímulo; que el colorido de la vida normal podía encontrar un refugio entre ellos; que la confianza en el contrario adquiría una nueva dimensión; que la voluntad de vivir, podía compartirse; que un hombre necesita la mano de otro hombre...

¹⁷ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

Dentro de la *violencia política* que tiene su contrapartida en la *violencia cotidiana* y en medio de tanta violencia y sufrimiento que conlleva la falta de respeto a los derechos humanos, puede aflorar otro sentimiento que deja al descubierto la ambivalencia del ser humano y la complejidad de su alma. Esta ambivalencia en las actuaciones del ser humano podemos enlazarla, también, con el ejemplo entresacado de la bibliografía de Levi (1989 : 32-60) y que se refiere a la violencia sufrida en los campos de concentración nazis de Auschwitz durante la Segunda Guerra Mundial.

Como se visualiza a través de las memorias de Auschwitz, muchos robaban el pan de sus compañeros, sin pensar si por ello podrían morir de hambre o se apropiaban de sus zapatos, sin importarles si los pies destrozados y no válidos para el trabajo, les conducirían al crematorio. Pero, también se formaban grupos de ayuda o se compartía en una cena la comida que había sido robada. Lo mismo se encontraban mujeres pobres e incultas con gran arte para robar que daban pruebas de auténtica generosidad como mujeres cultivadas, cuya moral había sido intachable, pretendiendo robar en perjuicio de sus compañeras.

Posicionándonos con Levi y esto es aplicable a la época y a la situación que estamos analizando a través de este trabajo, “es difícil defenderse de un ataque para el cual no se está preparado” y conviene no olvidar que la mayor parte de los contrincantes eran civiles considerados enemigos por el solo hecho de no ajustarse al tipo de sociedad que unos u otros pretendían construir.

A pesar de señalar, sin ningún lugar a dudas, el carácter de víctimas de los judíos apresados en los Lager, dignos y merecedores de compasión y de justicia, Levi plantea la enorme crueldad de la experiencia vivida en el interior de los campos de concentración, donde ni siquiera la conciencia de muchos de los prisioneros pudo pasar la prueba de la inocencia. La zona gris es aquella en la cual se reconoce al hombre como un ser contingente, es la ambigüedad, el entorno donde la demarcación entre lo bueno y lo malo se diluye y donde la

complejidad humana con sus aportaciones ante determinadas circunstancias sobrepasa todo aparato intelectual de análisis.

Francisco Alonso hacía un balance de las relaciones personales y del comportamiento de los componentes del batallón de la guerra y no dejaba de reconocer y mostrar la ambigüedad que caracteriza al ser humano, poniendo al descubierto que, “también había mucho granuja; había quien te robaba”. Como base de argumentación a esta afirmación, mencionaba la experiencia de un compañero de la fábrica que no tenía ningún reparo en contar que, cuando estaba en la guerra y designado en la cocina del batallón junto a otros miembros más, introducían seis botes de leche condensada para tomar el café, pero uno llegaba vacío. Es decir, “sacábamos seis botes y todos veían seis botes, pero uno estaba vacío”. A Francisco, la reflexión de esa actuación le llevaba a la conclusión de que, además de pasarse de listo, “eso era, robar a un compañero”. Ese tipo de comportamiento, por otra parte y según su testimonio, no podía interpretarse como un caso aislado porque, “con el pan, pasaba igual; si te descuidabas, te robaban el pan para casa. Había mucha escoria, también allí”.

Al mismo tiempo, también mostraba un sincero agradecimiento al pueblo de Vidángoz, en el Valle del Roncal, donde permaneció durante su estancia en el Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores y reconocía el excelente comportamiento de sus habitantes a los que, sin duda, se les molestó debido a la difícil situación. “La gente tuvo que aguantar cositas, pero, ¡qué se va a hacer!, ¿no?” Además, no sólo soportaron los perjuicios que pudieron ocasionarles, sino que contaron con su ayuda y colaboración. Relataba las intensas nevadas de los inviernos de aquella zona de Navarra, que forzaban a los hombres a bajar hasta el verano con los rebaños de ovejas a la ribera y obligaban a quedarse solas a las mujeres “y nosotros íbamos a casa de una señora, que se llamaba Felipa, más buena, más buena...”. Dentro de su cooperación, cuando les mandaban de casa, arroz, leche condensada o

querían comer unas alubias, ella se encargaba de su preparación; “nos ayudaba mucho ella”¹⁸.

Una guerra larga y sin negociaciones.

El 19 de junio de 1937, los sublevados entraron y tomaron Bilbao y pusieron toda la industria bajo control militar. Así, disponían de una base industrial y minera, con una producción asegurada. Pudieron realizar exportaciones y conseguir cantidades de divisas extranjeras y hacerse con más material de guerra. Santander sería capturada en el mes de agosto y posteriormente las fuerzas asturianas empezarían a resquebrajarse y el 21 de octubre, el Ejército nacional tomó Gijón. La violencia y los fusilamientos siguieron produciéndose y muchos hombres se lanzaron al monte buscando una defensiva y tratando de sobrevivir. Cuando finalizó la guerra, el régimen intentó destruir las guerrillas mediante ataques directos y por medio de represalias contra los civiles que les prestaban ayuda. Ante la derrota de la guerra, muchos guerrilleros optaron por entregarse.

Al hilo de esta afirmación, se considera oportuno presentar el siguiente testimonio:

Francisco Alonso, también tuvo relación con la localidad de Karrantza a través del mundo laboral. La contienda ya había finalizado, pero los perdedores de la guerra tenían serias dificultades para encontrar trabajo, al contrario de lo que pasaba con las cuadrillas de excombatientes ganadores que llegaban y que a través del sindicato, no tenían ningún problema para ingresar, por ejemplo, en la Naval, en Altos Hornos, en Aurrera o en Euskalduna. Así que su familia, que durante la guerra había prestado ayuda a un individuo que tenía un hermano preso no dudó, más tarde, en solicitarle el apoyo necesario para que él pudiera hacerse con un trabajo. De esta manera y a través de un conocido, prestó sus servicios durante una temporada en Altos Hornos, donde ganaba 10 pesetas al día.

¹⁸ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

Más tarde, le ofrecieron y aceptó un puesto de listero y de almacenero en la cantera de Karrantza y fue entonces cuando le conoció a Ana, su esposa. Después, se casaron y en aquella hermosa casa que les prepararon, en la que en la planta baja estaba la oficina, iban creciendo también sus dos hijos. Permaneció desempeñando su labor en la cantera, unos 20 años, hasta que ésta hizo quiebra y nuevamente tuvo que pedir que le echaran una mano para encontrar otro puesto.

Francisco guardaba una vivencia particular de su época de trabajador, en calidad de listero y almacenero, en la cantera de Karrantza:

Como es conocido, el régimen impuesto como resultado de la guerra, de ninguna manera fue admitido ni aceptado por todos y no faltaron las esperanzas y los intentos fallidos por derribarlo. Francisco recordaba un día de julio de 1945, en el que a las 11 de la noche estaba haciendo unas nóminas en la planta baja, cuando llamaron a la puerta dos hombres con metralleta en mano, mientras otro permanecía en la mitad de la carretera con un fusil. La respuesta inesperada a la pregunta de qué deseaban, mientras suponía que serían guardas de río o similar, le dejó totalmente sorprendido: “Venimos a llevar la munición que tienen aquí”. Se identificaron como miembros de la “Unión Nacional Republicana; yo no había oído nunca eso”, a la vez que expusieron que su misión era derribar al régimen. “Pero, si no hemos podido con un ejército, más o menos grande, ¿cómo vais a poder con dos metralletas y un fusil? ¿De dónde procedéis vosotros? “Del Penal de Santoña. La noche que sacaron del Penal de Santoña para ser fusiladas, decenas y decenas de personas, la mayoría vascos, por los gritos de los presos, con las voces, el nerviosismo de la Guardia Civil y todas aquellas cosas raras, por el canal de saneamiento escapamos al mar; del mar fuimos al monte y del monte ya a Francia; nos dieron ropa, calzado, armas, dinero y otra vez a España, a seguir haciendo la guerra por nuestra cuenta”.

Él les llevó al almacén general. “Ahí tenéis todo lo que hay. Se llevaron como 30 kgs. de dinamita, una caja de fulminantes, pistones y todo el rollo de

mecha". Al día siguiente, recibió la visita de un grupo de entre 15 y 20 miembros de la Guardia Civil, que portaban una máquina de escribir y que "fueron muy correctos", al contrario del comportamiento manifestado por los 5 policías secretas mandados por un comisario, de quienes tuvo que soportar todo tipo de insultos, a la vez que escuchaba, "tú tienes complicidad con ellos; tú tienes que saber quiénes eran" "y yo, como ya estaba capeado, era perro viejo, callaba" pero, mentalmente les iba dedicando los mismos insultos que ellos le prodigaban¹⁹.

Con la caída del Norte, en octubre de 1937, los sublevados contarían y se harían con el carbón de las minas asturianas, con lo que las necesidades de financiación de la guerra se verían favorecidas, además de por las medidas de inflación adoptadas, por la búsqueda de crédito internacional y por la generación de divisas mediante el comercio exterior. Alemania e Italia facilitarían a Franco el suministro de armas y hombres y tampoco sería despreciable la ayuda portuguesa y las relaciones comerciales con Gran Bretaña y Estados Unidos.

El invierno de 1937-1938 fue durísimo en Aragón, pero la moral de la zona republicana se elevó tras la conquista de Teruel. Posteriormente se llevó a cabo su reconquista y el ejército nacional siguió avanzando. En abril de 1938, ya había llegado al Mediterráneo, se había hecho con el Aragón republicano y con una parte de la provincia de Lérida y se dispuso a proseguir hasta el centro de Cataluña. El fuerte cansancio y el hambre iban mermando las fuerzas de una parte de la sociedad, para seguir en el combate. Otra, sin embargo, apostaría por continuar con la guerra y mostrar fortaleza de cara a una negociación. La contienda duro un año más, con tensiones importantes dentro del Gobierno.

Los bombardeos aéreos sobre Barcelona fueron muy fuertes, a partir de la tarde del 16 de marzo, produciéndose muertos, heridos y la destrucción de más de 750 casas. La gente huía, a pesar del frío y de tener que dormir en las

¹⁹ Se adjunta el anexo número 1 que hace referencia a este hecho. Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

montañas. No faltaron las protestas de personas de derecha ante este tipo de actuaciones.

El segundo invierno de la guerra, también en Madrid fue muy agotador y penoso. Los alimentos escaseaban y la población había aumentado con los refugiados llegados de las zonas rurales. Las colas para comprar el pan y la leche se iniciaban a las siete de la mañana. Para poder combatir el fuerte frío, no faltó gente que optó por arrancar las puertas y las ventanas para hacer leña para el fuego. Desde el cerro de Garabitas, en la Casa de Campo, los nacionales seguían con sus bombardeos esporádicos. En el barrio de Argüelles, enfrente de la Ciudad Universitaria, pocas casas seguían como antes de la guerra y los niños acudían a las escuelas preparadas en los refugios antiaéreos (Fraser, 1979 Tomo II).

Agustín Eguiazabal Garibi²⁰ conservaba entre los recuerdos de su estancia en la Ciudad Universitaria, dentro de su permanencia en el Batallón de Trabajadores, la imagen de un hombre que le impactó. Era al segundo día de haber terminado la guerra, mientras estaban trabajando a la entrada de una calle “en un parapeto de más de tres metros, hecho de cemento armado,

²⁰ Nació en Donostia, el 28 de agosto de 1916 y murió, tranquilo, tranquilo y sin sufrir, el 14 de febrero de 2008 (Goian bego). Así manifestaba, con una sonrisa, durante la entrevista: “Todo pasó y ahora lo peor tengo que pasar; hay que dejar el mundo. A la muerte no le tengo miedo porque, morir tenemos que morir todos de una forma u otra, pero sí al sufrimiento”. Entregado en la Casa Cuna, en Fraisoro, fue adoptado y trasladado por sus padres adoptivos al caserío que habitaban en Arrona, donde le criaron y le trataron como a un hijo más. La familia estaba compuesta por el matrimonio que había formado un viudo con cinco hijos y una viuda con cuatro hijos y de cuya unión habían nacido otros cuatro hijos más y el motivo de su adopción fue el hecho de dar cumplimiento a la costumbre que existía en los caseríos de, cuando se moría un niño, adoptar otro. Aunque más tarde les conoció a sus padres biológicos, no quiso vivir con ellos y prefirió permanecer con los que siempre le habían demostrado ser sus auténticos padres. Como era habitual dentro del mundo rural de la época, a cambio de no pasar hambre se trabajaba intensamente y los niños prácticamente no iban a la escuela. Agustín, que por su forma de hablar castellano se veía claramente que su idioma materno era el euskara, sólo asistió durante tres meses, donde aprendió a leer y a escribir “algo” y después le pusieron a trabajar en el campo. “De los caseríos, antes no iba nadie a la escuela. Hacer comunión, aprender un poco doctrina; pero yo doctrina poco aprendí”, lo dijo con una sonrisa. Las tareas eran durísimas y el sueldo no existía, por lo que, a los diecisiete años habló con unos tíos que vivían en Donostia y rápidamente le encontraron un trabajo donde permaneció, “hasta que la puñetera vino encima”. Formó parte del Batallón Loiola y como perdedor de la guerra sería incorporado al Batallón de Trabajadores número 76, segunda compañía, permaneciendo en lugares como, Cáceres, Badajoz, Guadalajara, Toledo, Madrid, Palencia... Posteriormente, también engrosaría la lista de los destinados a Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores. Se adjunta el anexo número 2, con el detalle de fechas de permanencia en ambos batallones.

cuando vino un caballero, bien vestido, de corbata”; era la imagen de un hombre que parecía dirigirse sin rumbo, sin ilusión, sin futuro, sin esperanza y les dijo: “compañeros, ya sé, ya sé quiénes sois. Hemos perdido todo. Voy a algún sitio, no sé...”. Ellos, sin embargo, sí sabían lo que tenían que hacer. “Abrimos el camino y mientras estábamos trabajando, escuchábamos “unión de hijos de puta, unión de hijos de puta...”²¹. Pero, estas humillaciones verbales no fueron casuales, sino que palabras como, “asesinos o comunistas” se escuchaban con frecuencia y principalmente, “cuando se producía el cambio de batallones, entre los que iban al frente y los que salían del frente a descansar... Nos trataban como a animales”. Una vez realizada la tarea encomendada y a las órdenes de un coronel, procedieron a hacer el correspondiente recorrido, calle por calle, con un camión. “Si había un taller que estaba cerrado, tirar la puerta y toda la maquinaria, al Puente Toledo, donde había un gran almacén. Luego, los pisos. Subíamos a esas casas elegantes; llamar a la puerta y si no había nadie, tirar la puerta y todos los muebles y todo lo que había de valor... Una vez, en una casa, ya nos costó bajar un piano de esos grandes, ya nos costó bajar. No tenía ascensor; no sabíamos desmontar...Luego, de allí, dicen que se vendía”²². Era el botín de oro que siempre ha existido, es decir, los dueños iban a recuperar sus pertenencias y a pagar dinero por ellas.

Durante el segundo año de la guerra se procedió a la revisión de las normas de la escuela primaria. Basadas en la Religión, Educación patriótica y Educación civil, los maestros de escuela recibieron la siguiente misiva: “Saturad toda enseñanza de espíritu religioso. Inculcad en los niños la doctrina católica social que contienen las encíclicas *Rerum novarum* y *Quadragesimo anno*... Exaltad a la patria en el estudio de la historia. Impregnad la escuela de ambiente patriótico, con canciones populares e himnos patrióticos... Inculcad un concepto austero de la vida, cual es el arte militar. Desarrollad un espíritu de hermandad entre todos los españoles. Mostrad sin falta el retrato del Caudillo en el aula. En

²¹ Según aclaración de su hijo Koldo, que le acompañaba, “UHP hacía alusión a Unión de Hermanos Proletarios, que era uno de los grupos”.

²² Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006. Agustín era un hombre entrañable; la viveza de sus ojos irradiaba positivismo y su sonrisa continua reflejaba la aceptación de una vida, que a la vista de sus testimonios fue muy dura, pero llevada con tranquilidad. El día anterior, según comentó su hijo Koldo, estuvo un poco nervioso pensando en qué le preguntaría e hizo un gran esfuerzo, por expresarse en castellano, de la forma más inteligible posible.

las escuelas para niñas cread un ambiente muy femenino, empleando las labores apropiadas para el hogar..." (Fraser, 1979 Tomo II : 242-243).

Paul Preston (1986 : 157, 165-166) se posiciona y dice que, "Franco dirigió una lenta guerra de desgaste, facilitando de ese modo una eliminación total de sus enemigos desde la retaguardia. Aún más, utilizó la lentitud de la campaña para lograr la supremacía política sobre sus rivales más sobresalientes. Su estilo militar, más propio de una guerra colonial menor, reflejaba tanto sus anteriores experiencias en el Marruecos español como un profundo desprecio hacia la clase trabajadora española" y en los años cuarenta su poder se sustentó sobre el peldaño del terror y la vida diaria de los que se le oponían se vio envuelta en un sinfín de denuncias, arrestos, presiones, torturas, ejecuciones y cualquier medio que se creyera necesario. "La magnitud de la represión, con más de un millón de prisioneros en cárceles y campos de trabajo y más de doscientas mil ejecuciones, sirvió de lección durante décadas".

El Ejército liderado por Franco superó los porcentajes normales del conservadurismo militar por la manera en la que se gestó, en una guerra larga y dura en contra del comunismo, del socialismo, del liberalismo y de la democracia parlamentaria. Como consecuencia de la guerra, unos 5.000 oficiales con ideas liberales o de izquierdas del Ejército español anteriores a 1936, murieron, sufrieron encarcelamientos o se vieron obligados a optar por el exilio, a la vez que, alrededor de 11.000 ultraderechistas, entre los que se encontraban falangistas y carlistas, formaron parte del Ejército en calidad de "alféreces provisionales". Así, el componente militar estuvo involucrado en la gobernación del país, poniendo a disposición, a modo de ejemplo, "cuarenta de los 120 ministros del dictador. En particular, el Ejército estuvo implicado en las tareas represivas de la dictadura, y más por cuanto no hubo conflictos exteriores que ocuparan su atención".

Alegría ante la liberación, expresiones de frustración y privación de libertades civiles.

La caída de Cataluña desmoralizó a la zona republicana. En Madrid, febrero se presentaba frío y el ejército republicano no disponía de ropas adecuadas para poder soportarlo ni contaba con aviones y artillería para continuar con la resistencia; la población ya no presentaba la misma movilización en la retaguardia de 1936 y se encontraba al borde de la inanición. Sin ayuda toda esperanza de ganar la guerra parecía imposible, a pesar de que muchos seguían en la creencia de que la anunciada Segunda Guerra Mundial podría producir cambios importantes. Los comunistas seguían invitando a la resistencia a la población civil. Mundo Obrero escribía: "Unidos empezamos la lucha, unidos debemos continuar hasta el final". "Preparaos para la resistencia victoriosa"... .

A finales de febrero, Francia e Inglaterra habían mostrado su reconocimiento al régimen de Franco y se conocía la dimisión de Azaña, como presidente de la República. Ambos hechos provocaron un fuerte desaliento en la sangrante población republicana. A todo esto habría que añadir la profunda crispación y confrontación vivida entre aquellos partidarios deseosos de poner fin a la guerra y los que pensaban que debía proseguir. En medio de tanta confusión, en el mes de marzo, el Gobierno y los líderes comunistas se propusieron abandonar España.

Desde el 12 de marzo y durante dos semanas, el Consejo de Defensa trató de negociar la paz con el régimen de Burgos e intentó posibilitar la evacuación de los que quisieran, aunque a la vista de la inminente derrota de la guerra y de la postura inflexible mostrada por Franco durante la misma, la obtención de concesiones no parecía una tarea factible y la rendición sin condiciones era segura. Aunque en Madrid, los libertarios apoyaban una política de resistencia hasta el final, el Consejo de Defensa mostraba su voto en contra y el acuerdo de izar bandera blanca. El 28 de marzo el Ejército sucumbió y a Madrid le llegó el fin.

Tras la rendición de Madrid, el 1 de abril de 1939, el parte oficial del general Franco comunicaba la derrota del ejército republicano, el final de la guerra y su control sobre todo el país.

“En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. Burgos, 1 de abril de 1939” (Fraser, 1979 Tomo II : 265-295).

Los gritos de alegría de unos ante la liberación, contrastaban con la tristeza de otros soldados que llegaban del frente; gente eufórica saludando con el brazo en alto y camisas azules, se oponía a las expresiones de odio, rabia, frustración y desesperación que se apreciaba en los semblantes de otras personas. Muchos sentían que su mundo interior se desvanecía, el modelo de sociedad que querían conseguir y por el que habían luchado, se venía abajo y la confianza en sí mismos y en los demás se resquebrajaba por momentos. ¡Cuán lejos estaban unos y otros de poder suponer el alcance de la represión, la violencia y el sufrimiento que seguirían a la guerra!

Habían transcurrido tres días desde que la gente esperaba su evacuación en la zona del puerto de Alicante, cuando una ráfaga de ametralladora disparada desde el peñón de Santa Bárbara, les hizo definitivamente darse cuenta de la cruda realidad. Los refugiados tiraron al mar sus pertenencias, incluidas las armas e iniciaron el abandono del puerto hacia la carretera de San Juan. Los prisioneros serían recluidos en un campo de almendros cerca de Alicante y posteriormente colocarían alambradas de espino en lo que sería su prisión.

El 1 de abril de 1939 el conflicto armado cesó (para que el conflicto sea armado tiene que haber 25 muertos, por lo menos), pero la violencia psicológica continuó. No existió una reconciliación y el Estado de Franco se constituyó sin la interconexión social y practicando el poder y la razón del más fuerte, con inclusión de encarcelamientos, campos de concentración, Batallones de Trabajadores y cualquier acto de represión que fuera necesario y todo ello encuadrado dentro de un marco de hacinamiento, hambre, epidemias, falta de higiene y condiciones infrahumanas. Los vencedores desde su supuesto podium de legalidad y postura justificada, dejaron muy clara cuál era la otra España, la roja, los calificados como enemigos de la patria y sometieron a los vencidos y a sus familiares, desposeídos de sus derechos, al silencio, al

desprecio, a la humillación, al ocultamiento de sus ideas, a todo tipo de violencia simbólica y en definitiva, a que el sufrimiento se hiciera crónico.

El dictador no tuvo ningún reparo en imponer su poder dictatorial y “la combinación inimitable de sangre fría, dureza y falta de piedad, que se halla en el centro mismo del éxito de Franco, puede observarse más gráficamente en la extraordinaria sucesión de acontecimientos que marcaron su senda hacia el poder absoluto en España” (Preston, 1986 : 144). Trató de consolidar su legitimidad y poder acudiendo al origen divino de la autoridad política y acuñando monedas en las que se podía ver su imagen y leer su designación de Caudillo de España “por la gracia de Dios”. Así mismo, afirmaría su responsabilidad de rendir cuentas “ante Dios y ante la historia”, pero en ningún momento ante su gobierno o sus gobernados (Aguilar Fernández, 1996 : 74).

La destrucción durante la Guerra Civil en infraestructuras, pérdidas materiales, patrimonio... fueron enormes y la pérdida de vidas humanas, resulta difícil de cuantificar: hubo muertes causadas por campañas militares, por represiones propiciadas por los dos bandos al ocupar las ciudades enemigas, pero también fueron miles las personas que murieron violentamente en la retaguardia, o debido al hambre y a las epidemias. Además de los muertos que se produjeron durante la guerra, habría de añadirse los miles que se originaron y que fueron ajusticiados entre los años 1939 y 1942. Tampoco habrá de olvidarse al gran número de vencidos que debieron abandonar el país. Cuando Francia abrió las fronteras para acoger a los refugiados y combatientes huidos, la mayoría fueron internados en campos de concentración.

Según Juliá (1996 : 143) y siguiendo estimaciones de Salas Larrazabal, las bajas directamente producidas por la guerra se calculan en unas 263.500, de las cuales 108.000 habrían sido por ejecuciones y homicidios y 25.500 habrían afectado a combatientes extranjeros. Así pues, 130.000 españoles habrían muerto en acciones de combate. Se añade a esto otros 38.000 muertos como consecuencia de las guerrillas, la represión posterior y la División Azul. Otros historiadores, como Hugh Thomas o Gabriel Jackson (Juliá, 1996 : 143), han

estimado un total de 600.000 muertos, de los cuales, un tercio aproximadamente lo sería como represión originada después de la guerra.

Sea como sea y aunque el número de víctimas causadas por ambos bandos no tiene una cifra definitiva, sí puede afirmarse que la represión franquista originó un número mucho más elevado, ya que según iba ejerciendo su dominio sobre todo el territorio español, iba capturando a todas las personas que eran hostiles a la sublevación, acción que continuó con fuerza, hasta varios años después de la guerra.

Una particularidad a tener en cuenta es que, muchos de los familiares de los vencidos de la guerra han tenido que vivir, durante mucho tiempo, además de con el sufrimiento de la pérdida que provoca la desaparición y muerte de los seres queridos, con el agravante de desconocer con exactitud el lugar donde reposan sus cuerpos. Más tarde, la localización de las fosas, la exhumación de los cadáveres, con lo que unos están a favor y otros en contra, a pesar de que también ha podido incrementar el sufrimiento al reconstruir el horror vivido a partir de sus rastros físicos y la verificación de la identidad de los cuerpos, ha podido suponer además de un vestigio de paz, la asignación de un lugar conocido donde puedan descansar sus restos, un sitio para rezar para los creyentes y un espacio honrado y respetado para todos. Porque, las muertes de aquellas personas no cayeron en el vacío; todo lo que cobijaron en sus vidas, todo lo que hicieron, todo lo que vivieron y todo lo que sufrieron, con valentía y honestidad, sigue guardado para siempre, para que nada se pierda y nadie podrá arrebatarles todo lo que sembraron y dejaron en su caminar por la vida.

El triunfo franquista supuso el retroceso de modernización que había iniciado la Segunda República y los vencedores de la Guerra Civil, que habían comulgado con el espíritu del 18 de julio de 1936 y que agrupó toda la mística antirrepublicana de rebelión, cruzada, misión, reconquista, expulsión y exterminio, sumidos bajo el manto antidemocrático que vivía Europa, se pusieron manos a la obra en la tarea de imponer en España un régimen dictatorial de vocación fascista. Su legitimación ideológica la habían ganado los

franquistas en las urnas, luchando en las trincheras y a través de la conquista con la sangre de sus héroes y mártires que habían caído defendiendo a la Patria, idea que, por otra parte, nunca se cansarían de repetir. Las características ideológico-políticas del régimen de Franco han sido tan difíciles, que se ha llegado a negar su condición de dictadura unipersonal, considerándola algunos especialistas como un autoritarismo, frente a otros que lo entienden como un totalitarismo, tal y como se definió el propio régimen franquista (Reig Tapia y Merino Merchán, 1994 : 295). La fidelidad a Franco, mediante lo que Ernest Gellner (1999) denomina “juramento colectivo”, se llevó a cabo por parte de grupos monárquicos, falangistas, carlistas, etc., que le brindaron sus muestras de apoyo incondicional.

ASÍ SE VIVIÓ

LA GUERRA CIVIL EN EUSKADI

*Euskotarren aberria
Euskadi da¹*

Al analizar las normas éticas naturales, vemos que hay tendencias que pueden resultar inapropiadas para el fin biológico como, por ejemplo, la imposición de la conformidad y la obligación de aceptar. La tendencia humana ha sido siempre el excluir con reacciones de agresividad a los no participantes y a las minorías que se desmarcan y una práctica conocida de los demagogos de todas las épocas ha consistido, en la apelación al “sano sentir de nuestro pueblo” e ignorar que del reconocimiento de una sociedad diferenciada y de igualdad entre personas, nace el sentimiento de superación de la intolerancia (Eibl-Eibesfeldt, 1987 : 93).

En los últimos años del siglo XIX emergieron los nacionalismos en las regiones que tenían lengua propia, que requerían no sólo su reconocimiento y utilización, sino el contar con órganos de gobierno autónomos que les garantizaran el mantenimiento de su identidad y entre las que se encontraban, Galicia, el País Vasco y Cataluña. “Catalanismo, nacionalismo, vasquismo, galleguismo cristalizan en sendos movimientos políticos como una réplica periférica al sistema establecido, que tiene en Madrid su centro nervioso” (Jover Zamora, Gómez-Ferrer y Fusi Aizpurúa, 2001 : 532).

Rasgos diferenciadores de la guerra en Euskadi.

Para el historiador José Antonio Pérez, en Euskadi se dio una particularidad fundamental que confirió a la guerra un elemento o factor que no tenía en el

¹ Euskadi es la patria de los vascos.

resto del Estado español y es que el partido más importante a tenor de los votos, que era el Partido Nacionalista Vasco (PNV), era un partido católico.

Este componente que lo diferenciaba del resto del Estado hizo que, salvo en algunos casos concretos, no hubiera matanzas en la retaguardia durante el período republicano, porque el hecho de contar con un partido católico, confesional, con gente de orden, como se decía antes, hizo que no existiesen esos desmanes que ocurrieron en algunos lugares donde los extremistas, sobre todo de izquierdas, facilitaron ese tipo de abusos.

A pesar de lo dicho, sí se llevó a cabo un hecho que tuvo mucho eco en Bilbao y que se produjo tras un bombardeo de los sublevados sobre la propia villa, el 4 de enero de 1937. Como consecuencia de ese bombardeo, en el que murió gente, un aviator alemán fue derribado y cayó en Bilbao, cerca de Rekalde y fue linchado. A partir de ese linchamiento se produjo un asalto a las prisiones ocupadas por personas de derechas, o lo que podría denominarse personas españolistas, que habían sido capturadas. Tras el asalto, el Gobierno vasco se vio incapaz de controlar a esa masa de gente, en su mayor parte extremistas, movimientos anarquistas que acabaron asesinando a unas doscientas personas.

La incapacidad de impedir este hecho constituyó uno de los mayores traumas para el propio lehendakari Aguirre ya que, según el historiador, el Partido Nacionalista Vasco, que con muchas dudas y probablemente a cambio de que fuera reconocido el Estatuto acabó posicionándose a favor de la República, lo que no estuvo exento de tensiones internas y con el juicio o con las críticas que se le puedan otorgar por otros aspectos como, por ejemplo, por la rendición de Santoña o porque no se volaran las empresas de la margen izquierda, “trató por todos los medios de, algo que parece contradictorio, humanizar la guerra, es decir, probablemente porque tenían también esos sentimientos religiosos y éticos, intentaron que la guerra no fuese más cruel de lo que ya de por sí era”, lo cual originó algún problema.

Pero, bajo su punto de vista, lo que sí se le puede achacar al nacionalismo es la visión que difundió al resto de la sociedad vasca de que la Guerra Civil fue una invasión, una guerra de ocupación de España sobre Euskadi, cuando “tuvo el mismo componente que en el resto de España, es decir, fue una guerra también entre vascos, porque había muchos vascos que eran carlistas o que eran falangistas”. A pesar de que es la imagen que se ha transmitido, a la vista de las fuentes de documentación existentes la concepción de que la guerra y el franquismo fue algo impuesto, considera que no es cierta.

Esa apreciación pudo trasladar la idea al resto de las generaciones, del odio a lo español; “no tanto el odio a la dictadura, que era otra cosa diferente, sino el odio a lo español por extensión”, lo cual entiende que fue un error y tuvo sus consecuencias, principalmente en la propia irrupción de ETA en 1958.

Además de lo expuesto y si volvemos la vista hacia atrás, el odio a lo español también puede situarse tras el trauma que se produjo a finales de la década de los años setenta del siglo diecinueve, primero con la abolición foral y más tarde con la llegada masiva de inmigrantes que vinieron a trabajar a las minas, “que traen otras costumbres; que traen otras formas de relacionarse; que son anticatólicos, no son laicistas, son antieclesiásticos a tope. Es decir, subvierten por así decirlo, el orden establecido, la cosmovisión que ha tenido el nacionalismo hasta esos momentos”, la idea de que ésta había sido una tierra feliz, donde todos vivían muy bien, idea que por otra parte tampoco era totalmente cierta y donde personas que llegaban de otros lugares pretendían cambiarlo todo, lo que hizo que se generase un odio al maqueto, al que venía de fuera. Aunque, también es cierto, tal y como se recoge en los textos y es algo que tampoco debe olvidarse, que dentro de los que llegaron de fuera y sobre todo de quienes defendieron a esas personas, que fueron los socialistas, se inculcó “un odio al nacionalismo”.

Pero, en su opinión, sí hay algo que hizo el franquismo a partir de la derrota de la guerra; que todo eso que, prácticamente era una teoría, adquiriese carta de naturaleza con la entrada de las tropas. Es decir, si la calle Navarra se llama Navarra es porque, por esa calle entraron en Bilbao, en el año treinta y siete,

las IV Brigadas de Navarra, que llegaban cantando en euskara, con la boina roja y el cordón de los carlistas. Esa entrada, la abolición de las instituciones vascas, desde la autonomía, al Gobierno vasco, a las Diputaciones forales, etc., creó la imagen verdadera de invasión.

Más tarde, tanto las fuerzas republicanas como el Gobierno vasco confiaban en que el final de la Guerra Mundial que había acabado con Hitler y con Mussolini, también provocaría la caída del dictador, pero Franco, muy hábilmente, se supo reinventar a partir del año cuarenta y tres. Así y aunque había proporcionado tropas a los alemanes para luchar frente a los rusos, dio un giro a su discurso y en los últimos dos años de la guerra, cuando se evidenciaba que los nazis no iban a ganarla, se presentó ante los americanos como el anticomunista; no como un aliado de los nazis, no como el filo nazi, sino como un aliado de Occidente contra el comunismo. Por otra parte y una vez terminada la guerra, a Estados Unidos también le interesó tener en una situación tan estratégica y tan bien situada como era España, a un régimen que ellos no denominaban totalitario sino autoritario y que sirviera, por así decirlo, contra el comunismo.

El hecho de que se desvanecieran las esperanzas de acabar con el franquismo provocó una seria crisis dentro del nacionalismo, dentro del Gobierno vasco y dentro del Gobierno republicano en el exilio y podría vincularse también el amplio período que sufrió el nacionalismo, una vez abolidas las instituciones y perseguida la identidad, el idioma, las banderas y los símbolos. De esa crisis y de la que unos pocos años más tarde provocaría la segunda industrialización, la de los años cincuenta y sesenta, es desde donde podría entenderse la irrupción de una fuerza como ETA que vivió de aquel trauma de Sabino Arana, pero que también vivió de lo que se estaba produciendo a nivel internacional en aquellos momentos, esto es, de las luchas anticoloniales en Argelia, en Vietnam, en Cuba, es decir, de todos los grupos de liberación nacional que atrajeron mucho a la gente joven. Algunos libros como, por ejemplo, Vasconia, de Federico Krutwig, en el año 1963, introdujeron un nuevo elemento de llamada a la revolución y a la lucha popular. “La reacción de ETA no solamente es una reacción contra el franquismo, es una reacción de una generación joven contra lo que entienden como pasividad de sus padres. Es decir, el

nacionalismo tradicional no ha sabido responder frente a esta aversión. Nosotros vamos a saber responder de otra manera”.

Así mismo, uno de los máximos dirigentes del año treinta y siete, Telesforo Monzón, inició su viaje al final de la dictadura desde el nacionalismo moderado del Partido Nacionalista Vasco hasta el radicalismo de Herri Batasuna, “con una máxima fundamental: los gudarís de hoy, del año setenta y luego del año ochenta, son los legítimos herederos de los gudarís del treinta y seis”; este hecho, que partía de una concepción de la historia y fue un elemento que quedó ahí, insufló un podio en generaciones jóvenes que explica por qué todavía mucha gente sigue considerando que “estos terroristas no eran en realidad terroristas, sino que eran gudarís”. Este punto de vista, fundamentado y compartido por muchos historiadores, no pretende en ningún momento que sea entendido como único e indiscutible, tal y como demuestran otras interpretaciones y versiones de los acontecimientos².

Fraser (1979 Tomo I : 262) también manifiesta que, según Juan María Epalza, la vinculación del PNV a la República daba a entender la intención por parte del partido de mantener la ley y el orden en la retaguardia e impedir que la izquierda lo considerara su enemigo. “Hasta la noche antes, *nuestro* verdadero enemigo había sido la izquierda. No porque fuese la izquierda, sino porque era española y, como tal, intransigente. Vacilamos durante dos semanas o más, titubeando sobre si aliarnos con nuestros anteriores enemigos. De haber sido posible, nos habiéramos mantenido neutrales...”. Él creía que la guerra no era cosa de los vascos, sino un problema español, pero cuando los militares invadieron Gipuzkoa al grito de “¡Muera Euskadi!” y asesinaron a nacionalistas vascos, cambió la situación. Así, Epalza, el vicepresidente de los Mendigoxales (el movimiento juvenil del PNV) de Bilbao, formó una milicia para controlar la retaguardia. “Estábamos decididos a impedir las atrocidades, a asegurarnos de que los de izquierdas no asesinaran, robaran ni incendiaran iglesias. Estábamos entre la espada y la pared. Era algo absurdo, trágico: teníamos más

² Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

cosas en común con los carlistas que nos atacaban que con la gente con la que de pronto nos encontramos aliados...”.

La paz sin libertad tampoco es paz.

El político del Partido Nacionalista Vasco, Xabier Arzalluz Antia³, considera que, en general, lo que se vivió en España durante la guerra fue una lucha de clases contra clases, donde el proletario, el trabajador, sobre todo del campo, se mantenía normalmente en el lado republicano, mientras que en Euskadi y, aun dentro de la misma clase, sin obviar situaciones que pudieron producirse en la margen izquierda y entre mineros y demás y salvo, naturalmente, la gente republicana, predominaron los grandes enfrentamientos familiares. Es decir, “éramos de la misma clase, pero estábamos a muerte. Carlistas; falangistas, muy pocos; nosotros, nacionalistas... Allí, también se odiaban, pero era odio de clases; lo de aquí, fue más duro”.

Teniendo en cuenta la gravedad de todas las guerras, Arzalluz le otorga una gran importancia a una guerra civil porque, “como abogado te diría que, los pleitos y las luchas entre hermanos son las más duras y aquí las tuvimos”. Sin olvidar lo que pasó en el Estado español en general, destaca la división de los requetés por un lado y los gudarís por otro; gente, a veces, del mismo pueblo y de las mismas familias; una situación que, además de ser muy dura, dejó una huella para el futuro.

De aquellas marcas que quedaron de la época, recuerda testimonios recogidos de gente mayor con heridas de guerra, personas de a pie de la margen izquierda y que ya han muerto, pero que conocieron, por ejemplo, la actuación de los socialistas en Portugalete, en Santurtzi, etc. y que nunca entendieron que los nacionalistas pudieran relacionarse y entenderse bien con los socialistas, que consideraban que habían sido lo último y que les habían hecho las mil y una, lo que les obligaba a andar, pistola en mano, a unos y a otros. “A mí me contaba Luis Arredondo, que él y su hermano al volver a casa del

³ Nació en Azkoitia, el 24 de agosto de 1932.

trabajo, cuando entraban en su calle iban con la pistola en el bolsillo, hombro con hombro, uno mirando adelante y otro atrás y cuando llegaban al portal de la casa, le daban una patada a la puerta hasta el fondo, para ver que no había nadie allí. Andaban así y no creas que eran paranoias. A su hermano terminaron matándolo, con más o menos diecisiete años. Eso era lo que vivían en determinados ambientes, aquí, en este país, sobre todo en la margen izquierda”.

Le otorga una gran importancia, no sólo a la recuperación de la memoria histórica, sino también a realizar un análisis de los hechos, “para que no terminen imponiendo su propia versión de las cosas”. La gente, sobre todo las personas jóvenes, tienen que saber que fue una guerra en la que hubo un comportamiento determinado dentro de una serie de esquemas; que estos esquemas se mantuvieron en el país durante cuarenta años “y que todavía, hasta cierto punto, se intenta sujetar las cosas”.

Como político, valora la búsqueda de un instrumento o de un camino que sirva para la mejora y para el mantenimiento de la paz, a pesar de que considera que aquí no ha habido paz desde hace mucho tiempo, es decir, aun sin estar siempre en guerra, ha existido una tensión muy fuerte y así lo demuestran las armas que se han seguido encontrando en muchas casas, desde la época de las carlistadas. Desde entonces, no ha habido un Estado de paz, bien porque unos recabaran los fueros o porque los nacionalistas empezaran con el vuelco que les dio Sabino Arana, aunque al final con la misma idea, ya que el lema de las guerras carlistas, *Jaungoikoa eta lege zaharrak*, Sabino lo adoptó y le dio su tono. Entiende, además, que no se trata únicamente de un tema de paz, sino de que la población tenga más o menos satisfechas aquellas necesidades fundamentales, bien sean de hambre o de “exigencias políticas, como las nuestras, sobre todo desde la caída foral”.

La paz es esencial, pero “la paz con hambre política de exigencias determinadas, que tú entiendes fundamentales para tu pueblo, tampoco es paz; paz sin libertad, no es paz. En los países comunistas, ¿no había mucha paz?; eso no es paz; estaban todos pisados”.

Su gran interés y conocimiento de la historia y el recuerdo de los hechos, le dan pie a decir: “no estoy de acuerdo en aceptar la formulación políticamente correcta que nos hace Madrid”. Rechaza totalmente las muertes de ETA, “pero, de ahí a darle la razón al otro, tampoco”. Cree que ETA tiene que terminar; que nos perjudica, pero también conserva muy bien el recuerdo de cuándo nació, cómo nació, por qué nació, quiénes eran y qué había detrás. Vuelve su mirada a su época de estudiante de Derecho en Zaragoza, donde tenía amigos y había personas que pertenecían a la organización. Era gente católica, creyente, con ideas avanzadas, con dinamismo cristiano, que tenía en cuenta además de los fusilamientos y encarcelamientos, el tema del euskara, el que se borrarán de los cementerios las lápidas en este idioma, el que desaparecieran todos los libros, etc.; personas que pensaban que ante una situación como aquella y con la política del PNV, no se llegaba a ninguna parte y que había que empuñar las armas con técnicas nuevas y que se fueron por su cuenta. Más tarde y, como suele ocurrir en este tipo de organizaciones que nacen y evolucionan, han llegado donde han llegado porque, a menudo, son los que se encargan de hacer los cambios, los que adoptan posturas más radicales⁴.

A nivel personal, entre las razones que le impulsaron a decantarse intensamente por el nacionalismo, además del convencimiento a través de lecturas o del estudio y análisis de la historia, del tema foral, etc., como hecho práctico hubo uno que le motivó de manera especial y éste fue: la persecución que se ejercía sobre el euskara, idioma que, por otra parte, se había hablado y se sigue hablando de forma habitual en Azkoitia, en la calle, en casa, en la fábrica... “Me sublevó cuando caí en la cuenta, retrospectivamente, de que muchos éramos euskaldunes; en mi casa, sólo se hablaba euskera; mis padres hablaban mal el castellano y, a pesar de que yo ya sabía leer, nunca había leído un papel en mi lengua; no había conocido un libro en mi lengua; sabía euskera y hablaba bien, porque era lo que habíamos hablado, pero no leía; tenía que leer como un zote de pueblo, palabra por palabra; era una lengua

⁴ El 20 de octubre de 2011, la organización anunció el cese definitivo de la actividad armada, abriéndose con esta comunicación, según la opinión de la autora de este trabajo, un nuevo período de intento de reconciliación, de adaptación y de convivencia y en definitiva, de alegría y de esperanza.

prohibida; eso es lo que me hizo decir: si lo persiguen como lo persiguen, esto no es Euskadi; eso me indignó mucho, siendo universitario y me pareció una opresión muy fuerte, que no entendía cómo podía ser”. Esta imposibilidad de llevar el idioma a todos los ambientes, como corresponde a una lengua, es lo que le autoriza a decir: “no les perdonaré nunca”. Así mismo y a pesar de que hoy en día existe una apertura mayor en la utilización y extensión del idioma, muestra su desconfianza como puede apreciarse a través de sus palabras: “ya os conozco; vosotros, el día que podáis, otra vez lo haréis”.

En sus declaraciones, matiza aún más: “Por eso, entre otras cosas, soy independentista. Mientras estemos bajo la célula de unos, intentarán que seamos como ellos quieren y eso no puede ser. No, no; eso es abuso de poder”. Relaciona este hecho con las técnicas agrícolas que actualmente se utilizan, en la que se pone en una caja cualquier ejemplar, como puede ser una calabaza o un melón cuando es pequeñito y tras utilizar el proceso y el tiempo necesario, se obtiene un melón cúbico. “Y esto es lo que nos hacen; yo no quiero ser un melón cúbico; yo quiero ser un melón, tal como mi naturaleza me lanza a la vida. El día en que los vascos seamos independientes, no nos harán como a las calabazas y a los melones; creceremos como nos parezca a nosotros; no en la forma que tú quieres que yo sea”. No se presta a tener que ser políticamente correcto ni a entrar en el juego de que le digan cómo debe pensar. Como consecuencia de ello, el no aceptar o el no estar totalmente de acuerdo con lo que algunos manifiestan hace que “te confundan con el otro” y significa que “estás con el otro y no es verdad”, pero “son las técnicas que usan”.

Cree que debería haber un camino político que pueda ser un buen contacto entre Euskadi y el Estado español y que lleve a posturas de acercamiento y de posible solución de problemas. “Yo pienso que, cuando se habla de que hay que negociar, ellos saben a lo que vamos nosotros; lo que yo, ya no sé, a qué va el PNV. Yo siempre he tenido claro, que el PNV se ha fundado para crear un Estado vasco; otra cosa serán los tiempos y el cómo. Pero, ahora, que está toda Europa autodeterminándose y está pasando lo que está pasando, yo creía

que era el momento en que también levantáramos el dedo y dijéramos, “nosotros también”⁵.

Las personas de todas las sociedades humanas debieron tener razones suficientes para unirse y combatir por sus intereses y por sus fines colectivos, en contra de aquello impuesto y los movimientos sociales, característicos de la modernidad, como fuerzas creadoras o transformadoras de cambio, bien con el objetivo positivo de introducir nuevos elementos o con el objetivo negativo de detener o evitar procesos no deseados, han tenido especial relevancia en el desarrollo de una sociedad.

Así, los movimientos sociales han mejorado las oportunidades para el contacto y la interacción y con ello han fomentado la elaboración de puntos de vista comunes o la articulación de ideologías compartidas, en busca de reformas o modificaciones, en busca de cambios y movimientos radicales más profundos o en busca de cambios extremos y revolucionarios, con el objetivo de lograr una transformación total de la sociedad y las redes de asociaciones interconectadas han servido de ayuda para acelerar la movilización y el reclutamiento, una vez desarrollada cierta conciencia de su condición y presentada la posible ocasión de escapar de la realidad. Los agentes movilizan sus capacidades, habilidades, necesidades, actitudes o disposiciones potenciales cuando lo consideran conveniente y existen numerosos factores que deciden si realmente actúan o se abstienen de hacerlo, manteniendo latente sus potencialidades.

Txomin Bereciartua argumenta que, al contrario de lo que ocurrió al término de la Segunda Guerra Mundial -que como se ha apuntado anteriormente, hubo personas que apostaron por olvidar las fracturas de la guerra y se decantaron por una Europa unida-, en este país no hubo una visión de largo alcance y tampoco la hay en los momentos actuales. “Y nosotros seguimos repitiendo, mecánicamente encadenados al pasado, planteamientos, comportamientos y

⁵ Entrevista realizada en Bilbao, el 10 de junio de 2008. Mención hecha por la autora de este trabajo, en “Una sensación y un deseo” y publicada en las páginas 20 y 21 del periódico Deia, el 27 de agosto de 2013.

conceptos, explicables quizás en el siglo pasado, pero que ahora ya no sirven. ¡Qué pena!”.

Reflexiona sobre la situación de nuestro pueblo invertebrado, situado en dos Estados por avatares de la historia. Hablamos euskara, también francés y castellano; algunos tienen la visión de una Comunidad Autónoma compuesta por Tres Territorios Históricos, mientras que otros entienden una Euskal Herria en la que entran Lapurdi, Zuberoa y Benabarra, además de la comunidad Navarra; hay quienes defienden que se sienten dentro de España, mientras que otros proclaman la independencia.

La lectura de la situación le lleva a la conclusión de que, es necesario que nos esforcemos por crear una nueva sociedad; que aprendamos a encontrarnos y relacionarnos por encima de nuestras diferencias; que rompamos los actuales moldes políticos, sociales y culturales que nos condicionan y teledirigen y que pasemos a ser conciudadanos amigos y bien relacionados.

“Nos toca abrirnos al entorno geográfico y ser Europa, sin diluir la personalidad, potenciando la riqueza cultural, manteniendo la propia capacidad de decisión en un mundo sin fronteras y unido; es el gran reto” y matiza que, “además, a nuestro país le toca ser un punto clave de Europa como eje del llamado el Arco Atlántico, que va desde Irlanda hasta Portugal y tiene potencialidades de constituir una dinámica área económica y cultural. Es una nueva situación, distinta, estimulante, prometedora, pero también dura, difícil, competitiva y exigente”⁶.

La libertad en la reacción e implicación del ser humano, incluso ante una situación adversa o no elegida, ofrece la alternativa de encarar el problema con menor o mayor intensidad y los ideales y las razones colectivas, las formas en las que se sienten, pueden estar por encima incluso del sufrimiento personal. Los hombres no son sólo objetos de las influencias, sino que son individuos activos que las reproducen con su pensamiento y su acción. “Como quiera que

⁶ Información facilitada por la persona mencionada, el 30 de diciembre de 2012.

una ideología social modifica la estructura psíquica de los hombres, no se reproduce solamente en esos hombres sino que, lo que es más importante, la ideología toma en la forma de ese hombre concretamente modificado, y que actúa de modo modificado y contradictorio, el carácter de una fuerza activa, de un poder material. Así y solamente así se explica el efecto de reacción de la ideología de una sociedad sobre la base social de la que ha surgido” (Reich, 1973 : 29-30).

Una guerra que no tenía sentido.

Una vez que Navarra fue controlada, el General Mola desplegó fuerzas contra Gipuzkoa con el fin de dominar a toda la provincia lo antes posible, con lo que conseguiría el acceso directo al mar, así como el control del paso en la frontera del Bidasoa. Con esa intención, se organizaron tres columnas, una de las cuales se encaminaría por el valle del Bidasoa para conseguir la conquista de Irun, otra avanzaría por los valles del Bidasoa y del Oria para unirse con la columna anterior en el ataque a Donostia y la última, que avanzaría por el valle del Oria, estaría destinada a conseguir el aislamiento de la capital de Gipuzkoa con Bilbao, impidiendo de esta manera el abastecimiento de recursos. Las contiendas fueron muy duras.

Los defensores de Irun debieron enfrentarse a un enemigo numéricamente superior, parte del cual estaba compuesto por profesionales de guerra y preparados con tanquetas, buques de guerra, aviones de bombardeo y con munición abundante. Los republicanos, por su parte, no contaban con tanto despliegue de elementos y eran conscientes de que, además de que las municiones se hallaban al otro lado de la frontera, su recuperación no era posible por el endurecimiento del Gobierno francés, como consecuencia de las medidas de No Intervención que habían sido elaboradas por los Gobiernos de los pueblos democráticos. Los defensores sufrieron un fuerte impacto moral ante la falta de munición y tras una lucha desesperada, Irun pasó a manos del enemigo.

Muchos fueron los habitantes que huyeron hacia Francia o Donostia con enseres como, colchones, elementos de cocina, animales, etc. y tampoco faltaron los cabeza de familia que, tras dejar a los suyos en Francia, volvieron a Irun donde gran parte de ellos perdieron la vida.

Antes de abandonar Irun, los milicianos procedieron a incendiar la ciudad, al parecer, con dos objetivos: con el ánimo de entorpecer el avance de los enemigos y así retrasar su entrada y con el fin de no dejarles un lugar donde pudieran acomodarse e instalar sus dependencias. Durante la noche del 4 al 5 de setiembre, la ciudad de Irun se vio envuelta en llamas y al ruido que provocaban los edificios al caer, se unía el producido por el disparo de las armas cerca del puente internacional. Desde la parte francesa, miles de personas observaban horrorizadas el impresionante y devastador espectáculo que iba dejando el fuego.

A medida que el enemigo iba cumpliendo sus objetivos, la suerte de Donostia parecía clara, lo que no dejó de producir en sus defensores cierto nerviosismo. Temían verse copados por el sur y personas que anteriormente se oponían a la evacuación, planteaban este tema con toques de urgencia. Por su parte, los nacionalistas del PNV se mostraban contrarios a la evacuación y a favor de la resistencia. Finalmente y a pesar de la postura negativa de estos últimos y tras debatir entre las distintas fuerzas se optó por la evacuación, hecho que también se llevó a cabo en otros puntos de Gipuzkoa, para lo que se utilizaron todos los medios disponibles: barcos, trenes, automóviles y camiones. Del aproximadamente sesenta por ciento que optaba por abandonar su territorio, la mayoría lo hacía directamente a Bilbao, por lo que el gobernador civil, Echeverría Novoa, había tomado las medidas oportunas para acoger de sesenta a setenta mil personas, con recursos suficientes para quince días.

Llegado este momento, los nacionalistas optaron por priorizar la entrega de la ciudad sin causar daños materiales y evitando, por todos los medios, que Donostia corriera la misma suerte que Irun. Para dar cumplimiento a este objetivo, permaneció el comisario de Orden Público, Andrés Irujo, acompañado de cien gudarís y las destrucciones registradas, tanto en la ciudad como en los

alrededores, fueron escasas. La caída de Donostia se produciría el 13 de setiembre de 1936 y con ella continuarían los avances y las operaciones pertinentes con el objetivo de tomar Bilbao.

La práctica totalidad de los presos que se encontraban en Donostia fueron conducidos a Bilbao, tras una laboriosa tarea de traslado desde Ondarreta al puerto, debido a la gran crispación existente y a pesar de que unas decenas de ellos fueron asesinados el 4 de enero durante un asalto a las cárceles de Bilbao, su traslado muestra un reconocimiento a los nacionalistas vascos, ya que se trataba de la vida de 1.200 personas que las milicias de izquierda estaban dispuestas a pasar por las armas (Talon, 1988 : 299-321).

Agustín Eguiazabal se encontraba en Donostia cuando comenzó la guerra. “Allí anduvimos un poco con las escopetas y no hicimos nada” y tras la toma de la ciudad, se desplazó de nuevo a Arrona. En la zona de abajo, se encargaban de hacer guardia en la carretera que iba hacia Bilbao y hacia Zumarraga, hasta que la situación se volvió imposible, porque el enemigo estaba encima y optó por emprender el viaje hacia Bilbao. Al llegar a la ciudad, él y otro chico de Andoain, al que conoció en el tren, realizaron los trámites requeridos y consiguieron los pases necesarios. Comieron y cenaron en “Emakume Abertzale”, en la calle Correo y durmieron dos noches en la calle Iturribide, en casa de un médico que tenía “una bandera nacionalista grande puesta en el balcón”. Después, les acomodaron en un cuartel.

Una de las tareas que realizaron y que emplearon dos días para llevarla a cabo fue, la apertura de unas cajas cargadas con municiones que habían llegado por barco, así como la limpieza de los fusiles y su colocación en fila para que los gudarís pudieran cogerlos. Después, les proporcionaron dos ametralladoras y les encomendaron la custodia y descarga de un camión dirigido a Euzko Gudarostea, con la clara consigna de abrir fuego, si alguien intentaba subirse al camión.

Una vez concluida la labor, sin ningún percance, les dieron la opción de integrarse en los batallones de Bizkaia, que se estaban formando en la calle

Iturribide, o pasar a formar parte de los batallones de Gipuzkoa, que se estaban organizando en Gernika y donde podrían encontrarse con personas conocidas. Tras aceptar la segunda opción y cuando estaban a punto de incorporarse al Batallón Saseta, les avisaron que en el Loiola faltaban dos personas para completar la compañía y de esta manera, engrosaron ese batallón. “Allí empezamos; primero, en frente de Elgeta, bajar otra vez a Villarreal...”.

El objetivo de Agustín en la lucha era parar el fascismo y a pesar de que afirmaba, “yo siempre me he caído un poco a la izquierda”, se alistó como voluntario en un batallón nacionalista, para complacer el deseo de sus hermanos de permanecer todos juntos. De esta manera, eran tres los que estaban en el mismo batallón; dos en la misma compañía y el tercero en otra⁷. Este hecho, que a menudo se producía como en este caso, incluso entre hermanos, puede ser un buen ejemplo de la diferencia de ambiente y de ideología que se vivía en Donostia, donde muchos trabajadores eran caldo de cultivo republicano y la que se daba en el mundo rural, donde brotaba el nacionalismo con más intensidad, entre la mayor parte de la población.

Tras el éxito de la toma de Donostia, Mola manifestó su intención de avanzar hacia Bilbao y Santander, pero la tarea no se presentaba fácil. El logro conseguido había supuesto la pérdida de muchos recursos y la posibilidad de recibir ayuda por parte de otros frentes se hacía difícil. Por otro lado, se reconocía el fracaso por el alzamiento militar en las provincias de Bizkaia, Santander y Asturias, a excepción de Oviedo y a ello habría de sumarse la presencia de fuerzas, además de poderosas, muy motivadas y concienciadas políticamente y la propia dureza del terreno de la zona. Ante esta situación, aparecieron aviones lanzando unas octavillas, de color amarillo, firmadas en Valladolid por Mola y dirigidas a Vascos y Montañeses, con el siguiente contenido:

“Conquistados Irún y San Sebastián por mis tropas, inmediatamente voy a dar orden prosigan las operaciones sobre las provincias de Vizcaya y Santander.

⁷ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

En evitación de derramamientos de sangre inocente, os doy un largo plazo para que puedan ser puestos a salvo los no combatientes de ambos sexos, en inteligencia de que nada tienen que temer los ciudadanos que quieran venir a nuestro campo, en donde serán respetados sus vidas y enseres y, además, atendidos. También tendrán igual acogida cuantos rebeldes depongan su actitud entregando las armas. Sólo los que sean responsables de delitos contra el derecho de gentes, devastación y saqueo, tendrán que temer de la Justicia, por mediación de los tribunales competentes; pero nunca de la arbitrariedad ni del terror. Igual práctica se seguirá con los jefes militares que han sido cabezas directoras de la rebelión roja.

“A partir de la una hora del día 25 del corriente, quedo en libertad de acción para proceder contra objetivos tácticos y estratégicos con la violencia que las necesidades militares lo requieran. A partir de esa fecha ningún bombardeo aéreo será anunciado. Para adoptar una decisión se da tiempo suficiente”.

Los rebeldes prosiguieron con sus planes y conquistas y los avances eran tan rápidos, a pesar de la resistencia, que no pocas personas, sin tiempo material para poder huir, cayeron en manos del enemigo o debieron permanecer ocultas y proseguir posteriormente su comprometida y penosa huida a través del monte. La toma de Gipuzkoa, que aunque sólo había durado dos meses fue tremendamente violenta, produjo la alegría de unos y la tristeza de otros y con esta conquista, los nacionales disponían de una provincia con destacados centros industriales y mineros, con gran cantidad de ganado, con un puerto importante, como era Pasaia y con el control de la frontera.

A medida que la línea del frente se iba acercando a Bizkaia, tanto la resistencia como la agresividad de los rebeldes fue en aumento produciéndose, a partir del 29 de setiembre, los contraataques más continuos y duros. Fue por esas fechas cuando los nacionales sufrieron una derrota en Elgeta, contabilizándose gran cantidad de muertos y heridos entre sus componentes. Este hecho produjo, también, gravísimas bajas entre los gubernamentales. Las repercusiones fueron tan duras, que el frente quedó estabilizado allí durante siete meses (Talon, 1988 : 321-326).

La muerte vista de cerca.

José Mari Otsoa de Txintxetru y sus primeras experiencias en la contienda: Eran las fiestas del Carmen de Begoña “y fuimos de chavales, con 18 años, a la romería en la Campa del Muerto”. Al volver, entraron en el batzoki donde se comentaban las últimas noticias de que Franco había ido de Canarias a Melilla, sus preparativos y el paso a la península. Al día siguiente y a la vista de las circunstancias, “bajamos donde el gobernador Novoa a recoger pistolas, porque no había más que pistolas”.

“Del batzoki de Begoña nos apuntamos 36 voluntarios de gudaris y firmamos delante de Jesús Zabala, Presidente de la Junta Municipal, que después fue fusilado en el Dueso”. Cuando llegaron al cuartel ubicado en el Palacio de Bidarte de Deusto, que había sido requisado, se fueron uniendo a ellos otros gudaris que procedían de diferentes batzokis y el comandante Arambarri, de la Guardia Municipal de Bilbao, les enseñó la instrucción. “Yo no había echado ni un tiro de escopeta ni para pájaros”.

Siguiendo con el cometido, el día 22 de setiembre se dirigieron al cuartel de Basurto con el fin de sacar, de unas cajas largas, los famosos fusiles checos que habían llegado por barco. “Esteban Urkiaga, Lauaxeta, que nos conocíamos del Euzkadi, me dijo esta frase: “José Mari, ¡quién nos iba a decir que íbamos a venir a un cuartel español a coger las armas para defender a Euskadi!”. Pero, el destino y las circunstancias dificultaron su camino y después del bombardeo de Gernika y tras haber estado acompañando a un periodista extranjero, a Lauaxeta le hicieron prisionero y posteriormente le fusilaron en Vitoria.

Se compuso el Batallón Sabino Arana, número 1 y el día 24 de setiembre, tras salir del Patronato de Bilbao y desfilar por la Gran Vía, se trasladaron unos a Eibar y otros, entre los que estaba José Mari, se dirigieron hacia Markina, para continuar el camino hasta el monte Zierdamendi. Cuando empezó el combate,

nada más amanecer, los gudarís se encontraban tumbados, sin trincheras ni nada que les protegiera. El resultado de los que perdieron la vida y de los heridos, no se hizo esperar, contabilizándose el 25 de setiembre, seis muertos y siete heridos. A pesar de que él se encontraba entre los heridos, puede decirse que tuvo suerte, o mejor todavía, que volvió a nacer porque, Aurrekoetxea que estaba a su lado le dijo: “José Mari, vete un poco más allá”. Se movió y “él se puso donde había estado yo; una bala, al de unos segundos, le abrió la frente y cayó muerto allá. Estábamos pegados”. A José Mari le entró una bala por el hombro y le salió por la espalda. Se puso de pie y otra bala le hirió en el muslo derecho. “Arruti y Urrutia que estaban detrás me dicen, “¡José Mari!”. Según le comentaron, exclamó en aquel momento: “¡Viva la Virgen de Begoña y gora Euskadi askatuta!”. Consciente de sus creencias y querencias y como si quisiera una vez más ratificarse en ellas, manifestó: “posiblemente dijera eso”.

Después de más o menos un kilómetro de recorrido y echando sangre por cuatro agujeros, llegaron a la carretera donde se encontraba un botiquín de la CNT y dos chicos preparados para curar, aunque contaban con pocos recursos. Más tarde y cuando les bajaron a los heridos a Markina, los médicos les examinaron en el Palacio de Gaitán de Ayala y a José Mari le vieron que la bala le había rozado el pulmón y la columna vertebral y se hacía preciso el traslado a Bilbao.

Al llegar a Berriz tuvieron que esperar porque pasaba la aviación, de acuerdo con la promesa de Mola, de que si el día 25 Bilbao no se rendía, iban a proceder a bombardear. Cuando los aviones se iban alejando de la zona para acercarse a Bilbao, los heridos iban detrás de ellos en su camino hacia el Hospital de Basurto.

Años después, conocieron el lugar donde se encontraban los cuerpos de los que él denominó “nuestros”, gracias a que el que los enterró, que era el propietario del monte y por tanto el encargado de tal misión, siguiendo las obligaciones impuestas por los militares españoles, sabía donde los había colocado. Porque, quizá como una expresión de respeto, de clara sensibilidad

o como medida preventiva para facilitar posteriormente su localización, “donde los enterró, él no plantó pinos; o sea que, en el terreno había un declive y allí estaban, muy bien, los seis nuestros”. Al parecer y más arriba, también había otras víctimas de Barakaldo, pero que José Mari nunca había tenido constancia de ellas. “Pero, de los seis nuestros, años después sacamos los restos y mi hermano José Cruz, que trabajaba de técnico en la Firestone, en la Josefina de Usansolo, hizo una cruz de hierro pequeñita y puso con unas letras GB, Goian beude” (Que en paz descansen). Esta cruz, como una muestra de sentido recuerdo y homenaje, la colocarían los hermanos sobre el hayal donde habían caído los muertos y los heridos.

También el chico del caserío dejaría constancia de que había oído una conversación de un teniente nacional con el General Mola, en la que le decía que habían encontrado lo que no habían visto en todo Gipuzkoa: “unos fusiles nuevos, con unas ametralladoras ligeras nuevas”, que para ellos eran desconocidas. Éste, quizá, pudo ser el motivo por el que recibieron órdenes de no avanzar ni un metro más. “Allí quedó el frente, hasta el 31 de marzo del año siguiente”. Franco atacó por otras partes, pero “el frente de Euskadi quedó parado”, a excepción del día 4 de octubre, que se produjo un fuerte bombardeo en Elgeta. Sería después, el día 31 de marzo del año 37, cuando comenzó la ofensiva vasca sobre Elgeta, Durango, Urkiola etc.⁸.

En Gipuzkoa, poco después de producirse la sublevación, se llevó a cabo la detención de todas las personas que supuestamente se mostraban a favor de los insurrectos. Ante este hecho, los partidarios extremistas se posicionaban a favor de aplicar una política de mano dura que no se detuviera ante la ejecución ni, en determinados casos, ante el paseo. Por su parte, los nacionalistas vascos se manifestaban partidarios de ajustarse a la decisión de los tribunales ordinarios y sólo como último término, aceptaban la pena de muerte. Aun así y cuando llegado el momento las condenas desembocaron en esta pena, mostraron su desagrado. Esta diferencia de opiniones no estuvo exenta de tensiones. Hubo muertes irregulares, pero éstas podrían haber

⁸ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

aumentado de forma importante si se hubiese materializado, aunque en parte así fue, la tesis de responder a cada bombardeo del enemigo con muertes sistemáticas.

En los acontecimientos que se llevaron a cabo en Gipuzkoa, también cabe destacar la participación al servicio de la República, en múltiples acciones, de voluntarios extranjeros llegados de diferentes puntos de Europa a finales de julio. Eran en su mayor parte comunistas, aunque también se encontraban antifascistas sin partido y algún aventurero o mercenario. Teniendo en cuenta la aversión que se les prodigaba en el campo nacional, pocos de los que fueron hechos prisioneros lograron librarse de la ejecución inmediata.

La defensa y los avances continuaban.

Por lo que respecta a Araba, podría argumentarse que después de situar su dominio sobre Vitoria y otros lugares importantes de la provincia, las autoridades militares se ocuparon de controlar la línea con Bizkaia y Gipuzkoa. Los dos bandos eran conscientes de la importancia que significaba tanto Otxandio como Villarreal, localidad ésta en la que se unían dos carreteras, una que procedía de Gipuzkoa y la otra procedente de Bizkaia. Así, pues, hacerse con Villarreal significaba para los sublevados, asegurarle la protección a Vitoria-Gasteiz, mientras que para los gubernamentales, la posibilidad de acabar con el Alzamiento en Araba.

El mes de agosto fue, en general, un período de choques esporádicos y para ambos bandos, Gipuzkoa era un punto especial de atención y reconocimiento de importancia decisoria en el panorama del Norte. Aparte del golpe de mano de los nacionales contra Orduña, sólo cabe reseñar el que se produjo por el bando republicano contra el pantano de Ordunte, sorprendiendo al enemigo y causándole algunas bajas y cogiendo prisioneros a cinco personas. La baja actividad desarrollada en el frente alavés durante el mes de agosto puede achacarse, además de a la poca experiencia y a la hegemonía que ostentaba

Gipuzkoa, a la escasez de medios para poder combatir, especialmente por parte del bando republicano.

La guerra continuaba y los republicanos planeaban un ataque que pillara al enemigo por sorpresa, algo que no pasó desapercibido para los nacionales. La llegada de armas y municiones a Bilbao, la concentración en la capital de un gran número de batallones y las obras en los aeropuertos de la provincia denotaban que algo se había puesto en movimiento. Aun así, la sorpresa fue total, pero también la casualidad quiso que, poco antes de producirse el asalto, las columnas republicanas fueran descubiertas por los aviones enemigos, que se encargaron de comunicar la noticia a Burgos. Los medios dispuestos a tal fin localizaron a un gran número de hombres y cuarenta camiones y procedieron a lanzar una hilera de bombas. El ataque fue impresionante y la carretera quedó totalmente inutilizada. Un pueblo aparecía profundamente aislado; este pueblo era Villarreal. El elevado número de muertos, heridos y desaparecidos por ambos bandos, pero en cifras muy superiores por parte de las tropas vascas, da muestra de la magnitud y tragedia que supuso la Batalla de Villarreal (Talon, 1988 : 338-373).

Elías Díez Aguirregoitia recordaba que, sólo fue consciente de la gravedad de la situación que vivieron en Villarreal mientras volaban en una avioneta y el piloto realizaba todo tipo de piruetas, cuando, una vez en tierra, éste le comunicó que no había sido una exhibición de acrobacia la que había llevado a cabo, sino un despliegue de todas sus habilidades como única forma de esquivar y sobrevivir a los ataques que les estaba dirigiendo el bando enemigo.

Los ataques aéreos por parte de la aviación de los insurrectos, al comienzo de la ofensiva, pasarían no sólo a aterrorizar a la población, sino a convertirse en una potente arma de destrucción, como puede constatarse a través de los hechos acaecidos en el sector del frente de Otxandio el 31 de marzo de 1937.

También el bombardeo aéreo sobre Durango, dentro de la primera jornada de ofensiva, llenó de sufrimiento y dolor a una población que vivió las dramáticas consecuencias producidas por el resultado de la carga lanzada desde el aire.

Un artefacto que atravesó el tejado de la capilla de Santa Susana produjo la muerte de catorce monjas y otro ocasionó la destrucción de la Iglesia de los Jesuitas, impactando al Padre Billabeitia que oficiaba la misa y a un buen número de personas que asistían a la misma. También celebraba una ceremonia similar y murió con una parte de feligreses en la Iglesia de Santa María, el sacerdote Carlos Morilla, a la vez que otras bombas explotaban en el pórtico provocando la muerte de varias personas y algunas caballerías. Así mismo, una bomba que cayó en un extremo del jardín del colegio de las Dames de Nevers produjo la muerte de siete personas, entre ellas dos niños. El hospital, a pesar de estar identificado por dos grandes distintivos de la Cruz Roja que aparecían colocados en el tejado, voló por los aires, así como una veintena de casas de diferentes calles. El triste balance dejó un resultado de varios militares y numerosos civiles fallecidos, entre ellos niños, mujeres y ancianos. Tras provocar tanto horror, los sublevados no negaron el bombardeo, pero sobre objetivos militares, culpando del ataque a iglesias y conventos a los extremistas de la izquierda, en unos casos, o mostrando el desconocimiento de que la práctica del culto hubiera sido reestablecida, en otros.

A la vista de este acontecimiento y de que todo parecía suponer que cualquier medio era posible con tal de conseguir el objetivo perseguido, el Frente Popular solicitó la movilización de todos los hombres, a la vez que daba a conocer los refugios disponibles en la capital vizcaína y pedía que fueran utilizados cuando la ocasión lo requiriese.

Fuera de la actividad militar, aquel primer e inolvidable día de ofensiva también dejó su huella imborrable en la retaguardia, concretamente en Vitoria-Gasteiz, donde dieciséis personalidades de la vida local sucumbieron ante un piquete de ejecución (Talon, 1988 : 394-402).

La villa de Otxandio fue la primera población de la península que se vio afectada por un bombardeo aéreo, un hecho que se llevó a cabo el 22 de julio de 1936. Este acto, de tremenda crueldad, provocó la muerte de 57 personas,

la mayoría de las cuales serían mujeres y niños (Berazategi y Domínguez, 2006 : 49)⁹.

Francisco Alonso, dentro del Batallón número 11 de la CNT y junto a unos cuantos batallones más, se desplazó hacia Asturias. Las consecuencias trágicas y penosas de la guerra pronto hicieron su aparición, tocándole de cerca y de lleno a un ser muy querido. Su voz denotaba la tristeza de aquella experiencia dolorosa que le tocó vivir y el recuerdo de su hermano Esteban se hizo patente cuando comentó: “estaba conmigo; los dos juntos y le vi morir en Asturias”. El fatal desenlace tuvo lugar en febrero de 1937 y rememorando la situación, no pudo evitar la sensación de impotencia que experimentó y así la dejó plasmada cuando afirmó: “aquello era un desastre”. El sentimiento que permanecía en su corazón afloró convirtiéndose en voz para decir, “aquello fue una cosa, para mí, imborrable, porque no había médicos, ni boticas y no había nada”. Pero, no sólo las heridas psíquicas le iban dejando huella, sino que a éstas habría que añadir las heridas físicas, “tengo la pierna destrozada; tengo unos injertos...”. Cuando “se originó la ofensiva aquí, nos reclamó el Gobierno vasco y tuvimos que dejar todo y venir y, a partir de entonces, ya hicimos la guerra aquí y ya todo era para atrás, para atrás”.

El certificado que comunicaba el fallecimiento de su hermano, rezaba textualmente:

“JOSE MARÍA ARISTEGUI LASPIUR. Comandante intendente del Batallón Nº 11 “ISAAC PUENTE” perteneciente a las milicias antifascistas de la C.N.T. certifica que:

El Miliciano ESTEBAN ALONSO URIARTE perteneciente a la 3ª Ciª. en clase de Miliciano resulto herido el día 21 de Febrero de 1937 en combate sostenido en la posición de CIMADEVILLA frente de Oviedo Sector de San

⁹ “Hoy en día, ver aviones en el cielo es bastante habitual, pero entonces no era nada frecuente. Y sucede que un avión a baja altura pasa por Otxandio, salen los niños a saludar al avión y desde el avión, de una forma muy rudimentaria, desde las ventanas, echan unas bombas que explotan en la plaza del pueblo y provocan una matanza espantosa”.

Claudio, FALLECIENDO el 23 del mismo mes en el hospital de Ujo a consecuencia de las heridas.

Para que conste y surta los efectos consiguientes expido el presente en Dos Caminos 26 de Abril de 1937 .

El Comandante Intendente”¹⁰.

Al llegar a este punto, no puedo dejar de expresar un profundo reconocimiento hacia tantas mujeres que fueron encarceladas, hacia las que por estar relacionadas con presos, desde el inicio de la guerra y en zonas conquistadas por los sublevados, se vieron obligadas a colaborar en tareas municipales o a trabajar en provecho de destacados particulares y hacia aquéllas otras, madres, esposas, hermanas o novias, cuyas penurias y tristezas quizá nunca hayan sido suficientemente valoradas, que tuvieron que padecer el dolor de las heridas que invadían sus almas y seguir afrontando la cruda realidad de la vida cotidiana que acechaba sin cesar, donde a las necesidades económicas, al miedo, a la soledad, al silencio..., ponían luz propia y unían firmes brotes de superación, de resistencia y en definitiva, de supervivencia. Un claro ejemplo podría ser la madre de Francisco, que después de perder a uno de sus hijos, seguiría viviendo con la angustia de no saber cuál sería la suerte que correría el otro que continuaba combatiendo en el frente y sufrir la dramática experiencia de tener que desprenderse de otros dos hijos más, Jobita y Ramón, que como tantos niños más, fueron evacuados, en este caso a Gran Bretaña, tratando de encontrar un lugar en el que reinara la paz.

Todo se iba perdiendo.

¹⁰ Se adjunta el anexo número 3, que es una fotocopia del documento citado y que me fue entregado por Francisco Alonso durante una de las entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

Tras el éxito conseguido por los nacionales y consciente el Gobierno y los mandos militares de la gravedad de la situación, el mismo día 31 de marzo, se celebró una reunión en Bilbao en la que se creó el Tribunal Militar de Euzkadi y se envió el primero de lo que comprendería una larga serie de telegramas al Gobierno Central pidiendo, con pocos resultados positivos, el envío de aviones.

El 1 de abril los nacionales continuaron avanzando y conquistando terreno, mientras que para el Gobierno vasco la única noticia destacable del día fue la llegada de un vapor que transportaba una valiosa mercancía compuesta por veintidós millones de cartuchos, diecinueve mil proyectiles de cañón, cincuenta toneladas de trilita y cien toneladas de pólvora de cañón.

Aunque el día 2 de abril la reacción de los gubernamentales se hizo patente y consiguieron frenar las victorias del enemigo, el día 4 los nacionales aprovecharon las condiciones climatológicas por la ausencia de nubes para utilizar, de lleno y a fondo, el valioso medio que suponían los aviones y a través de ellos lanzar bombas. A este recurso se sumaría el fuego de la artillería, lo que todo ello unido les permitió nuevamente ganar terreno. Entre las pérdidas de la jornada para unos y las victorias para otros, se encontraba la población de Otxandio y lo que ello representaba como punto estratégico.

El día 6 fue una jornada sangrienta, con bajas importantes por ambos lados y durante la cual, el Saibigain cayó bajo el dominio de los franquistas. El general Mola, consciente del desgaste que suponía la lucha ante un avance que se suponía más lento del esperado por la resistencia encontrada, hizo preparar unas octavillas intimidatorias invitando a la rendición, que serían arrojadas desde los aviones. También durante esta jornada y por medio de la artillería naval bombardearon, desde el mar, la carretera que va de Bilbao a Santander, para impedir el paso de los refuerzos de la Montaña y Asturias a Bizkaia. El día 7 el avance continuó, cayendo, entre otros puntos, los puertos de Barazar y Urkiola y el pueblo de Ubide. Pero, los gubernamentales estaban decididos a recuperar el Saibigain con el fin de evitar el avance del enemigo hacia el Valle de Arratia, por lo que el 12 de abril procedieron al ataque y al anochecer, dado que los aviones no podían intervenir, lograron el objetivo. No obstante, esta

posición fue nuevamente reconquistada tras contabilizarse un resultado dramáticamente sangriento (Talon, 1988 : 402-412).

A Agustín Eguiazabal, el día 4 de abril de 1937, fue una fecha que se le quedó bien grabada por la dureza y los efectos de las bombas. Estaban cerca de Villarreal y se vieron obligados a acampar en una pradera donde pasaron la noche, porque los moros habían cortado la carretera de Otxandio. “¡Aquello sí que era negro!, heridos, muertos...”. Para proseguir el camino era necesario atravesar un riachuelo, lo suficientemente grande, como para tener que utilizar un árbol y poder cruzarlo. Llegaron a un gran hayedo situado en una zona alta y cuando salió el sol, también lo hicieron los alemanes con sus aviones. Los efectos pronto dejaron ver y sentir sus dramáticas consecuencias. Los árboles se rompían y con ellos, también los cuerpos de muchos chicos; cabezas, piernas, tripas... todo volaba por los aires.

Era tal el miedo que sentían que, mientras bombardeaban, Agustín y otro chico de Zumaia, tiraron los fusiles al suelo, se sentaron debajo de un árbol y se abrazaron, a la vez que pensaban que allí iban a morir. El efecto de una de las bombas, también le impactó a él. “Dicen que pegué contra un árbol y me quedé allí medio muerto, sangrando por el oído”¹¹. El choque de la cabeza contra el árbol le produjo una pérdida de oído muy importante, pérdida que le acompañó durante toda su vida. “Si hubiera sido ahora, ya hubieran hecho algo, pero entonces, nada. No oía nada, ruido, ruido y no oía nada”¹².

El 24 de abril, las fuerzas franquistas ya habían avanzado mucho por las montañas de Intxorta y el 26 de abril de 1937, un día de mercado, el pánico nuevamente se hizo patente, esta vez en Gernika, donde se entremezclaron los sonidos de aviones y sirenas, para dejar el triste balance de centenares de personas muertas bajo los efectos de las bombas de alemanes e italianos. Como no era la primera que ocurría, en un principio, los sublevados tratarían de atribuir a los republicanos la responsabilidad de la destrucción de la ciudad,

¹¹ El 30 de noviembre de 1936, día de San Andrés, también fue herido. “Una bala me pasó la muñeca”.

¹² Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

aunque, en muy poco tiempo, el mundo entero conocería la veracidad de los hechos, gracias a la presencia en Bilbao de varios periodistas ingleses de reconocido prestigio. Hacía seis meses que José Antonio Aguirre, jefe del gobierno autónomo de Euskadi, se había arrodillado bajo el viejo roble ante el cual los reyes españoles juraban antaño respetar los fueros vascos, cuando Gernika, símbolo de libertad y tradición para los vascos, se convertía en el símbolo del terror fascista.

A primeros del mes de diciembre y cuando José Mari Otsoa de Txintxetru estimó que ya estaba repuesto, decidió continuar con la misión que debía cumplir y se trasladó a Durango para incorporarse al batallón Kirikiño, que estaba en formación. Se dirigió a su hermano Iñaki, que era intendente y jefe de reclutamiento y “le dije, oye Iñaki, yo quiero incorporarme al batallón”. Su hermano, considerando que como fusilero ya había hecho bastante, le sugirió que si quería quedarse, lo hiciera como brigada de la plana mayor del batallón, en Intendencia. Él asintió y su nueva tarea consistiría en llevar el aprovisionamiento desde Intendencia, en los bajos de la casa de Iberduero, en la calle Gardoqui de Bilbao, a Durango; desde las botas de mendigozale que hacía Berrio de Durango, los chaquetones, los pantalones y demás, hasta los artículos de alimentación. El día 31 de marzo de 1937, comenzó la ofensiva vasca sobre Elgeta, Durango, Urkiola, etc. y la Intendencia debió ser trasladada a Igeretxe, en Ereaga. En la parte de abajo estaba localizado el cuartel, la comandancia de comida y demás y también allí se preparaban los peroles de comida que luego se llevaban al frente.

Estando cumpliendo con su labor, la caída de Gernika a José Mari le sorprendió en Muxika, con la camioneta de la Intendencia camino de Bilbao y en este lugar, tuvieron que estar esperando hasta que pudieron continuar su camino. Al propio horror de la tragedia, al nivel del incendio y a la magnitud de las llamas devastadoras, habría que sumarle, además, la coincidencia de unos días completamente rasos. Recordando y refiriéndose a Gernika, comentaba José Mari: “la noche aquella fue terrible, eso no lo olvidaré”, porque la imagen que se obtenía mirando desde Igeretxe hacia el este, era impresionante, “cómo reverberaba el fuego de Gernika en el cielo; porque, además, fueron unos días

espléndidos; no llovía nunca; tiempo buenísimo. ¡Ojalá hubiera estado echando agua y agua y agua, para que la aviación no hubiera podido andar tanto!; pero unos días rasos... Me recordaba los Altos Hornos de Barakaldo cuando sacaban la colada de hierro. ¡Cómo reverberaba en el cielo y en la ría!; el rojo del hierro reverberaba”.

Cuando llegó a este punto, José Mari buscó la unión, el recuerdo y la mención de la posición de José Antonio Aguirre de que no se destruyera su pueblo, Getxo y a favor de que se defendiera Altos Hornos, “porque tarde o temprano es la industria nuestra y nos va a hacer falta” y continuó diciendo: “¡fíjate qué optimista era!, ¿no?”¹³.

También Txomin Bereciartua hace mención a lo que ocurrió aquel día: Tras ser ocupada Gipuzkoa por los sublevados, “llega a casa entre los refugiados que huyen de los militares, la prima Mari de Placencia casada con un guardia de asalto”. Por aquella época, la escasez de comida era un problema y “aita iba a buscarla donde podía”, siendo uno de sus puntos de abastecimiento, el caserío de la lechera que estaba ubicado en terrenos de Sondika, “que luego quedaron sepultados bajo la pista del aeropuerto”. Dado que el traslado en tren no estaba exento de peligros, solía atravesar andando el monte Artxanda para volver a rehacer el camino, una vez obtenida y con ella al hombro, la preciada carga. “Una noche, nos trajo al llegar la noticia inquietante de que había oído ruidos lejanos acompañados de altos resplandores allá hacia Gernika. Al día siguiente nos enteramos de que había sido bombardeada. Y la prensa franquista diría que la habían quemado los rojos”¹⁴.

Tomo prestadas las palabras de Paloma Aguilar (1996 : 135 y 274) que se posiciona y dice que, “los lugares míticos de los vencidos son envilecidos primero e ignorados después”, como es el caso del bombardeo incendiario que se llevó a cabo contra la población civil de Gernika, un pueblo sin ningún objetivo militar y en el que se eligió como día idóneo el coincidente con el del mercado, para aprovechar así la afluencia de gente de los pueblos contiguos

¹³ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

¹⁴ Información facilitada por la persona mencionada, el 30 de diciembre de 2012.

que se desplazaban para poder comprar y vender sus productos. De este incendio del que, por una parte, raramente se hablaba y del que, por otra, no sólo no se reconoció nunca oficialmente durante el franquismo que fuera obra de la aviación alemana, les hicieron culpables a los propios habitantes. Así, mediante la injuria y la calumnia les atribuyeron la responsabilidad de la destrucción de su propio pueblo. Pero, reafirmandonos en la idea de Alberto Reig (1990 : 166), con la destrucción de Gernika se sembraba el terror, se atacaba la simbología más preciada, se mancillaba su historia y se intentaba terminar con la resistencia y la independencia de Euskal Herria. A todo ello y por si fuera poco, habría de añadirse el hecho manifestado por Lafuente (2002 : 82-84) de que, más tarde, serían los presos republicanos los que se encargarían de la restauración de varios edificios representativos de la villa; es decir, unos fueron los que la destruyeron y otros los que la reconstruyeron. Así mismo, entre los lugares en los que los prisioneros trabajaron para Regiones Devastadas, figuran Eibar y Amorebieta. En Amorebieta, también construyeron algunos grupos de viviendas, así como la casa parroquial y la estación de autobuses.

Sin embargo, la tergiversación de los hechos y una memoria impuesta no logra la reconciliación ni puede demoler ni borrar la memoria y los sentimientos de los vencidos, que tarde o temprano, reclamarán su puesto de pertenencia en la historia y la elaboración de una contra-memoria. Los lugares de dolor, de derrota y represión necesitan ser identificados, recordados y simbolizados¹⁵ y los testimonios de los vencidos, rescatados del silencio, recogidos, escuchados, contados y escritos porque, compartiendo la idea de Reyes Mate (2003b : 172), el valor sustantivo de la memoria no es el recordar el tiempo pasado, sino el de actualizarlo, el de ser conscientes de que el pasado marginado de los perdedores, no ha prescrito. Es decir, los procesos relacionados con la memoria deben ser abiertos, siempre susceptibles de ser revisados y no finalizados.

¹⁵ Así, en Radio Alicante, el sábado 29 de marzo de 2008, anunciaban y llamaban a una concentración que estaba prevista celebrarse en el Puerto de Alicante, el domingo 30 de marzo, en recuerdo y homenaje a los republicanos que llegaron allí huyendo del enemigo y cuando la guerra tocó a su fin, fueron trasladados al campo de Los Almendros, a la vez que pedían un monumento en su memoria.

Esta actualización del tiempo pasado requiere también una labor de reconstrucción porque, “la memoria colectiva consta no sólo de tradiciones, sino también de ideas e imágenes generadas por el presente y enraizadas en él; no está compuesta sólo de recuerdos sino también de reconstrucciones. Recordar es una actividad que en buena parte depende de las memorias del resto del grupo, que nos ayudan a reconstruir la nuestra” (Aguilar Fernández, 1996 : 39).

El bombardeo de Gernika conmovió la opinión internacional. A través de Picasso, el nombre de la villa vino a ser el símbolo del horror de la guerra y de la barbarie del fascismo. A Franco debió importarle el descrédito internacional que le supuso el bombardeo de una población civil y de escasa relevancia militar y estratégica, ya que no se realizaron nuevas acciones de aquel tipo e incluso, aceptó las sugerencias de la Iglesia, que le aconsejaba que actuase con suavidad al entrar en Bilbao (Jover Zamora, Gómez-Ferrer y Fusi Aizpurúa, 2001 : 701).

El cinturón de hierro, no era una muralla infranqueable.

En mayo de 1937, el Ejército vasco estaba compuesto por unos 28.000 gudaris, distribuidos en 46 batallones y controlados por tres organizaciones: “Euzko Gudarostea (nacionalistas), Euzko Indarra (acción nacionalista vasca) y Milicias Unificadas (socialistas, republicanos, UGT, comunistas), amén de 12 batallones asturianos y 7 santanderinos”. Sin embargo, la brecha ideológica que se abría entre los batallones nacionalistas y los demás batallones creaba una barrera difícil de superar en base a conseguir una unidad de mando efectiva y necesaria en cualquier campaña militar.

La mayoría de los reemplazos llamados a filas elegían servir en los batallones nacionalistas, que eran 26 y, concretamente, estos batallones contaban con la atención y asistencia espiritual de 82 sacerdotes capellanes, a la vez que,

dentro de la zona republicana, únicamente permanecían abiertas las iglesias de las provincias vascas (Lopategui, 1978 : 18-19).

A medida que transcurrían los días, los avances y las conquistas de los nacionales iban en aumento, cayendo, entre otros puntos, el puerto de Elgeta, Elorrio, Berriz, Zaldibar, Ermua, Eibar, Etxebarria, Markina, Urberuaga, Berriatua, Iurreta, Durango, Gernika y otros municipios cercanos.

Más tarde se produjo la toma de Bermeo y con ella la apertura del camino de Mungia, la posibilidad de atacar el Sollube y el poder planificar una importante amenaza contra Bilbao. Durante la defensa de los unos y el avance de los otros adquiriendo nuevos terrenos, los muertos, los heridos, el derrumbe de casas, la destrucción en general y la evacuación de personas era incesante.

El Gobierno vasco seguía anhelando la llegada de aviones, recurso con el que sí contaban los nacionales y sin el cual, tanto las trincheras como los núcleos urbanos y las industrias se hallaban totalmente expuestos a las acciones aéreas del enemigo y con escasa defensa.

El día 12 de junio le llegó la hora al Cinturón. El fuego concentrado de la artillería y de los aviones de bombardeo, a los que les acompañaban los cazas, irrumpió con acierto en el punto más débil de toda la fortificación, en una zona de unos dos kilómetros de largo por cuatro de profundidad. Analizando y tratando de ver cuál fue el factor determinante y fundamental de la ruptura del Cinturón y al margen de otros aspectos secundarios que pudieron producirse, la conclusión es el reconocer la inferioridad material y la escasez de recursos con la que contaban los defensores.

El boquete abierto en el Cinturón, además de minar la moral del Ejército llenó de angustia a los gobernantes que permanecían en Bilbao y podían escuchar el rugir de los cañones, lo que les permitía hacerse cargo de la gravísima situación y les servía como anuncio del dramático presagio que se avecinaba.

El día 13, los sublevados siguieron abriendo el boquete de la línea fortificada, que a decir verdad, por esa zona era muy débil, a la vez que iban ganando terreno. Se hicieron con las cotas localizadas entre el Gaztelumendi y la carretera que desde el Bizkargi conduce, a través de Larrabetzu a Derio y por la tarde su bandera ondeaba en Santo Domingo y en el cementerio de Derio. Más tarde, entraban en Mungia, donde los edificios ardían por doquier.

Para los nacionales, la caída total de Bizkaia era de esperar que se produjera en muy poco tiempo, así que, para precipitar la misma y debilitar la moral de sus defensores, nada mejor que aumentar la contundencia de sus ataques. Desde el otro lado de la barrera, la suerte parecía echada y la visión era muy diferente; sin aviones, con escasa munición y sin posibilidad de recabar ayuda, poco se podía hacer.

El día 14 zarparon rumbo a Francia mujeres y niños y una serie de altos mandos. También partieron por mar, prácticamente todos los británicos que permanecían en Bilbao. Así mismo, fueron muchas las personas que temerosas por el sonido de los cañones y ante la presencia de los aviones, optaron por abandonar sus hogares con dirección a Santander.

Mientras que el día 15, el Ejército sublevado seguía con éxito su avance y el lehendakari Aguirre hacía un llamamiento a los ciudadanos, en edades comprendidas entre los 18 y los 43 años, para obtener su ayuda en defensa del pueblo vasco, la agitación bélica era tremenda en todos los frentes, produciéndose en sus movimientos de retiradas y avances, algunas equivocaciones con consecuencias sangrientas.

En Artxanda la lucha bélica se hacía muy dura y sus defensores nacionalistas, socialistas, comunistas y sindicalistas, que eran atacados por todas partes bajo la intensísima acción tanto de la Artillería como de la Aviación, seguían desplegando valor.

El día 16 el Gobierno vasco, tras evaluar la situación y reconocer la inferioridad de recursos disponibles, el agotamiento del Ejército y la imposibilidad de

resistencia de Bilbao por el dominio de los sublevados en posiciones estratégicas, aprobó la evacuación. Así, el día 17, a las diez de la noche, el lehendakari abandonó Bilbao con dirección a Villaverde de Turtzios, a través de una carretera repleta de fugitivos. Ciertamente, la capital se iba quedando sin gente porque, quien podía escapar lo hacía, la mayoría por tierra y el resto por mar, en embarcaciones que no pocas veces terminaban bajo la mirada de los cañones navales del enemigo.

Dentro del día 18 y entre sombríos presagios, Leizaola, que era el puntal de la Junta de Defensa, recibió con gran satisfacción la noticia de que los presos instalados en Larrinaga y que habían sido puestos en libertad, habían conseguido llegar a las filas enemigas en Derio, al amparo de una compañía de ametralladoras y otra de Infantería. Se precisa destacar el hecho de que para que este traslado, que suponía un número aproximado de dos mil, pudiera llevarse a cabo sin levantar sospechas, a muchos de los presos se les proporcionaron picos y palas, simulando así que su salida se debía a la realización de trabajos de fortificación.

Durante la madrugada del día 19, se volaron los puentes que cruzaban la ría y Leizaola emprendió el camino hacia Turtzios. En esa misma jornada, habiendo transcurrido dos meses y veintiún días del comienzo de la ofensiva, caía Bilbao (Talon, 1988 : 416-472).

Francisco Alonso rememoraba su paso por Zornotza y lo enlazaba con un recuerdo nostálgico: “yo estuve en el cinturón de hierro de Bilbao; yo estuve en Unbe. El cinturón de hierro de Bilbao era una joya, era una maravilla, pero la llave, Goikoetxea se la dio a Franco”. Resaltaba, con entusiasmo, cómo dominaban con su vista toda la parte baja y su creencia de que por aquella zona, no podrían subir nunca. Pero, la entrada la realizaron por El Gallo y ante la inminente realidad de sentirse vencidos, debieron salir rápidamente y recular todos para Santander.

Refiriéndose a lo que ocurrió más tarde, Francisco mostraba su sentimiento sobre la rendición que se efectuó de acuerdo con el pacto de Santoña, “que le

engañaron a José Antonio Aguirre y nos engañaron a todos” y como si deseara seguir ratificando y mostrando una total confianza en el dirigente, ante el reconocimiento de que no faltaron personas que juzgaron negativamente su actuación, prosiguió: “yo nunca le censuraré; lo hizo con toda la fe del mundo, porque la guerra estaba perdida y había que salvar vidas”. Esto quiere decir que, “el Gobierno vasco, que éramos nosotros, renunció ya a la guerra en agosto del treinta y siete”. Analizaba la situación que se vivió a partir de entonces, cuando Franco ejerció su poder y llenó la cárcel de Santoña de presos y manifestaba que, “como consecuencia de informes de determinadas personas o por sus categorías o condiciones, se vieron afectados decenas y decenas de vascos”¹⁶.

Sobre el Pacto de Santoña se ha escrito mucho, pero parece existir unanimidad en reconocer que las autoridades vascas actuaron con la mejor voluntad para ayudar y permanecieron junto al pueblo hasta el final. Los vascos fueron fieles y cumplieron con la palabra, pero no recibieron el mismo tratamiento. Los dirigentes fueron introducidos en campos de concentración, los combatientes hechos prisioneros y los barcos encargados de evacuarlos, se fueron vacíos.

La ilusión perdida.

Los datos de los informantes sobre el agrado o desagrado con el que fueron recibidos los sublevados por parte de la población civil no son coincidentes y varían, desde los que opinan que el entusiasmo, la euforia y los gritos de alegría se apoderaron de la ciudad con la entrada de los vencedores, a los que manifiestan que al recibimiento le acompañaron la escasez de gente, el silencio, el distanciamiento y la frialdad.

En cualquier caso, sí puede decirse que si la toma de Bilbao se produjo dentro de un clima de orden y tranquilidad se debió, en gran medida, a que algunos batallones nacionalistas, que después de haber evitado que la villa pudiera sufrir destrucciones dinamiteras, se entregaron de manera voluntaria, en

¹⁶ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

formación y con sus jefes a la cabeza. A partir de entonces y mientras que el Ejército gubernamental se dirigía hacia Santander, en Bilbao se iniciaba una nueva vida, llena de alegría para unos y llena de tristeza para otros. A pesar de que se necesitó algún tiempo para que los malos augurios se cumplieran, podría decirse que la pérdida de Bizkaia quedó sentenciada en el mismo momento en que se rompió el Cinturón de Hierro.

El Cinturón de Hierro, en cuya construcción se habían empleado cincuenta millones de pesetas y el trabajo de miles de hombres y mujeres, no en todos los lugares presentaba las mismas características de accesibilidad o dificultad de ser franqueado y dejaba de convertirse en la muralla impenetrable en la que confiaban algunos de los gubernamentales. Al mismo tiempo, la información sobre el trazado y consistencia era bien conocida por el bando contrario, dado que estos datos habían sido filtrados por varias personas que ocupaban puestos de responsabilidad en su construcción y se habían pasado al bando enemigo. Pero, la huida más importante y con ella la aportación más valiosa fue facilitada por el ingeniero Alejandro Goicoechea Omar, que en buena parte era el creador del cinturón y por consiguiente, un buen conocedor de todos los aspectos que lo componían, así como el autor de dejar voluntariamente tres portillos abiertos para facilitar la entrada de los sublevados y uno de los cuales, concretamente el de San Martín de Fika, fue utilizado para ese objetivo y de sugerir que Bizkaia fuera atacada de inmediato, aunque se tardó un mes, para evitar que los gubernamentales tuvieran tiempo material para cerrarlos (Talon, 1988 : 474-540).

Txomin Bereciartua conserva la imagen de la llegada de los primos de la aldea que bajaban de las trincheras donde combatían en batallones de gudarís intentando la defensa de Bilbao y la de su ama, que a la vez que limpiaba sus ropas y eliminaba sus piojos, procuraba quitarles el hambre.

La guerra estaba avanzada; la derrota era inminente y la gente huía hacia Santander o hacia donde podía en aquellas últimas noches de un Bilbao cercado, mientras que el ruido, en el profundo silencio de la noche, de las pisadas de los gudarís que subían a defender el monte Artxanda, quedó

interiorizado de una manera muy especial, en sus recuerdos de niño. La ciudad caía y las explosiones hacían saltar los puentes de la ría.

“Esta primera parte de mi vida tiene el final triste del vencido, cuando unos ejércitos se repliegan ya sin ánimo y muchos civiles van con ellos y otros entran”.

Cuando llegaron las tropas, fueron los italianos los primeros que aparecieron por la Plaza del Instituto, actualmente denominada de Unamuno. “Yo me había escapado distraído a la soledad de la calle. Llamado con apuros, subí a casa y contemplé, con todos, desde un balconcito el fatal momento. Era el 19 de junio de 1937. Recuerdo ahora las palabras de mi aita ante aquel cuadro: “Si éstos son inteligentes, se ha acabado todo” y es que la gente estaba entregada y derrotada y hubiera aceptado cualquier solución honrosa. Pero el vencedor no supo administrar su triunfo y luego vino lo que todos ya conocemos. Al pensar en ello suelo acordarme de Mac Arthur, quien, tras vencer a Japón, supo respetar y no destruyó. Por su actitud siguió el emperador y Japón mantuvo su autoestima colectiva y se rehizo”.

Habían entrado las “Tropas”, como decían algunos o los “Nacionales”, como les denominaban otros; habían entrado los “liberadores”. Pasados los primeros momentos, “salí de casa y me acerqué a El Arenal donde acampaban moros, requetés y falangistas recién llegados, que lucían “Detentes” religiosos en las solapas, con sus capellanes pistolón en ristre”.

Se improvisó un puente de barcazas para poder pasar a Abando y la rueda de castigos y encarcelamientos volvió a girar, en aquella ocasión, en sentido contrario. Unos salían de sus cárceles y lugares de encierro y otros entraban: eran aquéllos que se habían rendido y otros muchos, que habían sido delatados.

Se sucedieron los juicios sumarísimos, las condenas a muerte inmisericordes, los camiones que se dirigían por las noches desde la cárcel de Larrinaga hacia el Cementerio de Derio, “donde dejan su carga de condenados para que sean

fusilados”. Abundaron los destierros y desaparecieron muchos curas castigados y que fueron quién sabe dónde. “Los vencedores lo dominan todo y en más de una Iglesia se saludan los nuevos tiempos”.

La entrada de las tropas no sólo conllevó un cambio de régimen político, sino también de estilo de Iglesia y consecuentemente, el que las cosas tuvieran otro sesgo en la iglesia de San Juan. “Hubo un trasiego por el que unos curas tuvieron que irse por nacionalistas y otros entraron por todo lo contrario. El párroco Don Agustín se exilió a Francia, con lo que gracias a Dios salvó la vida, y uno de sus compañeros fue encarcelado”.

Un nuevo párroco, el durangués Don Pedro, asumió el mando “y le tuvimos que escuchar mientras cantaba con su voz atiplada a Dios y a la nueva Patria vencedora. Y yo seguí asistiendo como monaguillo a los cultos que allí se celebraban y a solemnes procesiones en las que, revestido con celeste sotana, acompañaba a los estandartes”.

En Begoña, “se celebra un acto religioso en el que el Nuncio corona solemnemente a la Virgen de Begoña con las joyas que aseguran fueron robadas, aunque en realidad habían estado depositadas en la caja fuerte de un banco. Tras la fraudulenta acción, pasean la imagen por la Villa en una carroza que habían traído del Rocío”¹⁷.

Miren Bilbao Ibarrondo¹⁸ y su familia, de ideas nacionalistas, vivían en Begoña y tuvieron que desplazarse a la Gran Vía cuando estaban entrando los nacionales, hasta que pudieron regresar de nuevo a su hogar. De los recuerdos de la contienda, uno de los que se le quedó más grabado es el sonido de “la sirena; las sirenas del bombardeo, que nosotros nos refugiábamos en los túneles del tranvía de Begoña, porque vivíamos muy cerca, al lado de las Adoratrices y por allí bajábamos para ir al túnel”.

¹⁷ Información facilitada por la persona mencionada, el 30 de diciembre de 2012.

¹⁸ Esposa de José Mari Otsoa de Txintxetru.

A pesar de su juventud y como muchas mujeres más, también contribuyó y apoyó con su ayuda y su solidaridad. Así, durante la guerra solía ir a visitarle a un preso que estaba en Burgos y del que se habían hecho cargo, por ser el hijo de unos íntimos amigos que se encontraban en Francia. Miren recuerda: “Tere Verdes era una mujer magnífica, que estuvo en la resistencia y que hacía muchísimas cosas” como, por ejemplo, el apañárselas para poder llevarles, de alguna forma, a los familiares y amigos de los presos que estaban en Burgos. Lo arreglaba todo “y nos llevaba en el coche, en el taxi que empleaba La Gaceta del Norte para llevar los periódicos a Burgos y salíamos a las cinco de la mañana”. La cantidad que le pagaban al chófer por el viaje era importante, a pesar de que la compartían entre tres, cuatro o cinco personas, pero ello les permitía cumplir con su objetivo y llegar a primera hora para las visitas. La vuelta la realizaban en tren¹⁹.

Desencanto y frustración.

Los sublevados iban avanzando y ocupando cada vez más parte del territorio y la inquietud y la preocupación dentro del Gobierno vasco porque no se derramara más sangre, se hizo patente. En este sentido, José Mari Otsoa de Txintxetru no quería pasar por alto y mencionaba el hecho de cuando fueron puestos en libertad, poco tiempo antes de que tomaran Bilbao, los presos de Larrinaga, los de los Ángeles Custodios y los del Carmelo y llevados con un pico y una pala, figurando que estaban trabajando y dando tiempo a que avanzaran los nacionales, se hicieran cargo de ellos y les llevaran a sus casas, evitando, de esta manera, sus muertes. Recordaba que estando en Turtzioz con los hermanos Arriola, compañeros de la escuela y del cogollo de Begoña, que se encontraban también entre ellos y a los que él, sabiendo que estaban allí les había facilitado comida, le decían: “José Mari, ven con nosotros, que mañana nos van a llevar otra vez. Ven con nosotros José Mari, ven con nosotros, que no te harán nada; te defenderemos nosotros en Begoña”. “¡Joer!, buena voluntad, ellos con buena fe, pero nada..., nos despedimos”.

¹⁹ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

Después de la caída de Bilbao y tras la obligada retirada, José Mari llegó a Laredo. El Batallón Kirikiño se deshizo y sus componentes se trasladaron al Sukarrieta. Él, por mediación de su hermano, desempeñaría entonces su labor en Euzko Gudaroztea, en la Intendencia del Bizkai Buru Batzar, “haciendo intendencia para las autoridades nuestras del partido y demás”.

Cuatro hermanos se vieron participando de forma activa y directa en la guerra: José Mari, dos que eran comandantes, de los cuales uno era Iñaki, mencionado anteriormente y el otro José Luis, que era comandante intendente del Batallón Otxandiano, y el mayor, que era visitador de hospitales, “que andaba por Asturias, porque los heridos nuestros iban para atrás, para atrás; había que llevar. Llegó hasta Asturias. En lugar de dejarles donde iban a ocupar, había que llevar los heridos para atrás, porque sino, les iban a rematar. Así hacían, además”. Cuando éste cayó en el Dueso con todos los demás, permaneció únicamente quince días, por lo que él le dijo: “José Cruz, tú eres como un raterillo” y luego aclaraba, “claro, era visitador de hospitales ¿qué iba a tener?; ni cargo político ni militar”. Por otra parte, sus padres, sus hermanas y el hermano pequeño, el número once, fueron evacuados a Santander y el 1 de julio, embarcaron en un barco con el fin de salir del Estado. Así, pues, la familia resultó dividida.

“Mi hermano Iñaki, que era el Comandante Intendente del Batallón Kirikiño y Jefe de Movilización de todo el Duranguesado, fíjate que cargo político y militar más fuerte, no quería que le cogieran prisionero”. Iñaki, con Zubiri y Otazua, el relojero de Bilbao y otros dos chicos de Durango tenían prevista la evacuación a Francia. En el hotel San Francisco, de la calle San Francisco de Santander, donde sus padres habían estado por la noche, Iñaki le mostró a José Mari los recursos que disponía para embarcar y le contó el enlace y demás detalles que tenía para que todo saliera bien. La consigna era, al llegar a Francia debía ponerse en contacto con el restaurante Sabin Etxea de San Juan de Luz y comunicarle la llegada a su mujer, que estaba allí con un hijo pequeñito y además, embarazada. Pero, prosiguió: “yo qué sé, nunca hemos sabido; desapareció en Santander mi hermano con los otros y con muchos vascos. O sea que, o bien les tiraron del barco al mar, o bien el del barco les traicionó, o

bien les cogieron antes de montar en el barco y les mataron y les tiraron como hacían a muchos”.

Al llegar a este punto, le vino a la mente y le mencionó a Manuel Neila, un anarquista que luego logró escapar a Méjico. “Éste fue, el que a todos los vascos les arrasó, a todos los que podía, a los que podía, en Santander. Éste posiblemente fuera, o él o el del barco, quien sea. Éste les mataba a la gente, les pegaba un tiro y desde Cabo Mayor, si has estado tú en el faro de Cabo Mayor de Santander, es un precipicio enorme que baja al mar, les pegaba un tiro y les empujaba. Caían allá, iba a decir a montones, hasta que murieran. Tal es así que, esto es verídico, el torrero de Cabo Mayor de Santander, se volvió loco oyendo los gritos que producían cuando gritaban los que estaban allá abajo. Eso es verídico, se volvió loco. Y este Neila, luego me enteré, yendo en el camino de Santander, hay un lugar antes de Beranga, a la derecha de la carretera general y una iglesia con un Cristo. Allí, había mesas; les ponía a los curas vestidos de sacerdotes, con unas barajas y con una ametralladora les mataba. Eso es verídico”.

El día 25 de agosto tuvieron que retirarse, ya que Franco obligó a avanzar a los italianos y “claro, los nuestros no podían tirarles a los italianos, porque se estaba negociando con ellos. Se les dejó pasar; subieron al alto de Laredo y a la seis de la tarde, vemos cómo se abren camiones con banderas españolas y nosotros, en coches, salimos de Laredo a Santoña, por el puente de Treto. Entramos en Santoña y ya aquello era, como si dijéramos, la República vasca, porque estaba tomado ya por fuerzas nacionalistas, de acuerdo con el Pacto de Santoña, con los italianos”.

El 27 de agosto del año 37, sobre las tres de la tarde y mientras estaban comiendo los miembros de Euzko Gudaroztea en la casa del Duque de Santoña, entró Sautua que, posteriormente sería fusilado y dijo: “D. Ramón, los italianos están a medio kilómetro de ambas carreteras, la carretera de la costa y la del interior que viene de Montehano”. Dejaron la comida y salieron a recibirles. “Nos pusimos en fila; entran los italianos; recuerdo que yo estaba al lado de Larrañaga, el cura de Elorrio, uno de los capellanes, mayor, de pelo

blanco. Lloró y yo me agarré a él; era un chaval yo, diecinueve años tenía”. Esa noche, el general Mancini, que iba al mando de los italianos les dijo a las autoridades vascas: “así como vosotros habéis sacado del Dueso a todos los de derechas, a pesar de que el Dueso estaba minado para hacerlo volar, por el pacto que tenemos, ¿dónde queréis que os custodiemos los italianos a los oficiales y políticos del Ejército vasco, que estáis aquí prisioneros?”.

El lugar acordado era el Dueso y a las 8 de la mañana del día 28 y según lo establecido, la gente se encontraba reunida en el Puerto de Santoña, custodiada por los italianos armados con ametralladoras. “A una de éstas, vemos allí, en la lontananza que se suele decir en términos marinos, que viene un barco grande, grande, grande”. El barco, que cada vez se iba acercando más, iba a llevarles a Bilbao para ser juzgados. José Mari, como si sintiera todavía un escalofrío que cubriera todo su cuerpo, dijo: “¡Joer, se me pone la carne de gallina todavía, recordando!” y continuó manifestando: “eso era orden de Franco, que ya sabía que los italianos habían seguido adelante, porque él les obligó y como estábamos concentrados allá, diría: “¡Jo, aquí les tengo a todos!” y verdaderamente, a todos les tenía allá”.

Cuando llegó el barco, salió un oficial con unos papeles en la mano, mientras que un oficial italiano permanecía en tierra al pie de la escala “y yo, no sé por qué, pero en la vida, siempre me ha tocado estar en todos los follones, en todos los jaleos y yo estaba a dos metros de él, entre todos los que estábamos, pero a dos metros”. Mientras que el español quería hacer valer la orden superior que había recibido para recogerles a todos y trasladarlos a Bilbao, el italiano argumentaba que los oficiales del Ejército vasco eran prisioneros del Ejército italiano, argumentaciones por ambos lados que se repitieron durante varias veces. Finalmente, el español volvió a subir al barco. “Nosotros montamos en unos camiones y nos llevaron al Dueso. Entramos en el edificio y allí nos colocamos en grupos. Lo que pasó en el muelle, yo no sé más. Lo que sí sé es, que estaba allí el Bobie, un barco inglés, el Seven Seas Spray, que fue el que rompió el bloqueo y entró los víveres a la ría de Bilbao, unos meses antes y en estos barcos, los oficiales nuestros y algunos gudarís, pero gudarís todos, se montaron”. Eran los barcos que, supuestamente, les iban a sacar,

pero los barcos no salieron y posteriormente, los españoles les hicieron bajar “y a todos les llevaron a campos de concentración y a Batallones de Trabajadores, a oficiales, a gudarís y a todos y nosotros quedamos en el Dueso”. Ingresó, el 28 de agosto de 1937 y permaneció hasta el 15 de agosto de 1938.

José Mari también rememoró otro doloroso recuerdo: “otra cosa; esto es muy importante; que quede constancia”. Al décimo u onceavo día de entrar en el Dueso, a todos los presos que estaban en “período, en el edificio de las celdas”, les amontonaron en una nave y tras poner unas mantas en el suelo, les mandaron dejar los objetos de valor. “Yo no tenía nada, pero mi hermano José Cruz sí; tenía estilográfica, tenía cadena y le quitaron y luego, le pidieron que tirara la alianza. Se resistía mi hermano. Le cogieron; le arrancaron; le tiraron la alianza y al salir de donde estábamos, se echó a llorar. Nos abrazamos los dos y le dije, José Cruz, ¿qué importa eso? No importa”. En el año cincuenta y dos, cuando murió su aita, su ama le entregó el que había sido su anillo de boda.

A la vista de esta narración podría establecerse una distinción entre la violencia que se aplica contra las personas de forma directa o aquella que se aplica por medio de las cosas que les pertenecen aunque, en definitiva, siempre es una violencia que repercute en las personas, ya que éstas defienden sus bienes o pertenencias y se resisten a entregarlas, aun sabiendo que con esa postura, pueden verse envueltas en riesgos importantes. A través del contenido expuesto se deduce que, también el hermano de José Mari se opuso y mostró su rechazo y su repulsa a entregar ese signo externo que simboliza en nuestra cultura y mucho más en aquella época, la unión íntima con otra persona. Es decir, en esta apreciación de violencia política destaca el comportamiento de injusticia ante un componente de legitimidad que está unido al concepto simbólico de una determinada cultura, hablando en términos generales y al que envuelve el mundo de los sentimientos, hablando en términos personales. Pero, ésta sería una muestra más del botín de guerra que los vencidos debían de pagar.

Cuando pasó el tiempo, tuvo ocasión de desplazarse a hacer una visita al penal del Dueso con la Fundación Sabino Arana, a la que pertenecía. Les obsequiaron y les atendieron muy bien y después de que terminó el lunch y la recepción, José Mari le pidió a su amigo Ajuria, que era el fotógrafo del partido, que le acompañara, a la vez que le formuló al subdirector un deseo que para él era muy importante: “mire, yo quiero ver una celda de abajo, de la planta izquierda, la última” y le dijo a su amigo que sacara una foto de la que fue la celda en la que Juanito Ajuriaguerra había hecho la huelga de hambre. Después, “subimos a la primera planta y llegamos a la celda 92, que era la mía. A mí me temblaban las piernas. Abrí la mirilla y vi cómo estaban los presos allí. Hice una cruz en la puerta y besé la puerta. Pero nos sacó las fotografías. No sé si lloré o no lloré, pero...; en fin, aquello fue así”²⁰.

También José Moreno Torres²¹ recuerda que, a la vez que los sublevados continuaban avanzando, ellos iban para atrás, hasta que llegaron a Turtzios y les mandaron la retirada. “No había quién aguantaría. Era de miedo, de miedo, porque trajeron los italianos unos cañones, la aviación, los junkers aquéllos, que ya no te tiraban, te tiraban hasta la caja porque ya no tenían bombas; los italianos mandaron una cantidad de cañones que parecían ametralladoras así

²⁰ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

²¹ Nació en el número 98 de Zorrozaurre, el día 10 de noviembre de 1918. Cuando empezó la guerra no tenía ninguna ideología política y recuerda su juventud, cuando iban a bailar los jueves a Erandio y a romerías, en cuadrilla. Acudía también al batzoki de Elorrieta, que estaba en la calle Euskalduna y que desapareció cuando hicieron el canal, “a bailar ezpatadantza, que aprendí ezpatadantza”. Al comienzo de la contienda, un día en el que estaban bailando en Astrubudua en la romería de San Lorenzo, “viene la guardia de asalto y dice: “venga, fuera música y cada uno a su casa”. Más tarde, los tres amigos y algunos chicos más comentaron la posibilidad de ir a hacer el campo de aviación de Sondika y así se apuntó como voluntario. Encuadrado en el batallón nacionalista San Andrés, de Solidaridad de Trabajadores Vascos, luego pasaría a zapadores. Estuvieron en Zalla y más tarde en Balmaseda... Hicieron trincheras en Gorbeia, siguieron en Anboto... “y entonces vino la que vino. Mis padres evacuaron. Nosotros, éramos tres hermanos y los tres y el cuñado, que era teniente y estaba en el Estado Mayor, estuvimos en el frente. Ya, de retirada hacia Bilbao, pues, hacía falta gente y nos apuntamos de fusileros y estuvimos haciendo la instrucción con unos fusiles -su recuerdo le causa risa-, que no valían para nada; hicimos la instrucción en Montehano, un convento que está al lado de Santoña”. Tras su rendición en Santoña, engrosaría el Batallón de Trabajadores número 25 y pasaría por diversas cárceles: Zaragoza, Huesca, Bilbao (distintos centros), Balmaseda y de nuevo Huesca. Sus peores recuerdos se centran en el campo de concentración y en el Batallón de Trabajadores. “En las cárceles ya estabas más tranquilo”. Después de que terminó la guerra, sería requerido y trasladado a Ferrol y a Mallorca para hacer la “mili”; en definitiva, salió de casa con 17 años y volvió con 24. Cuando regresó su madre, comprobó que le habían robado, entre otras cosas, la máquina de coser, “que ya sabes que para los hijos, entonces, el parche y a vivir y corriendo”, así como la ropa blanca; “todo le estropearon; fue una equivocación, ¿eh?”.

que, fuimos con Ajuriaguerra a Santoña. En la retirada vinieron los asturianos que querían volar El Penal con toda la gente fascista y gracias a los nuestros, que estaban allí, todo quedó en nada”.

Al igual que otros, también ellos esperaban a los barcos que les iban a trasladar, pero “¡qué va; mentira!; ni barcos ni nada; todo fue un cuento”. Mientras ellos se defendían diciendo que no había derecho a matar a nadie, “decían los de Santoña, que son más fachas... ¡buf!, veías quitarse la camisa y ya tenían la camisa azul por dentro: “con lo bien que os habéis portado, ahora iréis a vuestra casa, porque os habéis portado muy bien”. Cuando cayó Santoña, a muchos se los limpiaron y algunos tenientes se tiraron con el coche al agua, por miedo”.

Primero, llegaron los italianos y les mandaron a la playa de Laredo y “gracias a ellos, no sacaron a mucha gente”. Recuerda una ocasión en la que fueron en busca de una persona y no lo consiguieron, en base a la argumentación de que eran sus presos; “después, igual, se lo cargarían, pero los italianos con nosotros se portaron estupendamente”. Más tarde, fueron los españoles; “se jodió; ya no podías ni andar por la playa ni nada; alambradas por aquí, alambradas por allí”. Tras hacer la distribución de la gente, “a los oficiales les trasladaron al Penal de Santoña; a otros al Penal del Puerto de Santa María y a nosotros a San Juan de Mozarrifar, a un campo de concentración”. El viaje lo realizaron “en vagones de vacas, cerrados, con una lata de carne para cuatro y un chusco y tardamos cuatro días. Claro, venía un tren rápido y te metían en una vía muerta, hasta que llegamos y gracias a que allí, nos dieron de comer alubias...”²².

La gran mayoría de la multitud de prisioneros de guerra capturados en el Norte del Estado experimentaron su paso por los campos franquistas, ya que “las conquistas de Santander, además del enjuiciamiento y fusilamiento de los disidentes políticos, conllevó de tal modo el internamiento “con toda rapidez” de

²² Entrevista realizada en el Elai Alai de Portugalete, el 23 de abril de 2008. José es un hombre muy jovial, alegre y parece muy feliz en el Elai Alai donde tiene su mesa de trabajo, sus documentos, sus fotografías y muchos de sus recuerdos y escribe, muy a menudo, en el periódico Deia.

unos 50.000 prisioneros, capturados en pocas semanas: la rendición masiva más importante de la guerra”.

Tomando como base la Orden de Clasificación de marzo y julio de 1937, la clasificación de 75.000 prisioneros del Norte se llevó a cabo directamente en los campos de concentración, donde se desplazaron las Comisiones de Clasificación, al objeto de evitar el movimiento de prisioneros. Tratando de vincular una fuerte adhesión popular al Movimiento, se presentaron las cifras de que “un 55% de los prisioneros de 1937 eran Afectos (A), un 15% Afectos dudosos, un 13% Desafectos sin responsabilidades criminales, un 9% Culpables de delitos políticos, un 2% Culpables de delitos de sangre o de anticlericalismo, aparte de un 6% que estaría aún sin clasificar”

A primera vista, las cifras que reflejan la adicción al Movimiento resultan cuando menos sospechosas, aunque coincidentes con las facilitadas por la clasificación de las comisiones para todo 1937. Consiguientemente, de los 106.822 prisioneros clasificados por las Comisiones en todo el año 1937, “casi un 30% se integraría en los grupos para los que la red concentracionaria centralizada se había creado, salvándose del Consejo sumarísimo de guerra en el Tribunal Militar pero ingresando en los campos de la ICCP para la creación de Batallones de Trabajadores, la vía “honrada y justa” de utilizar para sí, para salvar la “Patria y civilización cristiana”, a la “horda de asesinos y forajidos” que se enfrentaba al ejército franquista” (Rodrigo, 2006).

CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

Y

BATALLONES DE TRABAJADORES

Eskulan merkea, ezarria eta negoziatu gabea¹

Tal y como describe Javier Rodrigo (2006), Franco contó con un extenso número de campos de concentración (hasta 188 durante la guerra) y con una importante mano de obra proveniente de los presos republicanos lo que le permitió, por una parte, ejercer su violencia y por otra, consolidar su poder. Los prisioneros formaron una extensa cadena que llegó a alcanzar la cercana cifra de medio millón de personas, -más de trescientas mil durante la contienda y casi doscientas mil tras la derrota de la guerra-, bajo el poder de las autoridades sublevadas, sobre todo militares y eclesiásticas, aunque también civiles, viviendo en lamentables condiciones, entre muestras de improvisación y descoordinación y sufriendo traumáticas políticas de clasificación y reeducación. No obstante y a pesar de la gravedad de los hechos ejercidos por el dictador, éstos a menudo han sido relativizados en base a determinados intereses y no pocas veces han pretendido pasar de forma oficial a la historia, como si correspondieran a una violencia “proporcionada”, además de “necesaria” y “justificada”.

Tampoco faltó la propaganda oficial en la que “se afirmaba que Franco se había visto obligado a hacer la guerra para pacificar definitivamente a los españoles y poder, de esta forma, edificar las bases de un futuro estable y próspero. En los primeros años, como la principal fuente de legitimidad provenía del mismo resultado de la guerra, se hubo de argumentar, de forma convincente, la necesidad del golpe de Estado y de la misma contienda”. Se proclamó la incapacidad de la República para mantener el orden público y

¹ Una mano de obra barata, impuesta y sin negociaciones.

controlar la violencia en las calles, para imposibilitar la invasión de la nación, para defender los intereses de los ciudadanos españoles, para mantener la tradición católica y para perpetuar la unidad sagrada de la patria (Aguilar Fernández, 1996 : 82). Es decir, el poder siguió protegiendo al poder; por un lado, se consideró el hecho llevado a cabo, pero distorsionando y falseando el fundamento y origen que lo provocó, lo que creó un ambiente de buenos y malos y por otro, a base de ratificar un pasado histórico manipulado y construido a voluntad propia, se fue fraguando y transmitiendo a la sociedad, por medio de las escuelas y de la educación, en general, aquella mentira disfrazada de verdad, hasta hacerla parecer creíble. La tergiversación de la historia; el ocultamiento de los muertos, cuyos cadáveres depositados en fosas comunes aún siguen sin aparecer; el encubrimiento de la información oficial o la destrucción de expedientes y documentos acreditativos de su condición de prisioneros, son una muestra más de los métodos autoritarios que se emplearon.

De toda esta argumentación podría deducirse que, a través de la utilización de la memoria por los que han ostentado el poder, por una parte, modificando, adulterando la verdad y tratando de convencer con engaños de la gravedad de un pasado, algo considerado legal en los Estados autoritarios y por otra, legitimizando la violencia política, no sólo han intentado nuevamente vencer, sino que han aportado otro conflicto más, que se manifiesta mediante la manipulación del presente frente a un pasado ausente. De esta manera y como dice Reyes Mate (2003a : 153-154), “lo que realmente se opone a la memoria no es tanto el olvido como la injusticia” y tan entendible es la utilización que hacen los vencedores en la selección de sus recuerdos, como la insistencia de los vencidos por sacar a la luz las injusticias vividas. Por consiguiente, la memoria nos impulsa no sólo a revisar el pasado y la gestión que se haya hecho sobre el mismo, sino que tiene visos de posteridad y nos da capacidad para construir el futuro sin olvidar, tampoco, que el fascismo, cubierto o encubierto, con su carga de poder, con todas las implicaciones y limitaciones que ejerce en los derechos de la humanidad, sigue permanentemente vigilando y amenazando al mundo.

Impotencia ante la máscara de legalidad.

Foucault (1979 : 77-107) hace un análisis de los cambios que se han producido en los sistemas penales. “Que las penas sean moderadas y proporcionadas a los delitos, que la muerte no se pronuncie ya sino contra los culpables de asesinato, y que los suplicios que indignan a la humanidad sean abolidos”. En esta línea se extendían las protestas contra los suplicios en la segunda mitad del siglo XVIII y se apostaba por otros modos de castigo: “Es preciso que la justicia criminal, en lugar de vengarse, castigue al fin”; así, la aplicación de un castigo deberá tomar en consideración el concepto de “humanidad”, aun cuando se refiera al peor de los enemigos. Para cumplir el objetivo fue precisa la reforma del poder judicial, viciado y pródigo en “el exceso de los castigos” y en “un abuso del poder de castigar”, así como la distribución del poder punitivo. Es decir, la meta no era “castigar menos”, sino “castigar mejor”, aplicando criterios de “universalidad y necesidad” en base a unos delitos e infracciones claramente definidos y delimitados por ley, fuera de toda arbitrariedad y enmarcados dentro de ajustes de castigos y efectos. Así mismo, se trataba, por una parte, de reducir el costo económico y político y por otra, de incrementar su efectividad y sus circuitos, introduciendo una nueva forma asociada con el poder de castigar. De acuerdo con esta teoría, “se supone que el ciudadano ha aceptado de una vez para siempre, junto con las leyes de la sociedad, aquella misma que puede castigarlo” y que sus infracciones le transforman en enemigo de todo el tejido social. Además, la equivalencia entre el delito y la pena queda definida por la repercusión que ejerce sobre la estructura social; esto es, adquiere mayor importancia la prevención y la no imitación del delito, que el hecho puntual y directo en sí; es decir, “hay que castigar exactamente lo bastante para impedir”. El nuevo poder de castigar y el concepto de crimen y castigo, quedó recogido en seis reglas básicas.

El régimen franquista, sin embargo, en base a una supuesta legitimidad y dejando de lado las políticas humanitarias se atribuyó el derecho y el poder absoluto, no sólo de juzgar a toda una parte de la sociedad considerándola enemiga y traidora de la patria por su falta de lealtad a la rebelión, sino de

utilizar, como si fueran naturales y normales, estrategias de disciplina y castigo con la intención de hacer individuos a su gusto, implantando normas religiosas, morales y políticas y decisiones de venganza y rencor, sin derecho a explicaciones, con posturas arbitrarias, a menudo carentes de justificación y de verdad, sin buena voluntad para buscar medidas que aliviaran las penurias cotidianas y donde cualquier exceso tenía cabida. La pretendida y a la vez falsa unidad nacional nunca existió; no se fomentó la articulación y la integración y sí la sumisión, la confrontación y la exclusión y aquellas políticas autoritarias, que no sedujeron, sólo contribuyeron a disipar esperanzas en aquella sociedad trastocada y a crear eslabones de sometimiento, pero no de convencimiento.

La red que se tejió en el entorno social ayudó a aumentar la fuerza de cada persona y los apresamientos, los castigos, las injusticias sobre los considerados enemigos, así como las pocas posibilidades de llevar con éxito movilizaciones colectivas en su contra, les llevaron a la resignación y aumentaron la fractura social, pero no lograron desposeerles de las creencias de su vida anterior ni consiguieron la transformación o la creación de individuos renovados en base a unos nuevos modelos de pensamiento y de conducta establecidos. No consiguieron el arrepentimiento de aquello que se les imputaba como delito porque, ¿a qué o a quién estaban traicionando? y tampoco la subyugación de sus almas, ni modificaron las ideas ni los valores tradicionales ni los sentimientos individuales de unos sujetos de derecho, que lejos de perder interés, siguieron bien custodiados en el interior de cada persona y lo único que llegaron a alcanzar fue el simple acatamiento de las circunstancias, el sometimiento para poder sobrevivir, la opresión de los vencidos, la interiorización del miedo, el silencio temporal de sus voces y una lucha cotidiana entre imposición y resistencia.

Eran las voces de unos prisioneros, una gran parte de ellos muy jóvenes, que tenían mucho que contar y poco que esconder; derrotados; cansados y afectados intensamente; incomunicados de sus familias y a menudo, afligidos por el desamparo y la indefensión a la que se veían sometidos; inseguros ante un sistema desestructurado; dóciles en apariencia, que resistían, sobrevivían y gemían en silencio y sin posibilidad de elección, los sufrimientos y dolores,

físicos y morales, impuestos día tras día; privados de libertad; sin pertenencias; hambrientos y sedientos; harapientos en sus vestiduras y sucios en su físico; sometidos a las inclemencias del tiempo y obligados a padecer calor, frío... y a todo tipo de sinsabores concurrentes, complejos y de difícil solución, ya que las necesidades, ordenadas por grado de importancia, nunca llegaban a solventarse en su totalidad, dado que el alivio de un problema de vital importancia, dejaba al descubierto otra serie de fatalidades y carencias. Sin embargo y aun con todo, no eran unos hombres destruidos, vencidos ni convencidos en su fuero interno que, mucho más tarde y cuando ya fueron mayores, más allá de la venganza y de la revancha y sí en busca de justicia, gritaron, avivaron aquella llama que no se había sofocado y utilizaron su memoria y su palabra para dejar constancia y dar respuesta a tantos agravios padecidos, a tantas cuestiones ignoradas y tergiversadas, convirtiéndose así en portadores directos de un pasado de conflictos no solucionados, de esperanzas y sueños truncados y de las verdades y mentiras encubiertas, que envolvieron a aquel férreo mundo penitenciario que abarcó a la mayor parte de los detenidos. Un período que debía ser explicado y repasado para restablecer la conexión mediante el eslabón perdido de una ignorancia simulada, de un pasado que, aunque encubierto, era portador de una verdad que no se podía ni esquivar ni desdeñar y de un presente deseoso de conocer y de analizar su historia porque, para poder lograr la paz, la conciliación y la garantía de un futuro estable es indispensable, por un lado, conocer y por otro, reconocer lo que ocurrió.

Este conocimiento requiere el reconocimiento de que los sublevados y ganadores de la guerra no mostraron piedad con los integrantes del bando vencido -una parte de los cuales se sentían muy orgullosos de pertenecer a él por sus ideales y otra parte de ellos, simplemente incorporados por azar del caprichoso destino-; no pusieron en práctica la neutralidad requerida para terminar con el conflicto y garantizar una adecuada convivencia y ejercieron todo su poder a través de los Tribunales Militares, de las Cárceles, de las Comisiones de Clasificación, de los Campos de Concentración y de los Batallones de Trabajadores. Es decir, a pesar de la victoria conseguida, “en el contexto de un Estado de guerra mantenido hasta 1948, los Tribunales

Militares, los de Responsabilidades Políticas (desde 1939), los relacionados con la Causa General (1940), los de Represión de la Masonería y el Comunismo (1940), la Ley sobre Seguridad Interior del Estado (1941) o la de represión del Bandidaje y Terrorismo (1947, específica en la lucha contra el maquis) establecieron el contexto legal de un enorme entramado represivo” (Rodrigo, 2006). Ante un país destruido, donde la miseria y la represión se habían convertido en moneda de uso común, nuevos aires presagiaban tiempos prolongados de intensa dureza y de difícil convivencia entre ganadores y perdedores.

Así, el apresamiento, el internamiento, el hacinamiento, el aislamiento de su entorno, el castigo, la clasificación, la tortura, la imposibilidad de organizarse en cualquier actividad política y sindical contraria al régimen, la destrucción de identidad, la inexistencia de un deseo de reconciliación, la presión sobre las voluntades, la humillación, la disciplina con normas de dominación y encauzadas a modificar conductas, la aniquilación y la reeducación ideológica, tanto política como religiosa, para ser devueltos a la sociedad una vez regenerados a aquellos engañados y depravados, fueron de gran magnitud.

Así mismo, la utilización de mano de obra para la construcción y reconstrucción de infraestructuras estatales dentro del sistema impuesto por el franquismo a los “rojos”, a los antiespañoles prisioneros republicanos capturados durante la Guerra Civil ocupó un puesto de honor y los Campos de Concentración, cuya dirección fue encomendada a Luís de Martín Pinillos, como lugares de control y vigilancia, con condiciones subhumanas de habitabilidad, de doblegamiento y sumisión para aquéllos considerados, cuando menos potencialmente peligrosos por su ideología, a menudo con claras muestras de desorganización y descontrol, como lugares de la memoria y generadores de violencia, gozaron de hegemonía, tanto durante la guerra como después de que ésta hubo finalizado y dejaron una cicatriz imborrable.

Los Batallones de Trabajadores explican la puesta en marcha de una red concentracionaria de más de una centena de campos estables. “Y no pocos trabajos de la retaguardia franquista tuvieron como indeseados protagonistas a

los prisioneros de guerra: desde las industrias metalúrgicas a las minas de Bilbao, desde las carreteras de Santander hasta las intendencias militares de Sevilla, desde el tendido de puentes en Castilla hasta el vareado de las olivas en el Bajo Aragón". Era con su sudor con lo que los vencidos, los enemigos, debían volver a reconstruir el país, como pago a su castigo. Curiosamente, este trabajo fue regulado en mayo de 1937 a través de un cambio jurídico, con un Decreto, que era el número 281 del Nuevo Estado, "que *concedía* el *derecho* al trabajo en condiciones de peones a los prisioneros de guerra", (pero no a los presos comunes). De esa manera y ocultando la clara intención de explotación de trabajo de los prisioneros rojos, se trató de ofrecer la imagen de medida regeneradora, ventaja positiva y derecho al trabajo que se les otorgaba, como a todos los españoles; un derecho al trabajo proveniente del sistema concentracionario, en unos campos que "si bien fueron puestos en funcionamiento siguiendo las necesidades de internamiento, clasificación y reutilización de los prisioneros de guerra, sirvieron ante todo para humillar y reeducar a casi medio millón de soldados republicanos" (Rodrigo, 2006). Como dice Foucault (1979 : 33), "el cuerpo sólo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido".

Al acabar el año, había 65 Batallones de Trabajadores forzosos en la retaguardia de Franco, esclavizando a 34.000 prisioneros. El número de batallones fue incrementando y con ellos el número de personas, contabilizándose en abril de 1938, la cifra de 40.690 prisioneros trabajadores, que mediante la revisión de expedientes y la creación de batallones especializados por oficios, podrían engrosar la ocupación laboral, tanto en talleres e industrias civiles militarizadas como en trabajos pertenecientes a instituciones y a particulares. Según los datos constatados, del trabajo y explotación de los prisioneros se beneficiaron, tanto los particulares como las Diputaciones y los Ayuntamientos y también, la Iglesia Católica. "Al poco de iniciarse el que se acabaría conociendo como el "Año de la Victoria", 1939, el total de prisioneros al mando de la ICCP era de 277.103 en campos de concentración, y de 90.000 en Batallones de Trabajadores".

Los sublevados sometieron al yugo del exterminio y del dolor, a los otros, a los “rojos”, a los republicanos que, simplemente por el hecho de serlo, fueron considerados antiespañoles y dieron un puesto de primacía a un Estado “que donó para la posteridad las cifras de internamiento forzoso y de trabajo pseudoesclavizado más altas de toda la Europa meridional, y entre las más altas de todo el Viejo Continente” (Rodrigo, 2006).

Los Campos de Concentración, un lugar ex profeso para los cautivos rojos.

Los campos de concentración franquistas, que fueron centros de clasificación de los presos, nacieron carentes de legalidad, tanto de fondo como de forma, lo cual no fue un impedimento para su utilización y crecimiento. No existieron disposiciones para los prisioneros de guerra antes de 1937 y las que estaban en vigor, es decir, las de Ginebra fueron rechazadas porque no se ajustaban a las necesidades del bando franquista. Cuando las normas se pusieron en funcionamiento, éstas no se correspondieron con la legalidad internacional y “los prisioneros republicanos no fueron tratados como “de guerra” y fueron hacinados en campos con malas condiciones higiénicas; usados para trabajos militares; torturados para conseguir testificaciones y delaciones; y, como postrera cristalización de la ilegalidad de la “justicia al revés”, cuando fueron juzgados en tribunales militares tras la clasificación en los campos, jamás tuvieron derecho de apelación”.

El elevado número de prisioneros que fueron capturados en la toma del Norte del Estado español², creó la necesidad de formar recintos concentracionarios y de regular los campos de concentración existentes y las comisiones de clasificación significaron la progresiva regularización con criterios homogéneos para todo el territorio, donde la “ficción legal” de la represión aparecería en su cruda realidad a través de la “Orden General de Clasificación, Jefatura de MIR” y los primeros “Batallones de Trabajadores”. Como se ha indicado anteriormente, a partir de mayo de 1937, un Decreto otorgaba el derecho al trabajo, en calidad de peones, a los prisioneros de guerra, pero no a los presos

² Sirva el anexo número 4 como un ejemplo de esta aseveración.

comunes, una concesión que llevaba implícita la explotación de mano de obra forzosa, con largas jornadas de trabajo y condiciones que rayaban la esclavitud y los presos y los prisioneros de guerra serían considerados personal militarizado. A la vista de las cifras existentes se constata que, entre Santander y Asturias, alrededor de 75.000 prisioneros cayeron bajo el bando franquista y más del 70 por ciento de los 106.822 prisioneros clasificados en los campos, entre las comisiones de 1937, procedían de la ocupación del norte. La situación en la que miles de prisioneros se vieron involucrados, ofrecía un lamentable panorama de desorganización, descontrol, hacinamiento, deficiente alimentación y un largo etcétera de limitaciones (Rodrigo Sánchez, 2005 : 11, 37-68).

Estos campos fueron utilizados para cobijar, inicialmente, a los prisioneros que iban siendo arrestados a medida que los sublevados conquistaban terreno y tras la clasificación, los prisioneros eran dirigidos a otros destinos. La permanencia de determinados campos de concentración fue corta, dado que algunos se iban clausurando a la vez que los prisioneros que permanecían en ellos eran sometidos a consejos de guerra o integrados en Batallones de Trabajadores y otros comenzaban su funcionamiento a medida que los sublevados iban ocupando nuevos territorios. Iniciaron su apertura en noviembre de 1936, al objeto de reglamentar el tratamiento de los prisioneros, siendo regulados en 1937 a través de órdenes específicas como “la General de Clasificación de marzo y centralizados en la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros”. Empezaron a ser clausurados en 1939, aunque no faltaron los que, como es el caso del de Miranda de Ebro, que sobrevivió hasta 1947 (Rodrigo, 2006).

Según testimonios recogidos de José Mari Otsoa de Txintxetru, cuando les cogieron los italianos y les metieron en el Dueso, recibieron un buen trato y les dieron muy bien de comer. Pero, el día 2 de setiembre, llegaron los españoles. “Nosotros estábamos en una celda y por la ventana, les veíamos entrar. Empezaron a tomarnos declaración; a mí, el día 4. Me juzgaron el día 6, en el sumario número 5 y me tiraron reclusión perpetua y a otros, penas de muerte, etc. etc.”.

Por otra parte, “Juanito Ajuriaguerra no quiso declarar ante los españoles” y permanecía en una celda al final de la nave izquierda, con un guardia de asalto en la puerta. José Mari, que se encontraba en el primer piso, oyó a un guardián que le preguntaba a otro a ver dónde le había tocado, a lo que él respondió: “donde ese vasco que no quiere comer”, refiriéndose a Ajuriaguerra. Tres o cuatro de sus compañeros del Bizkai Buru Batzar, que estaban ubicados en la celda de enfrente, le pasaron una nota diciendo: “Juanito, depón la postura y declara” y “él, aun siendo el jefe de todo, admitió lo que sus compañeros le ordenaron: que dejara la postura de huelga de hambre, porque no tenía por qué declarar ante los españoles, sino ante los italianos”. Así, pues, depuso la postura y le juzgaron. “Pero hay que tener en cuenta una cosa: Que Juan Ajuriaguerra tiene un hermano médico, en Suiza, que era una eminencia; habrá muerto ya, claro y le atendió a Franco. Franco tenía una enfermedad y le traían de Suiza a Madrid para que le tratara y le llevaban otra vez a Suiza. O sea que, Franco podía fusilarle como fusiló a otros del Bizkai y demás, pero su hermano, ¡qué poder sin duda hizo ante Franco! Y Franco le salvó. Eso supongo yo y como hemos comentado en el Bizkai y en el Partido, muchas veces”.

Según su testimonio, este tipo de actuación tampoco fue única, ya que también hay constancia de que Julián Guimón, cuando estaba preso en el Puerto de Santa María, fue requerido para operar de una dolencia que padecía un jefe de Falange de alguna localidad gaditana. Afirmaba José Mari: “y dijo que no tiene inconveniente, pero que no le lleven esposado. “No, no, no; vendremos con un coche y le llevaremos y le traeremos”. Pues, sí; pero fue, le operó y volvió al Puerto de Santa María”.

Les juzgaron en tandas de veinticinco en veinticinco. “Los defensores no conocíamos nunca”. El abogado defensor y los militares que estaban en el tribunal, todos eran de muy alta graduación. Hay algo que José Mari quiso dejar bien claro y lo expresaba de la siguiente manera: “lo único que hicimos todos, esto que conste bien, todos dijimos lo que éramos, lo que habíamos hecho, la actuación que habíamos tenido. Los militares jurídicos, que eran alféreces provisionales, decían, “¿pero están tomando a broma Vds.

diciéndonos todo lo que han hecho?”. Al parecer, por la experiencia que tenían de Málaga, “allí lo que más había hecho uno, era pasar a un ciego de una acera a otra y aquí, Vds. nos están diciendo todo”. Fue terrible la honradez, el encanto o no sé qué de los vascos. Todos, todos dijimos lo que habíamos sido”. Hubo un caso curioso, el de Jesús Solaun, que en su declaración dijo que era consejero del Bizkai Buru Batzar, pero la persona que se encargó de la anotación puso conserje del Bizkai Buru Batzar. “Le echaron seis años. Bueno, una equivocación que le vino bien”.

El mes de octubre de 1937 fue un mes de fusilamientos de gente que estaba con pena de muerte, por el mero hecho de haber ostentado cargos políticos, porque “¡si nadie tenía delito de sangre!”. A uno de los que le fusilaron fue a Egidazu, que estaba herido de guerra y profirió el grito de “¡viva la República!”, en el acto de izar bandera, uno de los días en que como cada mañana y cada tarde izaban y arriaban la bandera española, al mismo tiempo que entonaban el Cara al Sol. “Al día siguiente, en ese momento, le mataron allí mismo, delante de los otros gudarís presos”. El día 15 de octubre fusilaron a catorce personas más, de cada uno de los distintos partidos políticos y centrales sindicales.

Entre los recuerdos más traumáticos que guardaba José Mari de ese período se encontraban, por un lado, el fusilamiento de los catorce, que eran todos vascos y conocidos, “dos del Partido Nacionalista Vasco, dos de Acción Vasca, dos de Solidaridad, dos de UGT, dos del Partido Comunista, dos de tal y dos de cual. ¡Qué hijos de la gran patria! Como sabían las declaraciones de todos... ¡Qué sadismo hubo! Y todo esto es Franco; aquí no hay fulano, no, no. Franco hizo todo. Franco ha firmado penas de muerte yendo en el coche. Esto, verídico, demostrado”. Y por otro lado, el de otros cuarenta y dos fusilados en el cementerio de Berria, ninguno vasco, que posiblemente estarían sin juzgarles todavía y de los cuales conocía por medio de la información facilitada por el Dueso a la Fundación Sabino Arana, los nombres y dos apellidos, a través de la partida de defunción. José Mari me confesó que sintió miedo el día que mataron a los cuarenta y dos, “sobre todo cuando dijeron que van a sacar uno por cada celda”, porque teniendo en cuenta que se encontraban siete, “el que estaba al lado de la puerta podía ser yo u otro”. “¡Venga tú, ala, fuera!”.

En muchos de estos centros o en acciones llevadas a cabo en relación con ellos y dentro de aquel período de terror que se funde entre el recuerdo y el olvido y que mezcla componentes de heroicidad, de cobardía, de lucha, de odio, de confrontación..., también abundaron las verdades a medias y la práctica de ocultación de datos, tal y como pudo comprobar José Mari, cuando involucrado en la localización de información para la obtención de un certificado de un individuo concreto, descubrió una lista de personas del Dueso que fueron fusiladas en Bilbao y en cuyas partidas de defunción aparecía: “casa, una raya; motivo, una raya; dónde estará, una raya”. Esta situación, por un lado, le llevó a posicionarse: “esto es terrible” y por otro, le indujo a pasar a la acción: “esto hay que arreglarlo”. Así, en el año 90 se dedicó a trabajar con el claro objetivo de lograr una autorización que permitiera poner al margen de la partida de defunción de cada uno de los afectados, datos tan básicos como el propio hecho de que fueron fusilados, el día en que se llevó a cabo el fusilamiento o el cementerio donde se encontraban sus cuerpos. Sin embargo y a pesar del intento en todas sus gestiones, con el paso del tiempo sólo pudo conseguir una comunicación de siete páginas en la que, basándose en normas de los años mil ochocientos y pico, le comunicaban “que no se puede poner en la partida de defunción el porqué de la muerte, porque es denigrante para la familia. O sea que, ¡uno es fusilado y es denigrante para la familia! Pues, no; no he conseguido”. José Mari depositó en el Archivo Histórico de Artea toda la documentación que poseía al respecto, por si posteriormente algún investigador quisiera continuar con la labor que él no pudo concluir³. Hoy en día y a pesar de los avances logrados en la apertura y localización de información, a través de los archivos oficiales se sigue confirmando la idea de que la dictadura fascista se dedicó, de forma sistematizada, a destruir y ocultar documentos lo que hace que, una vez más, las fuentes orales se conviertan en portadoras de incalculable valor.

Aunque sin llegar a la dureza extrema que se utilizaba en los campos nazis, donde a los judíos, además de negárseles su condición de ciudadanos se les

³ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

destruía físicamente hasta convertirlos en ceniza para no dejar huella y sin que ello tuviera ninguna importancia o donde a los prisioneros se les forzaba a correr desnudos bajo la presión de los golpes y de los perros, en los campos franquistas, creados inicialmente como provisionales, pero que pasaron a convertirse en definitivos con fuertes deficiencias de reclusión y de trato, también se practicó la exclusión, la tortura y el asesinato. Fueron diseñados con gran dureza para los considerados enemigos, para aquéllos que se habían atrevido a no acatar el orden establecido y en los batallones que formaron los trabajadores, disfrazados no pocas veces con un toque de buena voluntad y un falso manto de derecho al trabajo y que traen a la mente el letrero que se mostraba en la entrada de uno de los campos de Auschwitz y que su escritura original en alemán, traducida a castellano, significa: “el trabajo os hará libres”⁴, también se vivieron las consecuencias de unas estrategias de carácter totalitario. Así, el hacinamiento y consiguientemente, la falta de higiene; el hambre y la sed; el calor y el frío sin los recursos necesarios para poder hacerles frente; los piojos y demás parásitos; las múltiples enfermedades sin medios suficientes para poder combatirlos; la represión; la imposición; la obligación; la prohibición; el miedo y un largo etcétera, dentro de una vigilancia continua, fueron los compañeros inseparables en el día a día y en cualquier batallón.

Según el testimonio de Benito Otazua, la desobediencia o la rebelión dentro del batallón era prácticamente imposible. “Allí no se podía ni chitar; lo que decían ellos había que hacer”. Pero, a pesar de las situaciones de abuso de poder y sometimiento, dentro de una normativa estricta y de una vigilancia continua, no faltaban castigos como el que les impusieron a tres chicos de Zalla por alguna falta que se les atribuía, obligándoles a trabajar durante varios días, “con un saco lleno de tierra al hombro”. Es decir, “además de estar trabajando en la carretera, aunque en general mucho trabajo no hacíamos, pero allí teníamos

⁴ Cuando hemos llegado a este punto, no quiero pasar por alto el hecho acaecido en la fábrica de Oskar Schindler, en la que su propietario consiguió dar cobijo y protección a un gran número de trabajadores evitando, de esta manera, que terminaran en los campos de exterminio nazis. Así, mediante la posesión de una tarjeta (similar a la del anexo número 5, recogida en agosto de 2015 en el museo existente en Cracovia) que les acreditaba que estaban trabajando, muchas personas lograron salvar su vida durante la ocupación nazi en Polonia.

que estar, les castigaron con un saco terrero”⁵. Ésta podría ser, además de otra muestra de sometimiento, de degradación, de castigo efectivo para los propios culpables y de humillación del prisionero ante los demás -práctica por otro lado que se empleaba habitualmente-, una buena fórmula correctiva que sirviera como escarmiento, coacción, manipulación, medida preventiva hacia el futuro comportamiento de sus compañeros y una forma de extender el poder en varias vertientes. Por ejemplo, se reduciría el número de los posibles infractores, ya que la intimidación se anticipaba a la falta; la misma amenaza serviría para un amplio número de posibles transgresores; y, en definitiva y con todo ello, se lograría la formación de individuos obedientes y resignados al poder establecido.

Pero, el ensañamiento y los malos tratos injustificados e indiscriminados, que frecuentemente se producían, también podían ejercer otra función ante los ojos del que los sufría y de los demás, tal y como se recoge en los testimonios que Aita Patxi⁶ dejó sobre sus propias experiencias: “Por broncas no me importaba, -comenta-, pues había recibido infinidad de ellas y todas las ofrecía al Señor por medio de Andra Mari. Sentía el escándalo que recibían los hermanos trabajadores, tratando de aquella manera a un sacerdote, y por quienes decían defender la Religión” (Lopategui, 1978 : 320). Es decir, la violencia podía ejercer su poder por partida doble, por una parte, como agresión puntual y personal propia y por otra, como una segunda agresión por el sufrimiento que el significado de esa violencia lograba introducir en su entorno.

Este hecho, sin embargo, no puede contemplarse como un caso aislado, sino que fueron muchos los sacerdotes que sufrieron agresiones y excesos y como ejemplo, también José Moreno hace mención al comportamiento infundado e irracional que descargó su ira sobre muchos curas en el Campo de Concentración de Miranda de Ebro: “Estaban rezando juntos y decían que

⁵ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

⁶ Capellán del batallón Rebelión de la Sal. Su nombre era Victoriano Gondra y Muruaga; nació en Líbano de Arrieta, el 5 de marzo de 1910 y murió en el Hospital de Basurto -Bilbao-, el 6 de agosto de 1974 (Goian bego).

estaban conspirando y les tenían toda la noche con un rodillo, dando vueltas por todo el campo”⁷.

Las condiciones sanitarias que rodeaban al sistema de campos merece una mención especial, ya que a modo de ejemplo y tras una investigación efectuada en 1938, las siguientes cifras dejan al descubierto el hacinamiento imperante: “un campo como el del Palacio de la Magdalena, en Santander, estaba repleto hasta el 266% de su capacidad. El de Murgía, al 253%. En el campo del Cuartel de Infantería de Santoña había más de 3.500 internos, pero solamente podría albergar a unos 1.500: es decir, se encontraba al 234% de su capacidad. De hecho, sólo tres campos disponían de espacio libre. La gran mayoría se movía en porcentajes entre el 230% y el 140% por encima de su capacidad” (Rodrigo, 2006).

También de entre los testimonios obtenidos de Francisco Alonso, se destaca su alusión a la ocupación y permanencia de miles de personas en las dependencias de la Universidad de Deusto, dado que cada día llegaba un tren con gente de diferentes sitios como Levante, Madrid, Barcelona... y las consecuencias que ello conllevaba. Recordaba los titos que les daban para comer y la situación de los retretes, una zanja hecha en el patio y a la cual acudían, “a guardar sitio en la cola”, a las 3, a las 4 o a las 5 de la mañana; “como no tenía nada que hacer, cuando me toque el turno, pues..., ya entraré”⁸.

Así mismo, José Mari Otsoa de Txintxetru hacía una descripción de su estancia en la celda número 92, de la primera planta del Dueso: Una “suite”, en la que estaban siete y mientras que uno dormía en el catre, los otros seis lo hacían en el suelo. La sonrisa afloraba en sus labios cuando recordaba la forma en que se ponían de acuerdo para darse la vuelta. “Venga, ahora; a la derecha”⁹.

Ubicación, apertura y cierre de los Campos de Concentración.

⁷ Entrevista realizada en el Elai Alai de Portugalete, el 23 de abril de 2008.

⁸ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

⁹ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

Tabla 1. - 1936-1942¹⁰

<u>Localización</u>	<u>Años de apertura / clausura</u> <u>(si documentados)</u>
- El Mogote (Tetuán)	1936 / -
- La Isleta (Canarias)	1936 / 1937
- Lazareto de Gando	1936 / 1940
- Logroño (prov.)	1936 / 1939
- FUERTE DE SAN CRISTÓBAL (Pamplona)	1936 / 1939
- CUARTEL DE SANTA CLARA (Sigüenza)	1936 / 1939
- CUARTEL DE SAN GREGORIO (Zaragoza)	1936 / 1939
- SAN PEDRO DE CARDEÑA (Burgos)	1936 / 1939
- CEDEIRA	1936 / 1939
- TALAVERA DE LA REINA	1936 / 1939
- Badajoz (cuartel)	1936 / -
- SORIA	1936 / 1939
- Ávila	1936 / -
- Salamanca	1936-1937? / 1939
- CASTROPOL	1936-1937? / 1938
- ORTIGUERA	1936-1937? / 1938
- CANERO	1936-1937? / 1938
- MIRANDA DE EBRO	1937 / 1947

¹⁰ Rodrigo (2006). El autor hace una matización sobre la confección de este cuadro, que apareció en *Los campos de concentración franquistas, entre la historia y la memoria*: “Aun teniendo en cuenta la falta de claridad en la documentación militar en definir el campo de concentración y sus funciones, aquí se han analizado como campos de concentración buena parte de los depósitos de prisioneros -las variables nominativas van desde depósitos de prisioneros a campos de detención pero sus realidades no difieren demasiado- si estables o dependientes de la ICCP o de otros poderes militares cuales las Divisiones Orgánicas o los Cuerpos de Ejército. Se señalan en letra minúscula los centros de prisioneros de guerra que se adaptan con menos facilidad al modelo concentracionario mayoritariamente usado en la España franquista, y en mayúscula los principales campos, aquéllos de los que hay noticia a través de la documentación de la ICCP, del CGG o de los Ejércitos nacionales. Las fechas de apertura y clausura no están en muchos casos enteramente claras a la vista de la documentación militar, por lo que en algunos casos he tenido que poner un interrogante y en otras, directamente reconocer que no se puede saber tal información siguiendo los papeles de Ávila o Guadalajara”.

- MURGIA	1937 / 1939
- ORDUÑA	1937 / 1939
- Mº DE IRACHE y CASA BLANCA (Estella)	1937 / 1939
- DEUSTO (Bilbao)	1937 / 1939
- PALACIO (Lerma)	1937 / 1940?
- GRANJA AGRÍCOLA (Lerma)	1937 / 1940?
- ARANDA DE DUERO	1937 / 1939
- SAN MARCOS (León)	1937 / 1940?
- SANTA ANA (León)	1937 / -
- CÓRDOBA	1937 / 1939
- LOS ARENALES (Cáceres)	1937 / 1939
- PLASENCIA	1937 / 1940?
- TRUJILLO	1937 / 1939
- LA MAGDALENA (Santander)	1937 / 1940?
- PLAZA DE TOROS (Santander)	1937 / 1938
- Cº fútbol (Santander)	1937 / 1937
- SEMINARIO DE CORBÁN	1937 / 1939
- CASTRO-URDIALES	1937 / 1938?
- LOGROÑO	1937 / 1939
- FUERTE S. CRISTÓBAL (Santoña)	1937 / 1940
- CUARTEL DE INFANTERÍA (Santoña)	1937 / 1939
- INST. MANZANERO (Santoña)	1937 / 1939
- PENAL DEL DUESO	1937 / 1938
- LAREDO	1937 / -
- CAMPOSANCOS	1937 / 1939
- FERROL	1937 / 1939
- MUROS	1937 / -
- RIANJO	1937 / 1939
- JACA	1937 / 1939
- HARO	1937 / 1939
- VALENCIA DE D. JUAN	1937 / -
- Caserío de Osío	1937 / -
- Mº DE LA STA. ESPINA (Valladolid)	1937 / 1939
- MEDINA DE RIOSECO	1937 / 1939
- PALENCIA	1937 / 1939
- PALMA DE MALLORCA	1937 / 1939

- LLANES	1937 / 1939
- CELORIO	1937 / 1938?
- GIJÓN	1937 / 1938?
- AVILÉS	1937 / 1940
- CANDÁS	1937 / 1939
- LA CADELLADA (Oviedo)	1937 / 1938?
- LUARCA	1937 / 1938?
- ANDES	1937 / 1938?
- INFIESTO	1937 / 1938?
- POLA DE SIERO	1937 / 1938?
- RIBADEO	1937 / 1938?
- STA. MARÍA DE OYA	1937 / 1939
- CELANOVA	1937 / 1938?
- BURGO DE OSMÁ	1937 / 1939
- VILLACASTÍN	1938 / 1939
- SAN JUAN DE MOZARRIFAR (Zaragoza)	1938 / 1940
- CALATAYUD	1938 / 1939
- Barbastro	1938 / 1939
- Cariñena	1938 / -
- Binéfar	1938 / -
- Caspe	1938 / -
- Alcañiz	1938 / 1938
- CASTELLÓN	1938 / 1939
- Vinaroz	1938 / 1939?
- Soneja	1938 / 1939
- Sot del Ferrer	1938 / 1939
- Torres-Torres	1938 / 1939
- Seu Vella (Lleida)	1938 / 1939?
- SEMINARI VELL (Lleida)	1938 / 1939
- SEMINARI NOU (Lleida)	1938 / 1939
- REUS	1938 / 1942
- TARRAGONA	1938 / 1939
- CERVERA	1938 / 1939
- MANRESA	1938 / 1939
- PUERTO PESQUERO (Huelva)	1938 / 1939
- LA AURORA (Málaga)	1938 / 1939

- Alhaurín el Grande	1938 / 1939
- Torremolinos	1938 / 1939
- PLAZA TOROS (San Sebastián)	1939 / 1939
- PLAZA TOROS (Vitoria)	1939 / 1939
- PLAZA TOROS (Tolosa)	1939 / 1939
- PLAZA TOROS (Bilbao)	1939 / 1939
- PLAZA TOROS (Pamplona)	1939 / 1939
- SEVILLA	1939 / 1939
- MÉRIDA	1939 / 1939
- BETANZOS	1939 / 1939
- ÉCIJA	1939 / 1939
- ROTA	1939 / 1942?
- PADRÓN	1939 / 1939
- TORO	1939 / 1939
- ZAMORA	1939 / 1939
- PUEBLA DE CARAMIÑAL	1939 / 1939
- SAN LÚCAR (Sevilla)	1939 / 1939
- ANTEQUERA	1939 / 1939
- RONDA	1939 / 1939
- COTO DEL DUQUE (Cádiz)	1939 / 1939
- C ^a TRASANTLÁNTICA (Cádiz)	1939 / 1939
- VALDEBUENA DE DUERO	1939 / 1939
- CIUDAD RODRIGO	1939 / 1939
- SANTIAGO DE COMPOSTELA	1939 / 1939
- LA CORUÑA	1939 / 1939
- MOLLERUSA	1939 / 1939
- TORRIJOS (Toledo)	1939 / 1939
- HORTA (Barcelona)	1939 / 1940?
- TOLEDO	1939 / 1939
- El Cánem (Barcelona)	1939 / 1942
- Fuenteovejuna	1939 / 1939
- Fuenteagria	1939 / 1939
- CASTUERA	1939 / 1939
- Granada	1939 / 1939
- Aranjuez	1939 / 1939
- Pinto	1939 / 1939

- Alcubillete	1939 / 1939
- Finca S. Bernardo (Toledo)	1939 / 1939
- Ciudad Real	1939 / 1939
- Sta. María de Huerta	1939 / 1939
- Medinaceli	1939 / 1939
- Aguilar de la Frontera	1939 / 1939
- Cerro Muriano	1939 / 1939
- La Grajuela	1939 / 1939
- Los Blázquez	1939 / 1939
- Lucena	1939 / 1939
- Montilla	1939 / 1939
- Valsequillo	1939 / 1939
- La Rinconada	1939 / 1939
- Heliópolis	1939 / 1939
- Isla de Saltés (Huelva)	1939 / 1939
- San Juan del Puerto	1939 / 1939
- Puerto Real	1939 / 1939
- Armilla	1939 / 1939
- Pinos Puente	1939 / 1939
- Bucor	1939 / 1939
- Caparacena	1939 / 1939
- Padul	1939 / 1939
- Almendralejo	1939 / 1939
- Sueca	1939 / 1939
- Benaguasil	1939 / 1939
- Monserrat	1939 / 1939
- Ciudad Real	1939 / 1939
- Las Isabelas (Alicante)	1939 / 1939
- Las Agustinas (Alicante)	1939 / 1939
- Los Almendros (Alicante)	1939 / 1939
- ALBATERA	1939 / 1939
- PORTA-COELI	1939 / 1939
- ALCALÁ DE HENARES	1939 / 1939
- Alcoy	1939 / 1939
- Denia	1939 / 1939
- Orihuela	1939 / 1939

- Monover	1939 / 1939
- Perales de Tajuña	1939 / 1939
- El Pardo (Madrid)	1939 / 1939
- Chinchón	1939 / 1939
- El Escorial	1939 / 1939
- Cuartel de la Montaña (Madrid)	1939 / 1939
- Torrelodones	1939 / 1939
- Aranjuez	1939 / 1939
- Cuartel Guzmán el Bueno (Madrid)	1939 / 1939
- Carabanchel (Madrid)	1939 / 1939
- Tielmes	1939 / 1939
- Chamartín (Madrid)	1939 / 1939
- Plaza de las Ventas (Madrid)	1939 / 1939
- Leganés	1939 / 1939
- Vallecas (Madrid)	1939 / 1939
- Albacete	1939 / 1939
- Lorca	1939 / 1939
- Murcia	1939 / 1939
- Cartagena	1939 / 1939
- FIGUERAS	1939 / -
- LAVACOLLA	1939 / 1939
- MIGUEL DE UNAMUNO (Madrid)	1939 / 1942?
- Puigcerdá	1939 / -
- Seo de Urgell	1939 / -
- Granollers	1939 / -
- Bossots	1939 / -

El claro cometido de las Comisiones Clasificadoras.

Las Comisiones Clasificadoras serían las encargadas de seleccionar de entre los prisioneros de guerra, a aquéllos que podrían reintegrarse al Ejército, a los que tendrían que pagar su culpa con la cárcel, donde las medidas correctoras formarían parte del entramado implícito en la detención, o con la muerte, a tenor del juicio militar sumarísimo; los demás, serían distribuidos en Batallones de Trabajadores. Es decir, se trataba de que la diferenciación, la ordenación y el control ejercieran su poder. La Orden General de Clasificación marcaba los

criterios para la distribución de los prisioneros de guerra entre “Afectos, Dudosos y Desafectos a la causa franquista. Esta Orden, dictada el 11 de marzo de 1937, estipuló la adicción al Movimiento -la sublevación franquista- en cuatro grados, según los datos y avales que de las “entidades patrióticas”, clero, Guardia Civil y Falange local se remitieran a las Comisiones de Clasificación, instaladas por regla general (y por comodidad) en los mismos campos de concentración”. Es decir, mediante una laboriosa y minuciosa tarea, la identidad del vencido, su trayectoria de vida, su ideología política y su conducta, tanto anterior como durante la contienda, más tarde o más temprano, quedaban plenamente definidas, lo que para muchos podría significar la antesala de la muerte (Rodrigo, 2006). Tomando las palabras de Foucault (1979 : 189-195), “el examen combina las técnicas de la jerarquía que vigila y las de la sanción que normaliza. Es una mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar. Establece sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia y se los sanciona”; esto es, al amparo de una identificación escrita, el sujeto queda constituido “como objeto descriptible, analizable”, por un lado, para situarlo y contemplarlo en sus atributos originales y en su evolución particular y por otro, y tras el establecimiento de un sistema comparativo y de especificación de grupos, para asignarlo en su ubicación. Así, pues, el vencido a manos del bando franquista pasaba desde el apresamiento, al internamiento, para continuar con la clasificación y posterior envío al destino correspondiente.

Para rellenar la ficha, a los presos se les indagaba sobre la graduación, afinidad política, militancia y vinculación política o sindical. Si en el interrogatorio no reconocían su culpabilidad, se requerían avales que garantizaran la inclinación al régimen. Es decir, no era el apresador quien debía probar la culpabilidad, sino que era al prisionero a quien le correspondía manifestar su no culpabilidad. Tras la primera averiguación, los prisioneros eran clasificados en cinco categorías, de acuerdo con su apariencia de “afectos, indiferentes o desafectos” (Lafuente, 2002 : 136-137).

Se distinguirían dos grupos antagónicos: El grupo “A”, formado por los afectos al régimen y los grupos “C” y “D”, integrados por los culpables de delitos y al

mismo tiempo, se contemplaría un grupo intermedio denominado “B”, en el que quedarían englobados los considerados desafectos al régimen, pero sin que recayera sobre ellos la acusación de un delito concreto como para formar parte del mundo penal y ser juzgados. Un quinto grupo, intermedio entre el “A” y el “B”, el “AD” nacería para dar cabida a aquellos prisioneros que, bien por su información incoherente o incompleta, no pudieran encajar taxativamente en ninguno de ellos, siendo denominados “A-dudosos”.

Tras la clasificación, a los prisioneros afectos al régimen, es decir, a los del grupo “A” les otorgaban la libertad o les trasladaban, cuando estuvieran en edad militar, a las cajas de reclutas para ser integrados en el bando sublevado. Los identificados en el grupo “C” o “D” pasaban a disposición de los tribunales para acceder al universo carcelario y llevar a cabo la condena o bien para ser ajusticiados. Los componentes de los grupos “AD” y “B”, aunque no tuvieran un delito específico, en posición jurídicamente excepcional, mantendrían su condición de prisioneros y vivirían el prototipo de trabajo forzado que se realizó durante la guerra y que fue llevado a cabo por medio de los Batallones de Trabajadores (Mendiola Gonzalo y Beaumont Esandi, 2006 : 78-79).

Dentro del proceso, a través de las Cajas de Reclutas de la España Nacional se mostraban los nombres de los soldados republicanos apresados, que a medida que la guerra iba avanzando cada vez eran más numerosos. Esta acción perseguía dos objetivos: Por una parte, servía para aportar o ampliar detalles de denuncia o facilitar información sobre el grado de implicación o culpabilidad en los distintos delitos en los que cada uno pudiera haber incurrido y por otra, daba la oportunidad de mostrarse como aval, en el supuesto de que se identificara alguno como adicto al bando de los sublevados, lo que además de posibilitarle la libertad, le brindaba la ocasión de incorporarse como luchador en el bando nacional.

Sin embargo, una vez pasada la primera criba, tampoco los prisioneros se sentirían seguros durante su estancia en los batallones, sino que la amenaza del yugo seguiría sobre sus cabezas ante la posible denuncia que podía llegar de sus lugares de residencia. Estas denuncias solían ser enviadas a la

Delegación de Campos de Concentración y desde allí, al batallón donde se encontraba el denunciado. Si el prisionero se veía incapacitado para contar con personas que avalaran su lealtad al Movimiento Nacional, el comandante del batallón solicitaba un informe al alcalde, al comandante de la Guardia Civil y al párroco del lugar de residencia del cautivo, donde se recogían los comentarios sobre la identidad, ideología, conducta y comportamiento del interesado. Los datos podían aportar información de períodos anteriores a la contienda y las posibles responsabilidades estaban integradas en: “*delitos de sangre, incendiario, saqueador, rebelión armada* (asaltos a cuarteles de fuerzas del ejército, casas cuarteles de la Guardia Civil, asalto armado a conventos, iglesias o casas religiosas)”. Cuando al cautivo se le atribuía alguna implicación de las anteriores, se le conducía hasta la Guardia Civil donde podía negar su implicación y demostrar su inocencia o admitir los hechos, en cuyo caso el expediente era cursado a la Auditoría y el preso era conducido a prisión y sometido a Consejo de Guerra (Llarch, 1978 : 109-113).

Ni que decir tiene que, el fruto de la oleada de denuncias y acusaciones, en numerosas ocasiones falsas y cobijadas bajo el paraguas del odio, de la envidia y de la venganza, dio como resultado un sinfín de detenciones y apresamientos que, además de afectar directamente a los propios interesados e introducir un clima altamente negativo en lo que fue la interminable posguerra, se trasladó de una generación a otra con un gran poso de resentimiento y con difíciles visos de solución.

Al iniciar el año 1938 y a medida que los avances de los sublevados continuaban y con ello el aumento de prisioneros, la necesidad de contar con mayor número de disponibilidad en los campos se hizo inevitable, por lo que se procedió a la construcción de barracones desmontables de madera. A este respecto debe resaltarse que, si ya en los centros estables la situación era lamentable, en los provisionales, la precariedad, la falta de previsión y la improvisación en el día a día fue una constante que empeoró sus condiciones de vida. Durante el primer tercio de este año, se inició un diálogo en base a instaurar un régimen especial de campos de trabajo, en los cuales se juntarían prisioneros clasificados como dudosos y penados que comenzasen a redimir

pena por medio de sus labores descontando, de esta manera, días de condena, mediante días en los trabajos. Así mismo, en junio de este mismo año y para conseguir la correcta reclasificación de los prisioneros destinados en campos o en Batallones de Trabajadores, se creó un “Servicio Especial de Vigilancia”, llamado “de Confidencias e Información”, cuyo objetivo era “conocer en todo momento el ambiente entre los trabajadores, sus ideas y sobre todo sus proyectos, ya individuales o colectivos”, es decir, estar al tanto de cualquiera de sus movimientos, que se realizaba por medio de la delación entre los compañeros prisioneros, mediante la selección de un mínimo de cinco delatores por compañía, como si se tratasen de espías o confidentes, lo que provocaba un ambiente de desconfianza y enfrentamiento.

Según el testimonio de José Moreno, estando “en el campo de concentración, también le sacaron a un tal Tragabolas, muy nombrado en Bilbao y lo mataron”. Ignora cuáles fueron los motivos que le fueron imputados, pero sí estaba seguro “de que tenían una táctica muy buena. Ponían unos cuantos secretas y los vestían como si fueran soldados, como si hubieran venido del ejército. Durante la batalla del Ebro, pues, retrocedieron bastante y hubo unas muertes bárbaras entre los rojos y los nacionales y ya sabes, en cuanto hacías cualquier comentario...; ellos estaban a todo. Al de cuatro días, “tú, tú y tú, fuera de la fila”. Los llevaban y ya, no se les veía. Hablabas de política entre tú y yo, pero no, no podías, porque igual no sabías con quién estabas hablando”¹¹.

Entre los meses de enero y agosto del año 1938, el Ejército del Norte había llevado a cabo la clasificación de alrededor de 74.000 prisioneros; de entre ellos, el 30% fueron considerados adictos, el 30% dudosos, el 20% desafectos, el 10% jefes y oficiales del Ejército Popular y el 10% responsables de delitos comunes, lo que equivale a decir que, durante este período, 37.000 prisioneros nuevos pasaron a engrosar los grupos de trabajos forzados, “que unía confinamiento y labores militarizadas”. Durante este año, en el que ya parecía abrazarse la victoria de los sublevados a la vista del cariz que iba tomando la

¹¹ Entrevista realizada en el Elai Alai de Portugalete, el 23 de abril de 2008.

guerra, las políticas de represión, tanto en los campos de concentración como en los centros de trabajos forzados, se recrudecieron de forma significativa y con ellas, las condiciones de vida de los prisioneros (Rodrigo Sánchez, 2005 : 85-125).

Los Batallones de Trabajadores y la explotación de los prisioneros.

Como se ha mencionado anteriormente, los considerados afectos eran destinados a las trincheras del ejército de los sublevados; los desafectos eran sometidos a juicios militares sumarísimos y condenados a la cárcel o a la pena de muerte y los dudosos, aquéllos a los que por falta de datos no pudo instruírseles causas, fueron destinados a trabajos forzados donde, además de la rentabilidad económica, se buscaba la expiación de sus culpas, siempre bajo la mirada atenta y permanente del poder disciplinario. Así y tal y como estaban las cosas, muchos fueron los prisioneros de guerra de los primeros campos de concentración, que mientras se instruían sus clasificaciones, se vieron explotados a través de los Batallones de Trabajadores. Es decir, el encarcelamiento penal, siguiendo con la tónica marcada desde comienzos del siglo XIX, ha cubierto dos expectativas al mismo tiempo: “la privación de la libertad y la transformación técnica de los individuos” (Foucault, 1979 : 235).

Corroborando la información aportada por Javier Rodrigo (2006), no hay duda de que el objetivo que dio inició al funcionamiento de los campos de prisioneros fue la utilización de la mano de obra de los cautivos de guerra que estaban encuadrados en Batallones de Trabajadores, algo que se convirtió en tan habitual durante la guerra como productivo tanto para el Estado o los ayuntamientos como para los particulares y empresas que utilizaron este sistema de esclavitud. Es decir, en aquella guerra cruel eran necesarios, tanto los soldados luchando en el frente como los prisioneros trabajando en la construcción de trincheras, en el levantamiento de puentes o en el acarreamiento de víveres “y, desde luego, nadie podía renunciar a un grueso de soldados y trabajadores esclavos que ayudasen a derrotar a su propio ejército, con las consiguientes cargas de humillación y represión implícitas en

tal acto". Pero, además, se trataba de darles su castigo a los perdedores, a los antiespañoles; de humillarles y de imponerles gravosísimas jornadas de trabajo, dentro de una disciplina llena de normas y sanciones, y bajo el control de un régimen de mando, donde el acatamiento y la obediencia, sin ningún derecho a explicaciones, eran de obligado cumplimiento. Como dice Foucault (1979 : 170), "toda la actividad del individuo disciplinado debe ser ritmada y sostenida por órdenes terminantes cuya eficacia reposa en la brevedad y la claridad; la orden no tiene que ser explicada, ni aun formulada; es precisa y basta que provoque el comportamiento deseado".

Así, pues, el derecho al trabajo que se otorgaba a todos los españoles y que quedaba reflejado en el punto quince del programa de Falange Española se hacía extensible también a aquellos prisioneros, lo que originó que, a mediados del año 1937, funcionasen tres batallones como preámbulo a las docenas que seguirían prestando su servicio hasta bien consolidado el año 1942. En concreto, los 119 Batallones de Trabajadores esparcidos por todo el Estado, con sus compañías dedicadas a todo tipo de tareas y que proporcionaron importantes beneficios, provenían de los campos franquistas.

También Lafuente (2002 : 41-47 y 68) se refiere a que, el primer baluarte a partir del cual surgió y se mantuvo durante años todo el entramado en la utilización de los cautivos, se puso en funcionamiento en plena contienda y concretamente, a través del Decreto 281 de 28 de mayo de 1937, dictado en Salamanca y que, en el año 1938, el número de Campos de Concentración era, ya, de 45 y 50 los Batallones de Trabajadores que se encontraban en actividad.

Mientras duró la guerra, estos prisioneros estaban militarizados y la mano de obra de estos trabajadores fue empleada en la excavación de trincheras, en la construcción de fortificaciones, en labores de desescombro, en la reconstrucción de diferentes vías férreas, carreteras, o determinados núcleos de población, así como en las producciones consideradas de interés nacional, como podrían ser, las fábricas de armas o las explotaciones de minas.

Durante la primera etapa, el trabajo que realizaron y por el que cobraban una insignificante cantidad, fue impuesto y sin que existiera ninguna posibilidad de mostrar oposición para su realización y tampoco sirvió para redimir penas, puesto que, todavía, no estaban ni juzgados ni condenados.

En una época en la que un salario normal oscilaba entre las diez y las catorce pesetas diarias, el decreto estipulaba una remuneración de dos pesetas al día para cada preso trabajador, de las cuales, una peseta y cincuenta céntimos se destinaban a su manutención y los otros cincuenta céntimos se le entregaban en mano. Así mismo, se le asignaban dos pesetas más en el supuesto de que tuviera mujer, sin bienes o medio de vida, en la zona nacional y una peseta por hijo menor de quince años, que también viviese en la misma zona, “sin que en ningún caso pueda exceder dicho salario del jornal medio de un bracero de la localidad”.

El día 7 de octubre de 1938, por medio de una orden dictada en Vitoria y fundamentada en las teorías del jesuita Pérez del Pulgar, se instauró el Patronato para la Redención de Penas por el Trabajo, estableciéndose la posibilidad de que los prisioneros, a excepción de los comunes, disminuyeran una parte de su condena por medio de la ejecución de determinados trabajos. Esta orden se puso en marcha el 1 de enero de 1939 y uno de los cometidos del Patronato fue el “proponer al Gobierno la condonación de condena a favor de los reclusos que hayan trabajado con suficiente rendimiento”. La equivalencia entre el trabajo satisfecho y la pena reducida sufrió variaciones a lo largo del tiempo, como exigencia necesaria para reducir una parte de aquella enorme cantidad de población cautiva. Así, si al principio supuso un día de condena por cada día trabajado, en alguna época llegó a significar tres e incluso, seis días de pena por jornada de trabajo.

La Orden también otorgaba el privilegio al Estado, a las diputaciones y a los ayuntamientos para emplear, de forma prioritaria, a los prisioneros trabajadores. Además, se estipulaba que los empresarios particulares al requerir de sus servicios “pagarán a la Jefatura del Servicio Nacional de Prisiones el salario íntegro que según las bases de trabajo que rijan en cada

localidad correspondería pagar a los trabajadores reclusos si se tratase de obreros libres” y correrían con los seguros sociales fijados. Para terminar, la norma mantenía que el dinero sobrante entre la cantidad que los empresarios abonaban por la mano de obra de los prisioneros y lo que el Patronato destinaba a las familias, se embolsara a la Hacienda Pública “a beneficio del Estado”. Ni que decir tiene que, solapada bajo el manto de la magnanimidad del vencedor hacia los vencidos, la ganancia obtenida por este concepto, a cambio de una explotación desmesurada, fue excelente.

Cuando el trabajador quería percibir una cantidad adicional a las jornadas de ocho o diez horas de trabajo, añadía un número determinado de horas extraordinarias, que en muchos casos, se igualaba en número con las horas estipuladas para cumplir con un día de trabajo ordinario.

Desde el año 1939, que dio inicio el Sistema de Redención de Penas, hasta 1943, la cantidad de prisioneros y el número de destacamentos acogidos a este régimen aumentó incesantemente. Mientras que en enero de 1939, eran 300 los prisioneros integrados en el sistema, a finales del mismo año, los datos presentaban la cifra de 12.781; en el año 1940, la cantidad era de 18.739; en 1941, de 18.375; en 1942, de 23.610 y en el año 1943, el número rondaba casi los 25.000. Hasta 1942, más o menos la mitad de los presos trabajaban en el interior de las prisiones, en los denominados “*destinos*” y en los talleres penitenciarios” y la otra mitad en “destacamentos y colonias penitenciarias”. Es en 1943, cuando alcanzó su esplendor la explotación de mano de obra de prisioneros políticos en el exterior de las prisiones.

Con el fin de evitar interpretaciones erróneas, porque los dos compartían nombre, Fernando Mendiola y Edurne Beaumont (2006 : 71-83) hacen la matización de que el sistema de los Batallones de Trabajadores dependientes de Regiones Devastadas estaba compuesto por presos penados y adscritos al Sistema de Redención de Penas por el Trabajo, mientras que los Batallones de Trabajadores, que vieron la luz en el año 1937 y se disolvieron en 1940, lo estaban por población extrapenal. Es decir, queda claro que, el trabajo forzado no sólo implicaría a personas presas con condena, sino que también

involucraría a muchos de los prisioneros clasificados como Desafectos o Afectos dudosos, con dependencia directa de la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros.

En noviembre de 1937, serían 34.000 los prisioneros englobados en Batallones de Trabajadores; en enero de 1939, la cifra subiría hasta los 67.900 y en los inmediatos meses de la posguerra, el número alcanzaría los 90.000. La forma de castigo extrapenal, sin juicio ni delito, significó el primordial modo de trabajo forzoso durante la contienda, muy superior a los datos facilitados para el Sistema de Redención de Penas por el Trabajo, al que estaban adscritos 12.781 presos a finales de 1939. El sistema de Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, que se creó en 1940 sería, así mismo, la esencia del sistema de los trabajos forzados de los primeros años de lo que fue la posguerra.

Si miramos a nuestro entorno, se constata que en Euskadi hubo un gran número de presos y prisioneros que se vieron involucrados en la realización de trabajos forzados. Respecto al Sistema de Redención de Penas por el Trabajo, existen pruebas de la utilización de presos en la edificación de la cárcel de Nanclares; en diferentes tareas en Eibar, Itziar, Irun, Errenteria y Zumarraga; en la reconstrucción de lugares como Gernika y Amorebieta; en el puerto de Bermeo; en el ferrocarril que enlaza Bermeo y Sukarrieta; y en el caso de mujeres presas, en las cárceles de Amorebieta y Saturraran. Así mismo, hubo algunas empresas que fueron militarizadas como, por ejemplo, Babcock Wilcox y varios Batallones de Trabajadores y Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores prestaron sus servicios en las minas de hierro de La Arboleda, en la construcción del Aeropuerto de Sondika, en las carreteras que van de Jaizkibel y Oiartzun a Lesaka o en diversas fortificaciones de la costa vizcaína.

Aunque el sistema de trabajo cumplía su cometido y el número de integrantes en los Batallones de Trabajadores cada vez era mayor, la improvisación en la organización de los primeros momentos no dejaba obtener la productividad esperada, lo cual aconsejó la conveniencia de una inspección, que se recogió en el *“Informe Propuesta para crear un sistema de Inspección en los*

batallones”, de 29 de enero de 1.938. En el informe se hacía referencia a la dotación de mandos llevada a cabo bajo la improvisación y sin la homogeneización necesaria, lo que imposibilitaba la igualdad de criterios. Algunas de las cuestiones relacionadas con el rendimiento, que no era tan alto como el esperado o deseado, achacaban a la desmesurada benevolencia con los prisioneros, a la escasa preparación de los mandos, a los continuos traslados, a la insuficiencia de herramientas, a la asignación de las comidas...¹²

Por todo ello, se optó por establecer un “Servicio de Inspección de los Batallones y Unidades de Trabajadores”. Igualmente, la regularización en la articulación de los batallones requirió la redacción del *“Reglamento para el Régimen interior de los Batallones de Trabajadores”*, aprobado por Franco el 23 de diciembre de 1938, conteniendo numerosos aspectos relacionados con la marcha de los batallones, desde los más generales como, por ejemplo, el objetivo y la constitución, hasta otros más concretos, en relación con la repartición y residencia, con la obediencia y orden internos, con el personal militar responsable de su custodia, con la administración, con la sanidad, con las tareas y trabajos, con el sistema jurídico, con las prácticas y servicios religiosos y de propaganda...

Respecto al objetivo, el reglamento se centraba en dejar constancia de cuáles eran las diferentes finalidades por las que nacieron los batallones: la de **“compensación”** por el mantenimiento de los prisioneros; la de **“reparación”** del deterioro y de las destrucciones ocasionadas “por las hordas marxistas”, o sea, en ambos casos el cosechar un beneficio económico para los sublevados, haciendo recaer la culpa de lo acaecido sobre los prisioneros; y la de **“corrección”** del individuo, esto es, la regeneración moral, nacional y social, mediante hábitos de disciplina, de obediencia y de acatamiento adquiridos, de forma especial a través del trabajo, con el fin de garantizar su integración en la nueva sociedad, es decir, actitudes de rectificación y de enmienda que

¹² Quizá, este punto podría relacionarse con la manifestación expresada por Benito Otazua: “además de estar trabajando en la carretera, aunque en general mucho trabajo no hacíamos, pero allí teníamos que estar...”, descrita en el apartado “Los campos de Concentración, un lugar ex profeso para los cautivos rojos”.

configuren nuevos comportamientos y actitudes para integrarse en la “nueva España”.

Con relación a la constitución y a pesar de que se trataba de regularizar su tamaño y su estructura, este aspecto no siempre se respetó y algunos batallones y unidades especiales de trabajadores dispusieron de una plantilla distinta. En cualquier caso, a priori, su composición en el artículo 43, rezaba así: “1 comandante, 1 capitán, 3 tenientes, 1 teniente médico, 5 alféreces, 1 brigada, 20 sargentos, 52 cabos, 1 corneta, 68 soldados, con 600 trabajadores, los cuales por disposición posterior han sido elevados a un total de 700”. Cada batallón tendría asignado un capellán para los servicios religiosos, así como uno o dos más para llevar a cabo actividades de propaganda. El grupo quedaría repartido en cuatro compañías, cada una de las cuales integraría a unos 150 prisioneros, a 14 soldados de escolta y a los oportunos oficiales y suboficiales. La circunstancia de tener que contar con un cuerpo de oficiales con capacidad de gestión y de soldados de escolta para la vigilancia de los prisioneros, tampoco estuvo exenta de problemas.

Dentro de la plantilla, también existían posturas acomodadas y sin involucración, ni para bien ni para mal, con la situación y con las circunstancias. Así, a Benito Otazua el recuerdo de la figura de un fraile de León, que estaba en el batallón, le producía auténtica risa. Según afirmaba, su aportación era totalmente nula y su gran afición era levantar la tapa del puchero para ver la comida que había. “Aquél no hacía más que dar la misa y no sé para quién, pues, ¡si nosotros no íbamos a misa; no nos llevaban!; ya hubiéramos ido, en vez de ir al tajo. Pero, ¡comer! ¡Siempre mirando el puchero a ver lo que había!”¹³. Esta afirmación, a pesar de lo patética que pueda parecer, no produce el mismo sentimiento de frustración y desencanto que ofrecieron demasiadas de las actuaciones desacertadas que han sido declaradas y recogidas en bibliografías consultadas y que se llevaron a cabo por una parte del clero de la época, hasta convertirse, con sus testimonios y declaraciones, en responsables de muertes. Así que, por triste que pueda parecer por su

¹³ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

pobre contenido, si su misión más importante y casi única, consistía en cubrir una necesidad tan básica y tan saludable como es el comer, sin más perjuicio para nadie, pues, ¡bendito sea Dios!

Tareas y prisioneros empleados en los Batallones de Trabajadores.

Tal y como informan Fernando Mendiola y Edurne Beaumont (2006 : 83-91), existían diferentes tipos de unidades de prisioneros destinados a trabajar, pero el mayor número correspondía a los denominados Batallones de Trabajadores, siendo su tarea principal los trabajos de carácter militar, como soporte en la guerra al bando sublevado. Las labores podían ser variadas en función de sus intereses: Recogida de material bélico; recuperación de explosivos; tareas de desescombro; carga y descarga de trenes o barcos con avituallamiento de intendencia; preparación de fortificaciones, refugios, nidos de ametralladoras... Pero, el trabajo en la construcción de trincheras en tierra de nadie -entre los dos bandos-, que se llevó a cabo durante la guerra, merece una mención especial, tanto por el riesgo que podían correr sus vidas como por la simbología que representaba. Por un lado, permanecían escoltados por los soldados de los sublevados, dispuestos a disparar si pretendían escaparse, pero también se encontraban totalmente desprotegidos ante los posibles ataques del bando republicano -aunque se constata que, a menudo, eran respetados por éstos- y por otro, con su trabajo estaban contribuyendo al avance de los sublevados, en perjuicio de sus compañeros.

Agustín Eguiazabal, también nos dejó constancia de sus vivencias de cuando estuvieron haciendo trincheras en el frente: “En el frente, enseguida nos llamaban con altavoces: “Compañeros ya sabemos quiénes sois, trabajar tranquilos, no vamos a tirar ningún tiro”; exacto, no hacían. Luego, cuando nos marchábamos nosotros, ya tiraban. Pero, no sé..., nos conocían”.

Al hilo de este hecho, rememoraba otro que cuando lo narraba, no podía evitar la risa que su recuerdo le producía y que lo vivió durante su estancia en la Ciudad Universitaria. Fue en una ocasión en la que, durante el día, estaban

dedicados al levantamiento de un puente de madera sobre el río Manzanares, mientras que los republicanos les animaban diciendo: “trabajar tranquilos, muchachos; trabajar tranquilos”. Ellos continuaban con su labor, pero cuando llegaba la noche, el puente era derribado. “Tablones y todo hacíamos bastante bien, pero tiraban”¹⁴.

También, en ocasiones, la dedicación a la infraestructura de transportes tuvo un tratamiento de trabajo con fines militares, lo que posibilitó la utilización de batallones en tareas como construcción de carreteras, puentes, aeródromos, vías férreas... Pero, dentro de las tareas predominantemente civiles, la minería gozaría de gran importancia por su valor estratégico y para llevar a cabo sus labores se pusieron en marcha los Batallones Mineros, el primero de los cuales y como una primacía de los sublevados tras la conquista de la provincia, en junio de 1937, fue asignado a las minas de Bizkaia. De esta manera se conseguiría, por una parte, la obtención de divisas por la exportación del mineral y por otra, una compensación económica por la cesión de los prisioneros a las compañías mineras. Así mismo, se procedió a la formación de Batallones Especialistas cuyos prisioneros, obreros especializados, se ocuparon de la reparación de automóviles y también fueron militarizadas algunas industrias, consideradas fundamentales, que se beneficiaron de mano de obra prisionera: talleres, metalurgias, fábricas de armas...

Sea como sea, los trabajos fueron considerados esencialmente militares, tal y como quedaba reflejado en el artículo 128 del reglamento de los batallones, aunque más tarde tuvieran una evidente utilidad civil. En cuanto a la compensación económica, en el artículo 70 del Reglamento de los Batallones, también quedaba fijado que cada prisionero obtendría 1,90 pesetas diarias, en calidad de salario. De esta cantidad, 1,65 estarían designadas a su manutención por el Ejército, con lo que el salario a recibir quedaría reducido a 25 céntimos diarios. Así mismo, habría que incrementar el denominado “Asignación para gastos de entretenimiento y lavado, el cual provisionalmente se ha fijado en una cuota individual mensual que oscila entre una y dos

¹⁴ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

pesetas". Sobre la cantidad a percibir y a través de la bibliografía consultada, parecen existir ciertas discrepancias, dado que hay personas que no recuerdan haber dispuesto de esos pagos y tampoco, en todos los casos, se menciona la misma cifra¹⁵.

También, García Colmenares (2007 : 57) hace la matización de que el número de presos a comienzos de los años 40 era tan numeroso y suponía una carga tan gravosa para las arcas del Estado, que la utilización de la mano de obra de los reclusos para efectuar tareas dentro y fuera de la prisión, cumplía varios objetivos y tuvo una excelente acogida. No sólo culminaba la dictadura franquista su plan vengativo de que se reconstruyera lo destruido, sino que, bajo la aureola de la redención de penas por el trabajo, obtenía unos importantes beneficios a cuenta de los presos, a juzgar por la paga de 50 céntimos en mano, las 2 pesetas para la mujer y una para cada hijo que percibían, lo que en la mejor de las condiciones representaba el 25% de lo que cobraban los obreros en libertad. Obviamente, la diferencia del salario que aportaba la empresa privada iba a parar a las arcas de la Hacienda Pública. En cualquier caso, con ese dinero poco podrían hacer para aliviar la precaria calidad de vida.

Con relación al beneficio económico, una diferencia fundamental entre la modalidad de trabajo desarrollado por las personas que integraban los Batallones de Trabajadores y la de las encarceladas bajo el Sistema de Redención de Penas por el Trabajo consistía en que, en la primera, las tareas, generalmente eran tramitadas por el mismo Ejército, con la salvedad de la labor realizada en empresas que estaban militarizadas o en minas, con lo que el Estado era el único que se favorecía económicamente, mientras que, en la segunda modalidad, el Estado facilitaba la mano de obra que fuera requerida del personal que se encontraba preso a compañías privadas y se repartían entre ambos sus ganancias.

¹⁵ Anteriormente y siguiendo las cifras manifestadas por Lafuente, se mencionaba que el decreto estipulaba una remuneración de dos pesetas al día para cada preso trabajador, de las cuales, una peseta y cincuenta céntimos se destinaban a su manutención y los otros cincuenta céntimos se le entregaban en mano.

El detalle de cifras reflejadas en el cuadro elaborado por Javier Rodrigo (2006), deja constancia de la magnitud que supuso aquel mundo de internamiento y trabajo:

Tabla 2. - Enero de 1939

<u>Tipo de trabajo</u>	<u>Número de prisioneros empleados</u>
- Carreteras y pistas	17.700
- Fortificación	12.100
- Intendencia	3.750
- Ferrocarriles	1.350
- Aviación	1.250
- Minas y contraminas	700
- Explotaciones mineras	550
- Desescombro y reconstrucción	500
- Sanidad	150
- Varios	2.950
Subtotal	41.000
- OTROS	14.250
- Sin recepción de diario de trabajos	12.650
<u>TOTAL</u>	<u>67.900</u>

Estas cifras, a pesar de su volumen, no se detuvieron. “30 Batallones en el Ejército del Norte, 12 en el de Levante, 22 en el del Centro, 16 en el del Sur, 2 de la Jefatura del Aire, 6 de Abastecimiento, 7 de Ferrocarriles, 2 en Marruecos, 11 de Recuperación de Automóviles, 2 de Mineros, 1 del CT, 1 de

FET y de las JONS, 3 en la Octava Región Militar, 3 del Servicio de Caminos de la zona Norte, 1 del Ministerio de Orden Público: 119 Batallones sería el legado del trabajo forzado para la dura posguerra, con 87.589 soldados trabajadores encuadrados en los mismos que emplearían a 43 jefes, 61 capitanes, 182 tenientes, 456 alféreces, 26 capellanes, 33 médicos, 23 brigadas, 1.437 sargentos, 1.837 cabos y 9.114 soldados de escolta”; es decir, toda una industria de uso y abuso.

A partir de enero de ese año y después de la pérdida de Teruel, Franco retomó la iniciativa bélica y la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros (la ICCP) procedió, por medio de barracones desmontables, a la ampliación de los campos próximos al frente aragonés; acción que corrió paralela a la búsqueda de nuevas ubicaciones, a medida que prosperaban los avances territoriales (Rodrigo, 2006).

Con la mano de obra de los cautivos se prepararon embalses, se llevaron a cabo tareas en redes ferroviarias, se levantaron lugares devastados por la contienda, se construyeron cuarteles y viviendas de protección oficial, fábricas, campos de fútbol, aeropuertos, avenidas, plazas, puentes, carreteras, cárceles y centros penitenciarios... y un sinfín de tareas más. En definitiva, su aportación en todos y cada uno de los oficios y categorías de los diferentes sectores y profesiones, en empresas públicas y privadas, constituyó un gigantesco e inigualable impulso para la maltrecha economía del país. Una construcción y reconstrucción que Franco no se cansó de inaugurar y atribuirse como mérito personal, ante lo que consideró que había sido y tampoco se cansó de propagar, una destrucción enemiga.

Por cercanía, por la parte que nos corresponde y a modo de ejemplo, cabe citar que en 1943, alrededor de 150 trabajadores, por mes, se dedicaron a la construcción del aeropuerto de Sondika o que, entre 1953 y 1958, la empresa Banús se ocupó de la ampliación del puerto de Bermeo, también mediante el trabajo desempeñado por los presos.

Además de los enumerados hasta ahora, muchos fueron los trabajos que las decenas de miles de hombres y mujeres de talleres penitenciarios, pertenecientes al bando republicano y obligados a trabajar como cautivos, realizaron a lo largo de todo el Estado: Juguetes, pupitres, crucifijos y carcasas de radio, todo ello fabricado en madera; ropa, -interior y exterior-; maletas, maletines, bolsas de viaje y carteras para colegiales; platos y cubiertos; imágenes labradas; escobas de múltiples modelos... (Lafuente, 2002 : 71, 98-99 y 106-108).

Pero, si quisiéramos referirnos a una obra faraónica realizada con una gran parte de mano de obra de débiles prisioneros del bando republicano, que de esta manera redimían parte de la pena impuesta, en función de la fórmula “1 día de trabajo = 5 días de remisión de pena”, a pesar de que muchos y dadas la dureza del trabajo y las escasas medidas de seguridad existentes, encontraron la muerte antes que la libertad y que ha pasado a la posteridad con un importante contenido polémico y continúa siendo en nuestros días objeto de debate, ésta podría ser “El Valle de los Caídos”. Una obra gravosa económicamente, realizada en una época en la que el país no sólo padecía la restricción de alimentos, sino que el hambre era protagonista en muchos hogares y donde las escuelas y los hospitales escaseaban.

Su construcción, ordenada por Franco “para perpetuar la memoria de los caídos de nuestra gloriosa Cruzada”, abarca desde el año 1940 hasta 1958 y en sus entrañas y bajo una cruz de 150 metros de altura reposan, aunque las cifras son difíciles de cuantificar con exactitud, los cuerpos de alrededor de 34.000 combatientes en la Guerra Civil, de ambos bandos, muchos de los cuales fueron trasladados allí sin el conocimiento y consecuentemente, sin el consentimiento de sus familiares; es decir, de forma ilegal, desconociéndose la identidad de la mitad de los enterrados y barajándose la posibilidad de que fueran recogidos de diferentes fosas comunes de ambos frentes tras la guerra y hasta 1983, lo que hace prácticamente imposible su identificación.

En la explanada está situada la entrada a la Basílica, que se haya a cargo de la comunidad benedictina y para su realización se excavaron 200.000 metros

cúbicos de roca y tras el altar mayor, se encuentran enterrados los restos de José Antonio Primo de Rivera, fundador del Partido Falange Española y de Francisco Franco.

Este monumento ha recibido, a través de los años, tanto la visita de incondicionales simpatizantes de Franco como de los que también se han acercado, pero para escupir sobre su tumba. Así mismo y hasta hace poco tiempo, cada 20 de noviembre se convertía en punto de encuentro para los ultraderechistas seguidores del franquismo y de José Antonio.

Sobre la continuación y el destino de esta obra, que aparece fría, triste y hoy, seriamente deteriorada, existen opiniones encontradas. Dentro de las acciones llevadas a cabo referentes a la aprobación de la Ley de la Memoria Histórica, algunos partidos propusieron, sin que contaran con el beneplácito de otros partidos ni con el apoyo de la Iglesia Católica, usarla como recuerdo del comportamiento llevado a cabo por el franquismo, tanto durante la Guerra Civil como durante la dictadura y rememorando que en su construcción intervinieron prisioneros políticos.

El 16 de octubre de 2007, la Comisión Constitucional del Congreso aprobó el proyecto de Ley de Memoria Histórica, en la que consta un artículo consensuado con el apoyo de todos los partidos y que hace referencia al Valle de los Caídos. El artículo incluye una regulación que vacía al recinto de contenido político, que lo convierte exclusivamente en lugar de culto religioso donde se honre a todos los caídos de la Guerra Civil y de la represión política y donde no puedan realizarse actos de naturaleza política.

Aun así y dentro de la polémica que se ha creado sobre este tema, no son pocas las voces que se alzan sugiriendo la permanencia de José Antonio, como le corresponde por ser un caído de la guerra, pero que sus restos sean trasladados a otro lugar de la Basílica y exigiendo que sea eliminada la tumba de Franco; un hombre al que muchos consideran un dictador, un criminal y un asesino; un verdugo al que extraña ver compartiendo lugar con sus asesinados; el único caído que no cayó en la guerra, sino que murió en la cama

de su hogar. Así mismo y buscando una similitud, tampoco son pocas las personas que se plantean cómo se vería la figura de Hitler o de Mussolini ocupando, como en este caso, un puesto de honor y también son muchos los que no entienden, una vez más, el papel que ha jugado la Iglesia en este tema y esperan, por su parte, una petición de perdón.

Nueva reorganización con garantía de continuidad.

Cuando terminó la guerra, Franco convirtió en culpable a todo aquél que hubiera mostrado oposición a la sublevación. Las cárceles quedaron abarrotadas de gente hasta tal punto, que hubo un momento en el que para poder controlar la situación, fue necesario entreabrir sus puertas para dar salida a los presos, comenzando por los que tenían condenas más bajas para proseguir, de forma escalonada, con las condenas más importantes. Pero, aquel trasiego de prisioneros, que a finales del año 1940 se estiman en 280.000, cumplió dos objetivos. Por un lado, quedaron reflejados sus nombres en un fichero y como tras cumplir el castigo lo que obtenían era una libertad condicional, permanecían constantemente en la cuerda floja, ya que cualquier falta o acusación era suficiente para poder volver a prisión. Por otro, conservó articulado el método de explotación de presos. Es decir, disminuyó la población reclusa y aumentó, en la misma medida, la plantilla de prisioneros para la realización de múltiples tareas. Más tarde, concretamente en 1944, e inicialmente a modo de tanteo, se crearon grupos de presos comunes para la realización de diversas tareas y antes de terminar el año, el Código Penal instauró la redención de penas y otorgó el derecho al trabajo a todos los presos sin distinción. El día 9 de octubre de 1945, el dictador promulgó el indulto total para los condenados por infracciones de rebelión perpetradas del 18 de julio de 1936 al 1 de abril de 1939.

Para beneficiarse del gran número de trabajadores con los que Franco se encontró al finalizar la guerra, se puso en marcha un soporte de destinos que se sustentarían con su mano de obra: “Los destacamentos penales, las colonias penitenciarias militarizadas, los batallones disciplinarios de trabajadores, los talleres penitenciarios y los destinos dentro de las propias

cárceles”. A excepción de los destinos, en los que los presos eran utilizados en el cuidado y conservación de las cárceles, el resto, aunque con diferentes matices de regulación u ordenamiento, todos cumplieron con la finalidad de proporcionar al Estado o a un conjunto de empresas, una mano de obra impuesta, muy económica y siempre dispuesta para poder ser utilizada.

Los destinos se referían a los trabajos que podían llevar a cabo los presos que estaban condenados a penas menores, dentro de la misma cárcel: cocina, limpieza, barbería..., así como a otros que requerían una mayor especialización: médicos, practicantes, maestros..., también realizados por los reclusos en las cárceles, en hospitales penitenciarios o en los destacamentos penales.

Los destacamentos penales fueron el medio más utilizado por la Dirección General de Prisiones, para poner a un gran número de presos a disposición de los diferentes organismos del Estado, de las administraciones, de las diputaciones, de los ayuntamientos, de Falange, de la Iglesia, de empresas privadas...

Las colonias penitenciarias militarizadas fueron creadas para surtir de trabajadores a las obras requeridas por los departamentos ministeriales, además de las que necesitaban una rápida realización y fueran consideradas de interés nacional. Las colonias penitenciarias poseían carácter militar y una compleja organización interior. Se distribuían en agrupaciones y batallones dirigidos por jefes y oficiales del Ejército.

Los Batallones Disciplinarios de Trabajadores se implantaron durante la guerra y fueron los primeros batallones obligados a realizar trabajos forzados. A ellos fueron asignados los cautivos que estaban confinados en campos de concentración y que, aun sin pesar sobre ellos ninguna denuncia concreta, estaban identificados como desafectos al régimen. Mientras se tramitaba el proceso contra ellos o aguardaban la recepción de los avales, los prisioneros eran trasladados a la cárcel o conducidos a Batallones de Trabajadores, donde realizaban tareas de gran dureza.

Una vez finalizada la contienda, los jóvenes de las quintas del 36 al 41 que habían peleado a favor del bando republicano y que eran considerados “desafectos”, también fueron destinados a estos batallones, en lugar de ser asignados a cuarteles militares, para cumplimentar el servicio militar. Así mismo, también engrosaron sus listas, los que habiendo satisfecho ya una primera condena, dependían de quintas que todavía estaban movilizadas y fueron convocados a filas meses después de abandonar la prisión, así como los castigados a penas menores que, de acuerdo con la ley, no podían acortar condena en destacamentos penales (Lafuente, 2002 : 47-62).

Así, pues, el sistema de batallones tuvo una notable reorganización en los primeros meses de 1940, con la remodelación ministerial que afectó al Ejército al finalizar la guerra. Se instauraron tres ministerios militares: el de Marina, el del Aire y el del Ejército, cada uno de los cuales estaba ocupado a un cuerpo diferente. Se llevó a cabo una reordenación que afectó a la represión extrapenal propia de los campos de concentración y de los Batallones de Trabajadores, aunque ello no significaba la desaparición de la estructura administrativa ni de sus objetivos básicos, sino que mantuvo su continuidad.

Durante el año 1939 se efectuó una importante variación en la administración de campos y batallones; se disolvió la ICCP y se creó la Jefatura de Campos de Concentración y Batallones Disciplinarios, comprendida en el Ministerio del Ejército. Desde mediados de 1940, los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores serían el soporte de la Jefatura y de la explotación de mano de obra extrapenal, lo que posibilitaría prolongar el sistema de concentración después del período de la contienda, siendo la pieza esencial en la reorganización de los batallones, la normativa respecto al servicio militar; concretamente la Orden del 20 de diciembre de 1939 sobre Servicio Militar y Marina (Ministerio del Ejército).

Esto es, en la orden se hacía referencia a los mozos presentes en filas correspondientes a los reemplazos de 1938 a 1941, pero únicamente a la parte

que estaba en la zona liberada en el primer año de campaña. Por tanto, para enderezar el justo cumplimiento, se hacía necesario modificar los alistamientos de los reemplazos referentes a los años de la guerra y a los que habían adelantado su ingreso en el Ejército Nacional, comprobando la clasificación de los antecedentes. Como consecuencia de ello y aunque hubieran cumplido, parcial o totalmente el servicio militar, no se les tenía en cuenta a los jóvenes reclutados por el Gobierno republicano. El artículo 2 de la citada orden rezaba de esta manera: “El alistamiento alcanzará a los mozos de los reemplazos comprendidos entre el año 1936 y el del año 1941, ambos inclusivo, haciendo los alistamientos de cada año por separado”. De esta forma, se consiguieron varios objetivos: continuar con el alistamiento de los reemplazos que estaban haciendo la mili; aumentar el número de soldados; discriminar en el empleo de armas a quienes pudieran ser dudosos y clasificar a cada persona a tenor de la ideología política.

Indudablemente, el control político influyó en los jóvenes que ya habían sido clasificados durante la guerra y que habían sido incorporados a Batallones de Trabajadores, por lo que, el traslado de uno a otro se realizaría, o bien, automáticamente, o bien, tras un breve espacio de tiempo en el entorno familiar. Todo ello dio como resultado, el que miles de jóvenes siguieran condenados a trabajos forzados, sin que pesara sobre ellos ningún delito.

Queda clara, pues, la continuidad entre un tipo de batallón y otro, ya que a estos nuevos Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores serían asignados los considerados desafectos. Es preciso puntualizar que, las normas destacaban una novedad que hacía referencia a las categorías de clasificación en las que quedarían integrados los individuos y que constaban de tres apartados: “Afectos, indiferentes y desafectos. Esta última se expresará públicamente, y en las tarjetas de depuración, con una D”.

Como puede apreciarse a través de lo que antecede, la cuestión política sería un elemento fundamental en la clasificación de los componentes de estas quintas y en su integración en Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores; batallones a los que también serían asignados aquellos presos

comprendidos en edad militar y que habían alcanzado la libertad condicional a mediados de 1940.

Tras el proceso de clasificación y tal y como se especifica en la documentación de la Jefatura de Campos de Concentración y Batallones Disciplinarios (JCCBD), los jóvenes considerados “desafectos” eran trasladados a campos de concentración, para la formación de los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores. A tenor de los datos facilitados por esta Jefatura, en julio de 1942, se constata que había “46.678 Soldados Trabajadores (reemplazos en filas clasificados “D” por Cajas de Recluta y Cuerpos)”. Estos “soldados trabajadores” configuraron el grueso de la Jefatura de Campos, en el que también se encontraban los “emboscados”, los “extranjeros” y los “sancionados por la Fiscalía Superior de Tasas”.

Los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores funcionaron, hasta su disolución, con el reglamento fijado para los Batallones de Trabajadores que se aprobó en 1938; es decir, en los dos casos los “soldados trabajadores” estaban incluidos en la estructura militar, pero sin tener ninguno de sus atributos; esto es, sin uniforme militar, sin armas y sin tener que jurar bandera. Así mismo, en las dos circunstancias los prisioneros estaban custodiados y observados por personal armado, concretamente, por “soldados de escolta”, tanto en los tajos como en los barracones o campamentos, lo que nos posibilita a emplear, en ambos casos, la consideración y el término de prisioneros.

Pese a que la mayoría de los batallones pertenecían a la misma categoría, había tres variedades que merecen una particular alusión. El “BDT 75”, dedicado a los prisioneros que se hallaban castigados por cuestiones disciplinarias; los “BDST (prófugos)”, designados a quienes estuvieran involucrados en intentos de fuga en un Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores normal y los “Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores (Penados)”, que permanecieron hasta 1948. Estos batallones nacieron en 1941 y a ellos fueron encaminados aquellos presos penados que se encontraban comprendidos entre las quintas de 1936 y 1942, que se hallaran en libertad condicional o los que estuvieran sancionados por la fiscalía de tasas; un tema

que ya estaba planeado desde agosto de 1940 con la Nueva Ley de Reclutamiento, en la que se hacía referencia a la ejecución del servicio militar de los presos. Esta ley mencionaba que, los que estaban clasificados “separados temporalmente fuera del contingente” por estar llevando a cabo condena que cumplieran antes de los 45 años edad, en el caso de que alcanzaran la libertad antes de los 30 años de edad y hubieran demostrado buena conducta, serían asignados a los Cuerpos del Ejército de Tierra y Aire que les perteneciera y aquéllos que lograsen la libertad, después de cumplidos los 30 años de edad, que hubieran demostrado mala conducta, serían enviados a Batallones Disciplinarios o de Trabajadores.

Más tarde, en concreto en agosto de 1941, se originaría la orden que decretaba la entrada de estos jóvenes en unos Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores especiales, los llamados “Penados”. Nuevamente aparecería un castigo para los perdedores, que se materializaría a través del servicio militar, aunque ya lo hubieran cumplido con la República en el transcurso de la guerra y cuyo resultado se traduciría en beneficio económico para los ganadores. Una vez más se les llevaría a campos de concentración, en aquella ocasión, a los de: Reus, Miranda de Ebro y al de Miguel de Unamuno, de Madrid.

La orden con la disolución de los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, en octubre de 1942, hacía una mención especial a “los batallones de penados y de los condenados por la Fiscalía de Tasas”, instaurando su continuidad. Más tarde y concretamente, en diciembre de 1942, el Estado Mayor notificó a la Dirección General de Servicios la estructuración de dos Agrupaciones: una, con los cuatro batallones que se implantaron en África y otra, en la segunda región militar. Estas agrupaciones y aun teniendo en cuenta que varios batallones desaparecieron en 1945, no se deshicieron hasta 1948.

Al igual que ocurrió con los Batallones de Trabajadores, la vida de los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores también estuvo muy unida con la organización administrativa de los campos de concentración y se disolvieron a la vez que la estructura de los campos, por medio de la Orden del

28 de octubre de 1942. Anteriormente a esta desvinculación de la Jefatura, la orden también marcaba el destino de los componentes de esos batallones.

Desde entonces, aquellos clasificados como desafectos dejarían de encontrarse en unidades especiales de castigo y con dependencia de una estructura claramente punitiva, como era la Jefatura de Campos de Concentración, para incorporarse a Unidades del Ejército. Es a partir de ese momento, cuando esas personas estarían cumpliendo realmente con el servicio militar, situación que, en la mayor parte de los casos, se prolongaría hasta finales de 1943.

Hasta su desaparición, los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores fueron el principal eje del sistema de trabajos forzados durante la posguerra, puesto que el número de personas que los integraron significó casi el doble de los que se vieron admitidos por el sistema de redención de penas por el trabajo, que eran: 18.781 en 1940 y 23.610 en 1942, un número muy inferior a los más de 45.000 que se dieron en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores en el año 1942, la mayoría de los cuales, a excepción de los integrados en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores (Penados), habían entrado en los batallones en el año 1940.

Los trabajos forzados afectaron a una gran diversidad de personas: a aquéllas que habían llevado a cabo una actividad política durante la República o durante la guerra; a aquéllas que tenían tradición política, pero sin responsabilidades; a aquéllas que estaban afiliadas, sin más, a partidos políticos o a sindicatos o a las que mostraban simpatía hacia ellos; además, también se vieron involucrados aquellos jóvenes que, simplemente, no lograron los avales requeridos. Es decir, verse integrado en esos batallones, no significaba ser responsable ni culpable de delito alguno (Mendiola Gonzalo y Beaumont Esandi, 2006 : 91-123).

PRISIONEROS Y TRABAJADORES

EN UN UNIVERSO DE

TEMOR, HUMILLACIÓN Y EXPLOTACIÓN

*Hegoak ebaki banizkio
nerea izango zen,
ez zuen aldegingo.
Bainan, honela
ez zen gehiago txoria izango
eta nik...
txoria nuen maite¹.*

El uso de la violencia o la posibilidad de poder ejecutarla, con la intención de imponer la propia voluntad contra la resistencia de otro, crea actores enfrentados que se convierten en dominadores los unos y dominados los otros y de todo el enredo de odio, rencor, resistencia... se va confeccionando un espeso tejido de sufrimiento social, con heridas profundas y a veces, con escasas posibilidades de que deriven en cicatrices de esperanza. Esto es lo que ocurrió durante el período que estamos analizando porque, si se trataba de dar un castigo a los prisioneros de guerra, a aquéllos que no habían querido sucumbir ante las imposiciones de los sublevados y acatar sus órdenes, nada mejor que herir su dignidad humana mediante la puesta en marcha y aplicación de técnicas represivas y de exclusión como las que se llevaron a cabo en los Batallones de Trabajadores, a través del entramado creado al efecto por el régimen franquista y que conllevaron un alto contenido de *Violencia política*, *Violencia estructural*, *Violencia simbólica* y *Violencia cotidiana*; acciones, por otra parte, que no fueron mitigadas a medida que la victoria se hacía evidente sino que, por el contrario, fueron endurecidas.

A pesar de que no es posible extrapolar, de forma generalizada, cada una de las experiencias recibidas e integrarlas en un único marco que sea válido para

¹ Si le hubiera cortado las alas habría sido mío, no habría escapado. Pero así, habría dejado de ser pájaro y yo... yo lo que amaba era un pájaro. (Txoria txori, canción de Mikel Laboa).

todos los prisioneros, en este trabajo de investigación y a través de las aportaciones recogidas, tanto de las personas entrevistadas, cuya fuente de información ha sido muy valiosa para la confección de los relatos, como de la bibliografía consultada, se constata que hubo una serie de condicionantes, como pueden ser, además de la falta de libertad en sí misma, el miedo, la amenaza, el maltrato, el castigo, la tortura, la muerte, el hambre, la sed, el frío, el calor, el hacinamiento, la suciedad, la carencia de ropas medianamente válidas para ser utilizadas, los piojos, las enfermedades, las humillaciones, el desprecio, la desesperación..., que formaron parte de las vivencias de la mayor parte de los prisioneros y con cuyo sufrimiento se sintieron plenamente identificados.

Miedo manifiesto y latente.

El miedo fue una muestra más de dominación bajo el concepto de disciplina, una especie de guerra interna que se materializaba ante una vigilancia continua o intermitente que era difícil de controlar para quienes la padecían y que, precisamente, era ahí donde radicaba una parte de su éxito; una observación que favorecía la comprobación de las presencias y de las ausencias, que evitaba la circulación y la huida de los prisioneros, lo que da una idea del estado de tensión y alarma que reinaba y como consecuencia de tal situación, la dificultad de llevarse a cabo insubordinaciones generalizadas o colectivas. Tomando las palabras de Foucault (1979 : 225), “las Luces, que han descubierto las libertades, inventaron también las disciplinas”, dentro de desigualdades y asimetrías de funcionamiento, relación y poder.

Benito Otazua conservaba en su memoria y no dudaba en afirmar, que las normas en el Batallón de Trabajadores eran muy estrictas y la violencia psicológica, usada sin ninguna necesidad, pero sí como estrategia de infundir temor, era grande porque, “Jesús, allí, según aquello, te fusilaban por cualquier cosa. ¡Ene!, además, nos leían para meter miedo. No podías salir de allí, ni a orinar, así que, olía a demonios. Nadie se quería mover mucho porque, igual le pegaban un tiro si se separaba mucho y claro, con una letanía, con unas

amenazas... Que si alguno se pasaba no se marchaba, fusilaban a no sé cuántos...". Es decir, era un ambiente impregnado de inseguridad, de alerta constante ante la perseverante amenaza de muerte, de incertidumbre e inestabilidad por el hecho de sentirse dependiente de la buena o mala disposición de los controladores... En definitiva, propiciaba un clima de presión y angustia ante una violencia que, en principio, parecía potencial, pero que llegado el caso, tampoco quedaba reducida a una simple amenaza ni hacía temblar la mano a nadie para convertirla en real, sino que se realizaba con relativa frecuencia en todos los batallones -tal y como se ha podido constatar a través de los testimonios de los prisioneros, donde no es habitual encontrar a alguien que no haya conocido o presenciado alguna muerte en su entorno- e incluso, ocultando en los Registros Civiles la verdadera causa del fallecimiento. Un clima que cumplía su objetivo y creaba una espesa atmósfera cargada de control y terror y un estado de perturbación y peligro que repercutía de forma persistente en el ánimo de los cautivos, con mayor o menor intensidad, dependiendo de cada persona, como un fantasma convertido en tragedia humana.

Con respecto a las fugas, una idea que rondaba por muchas de las mentes de los prisioneros y a pesar de que en la documentación oficial disponible para los investigadores en los archivos militares, el número exacto resulta difícil de cuantificar, todo parece indicar que, si bien no todos estuvieron dispuestos a doblegarse ante aquella vida impuesta hasta que les otorgaran la libertad, los intentos de fuga no se produjeron de forma masiva y la resignación fue la tónica general en la mayoría de los Batallones de Trabajadores. Pese a ello, también es cierto, que el hecho de que existieran lugares próximos a una frontera y de que la posibilidad de recibir ayuda por una parte de la población civil fuera factible, produjo cierta intranquilidad y malestar entre las autoridades militares. En cualquier caso, sólo el intento constituía una auténtica heroicidad. Por una parte y siguiendo con una práctica bastante habitual utilizada en la formación de los Batallones de Trabajadores, para evitar que los prisioneros desafectos pudieran pasarse a la zona republicana el frente estaba lejos², lo

² En otra parte de este trabajo y a través de los testimonios recogidos, también se muestra que la cercanía de los frentes y su peligrosidad eran evidentes.

que hacía que la posibilidad de escapar con éxito entrañara un alto porcentaje de dificultad y por otra, el fracaso en el intento en caso de ser descubierto, conllevaba unas consecuencias ciertamente dramáticas, incluso la muerte.

Aun así y a pesar del riesgo, también existían situaciones de rebeldía, tal y como lo confirmaba Benito y “un asturiano se fugó; sí”. Era un domingo en el que estaban en Sabiñánigo y aprovechando que todo el grupo se dirigió al río, “siempre con escolta, a limpiar los platos” -los ríos podían servir, en muchas ocasiones, además de para realizar esta tarea, para lavarse ellos mismos, para beber agua, para depositar los excrementos...-, logró esconderse “y se marchó al otro lado”. Nunca supieron, porque su silencio lo mantuvo custodiado como el mayor de los secretos, si el motivo que le impulsó a aquel hombre a tratar de volver a recuperar su libertad, a no resignarse, a no doblegarse o a no querer admitir aquella vida impuesta, fue la valentía, la imposibilidad de poder afrontar con éxito aquella trágica existencia o ambas cosas a la vez, pero, en cualquier caso, nunca más volvieron a saber de él; se marchó para siempre.

Pero, aparte de la dificultad que entrañaba el hecho en sí mismo y a pesar de que las posibilidades de lograr con éxito el objetivo podían ser superiores en los Batallones de Trabajadores que en las cárceles, por el tiempo que pasaban en el exterior realizando trabajos, en la preparación había que tener en cuenta factores, tales como, la absoluta seguridad de que ante una propuesta de fuga, se trataba de alguien que ofreciera total credibilidad y no de un engaño; la prudencia y la reserva en la preparación de la fuga ante posibles chivatos, una circunstancia nada desdeñable en base a los cambios de conducta que se originan por la propia ambigüedad que caracteriza al ser humano; la presión y las consecuencias que el hecho podía conllevar para los compañeros o para la propia familia; la dificultad de dónde ir, tan débiles como estaban; la falta de dinero; la delación de las ropas o el problema de a quién dirigirse en busca de ayuda y con garantía de protección y con ello, los márgenes de poder sobrevivir una vez lograda la libertad. Además, a todo esto, había que sumar y contemplar la situación personal de cada uno. Así, por ejemplo, Benito sentía un peso añadido, la responsabilidad del valor indirecto que significaba para él escapar porque, “sí, yo estaba allí, pero mi padre estaba preso en la prisión de

Astorga". Por eso, cuando un gran amigo suyo, un tal Zarraga de Areeta, le animaba y le decía: "¡jo, vamos a pasarnos al otro lado!", a él le era imposible dejar de pensar en la repercusión que la acción tendría para su padre que estaba preso y su contestación siempre era: "que yo no puedo pasar; yo no puedo pasar; que mi padre está en la cárcel y si me pasase al otro lado, mi padre lo pasaría muy mal en la cárcel; yo no puedo pasar. Yo no podía; imposible; no podía"³.

En algunos casos, la construcción de trincheras en tierra de nadie o la propia cercanía entre los dos frentes era un aliciente más que invitaba a buscar la libertad por medio de la fuga, aunque esta circunstancia para nada garantizaba su éxito. Una prueba de ello es el hecho de que, entre los recuerdos más fuertes y dolorosos que conservaba Agustín Eguiazabal, figuraba el fusilamiento de cuatro individuos que pagaron con su vida "el haber intentado pasar al otro lado y que les cogieran entre dos líneas". De estos cuatro chicos, un par de ellos pertenecían a una parte de su misma compañía que estaba dividida en dos. "¡Fue para nosotros más..., más triste...! A los dos primeros, ya vimos; nos llevaron a verlos, pero a los otros, no nos dejaron". Nuevamente, la pena de la experiencia vivida reaparecía y quedaba reflejada en sus palabras: "Uno de ellos era de Durango; uno de ellos tenía otro hermano y no le dejaron verle". A continuación, la sensación de injusticia que en su momento sufrieron; aquellos sentimientos que, por una parte, gritaban dentro de sus almas ante unas vidas que habían estado llenas de valor e ilusión y que fueron truncadas en plena juventud y que, por otra, no podían ser exteriorizados, parecían volver a aflorar en forma de impotencia: "Siempre se siente cuando está un compañero así, de esa forma y fusilarle de cualquier manera..., pero, ¿qué íbamos a hacer?"⁴. Estos chicos fueron unos entre los muchos cautivos que llegaron a experimentar la represión hasta el final, hasta sus máximas consecuencias, hasta su muerte y con ella se fueron sus sufrimientos, sus penas, pero también sus disfrutes y sus futuros. Supieron resistir, pero no ganaron y de sus miedos, de sus angustias de los últimos momentos, de su

³ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

⁴ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

desolación, de la soledad ante un final seguro o de su porvenir truncado, mucho podremos hablar, opinar y compadecernos, pero nunca llegaremos a conocer su profundidad y su alcance porque, aquellos sentimientos nunca pudieron ser contados por los propios sufridores, sino a través de los testimonios, siempre incompletos, de sus compañeros; es decir, de aquellos testigos que, a pesar de formar parte del mismo colectivo y de experimentar un gran dolor, no lo vivieron en primera persona.

Así mismo, la vigilancia, la observancia y, en definitiva, la dominación que atenazaba a los prisioneros, también podía condicionar hasta límites insospechados su libertad de expresión, de tal manera que, el miedo que se producía tras la exteriorización de una opinión o de un comentario dicho sin importancia, pero considerado inoportuno, podía hacer enmudecer sus gargantas por la influencia y las repercusiones imprevisibles que tal hecho era capaz de acarrear. De tal forma estaban las cosas que, el pánico a morir, el horror a los ruidos escuchados durante la noche o el riesgo de cualquier traslado sin un destino definido, era algo que podía condicionar y marcar el día a día en la vida de los prisioneros.

A José Moreno, una vez que formaron los Batallones de Trabajadores en el campo de concentración de San Juan de Mozarrifar, le encuadraron en el que figuraba con el número 25 y le destinaron a Jaulín, en la provincia de Zaragoza. “Al batallón mío le tocó hacer carreteras. Te daban, a uno la pala y a otro el picachón y estabas trabajando hasta las tantas horas. El trabajo... ¡jo; duro, durísimo, mal comidos y una cantidad de caminatas andando...!”.

Pero, de la misma manera que un destino determinado podía no tener carácter definitivo, tampoco el tiempo de descanso evidenciaba ni garantizaba sosiego, dada la continua vigilancia a la que se sentían sometidos y que, consecuentemente, llevaba aparejada visos importantes de riesgo y tensión, tal y como lo demuestra el hecho acaecido un día en el que se encontraba comiendo con un grupo de compañeros: “Me dice Sarria: “oye José, mira que los amigos de Erandio ya no nos escriben; que no nos escriben porque estamos en un Batallón de Trabajadores”. Y a mí me salió así: me cagó en la

madre que les parió; todos se han vuelto fascistas”. La reacción no se hizo esperar. “El guardia avisa al sargento del batallón, porque íbamos con fusileros ¿eh?; allí ibas a hacer las necesidades y tenía que ir un fusilero contigo y si te movías, igual te pegaban un tiro. Saca la pistola y me dice: “mira, no te pego dos tiros aquí, porque está tu compañero. ¡Venga, cogerle!”. A las cuatro de la mañana, me llamaron y ante la pregunta de ¿llevo la mochila y eso?, porque, tenías la mochila y una manta te daban; lo demás, durmiendo en el suelo”, la respuesta de “no necesita nada”, más que impresionarle le aterrorizó. “Entonces, cogí miedo..., el paseo... Me llevaron al ayuntamiento de Jaulín y había una cantidad de gente allí... Uno, por gritar ¡viva Rusia!..., porque allí se bebieron todo el vino, todo el vino se bebieron los trabajadores; llenos de miseria...”. Le tomaron declaración a él y al que le había denunciado, en presencia de “un teniente coronel falangista, que iba tomando nota”⁵.

Las consecuencias de haber pronunciado “la famosa frase”, aunque no derivaron en el peor de los desenlaces, sí tuvieron su influencia y José fue trasladado a “San Gregorio, a Zaragoza, que era también una prisión militar. Nos tenían arrinconados en dos cuartos o tres y allí teníamos que hacer las necesidades..., todo; comiendo... En mi vida había comido yo aquello; aquello no era carnero, era cabrón; con una grasa y puesto con aceitunas y comiendo aquello, tenías descomposición a cada momento y llamando, por favor que...”. Llegado a este punto, no quiso dejar de establecer una comparación con la situación y con el buen trato que había vivido en el frente: “Nosotros, aquí, en el frente, cuando no había caseríos al lado, hacíamos huecos en el monte y nos metíamos al aire libre con mantas, pero, siempre teníamos comida y de todo; aunque sea arroz, nos preparaba el Gobierno vasco”. Pero, su experiencia respecto a la gravedad de los hechos acaecidos en esta prisión iba más allá y un sentimiento de pena quedó reflejado en su rostro, cuando recordó a un compañero que “lo sacaron...; que no volvió; lo mataron”⁶.

⁵ Se adjunta el anexo número 6 que deja constancia de este hecho.

⁶ Entrevista realizada en el Elai Alai de Portugalete, el 23 de abril de 2008.

Pero, a veces, también el miedo a la muerte podía merodear en el ambiente, apareciendo por sorpresa en cualquier entorno, a cualquier hora y dentro de un abanico lleno de incógnitas y sin que, por una parte, ningún indicio permitiera imaginar o predecir el origen del detonante que provocaba la circunstancia y por otra, con el convencimiento y el sentimiento de certeza de que la cosa iba en serio y podía acabar en tragedia. Ésta sería una muestra, más, de la extrañeza y el estupor que causa un comportamiento inesperado y de la imposibilidad de predecir las actuaciones de los demás aunque, en ocasiones, ni siquiera las propias.

Agustín Eguiazabal recordaba una tarde en la que estaban trabajando en una cantera y “vino un teniente coronel de regulares, con su capa, por dentro blanco y por fuera rojo, con dos personas más y diciendo que nos iban a matar a todos. ¡Uf! Uno de los escoltas, estábamos bastante cerca de chabola, fue y trajo alférez de la compañía. Estuvo más de media hora discutiendo y al último dijo: “si quieres matar ésos, nos tenéis que matar a mí y todos estos escoltas que tengo al lado”. Hicieron mucho tiempo y se fueron. Si no viene alférez, allí nos matan a todos”. La perplejidad del hecho, por una parte, irracional y por otra, incomprensible, le validaba a decir: “Aquél vino con la intención...; medio borracho estaría, no sé...; con la intención de matar vino aquél. Y pasó”⁷.

Otro desencadenante capaz de provocar una intensa sensación de miedo ante la percepción de peligro real, era el tema de los chivatazos; de las delaciones, por ejemplo, a personas de quienes afirmaban que estaban posicionadas en contra del nuevo régimen establecido, fundadas unas e infundadas e injustificadas otras; de las envidias; de las acusaciones..., algo que se convirtió en una práctica de uso común, tanto dentro de los distintos recintos penitenciarios como fuera de sus muros y la facilidad con que se aceptaban y asumían estas afirmaciones, no dejaron de originar sufrimiento, encarcelamientos y muertes irrazonables e injustificables por doquier. Como consecuencia de la simplicidad en la asunción o tergiversación de cualquier hecho imputado, no fueron pocos los que, tras ser falsamente acusados,

⁷ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

murieron fusilados, mientras que, otras muchas personas, después de cometer asesinatos, continuaron vivas.

José Moreno recordaba a “Azkunaga; un chico joven, casado, que no había hecho nada y en Lutzana dijo: “los hombres a la calle y los niños y las mujeres que se queden en el refugio”, que estaba pegando a la estación. Cambió la cosa y la mujer del jefe de la estación le denunció. Le cogieron y a ese muchacho le fusilaron. Por esa tontería, sin saber ni por qué ni cómo. Es que, antes te denunciaban y ya estaba; no miraban nada; sin juicio; “¡jala, venga!, éste ha sido el que había entrado con una pistola”. Y era mentira”.

Así mismo, la propia tergiversación y manipulación de los acontecimientos históricos contribuyó, en no pocas ocasiones, a provocar escenas de miedo y a impulsar consecuencias tan impensables como graves. “A un teniente le dijeron: “¿cómo no le da vergüenza a Vd., que han quemado Gernika?”, hasta que les dijo: “oiga, ¿cómo que Gernika? Allí me han matado a una hija y ¿yo voy a matar a mi hija? Eso fue la aviación”. Que no; que tal. A la cárcel”⁸. Esta falsa acusación, por un lado, con la pretensión de convertirla en verdad y por otro, con la intención de responsabilizar a los sufridores de su propia devastación, nos recuerda y nos acerca a aquella realidad manifestada por Primo Levi: “uno se queda atónito ante este refinamiento de perfidia y de odio: tenían que ser los judíos quienes metiesen en los hornos a los judíos, tenía que demostrarse que los judíos, esa subraza, esos seres infrahumanos, se prestaban a cualquier humillación, hasta la de destruirse a sí mismos” (Levi, 2009 : 512).

La utilización de los prisioneros; trabajos y servicios “a la carta”.

Como ya se ha mencionado anteriormente, mediante el Decreto nº 281, BOE 1-7-37, se concedía el derecho al trabajo a los prisioneros de guerra y a los presos no comunes y las tareas a desempeñar, por parte de los prisioneros cobijados bajo el manto del derecho, de la obligación, de la readaptación y de

⁸ Entrevista realizada en el Elai Alai de Portugalete, el 23 de abril de 2008.

la transformación, variaban según las circunstancias y en función de los intereses de los vencedores y en su calidad de vencidos. De esta manera, podían abarcar, desde la creación y mantenimiento de las infraestructuras de los propios campos o de poblaciones próximas, hasta aquellas tareas mucho más simples que el régimen considerara que eran necesarias en cada momento, pero, igualmente las que correspondían, tanto a exigencias particulares como a obras grandiosas. Además, con la ocupación del trabajo quedaban cubiertos dos objetivos: por una parte, el preso se convertía en un ser útil y también rentable al servicio de todos y por otra, pasaba a ser un individuo constantemente vigilado, controlado y sin tiempo material posible para establecer reuniones o concentraciones con sus compañeros. Con el fin de comprender mejor lo que fue aquel mundo de explotación y a la vez de resistencia, conviene tener en cuenta que, para la realización de una gran parte de los trabajos encomendados, muchos de los prisioneros no tenían ninguna experiencia ni conocimiento lo que, por un lado, podía molestar y contrariar a sus controladores y por otro, requería de ellos, además del empleo de utensilios tan dignos, pero tan desconocidos como el pico y la pala, el aprendizaje de las posturas corporales más adecuadas, el tratar de dosificar el cansancio, el sobrevivir a pesar de las enfermedades, el enfrentarse a la debilidad, a la falta de ropa y a la más absoluta de las miserias, el ser capaz de batallar con las inclemencias del tiempo... Ni que decir tiene que, entre los trabajadores y especialmente entre aquéllos que se dedicaron a la construcción de obras públicas de gran envergadura, los accidentes laborales, además de que fueron muy numerosos tuvieron, en muchos casos, consecuencias dramáticas.

Los beneficios exactos que Franco obtuvo del trabajo de los prisioneros no se pueden cuantificar, ya que, a pesar del tiempo transcurrido y por raro que pueda parecer, hoy en día sigue existiendo una laguna provocada por la falta o por la ocultación interesada de documentación. Una prueba evidente de esta aseveración, es la dificultad o más bien la imposibilidad, con la que se han encontrado muchas personas para demostrar, oficialmente, su permanencia como cautivos, lo que les ha llevado a verse privados de percibir las indemnizaciones que han ido ofreciendo los diferentes Gobiernos autonómicos.

Así, pues, con relación a este tema, hay muchas preguntas que quedan en el aire y pendientes de contestar: ¿cuántos trabajadores fueron?, ¿cuánto tiempo permanecieron?, ¿en qué lugares?, ¿qué labores realizaron?...

Benito Otazua recordaba su recorrido dentro del Batallón de Trabajadores, que comenzó el 16 de agosto del año 1937, fecha en la que salieron del Instituto de Bilbao y se dirigieron al Balneario de Karrantza, con el fin de levantar algún puente que habían derribado los asturianos y de esta manera, permitir el paso del tren. Rememoraba aquellos días y se reía, a la vez que decía: “¡Había más pulgas...; Madre de Dios, hambrientas, además!”. Así mismo, manifestaba el agradecimiento y el cariño que guardaba en su interior hacia los habitantes del pueblo, por las muestras de solidaridad y apoyo que recibieron. “Solían venir las chavalas y nos traían leche y queso”.

Si se toma en consideración la importancia de las carreteras y el papel relevante que desempeñó el ferrocarril durante la contienda, tanto para el avituallamiento de alimentos como para los desplazamientos de tropas o elementos de guerra, no es de extrañar que sus instalaciones, enclavamientos y trazados se convirtieran en blanco de ataque y de destrucción para ambos bandos, por lo que, consecuentemente, tampoco es sorprendente que siguiendo con su actividad, en Asturias y concretamente en Arriondas, tras haber sido volado un puente grande, se dedicasen a hacer otro provisional. Por otra parte, la reconstrucción de este puente dentro de la zona no era la única, ya que en el pueblo cercano de Infiesto, otra compañía del mismo batallón estaba dedicada a los mismos menesteres.

Pero, además y entre la diversidad de trabajos a realizar, también les fue encomendada la limpieza de un hotel ubicado en Covadonga, como consecuencia de que “por aquellos montes actuaron los moros cuando la guerra y, claro, les dejaron hacer lo que querían”. En ese hacer lo que querían y entre otras cosas, debían coger ovejas, carneros, cabras, cabritos..., los sacrificaban y el pellejo y los desperdicios los dejaban en una esquina. Después de hacer fuego en cualquier sitio, hecho que parecía ser evidente porque, “incluso, estaban quemados los armarios”, procedían a prepararlos

para ser consumidos. Así, que, la tarea de los prisioneros consistía en limpiar todo aquel arsenal de “cabezas y pieles de ovejas, carneros y corderos tirados, en período de putrefacción”. Pero, por si fuera poca, la labor no finalizaba aquí, sino que, así mismo, se tuvieron que hacer cargo de la higienización de los retretes, donde la porquería debía alcanzar tal magnitud, que salía ya por el pasillo.

En el momento de esta narración, Benito tuvo un recuerdo especial para Arenaza, un bermeano que, haciéndose cargo de la situación y como si estuviera en el barco, se descalzó, se remangó, pidió una botella de vino y a base de baldes de agua, “mandó por su sitio la porquería”. Es decir, por una parte, era una demostración de la costumbre y del buen gusto por el trabajo bien hecho, aunque en este caso fuera para los adversarios y no únicamente por cumplir unas directrices o una disciplina impuesta, sino por hábito profesional y por la propia forma de ser de cada persona que, incluso ante la adversidad, resulta difícil cambiar y, por otra, cuestión de poner en marcha la capacidad de cada persona para adaptarse a las circunstancias. Así y a la vez que se acusaban el sufrimiento y la humillación, también se activaban resortes de fuerza, coraje, valor y estímulos de vida, que ayudaban a llevar con firmeza la situación de cada momento.

Durante aquella larga guerra, tan larga que a muchos les parecía premeditada y planificada como única forma de que Franco pudiera vencer plenamente al enemigo y consolidarse firmemente en el poder, sin ningún tipo de acuerdos, pactos u otorgamientos y en aquel caminar, que nunca sabían cuándo empezaba o cuándo o dónde terminaba, también les ubicaron en la zona de Aragón y permanecieron en lugares como, Jaca, Javierrelatre o Sabiñánigo, de la provincia de Huesca y en Mora de Rubielos, Rubielos de Mora y en otros pueblos míseros, de la provincia de Teruel. “Se estabilizaron los frentes y, durante mucho tiempo, estuvimos allí”.

Concretamente, en Mora de Rubielos y a pesar de que el Decreto de 28 de mayo de 1937 establecía además del derecho al trabajo de los prisioneros de guerra y presos no comunes para la redención de penas, el que sólo pudieran

trabajar como peones con el jornal correspondiente a esta categoría, a Benito le pusieron de jefe en un almacén grande, que anteriormente había sido fábrica de harina, porque “aunque el reglamento mandaba que estos puestos estuvieran cubiertos por soldados, a los soldados, como argumentaba uno, “si les das un papel o dos papeles que lleven de un sitio a otro, uno se pierde en el camino” porque, los franquistas gente ya tenían, pero analfabetos muchos y para la oficina y para la plana mayor, necesitaban gente que supiese escribir a máquina y cosas de oficina y tenían que echar mano de los prisioneros. A mí, me mandaron como jefe para llevar las cuentas”. Según su testimonio, aquellos puestos habían estado cubiertos por personas mayores, como Bolibar e Illaro, que tenían más de 30 años y él contaba sólo con 19 años, “pero, no sé yo, yo les caía muy bien. Yo siempre he sido callado; he sido un poco sumiso, se puede decir”. Así que, cuando alguno de los puestos quedó vacante, “Bolibar, de Mondragón, me llevó a la oficina. Bolibar, buena persona, no por el favor que me hizo a mí, sino, lo demás”.

En aquel lugar era donde se almacenaba el género y de allí, se suministraba comida a varios regimientos, esto es, a miles de soldados; así que, diariamente llegaban los cabos a proveerse de lo que necesitaban. Para poder cumplir con esta misión, solía llegar un tren entero cargado de mercancías, que había que descargarlas y colocarlas en el almacén. Su labor consistía en gestionar la administración, es decir, en realizar tareas, tales como, llevar las cuentas, confeccionar los partes, pedir lo que se necesitaba o controlar lo que se gastaba.

Además de este testimonio particular, según se ha podido reafirmar a través de diversa bibliografía consultada (como, por ejemplo, en Mendiola Gonzalo y Beaumont Esandi, 2006 : 164), dada la escasa formación académica de una gran parte de los escoltas y de los oficiales, las tareas administrativas fueron unas de las que más requirieron de la colaboración de los prisioneros, algunos de los cuales demostraron tener un entendimiento y dominio del cometido superior al de los oficiales.

Pero, al parecer y en el caso concreto de Benito, no todos eran capaces de entender su quehacer o de dar la suficiente importancia al contenido de su puesto de trabajo y así, con un toque de buen humor o, quizá y a pesar de todo, para seguir creyendo y engrandeciendo la condición humana y continuar confiando en ella, narraba el recuerdo de algo que le provocaba una gran risa. “El teniente Boudín, más malo que el sebo, santanderino, me vio que no hacía nada y “¿qué demontres, qué hace ése que no hace nada?” “Ése es el jefe de grupo. De la oficina”. “¿Cómo de la oficina? A la noche puede hacer lo de la oficina. ¡Venga, ahora, a trabajar, a descargar camiones, a tirar de saco!” Enseguida me mandó a trabajar. Era un almacén enorme de grande y con sacos de cien kilos de harina, por una escalera de sacos..., veinticinco sacos de altura. ¡Madre de Dios! Todo el día, desde la mañana hasta la noche, desde la mañana hasta la noche. El teniente Boudín; ése era malo, ése era malo”. Pero, cualquiera que fuera la tarea encomendada y a pesar de no ser una situación ni deseable ni mucho menos envidiable, como tampoco lo era para la gente que se veía obligada a seguir luchando y muriendo en el frente o en la retaguardia al amparo de una, otra o ninguna ideología política, no había posibilidad de elección y el conseguir superar con éxito, día tras día, semana tras semana... el reto marcado, era asegurarse, en gran medida, la continuidad normal de la vida.

Con relación a la ventaja o desventaja que ofrecía este tipo de trabajo en comparación con otros, Benito hacía una matización. Por una parte, consideraba que era más beneficioso estar allí que estar haciendo carreteras; se comía mucho mejor; eran pocos y cada uno tenía su cometido. Su recuerdo se paró, en esta ocasión, en un tal Ambrosio, un chicarrón de Sopuerta que trabajaba en el matadero. Tras una reflexión y como si todavía sintiera el peso de la injusticia, concluyó: “buena persona, buena persona y con treinta y tantos años, ya, con mujer y dos hijos..., allí estaba”. Pero, por otra parte, también contemplaba la relativa parte buena que tenía el ir a hacer carreteras, en cuyo trabajo estuvo durante 15 ó 20 días, porque, la risa iluminó su cara cuando decía: “entre ir y volver, allí se paseaba y en cambio, en la oficina, había que estar trabajando”. Por ejemplo, en Javierrelatre, en la carretera general de Jaca a Zaragoza, dedicaban el día a preparar una pista, pero “nos tenían haciendo

carreteras, por mandarnos a algún sitio”, porque consideraba que el trabajo, en general, no era gran cosa, pero “en algún sitio nos tenían que tener y por lo menos, hacíamos aquello”. Durante el tiempo que permaneció realizando este tipo de tareas, también acumuló experiencias cargadas de duras vivencias, tal y como se muestran en otros puntos de esta investigación⁹.

La afirmación de Benito, “nos tenían haciendo carreteras, por mandarnos a algún sitio” y “en algún sitio nos tenían que tener y por lo menos, hacíamos aquello”, que la exterioriza en dos ocasiones de la entrevista, es un reflejo de su percepción en la efectividad conseguida, por diferentes causas, en cuanto a la cantidad o calidad del trabajo, pero sin que guarde equivalencia o se corresponda con una realidad relajada y cómoda para ellos, sino todo lo contrario. Sus palabras dejan al descubierto, la intuición de manifestación de poder, de manipulación, de degradación de los vencidos, de marginación, de exclusión de una vida normal, de cosificación más que de utilización, de opresión a su integridad física y psíquica... y, en definitiva y con todo ello, de humillación.

Dado que, al igual que la disponibilidad de los prisioneros, la elección de los trabajos a desarrollar concernía a los sublevados y vencedores, cualquier tarea podía encajar en aquel universo de actividad. Así, también, Agustín Eguiazabal hacía referencia a la labor que realizaron en Extremadura, “en la casa de D. Pedro, en una finca terrible dedicada a la recolección de la aceituna”. Por una parte, como no había acceso a vehículos y por otra, como había mucha piedra en el campo, “pues, traer aquello; partir; echar un poco de tierra; medir por la esquina de las zanjás y hacer como una carretera para andar camiones y coches, pero..., poco se hizo también”. Además de con la tierra, en otra ocasión, la piedra y su trabajo también tuvieron conexión con el agua. “Había un riachuelo pequeño con un montón de piedras que no dejaban que hubiera corriente; limpiamos aquello para que corriese el agua”¹⁰.

Transmisores de órdenes recibidas, corregidas y aumentadas.

⁹ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

¹⁰ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

Si partimos de la base de que el hecho de ser prisionero, en sí mismo entrañaba falta de libertad civil y humana, difícilmente podremos imaginar, a primera vista, que alguien que se sintiera usurpado de sus derechos y sometido al capricho y libre albedrío de otros, pudiera llevar una vida muy feliz. Pero, matizando un poco más, dentro de aquel mundo de vicisitudes, muchas de las manifestaciones de violencia que se llevaron a cabo en los Batallones de Trabajadores y que fueron tan diversas por su clase, por su intensidad y por sus consecuencias, fueron ejecutadas o estuvieron respaldadas, además de por quienes se encargaban de la custodia de los prisioneros y cumplían literal y fielmente las órdenes recibidas, bien por obediencia o bien por temor, por las aportaciones individuales de aquellos otros que, en base a un abuso de poder y sintiéndose dueños de sus vidas, se encargaban de corregirlas e incrementarlas, llevando a cabo auténticas muestras de odio, de desprecio, de castigos, de agravios arbitrarios y de padecimientos deliberados en sus prácticas cotidianas y amparados por su calidad de desalmados. Pero, en honor a la verdad, tan bien debe decirse que, tampoco faltaron los que se esforzaron, dentro de sus posibilidades, en reducir la pesada carga de los prisioneros y se afanaron en construir puentes que sirvieron de acercamiento, en lugar de murallas de represión y de distanciamiento.

Así, pues, la arbitrariedad en las actuaciones se convirtió en moneda de uso común y la dureza en el grado de disciplina, en las incertidumbres, en las inseguridades o en la existencia o falta de recursos, unas veces correspondía a la situación real del momento y otras, a la desidia, a la propia política represiva o, simplemente, a la buena o mala voluntad de los responsables. Esto quiere decir que, tanto en las cárceles como en los campos de concentración o en los Batallones de Trabajadores, la mejor o peor calidad de vida de los prisioneros dependía, en gran medida, del director, del capellán o del resto de los encargados responsables de los prisioneros. De esta manera y en función de la gestión del director, podía propiciarse que el régimen disciplinario fuera más o menos férreo o que se posibilitase el robo, los chanchullos y los fraudes con el presupuesto y con la alimentación de los presos; de ahí que, mientras que en unas dependencias los castigos eran reiterativos, en otras eran poco habituales

o que, mientras que en algunos lugares el tema de la comida era más llevadero y soportable, en otros, el hambre pasara a ser el protagonista indiscutible de la miseria más absoluta. Es decir, una vez más queda reflejada la capacidad y la voluntad que tiene el hombre para influir con su comportamiento y quehacer en la mejor o peor realidad del día a día de otro hombre.

En cualquier caso, unos y otros; aquéllos a los que la guerra les había endurecido y dieron rienda suelta a todo tipo de crueldades, en la creencia de que se comportaban de la forma correcta; los que lo hacían por elección e impulsados por la fogosidad de las circunstancias, por la búsqueda de beneficios o en base a una verdad de conveniencia; y aquéllos a los que veían a un individuo a quien amar y no a un enemigo a quien utilizar, no eran seres anónimos, sino personas que tenían nombres y apellidos y por consiguiente, responsables de unos actos de los que, quizá, algunos se habrán sentido orgullosos y otros avergonzados y arrepentidos y todos ellos, al atardecer de sus vidas, cuando amoldar la conciencia a cada medida resulta difícil y engañarse a uno mismo resulta imposible, habrán tenido que revisar sus recuerdos, enfrentarse al examen de un pasado que no pocas veces pesa e inquieta, reconocer su sentimiento de culpa y conciliarse con un interior que busca la paz.

Respecto a la reacción de los prisioneros ante aquella vida impuesta, tanto por los testimonios recogidos como por la diversa bibliografía consultada, parece constatar la idea de que una gran parte intentó, por todos los medios, no doblegarse ante las estrategias de miseria, humillación y pretendida transformación, reeducación y adoctrinamiento, es decir, por sobrevivir sin llegar a convertirse en lo que otros pretendían que fueran y se mantuvieron firmes a sus principios, a sus ideales y a sus creencias. Para ello y como el día no constaba únicamente de un minuto, había que esmerarse por compaginar todos los que lo componían y mostrar un mínimo de fortaleza para poder continuar. Se trataba de pelear con entereza; con autodisciplina; sin mostrar una abierta oposición a las autoridades, pero sí luchando dentro de su abanico de posibilidades, por resistir, por mantener la esperanza, por vivir de la mejor forma posible, por sacar fuerzas de flaqueza para exteriorizar un atisbo de

ánimo e incluso, de buen humor; por hacer acopio de una fuerza interior que fuera capaz de defender la dignidad, la integridad y la identidad; y en definitiva, por vencer.

Quizá y como consecuencia de esta forma de actuar y de manifestarse, pueda entenderse aquella frase que, según Elías Díez Aguirregoitia, repetía continuamente el sargento de su batallón, con rabia, a modo de coletilla y como si se tratara de una muestra de impotencia, quién sabe si por propio convencimiento o aleccionado por sus superiores: “vascos, viles, sois vencidos, pero no convencidos”. Es decir, era la apreciación de quien entendía que podrían ser bellacos, despreciables, indignos, prisioneros, trabajadores y sometidos, pero, con todo y a pesar de todo, jamás habían sido persuadidos.

Según el testimonio de Benito Otazua, el trato físico directo que recibían de los oficiales, en el día a día y de forma generalizada, -aunque esta afirmación, como se verá a continuación, tampoco estaba exenta de matizaciones-, podría decirse que era bueno. Es más, recordaba a un teniente de la legión que cree que estuvo luchando con los mineros en la revolución de octubre y por eso se metió, “porque en la legión, por muchos crímenes que hayas cometido, no te podían hacer nada y aquél les odiaba, aquél les odiaba, aquél les odiaba...”.

El buen trato, sin embargo, no significaba que no pudieran encontrarse con auténticas excepciones; con personas cuyas acciones denotaban no sólo una falta de sensibilidad total, sino también de carencia de humanidad. Recordaba que el nivel de vida de los vascos era muy superior al de los asturianos y eso se apreciaba, principalmente, en la ropa y en el calzado que tenían, lo que les repercutía de forma importante porque, “a nosotros, no nos daban ni ropa ni calzado; mucho tiempo estuvimos sin ropa ni calzado. El que no tenía quién le mandase de casa, estaba perdido porque, claro, según las ordenanzas militares, sólo se contemplaba la baja causada por enfermedad, pero no por no tener botas para ir a trabajar. Pues, yo he visto allí, mandar a trabajadores, a los prisioneros de guerra, les he visto a compañeros míos, cubiertos los pies con sacos, con unos sacos hechos unas botas, ir a trabajar por encima de la nieve helada”. Así, muchos de los antiguos soldados convertidos en cautivos,

humillados, mal alimentados, vestidos con harapos, con sus pies deshechos y carentes de todo, quedaban a merced de las circunstancias que se derivaban como consecuencia de la mejor o peor disposición de los mandos que les tocaran en suerte. En este caso, la violencia física y heroicidad de este mandato, se llevó a cabo en Javierrelatre y fue protagonizada por “un alférez de la Guardia Civil de Begoña, Domingo San José Villamañán, más malo que...”.

Intentar analizar, con el ánimo de tratar de comprender, aunque no de justificar, el porqué de este tipo de actuaciones, nos lleva a la conclusión de que, en circunstancias extremas, no suele ser despreciable el número de alteraciones en la capacidad de obrar que experimenta el ser humano; bien por imposición y cumpliendo órdenes que por la fuerza de la costumbre y con el paso del tiempo se convierten en normales o bien por voluntad propia, como forma de humillación, de desprecio y en definitiva, de ofensa, haciendo leña del árbol caído y encargándose de transmitir los mandatos, corregidos, aumentados y con gran aportación de cosecha personal e incluso, a sabiendas de que con ello se contribuye a agudizar el sufrimiento de los demás y a crear hechos de auténtica injusticia. Sea como sea, en el caso que nos ocupa, Benito añadía: “además, a los vascos nos tenía, uf...”. Aquellos chicos, lejos de sus hogares, desprovistos hasta de la simple protección de unas botas, haciendo uso de su derecho a mantener un mínimo de dignidad y ante un futuro incierto y un presente que obligaba a la supervivencia, optaron por enrolarse en la legión como una alternativa para poder seguir viviendo, a pesar de que ello significara adquirir un compromiso para tres años¹¹. Ésta sería una muestra, más, de manipulación y de reducción del alma y del cuerpo del prisionero, del que se espera “docilidad”. Utilizando las palabras de Foucault (1979 : 140), “es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado”.

En la ejecución de este tipo de actuaciones, tampoco suele ser desdeñable la influencia que, intencionadamente, ejercen los superiores cuando trasladan las

¹¹ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

órdenes a sus siguientes, aleccionándoles sobre el contenido de desconfianza y desprecio que deben experimentar y mostrar hacia los prisioneros, hasta hacerles parecer como auténticos enemigos. La forma como se asuman estas ideas y la intensidad con que se perciban estos sentimientos, harán que se amortigüen o agraven las relaciones entre unos y otros, dentro de la vida cotidiana.

Los que veían al hombre y no al enemigo.

Pero, de la misma manera que existen ejemplos de personas despiadadas, también los hay de aquéllas que dieron muestras de bondad y se esforzaron por distinguir, más allá de las órdenes recibidas o de los propios intereses, entre lo que estaba bien y lo que estaba mal, de aquéllas que utilizaron un mismo lenguaje de consideración a la personalidad humana y de quienes mantuvieron un ambiente más justo y fuera de odios, reduciendo la intolerancia y velando por buscar y emplear, dentro de sus posibilidades, métodos humanos y respetuosos de convivencia que mitigaran los dolores físicos y psíquicos de los prisioneros.

Así narraba Agustín Eguiazabal: “Menos mal que los escoltas bastante buenos nos andaban, bastante buenos y el alférez, era de Madrid, era maestro nacional; la muñeca izquierda perdió en Guadarrama en unos ataques, luchando; era muy recto, pero era bueno, sí”. Sin embargo, en este testimonio como en tantos otros más de los recogidos, el tema del miedo volvía a hacer acto de presencia. Aunque los oficiales iban cambiando y “no se metían mucho”, en términos generales, la inseguridad se vivía en el ambiente: “Siempre teníamos miedo de algo porque, aunque andabas como una vela, igual te cogían al revés ellos o... ¡qué sé yo, qué sé yo!”.

También era digno de reconocimiento y consideración, el gesto amable de quienes no veían en el individuo sólo a una persona sometida, de aquéllos que no practicaban la intolerancia hasta sus máximas consecuencias ni exigían el sacrificio de los demás a cualquier precio, sino que eran capaces de esforzarse

por buscar el beneficio y la conveniencia del hombre para transformar cada mañana de un nuevo día en otra mejor.

En sus narraciones, Agustín le recordaba “como si le estaría viendo la cara, a Eloy García Fernández. ¡Dios, aquel pobre asturiano, lo que sufría...!”. Tenía sesenta y siete o sesenta y ocho años e iba todos los días con ellos a trabajar. Sin embargo, una mañana en la que estaba lloviendo y como todos los días iban a cumplir con su cometido, el sargento se dirigió a él y le dijo: “usted quédese en la chabola, hoy” “¿Por qué?” “Porque es usted una persona mayor y cuando hace buen tiempo, si quiere ir, irá; pero, ahora, quédese ahí”. Era la muestra generosa de un hombre, cuya mirada de consideración y protección, estaba por encima de cualquier ideología y se traducía en un gesto civilizado de piedad, de solidaridad y de humanidad; un gesto que se llevó a cabo un día cualquiera, pero que, sin embargo, quedó grabado en el corazón de Agustín para el resto de sus días.

A pesar de lo dicho, nuevamente la mezcla de sensaciones y de recuerdos unida al tema del miedo volvía a florecer porque, no faltaban las “amenazas, apuntándonos con el fusil; no sé por qué; nosotros trabajábamos normalmente, pero no sé si querían que hiciéramos antes, más a prisa, o no sé¹².

Así mismo, también existían personas que ostentaban el poder en las cárceles, en las prisiones, en los campos de concentración y en los Batallones de Trabajadores, que entendían que ninguna ideología estaba por encima de los derechos humanos; que no sólo eran conscientes de que los derechos de uno acaban donde comienzan los derechos de los demás, sino que se involucraban en profundidad y peleaban con afán y perseverancia para conseguir mejoras y beneficios para los prisioneros y que, incluso, llegaban a entremezclarse y a compartir o a permitir compartir, entre los cautivos y sus propios familiares, algunos momentos de sus vidas.

¹² Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

A José Moreno, después del incidente ocurrido en el Batallón de Trabajadores y que tuvo como consecuencia su traslado a la prisión de San Gregorio, más tarde y por suerte para él, le llevaron a la prisión militar de Huesca. “Había un teniente coronel, D. Daniel Alonso Salvador, Teniente Coronel Primer Jefe de la Prisión Militar de San Juan de Huesca, de lo mas bueno; pero buena persona...; tenía los nietos allí, les dejaba todo..., hablar... No sabía lo que hacer aquel hombre con los presos”.

Muchas e importantes son las cosas valoradas y mencionadas por José, que ayudaron a suavizar los problemas, a aliviar las penalidades y en definitiva, a mejorar sustancialmente la calidad de vida de los prisioneros y que podían ser atribuidas a una persona bondadosa, sensible y de trato siempre respetuoso y humano. “Nos dio los pantalones aquellos que había en la cárcel; nos dijeron que teníamos derecho a cobrar un real al día, pero, gracias a D. Daniel; aquel hombre lo sacó. Allí estaban enseñando euskera; había maestros y estaban enseñando; había de todo en la prisión y ¡cómo se comía entonces, bufi!; aquél no andaba en tonterías, lo que les pertenecía y eso... Había un grupo de cantores y estaba un teniente coronel del ejército rojo; nada, igual que los demás ¿eh? Allí estábamos. Pero, con ese hombre..., una maravilla”. Así que, también quisieron mostrarle el reconocimiento y agradecimiento a su buen comportamiento, a su esfuerzo constante por arreglarlo todo y por crear un rayo de ilusión y esperanza. “Había chicos de Eibar; los de Eibar siempre han sido buenos grabadores y le hicieron un regalo: Con un duro, machacándolo, le hicieron un sello”.

De entre los muchos vestigios que dejó aquel hombre, conserva el de cuando alguien pedía permiso para que le sacaran una muela, “Es que..., jera la caraba porque, en una cárcel, salir cuando eso y venir cuando querías...! Le daban un pase con un par de guardias -dos soldados de escolta- y se iban a casa de niñas y venían los soldados todos borrachos”.

Fueron abundantes las situaciones de comprensión, de buen trato y de excelente comportamiento de este hombre hacia los prisioneros. “Mira si era esta persona buena... Había un tal Antonio de Hojas -tenía un hermano cura-;

aquél se escapó de la cárcel. A una cuadrilla les mandaron a limpiar... y éste salió. De repente, “falta uno, que falta uno; Antonio de Hojas”. La madre era viuda y dice: “yo me tengo que marchar a ver a mi madre”. Se estuvo dos noches en un alcantarillado, allí, en Huesca, que luego nos contó él cuando le cogieron. Se fue de Huesca por todos los montes hasta Irun. Vio a su madre y allí le echaron mano, en Irun y volvió. Le trajeron y el teniente ése, ni le castigó ni nada. Una persona ¡buena!...; ya te digo, para dejar a los nietos jugar con los presos...”.

Más tarde y desafortunadamente para ellos, “al hombre le retiraron” y al de poco tiempo, llegó un “teniente coronel de la Guardia Civil” y ya, todo cambió. “Un reglamento muy estricto; ya no hay recreo, ni nada; las horas que tocaba a cada departamento para bajar al patio y después, nada; ni enfermería ni nada”.

Sin embargo y en su día a día de presos y a pesar de que permanecían en las dependencias, “no salíamos; de allí no salíamos para nada”, de vez en cuando, también había cosas divertidas que ponían un toque de alegría en sus vidas. “Armábamos cada jaleo..., cantando o con música... Hicieron un grupo y cantábamos en el patio los días festivos y había uno que tocaba muy bien el saxofón y otro que tocaba el bombo y a mí, la música me encantaba y un día se me ocurrió hacer unas maracas y ¿sabes tú la bomba...?; antiguamente la bomba de los baños tenía unas bolas que flotaban. Quité dos bolas, ¡qué jaleo se armó!”.

En este centro, la actividad de José estaba relacionada con el mundo de la enfermería¹³ y, concretamente, desempeñaba su tarea como ayudante de Luis Estrade, “un chico muy nacionalista”, estudiante de medicina en aquel tiempo y psiquiatra más tarde. En este caso, al igual que en otros muchos que han quedado recogidos en diversos testimonios, aquella relación que se fraguó en los momentos duros de la cárcel, no concluyó cuando el encarcelamiento finalizó, sino que continuó a lo largo de sus vidas: “Luego, en casa, cuando ya

¹³ tal y como consta en el anexo número 7

acabó esto, nos veíamos los domingos y cuando cayó enfermo, murió en los brazos míos; en casa. Con la mujer tengo mucha amistad”.

La risa iluminaba su rostro al rememorar una parte de los recuerdos relacionados con su labor: “pedíamos leche a punta pala para dar a los enfermos y la mitad para nosotros”. Tampoco quería pasar por alto, el gran asombro que le produjeron unos legionarios que llegaron a la cárcel porque habían cometido alguna infracción, “¡con una sífilis..., una sífilis...!”. Pero, el problema, además de no ser pequeño, no terminaba ahí, sino que “hasta ladillas traían y tenían en las cejas y hasta en las pestañas; a veces había que quitarles así...; les dábamos con un líquido y les tapábamos”.

Cuando José volvió a Bilbao, no lo hizo en régimen de libertad, sino que su destino todavía siguió sujeto a la permanencia en distintas cárceles. Recuerda que le mandaron esposado, junto a dos personas más y al pasar por el Puente de Isabel II, que estaba engalanado con unas banderas fantásticas y unas águilas, como no podía ser de otra manera tras la entrada de los nacionales, los guardias que les custodiaban mostraron sus sonrisas, a la vez que dijeron: “estos separatistas no querían ni la bandera ni las águilas, pues se las van a tragar ahora”. Al llegar a Larrinaga y concretamente a la sala taller, “¡si ves la cantidad de gente que había y la gente que sacaban para fusilar en el cementerio de Derio...!”. Así mismo, rememoraba su paso por la cárcel de Balmaseda y la ropa, la comida y los paquetes que semanalmente su madre le hacía llegar¹⁴.

Conciencias religiosas afectadas.

La tendencia a representar a Dios como a alguien preocupado por contar con el mayor número de creyentes, dentro de un credo concreto e invalidando cualquier otra denominación, ha sido y sigue siendo una tendencia de muchos de los representantes institucionales de la religión. Pero para que la gente tenga fe y crea en Dios, no basta con las predicaciones, sino que habrá de

¹⁴ Entrevista realizada en el Elai Alai de Portugalete, el 23 de abril de 2008.

dibujarse a un Dios creíble y comportarse de una forma creíble. Como dice Frankl (1999 : 25-27), “no se le puede ordenar a nadie que se ría. Si quieres hacerlo reír, tendrás que explicarle un chiste antes”. Esto no quiere decir que la tendencia gire hacia una religión universal, sino que la supervivencia de la religión se vislumbra por un camino marcadamente personal, sin que esto signifique que los ritos y los símbolos no carezcan de valor y no sean necesarios. Pero, adopte la apariencia que adopte, la religión no está en vías de desaparecer, por lo que tampoco Dios se está muriendo. “Ni siquiera “después de Auschwitz”, por citar el título de un libro. Ya que la creencia en Dios o es incondicional o no es creencia de ningún tipo”. Si la creencia es incondicional, se mantendrá y se enfrentará a la muerte de los seis millones de personas en el holocausto nazi y si no es incondicional, se desmoronará ante la muerte de un único niño. Los datos de Frankl entre los supervivientes de Auschwitz, muestran que las personas cuya fe se profundizó, a pesar de la experiencia, pero no gracias a ella, sobrepasan a las que dejaron de creer y abandonaron su fe.

Si fijamos la mirada a lo largo de la historia, parece confirmarse la idea de que, en general, la religión no está muy lejos de la vida política de todas las sociedades. Encontrar, sin embargo, una correlación directa entre el papel de la religión y la política, no parece una tarea sencilla. Su mayor o menor importancia dependerá de cada sociedad y su continuidad o evolución podrá verse modificada por cambios de diversa índole, así como por el devenir del tiempo. En cualquier caso y en términos generales, podría afirmarse que tanto la religión como la política, frecuentemente se utilizan y se manipulan entre sí. También en el tema que nos ocupa y respecto a la época que estamos analizando, vemos la unión que existió entre la actividad desempeñada por la Iglesia y la función ejercida por Franco, declarado como un auténtico y feroz luchador en contra del comunismo y convertido en el bastión de la religión católica, hasta llegar, como consecuencia y fruto de todo ello, a hacerse con el control social.

Este apoyo de la Iglesia a la derecha no estuvo exento de críticas y la opinión que la jerarquía eclesiástica había representado para muchas de las personas

creyentes, se vio alterada. Así mismo, también supuso un desencanto para aquella parte del clero que inicialmente había mostrado su apoyo al golpe de Estado, en la creencia de que ello traería el respeto a la religión y lo que dejó fue el resultado de asesinatos injustificados, ordenados o perpetrados por quienes se atrevían a relacionar el alzamiento con una cruzada.

Pero, ¿quién se posicionó, públicamente, ni entonces ni luego, denunciando las atrocidades cometidas y mostrando la repulsa ante las manos manchadas de sangre que, sin dudar, hubo en ambas zonas? ¿Qué derecho tenía a denominarse cristiano, un bando luchador, en el que ninguno de sus componentes, fueran sacerdotes o seglares, denunciaran la verdad de los hechos que se habían producido? Aquella Iglesia de la época, a través de su doctrina magistral, casi siempre permaneció en el mundo de las ideas abstractas; muy preocupada por defender sus supuestos derechos, pero careciendo de una clara postura de servicio con una perspectiva evangélica. Estos pecados de omisión, no dejaron indiferentes a una gran parte de las almas creyentes (Villota Elejalde, 2000 : 253, 277).

Aún más, parece que con la beatificación de los 522 religiosos muertos en la Guerra Civil, que se llevó a cabo en Tarragona, el 13 de octubre de 2013, la Iglesia católica siguiera anclada en el pasado y continuara cometiendo los mismos errores en el presente, con su mirada dirigida a los de un bando, pero olvidando a los del otro, es decir, a las víctimas del bando republicano. Una Iglesia que no se ha sentido obligada a pedir perdón a la sociedad ni se ha esforzado en trabajar a favor de la recuperación de la memoria histórica, habla de paz y reconciliación, pero no reconoce y con ello les relega al silencio, a otros religiosos que fueron asesinados por el bando franquista, como fueron los 14 curas vascos.

Respecto a la posición que adoptó una parte del clero vasco, debemos tener en cuenta que la primera separación o distinción se produjo una década antes de la Guerra Civil; en un tiempo en el que muchos clérigos veían en el nacionalismo un elemento integrador de su pueblo. Pero, sería al final de la guerra cuando los sentimientos se hicieron más fuertes. La represión ejercida

contra centenares de clérigos vascos por los franquistas, además de los fusilamientos en los primeros meses de la Guerra Civil, junto con desterramientos y encarcelamientos, también movilizaron la opinión del catolicismo internacional. A la jerarquía eclesiástica española se le puede reprochar el silencio ante los asesinatos de religiosos vascos, por el mero hecho de ser amantes de su pueblo.

Por lo que respecta a la actividad religiosa en relación con los prisioneros y dentro de la época que estamos analizando, esta tarea estaba confiada al clero castrense y los campos de concentración y los Batallones de Trabajadores contaban con la presencia de sacerdotes y la asistencia a misa, cada domingo y en formación, era de obligado cumplimiento. Muchos fueron los prisioneros que vivieron y conservaron diferentes, impactantes, emotivas y lamentables experiencias protagonizadas por parte de los representantes de la Iglesia que les acompañaban o que permanecían cercanos a su entorno, algunas de las cuales y a modo de ejemplo, se exponen a continuación:

Agustín Eguiazabal mencionaba un suceso ocurrido durante su destino en Jadraque. “Un domingo, yo no sé de dónde aparecerían aquellas compañías de Falange, nos metieron en la misa entre dos compañías. El cura, con una pistola 9 largo en el cinto y traje de pana, cuando empezó a hablar, oímos pestes: “Vosotros, criminales, asesinos, comunistas; cortasteis pecho a las monjas; pusisteis en escaparates; quemasteis iglesias; quemasteis conventos; matasteis curas; destrozasteis toda España” y cuando terminó lo nuestro, empezó: “caudillo nuestro, caudillo arriba y caudillo abajo”. Es decir, ésta sería una muestra, más, del ambiente que reinaba dentro del período analizado donde, por un lado, la descalificación, el desprestigio y los prejuicios hacia los prisioneros se hacían patentes y por otro, donde la reeducación y tomando entre otras prácticas, la misa, el adoctrinamiento, la palabrería de ensalzamiento a la patria y la proclamación de la magnanimidad de Franco, impregnaba todo el entorno. A la salida y una vez terminada la ceremonia, procedieron al correspondiente cacheo, a pesar de que, para entonces, ya les habían desprovisto de todo. “Nos hacían desabrochar cintos, a ver dentro de cintura si había algo”.

Así mismo, rememoraba como obligatoria la práctica de asistencia a misa los domingos, tanto si el pueblo era grande como si era pequeño y conservaba la imagen de algunos chicos de Bizkaia y de Gipuzkoa que cantaban muy bien y de uno que sabía tocar el organillo. “En una ocasión, uno de San Sebastián le dijo al cura: “Si quiere Vd., vamos a cantar misa”. “¿Vosotros cantar misa? Pues sois tal, comunistas...”. Se juntó allí el grupo y por fin, le convencieron al cura. Cuando se enteraron en el pueblo, ¡uf!, en una cola se metieron todos en la iglesia para escucharnos”. La sonrisa iluminaba su rostro al recordar la situación. “Se terminó, pero el cura, no quería, no quería, no quería”¹⁵.

Aunque sería injusto responsabilizar o culpar a la totalidad de los sacerdotes de proferir agravios o de cometer prejuicios hacia los prisioneros, tampoco sería justo que fueran considerados como casos aislados o achacables, sólo, a zonas concretas. Así y como una muestra, más, de esta aseveración, a Francisco Alonso tampoco le faltaron las palabras gratificantes de bienvenida del cura militar a su llegada a la Universidad de Deusto, donde permaneció tres meses tras su estancia como convaleciente en el Balneario de Karrantza y que al recordarlas y contármelas, le hacían sonreír: “Vosotros, corifeos de la impiedad, podéis dar gracias al Señor que os ha perdonado la vida, que sino, si fuese por mí, no estabais aquí ninguno vivo”¹⁶.

También y entre los testimonios recogidos, no faltan experiencias totalmente opuestas entre sí y cosechadas por una misma persona; es decir, buenas unas y malas otras y que sirven como elemento de contraste entre dos entornos y dos situaciones muy diferentes. Un buen ejemplo sería el caso de José Moreno, que conserva una vivencia relativa al frente de batalla y otra a su estancia como prisionero:

Por una parte, menciona al pasionista que iba con ellos en el Batallón San Andrés. “Muy buena persona; aquél no te hablaba nada de que allí estaba el

¹⁵ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

¹⁶ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

enemigo; de que había que matarlo; no. Aquél, cuando caía alguien, le daba la extremaunción o le confesaba si estaba vivo y nada más”. Una actuación que no correspondía a una conducta puntual o casual, sino que era el comportamiento habitual y generalizado en los curas que acompañaban a los batallones de nacionalistas. “Ningún cura te decía: “allí está el enemigo, hay que ir a por él”; no; ¡qué va!”. Por otra parte y como contraposición a este comportamiento, recuerda la carga de humillación y desprecio que llevaban las palabras que pronunció un sacerdote y que les tocó oír durante su estancia en San Juan de Mozarrifar: “Nos mandaban a misa y ya sabes que uno está haciendo misa y otro está explicando lo que le pertenece al domingo, o lo que sea. Aquél, hijos de puta nos llamaba, nos llamaba hijos de la Pasionaria; rojos separatistas, habéis quemado Gernika y ahora echáis la culpa a otro. Sí, el otro cura, en vez de dar el evangelio que pertenecía al domingo, pues, no; nos llamaba así”¹⁷.

A la vista de los testimonios obtenidos en directo y a través de la bibliografía consultada, todo parece indicar que la actitud negativa y despreciativa del clero hacia los prisioneros estaba bastante extendida y se manifestaba con toda su dureza aprovechando la celebración de la misa, momento en el que, además, siempre se podía dar un paso hacia adelante para aumentar la carga de humillación, hasta llegar a limitar su acceso a la Iglesia. Así nos confirma la información proporcionada por Joan Llarch (1978 : 27-28), respecto a cuando los domingos se dirigían a la pequeña iglesia del pueblo para asistir a misa. Como el acceso estaba restringido para los prisioneros, el templo tenía la puerta abierta y ellos permanecían fuera, lo cual les posibilitaba a escuchar las alusiones que el sacerdote hacía a sus feligreses sobre los que se encontraban en el exterior, como portadores que “representaban a la barbarie, al ejército del crimen y de la negación de Dios”.

Sin embargo y como contraposición a esta forma de proceder, también debe contemplarse el respeto a la fidelidad de los ideales que llevó a muchos hombres a convertirse en mártires por sus creencias, basadas en Iglesias,

¹⁷ Entrevista realizada en el Elai Alai de Portugaleta, el 23 de abril de 2008.

valores nacionales, conocimiento objetivo de la verdad o por objetivos individuales, de lo que se deduce que, la dignidad del hombre se basa en el principio de que él elige y nadie debe elegir por él (Berlin, 1992 : 189-190).

Un buen ejemplo de modelo de vida cristiana y manera de atraer a la religión por la caridad, podría ser el de Aita Patxi; un hombre que supo, además de predicar, defender y extender su fe, convencer con ella a ateos y agnósticos; un hombre que supo practicar el evangelio, posicionarse y tomar conciencia de cuál era su responsabilidad ante la vida y de involucrarse hasta la muerte; un nacionalista que compartía trincheras con socialistas y comunistas. Este religioso pasionista y capellán de un batallón vasco, recorría los frentes durante la guerra con su altar de campaña, mientras prestaba la ayuda física y espiritual que fuera requerida.

Con el avance de los sublevados fue cogido y hecho preso por un cura, en el año 1937 y en su caminar como prisionero de campo en campo, rehusó beneficiarse de su condición de capellán y de su grado de capitán, que le hubiera permitido liberarse de los trabajos que le fueron encomendados y el único privilegio que persiguió fue el que le permitieran celebrar misa. Sus muestras de buena voluntad y disposición para prestar ayuda en cualquier actividad que fuera requerida, de generosidad hasta el punto de dar sus botas a un gudari y él quedarse descalzo, de amor y de entrega a los demás y de manera especial, a los enfermos, a los mayores y a los más desfavorecidos, eran constantes y en dos ocasiones ofreció su vida a cambio de la de otros presos que iban a ser fusilados. La primera, en el campo de prisioneros de San Pedro de Cardeña, en lugar de un asturiano, padre de familia, que iba a ser fusilado. Inicialmente el canje fue aceptado y tras comprobar la veracidad de su ofrecimiento, la ejecución de Aita Patxi no se llevó a cabo, posiblemente por la resonancia y trascendencia que este hecho hubiera supuesto, pero sí la del condenado, que se materializó al día siguiente, en aplicación de “la ley de fugas” y como muestra, por una parte, de la disciplina imperante y por otra, como medida de escarmiento. La segunda, estando cavando trincheras para los franquistas en la Casa de Campo, en una ocasión en la que como represalia a que habían escapado varios al bando republicano, les colocaron

en fila para que fueran escogidas y fusiladas cinco personas, en presencia de los demás. Ante la injusticia de que matasen a unas personas sin ser juzgadas, se puso en la fila de los elegidos para que le fusilaran también a él. En esta ocasión hubo una contraorden y no acabaron con la vida de nadie (Lopategui, 1978).

El valor y el sentido de compartir y la solidaridad entre la gente.

En general, las manifestaciones de ayuda y favor ofrecidas y recibidas en el colectivo analizado fueron evidentes, tanto si se tienen en cuenta las que se materializaron entre los propios prisioneros como las que se pusieron en práctica por parte de los habitantes de los distintos lugares hacia ellos, o incluso, las que ellos mismos y dentro de sus escasas posibilidades, pudieron facilitar a otras personas que las necesitaron. Es decir, los sublevados, que se esforzaron con ahínco por sembrar brotes generadores de menosprecio y de repulsa hacia los condenados, no contaron con la desconsideración que, no pocas veces, este tipo de actuaciones provocaban en su contra, ni pudieron evitar, más allá de los manipulados discursos llenos de tergiversaciones y enredos o del odio y de la animadversión, la mirada y las muestras de confianza, de apoyo, de cercanía y de sensibilidad con las que, a menudo, la gente, portadora de vida y de paz y no de muerte, de inquina y de aborrecimiento, intentaba protegerles. Sin embargo y a pesar de lo dicho y, como no podía ser de otra manera, tampoco faltaron experiencias que expresaban lo contrario. A continuación, se exponen algunos testimonios recogidos:

Benito Otazua, al rememorar las prendas confortables y de abrigo que había llevado cuando partió de casa, hizo referencia a unos calzoncillos largos y comenzó a reírse, con auténticas ganas, como si a pesar del tiempo transcurrido, el recuerdo y la viveza de la situación permaneciera inalterable o como si hubiera querido ratificarse en el sentimiento que le dejó la evocación de que, compartir, es infinitamente mayor a la huella y a la sensación que deja el frío.

En su narración, volvió a su mente su gran amigo Juanito Bolumburu, de Derio y junto a él, “la noche del 7 de diciembre; el 8 de diciembre, la Inmaculada”. En Sangüesa, en el camino de Jaca, en Sabiñánigo y en otros lugares por donde les tocó moverse, en aquellas fechas las inclemencias del tiempo se hacían notar de forma muy acusada y había que prepararse, con todos los recursos de que disponían, para tratar de hacer frente, de la mejor manera posible, al frío helador que padecían. Al parecer, Benito ya había comentado anteriormente con su amigo, que “la madre, las madres son muy previsoras” y a pesar de que él no quería, le había metido unos calzoncillos largos en la mochila. En aquella ocasión, el lugar en el que se encontraban para dormir era un simple camarote desde el que “veías la nieve por entre las tejas. ¡Madre de Dios!, ¡un frío...!”, porque “claro, a nosotros siempre nos metían, si no era en una cuadra, en un camarote. Yo creo que nos llevaban donde más daño nos podían hacer. Sí, estoy seguro”. Aun así, aquel camarote y aunque era bajito, si se tenían en cuenta otras experiencias vividas, constituía un sitio soportable para pernoctar. Obviamente, “ni camas ni una colchoneta de paja no había en el suelo”. Juanito, a la vista del panorama, se acordó de la decisión acertada de su madre y le preguntó: “¿No dices tú, que tenías..., que te metía la madre unos calzoncillos largos? ¿Cuántos tienes? “Dos, para quitar y poner”. ¡Déjame a mí unos, coño! “Ahora, ya te doy. Ponemos los calzoncillos largos, corriendo allí en el camarote, uno detrás de otro, corriendo, ¡jo!”. Benito, envuelto en aquella risa y con un gesto de complacencia y de reconocimiento, en este caso hacia la acertada idea de su madre, continuó diciendo: “las madres son, son, son..., son terribles; ¡qué previsoras son! Yo no quería, yo no quería, yo no quería llevar”.

Un recuerdo envuelto con total agradecimiento y gran cariño era el que conservaba, como justa correspondencia por la muestra de solidaridad y respaldo que recibieron en Sangüesa y que hacía referencia, concretamente, al hecho acaecido cuando salieron aquella mañana, del día 8 de diciembre. Aunque, habitualmente estaban escoltados por soldados y no permanecían en los pueblos ni trataban con la gente, en aquella ocasión “andábamos libres porque, ¿dónde íbamos a marchar?”. Al llegar a la calle, se percataron de la presencia de “boinas rojas, requetés y falangistas; los enemigos nuestros.

¡Madre de Dios!”. Con estupefacción y dándose cuenta de lo que ello podía significar, optaron por cambiar de rumbo y dirigirse por otra calle, cuando se les acercó un viejito, un individuo que era conocido en el pueblo como “El Pino”. “¿Qué desean, qué desean?” “Pues, tomar un desayuno, un café con leche caliente”; eso sí, tras hacerle hincapié de que fuera en un sitio apartado. “Vengan, vengan conmigo”. Al entrar a un portal, de un callejón de la calle Nueva, aquel hombre le llamó a una tal “Felisa” y le dijo con toda claridad y rotundidad. “Prepara huevos con chorizo para estos amigos míos”. La alegría inundaba su rostro cuando lo contaba. “Vaya si preparó, vaya si preparó”. No sólo terminó con esto el buen trato recibido, sino que, además, a Benito le dieron cobijo y se quedó a dormir en la casa, desde aquella misma noche y hasta que se marcharon del lugar, en la cama del chico que estaba desempeñando sus funciones de soldado. “¡Qué buena gente; buenísima gente!”. Benito mantuvo una estrecha relación con aquella familia, que se hizo digna merecedora de todo su cariño y agradecimiento, a la que solía visitar en verano, junto con su mujer y su hijo.

Sin embargo, estas manifestaciones positivas no dejaban de encontrar su contrapartida cuando, en ocasiones y, por ejemplo, mientras estaban trabajando, se veían obligados a escuchar declaraciones verbales pronunciadas en forma de violencia psicológica, por falangistas que pasaban en camiones hacia el frente “y claro, sabían que éramos presos porque teníamos unos gorros blancos con una T, trabajadores”. En sus recriminaciones, no se libraban de escuchar palabras, tales como, “cabrones, rojos, rojos separatistas”¹⁸.

También Francisco Alonso tuvo ocasión de beneficiarse del comportamiento loable que, sin dudar, acompañaba a muchas personas de diferentes lugares; un comportamiento que correspondía a gente que, fuera de cualquier reparo o prejuicio, entendía que, ante una determinada circunstancia y en un momento preciso, tenía un objetivo que cumplir. En esta ocasión, su recuerdo estaba unido a la época en la que se encontraba enfermo por las fiebres palúdicas

¹⁸ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

intestinales que contrajo y, a consecuencia de las cuales, debió regresar a Euskadi, con la compañía de un soldado que llevaba un fusil y un papelón que les servía como documento acreditativo para hacer el viaje “de balde, en los trenes” y de esta manera, poder ser ingresado en el hospital de Gernika. Bajaron a Fraga y hacia el atardecer, consideraron que era el momento adecuado para descansar y lograron “dormir en una cuadra”. Tras hablar con una señora y ponerle al corriente del tema, les preparó un lugar con paja en el suelo y les bajó algo de comida. Francisco mostraba su reconocimiento hacia aquel gesto generoso y desinteresado, que lo valoró de forma especial dadas las circunstancias en las que se encontraban y así lo ponía de manifiesto: “se lo agradecemos a aquella mujer...”¹⁹.

Sin embargo y como todo tipo de actuaciones son posibles bajo la faz de la tierra, una sensación y una opinión muy diferente y que contrasta con los rasgos generosos expuestos anteriormente, era la que tenía Agustín Eguiazabal, quien no sólo no contaba, entre las reminiscencias que guardaba en su mochila, con ningún vestigio de solidaridad recibida de la gente durante el período que estuvo en el Batallón de Trabajadores, sino todo lo contrario. “Allí, ¡uf!, no nos querían ni ver. En Palencia, a cualquier sitio que íbamos, asesinos nos llamaban”. También, cuando se producían cambios en los batallones, “entre los que se marchaban y los que venían, las primeras palabras eran asesino y comunista”²⁰.

A través de la bibliografía consultada, así mismo se observan gestos protagonizados por diferentes personas y ante diversas razones, que ponen al descubierto la ambigüedad del alma humana y que componen el cúmulo de experiencias de otros prisioneros. Así, por ejemplo, Joan Llarch (1978 : 12-13, 26-27) expresaba su agradecimiento hacia aquellas mujeres que les saludaban en silencio y agitando los brazos desde sus casas, cuando el tren de prisioneros hacía su entrada en Bilbao; a aquella otra que cuando caminaban por las calles con dirección al Campo de Concentración de Deusto, se acercó y

¹⁹ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

²⁰ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

le entregó un pan al compañero que iba delante o a tantas más que, en otros puntos del Estado, les obsequiaban con una hogaza de pan o piezas de fruta, mostrando una gran humanidad hacia los infortunados vencidos. Tampoco su recuerdo pasaba por alto a aquellos soldados que, cuando volvían con permiso del frente y mientras ellos permanecían trabajando, les saludaban con sus voces afectuosas; a los que les echaban cigarrillos, que luego ellos los fumaban o algún otro, que de forma excepcional, arrojaba algún casco de botella. Pero, entre su bagaje conserva, igualmente, la experiencia de que “en el pueblo nadie les dirigía la palabra, unos por desafecto, y los otros por temor de que su simpatía les comprometiera”. Sin embargo, tampoco faltaban campesinos que al cruzarse en el camino de la fuente con algún prisionero que iba a por agua, aprovechando el aislamiento del lugar y consiguientemente, la ausencia de miradas y falsas conclusiones y sin que apenas mediaran palabras entre ellos, le ofrecían algunas frutas.

Elías Díez Aguirregoitia, también compartía la sensación positiva de haberse sentido, junto a sus compañeros de batallón, apoyado y reconocido por los habitantes de los pueblos, después de que les conocieron y les trataron, a la vez que expresaba la sorpresa que, a algunos les produjo, algo que de alguna manera podía tener justificación y explicación, dada la insistencia en la incrustación de falsas ideas y en la extensión de una información negativa, manipulada y mal intencionada que se difundió sobre los rojos, en general y entre los que quedaban incluidos todos los trabajadores prisioneros, el hecho recogido y repetido en los testimonios de numerosos cautivos, “de que no tuvieran ni cuernos ni rabo”.

Esta afirmación nos trae al pensamiento la tarea que se puso en marcha como una muestra más de violencia simbólica, a través de su máximo responsable, el profesor Vallejo Nágera, por medio de la cual y como es bien conocido, ante unos inútiles, minuciosos, sistemáticos y aparentes estudios denominados científicos, pretendían descubrir y sustentar que existía una perturbación en la mente de todos los rojos, sin exclusión y demostrar que, aquellos transgresores formaban parte de un mundo distinto.

Pero, Elías, entre el conjunto de vivencias que conservaba de su permanencia en el Batallón de Trabajadores número 15, guardaba y destacaba una que le impactó de forma especial por su dureza y que le quedó grabada para siempre. En este caso, el testimonio hacía referencia a una ocasión, en la que la participación y la ayuda fue prestada por los prisioneros, tal y como se narra a continuación:

Un día, llegó un hombre que buscaba el cuerpo sin vida de su hijo y pedía colaboración para poder desenterrar los cadáveres de una fosa. El sargento, que por su comportamiento habitual hacia los cautivos era catalogado por ellos como mala persona, afirmó que no podía complacer sus deseos obligando a sus hombres a realizar aquella labor, a no ser que ellos mismos se ofrecieran de forma voluntaria.

La empatía que produce el sufrimiento ajeno, el tratar de ponerse en el lugar del otro o de acercarse a su realidad establece y tiende lazos de apoyo, fraternidad, afecto, reconocimiento, comprensión y humanidad con la persona que lo padece, así como, sentimientos de impotencia y rechazo ante las circunstancias adversas e injustas que causan el dolor, lo que hizo que, inmediatamente, se solidarizaran y se prestaran varios prisioneros, entre los que se encontraba él, para comenzar con aquella delicada y más que dolorosa tarea. A medida que realizaban el cometido e iban apareciendo los cuerpos sin vida, el hombre decía: “no, ése no es; no, ése no es...”, hasta que en un determinado momento y frente a uno de los cadáveres, se expresó afirmando: “sí, ése sí, ése es mi hijo”. Era el impactante hallazgo de un hijo, un hijo más de los que fueron elegidos al azar y caprichosamente por la muerte, para quien la guerra, pero también la existencia había terminado y de un padre que permanecía a su lado, conviviendo con la contienda y aprendiendo a vivir con una tragedia añadida. Es decir, además de significar un trance cargado de sufrimiento y de gemido, así mismo, evidenciaba el punto de partida de un camino cuyo inicio, irremediablemente, estaba marcado y obligaba a mirar hacia adelante.

Elías, siempre que recordaba el hecho, permanecía con la mirada fija en un punto, como si aquella imagen se hubiera quedado inamovible e inalterable en sus ojos a través de los años. No era simplemente el recuerdo lo que permanecía, sino la vivencia de una experiencia cargada de un sentimiento de sufrimiento y de solidaridad con el dolor, que no sólo miraba hacia el pasado, sino que estaba en el presente. “Era un chico rubio, majo, de unos 23 años y tenía guardadas unas manzanas en el Kolko”. Después y como si quisiera dejar constancia, por un lado, del valor de aquel padre para afrontar la situación y por otro, de la generosidad hacia ellos, a pesar de su dolor, o más bien, por encima y más allá de su dolor, en aquel mundo que no tenía sentido, proseguía diciendo: “luego, nos dio una propina”.

Curiosamente, a partir de ese acontecimiento la actitud del sargento hacia ellos cambió sorprendentemente de forma positiva, mostrándose, no sólo con un trato menos hostil, sino manifestándose mediante una relación más sensible y cercana²¹; es decir, es como si les hubiera elevado a la categoría humana, a aquéllos que hasta entonces y a través, es posible que de desprestigios inducidos, de celos fomentados o de prejuicios interiorizados por él mismo, pero sin ninguna base, les había visto como a enemigos, no sólo potenciales sino reales, deshumanizados e incapaces de prestar ayuda ni de solidarizarse con nadie.

La reflexión de este hecho sirve de aleccionamiento y ofrece un claro ejemplo, por una parte, de la peligrosidad que conlleva el asumir ideas preconcebidas sobre los demás, sin ningún fundamento, bien por seguir directrices marcadas o bien por voluntad propia, hasta el punto de que, a través de nuestras percepciones podamos llegar a convertirnos en esclavos y prisioneros de nuestras opiniones y, en definitiva, de nosotros mismos y por otra, como demostración de que la bondad y la crueldad pueden convivir en la misma persona; es decir, nadie es totalmente bueno o totalmente malo durante todos los momentos de su vida.

²¹ Se me hace difícil precisar, si es por la cantidad de veces que he oído este relato, por el sentimiento con que aita lo contaba o por lo que a mi corta edad representaba “el chico de las manzanas en el kolko”, pero tengo la sensación de que, incluso por encima de sus propias penurias, es uno de los hechos que más le impactó.

Dentro de las muestras de solidaridad de los trabajadores, tampoco hay que olvidar los ejemplos que ponen al descubierto que, a pesar de las privaciones a las que se vieron sometidos y del escaso dinero que percibían, no faltaron quienes contribuyeron con su apoyo y generosidad a que otras personas, que fuera de su entorno físico y que quizá se encontraban en peores condiciones, pudieran mejorar su situación, aunque sólo fuera temporalmente. Éste sería el caso de Alejandro Sagasta Azcoaga²², a la vista del contenido de la emotiva carta, fechada en Tolosa el 17 de setiembre de 1938, que como agradecimiento le envió su hermano y una parte de la cual se transcribe a continuación:

“Mi querido hermano: Recibo la tuya del 10 del corriente alegrandome estes bien, yo, sin novedad por el momento.

En primer lugar te diré que ayer, recibí po giro 10 pesetas que tu con mucha galantería me las has enviado, yo, dandome cuenta del enorme sacrificio que tu te has impuesto, te doy las mas expresivas gracias, pues lo que haces por mi, hay que apreciarlo en su justo valor para darse cuenta lo que supone el privarse para fruto de un segundo; asi es que, te suplico no pases miserias por mi, pues aunque aquí hace falta todo eso para comer, en esa, y en libertad, todo te hara falta, asi es que tu veras.

Por aquí no hay nada de particular, seguimos como siempre, sin proceso ni na, yo creo que esto sera para poco tiempo, y voy preparando mi temple para cuando me pongais en libertad...

... Bueno Alejandro, das recuerdos a todos los compañeros, en particular a GARAGARZA, al mismo tiempo le das las gracias, y que deseo

²² Nació el 27 de marzo de 1909, en Arrasate. Durante la Guerra Civil se enroló en el Batallón Dragones, 5º Batallón de Meabe. Estando en el frente de Aretxabaleta, dentro de un blindado, fue alcanzado por un obús y de los nueve ocupantes del blindado, cinco resultaron muertos y cuatro heridos, entre los que se encontraba él. Fue trasladado al Hospital de Durango, con diversas heridas en brazo, mano... Tras su reincorporación continuó en la guerra hasta el frente de Asturias, donde fue hecho prisionero en alta mar, en el barco de pesca “Vicenta Pérez” y recluso en la cárcel de Santoña. Finalmente, pasó a formar parte del Batallón de Trabajadores de Recuperación de Automóviles del Cuerpo de Ejército de Galicia.

se realice eso pronto y en nuestro choco, así es que esperanzado a la tuya, recibes abrazos de tu hermano sabes no te olvida”²³.

Las relaciones personales entre los compañeros-prisioneros.

Tanto por los testimonios recogidos como por la bibliografía consultada, se constata que, en términos generales, predominaban las buenas relaciones entre los trabajadores y que la ayuda se hacía extensible entre ellos, todos y cada uno de los días. Una ayuda que se concebía más apremiante, cuando las penurias se hacían más acusadas, cuando las depresiones oprimían el corazón hasta hacerles tocar fondo o cuando los miedos les dejaban atenazados y que se agradecía, de manera especial, cuando tras experimentar alguna de estas sensaciones, la palabra y la proximidad de los compañeros se sentían verdaderamente cercanas y constituían un refugio seguro o cuando la visión positiva de las cosas intensificaba la entereza y el impulso para poder superar los aprietos y las contrariedades que las provocaban, hasta hacerles elevar su ánimo. Esta percepción de piña se observaba en el ambiente y se manifestaba por medio de la mejor aportación personal que cada uno podía ofrecer ante cualquier situación difícil. De la misma manera, también las bromas tomaban protagonismo en los momentos menos duros e, igualmente, aquellos hombres eran capaces de disfrutar de las cosas más simples y sencillas. De esta forma y como consecuencia de todo ello, la lejanía del hogar y consecuentemente, la ausencia de los seres queridos, quizá más intensificada en la soledad de la noche, se aminoraba con la fuerza que daba la unión, con la comprensión, con el saber escuchar, pero también con el saber callar y con el afecto que se ofrecía y se recibía. A nivel particular, éstas son algunas de las revelaciones recogidas:

Inicialmente, en el Batallón de Trabajadores número 15 todos los componentes eran vascos y posteriormente, recibirían la incorporación de algunos

²³ Junto a diversa información y documentación de la época, esta carta me la entregó Iñaki Sagasta, hijo de Alejandro, después de que éste ya hubiera fallecido, durante una entrevista que mantuvimos en Bilbao para hablar del tema, el 7 de noviembre de 2007. Una parte de esta documentación queda recogida en los anexos 8 al 12 (ambos inclusive).

prisioneros santanderinos y de algún asturiano. Entre las evocaciones positivas de Benito Otazua, que estaba encuadrado en este batallón, figuraba “la unión que había” y destacaba la buena relación y el buen entendimiento que mantenían con los asturianos. Así, rememoraba el grato recuerdo que conservaba de ellos: “yo, de los asturianos tengo un gran concepto”, a los que les calificaba “de gente muy buena y muy sana”. En cualquier caso, afirmaba que la solidaridad no conocía ni lugar de nacimiento ni ideología política y que se hacía extensiva por igual entre todos ellos. “Había que unirse, claro, pues claro que sí”. No era sólo cuestión de convivir, “sino de apoyarnos unos a otros”. Incluso, también existía un punto importante de comprensión y empatía, que quizá Benito habrá agradecido de manera especial en aquellos momentos y que luego lo revivía al recordar a un amigo del batallón, que era de Gijón, que defendía y decía: “si éstos tienen razón de que sean independentistas. Si Euskadi nunca ha sido España”.

Como es bien conocido, dentro de los fundamentos ideológicos de Sabino de Arana y Goiri, que fundó Eusko Alderdi Jeltzalea - Partido Nacionalista Vasco, el 31 de julio de 1895, se encontraba la independencia de Euskadi y la creación de un Estado vasco independiente. En 1897, aparecería de manera más explícita la identidad del Partido recién constituido, sobre el lema Euskotarren Aberria Euskadi da - Euskadi es la Patria de los vascos. Pero, este sentimiento de identidad mal sería entendido y mucho menos aceptado en el período, en el lugar y en las circunstancias que estamos analizando, por lo que él, manifestando la realidad del momento, argumentaba que todo quedaba en un simple comentario y que la discusión no iba a más. “No podíamos nosotros levantar la voz en este sentido, porque nos hubieran asado, nos hubieran asado”. Obviamente y a pesar de lo dicho, sería presuntuoso pensar que todos los vascos que componían el batallón formaran una sola unidad, sin desemejanzas y desigualdades, pero, también es cierto que, su lengua, su historia, su cultura, sus tradiciones..., transmitidas por herencia y vividas por elección, conferían en el espíritu de muchos de los componentes un halo de identidad propia, que les definía como pueblo que aspira a convertirse en nación.

Benito, convencido y consciente de esa sensibilidad y de esa realidad, testificaba: “nosotros les demostramos y aquello sigue igual, de que esto no es España; que a nosotros se nos tiene que tratar de otra forma distinta, desde luego. Es más, es que, el Señorío de Bizkaia es con siglos anterior a España; con siglos. Es que, no ha habido más que el Señorío de Bizkaia y el Reino de Navarra. Gipuzkoa y Álava no han existido; eso es un invento de los españoles; el divide y vencerás. Solamente ha habido el Señorío de Bizkaia y el Reino de Navarra. Nada más. Todo lo demás es, tergiversar la historia. Claro, es que la historia siempre escriben los vencedores, nunca los vencidos, nunca los vencidos”. Así mismo, tampoco quería pasar por alto el hecho de que consideraba que era mucho peor el trato que recibían los vascos si se comparaba con el que percibía el número reducido de santanderinos y asturianos que había, ni dejaba de lado el recordar la violencia psicológica que sentían y así lo atestiguaba: “porque eso de tener que oír rojos y a veces, hijos de tal..., dolía”.

Como es sabido, además de la intención de insulto en sí misma, la denominación de “rojos” difícilmente podía encajar con la identidad de los nacionalistas, para quienes, tanto la izquierda como los fascistas, estaban situados muy lejos de su filosofía, de sus sentimientos, de sus creencias y de sus intereses. Es más, por una parte, existía una opinión muy generalizada de que la izquierda podría arremeter contra los nacionalistas en caso de salir vencedora y, por otra, tampoco faltaban los que veían a los españoles, fueran rojos o blancos, es decir, por el simple hecho de serlo, como a sus enemigos. Una consideración que no estaba exenta de contenido, si se tiene en cuenta que, también abundaban los que desaprobaban los estatutos de autonomía catalán y vasco por su posible vinculación con una independencia y por el quebranto que podría suponer el fin de la unidad de España. Así, pues, cabría decir que, una buena parte de los prisioneros se sentía perjudicada por partida doble: por un lado, por la propia aportación obligatoria de su trabajo y por otro, por el vínculo generalizado asociado en base a un atributo imputado, pero no real.

El historiador José Antonio Pérez argumenta que la Guerra Civil dejó en la población de Euskadi la concepción, en su opinión errónea, de que había sido una guerra de invasión. Evidentemente, estima que es innegable el componente manifiesto contra lo que se llamaba la identidad vasca y el propio bombardeo de Gernika lo refleja muy claramente, o la abolición de las libertades, o el reconocimiento del estatuto, pero considera que en el País Vasco existió menos represión, cuantitativa y cualitativa que la que se vivió, por ejemplo, en Badajoz, en Asturias o en Andalucía. Entiende que, otra cosa muy diferente es lo que ocurrió a partir de los años sesenta cuando, por un lado, empezó a tomar parte el movimiento obrero y por otro, comenzó a actuar ETA y la represión fue tremenda²⁴.

Al igual que los malos recuerdos, también las cosas divertidas quedaron para siempre memorizadas en el interior de Benito y entre ellas, el despertar de cada día a golpe de trompeta. El encargado de pasar lista, de tocar diana y de que se levantaran, era un tal Peña, de Zalla y como si el tiempo permaneciera inamovible y nada hubiera cambiado un recuerdo vivido en lo que debió haber sido la flor de la vida, Benito se reía al recordarle diciendo: “¡venga, arriba!”, “mientras que desde una esquina le chillaban, “¡Peña cabrón!” “¿Quién ha sido ése?” Se iba para allá. Y ya, por el otro lado, “¡Peña, esquirol!” Le volvían loco al pobre Peña”²⁵. Es decir, era como si aquellos hombres, entre las sombras de las penurias, necesitaran poner unas notas de humor que les permitieran enfrentarse a la dura realidad y buscar y transmitirse un poco de alegría, aunque fuera puntual y ante cosas insignificantes; como si por un momento y a pesar de la falta de libertad física y mediante la libertad que les daba su aptitud a la hora de afrontar un destino impuesto, pudieran interrumpir un juego o cambiar un entorno no deseado o, simplemente, que ante las muchas razones que tenían para llorar, para dolerse y para apenarse, fueran capaces de reír, si bien es verdad que, quizá, aquella risa mañanera es posible que fuera, para muchos, la única risa del día.

²⁴ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

²⁵ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

Elías Díez Aguirregoitia también destacaba el buen entendimiento que reinaba en el batallón, el hecho de que las circunstancias adversas y los problemas personales pasaran a convertirse en colectivos y la unión, para lo bueno y para lo malo, que existía entre todos los compañeros; una unión que no finalizó cuando terminó su estancia como prisioneros, sino que continuó, tal y como lo demuestra el hecho de que, después de que volvieran a casa, en pleno franquismo y durante mucho tiempo, se siguieran reuniendo una vez al año y siempre en verano, para celebrar la “comida de batallón de trabajadores”. El encargado de llevar a cabo la convocatoria era, Manolo Rodríguez, mediante el envío de una carta donde siempre utilizaba como saludo la palabra “guaje”, supuestamente, como recuerdo de su paso como trabajadores por Asturias. Una carta que, ante mis ojos de niña, aparecía con una especie de alo de misterio porque, por una parte, el término “batallón de trabajadores” sólo en nuestra casa lo oía y por otra, porque entendía que no se trataba de un festín normal, ya que, dada la economía de la época, la práctica de comer fuera del hogar estaba poco extendida en nuestro entorno y sin embargo, aquélla, era una comida, a la que aita nunca faltaba.

De la misma manera se posicionaba Agustín Eguiazabal, al compartir la opinión de que las relaciones eran muy buenas entre todos los compañeros, a pesar de las diferencias de ideología política que cada uno pudiera tener. “Había nacionalistas, había socialistas, había comunistas, había de todo, pero todos nos llevábamos muy bien” y recalca, de forma particular, la relación especialmente estrecha que existía entre las personas procedentes del País Vasco. “Todos nos llevábamos bien, asturianos, santanderinos...; algún santanderino decían que parecía que era un poco dudoso, pero no y los de aquí, los del País Vasco, todos como uno, como uno, todos bien”. Pero, además de la unión en sí misma, el vínculo se completaba con la conveniencia de una idea que la tenían bien interiorizada y que consistía en, seguir haciendo lo que debían hacer, para evitar los castigos y las represalias y poder conseguir la libertad; es decir, una especie de autodisciplina preventiva: “No, no vamos a protestar por nada, porque es en balde y será mejor obedecer, estemos de acuerdo o no entre los compañeros”. Así mismo y para poder valorar mejor la importancia que la solidaridad y el buen entendimiento tenía entre los

prisioneros, es necesario recordar que “no había visitas ni nada y las cartas que mandabas también eran censuradas. Enviaba algunas cartas y me contestaban, pero igual estaba tres o cuatro meses sin saber nada. Siempre tenías que decir que estabas bien, que sino...”. A través de esta afirmación y una vez más, se vislumbra la presencia de algo que se había convertido en habitual para los cautivos que caminaban por aquella larga senda represiva; esto es, la sombra del miedo. Como excepción, Agustín le mencionaba a “Juan José Lasa, de San Sebastián. No sé..., mandaba alguna contraseña o alguna cosa hacía en la carta y con aquello, ya entendía la familia y recibía mucho dinero”²⁶.

La afirmación de la inexistencia de visitas que se recoge en este testimonio particular, además de que ha quedado igualmente corroborada por la diversa bibliografía consultada, es algo que no es de extrañar, si se tiene en cuenta que los viajes eran largos, por lo tanto, caros y como consecuencia de ello, quedaban fuera del alcance de muchas de las familias emparentadas con aquéllos considerados “rojos”, o lo que es lo mismo, estigmatizadas y abocadas a convivir en una realidad llena de escasez y limitaciones, es decir, dentro de un presente que únicamente les permitía sobrevivir. Al mismo tiempo, también se ha contrastado que eran escasísimas las salidas que los prisioneros realizaban al exterior y que cuando éstas se producían, teniendo en cuenta las privaciones a las que se veían sometidos, las aprovechaban para hacer algún acopio de suministros.

Así mismo y a la vista de las aportaciones que ofrecen distintas investigaciones, todo parece indicar que, además de en los Batallones de Trabajadores, las estrechas relaciones y el buen entendimiento también existieron, de forma bastante generalizada, en los diferentes ambientes que componían el mundo de los prisioneros y un buen ejemplo de esta constatación, es el testimonio que aporta José Moreno en relación a la experiencia vivida en una de las prisiones a la que fue conducido como consecuencia del incidente ocurrido en el Batallón de Trabajadores y que se ha

²⁶ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

citado anteriormente: “En la prisión de Huesca, todos estábamos unidos; estábamos unidos para todo. La comida la repartíamos; así que decían: “estos vascos, nada más hacen comer”. Paquete que venía, paquete que se comía, claro. Había una caja de tabaco..., para todo el mundo; un paquete con chorizo..., era para el grupo. Yo veía a los catalanes... y nada; pero, nosotros teníamos el tabaco allí para el que quería. Entró un tal Juanito, era de Bilbao y no tenía ni una gorda para escribir a casa y enseguida “¿tienes dinero para sellos?” y de la misma; había una unión fantástica, lo que ahora no hay; que teníamos que estar todos los vascos unidos y dejarnos de tonterías”.

Sin embargo y a pesar del ambiente general, expuesto anteriormente, tampoco debía obviarse ni dejar de lado, la figura vigilante de los soplones, los chivatos o los confidentes, ante cuya existencia y el peligro que representaban, convenía estar atentos; un recurso, más, de los creados por el poder y puesto a su servicio y donde no faltaron individuos que, bien de forma voluntaria y movidos por el interés de obtener algún tipo de recompensa, o bien empujados o presionados por el miedo, por el instinto de conservación, por el desasosiego que produce el hecho de que si ocultas lo que sabes sobre alguien, pueda repercutir de forma negativa sobre ti, accedieron a formar parte de aquel mundo que constituyó el colectivo de los denunciantes.

Tampoco José descartaba esta posibilidad y las consecuencias que esta situación podía conllevar y aunque, en su opinión y, al parecer, no había chivatos, también tenía sus reservas, tal y como se desprende de su testimonio: “te fiabas y no te fiabas porque, aquí está retratado con nosotros uno que era santanderino -los demás éramos de aquí- y tenías que tener cuidado porque decían que era falangista, a pesar de que nunca le notamos nada y enseguida se sabía porque, fíjate, un día mandaron chocolate y dice uno: “vamos a hacer chocolate” y “¿cómo lo hacemos?”, “pues en el baño”, “pero, si no hay madera”. Rompimos los juegos que había de ajedrez y damas e hicimos chocolate y al día siguiente, “¿qué pasa aquí?, ¿quién ha sido?”. “Pues, no sabemos”. Uno dijo, por decir: “a los vascos les he visto comer”. ¡Jo!,

pues, estuvimos un mes limpiando toda la parte donde estábamos nosotros, pero no dijo nadie y el que había roto las maderas era yo. ¡Jo!"²⁷.

²⁷ Entrevista realizada en el Elai Alai de Portugalete, el 23 de abril de 2008.

CAUTIVOS

ENTRE OLAS DE

MISERIA Y REPRESIÓN

*Ez zeukaten
ez deliturik
ez errurik
bazeukaten, aldiz,
bete behar zuten zigorra¹.*

Como ya se ha mencionado anteriormente, a la falta de libertad que sufrían los prisioneros, habría de añadirse la disciplina que intentaba vigilarlo y controlarlo todo: la movilidad; los hábitos; las manifestaciones; los espacios de comunicación y silencio; la conducta, no sólo de un día, sino de todo el período de permanencia; las horas de trabajo y el tiempo de descanso; el alojamiento; la ropa; la cantidad y la calidad de las comidas y del agua; la asistencia médica y sanitaria...; en definitiva, el mundo de cada uno de los individuos y hasta sus propios pensamientos, todo ello dentro de un universo de precariedad, cargado de fuertes medidas de intimidación e imposición y con el pretendido y claro objetivo de que dejaran de ser lo que cada uno deseaba ser. Respecto a la actividad laboral, con el fin de poder determinar y definir el significado que iba implícito en la pena, bien podemos tomar prestadas las palabras que emplea Foucault (1979 : 246) para dar respuesta a la pregunta de cuál es la utilidad del trabajo penal: “la constitución de una relación de poder, de una forma económica vacía, de un esquema de la sumisión individual y de su ajuste a un aparato de producción”.

Para el historiador José Antonio Pérez, los Batallones de Trabajadores y los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores fueron un castigo añadido, sobre todo a gente muy joven que no había detentado una participación importante en la política durante la República ni durante la Guerra Civil, o lo

¹No tenían delitos, no tenían culpas, pero sí tenían, una pena que cumplir.

que es lo mismo, que no había tenido ni siquiera tiempo de tener militancia, que no reputaba delitos, entre comillas, de sangre y a la que se le castigó en los Batallones de Trabajadores, dependiendo de los casos, con dos, tres, cuatro, cinco años... Es decir, hubo personas que salieron de casa en el año treinta y seis y volvieron en el año cuarenta y tres; esto es, después de pasados siete años, ya que, primero, se vieron involucradas en la guerra y tras la captura y ser trasladadas, unas a la cárcel y otras a un centro de reclusión y de ahí a un Batallón de Trabajadores, cuando terminaron con la pena, debieron incorporarse y permanecer un año y medio más en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, para cumplir con el servicio militar requerido por el bando ganador, lo cual, tuvo un efecto perverso para la gente.

La tónica general era, mandar a la gente de aquí a Batallones de Trabajadores de fuera, mayoritariamente a Castilla, a Aragón, a Andalucía o a Cataluña, normalmente a hacer obras públicas, a levantar y a reconstruir puentes y elementos que fueron derribados o deteriorados durante la guerra... y a la gente de fuera, mandarle a trabajar aquí. Así, pues, hubo Batallones de Trabajadores, por ejemplo, en Babcock Wilcox, en la Naval, o en la zona minera. Era una situación que, sin ser la cárcel, era penosa; personas que padecieron hambre, frío y un sinnúmero de penurias físicas, en unas condiciones lamentables y que si trataban de escapar les podían disparar a matar. No eran campos de concentración como los que tenemos en mente por el cine, pero en los que las personas que los sufrieron, se vieron envueltas en unas condiciones de vida totalmente deplorables².

El hambre y la escasez de agua fueron compañeros de viaje.

A medida que los sublevados iban avanzando y ganando terreno en el campo de batalla, también iba aumentando el número de prisioneros y con ellos se acusaba, cada vez más, la ausencia de previsión. De esta manera, el desbordamiento imperante hizo recrudecer de forma alarmante la calidad de vida de los trabajadores, hasta hacerles parecer auténticos mendigos y a que

² Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

cada mañana del día a día fuera un despertar, no sólo carente de libertad física, sino cargado de nuevas improvisaciones y múltiples restricciones. Esta precaria y dramática situación, así como la posibilidad de afrontarla con mayor o menor éxito, no sólo dependía del carácter, de la propia aptitud o de los deseos que los cautivos pudieran avivar hasta conseguir convertirlos en resistentes brotes de esperanza, sino de la buena o mala salud que tuvieran, así como de la capacidad de adaptación de cada individuo; una tarea que no fue sencilla y que constituyó un factor determinante en cada persona, para poder soportarla.

Muchas fueron las carencias y los componentes negativos a los que aquellos cautivos tuvieron que enfrentarse y con los que debieron aprender a convivir día tras día, semana tras semana, mes tras mes... y dentro de ellos, el sobrevivir ante la falta de comida fue algo, tan dilatado en el tiempo, aunque de forma más alarmante en la primera etapa de reclutamiento, como generalizado en su ámbito de influencia. La alimentación de los propios soldados más la manutención de los prisioneros hizo desequilibrar todo tipo de pronóstico y el hambre se cebó, desmesuradamente, en aquellos maltrechos hombres arrestados, hasta llegar a producir muertes por inanición. Así, pues, no es de extrañar que quedaran grabadas, eternamente, en la mente de muchos, las sardinas en lata, incautadas la mayor parte de ellas al Ejército republicano y la reducida cantidad de pan que constituyó, durante largas jornadas, su forma de alimentarse.

Curiosamente y según la investigación realizada por Javier Rodrigo (2005 : 153), todo parece indicar que la ICCP lograba excedentes económicos a base de restringir al máximo los gastos en la alimentación y sustento, en la higiene o en la renovación o mejora de los locales con el fin de hacerlos más aptos para los cautivos de guerra. Sin embargo, donde no se reparaba en gastos a tenor de la información oficial era, “en materias de clasificación y reeducación”.

A pesar de lo dicho, también podían establecerse diferencias porque, las carencias se hacían mucho más llevaderas, soportables e incluso, hasta casi inapreciables, según consta en algunos testimonios de la bibliografía

consultada, cuando cerca del núcleo del campo había un servicio de intendencia o cuando éste era estable y no estaba excesivamente poblado. Sin embargo y en contraposición a esta afirmación, se constata que en muchos lugares la situación se hacía sumamente penosa, cuando los trabajadores no recibían paquetes de comida de casa o dinero para poder abastecerse en el economato; una situación que tampoco resultaba tan factible en aquel ambiente de miseria generalizada que embargaba al país, donde proliferaban los campos improductivos, los bosques arrasados, las casas incendiadas, las ciudades bombardeadas, los pueblos enteros cuyos hombres estaban prisioneros o luchando en el frente y con mujeres que debían enfrentarse en solitario y como podían, a las tareas del hogar, a sacar adelante a la familia... Sea como sea, el hambre ocupó un puesto de honor e involucró a miles de prisioneros.

Elías Díez Aguirregoitia, un hombre alto y de constitución fuerte, conoció muy bien lo que significaba pasar hambre y relataba, también, la lata de sardinas, el chusco de pan y las dos onzas de chocolate que componían, no pocas veces, la precaria alimentación que recibían, a la vez que recordaba los 40 Kgs. que adelgazó durante su permanencia en el Batallón de Trabajadores. Pero, especialmente impactante le resultaba el agotamiento, el desfallecimiento y la reducción de fuerzas y defensas hasta límites tan insospechados, como para llegar a tener problemas, incluso, para levantarse, para moverse o para dirigir sus pasos y que debido a la menor fortaleza física y a las escasas reservas con las que contaban, pusieron al descubierto varios de sus compañeros del batallón.

Una muestra de la magnitud de este hecho, quedó reflejada durante algunas de las largas jornadas que debieron realizar caminando, aquellos hombres, cautivos, macilentos y jadeantes, que aunque jóvenes por dentro, parecían viejos por fuera y cuya estampa bien podría compararse con la de una expedición de vagabundos errantes, sin un rumbo definido y mucho menos elegido, a quienes la debilidad les llevaba a preferir desprenderse del ligero peso que suponía el transporte de aquellos escasos alimentos, hasta el punto de dejarlos por el camino, mientras que los más fuertes, los iban recogiendo.

Mencionaba, de forma particular, la crudeza que constituyó para un compañero de Urduliz, el día a día del batallón; un chico de salud frágil y estómago especialmente delicado y al que “le regalé un par de botas de mendigoxale, muy buenas, que tenía”; un hombre que, a pesar de que logró superar su permanencia, sobrevivir como prisionero y volver a casa, murió muy joven. Al analizar este hecho y aunque, por una parte, sería muy aventurado y tal vez poco prudente, achacar su fallecimiento a una consecuencia directa de la dureza de la etapa vivida, por otra, sí cabría la posibilidad, quizá o además, nada desechable, de pensar que sus días de existencia se hubieran visto reducidos a causa de la lamentable y deplorable situación a la que debió enfrentarse.

La imagen de aquellos hombres que más bien parecían la muerte andando, pero que, sin embargo, querían seguir viviendo mientras tuvieran vida, que sacaban fuerzas de flaqueza y empleaban dosis de entereza, de energía, de valor y las pocas resistencias que les quedaban para sobrevivir y pelear por su integridad, aparece reflejada tanto en los testimonios recogidos como en la bibliografía consultada, algo que, al mismo tiempo, nos acerca a la descripción manifestada por Primo Levi (2009 : 51): “y he aquí que aparecen los pelotones de nuestros compañeros que vuelven del trabajo. Vienen en columnas de cinco: tienen un modo de andar extraño, inhumano, duro, como fantoches rígidos que sólo tuviesen huesos: pero andan marcando escrupulosamente el tiempo de la música”.

El hambre como consecuencia de una práctica consciente, intencionada, consustancial y materializada por su condición de prisioneros, queda así mismo patente, a través del testimonio de Benito Otazua: “Hambre sí; hambre ya pasábamos; hambre ya pasábamos” porque, además de que, en general, las comidas eran muy flojas, la asignación de dinero destinada para los prisioneros era baja. “Fíjate, que el soldado tenía 2,50 para comer y un real de mano y pasaba hambre; con 1,10 que teníamos nosotros...”. Así que, pocos milagros podía hacer con ese dinero, “Dionisio Bolibar, de Mondragón, un cocinero muy majo, muy buena persona”. Es decir, no se trataba de compartir y de repartir equitativamente unos recursos escasos, sino de establecer categorías e

imponer políticas represivas y discriminatorias, como una parte más del castigo que debía ser aplicado sobre los cautivos y sin que las consecuencias que la miseria o la debilidad pudieran tener sobre ellos, gozaran de la más mínima importancia.

Añadida a la insuficiencia de comida, había una circunstancia que contribuía a recrudecer, aún más, la situación y era el hecho de que mientras estaban trabajando en la carretera, los alimentos que componían su pobre sustento los transportaban en perolas dentro de camiones, para que pudieran ser ingeridos en el mismo campo de trabajo, es decir, sin que cambiara para nada el decorado de aquel triste escenario. Ésta es una muestra añadida que denota, por una parte, distanciamiento y marginación y por otra, una manera astuta de rentabilizar al máximo el tiempo y no romper una cadena laboral barata y productiva.

La escasez en la ingestión trataban de paliarla, en la medida de lo posible, empleando el exiguo dinero que percibían por el trabajo realizado, que era de un real diario. “Sí, 25 céntimos nos daban al día”. Esa cantidad, generalmente, la utilizaban para comprar comida en el economato del batallón; un automóvil en el que adquirirían alimentos. “En la mochila nunca faltaba un pedazo chorizo, leche condensada y queso. Eso es lo que cogía; que es lo que se podía tener para conservar, sí”³. Paradójicamente y como se desprende de esta afirmación, el poco dinero que obtenían con su esfuerzo, de nuevo volvía a manos de los que ostentaban el poder, esto es, de los explotadores; una forma más del tributo que debían pagar los prisioneros, sólo para poder sobrevivir. Además y para tratar de mejorar su situación, se hacía patente la preocupación y el sacrificio de las familias, a pesar de las dificultades económicas por las que atravesaban, para enviarles comida o dinero que aliviara sus necesidades; una circunstancia, sin embargo, que no estaba, ni mucho menos, al alcance de la mayoría.

³ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

Tampoco Agustín Eguiazabal se libró, no sólo de percibir una mala e insuficiente comida sino, incluso, de padecer la incertidumbre de no saber si comerían o no algunos días; una precariedad que, lejos de desaparecer, se convirtió en compañera de viaje de la mayor parte de los Batallones de Trabajadores: “Por la mañana, un café negro hecho con cebada; mediodía, un cazo de lentejas y por la noche, patatas cocidas o alguna cosa así y un bollo bastante bueno, pero comíamos mediodía antes de repartir comida -se reía- y poníamos rancho, pero no llegaba para todos, igual”. Curiosamente, a esta narración le seguía esta otra afirmación: “En Calera estuvimos mucho tiempo y claro, cuando íbamos a trabajar, había muchas bellotas, encinas. No nos dejaban comer aquello, porque decían que eso era de cerdos y ¡hambre... terrible!”⁴ Una vez más y tal y como se desprende de este testimonio, la escasez de comida y la obcecación por conseguirla, se convirtió en una constante que envolvió a la mayor parte de los prisioneros.

Pero, dentro de aquel mundo de limitaciones, igualmente quedaba patente la buena disposición para intentar aliviarlas, así como, la bondad y la mano tendida, que también existió. Así recordaba Joan Llach (1978 : 23-28) en sus narraciones, el mensaje de bienvenida con el que el sargento del Batallón de Trabajadores les recibió: “Voy a hacerme cargo de vosotros. Quiero trataros bien; como se debe. No me defraudéis”; o cuando interesado porque su alimentación fuera la adecuada, un día mientras repartían el condumio y los prisioneros lo ingerían con ansia, sugirió: “Si os parece que la comida no ha sido bastante, decidlo sin reparos. No quiero que sufráis hambre”. Las miradas de complacencia de los cautivos ante el trato recibido, a la vez que se dirigían al sargento, se entremezclaban entre sí llenas de satisfacción. Esta actitud, no sólo no pasó desapercibida para el mando, sino que le dio la oportunidad de sentirse orgullo y feliz; es decir, era algo así como, una especie de premio por su aportación personal a un trabajo humanitario y bien hecho. Pasadas unas semanas, el sargento fue reemplazado por otro y teniendo en cuenta la arbitrariedad que existió y la interpretación que cada uno daba a lo que significaba ser prisionero y vencido, las cosas cambiaron. La llegada del

⁴ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

sustituto conllevó, también, una pérdida en la aportación de la comida, que empezó a reducirse y una modificación en la relación personal, que se vio deteriorada.

Las normas para reglar la vida de los prisioneros fueron dispuestas de forma uniforme para la totalidad de los campos, en julio del año 1938, es decir, cuando la ICCP cumplía su primer año de implantación, lo cual pone de manifiesto la arbitrariedad, la ilegalidad, el abuso o el mundo de incoherencia entre objetivos y hechos reales que guió la estructura interna durante los dos primeros años de guerra en los campos de los sublevados (Rodrigo Sánchez, 2005 : 154).

La escasez de comida, sin embargo, no incumbía de forma exclusiva a los prisioneros, ya que para los republicanos que se encontraban en los campos de batalla, la situación tampoco era mejor. Evaristo Santafé mencionaba la dureza, en general, de todo el período de la guerra y dentro de esa dureza, destacaba dos elementos importantes. Uno, era el hambre que padecían porque, en la zona roja tenían un suministro de comida mucho más reducido que en la zona nacional y el otro, eran los piojos. “A nosotros nos suministraban algo de Rusia, pero, poco, poco; había mucha hambre; había mucha hambre; más hambre pasamos que para qué y muchos piojicos. ¡Huy, huy, huy, íbamos apestadicos de piojos! porque, claro, no te mudabas; estabas siempre por los frentes; ni te lavabas; ni tenías agua; ni nada”.

Para que la necesidad imperiosa que constituía la comida quedara cubierta, tuvo que esperar a volver al hogar, esto es, después de que acabó la guerra. Pero, a la vista de sus declaraciones y como ocurrió en tantos lugares más, una cosa era no padecer hambre y otra, además de conformarse, contentarse con los escasos recursos con los que contaban. En su caso, la situación de la alimentación se vio aliviada, gracias a las circunstancias que concurrieron entre su ambiente familiar y su entorno más cercano.

En Mora de Rubielos, como el frente estaba situado en El Morrón y los cañonazos y el peligro eran manifiestos, muchas fueron las personas a las que

el miedo les hizo evacuar, pero también otras optaron por permanecer en el pueblo, como fue el caso de su madre. “Mi madre, como estuvieron aquí las fuerzas y había animales por esas huertas y los mataban en el matadero, recogió las patas que tiraban y las tenía en el cerrado, colgadicas, sequicas, peladicas. ¡Ah, rediez!, metía una patica en el pucherico y eso era el alimento que teníamos. En casa, yo sí comía; yo, demasiado bien. Al terminar la guerra, ya no pasé hambre; yo no pasé hambre”.

Junto al tema apremiante que supuso poder cubrir, incluso, las necesidades más básicas de manutención, también quedan al descubierto las escasas expectativas de vida con las que contaban o que componía el mundo de muchos de aquellos jóvenes, tras la contienda: “Cuando vine al pueblo, mis padres estaban en casa y aún guardaban el animalico, la burrica que teníamos para labrar y eso y yo, a labrar los campos y a coger comidica: trigo, patatas, de todo; a casa y a dormir; y a la mañana, madrugar y a trabajar para coger comidica”⁵.

Al igual que ocurría con la comida, también el agua, tanto para ser ingerida como para ser utilizada en el aseo diario, formaba parte de aquel universo de insuficiencia que caracterizaba a los Batallones de Trabajadores y conllevaba graves problemas. Benito Otazua manifestaba que, por una parte, como permanecía depositada en barricas, estaba “caliente, caliente, caliente, caliente”, sobre todo en verano y que, por otra, como era tan escasa, no podían perder ni una gota a la hora de mal lavarse. “Teníamos el pelo cortado al rape; claro, para la limpieza precisamente, porque hacinados allí como estábamos...”⁶.

Pero la cuestión, ni era tan simple ni finalizaba ahí, sino que la falta de agua llevaba aparejada otra serie de condicionantes, cuyas consecuencias pronto dejaban al descubierto resultados altamente perjudiciales para la salud. Así, por ejemplo, la necesidad de tener que beber para poder vivir, a menudo estaba relacionada con la toma de agua no potable, lo que provocaba diversas

⁵ Entrevista realizada en Mora de Rubielos, el 7 de setiembre de 2011.

⁶ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

enfermedades. De la misma manera que, la escasa higiene personal que se podían permitir, fomentaba la creación y mantenimiento de brotes epidémicos. La precaria situación que padecían, queda reflejada, una vez más, en las palabras de Agustín Eguiazabal: “Cada un mes, o así, teníamos agua para limpiar la cara”⁷.

No sólo era malo el frío del invierno, sino también el calor del verano.

Las condiciones climatológicas constituyeron un factor importante y pusieron a prueba la capacidad de resistencia de los individuos arrestados, a lo largo y ancho del Estado. Como ejemplo concreto, el frío de Aragón, con temperaturas de bajo cero, fue uno de los aspectos duros a los que tuvieron que enfrentarse muchos de aquellos prisioneros, que caminaban hacia delante, con sus rostros demacrados y buscando un resquicio de cobijo y calor. Así recordaba Benito Otazua: “Allí, al lado de Jaca, unas heladas de miedo..., ¡Jesús, Jesús!”. Sin embargo y a pesar de la severidad del clima y de las infortunadas circunstancias, los lugares para pernoctar, aun sin estar a la intemperie, carecían de las más mínimas condiciones básicas. “Aunque no sea más que en una cuadra, detrás de unos mulos, dormíamos en cubierto, sí”. Pero, para combatir la adversidad del tiempo y hacer frente a la difícil situación, no todos disponían ni siquiera de algo tan básico como podían ser las mantas e intentaban soportar el frío y la humedad como podían. Él y Juanito Bolumburu, un chico de Derio con el que hizo mucha amistad, para cuando llegaron a Aragón, este problema ya lo habían solucionado. “No teníamos mantas y a un camionero le robamos unas mantas en Unquera”, después de la estancia en Karrantza. Como si rememorara la mezcla de sensación de picaresca y la máxima de necesidad obliga, se reía y decía: “el pobre camionero se quedó sin mantas”.

Además de lo que tenía de inapelable el frío en sí mismo, a través de las generalizadas y dilatadas formaciones que tanto les gustaban a los

⁷ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

dominadores y a las que se veían sometidos los prisioneros, este elemento pasaba a convertirse, por partida doble, en protagonista y ejecutor directo de violencia colectiva en la vida cotidiana. Esto quiere decir que, concretamente, la izada y la arriada de bandera; el reparto de la correspondencia; los recuentos; las amonestaciones; los castigos corporales, cuántas veces sin ninguna justificación; los escarmientos... eran recibidos en posición de firmes y sin que las bajas temperaturas constituyeran un obstáculo o un condicionante digno de tener en cuenta.

Benito, como si todavía estuviera sintiendo las gélidas temperaturas que le helaban el cuerpo y a la vez que imitaba el sonido del viento, no podía evitar la risa que le producía el recuerdo de una noche en la que “hacía un frío que cortaba” y con una gran calma, pasaban lista “unos sargentos analfabetos”. Como la multiplicación que hacían, no les daba la cifra esperada, insistían: “venga, a hacer otra vez; a ver, a pasar lista otra vez y un frío...”. Hasta que, finalmente y para poder dar por concluida la situación, uno de los prisioneros tuvo que solventar el problema diciéndole al sargento “que tantos por tantos no era la cifra que calculaban”⁸. Es decir, la duración de esta tarea no tenía ninguna importancia, como tampoco tenía la consideración de la dureza del tiempo, junto a aquel viento que parecía arrollarlo todo, la contemplación de la ropa, o más bien, de la falta de ropa adecuada de la que disponían, el cansancio de la noche después de la jornada en el tajo, la debilidad de los cautivos... Era, simplemente, una muestra más del derecho de los vencedores y del sometimiento de los vencidos.

Estas afirmaciones, así mismo, concuerdan con las experiencias vividas por Elías Díez Aguirregoitia, tanto por lo que se refiere a la dureza de lo que significaba enfrentarse a las bajas temperaturas en los rigores del invierno, también en la zona de Aragón, como por la percepción de que ello no constituía para nadie, excepto para ellos mismos, un motivo de inquietud o de intranquilidad. Así, pues, conscientes de que se encontraban abandonados a su suerte y ante un enemigo difícil de vencer, la única alternativa que les

⁸ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

quedaba era plantar cara y mostrar el mayor grado posible de resistencia física para aliviar su sufrimiento y poder sobrevivir.

Elías confirmaba y destacaba la precariedad y la falta de previsión tanto de lugares para pernoctar, ya que cualquiera podía ser válido para aquellos seres humanos, débiles, desamparados e indefensos, incluso el cobijo y la protección que ofrecía un árbol, como la escasez de mantas. Esta alegación quedaba sustentada por el recuerdo de una mañana en la que al despertarse, tras una larga y fría noche, sintió sobre su cuerpo un peso sustancialmente superior al de otros días. Con sorpresa pudo comprobar que su extrañeza no estaba exenta de explicación: “tenía toda la manta llena de nieve”. Además, el frío que soportaban sólo constituía una preocupación y un problema para aquellos desventurados que lo padecían, es decir, para los propios prisioneros, ya que en la protección y en el acopio o en la distribución de mantas, “los mulos tenían preferencia” sobre ellos. Esto es, claramente se percataban de que valoraban más y de que daban más importancia a la vida de los animales que a la de los cautivos.

Pero, no sólo en esa zona, sino que la alusión a la falta o a la insuficiencia de mantas, en combinación con el intenso frío, la humedad y la poca adecuación de los lugares designados para pasar la noche, que bien podían ser chabolas, tejavanas... y, en cualquier caso, sobre el barro del suelo, también se recoge en los testimonios de otras muchas personas que ocuparon diferentes partes del Estado español.

Éste sería, también, el caso de Agustín Eguiazabal que, una vez hecho prisionero en Laredo y tras un período de estancia en Castro, fue trasladado a Miranda de Ebro, donde permaneció un mes. Se formaron los Batallones de Trabajadores y, a partir de entonces y no precisamente sin dificultades, comenzó su andadura de pueblo en pueblo, unas veces a pie y otras, cuando los desplazamientos eran largos, en camión, aunque no faltaron ocasiones en las que para ello, debieron preparar antes el terreno porque, “había camino, pero no cabían camiones bien y ensanchar un poco y arreglar agujeros para que fuera el camión”.

El frío, contra el que poco podían hacer por defenderse, condicionaba y endurecía considerablemente su vida y la de sus compañeros y la situación se agravaba, de manera especial, durante las noches de invierno porque, “nos dieron una manta que parecía papel y allí hacía heladas terribles, en Guadalajara y en eso y coger aquello y por la noche, métete a dormir con la manta mojada”.

Nuevamente, el tema de la improvisación en cuanto a emplazamientos para pernoctar toma protagonismo; en este caso, su alusión se refería a Jadraque, desde donde por la mañana y por la tarde se desplazaban a un pueblo pequeño situado a dos kilómetros. En este lugar y tras sacar a las ovejas que ocupaban el sitio hasta que ellos llegaron, les introdujeron en una chabola, que aunque estaba llena de barro, sin ningún tipo de tejas y cubierta simplemente por unos arbustos, se consideraba apta para ser habitada. Mientras no llovía, la situación era relativamente pasable, pero cuando lo hacía, allí estaban ellos para hacer frente, como podían, al fango, a la humedad y a las demás circunstancias adversas que pudieran derivarse⁹.

Más allá del sentimiento que cada preso pudiera albergar en su interior, la interpretación de estos testimonios nos hace suponer que, embargados por la miseria y sumidos en el silencio de aquellas profundas y largas noches de invierno, el recuerdo entrañable y cálido de sus hogares y la añoranza de sus seres queridos, además de estar bien presentes en sus corazones, les ayudaría a levantarse, una y otra vez y a considerar, a pesar y al contrario de lo que algunos les quisieran demostrar, el valor y la importancia que para ellos mismos y para otros, seguían teniendo sus vidas.

Pero, de la misma manera que el frío, el viento y la nieve se convirtieron en generadores de acontecimientos desfavorables, también el calor y la sed, junto a la escasez de recursos para poder combatirlos, fueron portadores de consecuencias negativas y constituyeron el epicentro de muchos males, tal y

⁹ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

como se contempla en el ejemplo que se expone a continuación; un caso, por otra parte, que para nada debe considerarse ocasional, sino que este tipo de contratiempos adversos tuvieron una amplia extensión dentro de los Batallones de Trabajadores y englobaron a un gran número de prisioneros.

Francisco Alonso reseñaba que la jornada laboral, “nos hacían trabajar desde las 5 de la mañana hasta las 10; a las 10, nos retiraban y luego, por la tarde, desde las 4 hasta que anocheecía; ¡que era tremendo!” y las duras penurias a las que tuvo que enfrentarse en su batallón, no dejaron de pasarle factura y de acarrearle enfermedades y desenlaces no previstos, tal y como más adelante se describirá. Destacaba algunos de los elementos más negativos que se encargaron de cobrar su tributo y que fueron en esencia: el duro trabajo, el intenso calor y la mala calidad del agua. “El agua la subían de un río, en camiones, en bidones de 150 litros” y aunque el río permanecía casi seco y el agua estaba contaminada, es decir, no apta para el consumo, las fuertes temperaturas a las que tenían que adaptarse, como se desprende del contenido de sus palabras, dejaban pocas posibilidades de elección entre beber o no beber. “Llevaban el agua caliente; bebíamos sin conocimiento; nos deshidratábamos; no podíamos”. De esta manifestación puede deducirse que, no se tenía en cuenta la sobrecarga de trabajo o el exceso de calor ni importaba la mejor o peor calidad del agua, su salud o ellos mismos, de lo que se trataba era de poner a su disposición unos recursos, daba igual que fueran buenos o malos, para cumplir el objetivo, es decir, para que no se deshidrataran y pudieran seguir cumpliendo con su trabajo. Como resultado de todo ello, “cogimos unas fiebres palúdicas intestinales” y a él, pronto se le presentó una temperatura que oscilaba entre los 38 y 40 grados y como si se moviera entre el poder y el querer, argumentaba: “y claro, yo no quería trabajar”¹⁰.

Las enfermedades y la asistencia médica y sanitaria.

¹⁰ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

La asistencia médica y sanitaria fue uno más de los tantos puntos débiles dentro del entorno y de la situación en la que se movían los prisioneros y las repercusiones y consecuencias que conllevaba su insuficiencia, dependían de la importancia de las enfermedades que padecían pero, en cualquier caso, se contabilizaron altas tasas de mortandad.

Javier Rodrigo (2005 : 163-165) relata que fue en febrero de 1939, cuando se concertó de forma reglamentaria lo que ya constituía una realidad en los campos, en los Batallones de Trabajadores y en las cárceles y que consistía en que, el insuficiente equipo sanitario existente fuese apoyado, cuando no sustituido, por facultativos integrados en el campo como prisioneros. Este hecho pone de manifiesto, por una parte, el incumplimiento del Convenio de Ginebra, ya que, además de prohibir la reclusión de médicos, les garantizaba un tratamiento especial y por otra, deja al descubierto la posición en la que se hallaban, tanto las enfermerías como los hospitales penitenciarios. Los hospitales destinados a prisioneros de guerra fueron, principalmente: “el de los Sagrados Corazones de Santander, el de Liérganes, el de Santoña, el de Maliaño, el de Deusto y el de Gernika”. A ellos se incorporarían, tanto los prisioneros de guerra que habían caído heridos o enfermos como aquéllos que habían contraído algún tipo de padecimiento, hallándose ya cautivos. En 1938, ante la deficiencia del “sistema hospitalario y del de campos de concentración” y frente al apremio de crear un hospital para los prisioneros tuberculosos, “el hospital penitenciario de Gernika” sería una de las opciones barajadas. No obstante, “el Ministerio de Orden Público, la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros, el Patronato Antituberculoso y la Inspección General de Sanidad Militar” coincidirían en que, Gernika era “bajo y húmedo” y ese tipo de enfermos requerían “altura, falta de vientos y sobre todo aislamiento”, a pesar de que, casi todos los que habían padecido esa dolencia, habían sido ingresados, hasta entonces, en ese hospital.

A pesar de todo, más que en los hospitales, en las enfermerías de los campos de concentración, dado que no fueron muy abundantes, fue donde más sufrieron las dificultades producidas por la acumulación de presos, ya que, si bien el reglamento trataba de la conveniencia de que existiera una en cada

campo, las pocas que hubo, estuvieron prioritariamente colocadas en los sitios que permanecían fijos, es decir, en los campos estables.

De entre las dolencias, algunas de las más frecuentes y más esparcidas en lo que, de una manera u otra componía el mundo penitenciario, fueron: la tuberculosis (infección contagiosa que afecta, principalmente, a los pulmones y que se convirtió en un problema apremiante); las paradas cardíacas; el desequilibrio mental; las fiebres de Malta (enfermedad infecciosa que produce cuadro febril inespecífico); las fiebres palúdicas (una enfermedad grave, cuyo primer síntoma es la fiebre); así como la pediculosis (infestación que puede llegar a producir daños graves); el tifus exantemático epidémico (enfermedad alarmante debido a su morbosidad y mortalidad que, a menudo, causa epidemias después de guerras, transmitida por el piojo del cuerpo humano, con fiebre elevada y cuya convalecencia puede llegar hasta tres meses); o la sarna (afección muy contagiosa de la piel, que produce picazón continuado, se manifiesta por medio de granos, ampollas y úlceras con costras y se transmite por contacto directo o por medio de la ropa, lo que hace necesario que ésta sea desinfectada, bien mediante agua hirviendo o bien poniéndola al sol durante varias horas), causadas o transmitidas, estas tres, por medio de piojos, ácaros u otros parásitos que, según una opinión muy generalizada, proliferaban y acampaban a sus anchas y que unidos al hacinamiento, a la flaqueza, a las lamentables condiciones higiénicas, es decir, a toda la pobreza que padecían los prisioneros y al mismo tiempo, a la simplicidad con la que rebrotaban y se extendían, les convertían en un botín fácil y seguro.

Así relataba José Moreno: “Bueno, piojos, piojos teníamos a punta pala; no en la prisión ¿eh?, en el campo de San Juan de Mozarrifar y todo eso; veías a toda la gente..., bajabas los pantalones y matando piojos y donde tienen los dobladillos...; ¡miseria, miseria!... ¡Si cocías los calzoncillos, los ponías al sol y no habían muerto los piojos!”¹¹. Tampoco Agustín Eguiazabal se libró de este parásito y hacía mención a la cantidad de piojos que se posaban en las mantas y corrían por doquier y con los cuales debían librar una auténtica batalla para

¹¹ Entrevista realizada en el Elai Alai de Portugalete, el 23 de abril de 2008.

matarlos contra las piedras. “Nos hicieron ver negras; negras nos hicieron ver”¹².

La gravedad de la situación, así como las repercusiones negativas que iban aparejadas, tampoco pasaron desapercibidas para la ICCP que planeó, además de crear instalaciones de despiojamiento, el abastecimiento de uniformes y ropa interior, así como la apertura de cuantas enfermerías fueran posibles. Pero, una vez más, las necesidades desbordaron las previsiones y del proyecto inicial al hecho final hubo un buen trecho, por lo que las medidas que se llevaron a cabo en este sentido, resultaron totalmente insuficientes y únicamente beneficiaron a un número reducido de presos; es decir, en definitiva y al igual que ocurrió con otros muchos aspectos, no solucionaron el problema.

La escasez médica y sanitaria padecida en los Batallones de Trabajadores también se ponía al descubierto y se evidenciaba por la limitación de medicinas y por la falta de personal competente para realizar las correspondientes tareas y algunos de los testimonios que se transmiten a continuación, varios con un final dramático, son factibles de ser considerados como semejantes a muchas de las experiencias vividas, un día cualquiera, a lo largo de todo el Estado.

Benito Otazua no podía evitar la risa que le producía el recuerdo de una temporadita en la que se hizo el “maula” y con el ánimo de explotar la circunstancia, le dijo al practicante que tenía catarro. Sin embargo, a la hora de aplicar un tratamiento, era lo mismo si se trataba de catarro, de anginas, de diarrea... El remedio consistía en “unas pastillas que valían para todo; no tenían más que aquellas pastillas”.

Pero, acto seguido y como si todavía sintiera el peso de lo que fue una gran pena, de una tristeza cargada de impotencia, de sentimiento de injusticia, de apatía y de negligencia ante la gravedad que podían alcanzar los hechos en aquel mundo compuesto de limitaciones y que no tenía sentido, su voz cambió

¹² Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

hasta alcanzar un tono melancólico, su risa desapareció y su rostro mostró un aspecto serio y reflexivo, cuando recordó a un cabo de la escolta, un tal Serna de Burgos, que murió en Mora de Rubielos, “como un perro, como un perro”, es decir, “por falta de asistencia, porque no había ni médicos ni nada y yo, ya les avisaba, pero como no venían..., allí murió. No sé lo que hicieron de él, ni si le enterraron. Allí quedó, con la asistencia mía nada más; de un preso. ¡Así es la vida!”.

Como, además de las luctuosas, experiencias graciosas no le faltaban, ni tampoco la asociación de imágenes, la risa nuevamente apareció en su cara cuando rememoraba a un compañero que le castigaron por haberse emborrachado, en el pueblo de Barracas y “le hicieron beber no sé cuánta agua. ¡Ay Dios!”. Pero, nuevamente su alegría se borró y el dolor se apreciaba en su semblante cuando narraba que, también en ese mismo pueblo, “hay uno de aquí enterrado; allí murió. El pobre era de Jatabe. Siempre decía que no había pasado el sarampión y que tenía miedo y..., pues, de eso murió, de eso murió, de sarampión”¹³. Como es sabido, ésta es una enfermedad infecciosa que, en caso de agravamiento, puede llegar a producir inflamación en los pulmones y en el cerebro.

Dado que los daños contraídos y la precariedad de recursos médicos y sanitarios no eran patrimonio de los Batallones de Trabajadores de una sola zona, sino que afectaban a cualquiera de las ocupadas por ellos, también Agustín Eguiazabal, junto a otros compañeros más, sufrió en sus propias carnes el dolor físico; acusó la falta de recursos necesarios para su curación y puso en marcha el único medio que conocía para su restablecimiento, durante su estancia en la provincia de Toledo. “Lo peor es la sarna que nos salió. ¡Dios, aquello era...! No teníamos ropa para cambiar y nos dieron una pomada un poco amarillenta para hacer con aquello, pero, ¡qué va! Quitar la ropa y otra vez ropa sucia teníamos que poner. Se me ocurrió una cosa: Cuando era chaval, en Arrona fábrica tejas hubo y los que andaban llevando tierra, mediodía limpiaban las manos con orina para que no se hagan... Se me ocurrió

¹³ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

hacer. Me fui a un rincón; levanto la caspa, ¡llorando!...; luego hice con pis; un martirio y en cuatro o cinco días desapareció”. Todos los que estaban afectados por la misma dolencia, entre los que se encontraba Juan José Lasa, un estudiante de medicina, se interesaron por conocer el procedimiento empleado. “Ya sabes, no hay otra cosa... y todos estuvieron allí en danza -se reía- y desapareció la sarna”. Aun así y más teniendo en cuenta el panorama que se vislumbraba a su alrededor, Agustín asentía: “Yo tuve suerte en aquellos tiempos; no tuve ni un dolor de cabeza. Pero, ya se murieron algunos que estaban enfermos; se murieron tres o cuatro...”¹⁴.

Allí tengo la familia y me puede ayudar.

Tal y como se ha comentado anteriormente, Francisco Alonso se vio afectado por las consecuencias dañinas derivadas de la férrea combinación de un fatigoso trabajo, de un denso calor y de la nociva calidad del agua, durante su permanencia en el Batallón de Trabajadores, lo que le produjo el padecimiento de unas fiebres palúdicas intestinales. Sin embargo, por suerte para él y gracias al interés y a la ayuda que le mostró un oficial, dentro de la arbitrariedad que reinaba en aquel universo de caos y que se contrapuso frontalmente a la desidia y al desinterés que padecieron otros muchos componentes de batallones, pudo concluir el largo recorrido y llegar a la meta, eso sí, tras idas y venidas entre hospitales y, afortunadamente, logró salvar su vida, si bien es verdad que, tampoco debe dejarse de lado el contenido de crudeza que conllevó la situación.

Todo comenzó cuando, al percatarse de la gravedad de la enfermedad que había contraído, el hecho fue puesto en conocimiento de un teniente de ingenieros que era vasco: “los vascos somos diferentes”, manifestaba con total convencimiento y a modo de reconocimiento, quien ordenó que fuera trasladado al sanitario de Zaragoza. Pero, a pesar de la buena voluntad, nada parecía ser una tarea sencilla.

¹⁴ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

Su primer sobresalto lo vivió mientras realizaba el recorrido en tren, donde tuvo ocasión de entablar conversación con un legionario que había estado en Vitoria, en el Batallón Flandes. Teniendo en cuenta que la guerra equivalía a esa mala pesadilla imposible de desatender y de olvidar, Francisco comentó en un momento del diálogo: “Allí nosotros perdimos una compañía entera; estarán prisioneros”. Pero, dentro de aquel mundo de locura que rodeó la época, que condicionó la vida entera y donde todo era posible, llegó la respuesta conmovedora del legionario: “¿Prisioneros de guerra? Fueron fusilados todos”. Francisco no pudo evitar el impacto que le supuso tal afirmación. “¿Cómo fusilados todos?”. No tardó en conocer la categórica, inapelable e impresionante contestación: “Sí, sí, sí; allí, al que se movía, se le pegaba el tiro en la nuca”.

Cuando llegaron al destino, inicialmente le ingresaron en un hospital militar, pero “en cuanto se vio que mi ficha no era así, me mandaron a uno de prisioneros, que era diferente y a los ocho días, me echaron”. Seguidamente, fue desplazado a un campo de concentración de Zaragoza, pero dado que su dolencia no evolucionaba positivamente, nuevamente se vieron obligados a trasladarle al hospital. Sin embargo, nada se le presentaba fácil y a pesar de su más que evidente padecimiento, era manifiesto que la voz de los débiles prisioneros carecía de fuerza y que su presencia, no siempre era bien recibida. “Cuando entré allí, el médico... “¡Cómo! ¿Otra vez Vd. por aquí?” Pues, sí. ¿Qué quiere Vd. que le haga yo? “Venga, fuera” y me echó. Otra vez al campamento”.

En el hospital, tanto las atenciones médicas como las alimentarias dejaban mucho que desear “porque yo, cuando entré, yo no podía comer cualquier cosa. Yo me sentaba en aquellas chatas, que llamaban báteres, que estaban allí colgadas y sólo echaba sangre”. En una ocasión, un monaguillo de Olabeaga, que era el encargado de llevarle la comida, le presentó “unos garbanzos de perra gorda, con cachos de tocino y chorizo de perro”. Francisco, consciente de su delicado estado de salud, exclamó “¡yo esto no puedo comer; yo reviento!”. Pero el monaguillo, como si por un lado, se sintiera responsable de las consecuencias que conllevaba la decisión de no comer y por otro,

convencido de que las expectativas de elección eran nulas, no dudó en aseverarle y darle el que creía que era el mejor de los consejos: “Si lo comes, te podrás morir; pero, si no lo comes, te mueres”. Ante la respuesta obtenida, que no dejaba lugar a dudas, él contestó sin vacilar: “Bueno, entonces, voy a comerlo. ¡Qué voy a hacer!”.

De su estancia en el hospital, guardaba un agradable recuerdo y tenía palabras de elogio y gratitud para una monjita de Zarautz, que durante una noche en la que “yo me levantaba y sangre y sangre”, se interesó por su estado de salud y por ver lo que le pasaba. Después de escucharle con atención, no vaciló en prestarle su ayuda con la misma convicción y rotundidad de quien puede ofrecer la panacea o el remedio mágico y milagroso para su curación y le dijo: “te voy a traer una medicina”. Él, como si valorara por encima de todo el significado de la mano tendida en los momentos de auténtica necesidad y ante su manifiesta debilidad, afirmaba: “Me trajo en un vaso una cosa colorante; no sé si sería medicina o no, pero con el cariño que me lo hizo...”. Y con la seguridad que da el convencimiento de la realidad personal o, quizá, basándose en la cercanía de identidad, continuaba afirmando: “Las vascas..., las vascas son extraordinarias y conocí unas cuantas monjas vascas. ¡Qué diferentes eran! Eran mejores”.

Así mismo, las monjas fueron protagonistas de una experiencia que le impresionó y le afectó de forma especial en el período de hospitalización, aunque teniendo en cuenta el contexto, la costumbre y el clima de imposición religiosa establecido en el período que estamos analizando, es posible que el hecho fuera entendido por ellas como algo normal, en el que poco o nada tuviera que ver su aportación personal. La vivencia estaba relacionada con la figura de un “niño”, como él decía, que permanecía en el Hospital General de Zaragoza, “que estaba tuberculoso y se moría; 18 años, 20...; era de la montaña de Santander y las monjas, cuando estaba desahuciado, le pusieron dos candelabros por cada lado de la cama y un Santo Cristo en el pecho y decían: “pídele a Dios perdón por todos tus pecados” y decíamos, “¡pero, si es un chiquillo!, ¿qué pecados puede tener?; ¡de qué va, ese chiquillo, a pedir perdón!; ¿pecar? ¡Si es un chiquillo!”. Francisco, como si nunca hubiera podido

entender el significado de aquella acción y quisiera ratificar y dejar patente la fragilidad e inocencia de aquel chico tan joven, afirmaba: “igual ni entró a la guerra; estaba enfermo”.

A la vista del trasiego de idas y venidas entre hospitales sin obtener resultados positivos, el teniente de ingenieros vasco, nuevamente se interesó y se preocupó por su lamentable situación “y me dijo: “¿Vd. de dónde es?”. Yo, del País Vasco. “Y ¿quiere Vd. que le mande a Gernika?”. ¡Hombre, claro! Allí tengo la familia y me puede ayudar”. Como se ha indicado anteriormente, al hospital de prisioneros de guerra de esa localidad acudían, además de los que hubieran sido heridos o padeciesen una enfermedad, también aquéllos que la contraían mientras se encontraban como prisioneros en campos de concentración y en Batallones de Trabajadores.

Tras concluir el viaje en tren, acompañado de un soldado que era extremeño y antes de ingresar en Gernika, pasaron por la casa de Francisco, donde el soldado mostró su interés y su deseo de ver, por primera vez, el mar. Con un gesto de agrado y complacencia, su hermana le dijo: “toma 20 céntimos; coges aquí abajo el tranvía hasta Santurce y otra vez para aquí, el mismo tranvía”, haciéndole la observación pertinente de que se fijara en el número de la casa para localizarla a su regreso. “Dejó el fusil, dejó todo y se marchó a Santurce”, no sin antes escuchar el nuevo ofrecimiento de su hermana: “y luego, te comes con estas 2 pesetas, unas sardinas en Santurce”. Francisco recordaba lo contento y lo asombrado que volvió el chico. “La cantidad de agua que hay allí y nosotros sin agua, decía”.

Una vez en Gernika, el soldado le presentó como prisionero; recogió el correspondiente sello que acreditaba, por una parte, que se había efectuado su ingreso y, por otra, que había cumplido con su trabajo y se despidió de él. “Me dio la mano; “que tenga suerte”, me dijo”, a lo que él respondió, “bueno, gracias”. A pesar de su delicado estado de salud, Francisco fue dando pasos hacia delante en un intento por combatir y ganarle la batalla a su dolencia y poco a poco fue mejorando, a la vez que vivía y convivía con experiencias tan duras y dramáticas, como era la visualización de enfermos, de todo tipo, que

morían diariamente, hasta llegar a la cifra de doscientos sesenta y tantos y cuyos cuerpos, no eran momentos para muchas contemplaciones, bien por falta de interés o por la escasez de medios, eran sacados en los carros destinados a transportar la basura. Es decir, las muertes masivas de Gernika, cuya información dio la vuelta al mundo, no se limitaron únicamente a las causadas en el bombardeo o como consecuencia de él, sino que sus habitantes también siguieron llorando a los muchos que perecían, por un motivo o por otro, en el Colegio de los Padres Agustinos, que fue uno de los hospitales creado por la Inspección de Campos. Pero, además del elevado número de muertes que se producían, eran tantos los enfermos que sobrepasaban sus posibilidades, por lo que cien personas, entre las que se encontraba él, debieron ser trasladadas al Balneario de Karrantza en busca de un nuevo cobijo, aunque la estancia en ese lugar fue de poco tiempo, ya que el dueño del balneario lo reclamó y se lo devolvieron. Como consecuencia de esa circunstancia, pasó a formar parte de los prisioneros ubicados en la Universidad de Deusto¹⁵.

El regreso al hogar que no debieron abandonar.

Tras finalizar la guerra, después de aquella larga y penosa ausencia, donde las visitas eran prácticamente inexistentes, dadas las largas distancias que separaban sus hogares de los lugares de cautiverio; donde la comunicación entre familiares y prisioneros era escasa; donde los múltiples riesgos a los que éstos se veían abocados eran siempre un constante motivo de preocupación y desvelo para sus seres queridos; donde la ansiedad de los cautivos por la suerte que pudieran correr sus parientes, también se hacía patente, dado que, además del castigo individual, las revanchas, las venganzas y las penas fácilmente podían hacerse extensibles hacia ellos; y, consiguientemente, donde la intranquilidad y el desasosiego fueron moneda de uso común y fieles acompañantes de unos y otros desde que amanecía el día hasta que anochecía, una parte de los cautivos, finalmente, volvería a sus hogares. Pero, el significado volver, para nada tendría carácter definitivo para muchos de ellos,

¹⁵ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

que se verían incorporados, en esta ocasión, a Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores como, por ejemplo, para: Francisco Alonso y Agustín Eguiazabal, después de su pertenencia a Batallones de Trabajadores o para José Marí Otsoa de Txintxetru, como continuación a su estancia en diversas cárceles.

Tampoco el hecho de volver guardaría un paralelismo o equivalencia con la vida que ninguno de ellos había llevado durante el período anterior a la guerra ni estaría relacionado con el concepto de libertad que todos hubieran esperado y deseado, sino que la labor que dio como resultado aquella situación y el objetivo diseñado por Franco y su omnipresencia, en cuanto a la inapelable implantación de comportamientos e identificaciones, no había hecho nada más que comenzar; es decir, no eran vientos suaves de entendimiento y de paz los que se avecinaban, sino que un sinfín de huracanes cargados de imposición y represión y un sinnúmero de borrascas henchidas de nuevas experiencias de displicencia, miseria..., se abrían ante sus ojos y a ellas habría de adaptarse y doblegarse toda la sociedad. Una idea que también nos recuerda y nos acerca al sentimiento expresado por Primo Levi (2009 : 278): “Y sin embargo había ocurrido algo que sólo algunos poquísimos sabios de nosotros había previsto. La libertad, la improbable, imposible libertad, tan lejana de Auschwitz que sólo en sueños osábamos esperar, había llegado: y no nos había llevado a la Tierra Prometida. Estaba a nuestro alrededor, pero en forma de una despiadada llanura desierta. Nos esperaban más pruebas, más fatigas, más hambres, más hielos, más miedo”.

Desde que oficialmente terminó la guerra y durante los cuarenta años de la dictadura, muchas personas tuvieron que aprender a vivir y a convivir entre la violencia y el sufrimiento de lo que significaba ser ellos y nosotros, los buenos y los malos. La consideración que se estableció del enemigo como criminal o poseedor de una cultura irracional, pareció dotar de legitimidad a cualquier tipo de actuación, en base a una supuesta unidad nacional. Así y tomando las palabras de José María Ruiz-Vargas (2006), los perdedores de la guerra, los derrotados tanto física como moralmente y sus familiares, se vieron abocados a “ser cautivos en su propia tierra, en su propio pueblo, en su propia casa,

desposeídos de sus derechos y estigmatizados de por vida -el franquismo no incluyó en sus planes ni el perdón ni la reconciliación-¹⁶. Es decir, “una vez finiquitado el Ejército de la República y controlado el territorio español en su totalidad, las dinámicas de la guerra fueron deliberadamente mantenidas, ya que no sólo era objetivo de la guerra el control sobre el Estado en sentido físico, sino ante todo el control sobre el Estado metafórico, sobre sus habitantes” (Rodrigo, 2003 : 37). Si éste fue el telón de fondo que subyace a la realidad, también sería lícito hablar de una violencia política ejercida a través y desde el Estado y sería muy difícil pensar en posibles vías de solución.

Para desahogar los repletos campos y Batallones de Trabajadores, posibilitar la incorporación de nuevos prisioneros y poder otorgar la libertad, principalmente, a aquéllos que sobrepasaban la edad militar, es decir, a los de mayor edad o que tuvieran cargas familiares de las que ocuparse y que no hubieran tenido pena que justificar, siguiendo con la costumbre de obtener información sobre la conducta de los prisioneros, que tanto les gustaba a los ganadores y cuya norma constituía una práctica habitual, se examinaba el comportamiento de los cautivos que quedaba recogido mediante informes emitidos por los jefes y los capellanes y nuevamente se requería la indagación y la recogida de testimonios de cara a cumplir el objetivo. En el caso concreto que nos ocupa, que es un ejemplo de otros muchos y que hace referencia a Elías Díez Aguirregoitia, el certificado extendido por el Alcalde del Ayuntamiento de Sopela¹⁷, que es quien acreditaba su comportamiento, rezaba así:

“Número 80.

III Año Triunfal.

Evacuando el informe que me confirió en su atenta comunicación de fecha 8 de Febrero en curso, respecto de la filiación política y actuación de ELIAS DIEZ AGUIRREGOITIA, he de manifestar a V.S. lo siguiente:

¹⁶ Fue el 31 de marzo de 1969, cuando llegó el Decreto Ley que declaraba prescritos los delitos cometidos con anterioridad al 1 de abril de 1939.

¹⁷ cuya copia del original se incluye en el anexo número 13

Dicho señor es de 28 años de edad, de estado soltero, natural y vecino de esta anteiglesia. Estuvo afiliado al Partido Nacionalista Vasco, ingresó en la llamada Policía "Erzaña" como voluntario. No consta haya cometido hecho alguno delictivo, es persona de buena conducta.

Estando el Alcalde que suscribe detenido en el Carmelo de Bilbao, después de la macabra matanza de las Cárceles, este individuo le suministraba la comida que le entregaba al mismo la familia del informante y al mismo tiempo procuraba favorecerle en todo cuanto podía incluso facilitando noticias de su estado a su esposa y familiares y les infundía ánimo a uno y otros, asegurando rotundamente que antes de permitir que el suscrito fuera molestado en lo más mínimo, estaba dispuesto a defenderle aún a costa de su vida, pues que para ello tendrían que pasar sobre sus cadáveres.

Tal es el informe que el Alcalde que suscribe tiene el honor de emitir en cumplimiento de su atenta comunicación en principio invocada.

Dios salve a España y guarde a V.S. muchos años.

Sopelana, 23 Febrero 1.939.

El Alcalde,

Sr. Comandante Primer Jefe del Batallón de Trabajadores número 15.

ESTAFETA núm. 3."

La indiscutible alegría de la vuelta a casa de los prisioneros, del reencuentro con sus seres queridos y con su entorno, se entremezclaba con estremecedores recuerdos que permanecerían imperecederamente en sus corazones como, por ejemplo, con el poso que fue dejando la enfermedad y la muerte de compañeros y amigos; con las ilusiones y sueños que terminaron apagándose y perdiéndose en el vacío; con las angustias, sufrimientos, desvelos y miedos padecidos; con la estela que producen unas necesidades básicas no cubiertas y que dejaron una huella imborrable en sus organismos hasta hacerles irreconocibles, a muchos de ellos, incluso ante los ojos de los allegados de su ámbito más cercano y, en definitiva, con un cúmulo de

experiencias, enriquecedoras unas y frustrantes otras, que quedaron cobijadas eternamente en el fondo de sus almas.

De vuelta al hogar, una nueva vida comenzaba para ellos y a ella deberían adaptarse, doblegarse y resignarse imperativamente, una vez más y, no precisamente por poco tiempo. La que se encontraron, era la realidad de una existencia que se presentaba difícil y dura, cuyo camino inicial podía estar marcado, en muchos casos, por la muerte, por la enfermedad, por la desaparición o por la ausencia de quienes optaron por el camino del exilio y que podía afectar, en cualquier caso, a una parte de sus seres queridos; por los lugares demolidos y por el derrumbe de las casas, hasta llegar a dejar a la gente a merced del amparo de familiares, amigos o, simplemente, realquilados en una habitación con derecho a cocina; por el hambre y por la pobreza que tomaba hegemonía en toda la población en general; por la destrucción de trenes, barcos, carreteras, puentes..., en resumen, por todo lo que conllevaba un país totalmente devastado. A todo ello, habría de añadirse la relevancia que conllevó el factor miedo y la certeza de que pasar a formar parte del mundo de los presos era una tarea tan sencilla que podía alcanzarse, simplemente, por el hecho de haber estado organizado en un sindicato, por no haber tenido costumbre de acudir a la iglesia o por la confesión a un sacerdote, por no contar con el beneplácito de las personas influyentes en el nuevo régimen, por tergiversaciones intencionadas, por envidias o por un sinnúmero de motivos propiciados con ansia de venganza, hechos que, por otra parte y no pocas veces, se convirtieron en acciones que encomiar, para los que las llevaban a cabo.

Así mismo y a todo lo anteriormente citado, habría que añadir una moneda muy empobrecida; una cartilla de racionamiento; un estraperlo y un mercado negro; una escasa oferta laboral, que obligaba a las idas y venidas en busca de trabajo; una autarquía brutal y una deuda que saldar con los países que le habían prestado ayuda a Franco para ganar la guerra, es decir, Alemania e Italia. En definitiva, se trataba de un Estado donde el surco que dejó la guerra convirtió al entorno en un campo abierto para las injusticias, las prohibiciones,

las delaciones, las que se entendían deudas sin saldar, los asesinatos, los odios, los excesos, los hostigamientos...

Otro factor a tener en cuenta es, por un lado, la insistente preocupación franquista por el tema de la reeducación y de la pretendida evangelización que debía conllevar el nuevo Estado y, por otro, la postura que adoptó la Iglesia del momento y la repercusión que su posicionamiento y su comportamiento supuso para muchas de las almas creyentes.

Aunque en un primer momento, la Iglesia y la religión no se contemplaron como elementos justificativos de la sublevación, el hecho de que en la zona republicana se arremetiera contra clérigos y religiosos, según Juliá (1996 : 125) la cifra estimada de sacerdotes seculares asesinados en zona republicana fue de unos 4.300, la de religiosos se acercó a los 2.500, la de religiosas a 280 y la de seminaristas a 250, dio pie a que la mayor parte de la jerarquía de la Iglesia tomara postura legitimando a los sublevados y siguiera aportando su apoyo una vez finalizada la guerra. Mucho se hablaría de los centenares de miembros de la Iglesia asesinados por el bando republicano, pero poco se mencionaría a los que también lo fueron por defender la República.

Una parte importante de los antiguos privilegios de la Iglesia que fueron suprimidos durante la República, con posterioridad y en un buen entendimiento entre el nuevo Estado y la Iglesia se recuperarían. Se otorgarían las propiedades de los bienes eclesiásticos, se concederían subvenciones para la reconstrucción de monumentos, se eliminaría el divorcio y se restituiría el derecho a percibir la asignación estatal a los sacerdotes que había sido eliminado en la República, convirtiéndose la Iglesia en una sólida institución, en la cual estarían englobadas una serie de organizaciones eclesiásticas de las que saldrían una parte importante de personas encargadas de dirigir el nuevo Estado.

La Iglesia introduciría a miembros católicos formados en la Compañía de Jesús y posteriormente, en el Opus Dei, a ocupar puestos de relevancia en el Gobierno del nuevo Estado, en las universidades y dentro de la economía

nacional y, así mismo, cardenales, arzobispos y obispos pasarían a formar parte de las Cortes franquistas o del Consejo Nacional del Movimiento y el Estado se manifestaría activamente en la defensa de la fe católica y, con el beneplácito de la Iglesia, en contra de otras libertades como serían la masonería, el marxismo o el liberalismo. En este proyecto conjunto, se impuso la obligatoriedad de enseñanza de la religión en todos los niveles de educación e incluso, se destituyó a profesores menos definidos religiosamente.

Txomin Bereciartua recuerda que su vida tras la caída de Bilbao, primero en casa y luego en el seminario, se desarrollaba en un ambiente impregnado de espíritu de cruzada y nacional catolicismo, en el que se identificaba la derecha vencedora y la Iglesia; la izquierda no existía y “los nacionalistas habían sido arrojados al conglomerado masónico rojo separatista. Franco era el bueno, los “otros” los malos. Franco había salvado a España y a la Iglesia; los “otros” rompían la unidad de la patria y comulgaban con la masonería y el comunismo ateo. Blanco o negro, nada de grises”.

Los cristianos vascos mantenían diferentes posturas. Por una parte, estaba el Obispo Laucirica, de Durango, nombrado Administrador Apostólico de la Diócesis de Vitoria, tras la deportación de su titular, el obispo Múgica. Era todo un adalid, un dirigente de una Iglesia servidora de la nueva España y con sus planteamientos y actuaciones, comulgaban gran parte de las Órdenes religiosas y muchos sacerdotes y cristianos de derechas. Ésos representaban a los cristianos de primera. Por otra parte, estaban los cristianos de segunda, que eran los otros. “Entre esos segundones perdedores de la guerra vemos al Obispo desterrado, a los curas fusilados en la guerra y a los que estaban presos o desterrados y junto a ellos una gran masa de cristianos, que intentaban conciliar sus posturas sociales y políticas con su pertenencia a una Iglesia que no les representaba y a la que, a pesar de todo, seguían siendo fieles. A este grupo pertenecía mi familia”¹⁸.

¹⁸ Información facilitada por la persona mencionada, el 30 de diciembre de 2012.

A través de este planteamiento puede deducirse que, los sentimientos y las percepciones están incrustadas de forma tan variada en cada persona, como lo están los puntos de vista tan dispares que muestra Berlin (1992 : 154) refiriéndose a Voltaire y a Maistre: “Voltaire odiaba tan violentamente a la Iglesia católica que le negaba hasta un mínimo de virtud. A Joseph de Maistre le gustaban hasta sus vicios y veía en Voltaire el diablo encarnado”.

Para agravar, aún más, todo aquel mundo de coerción, estrechez, miseria, abuso, incompreensión y, en definitiva, de violencia, la voz de los sufridores fue silenciada como forma de discriminación y represión, a través de la medicina del miedo, lo que otorgó un halo de legitimidad a los vencedores, quienes pretendieron estructurar una tergiversada e inamovible memoria colectiva e integrar en ella y, a su manera, a la nueva España. Así, pues, el mero hecho de recordar y contar constituía, no sólo una amenaza potencial, sino que entrañaba un gran peligro real, con lo que la necesidad de olvidar se convertía casi en una obligación. De esta manera y como fácilmente puede deducirse, en aquel ambiente social las muestras en forma de protesta o las posturas de condescendencia o de acercamiento no tenían cabida; las mentiras pasaron a convertirse en verdad y la intimidación y la falta de libertad alcanzaron la mayor de las supremacías.

El final de una guerra que no había terminado.

Como se ha expuesto anteriormente, de la misma manera que el que la guerra oficialmente hubiera finalizado no significaba que con ello llegara la paz, tampoco el que una parte de los prisioneros volviera a sus hogares fue entendido como un gesto de buena voluntad sino que, simplemente, llevaba implícita una necesidad que era inevitable solucionar y que cumplía un doble objetivo. Por un lado, reducía la abundancia de población reclusa, que al ser tan cuantiosa, desbordaba todas las expectativas de planificación y previsión y por otro, resolvía la escasez de una mano de obra, no sólo útil, sino incuestionablemente necesaria para un país sumamente empobrecido y

devastado y sin cuya aportación, se hacía totalmente imposible su recuperación.

Respecto a la forma en la que los prisioneros conciliaron su vida laboral una vez terminado su período de estancia en Batallones de Trabajadores, el historiador José Antonio Pérez, a través de sus investigaciones y experiencias recogidas, deja constancia de que muchas personas fueron readmitidas en los puestos de trabajo que se habían visto obligadas a abandonar varios años antes. No faltaron casos en los que el mismo empresario necesitaba un buen trabajador y no le importaba su condición de perdedor o ganador de la guerra; casos en los que el propio patrono era nacionalista y prestaba su apoyo a los trabajadores o era de izquierdas y mostraba su ayuda, aunque esta circunstancia se dio con menos frecuencia, debido a que había menos empresarios que tuvieran esta tendencia ideológica. Pero, también los problemas hicieron acto de presencia y afectaron a un gran número de individuos como, por ejemplo, a aquéllos que se habían destacado durante las huelgas en los años de la República y, consiguientemente, se les negó su reingreso; a los que fueron despedidos y que como consecuencia de ello perdieron todos los derechos o a los que no encontraron trabajo y tuvieron que desplazarse a buscarlo a otros lugares.

En resumen, tanto en este terreno como en otros, lo mismo que no faltaron las venganzas, también hubo abundantes rasgos de humanidad, generosidad y solidaridad por parte de ambos bandos e incluso, gente que siendo de izquierdas salvó la vida a gente de derechas y al revés, algo que hoy nos puede parecer impensable dado el nivel de radicalización de la vida política de aquellos momentos¹⁹.

Pero, en cualquier caso y a pesar de lo dicho, los que habían sido cautivos seguirían siendo perdedores y vencidos y de acuerdo con esa categoría, es decir, sencillamente por haber sido integrantes del bando republicano, muchos de aquellos jóvenes que fueron requeridos para realizar el servicio militar se

¹⁹ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

incorporarían a los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, para ser utilizados y explotados en beneficio de un país deshecho y arruinado. Un indicativo de todas las aseveraciones anteriores, son algunos de los testimonios que se exponen a continuación:

Francisco Alonso argumentaba que mientras estaba en la Universidad de Deusto, cada vez se hacía más evidente la imposibilidad de poder acoger a tanta gente, por lo que optaron por enviarles a casa a todos los del Norte que ya estaban calificados y clasificados y que no tenían delito de ninguna clase, más que el hecho de haber participado en la guerra. A partir de ahí, había otro requisito que debían cumplir y era: el presentarse en la Guardia Civil, para poder estar controlados. De esta manera, “se ahorran la comida y se ahorran las camas. Eso era hacia el 15 de abril del año 39; justo, justo, para casa, terminada la guerra y luego, en junio del año 40, nos llaman que teníamos que ir a hacer la instrucción y a jurar bandera; “cosa de un mes, mes y medio”, decían. ¡Bah!, llegó hasta diciembre del 42”²⁰.

También el historiador José Antonio Pérez, basándose en los testimonios recogidos en sus trabajos de investigación, hace la matización de que después de finalizado el período como prisioneros, la mayoría de los trabajadores que volvieron de los batallones tenían la obligación de presentarse en el cuartel de la Guardia Civil, una vez cada quince días o una vez al mes y durante uno o dos años, para comprobar que no habían huído y que todo permanecía bajo control. No obstante, esa obligatoriedad dependió de cada lugar y hubo gente que, tras personarse un par de veces, se vio libre de ese requerimiento. Esta situación, además y de alguna manera, afectó a su vida cotidiana porque, por una parte, hubo personas y lugares en los que la manera con la que se llevó a cabo este formalismo fue más o menos correcta, pero también es posible que, los buenos modales no pudieran considerarse extensibles a todos los sitios y por otra, el propio hecho en sí mismo hacía parecer como que la pena todavía no hubiese terminado de cumplirse, porque sus vidas estaban controladas y su comportamiento, después de haber estado en un batallón, no podía ser otro

²⁰ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

distinto al deseado, esperado y en definitiva, al impuesto por las personas que ostentaban el poder²¹.

Tampoco Agustín Eguiazabal se libró de correr la misma suerte que Francisco Alonso, ya que, aunque una vez finalizada la guerra volvió a casa, únicamente pudo permanecer durante varios meses porque también fue demandado para cumplir con el servicio militar²²: “Otra vez nos volvieron a llamar; pero a mí y a algunos otros, nos mandaron otra vez a un Batallón de Trabajadores”. Tras la convocatoria correspondiente, su paso por el Ayuntamiento de Donostia, donde le comunicaron su condición de repetidor, es decir, de perdedor, se produjo de esta forma: “Era mi turno. “Agustín Eguiazabal Garibi”. Presente. “¿Vd. estuvo en un Batallón de Trabajadores?”. Sí señor. “Pues, otra vez allí”. Gracias, gracias, gracias hombre, le dije. Con la mala leche que tuve y otra vez a Madrid; descalzo, otra vez a Madrid. Allí formaron otro Batallón de Trabajadores, el número 37”²³.

También a Benito Otazua le tocó en suerte volver a casa tras su estancia en el Batallón de Trabajadores, al concluir la guerra. Pero, a pesar de la alegría que le produjo el hecho, también la sombra del miedo estuvo presente, ya que su regreso no estuvo exento de riesgo y tensión, dado que para poder conseguirlo, se expuso y falsificó unos documentos que estaban depositados en el Gobierno Civil de Bizkaia y que debía presentar en la plana mayor del batallón. La falsificación consistió en sacar un certificado de otro certificado y modificar las fechas de estancia, para poder acogerse al indulto que concedían a los prisioneros. “¡Jo, pasé, uf; días, uf! Tenía miedo de que se dieran cuenta de que era falso. Pero hay que arriesgar la vida para...”. También de su testimonio, como del de otros tantos más, se desprende que, el objetivo que les llevó a los ganadores a tomar la decisión de otorgarles la libertad, fue el cubrir una necesidad, lo cual no conllevaba un intento de reconciliación o un acto de buena intención: “lo que pasa es, que no tuvieron más remedio que mandarnos

²¹ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

²² Se adjuntan anexos números 14 y 15 donde queda constancia de ambos hechos.

²³ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

porque, éramos tantos... y ¿quién trabajaba, quién trabajaba?; hacía falta mano de obra”²⁴.

A José Mari Otsoa de Txintxetru, el día 8 de agosto de 1940, le dieron una buena noticia. “Nos dicen”: “¡A la calle!” y les proporcionaron “un pase de pobres” para, así, poder coger un tren que les llevara de regreso a sus respectivos lugares de destino. Al salir y a pesar de ir caminando por una calle recta, “no sabíamos andar derechos”, como consecuencia del tiempo que habían permanecido amontonados en la cárcel.

Él se dirigía a Salvatierra, pero como el tren no paraba allí, se bajó en Vitoria. Desde la estación le llamó a una hermana que estaba en Salvatierra dado que, para entonces, ya había vuelto de Francia con los dos hermanos pequeños, Gotzon y Begoña, a pesar de que sus aitas seguían en el país vecino. Ésta le sugirió que se quedara a pasar la noche en un hotel de Vitoria, en el que se encontraba trabajando de camarera una prima. “Fui allá. ¡Joer, me reciben con los brazos abiertos!”. Le dieron de cenar y le prepararon la cama, pero paradójicamente, su confort y su blandura le impactaron negativamente porque, “tres años durmiendo en duro, no dormí aquella noche, claro”.

Una vez que llegó a su lugar de destino, permaneció en casa de los tíos que se dedicaban a la labranza y también tenían ganado y un almacén y llevó a cabo diversas tareas: de labrador, sacando basuras, de albañil..., en definitiva, contribuyendo y colaborando en todo aquello que fuera necesario. Mostraba su total agradecimiento y decía: “los tíos me trataron muy bien, muy bien, con mucho cariño; pero yo era recto: Tengo que hacer esto, porque tengo que hacer...”.

Sin embargo y a pesar de no permanecer en la cárcel, su situación implicaba limitaciones ya que, por una parte, su libertad estaba condicionada dado que, “de Salvatierra no podía moverme por orden judicial” y por otra, “como no habíamos hecho la quinta del treinta y nueve la mili en el ejército español, sino

²⁴ Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

en la guerrilla con la República”, no pasó mucho tiempo sin que requirieran su presencia para cumplir con esta obligación. Así, el mes de agosto del año 41, José Mari recibió una citación de la Caja de Reclutas de Bilbao. En este caso y “como era una citación oficial, no tenía que pedir permiso al juez ni a nadie, ni a la Guardia Civil para venir a Bilbao”. A Juanito Aranguren de Vicinay y a él, que eran de la misma quinta, les ofrecieron la alternativa de “o ir al Tercio, o sea, a África, a la Legión, o ir a Batallón de Trabajadores. Dijo Juanito: “yo me voy al Tercio”. Yo le dije al sargento: yo con Vds., voluntario, no voy a ninguna parte; donde me lleven, allí iré. “Pues, a trabajadores”. Empezó ya mi cautiverio, en Batallón de Trabajadores”.

De esta manera, después de su anterior peregrinaje como prisionero y tras un período de tregua, el mes de setiembre del año 1941, fue requerido para cumplir con el servicio militar y designado a formar parte de los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores. Sin embargo, paradójicamente y tras haber cumplido con el período reglamentario establecido, es decir, después de que ya fue licenciado, era como si su deuda todavía no hubiera quedado suficientemente saldada y hasta enero del año 1946, permaneció en libertad vigilada²⁵.

José Moreno, de vuelta en casa y cuando estaba todavía soltero, decidió ir a navegar y se personó en la Comandancia de Marina con la cartilla de navegación que la tenía desde los 16 años. Allí, además de ese requisito, le pidieron llevar “un certificado de buena conducta”, para lo cual se dirigió a la Guardia Civil de Elorrieta. Pero, su condición de “voluntario con los R.S.”, es decir, con los rojos separatistas, a pesar de tener un salvoconducto de buena conducta, no se lo permitió. “Y resulta que iban de Burgos con tres duros y les daban la cartilla y todo”. Pasó mucho tiempo y le ofrecieron la oportunidad de trabajar en unos barcos holandeses. “Pues, mira..., hay unos barcos holandeses; hay que ir a Holanda, traerlos aquí a cargar mineral y luego llevar para los alemanes”. En esta ocasión, fue él quien rehusó la oferta. “Oiga, he

²⁵ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

estado en una guerra y ahora ¿me manda a otra? Para eso, no quiero yo ir y así le dejé”²⁶.

Al igual que ocurrió en Euskadi, también en otros lugares debieron pagar el mismo tributo los que, bien por voluntad propia o bien por circunstancias del azar y sin posibilidad de elección, como es el caso que nos ocupa, se vieron luchando en el bando perdedor. Así, Evaristo Santafé, después de su regreso a casa y tras un corto período de permanencia, nuevamente debió abandonar el hogar. Allí quedó su madre, que tuvo que compaginar el sufrimiento que le provocó la muerte de su marido, cuyo fallecimiento se produjo después de finalizada la guerra, con la nueva partida de su hijo; una ausencia que obedecía a su obligatoria incorporación a un Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores y que siguiendo con la práctica habitual de comportamiento, estaría localizado en un lugar lejano de su domicilio. En este caso, la decisión fue tomada tras nombrar a una junta clasificadora y junto a unos treinta jóvenes más de Mora de Rubielos, “por haber servido en la zona roja, por eso nos declararon desafectos al régimen; no teníamos ninguno nada; nada más que por haber servido, éramos rojos y nos metieron al Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores número 10. ¡Huy, nos tocó dos años de guerra; luego dos años al batallón; cuatro años!”. Es decir, como tantos jóvenes más, quemó unos años importantes de su vida de juventud.

Evaristo, además, nunca logró entender cuál fue el objetivo de una parte del trabajo que debió realizar. “No sé lo que pensaría Franco en aquella época porque, enfrente y dominando el mar, hacíamos nidos de ametralladoras; hacíamos el pozo y luego lo cubríamos. A lo mejor esperaba Franco algo de jaleo por allá, o no sé lo que sería porque..., ¿para qué haríamos nosotros aquellos nidos de ametralladoras, si no se han empleado?, porque, no hubo guerra, ni hubo nada. Yo, qué sé, yo, qué sé...”. Lo que sí sabía es, que en la estación de San Roque, su tarea consistió en cargar y descargar vagones y camiones de ladrillo, baldosa o materiales similares²⁷.

²⁶ Entrevista realizada en el Elai Alai de Portugalete, el 23 de abril de 2008.

²⁷ Entrevista realizada en Mora de Rubielos, el 7 de setiembre de 2011.

El sentimiento que dejó el paso del tiempo en los entrevistados.

Por un lado, apoyándonos y por otro, reafirmandonos en la constatación que hace el historiador José Antonio Pérez, más allá y al margen de cada vivencia particular, una gran parte de los componentes de los Batallones de Trabajadores no llegaron a contar sus vivencias en profundidad a familiares o a amigos, hasta después de pasados muchos años. Unas vivencias que fueron tremendamente duras para muchas personas, donde las enfermedades, el hambre, la sed, las inclemencias del tiempo, la ropa o el calzado, por ejemplo, se quedaron como compañeros inseparables y protagonistas inolvidables e indiscutibles de aquel día a día, donde la cruda realidad mostraba la imagen de hombres peleándose con perros por hacerse con unos huesos, o donde el testimonio y reflexión de un comunista mostraba la personalidad y el comportamiento de aquel católico, aquel hombre que era Aita Patxi, que le hizo pensar y con el que convivió en un batallón; aquél que se quitó los zapatos para dárselos a él.

Sin embargo y a pesar de tanta dureza y severidad, de alguna manera quedó en la memoria la consideración de que, al no ser cárceles, los Batallones de Trabajadores eran algo mucho más laso; unos grupos cuyos componentes iban desplazándose y haciendo obras; algo similar a lo que podría ser hacer el servicio militar y donde hubo gente que no lo pasó tan mal. Pero, si bien es verdad que no eran cárceles, la carencia de libertad para poder ausentarse era totalmente manifiesta, al igual que lo era la absoluta falta de acomodo con la que contaban en sus desplazamientos de pueblo en pueblo, ya que había lugares en los que les dejaban un sitio para dormir, pero también había otros muchos, donde cualquier suelo era adecuado e idóneo para tratar de descansar.

En la concepción de esa idea, quizá también pudo contribuir el Gobierno Vasco cuando, hace años, reconoció e indemnizó a los presos de las cárceles y no tuvo la misma contemplación, sin duda alguna por falta de dinero, hacia los prisioneros de los Batallones de Trabajadores; un hecho que no dejó de

suponer un agravio comparativo para muchas personas. No obstante, este reconocimiento e indemnización se extendió posteriormente a la totalidad de los presos que pudieran presentar la documentación requerida; una tarea que se hizo muy laboriosa y complicada en numerosos casos y totalmente imposible en otros. Es decir, muchos fueron los que se quedaron sin percibir la compensación económica prometida porque no consiguieron hacerse, de ninguna de las maneras, con los documentos necesarios que aportaran datos sobre su entrada, permanencia y salida de los batallones. Esto sí que derivó en un motivo más de frustración porque, no era únicamente el percibir el dinero lo que les importaba, sino el reconocimiento y la consideración de que habían sido represaliados²⁸.

Es preciso puntualizar que la violencia, además de afectar a los grandes campos, como son el económico o el político y además de contabilizar un total de muertos y heridos, repercute de forma activa en toda la población civil y en el funcionamiento y mantenimiento de todas sus relaciones, familiares, laborales, sentimentales..., introduciendo una nueva carga subjetiva y emocional que involucra a cada identidad e introduce modificaciones, tanto reales como futuras, en todo el tejido social en general y en el ciclo vital de cada persona en particular. Así mismo y por consiguiente, los nuevos componentes históricos y los procesos sociales y políticos que se generan, ayudan a entender el pasado y a introducir variaciones en los marcos de interpretación. De esta manera, nuevamente podría ratificarse la idea, señalada anteriormente, de que la violencia requiere que sea estudiada no como un acto sino como un continuo.

La violencia aparece, pues, como un suceso en el tiempo y el entorno en que ocurre y que lo padece tiene un antes, un durante y un después; es decir, las cosas son de una forma antes de la violencia y se transforman después de que ocurre; durante la violencia las órdenes existentes se trastornan o se destruyen; y después de ella, lo que era ya no es. “Una vez la violencia ha ocurrido *no puede no haber ocurrido*” (Salamanca, 2005 : 33-65). Tras la

²⁸ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

violencia, las huellas que quedaron en el corazón y en la cabeza de las personas que, con su aportación, han contribuido a la realización de este trabajo y que como gesto de agradecimiento y reconocimiento deben ser conocidas y transmitidas, son éstas:

Francisco Alonso, a pesar y aun teniendo en cuenta el sufrimiento padecido, se mostraba partidario del borrón y cuenta nueva, lo cual no significaba que apoyase o justificase el desconocimiento, la incompreensión o el no dar importancia a los hechos ocurridos, sino todo lo contrario y por eso quería dejar constancia y los expresaba en sus narraciones, pero se posicionaba a favor de un pensamiento nuevo y fuera de violencia, porque “hay tres cosas en la vida que son sublimes: primero es la vida, luego es la libertad y luego la dignidad humana. La vida es del individuo, de su familia y de su Dios, porque todo el mundo dice que hay muchos dioses, cada uno tiene el suyo; de éstos, no es de cualquiera que le quiera quitar la vida a uno. Si no te gusta la camisa, cógesela, rómpesela, quémase la, ya se comprará otra, pero no atentes contra la vida de él; que la vida es sagrada”²⁹.

Elías Díez Aguirregoitia, una vez en casa y después de que pasó cierto tiempo, pudo recuperar el trabajo que tenía antes de comenzar la guerra y al igual que tantas personas más, sufrió los bajos salarios y con ellos, vivió también la estrechez y la dificultad que conllevaba aquel mundo de escasez, de falta de libertad..., en definitiva, todo aquel universo de privación y limitación que les acompañó durante largos años. Además y a pesar del documento anteriormente citado donde quedaba constancia de su buena conducta y que le permitió el regreso a casa, su condición de perdedor de la guerra prosiguió durante un largo período y así se ponía de manifiesto, como un indicativo más de control y de exclusión, a modo de ejemplo, cada vez que intentaba sacar el permiso de armas que le permitiera el poder cazar, una actividad a la que tenía gran afición y una licencia que, sistemáticamente, le era denegada por la Guardia Civil. Sin embargo y como ocurrió con tantos compañeros más, siempre supo analizar cada momento con un espíritu crítico, pero sin odio ni

²⁹ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

rencor y fue capaz de mirar hacia el futuro, con esperanza, con confianza y con la seguridad y la ilusión que da el deseo de poder construir, entre todos, un mundo mejor.

Como no podía ser de otra manera, su paso por el Batallón de Trabajadores y las penurias padecidas le dejaron una huella imborrable y prueba de ello es, el “si hubierais estado en Batallón de Trabajadores...” que no pocas veces pronunciaba cuando oía en casa nuestras protestas o nuestras quejas ante momentos, sólo relativamente duros o difíciles. Pero, así mismo y como una parte más de aquel período de su vida, también el recuerdo gracioso de algunos hechos, se le quedaron grabados para siempre y los podía emplear ante diversas situaciones de un día cualquiera. Así, por ejemplo, cuando mi hermana y yo repetíamos las cosas machaconamente o insistíamos reiteradamente en algo, la frase “estás siempre como el lorito de Valencia”, era otro episodio que formaba parte de la época y que se había convertido para nosotras en algo totalmente familiar. Esta frase hacía referencia a un loro que había en la taberna de un tal Paco y que, cada vez que alguien salía del establecimiento, preguntaba una y otra vez: “¿ya has pagau?, ¿ya has pagau?”.

Agustín Eguiazabal recordaba y resaltaba algunas de las consecuencias que dejó la guerra; unas consecuencias que se prolongaron en el tiempo y cuya continuidad estuvo encadenada a los años en los que ya estaba casado, lo que contribuyó a endurecer, aún más, las circunstancias: “¡Hambre, hambre..., no había comida y con un hijo, empeñándonos en que no pasara él hambre...! El año cincuenta hicimos huelga y es cuando pusieron pan, aceite y patata libre. Es cuando empezamos a flotar un poco, pero mientras tanto... ¡Dios! ¡Hambre, hambre...! y ¡trabajar...! Me iba a las seis, siete, con un poquito de café con leche, hasta la mediodía. Mediodía, pues, ya preparaba algo la mujer. Luego, por la tarde, otras seis horas seguidas. Durante treinta años trabajé sesenta horas a la semana; ¡sesenta horas! Al trabajo iba a gusto; iba a gusto yo a trabajar”.

Sin embargo y a pesar de la complicada situación que le tocó vivir, era capaz de afirmar con rotundidad y sin acritud: “Mira, he sufrido mucho; he disfrutado también, más que sufrir, pero en la guerra he sufrido mucho; pero yo no tengo ningún rencor para nadie; aquello ya pasó; ya no se puede tener rencor contra nadie. A veces, claro, pensaba esto y aquello, pero..., todo se ha olvidado”. Este pensamiento, además, no debe entenderse únicamente como fruto del paso del tiempo, sino como una postura de adaptación y convencimiento que trató siempre de propiciar y mantener, tal como se desprende del contenido de sus palabras: “Yo anduve bien aquí. Uno de los más fascistas de Zarautz, Paco Tellería, era un falangista fanático, no tenía mucha amistad con gente, pero conmigo se llevaba muy bien. Un día le dije: Perdona, Paco, vosotros llamasteis guerra; nosotros perdimos y estamos juntos trabajando...”. “Es verdad, es verdad”.

En sus declaraciones daba otro paso hacia delante y analizaba y mostraba su opinión, sobre la forma en la que se demuestran o se exteriorizan, hoy en día, los sentimientos o las percepciones: “A mí lo que me fastidia es, tantas pancartas, tantos papeles y tanta manifestación y tanta propaganda; eso es lo que no me gusta. ¿Para qué es todo eso? Con el hambre que hay en las calles... Si tienes un ideal, defiende tu ideal, pero no andes todos los días con la misma cosa. Yo nunca, nunca, nunca he gritado por la calle, ¡viva la República, viva el socialismo! Yo ya llevo lo mío dentro. A mí, no me gusta, no me gusta ese jaleo”³⁰.

También a José Moreno, tras su problemático paso por el Batallón de Trabajadores y posterior recorrido por diversas cárceles, le llegó el día de su regreso a casa. En este caso, nuevamente el tema del hambre, junto a la responsabilidad de tener un hijo, toma protagonismo. “Volví de Huesca a Bilbao... ¡con más hambre que la puñeta salí de allí!; me dieron la hoja de ruta, para el tren sólo, pero sin comida ni nada y gracias a que, en aquellos tiempos, había gente que venía en el tren a Bilbao y traía comida y había gente buena que te ofrecía. Luego, pasé mucha hambre en la vida, pero tuve la suerte de

³⁰ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

tener una mujer muy buena, porque pasamos más hambre los dos que... y mi niño también y es cuando hay más cariño y con un hijo..., eso es lo peor; tenía un hijo. Sí, después de la guerra, no había cosas”.

Este hombre que, además de la experiencia de sus vivencias personales se ha dedicado a la recopilación de documentación, de fotografías y de todo tipo de información, a la vez que a menudo escribe en el periódico para expresar su parecer, generalmente sobre temas relacionados con el mundo de la política, subraya acerca de la manipulación que se lleva a cabo sobre la memoria y sobre lo que podría denominarse la adaptación de las conciencias a cada medida y hace sus matizaciones: “Yo no olvido, porque siguen los mismos criminales de guerra de antes y hay cosas... Mira, éstos son todos los que han muerto; aquí están todos los muertos de Euskadi. Y viene la transición, pero una transición que la hicieron mal porque, si son los mismos, tirarán para ellos. Los jueces siguieron los mismos; siguió el rey. ¿Qué hace aquí el rey, si estaba una república bien constituida? La transición ¿para quién ha sido? Para ellos, porque estos señores, Oreja y todos éstos, todavía no condenan, no han condenado lo que ha pasado y están exigiendo a otros que condenen. A mí nadie me ha pedido perdón y nosotros perdonamos antes y éstos no; éstos han estado viviendo y siguen viviendo tranquilamente. Tenían que estar en la cárcel los que estuvieron con Franco; todos deberían de estar en la cárcel”. Hace referencia a las responsabilidades que se pidieron a diversas personas que fueron criminales de guerra en la Segunda Guerra Mundial y establece una comparación: “y resulta que aquí, va el amigo Garzón y se va a buscar a gente de Pinochet. Busca primero a los de aquí; busca a todos. A Fraga...; cada vez que le veo, me pongo negro. Si tenía que estar en la cárcel. ¿No estuve yo? Pues mira, él que esté lo mismo. Esas cosas no se olvidan, se perdonan; se perdonan porque no vas a matar a nadie”.

En su afán y convencimiento de descartar, como primer principio, todo tipo de violencia y de ensañamiento, hace la siguiente puntualización: “La otra vez estuve dando una clase a unos de unas ikastolas; allí me mandaron. Parecía el ministro sin cartera, -se reía al pronunciar la frase-; fui elegante. Me dice una chavalita: “y ¿ha matado mucha gente Vd.?”. Le digo: mira guapa, tú estás ahí

y yo estoy aquí y tú tienes un fusil y yo tengo otro y yo me defiende y tú te defiendes. Nunca he dado un tiro en la nuca, porque eso es de cobardes ¿entiendes? Me he defendido y ellos se han defendido; caí preso, pues, mala suerte”.

El sentimiento que alberga en su interior y que lo quiere exteriorizar es el que se recoge en estas palabras: “Yo, rencor no tengo; yo lo que tengo es esa cosa que digo, todavía siguen hablando... Cuando se oye, lo pasado, pasado. Pero, si parece que nosotros fuimos los sublevados y los sublevados fueron ellos y viene la transición y aquí no ha pasado nada, ni se han pedido responsabilidades ni nada. Eso es lo que más me duele a mí; te sale del corazón porque dices, pero bueno, estos señores ¿de qué se lamentan?; si, además, viven como reyes”.

Una vez más, recalca, corrobora y quiere dejar clara la misma idea; una idea que pone de manifiesto que es capaz de adaptarse y de convivir en armonía con personas que piensan de diferente forma: “yo rencor no, no tengo; aparte, he tenido amigos falangistas; por ejemplo, un médico de la Naval que me llamó para ir de inspector de seguridad y fui. Sabía que yo pensaba diferente y ya teníamos mucha amistad, cuando un día le dije: oiga, Vd. es un falso. Me dice, “¿por qué me dices eso, José?”. Porque le he visto en el PP; antes era falangista ¿no? y ahora le veo en el PP, ¿qué pasa? Pero, era una persona maja, era una persona maja; nos llevaba al chalet a comer y todo eso. Tenía su idea..., pues bueno, hay que respetar”³¹.

Benito Otazua, también se posicionaba a favor de la recuperación de la memoria histórica; esto es, de trabajar para que se conozcan las cosas que ocurrieron y como si quisiera prevenir a las generaciones futuras y evitar la posibilidad de que vivan los mismos sufrimientos, añadía: “sí, para que no se vuelva a repetir; sí señor”. Es decir, la experiencia y el conocimiento de aquel lamentable pasado, debería convertirse en un puente edificado en el presente y cuyo camino conduzca a un futuro de paz.

³¹ Entrevista realizada en el Elai Alai de Portugalete, el 23 de abril de 2008.

En su caso, no solicitó y como consecuencia de ello, no cobró la indemnización que otorgaba el Gobierno Vasco y que le correspondía como prisionero; es decir, no realizó ninguna gestión para hacerse con los papeles necesarios que le permitieran esa posibilidad. Consciente de la inexistencia de abundante documentación o de la dificultad que entrañaba la obtención de una gran parte de ella y de la más que posible frustración que este hecho conllevaba en cada caso, argumentaba: “porque, claro, lo que te van a dar no te va a sacar de muchos apuros y por contra, si no sale, te vas a hacer mala sangre y no quiero. Lo que quiero es, olvidar eso, pasar esa página, esa página dolorosa, desde luego, porque a mí si me duele todo aquello, no es precisamente por mí, por lo que pude pasar para entonces, sino porque yo tenía el padre también en la cárcel y la madre estaba aquí sola con los hijos pequeños; con una hija y dos hijos y la verdad, la verdad, cuando recuerdas todo aquello no puedes por menos de, a esa gentuza, pues, aborrecerles, por ejemplo. Decir odiar, pero no me gusta odiar, pero sí aborrecer, por ejemplo. Yo lo que más quiero es olvidar todo aquello, desde luego. Si se recuerda, se tiene que hacer mala sangre y les tienes que odiar y como no quiero odiar a nadie... ¡Bah!, no quiero odiar yo a nadie”. Sin embargo, ese querer olvidar, que a la vez, nada tiene que ver con la imposibilidad de no recordar, está relacionado con el recuerdo traumático de una parte del pasado, con el aprendizaje de unas amargas experiencias, pero también con la decisión libre y voluntaria de que no signifique una barrera que condicione su vida presente y determine el futuro. Volvió de nuevo a su mente aquello que le dolió en el alma y que le marcó para el resto de sus días y continuó diciendo: “buenos habrá habido”, sus ojos se llenaron de lágrimas, “pero, mejor que mi padre, no”³².

A pesar de que al hablar de las penas y castigos que les impusieron a los perdedores de la Guerra Civil, estamos muy acostumbrados a contemplar como habituales períodos largos, no puede pasarse por alto lo duro que debió ser para aquella esposa y madre, al igual que para tantas otras mujeres más, el haber tenido que responsabilizarse del cuidado y de la manutención de sus tres

³² Entrevista realizada en su domicilio de Urduliz, el 25 de noviembre de 2007.

hijos, día a día y durante los tres años que duró el encarcelamiento de su marido, además de la angustia y la incertidumbre que llevaba consigo, el pensar cuándo se produciría e incluso, si se llegaría a producir el regreso tanto de él como de su hijo, que también estaba prisionero, en este caso, en un Batallón de Trabajadores. Pero, ese encuentro que felizmente llegó a materializarse, les devolvió la armonía y la unión familiar que les habían sido usurpadas, sin que las redes de la guerra tuvieran la oportunidad de hacer con ellos, ese otro trabajo sucio que llevó consigo un número tan elevado de muertes, de exilios... o que creó ambientes de auténtica división, tensión, crispación o confrontación y en los que se vieron atrapados los miembros de muchas familias porque, desafortunadamente, los enfrentamientos políticos y los resultados negativos que dejó la guerra, quebraron las relaciones de convivencia y de unión, incluso, entre padres e hijos o entre hermanos y amigos.

José Mari Otsoa de Txintxetru, aun teniendo en cuenta las vicisitudes de la época y lo que condicionaron su vida, supo, al igual que otras muchas personas más, mostrar su mejor voluntad y una actitud firme, para continuar su camino con una mirada llena de ilusión, de esperanza y abierta al futuro, a pesar de que reconocía que “no he vivido la juventud, pero me he sabido amoldar a todo”. Mostraba una mentalidad generosa, sin odio ni rencor y afirmaba sin vacilar: “yo rencor, en absoluto, nunca; no, no; odio nada. Pasó y nada más”. Transcurrieron los años y con ellos fueron floreciendo y creciendo nuevas vivencias que le aportaron un claro enriquecimiento en sus experiencias, pero él tenía un deseo que quería que apareciese y permaneciese inalterable e inamovible y es el que queda recogido en sus propias palabras. “Cuando yo me muera, que digan”: “Éste fue un gudari”. Su ideal y el amor inquebrantable por su tierra se hacía patente cuando manifestaba con orgullo: “yo, en todos los momentos, tengo la honra siempre de decir, que me cupo el honor de regar con parte de mi sangre los montes de Euskadi”³³.

³³ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

En opinión del historiador José Antonio Pérez, obtenida y sustentada por la experiencia de sus muchas entrevistas a través de su labor de investigación, la mayor parte de las víctimas de la guerra o de cualquier situación que haya supuesto la violación de los derechos humanos, ha vivido la actualidad pensando en la construcción del futuro, sin odio, pero sí con el conocimiento y el recuerdo bien presente del pasado. Es decir, estas personas, en su mayoría, no han guardado sentimientos de venganza, no han querido revanchas del tipo de “que vayan a la cárcel y que los maten”, pero sí han querido justicia; sí han querido contarlo; sí han querido que se sepa su dolor; que reconozcan lo que hicieron y sí se han sentido muy reconfortadas con las entrevistas.

El ejemplo que han dado numerosísimas personas, muchas de las cuales, incluso, no tuvieron oportunidad de hablar y se fueron a la tumba calladas y con su dolor interior, que no utilizaron las venganzas personales y que no tomaron represalias contra quienes podían haberlas tomado en un momento dado, tanto en la guerra como en el caso del terrorismo, resulta conmovedor. Esta actitud contrasta con otras situaciones en las que, probablemente, ha existido mucha más vehemencia y beligerancia en las nuevas generaciones, en personas más jóvenes que, a veces y por diferentes motivos, han cogido un poco la antorcha de sus padres o de sus abuelos y han tenido un comportamiento mucho más radical³⁴.

³⁴ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

BATALLONES DISCIPLINARIOS

DE

SOLDADOS TRABAJADORES

*Gorriak izaten jarraitzen zuten.
Galtzaileak izaten jarraitzen zuten.
Garaituak izaten jarraitzen zuten.¹*

La victoria franquista y la consolidación del poder tras la Guerra Civil dejó, por un lado, un número tan considerable de prisioneros a lo largo y ancho del Estado que desbordaba todos los cálculos y previsiones presupuestarias y por otro, una inflexible política de venganza, de revancha, de resarcimiento, de represalia, de castigo, de reeducación moral y política... Como consecuencia de la unión de ambas circunstancias, el estallido y el mantenimiento de un sinnúmero de medidas impositivas y discriminatorias sobre aquellos desafortunados no cesó y entre ellas, la ejecución de duros trabajos dentro de un marco de explotación laboral que se ejercía en el interior o en el exterior de las prisiones alcanzó una gran relevancia. Con las tareas llevadas a cabo, en unos casos, por cuenta del Estado y en otros, por particulares a los que habían sido cedidos, los presos debían pagar su deuda, contribuir a reedificar y rehacer lo que había sido demolido, colaborar en el resurgimiento del tejido industrial y productivo y en definitiva, cooperar en el cometido que implicaba la recuperación del desplome económico en el que se encontraba inmerso el país. El fruto de todo aquel negocio que se tejió, generó un importante rendimiento económico a favor del Estado.

Lafuente (2002 : 176-199) hace la matización de que el Tesoro Público se benefició del trabajo de los reclusos, principalmente, por medio de tres partidas: La primera, por el sustancioso ingreso que suponía la diferencia entre lo que

¹ Seguían siendo rojos. Seguían siendo perdedores. Seguían siendo vencidos.

cobraban a las empresas por poner a su disposición a los prisioneros y lo que les aportaban a éstos o a sus familias. La segunda, por el ahorro con el que se favorecían la Administración central, las diputaciones, los ayuntamientos, Falange y la Iglesia, mediante la mano de obra de los presos para la ejecución de sus propias obras, a cambio de las cuales se correspondía con un reducido sueldo que apenas llegaba al 20 ó 30 por ciento del sueldo real que obtenía un proletario libre, dado que “estas instituciones sólo abonaban la parte correspondiente a los subsidios”. La tercera, por la ventaja que conllevó para la Dirección General de Prisiones la descarga del sostenimiento de decenas de miles de cautivos que surgieron como consecuencia de la guerra y de la impetuosa represión de la posguerra. Es decir, de no haber existido el Sistema de Redención de Penas y de no haber contado con los Batallones de Trabajadores, con los destacamentos penales y con las colonias penitenciarias militarizadas, los presos, o bien tendrían que haber permanecido bajo su custodia y protección en unas prisiones con las que no contaban, ya que las disponibles escasamente podían albergar a una décima parte de los prisioneros y que, consiguientemente deberían haber sido construidas con lo que ello hubiera supuesto de coste de construcción y de mantenimiento, o bien deberían haber sido puestos en libertad, algo que no encajaba para nada en el diseño de planes ideado por Franco.

Aun así y dentro de todo aquel proceso de construcción y reconstrucción, después de dos años de haber finalizado la guerra, Franco propulsó la edificación de nuevas cárceles con la utilización de abundante mano de obra reclusa, lo que permitió la devolución a sus propietarios de los edificios que habían sido incautados para ser utilizados como prisiones.

Durante los primeros años, los presos fueron empleados en la reconstrucción de las llamadas Regiones Devastadas y en aquellas obras públicas promovidas desde el Estado, por medio de las colonias penitenciarias militarizadas. Después, los prisioneros fueron asignados, poco a poco, hacia empresas de carácter privado. De acuerdo con los informes emitidos respecto a la cantidad y la calidad de las labores desempeñadas, queda constancia del grado de

satisfacción mostrado por los empleadores, tanto por la eficacia y por el alto rendimiento conseguido como por el nivel de disciplina manifestado.

Perspectiva de la nueva situación.

Como se ha indicado anteriormente, todos los ciudadanos del Estado quedaron registrados y fichados a nivel personal y cuando finalizó la guerra y siguiendo con la tónica general pautada, aquéllos que habían pertenecido al bando republicano, esto es, los descarriados, los engañados, los confundidos... deberían, de una manera o de otra, seguir pagando su tributo como perdedores. Es decir, una vez concluida la guerra, toda huella relacionada con la República significaba ilegalidad en el nuevo Estado, por lo que el servicio militar de los soldados republicanos fue desechado desde el principio. Como consecuencia de ello, los soldados del Ejército Popular, tras haber sido vencidos, se verían forzados a ser utilizados en labores y tareas de índole militar. La instauración de Batallones Disciplinarios para hacer la “mili”, a partir de 1940 y en condiciones similares a quienes estaban satisfaciendo condena, fue una manifestación, más, de la deuda que con su mano de obra y ante el disfraz de un derecho convertido en obligación, deberían seguir pagando los rojos derrotados.

Según la investigación aportada por Javier Rodrigo (2005 : 191), el patrimonio “que un trabajo iniciado en 1937 dejó en la España de posguerra fueron más de 87.500 soldados trabajadores, empleados en trabajos militares y civiles, en ayuntamientos o en fábricas particulares, en minas, carreteras, desescombros y reconstrucciones”.

La realidad de los soldados trabajadores integrados en estos batallones no era comparable a la del resto de soldados reclutados para cumplir con el servicio militar. Obviamente, no llevaban ni manejaban ningún tipo de arma; no juraban bandera; no disfrutaban de permisos; las visitas eran prácticamente inexistentes; estaban vigilados y controlados por soldados armados, dada su condición; era factible que ocuparan cualquier tipo de habitáculo, sin ninguna

pauta o requerimiento que les ofreciera la más mínima garantía de limpieza, cobijo y acondicionamiento, es decir, podían llegar a dormir en tienda de campaña, en barracones, en el suelo y sin ningún tipo de colchón, sin que el frío, el barro o la humedad constituyera un problema a solventar, pero no permanecían instalados en los cuarteles; sus circunstancias y limitaciones en la alimentación, en el aseo, en la limpieza, en la precariedad de las ropas, que al ser utilizadas de día y de noche estaban impregnadas de piojos y, sobre todo, en el calzado, sin tener en consideración las condiciones climatológicas..., fueron mucho más acusadas. En definitiva, su permanencia para cumplir con una obligación impuesta no llevaba implícita, para nada, las mismas estipulaciones que las que fueron demandadas para el resto de los soldados que estaban incorporados en los cuarteles, sino que guardaban su similitud con la miseria y sinsabores conocidos en los anteriores batallones, lo que les introducía en un mundo de debilidad y de agotamiento; una circunstancia a la que tenían que hacer frente para tratar de sobrevivir, aquéllos que se vieron involucrados por el mero hecho de haber cometido el perjuicio de haber luchado con la República, daba lo mismo si de forma voluntaria o de manera obligada.

En principio, el Reglamento estipulaba que los batallones estuvieran ubicados en lugares separados de la población civil; que los trabajadores no crearan vínculos con los habitantes de los pueblos; que fueran siempre escoltados y que su itinerario estuviera únicamente compartido entre el tiempo invertido en el trabajo y el invertido en el batallón, aunque en la práctica, esta situación no se llevó a cabo de forma ni tan tajante ni tan homogénea, sino que dependió del lugar donde estuvieran situados. En cualquier caso, todo parece indicar que las relaciones con los habitantes de los pueblos se hicieron más naturales y sencillas para los batallones de después de la guerra, principalmente, para aquéllos que estuvieron situados en lugares distanciados de las fronteras y que el trato dispensado por los lugareños en cuanto a proporcionarles algo de comida y mostrarles solidaridad, fue muy bueno.

También a Francisco Alonso, una vez de vuelta en casa y cuando ya estaba trabajando, en el año 1940 le volvieron a llamar para cumplir con el servicio

militar. Pero, “nos llevaban con engaños y mentiras porque había que dar un premio al que había ganado la guerra”. Esta afirmación la basaba en el hecho de que, tras la evidente situación de desarticulación y desajuste que envolvía el territorio español después de la contienda, por un lado, eran notorias las avalanchas de gente moviéndose en busca de mayores o mejores posibilidades que aliviasen su calidad de vida, así que, “llegaban todos los días riadas de gente de todas las regiones de España; gente del campo que estaban trabajando de sol a sol por dos pesetas” y que después de haber conocido ciudades mejores, optaban por no quedarse en sus pueblos y, por otro, en que estas personas tampoco tenían obstáculos para acceder a una colocación dentro de la industria que existía en aquella época. Sin embargo, sí había un problema importante que resolver, “porque no cabíamos todos aquí”. Así que, esto conllevó que una parte de la población fuera requerida para ser soldados de Franco, pero tal y como argumentaba Francisco que se vio afectado: “cuando a uno se le llama a quintas, va a un cuartel, a otro, a otro, a otro, pero no va a un campo de concentración”.

Para empezar, fueron muchos a los que les mandaron dirigirse al Cuartel de Garellano y a quienes les indicaron que se incorporarían a un cuartel para aprender a hacer la instrucción y que, más tarde, jurarían bandera. “No, cosa de un mes, mes y medio”. Pero, una vez allí, “entrar entrabas, pero no salías; te cerraban allí y entonces, con un centenar de soldados, metidos en vagones de esos de ganaderos, nos metieron en campos de concentración, en Miranda de Ebro. Organizaron los batallones y a aquellos paletos de gente de campo, que no eran nada, les hicieron cabos y ejercían de sargentos y luego ya ganaban 60 duros aquí”; una oferta que era muy tentadora como para no aceptarla y quedarse o como para no cumplir fielmente con el cometido que tuvieran a bien encomendarles.

Él quedaría asignado al Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores, número 38² y su recorrido inicial sería a lo largo de Navarra haciendo trincheras en todas las fronteras y preparando caminos y carreteras para los alemanes,

² según consta en el anexo número 16

porque ya había estallado la Segunda Guerra Mundial “y entonces, las hicieron con nosotros”. Posteriormente y junto a sus compañeros, fue trasladado a Gipuzkoa.

Francisco guardaba un recuerdo especial y así lo exteriorizaba, hacia los muchos trabajadores que más tarde pasarían por la zona haciendo carreteras: “otros, otros y otros; igual varios miles” y como si quisiera expresar el principio de utilidad de todos ellos y a la vez, esperara y deseara con su legado haber contribuido al bienestar de los habitantes de la zona, afirmaba: “carreteras que luego les han venido bien a la gente del pueblo para moverse con los coches”. Pero, al mismo tiempo y consciente de que la calidad del trabajo efectuado, a pesar del esfuerzo, no sería óptima para los tiempos actuales, continuaba diciendo: “les habrán preparado luego, bien asfaltadas”³.

También para José Mari Otsoa de Txintxetru en el mes de setiembre del año 1941, después de su paso por diversas cárceles y tras haber vuelto a Euskadi, empezaría otra nueva etapa. Esta vez, su destino correspondería a Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores.

De Bilbao se dirigió al Campo de Concentración de Miranda, donde había gente procedente de todos los lugares, incluyendo prisioneros del frente que pasaban de Francia a España. Para su sorpresa, “allí estaba haciendo la mili un tal Agustín Gorosarri, sobrino del organista de Begoña; eran de Escoriaza, pero que vivían también en Begoña; amigo mío, íntimo, íntimo. Cuando llegué a Miranda y vio la lista, ¡joer, vino enseguida! ¡”José Mari!”. ¡Hombre, Agustín! ¿Tú aquí?” Este amigo, que estaba de cabo de un regimiento de Vitoria y guardando el campo de Miranda, a pesar de poner toda su buena voluntad y de mostrar la mejor de las disposiciones en su intento por ayudarle a cambiar su sino, dado que no corrían buenos momentos para lograr concesiones, “no pudo hacer nada, pero bueno...”.

³ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

Lo que sí tuvo ocasión es de poder contarle una parte de sus vivencias, como la que se refiere a “que un día, un extranjero, porque allí había italianos, franceses, ingleses, belgas..., que estaban reculando del ejército de Hitler, pasaban la frontera y en cuanto llegaban a la frontera de Irun, les metieron en los campos de concentración y allí estaban en barracones. Pero uno de éstos, tuvo la mala fortuna de decirle una vez a un centinela que quería evadirse”. El centinela no tardó en hacer extensiva la noticia y tras enterarse del día, hora, parte del río que iban a utilizar y demás detalles sobre los preparativos pertinentes al tema, fueron aguardados y en el momento en que el grupo intentaba cumplir la parte final de su objetivo, les arrasaron a todos con ametralladoras y comentaba que decían: “que días después, todavía bajaba el río de color rojo”.

Entre los muchos artículos que José Mari escribió al periódico Deia, también se encontraba el que envió informando y argumentando sobre este tema, por si hubiera habido consulados que pudieran tener constancia de soldados heridos que entraron en España sobre esas fechas y que sus parientes no conociesen su paradero; una investigación que era factible llevarla a cabo “porque, en Miranda están los nombres de éstos que se quisieron evadir”. Consciente de tan penosa situación y de la huella que dejan esas circunstancias y basándose en su propia experiencia de que, por muy dolorosa que sea la realidad, como fue el caso ocurrido en su familia y narrado anteriormente, cuando su hermano desapareció intentando pasar a Francia, es mucho peor permanecer en la ignorancia, se posicionaba y decía: “como yo de mi hermano; si hoy supiera lo que le ha pasado, estaría feliz, feliz; por lo menos, sabes lo que ha pasado; pero no saber más nada de mi hermano... y de éstos, lo mismo”. También en otro momento de la conversación volvió a hacer referencia al tema para manifestar: “eso ha sido un peso que lo tenemos siempre”, a pesar de que no tuvieron más remedio que adaptarse a la nueva realidad y aprender a vivir con la pena pero, “si ahora supiéramos, pues mira, Iñaki murió así. Bueno..., no sabemos cómo”.

Le tallaron y tras permanecer en el mismo lugar durante varios días, en barracones de madera, le asignaron al Batallón Disciplinario de Soldados

Trabajadores número 6, cuya ubicación y siguiendo con la práctica habitual de evitar la cercanía del hogar sería, en este caso, Algeciras. Mientras realizaba el viaje con sus compañeros y continuando con el uso generalizado en aquellos momentos y en aquellas circunstancias de utilizar vagones abiertos de mercancías para trasladarles hasta el emplazamiento designado y al pasar por diferentes sierras, miraban hacia abajo y veían, como si fuera un fiel reflejo de lo que sería para ellos su nueva vida, a la gente realizando su tarea. Eran también trabajadores de batallones que estaban en el camino cumpliendo con su cometido. “Nosotros, joder, joder, sabiendo lo que nos estaba esperando...”⁴.

De nuevo, el cautiverio, las vicisitudes y las imposiciones.

Cuando se formaron los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, esto es, en 1940, éstos cumplieron el mismo objetivo y funcionaron de forma semejante a los recién desaparecidos Batallones de Trabajadores, es decir, una vez más, la arbitrariedad; la improvisación; las humillaciones; las hostilidades; los castigos; las circunstancias adversas consentidas o provocadas; las enfermedades; las muertes; las obligaciones y coacciones; la reeducación; las limitaciones; el hambre y la sed; las inclemencias del tiempo, sin medios adecuados para poder afrontarlas adecuadamente; los lugares poco adecuados para ser habitados e incluso, los barracones que constituyeron su hábitat... y en definitiva, todos los componentes necesarios que implicaban atentar contra la dignidad y que provocaban una mala calidad de vida, fueron los frutos que recibieron y sufrieron los componentes de ambos tipos de batallones.

A pesar de lo dicho y en base a establecer una comparación entre los batallones de las dos épocas, Francisco Alonso se posicionaba y mostraba su opinión de que sí existía una clara diferencia en cuanto al trato recibido en el Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores número 38 y el percibido cuando estuvo en el Batallón de Trabajadores número 50 y su convencimiento

⁴ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

estaba basado y sustentado en el hecho de que, mientras duró la guerra, los sargentos, tenientes y demás mandos que cumplían su servicio, podían pensar o esperar una posible ofensiva de los rojos “y aquél que había sido un canalla, lo podía pasar muy mal, ¿no?”. Por tanto y como una lógica deducción manifestaba: “aquéllos eran prudentes con nosotros”. Pero y aun teniendo en cuenta esta consideración y, obviamente, con el ánimo de esclarecer y no negar lo que constituyó una evidencia real, también hacía la siguiente puntualización: “claro, a algunos los fusilaron porque intentaron pasarse, pero era por eso, ¿no?”. Sin embargo, cuando se refería a la dureza con la que fueron tratados en el Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores, su postura se manifestaba mucho más contundente, tajante y radical: “pero luego, que ya estaba consolidado Franco en el poder y todo esto, aquéllos que se quedaron como sargentos, pegaban leña sin consuelo. Al principio, eso era tremendo. A un vecino mío de Sestao, le mataron a palos por vender un par de botas”.

Para poder disipar todo atisbo de duda y como garantía de que no se trataba de una ligereza dicha sin fundamento, esta dura confesión fue dilucidada y para ello se situó en aquel mundo que les tocó vivir en Navarra, donde las botas del regimiento tardaban en llegar y se hacía preciso el suministro de casa, en los casos en los que era posible o, de lo contrario, se imponía el ir descalzos y con trapos amarrados a los pies. A Manuel González, que vivía en la Gran Vía de Sestao, también su hermana le mandó las botas que necesitaba y cuando posteriormente llegaron las del regimiento, se le ocurrió una idea: “Bueno, entonces voy a hacer una cosa; voy a coger y voy a vender las que me ha dado el regimiento, porque ya tengo las de la hermana”. “Le cogieron vendiendo y le mataron a palos”. Una vez más, el destino tornadizo y caprichoso que dictamina quién debe vivir y quién debe morir, cumplió su función selectiva y se ensañó con la vida de un hombre por algo, tan insignificante y tan baladí, pero al mismo tiempo, tan difícil de conseguir para muchos y, a la vez, tan imprescindible en el día a día como para llegar a conmocionar y a traumatizar la vida de no pocos de los componentes de los batallones, como fue un par de botas. En cualquier caso, las agresiones físicas y los castigos corporales,

aunque no con consecuencias tan dramáticas, fueron consustanciales a una gran parte de los batallones.

Los que caían en los pelotones de castigo por alguna incorrección que habían cometido, entre las que también podían encontrarse las quejas presentadas por algún aldeano que le habían robado parte de su cosecha, se pasaban el día trabajando y en los espacios de tiempo libre, debían permanecer corriendo, mientras que los demás se mantenían descansando. Sin embargo, “entre los escoltas, había algunos que eran tolerantes”. Francisco no fumaba, pero siempre tenía la precaución de llevar tabaco y, de esta forma, contaba con la posibilidad de utilizarlo cuando alguna persona tenía algún problema. “Me arrimaba al escolta; vamos, toma, fuma un cigarro”. De esta manera, comenzaban a hablar y aprovechaba para tratar de suavizar la situación y de conquistarle un poco para, finalmente, hacerle la pertinente petición: “oye, deja este asunto, ya sabes, pobrecillo. A lo mejor, toleraba las cosas que pasaban, ¿no?”.

Relacionando de cara a hacer un análisis y a establecer una valoración sobre la semejanza o diferencia, para bien o para mal, que existía entre los dos destinos en los que permaneció en el Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores, Francisco hacía la matización de que cuando fueron trasladados a Gipuzkoa, el trato hacia ellos mejoró mucho “porque pusieron de teniente nuestro a un tal Salsamendi, muy majo”. A través de este testimonio, nuevamente queda al descubierto la posibilidad que tenía cada persona para poder contribuir, con su actitud y aptitud, a mejorar o cambiar la vida de los de su entorno. Como fruto de aquel convencimiento y, a la vez, como una forma de reconocimiento hacia la benevolencia de aquel hombre, en una ocasión en que Francisco se encontró circunstancialmente con él, se le acercó, le dio la mano y le agradeció su buen comportamiento. A pesar de que el teniente no le recordaba, él no dudó ni tuvo ningún reparo en decirle: “si hubiera sido Vd. malo, no le saludo; pero fue Vd. buena persona”. Una vez más y como quien afirma algo con la certeza de sentirlo plenamente justificado, contrastado o interiorizado, prosiguió manifestando: “los vascos somos diferentes”.

Pero, como no todos se hacían merecedores ni dignos acreedores de las muestras de gratitud y complacencia de muchos de los soldados trabajadores y eso, de alguna manera, podía tener su contrapartida, también guardaba el recuerdo de la forma con la que le respondieron a “un cabo canario; aquél era un mono; era malo para nosotros”. El hecho incumbía a un día en el que estando en Oiartzun, se fueron a una taberna y sacaron un poco de sidra con gaseosa. Al mismo tiempo, el mencionado cabo se les acercó y se autoinvitó. “Había uno que dijo: “Éste lo va a pagar caro”. Cogió un vaso, meó la mitad y se lo llevó. “Toma, toma. Bebe, bebe, bebe” y se tragó la orina de aquél, mientras nosotros decíamos: “eso es para que no venga otra vez aquí de gorrón. ¿Qué se ha creído ése? Es un perro para nosotros”. Si hubiera sido bueno..., no importa, ¿no?; le damos”⁵.

Sin embargo y al igual que ocurrió en el período anteriormente analizado, es decir, en el correspondiente al de los Batallones de Trabajadores que funcionaron durante la guerra, en esta época también debían ser cautos en las actuaciones, tomar las precauciones necesarias y no manifestar abiertamente posiciones de descontento, de crítica, de desaprobación..., de no estar plenamente convencidos de la honestidad de los compañeros con los que se rodeaban y de la confianza que se podía depositar en ellos. Así, la posibilidad de enfrentarse con chivatos encargados de transmitir las noticias recibidas a las autoridades militares creaba un ambiente de desconfianza, de miedo, de suspicacia, de sensación de tener que estar en alerta constante..., ante la consiguiente probabilidad de poder ser trasladados a batallones más duros y con trabajos y horarios más rígidos.

Además de la escasez real que envolvía al país en general y que en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores se manifestaba de una forma concreta, la arbitrariedad y la buena o mala voluntad seguían teniendo un carácter marcadamente personal y no eran patrimonio exclusivo de una u otra zona. Esto hacía que, como consecuencia del interés y de la disposición

⁵ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

particular que cada uno mostrara en sus actuaciones y decisiones, las trascendencias que se derivaban para aquéllos que dependían de ellas, tuvieran una repercusión y un cariz sustancialmente distintos.

José Mari Otsoa de Txintxetru, sustentada y alimentada por su propia experiencia y tal y como nos deja en sus testimonios, conservaba la opinión de que el trato que recibían no siempre era el justo y razonable, si se tenían en cuenta las posibilidades verdaderas:

“Llegamos a Algeciras, al Campo de las Eras, que está enfrente de Gibraltar. Allí estuvimos dos o tres días. Nos mandan a otro pueblecito que se llama Facinas, que está en la carretera antes de llegar a Algeciras; en el monte, entre alcornoques. Allí no nos dieron ni tienda de campaña...; no nos dieron nada. Dormíamos debajo de los alcornoques con la manta y la mochila que teníamos, de cabecera. Luego, a la mañana siguiente a un campo, haciendo barracones y pistas, zanjás y rompiendo piedras”. Como herramientas de trabajo utilizaban “unos martillos chiquitines, con un palo largo de avellano y tenías que poner los pies encima de la piedra y pegar así, “tras”, para romper la piedra y hacer piedras pequeñas para el suelo. El contratista que estaba allí, dice: “¿tú que eres?”, “tal cosa”, “¿tú?”, “tal cosa”. A lo que él, a la vista de sus declaraciones, no pudo evitar el contestar: “¿Cómo me podéis ayudar vosotros, si no habéis hecho nunca eso?”.

Además y pese a estar trabajando, las muestras de desinterés y de apatía reveladas hacia ellos se hacían patentes porque, “en Facinas, en el pueblecito que estaba pegando, tenían las tiendas de campaña para darnos a nosotros, para poder estar en tiendas de campaña, pero nunca nos dieron”. Es decir, aun habiendo tenido la oportunidad de estar refugiados y amparados bajo el cobijo y la protección que ofrecía una tienda, se vieron obligados a permanecer y a dormir en el suelo y al descubierto, lo que hizo que nunca pudiera olvidar las penurias que pasaron, por los rigores del tiempo, aquel día de Todos los Santos, esto es, en el mes de noviembre. “¡Cayó agua lo que quiso! Lloviendo, los dos días lloviendo; debajo de los alcornoques no te secabas nunca.

Lloviendo, te ponías debajo de los alcornoques, aguantando la noche y la mañana... Bueno, una odisea”.

Aun con todo, bajo su punto de vista y a pesar de que en su batallón el trabajo era intenso y también lo eran los malos tratos, “porque estabas trabajando y te venía uno de cabo de varas, que se decía, a pegar a los trabajadores si se paraban un poco entre pico y pala”, las situaciones que vivieron no fueron tan duras como las que sufrieron los componentes que formaron “el batallón número uno, en Sierra Carbonera. Aquéllos las pasaron muy mal, muy mal, muy mal”. En una ocasión, le llevaron a su batallón a un individuo que estaba castigado con un saco de arena de veinticinco kilos, que tenía un alambre y “delante de nosotros le hicieron dar vueltas y vueltas y vueltas”. En su mente perduraba la imagen de aquel hombre que sangraba cuando dieron por finalizada la tarea y le quitaron el saco⁶. En este hecho y dentro de la represalia se aprecia, una vez más, la combinación que formaba la agresión física por el propio castigo, a la que habría de añadirse la sanción de humillación moral ante los ojos de los demás y la prueba de demostración que debía perdurar como ejemplo y medida preventiva para todos.

Francisco Alonso tuvo suerte de que nunca le castigasen: “a mí nunca me pegaron, nunca recibí un golpe de nadie; ni en los tres batallones ni luego, cuando estaba en el Ferrol, tampoco”, pero también era consciente de que tenía unas responsabilidades y unos deberes que cumplir y “las obligaciones son obligaciones; no te pases de listo, porque si te pasas de listo tiras un tiempo, pero en cuanto te localizan te pegan todas en el mismo carrillo”. Esta política de actuación es la que manifestaba que había intentado defender, llevar a la práctica e inculcarla siempre, “porque les he dicho a los hijos: mira, cuando se va a la mili hay que ser formales y lo que no quieras para ti, no quieras para nadie. Sí hay que hacer guardias, se hacen guardias”.

Al mismo tiempo que hacía esta aseveración, recordaba “un incidente con un galleguito”, propiciado por el incumplimiento de éste en su turno de relevo de

⁶ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

guardia y a la vez, su pretendida intención de querer implicarle a él como culpable. “Se armó un revuelo de tres narices. El galleguín decía que yo no le había llamado a él”. Esta acción, al parecer, no era la primera vez que la ponía en práctica, según la manifestación de un cabo: “ten cuidado, que eso que te ha hecho a ti, me ha hecho a mí y le salió bien; me pegaron a mí”, a lo que él respondió: “pues, como yo pueda, conmigo no le sale bien”. Al día siguiente, les formaron a todos y cada cual dio parte de su horario de turno “y yo hablé con la cabeza muy alta”, es decir, pudo dejar bien claro y demostrar que además de cumplir con el cometido que le habían asignado, daba mucha importancia a determinadas cosas, a través de la experiencia que había adquirido en la guerra porque, “esto es sagrado; puede entrar aquí un bandido y a tiro limpio con todos los que están dentro durmiendo y esto es sagrado; hay que hacerlo, guste o no guste”. El responsable del incumplimiento se vio afectado, recibiendo “un par de tortadas”, además de que le cortaron el pelo al cero y le recluyeron un mes en el calabozo. Pero, “a mí, aquello también me dolió”, aunque el suceso no hubiera tenido ninguna otra implicación negativa añadida para él.

Esta experiencia correspondería a su estancia en Ferrol, donde permaneció como soldado y coincidiendo con la destrucción de todos los barracones, alrededor de un año. Tras este período, se produjo el regreso definitivo a casa⁷. En sus testimonios, Francisco expresaba que el motivo de su traslado a Ferrol y el de tantos otros más a éste u otros lugares, estuvo relacionado con la visita del Ministro de Asuntos Exteriores a países de Europa, por mandato de Franco, quien deseaba demostrar que éste era un país libre y que respetaba los derechos humanos. Pero, entonces y si esto era así, la cuestión que todos se planteaban era el porqué había tantos campos de concentración. Así, Franco se posicionó y optó porque los destruyeran y fueran todos a hacer el servicio militar⁸.

⁷ Se adjuntan anexos números 17 y 18.

⁸ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

Agustín Eguiazabal, tras su paso por los distintos batallones hacía también sus matizaciones: “Diferencia no he encontrado yo nada; o sea que, la única diferencia que era soldado verdadero; pero eso después de la guerra fue; en el año 41, fue eso⁹. En el Ejército algo mejor, en el Ejército mejor porque, además, aunque no ponían bien, bien la comida..., no teníamos... Escoltas, bueno, con Franco escoltas eran canarios. Sacaron de cárcel y hacer escolta a nosotros. Ellos así decían. Ellos decían que habían estado en la cárcel y haciendo guardia a nosotros. Escoltas eran del Ejército. A los canarios, al tercer relevo, como se llaman los escoltas. Gente mayor ¿eh?; gente mayor; mayores eran todos. Escoltas había de todo; algunos txotxolos¹⁰, muy esos..., que les seguían esa disciplina, pero otros...; había muy buenos también, había muy buenos; había de todo”¹¹.

De acuerdo con la aportación de Javier Rodrigo (2005 : 223-224), con la orden de 28 de octubre de 1942 se disolvió la “Jefatura de Campos de Concentración y Batallones Disciplinarios y entró en vigor el 15 de diciembre del mismo año, con la integración “a las Unidades del Ejército del personal de los batallones de trabajadores”, a excepción del penado y los sancionados por la “Fiscalía General de Tasas”. Esto conllevó el final del poder militar, “a nivel institucional, sobre los prisioneros de guerra” al cerrarse los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores. Así, pues, ése fue el año que señaló el repliegue del Ejército de la rivalidad entre tres ministerios, como eran, “Gobernación, Justicia y el propio Ejército”, por el dominio y la autoridad sobre aquella parte de la población que hubiera luchado en el bando de la República. Esto quiere decir que, después de más de tres años de haber concluido la guerra, quedaba finalizada la depuración militar de los soldados pertenecientes al Ejército Popular.

Además del hambre, los abusos y los excesos también fueron protagonistas.

⁹ Se adjunta anexo número 19.

¹⁰ Insustanciales, tontorrones...

¹¹ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

Cuando acabó la guerra, uno de los grandes obstáculos a los que Franco debió enfrentarse fue a la escasez de comida para poder abastecer a la población en general. Como consecuencia de la necesidad y de la debilidad tan acusada que embargaba a la gente, en el período comprendido entre 1940 y 1946, se calcula que más de 30.000 personas murieron de hambre y en el año 1940, más de un millón de personas utilizaron los servicios que ofrecían los comedores del Auxilio Social.

Así que, a la vista de estos datos no resulta difícil hacerse cargo de la dura y lamentable situación en la que se vieron envueltos la mayoría de los cautivos republicanos y su obsesión constante por hacerse con cualquier tipo de comida; un hecho que se llevaba a cabo dentro del propio batallón o en el exterior y por medio de distintas estrategias. Esta acción no estaba exenta de riesgos por las maniobras y habilidades que ella conllevaba y por las consecuencias que podía acarrear; sin embargo, era tal el apremio que muchos sentían, que aun reconociendo el peligro, tampoco era un hecho que les hacía retroceder.

A aquella precariedad que embargaba el entorno y la época, habría que añadirle el agravante de que, tampoco faltaron los desalmados que ahorraban dinero reduciendo la comida de los prisioneros en beneficio de las arcas del Estado franquista o, lo que todavía es peor, robando y haciendo acopio de alimentos que luego los vendían en el mercado negro (Lafuente, 2002 : 155-157).

Algunas de las revelaciones recogidas y que ahora se presentan a modo de ejemplo, son una muestra de la gravedad general y de las circunstancias que marcaron toda una época de cautiverio donde, además del hambre que siguió siendo protagonista entre los prisioneros que integraron los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores y de forma especial, entre aquéllos que no se vieron beneficiados por los paquetes que podían enviarles de sus casas, algo que se convirtió en una obsesión para muchas familias, las penalidades y necesidades no cubiertas que se vivieron y que han quedado plasmadas a través de numerosos testimonios de la diversa bibliografía

consultada, dan buena fe de aquella penosa realidad que conllevaba el día a día.

Francisco Alonso era consciente de que en el batallón número 38 y a pesar de que estaban muy unidos y las cosas se compartían, la realidad del hambre se hacía muy acusada para muchos de sus componentes y “había individuos que tenían que salir a recoger las cosechas que otros habían sembrado. Eso que algunos llaman robar, yo no llamo robar”, porque era evidente que trataban de hacer todo lo posible para poder sobrevivir, aunque también reconocía que “se quejaban los aldeanos”. Durante aquella época, en la zona se cosechaban patatas, vainas, maíz... y había muchas manzanas, así que, ante tal apremiante necesidad, cualquier momento de la noche podía ser idóneo para salir, a través de una ventana del barracón en el que habitaban y tratar de hacerse con los ansiados alimentos que ya habían sido visualizados durante el día.

El maíz, aunque estuviera sin madurar, siempre era un alimento beneficioso y bien recibido. “Cogían en la manga de la chaquetilla que teníamos de caqui; amarraban por aquí y por allí y metían el maíz”, que luego era machacado con dos piedras, a modo de molino y tras ser cocido, pasaba a convertirse en un preciado sustento.

Así mismo, el hacerse con un acopio de manzanas constituía otra de las tentaciones a las que, para muchos, era difícil poner resistencia. Francisco recordaba un árbol que tenía unas manzanas preciosas, las cuales, para estar en el momento óptimo de su recogida, debían permanecer diez o quince días más sin ser recolectadas. Aquel árbol estaba especialmente vigilado; durante el día, por una chica rubia que solía estar leyendo sentada en una silla y por la noche, por el padre. Pero, como si hubieran contado con la ayuda de una fiel e incondicional aliada, “una noche de truenos, de agua, de demonios”, aprovecharon para hacerse con las tan deseadas y a la vez cotizadas y custodiadas manzanas; es decir, “las que no cayeron por el trueno, las tiraron ellos”. Al día siguiente, para cuando su propietario se percató de la realidad y mostró su extrañeza: “¿qué ha pasado aquí, qué ha pasado aquí?”, los frutos

ya estaban repartidos. Aunque él no tuvo problemas importantes para alimentarse, se posicionaba a favor de los más desfavorecidos y afirmaba: “La gente tenía que coger algo; tenían que comer, claro; ¿qué iban a hacer?, pobres”.

Tampoco las mondaduras tenían por qué ser desperdiciadas ya que, por una parte y además de poder comérselas los cerdos, por otra, también tenían otra misión que cumplir. Tanto es así que, después de que las mujeres pelaban las patatas, las cocinaban y tiraban las peladuras y las cenizas a la calle, nunca faltaba alguno que gustosamente las recogía, “las lavaba bien, las asaba y se las comía”.

Una vez más, el desinterés que percibían sobre ellos mismos y la poca importancia que representaban, quedaba patente a través de su experiencia de lo que ocurría con el consumo de carne, un producto que en Navarra por haber mucho ganado de monte, podía llegar a formar parte de la dieta. Pero, dentro de esta posibilidad de consumo, quedaba claro que, “si entraba una vaca tuberculosa o si se le había roto una pata, nosotros nos la comíamos igual”. Sin embargo y en contraposición a este hecho, conservaba el recuerdo de un mando “que iba por la cocina y cogía un trozo del muslo de la vaca y tenía un perro pastor alemán y aquel perro, se comía la mejor carne de allí; y a callar todo el mundo”.

En aquel universo de precariedad y fragilidad, donde las malas condiciones marcaban una penosa realidad y una calidad de vida casi insufrible, tampoco faltaron situaciones tan desesperantes, tan humillantes y tan ofensivas, como las que se vieron obligadas a protagonizar algunas personas para poder hacerse, hasta con las más mínimas cosas: “los huesos los sacaban; los tiraban al río; el río estaba helado y una vez, se pegaron una paliza por un hueso, para coger lo de dentro; que lo he visto yo, que lo he visto yo”. Es decir, la necesidad de comer ponía al límite el tipo de conducta racional y equilibrada que puede esperarse de cualquier persona y más, aún, tratándose de compañeros.

Sin embargo y dentro de aquel entorno de carencias y limitaciones, “había cosas imaginativas que te hacían reír, a veces” y así recordaba un día, que era la fiesta del pueblo y observaron en la ventana de una casa familiar de aldea, una fuente larga cuyo contenido no lo podían ver. Mientras todos se dirigieron a misa, dos actores se pusieron manos a la obra para disipar su curiosidad. Tras colocarse uno encima del otro, enseguida se percataron de que se trataba de una fuente llena de arroz con leche. “Como la ventana estaba protegida por una verja, sacaron la cuchara que siempre la llevaban en el bolsillo y el que estaba arriba, se comió media fuente; se bajó y el otro se subió y se comió la otra media fuente y allí se quedó porque, claro, no salía; la fuente aquella no podía salir”. Francisco no conseguía evitar la risa que le producía, el pensar la extrañeza que le habrá embargado a la mujer al comprobar, por una parte, que su postre había desaparecido y, por otra, el desconocer quiénes habrían sido los autores del hecho¹². Estos testimonios dejan constancia de que la llegada de los prisioneros alteró también, de alguna manera, la vida de los habitantes de los pueblos donde ellos se instalaron.

José Mari Otsoa de Txintxetru recordaba así mismo, la insuficiente comida que percibían cuando estuvieron desplazados en Facinas y la forma que empleaban para tratar de calmar el hambre: “Venían unas señoras a vender moniatos cocidos; los moniatos son igual que patatas grandes, que vendían, no sé a cuánto eran; uno cincuenta el kilo. Que en cuanto comes, echas el excremento”¹³.

Para contribuir a recrudecer, aún más, la difícil y dolorosa situación en la que vivía el país en general y ellos en particular, se incrementó el mundo de los tejemanejes, de los chanchullos, de las ilegalidades, de los estraperlos..., es decir, la cultura del engaño y del sacar provecho en beneficio propio, se acrecentó de forma alarmante.

¹² Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

¹³ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

Francisco Alonso relataba que su permanencia y la de sus compañeros en Navarra fue interrumpida, para ser trasladados a Gipuzkoa. Este cambio de ubicación fue debido a que le nombraron jefe del batallón a un marqués que vivía en San Sebastián y que había estudiado en la academia con Franco. De esta manera, iniciaron una nueva etapa, esta vez en Oiartzun, donde él adquirió nuevas vivencias.

Entre ellas, una estaba relacionada con la sospecha y así la expresaba, de que este amigo de Franco le pidió un batallón para beneficiarse de los vales y cupos. “Yo creo que aquel señor marqués, queriendo coger un puesto, cobrar un sueldo y hacer estraperlos..., porque allí, nunca vimos el cemento, ni las varillas de hierro, ni se veía nada; yo creo que lo sacaban y luego, lo vendían por otro lado”. Tampoco llegaron a verle durante toda su permanencia, a aquel marqués que ostentaba categoría de teniente coronel. “Venía a dar un paseo de vez en cuando pero, jamás, subía a las trincheras, nunca, nunca; no, no se dejaba ver”¹⁴.

Independientemente de la veracidad o no de esta suposición, en la investigación de Mendiola y Beaumont (2006 : 133-137), también queda constancia del reconocimiento manifestado a través de escritos oficiales, por un lado, de la mala alimentación que recibían en el Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores número 38 y de su posible relación con el menor rendimiento exigido en el trabajo y por otro, de las irregularidades vinculadas con la venta de “artículos de la tropa” y atribuibles a miembros de la Plana Mayor. Así mismo y según la aseveración de uno de los prisioneros que desempeñaba su tarea en las oficinas, el teniente de su compañía se apropiaba de una parte del dinero estipulado para la alimentación, a base de amañar la información del rancho; un abuso que se agravaba sin ningún reparo, dado que, también le puso a él un “supermercao” en el barracón para que pudiera vender su mercancía tanto a los presos como a los escoltas; un negocio con el que él, al mismo tiempo, también obtenía su correspondiente beneficio.

¹⁴ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

La escasez en la alimentación, sin embargo, no sólo incumbía a este batallón, tal y como se reflejaba en las visitas de inspección que mostraban tanto los ranchos como las calorías que ingerían los prisioneros, aunque tampoco los datos gozasen de total veracidad ya que, muchas veces, los ranchos que se anotaban y los que se aportaban no solían coincidir. En cualquier caso y a través de visitas realizadas por sorpresa, quedó patente que la comida que percibían los trabajadores era inferior a la que se suministraba en los Regimientos, un hecho que no pocas veces tenía relación con la corrupción existente en los batallones y llevada a cabo por parte de los oficiales. Dentro de esta corrupción, tampoco faltaron los casos en que, la comida robada, era vendida a la población civil.

Muertes por fuga, por enfermedad, por negligencia...

Respecto a las fugas relacionadas con los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, aunque continuas, al igual que ocurre con los datos que hacen referencia a los Batallones de Trabajadores, las cifras son difíciles de cuantificar. Aun así, se constata que, principalmente, a finales de 1939 y comienzos de 1940, se visualizaba cierta intranquilidad e inquietud por parte de las autoridades militares, a tenor de la documentación encontrada sobre el tema. Por ejemplo, “el telegrama oficial remitido desde Burgos por el Coronel Jefe de Estado Mayor al Coronel Jefe de la Comisión de Fortificación de los Pirineos occidentales”, hablaba de huidas por la frontera cuyo germen era preciso segar.

También en el seno del Ejército se encontraba la intranquilidad por la presencia de redes encubiertas que posibilitaban estas escapadas y la circulación de “documentación entre la Francia de Vichy y el territorio español”. Así mismo se mencionaba la fuga de “once prisioneros del Batallón de Trabajadores nº 64, que estaba situado en Amaiur-Maya, en el Valle del Baztán”, es decir, en la frontera, a la vez que se pedía la elaboración de un informe “por las responsabilidades que pudiera haber en los cuadros de mando del Batallón”.

Del contenido del informe elaborado se desprende, además, que las huidas estaban motivadas, por una parte, por las malas condiciones de vida a las que se sentían sometidos los trabajadores y por otra, por estar favorecidas y propiciadas por la falta de celo, de capacidad y de vigilancia hacia ellos por parte de las autoridades. Así mismo, existen diversas conjeturas sobre posibles redes civiles que les prestaron ayuda para poder huir a Francia; sobre muestras de apoyo y de ideas recibidas a partir de ciertos puestos de las oficinas de los batallones y por la propia implicación de los escoltas. Sea como sea, todo parece indicar que con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación de los alemanes, las deserciones a este país se hicieron más complicadas (Beaumont Esandi y Mendiola Gonzalo, 2005 : 22-34).

De forma semejante a lo que había ocurrido en el período de guerra, también durante la permanencia en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores y como sucedió, concretamente, en el batallón número 38, la vida se podía perder con toda facilidad en los intentos fallidos de fuga. A este respecto, Francisco Alonso recordaba el caso de un muchacho que decidió escapar a través de los montes del Pirineo navarro; una idea tentadora que, quizá, fuera provocada por la mayor facilidad que, a primera vista, ofrecía para llevar a cabo esta acción, la cercanía de la frontera. Sin embargo, a esta operación, que en sí misma constituía un duro objetivo por los riesgos que conllevaba, habría de añadirse, la dificultad que entrañaba la nieve caída y que, con su hermoso blanco manto cubría el lugar, dándole la imagen de un paisaje sagrado en el que reinaba el silencio y la magia y donde, nada parecía poder enturbiar la paz que se respiraba. Pero, allí estaba el hombre con su ambigüedad, para probar que de sus manos y de su mente podían surgir los mayores actos heroicos, dando a entender que el hombre es bueno por naturaleza, pero también los actos más despiadados, demostrando que el hombre es un lobo para el hombre, como en este caso que, cuando “notaron la falta de él”, fueron en su busca.

Este hecho acaeció durante una jornada en la que la dureza de las condiciones climatológicas les imposibilitaba trabajar y permanecían, unas dieciocho

personas, en una pequeña habitación de un caserón. En el mismo momento en el que se percataron de la ausencia del joven, las órdenes, además de que fueron claras y tajantes, no se hicieron esperar: “Salir a buscarle y cuando le encontréis, le matáis”; y eso mismo fue lo que hicieron. Siguieron su rastro y al de dos o tres kilómetros le vieron en una cabaña descubierta, en la que el muchacho había hecho un pequeño fuego, supuestamente con la intención de poder calentarse y “allí le mataron”. Volvieron los soldados, es probable que con una pesada carga de frustración y desazón por la acción de un acto, no elegido, sino impuesto y notificaron: “ya le hemos matado”. Prepararon unos palos cruzados y enviaron a algunos en su busca “y se le enterró allí, a aquel chico”¹⁵. Además del propio dolor que pudo haber producido esta muerte innecesaria, con ella, nuevamente se vislumbra la aparición del fantasma de la amenaza, del miedo y del ejemplo a tener en cuenta para prevenir posibles futuros intentos, insubordinaciones o cualquier acto de desacato o rebeldía por parte de los demás; es decir, toda una manera de provocar e inculcar el desánimo, la resignación, la adaptación y, en definitiva, una forma total de obligar a doblegarse a las circunstancias impuestas.

Nada más concluida la guerra, Franco se benefició del Fichero Fisiotécnico para emplear la mano de obra especializada y cualificada de unos presos que empezaban a redimir penas y favorecer así, a los hospitales del sistema penitenciario que se esforzaban en atacar y hacer frente a la temida y bien instalada tuberculosis. En 1939, desempeñaban su labor en los dos hospitales penitenciarios más importantes, “73 médicos, 60 practicantes, 6 farmacéuticos, 4 odontólogos y decenas de enfermeros”, una cantidad que representaba alrededor del diez por ciento de los cerca de mil trescientos médicos registrados en el censo de datos y cuyos servicios serían utilizados oportunamente.

Por citar algún caso a modo de ejemplo, en el dispensario del penal de El Puerto de Santa María, fueron contempladas y tratadas, por médicos penados, siete especialidades; en el de Yeserías, en Madrid, reclusos cualificados

¹⁵ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

realizaron todo tipo de cirugías y en el hospital de El Carmelo, de Bilbao, el mismo año que terminó la guerra, médicos, odontólogos y cirujanos empezaron a prestar sus servicios, llevándose a cabo, en el período comprendido de junio a diciembre de 1939, más de doscientas operaciones, principalmente de abdomen y aparato digestivo.

Dentro del mundo de las enfermedades, el tifus exantemático fue, quizá, la enfermedad más común de la posguerra y una de las que más se extendió en los primeros años, debido a la escasez de higiene reinante y al incesante trasvase de tropas y presos. En el período comprendido entre 1939 y 1943, catorce de cada cien contagiados, murieron como consecuencia de esta enfermedad. El piojo verde, encargado de su transmisión, se cebó en las cárceles, en los centros de reclusión y entre los Batallones de Trabajadores, dado que el hacinamiento, la debilidad y el hambre eran una constante y sus componentes unas presas fáciles. Pero, el contagio no interrumpió su camino y arremetió contra la población civil, principalmente, en aquellos lugares donde estaban situadas las prisiones o donde los reclusos desempeñaban diferentes tareas.

Como consecuencia de la deficiente salubridad, casi todas las enfermedades tuvieron un fácil acceso dentro del período de posguerra y algunas como, por ejemplo, el tracoma que afecta a los ojos y es una inflamación de la conjuntiva y al igual que ocurrió con el tifus exantemático, implicó a toda la sociedad en general. La bacteria que desencadena esta enfermedad provoca una fuerte hinchazón que, con otras infecciones, puede desencadenar alteraciones visuales tan importantes como la ceguera. Su transmisión es tan fácil de interrumpir si se emplean las medidas de higiene necesarias, como factible de inocular si éstas no se cumplen. Los datos referentes a esta enfermedad en el año 1941, manifiestan que eran 1.052 los presos que la padecían y fue durante algunos años y tras la tuberculosis, la enfermedad más alarmante en las prisiones.

Al igual que ocurrió a lo largo y ancho del Estado, la tuberculosis se consideró una enfermedad mortal dentro de las cárceles. Entre los años 1941 y 1945, las

tasas de muerte por esta enfermedad se dispararon de forma alarmante y hasta que la penicilina se comercializó en las farmacias del Estado, en el año 1947, 30.000 personas, generalmente jóvenes, fallecían anualmente en el país como consecuencia de esta dolencia.

Para hacer frente a esta enfermedad, a mediados de la década de los cuarenta, el país contaba con 50 sanatorios antituberculosos, con una disponibilidad de 11.000 camas. También el mal se acrecentó en las cárceles, por lo que la Dirección de Prisiones se vio presionada a preparar sus propios hospitales antituberculosos, que llegaron a disponer de más de 1.000 camas, aunque esta cifra muy pronto resultó exigua. Estos hospitales únicamente acogían a los reclusos juzgados y condenados, es decir, a los penados, de los que se excluía a los condenados a la pena capital, pero no a los procesados y gran parte de los profesionales que los atendían, también eran reclusos. Sin embargo, el escaso número de camas obligó a tomar decisiones adicionales en las propias cárceles, con el fin de tratar a los enfermos e ir controlando la dolencia hasta que, la disponibilidad de camas, permitía su ingreso. El día 30 de marzo de 1940, una notificación exigía el aislamiento de los tuberculosos dentro de las prisiones aunque, en la práctica, no abundaron los lugares donde pudieran cumplirse las normas de aislamiento y todos los presos convivieron en los espacios comunes. Así, el hacinamiento, la falta de higiene, la debilidad... hicieron causa común con el microbio.

Durante su estancia en los sanatorios, a los reclusos se les proporcionaba un trato especial: una alimentación mucho más completa, en la que se incluía, carnes y huevos y se les eximía de la asistencia a las formaciones, aunque no se les dispensaba de la obligatoriedad de acudir a la misa diaria. Cuando algún enfermo no cumplía el tratamiento, las directrices médicas marcadas o pretendía escaparse, su ingreso de nuevo a prisión estaba garantizado. Durante los años cuarenta, la Dirección de Prisiones abrió y clausuró varios sanatorios penitenciarios destinados a tuberculosos (Lafuente, 2002 : 209-261).

Sin embargo, no siempre era una tarea sencilla el ingreso en un hospital, sino que dependía de la gravedad o de la importancia que le diesen a cada

enfermedad contraída; es decir, como a menudo se trataba de una cuestión de criterio, no faltaron ocasiones en las que el ingreso se realizaba demasiado tarde.

Así, por ejemplo, Francisco Alonso recordaba el caso de un compañero de su batallón, concretamente, el de Eladio Hernández, que era de la zona minera; pesaba 38 Kgs. y sufría constantes mareos y desmayos mientras estaba realizando su trabajo, hasta que un día le trasladaron al hospital de Pamplona, pero a la jornada siguiente, ya había fallecido.

Además de las muertes que se producían como resultado de las tentativas frustradas de fuga o de aquéllas que se originaban como consecuencia de las propias enfermedades, las muertes por desinterés o negligencia tampoco dejaban de ocupar su espacio y como muestra de esta existencia, también Francisco exponía el caso de un chico de La Peña que “tenía una apendicitis y claro, como no le hacían caso, le entró una peritonitis y se murió”. A juzgar por su puntualización, las normas en el batallón eran rígidas porque, “vino un día a verle un hermano suyo; un tiarrón con la camisa de Falange. Allí se quedó con su hermano, pero el falangista no pudo sacarlo de allí”¹⁶.

José Mari Otsoa de Txintxetru, por el contrario, tuvo mejor suerte y conservaba un buen recuerdo de la atención que le dispensaron en el hospital de trabajadores en una ocasión en la que se vio aquejado por un gran forúnculo en la espalda. En su opinión, que estaba basada en su experiencia, los médicos les atendían muy bien, “pensaran como pensaran”; para ellos y por encima de todo, los trabajadores eran hombres, es decir, “un humano que tiene una dolencia”¹⁷.

Solidaridad y respeto. Estaban condenados por la misma causa.

¹⁶ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

¹⁷ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

Como ya se ha indicado con anterioridad, a pesar de que cada uno debía tener precaución a la hora de comunicarse y de exteriorizar sus opiniones por los posibles chivatos que pudiera haber infiltrados en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, entre las personas entrevistadas no se han encontrado testimonios que testifiquen, con total convencimiento y basada en su experiencia, la existencia de compañeros que se dedicaran a esta actividad. Lo que sí se constata es la idea de que, salvo excepciones, la solidaridad y la ayuda, al igual que ocurrió en los Batallones de Trabajadores durante la guerra, sí fue una práctica utilizada por la mayoría de los compañeros.

Francisco Alonso manifestaba que los chivatos existían “más entre los escoltas; entre nosotros, no”. Una afirmación que estaba sustentada por la circunstancia de que, en la mayoría de los casos, la gente compartía el sentimiento de que todos se encontraban allí por el mismo motivo y “entre nosotros, no había esos hombres que se van de la lengua; no, porque hubiese sido la vida imposible”. No obstante, tampoco todos entendían que no vivían en una sociedad abstracta y que en la vida había que involucrarse. Concretamente, recordaba a un vecino suyo que estaba de ordenanza con un alférez “y nunca hizo nada por nadie; pero luego, cayó en desgracia y le quitaron. Nadie le miraba a la cara”. Tras recapacitar y consciente de lo que constituía para él una realidad, afirmaba: “era mal compañero; malo”.

Respecto a las muestras de compañerismo y de ayuda ofrecidas y recibidas, Francisco recordaba que la ventana del barracón que estaba situado en Oiartzun, también sirvió como puerta de salida a un individuo que tenía un familiar allegado muy enfermo y sentía la necesidad imperiosa de ir a visitarle, antes de que fuera demasiado tarde. De esta forma y aprovechándose del cobijo mágico que le prestaba la noche, dejando el ambiente sumido en la paz y en el silencio y beneficiándose del sueño profundo que embargaba a los jóvenes soldados que vigilaban, se introdujo en su aventura, no sin antes prometer a sus compañeros, que volvería. Éstos, por una parte, eran conscientes del peligro y del riesgo que corrían con su encubrimiento, además de que, únicamente podían ocultar o manipular su ausencia durante uno o dos días pero, por otra, sentían, así mismo, el deber y la obligación de prestar

ayuda a un compañero. En este caso, uno y otros cumplieron fielmente con su palabra y su cometido. La ventana fue testigo del regreso de aquel chico que tuvo la valentía de culminar lo que él entendía que era un apremio y le volvió a brindar su lujosa y a la vez sencilla abertura; esta vez, para que pudiera cerrar con broche de oro su arriesgada escapada y el comprometido secreto de sus compañeros¹⁸.

Agustín Eguiazabal hacía una diferenciación entre los dos batallones en los que había formado parte y mantenía la idea de que, el Batallón de Trabajadores le ofrecía más seguridad en cuanto a ausencia de chivatos, que el Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores, que ya estaba compuesto por personas de todos los lugares: “Se metieron catalanes, valencianos, madrileños, andaluces también...; había de todas partes y no nos fiábamos mucho”. Sin embargo y a pesar de lo dicho, su buen reconocimiento se decantaba, de forma particularmente especial, hacia los madrileños: “Madrileños ole; madrileños había en mi compañía, unos seis o siete, pero eran chicos ole; verdaderos compañeros”¹⁹.

Como las demostraciones de apoyo y favor podían hacerse extensivas de diversas maneras, José Mari Otsoa de Txintxetru tuvo la suerte de verse beneficiado por la influencia y la protección que le prestó “Txiki, Isidoro Fernández, un amigo de Begoña, un cabo que estaba haciendo el servicio militar con Franco y se hizo el amo con los militares. Hacía estraperlos, compraba y vendía cosas y tal. Y aquél, ya sabía que en Castellar de la Frontera hacía falta gente”. Subió al campo y a través de las pertinentes gestiones realizadas con el capitán, “nos cogió y nos bajó allá. Ya, dormíamos bajo cubierto”.

En Castellar y de acuerdo con las necesidades a cubrir, procedieron a realizar la selección de personal y la distribución de tareas; una clasificación en la que, él, también salió favorecido. “A ver, ¿tú eres mecanógrafo?”. “El que es

¹⁸ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

¹⁹ Entrevista realizada en Zarautz, el 29 de octubre de 2006.

oficinista, en la mili es mecanógrafo”. “¿Sabes escribir a máquina?”. “Sí, yo sabía perfectamente bien”. “Bien, quédate”. A partir de entonces, él desempeñó siempre su trabajo en oficina. “De Castellar, después, nos llevaron también a Algeciras”.

Fue precisamente estando en Algeciras y concretamente, destacados en panadería, cuando se les ocurrió la idea, “creo que éramos unos diez gudarís”, de orinar en la masa que luego se convertiría en pan y que “era, además, la masa para el gobernador militar, para la comandancia militar, para todos los militares y sus familias. Hicimos la hornada; no comimos nadie de aquel pan, pero no..., pero no murió nadie”. Como si al recordar el acto se moviese entre lo que significaba la travesura y simbolizaba la precaución, afirmaba: “como entonces, no había sida...”

La solidaridad y la relación entre la totalidad de los componentes del batallón eran buenas; sabían cómo pensaba cada uno, “pero nos respetábamos mucho, mucho, mucho, mucho, mucho. Todos luchábamos por la misma causa y estábamos condenados por lo mismo y estábamos sufriendo la misma pena, uno y otro”. Pensaba que si no hubiera existido la guerra, su vida hubiese sido plácida porque, “yo no he tenido juventud; de chaval, hasta los dieciocho, pero luego, no he tenido juventud. Pero, el pensar cómo hubiera sido la vida sin la guerra, Jaungoikoa²⁰ sabrá; sólo Él lo sabe; yo no”²¹.

Censura y unión de una Iglesia y de un Gobierno que lo impregnaban todo.

A pesar de que la correspondencia estaba permitida, era evidente que las cartas, antes de ser entregadas a sus destinatarios, debían pasar por el filtro de la censura. Como prueba de esta afirmación, Francisco Alonso, a la vez que esbozaba una sonrisa, recordaba a un amigo, que era vegetariano, cuya hermana le escribía y le comentaba la película que había visto el fin de semana y el martes, cuando llegaba la cartería, el censor, que era Salsamendi, le decía: “encima, esto no hay quien lo censure”. También en una ocasión en que su

²⁰ Palabra en euskara, que significa Dios en castellano.

²¹ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

amigo reclamó una carta que tardaba en llegar, la respuesta sin rodeos y sin el más mínimo reparo, no se hizo esperar: “ya llegará la carta de la película; no te preocupes”, “le dijo”²².

El periódico semanal “Redención”, que publicó su primer ejemplar el 1 de abril de 1939, es decir, el mismo día que terminó oficialmente la guerra y en cuya portada de ese mismo día, aparecía: “Yo aspiro a ser el Caudillo de todos”, pasó a convertirse en el medio de comunicación permitido a los prisioneros y para cuya elaboración, también fue requerida su participación; un hecho que no estuvo exento de controversias por parte de los que se prestaron a cooperar en su producción y entre aquéllos que se negaron a hacerlo; en otras palabras, ésa fue otra forma de quebrantar la cohesión, la solidaridad y el entendimiento entre los presos.

La finalidad para la cual fue diseñado el periódico no era otra que la de ensalzar la benevolencia, la magnanimidad y la actuación del régimen y del dictador, la de dar la posibilidad de retractarse a los presos y conseguir su recuperación espiritual y de aceptación al sistema, la de propiciar el ofrecimiento de críticas sobre miembros republicanos, la de liberar su pena por medio del trabajo ..., es decir, a través de sus líneas aparecía una propaganda tergiversada y manipulada de todo cuanto acontecía, con el claro objetivo de intentar el acatamiento y convencimiento de los ideales planeados por el recién creado Estado, además de que por la suscripción a este periódico, podían obtener a cambio contrapartidas y beneficios adicionales. En definitiva y a la vista de todo lo que antecede, se evidencia una nueva forma de intimidación, de presión y de chantaje, donde la colaboración reclusa y la propaganda se unieron, dando como resultado otra manera más de ejercer el poder por parte de los vencedores. Tampoco está de sobra mencionar, la gran preocupación que existía porque los prisioneros no se hicieran con prensa externa o con publicaciones clandestinas. Sin embargo y a pesar del control que se ejercía y del riesgo que conllevaba esta acción, bien para quienes la promovían o bien para quienes la utilizaban, no faltaron periódicos, hojas, noticias... no

²² Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

censuradas y que esquivaban y burlaban la pretendida, pero no siempre segura inspección.

Así y concretamente, dentro del batallón 38 en el que estaba integrado Francisco Alonso y de acuerdo con sus testimonios, pudieron beneficiarse de este tipo de información: “Sí, teníamos una información secreta y privada, que no la tenía nadie porque, había un chico de Bilbao, un tal Torrontegi, cuyo padre trabajaba en la imprenta de los Jesuitas de Deusto y éstos tiraban un librito chiquitín y tenían carta blanca y éstos no eran fascistas; no tenían nada con Hitler ni con el Gobierno”. Cuando publicaban la revista, que no pasaba por la censura y aquel chico la recibía, “nosotros la leíamos y nos decían cómo marchaba la guerra mundial”.

La consideración que se otorgaba a las prácticas religiosas dentro de los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores tenía su importancia, tal y como recordaba Francisco, quien manifestaba que la formación para la asistencia a misa era de obligado cumplimiento y que en el caso de su batallón y para poder garantizar su presencia, tenían que bajar al pueblo a través de los montes. A este respecto y por un lado, reconociendo el poder de que disponía la Institución afirmaba: “Realmente, quien gobernaba era la Iglesia, ¿no?”, pero por otro, percatándose también de que la contrapartida que recibía a cambio el Gobierno, era incuestionable, manifestaba: “Paseaba Franco bajo palio; no se le ocurre a nadie”. Al mismo tiempo, también era consciente de la trascendencia que este hecho conllevaba y se hacía eco del impacto que suponía para una gran parte de la población: “Que se lo han dicho mil veces. ¡A quién se le ocurre, Señor; ése es un privilegio de las jerarquías de la Iglesia, no de Franco y menos, para un hombre que está implicado en muertes!”. Pero, así mismo, consecuente con la idea de que cada persona es, además de libre, responsable de sus actos y decisiones, precisaba: “allá él, de cualquiera manera”. Sin embargo, esa afirmación tampoco era un obstáculo que le imposibilitara o le desautorizara a poder decir: “eso, no sé; eso fue un error

disparatado de la Iglesia”²³ y sin duda, un motivo de frustración y desencanto para mucha gente.

Las prácticas religiosas manifestadas de forma voluntaria, también sirvieron de soporte y alivio para muchas personas como, por ejemplo, para José Mari Otsoa de Txintxetru, que dentro del Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores y frente a unas circunstancias adversas que no podían cambiarse, utilizaba la posibilidad que tiene la persona de emplear los recursos que le ayuden a sobrellevar su carga de la mejor manera posible y así, él, que siempre se sintió un hombre muy religioso, aprovechaba el rato del mediodía en el que les bajaban al rancho y “rezaba el rosario a esa hora. Todos los compañeros estaban hablando, siempre: “¡Joder, José Mari qué mala leche tiene o qué hambre, porque no habla nada!”.

A pesar de que no vivió la experiencia de humillaciones verbales dentro del batallón, paradójicamente, sí recordaba un sentimiento de vejación que sufrieron en Algeciras y que se produjo, concretamente, cuando tres o cuatro, vestidos como podían, fueron a misa y tras arrodillarse, pudieron observar cómo se separaba la gente de ellos. Pero, acto seguido y tratando de rememorar y de disfrutar de la parte positiva y constructiva de las cosas, prosiguió diciendo: “pero, nosotros lo que hicimos en Algeciras, en Navidad, fue cantar en Radio Algeciras. Cantamos canciones, canciones que cantadas aquí, nos hubieran llevado a la cárcel. Allí salían a las ondas; no sé quién oyó o no oyó”²⁴.

La religión católica, con sus prácticas de formación, de persuasión, de control..., además de imponerse en los Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores, también y dentro de un clima, en general, de perfecta simbiosis con el franquismo, absorbió toda la vida cotidiana de la sociedad de aquel momento y puso las bases y los cimientos necesarios para que sus directrices tuvieran carácter de continuidad.

²³ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

²⁴ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

La Iglesia mantuvo su notoriedad después de la guerra. Se poblaron los seminarios del territorio español y se construyeron nuevos edificios, siendo la participación del Estado en su edificación, muy importante. El número de los seminaristas mayores creció de forma espectacular. Durante el curso 1942-1943, España contaba con 2.935 seminaristas y en 1961-1962, el número había aumentado hasta 8.387 (Villota Elejalde, 2000 : 389).

Por la gran importancia y trascendencia que tuvo la Institución, tanto en la educación como en el control y desarrollo intelectual de la población, se estima conveniente hacer un repaso y poner un ejemplo de lo que, al margen de algunas matizaciones particulares de cada lugar, bien podría considerarse una trayectoria habitual y generalizada de los seminarios de la época.

Txomin Bereciartua, no sólo sin acritud, sino con el mayor cariño y agradecimiento rememora y valora todo lo bueno que le proporcionó su paso por Comillas, en aquella etapa tan importante de su vida, en la que reconoce que aprendió mucho. “El recuerdo de aquel tiempo es inolvidable, como lo he podido vivir y comprobar emocionado en los días de convivencia que vivimos con ocasión de la celebración de las Bodas de Oro de nuestra promoción”. Éstas son una parte de sus evocaciones y percepciones personales de aquel período:

Nacía el otoño de mil novecientos cuarenta cuando ingresó en el seminario. Eran unos tiempos en los que, quien apostaba por esta opción, se convertía en un “segregado para el Señor” y consecuentemente, adquiría un status particular, el de seminarista, lo que le introducía en una especie de “gueto; no declarado, pero efectivo”. Recuerda al padre espiritual persuadiendo con la frase: “el que pone la mano en el arado y lo deja...”, cuando alguien abandonaba la vocación, mientras él, desde pequeño vestido con sotana, intentaba adaptarse a la manera de andar y comportarse de un seminarista; se veía como un chico distinto a los demás de su edad, con el cerebro lavado por advertencias de evitar comportarse como un seglar y especialmente en el trato con las chicas, “por si las moscas” y además, en vacaciones, debía utilizar traje

negro, llevar el pelo no demasiado cuidado y mantenerse bajo el control de la parroquia, con los seminaristas del entorno como compañía, fieles a la misa y al rosario de cada día...; es decir, “vivíamos en el mundo pero fuera del mundo”.

A su alrededor, “el paisaje humano” eran los superiores y compañeros llegados de todas partes, con los que formó un grupo humano que fue haciéndose más denso, a través del tiempo y de las vivencias. “Los educadores jesuitas, buenísimas personas en general, intentaron formarnos a su manera, aunque no sé yo si lo consiguieron del todo, gracias a Dios. Junto a ellos estaban los “hermanos” de los que todos guardamos un gran recuerdo. Eran unos personajes fenomenales que nos atendían desde un montón de oficios”. Una gran parte de aquella familia jesuítica estaba compuesta por castellanos sencillos, tradicionales y con una visión reducida del momento político y social que se vivía y a tenor del espíritu que reinaba, podría generalizarse la frase que repetía uno a quien llamaban “Hernandón”, por su grandeza, tanto de espíritu como de cuerpo: “Somos del monte y estamos en el monte”. Tampoco quiere dejar de mencionar las visitas que, de vez en cuando, recibían del irunés, Monseñor Eguino, obispo de Santander, “que rompía esquemas con su bondad y sencillez de gran pastor y mejor persona”.

Los formadores jesuitas vivían impregnados en el nacional catolicismo; “a sus ojos Franco no era Dios, pero casi lo era”. Tocados por las penurias que habían vivido y por las muertes que habían padecido durante la guerra por culpa de “los rojos”, el dictador aparecía como la salvación y la encarnación del bien frente al mal del peligro rojo-separatista, lo que daba un sesgo a todo lo que allí se respiraba. También el palio que le protegía en las catedrales y la presencia de autoridades y militares en procesiones y misas al aire libre era una muestra más de aceptación a él y al régimen por parte de la Iglesia. “Nunca olvidaré la cara que pusieron en mi casa, cuando durante unas vacaciones afirmé convencido que Franco era un santo, según nos lo habían asegurado nuestros educadores”. Al tiempo que acontecía en Europa la guerra mundial y como fruto de aquel mismo pensamiento, la mayor parte de profesores y alumnos apostaban por los alemanes, como sujetos buenos y deseosos de acabar con

el comunismo; sólo “unos pocos éramos anglófilos, pero sin levantar la voz, por vascos y por familia”.

Los años de posguerra, también en el seminario de Comillas fueron tiempos de racionamiento y penuria ya que, como referencia, “el litro de aceite estaba a más de cien pesetas de las de entonces” y los superiores debían hacer auténticos milagros para dar de comer a los casi mil “inquilinos” que habitaban en la casa. Más tarde, mejoraron las cosas y “más de uno sufrió sus males de tripa cuando un día pudimos comer cuanto quisimos”.

Además de la escasez de comida, un reglamento preciso y exigente regulaba los días, aunque el rigor en su aplicación dependía, en gran medida, del Padre Prefecto que les tocara en suerte y cuya severidad no siempre le resultaba a él entendible, como en el caso de tener que cuidar tanto las formas o en el de no poder hablar en horarios y lugares de silencio, aunque con ello no se molestase a nadie. Así, el transcurrir del día a día con su ritmo acompasado, compaginaba “tiempos de estudio, de piedad y de recreo”, a pesar de que los estudios y la piedad tenían clara prioridad, algo muy normal tratándose de gente que se preparaba para ser sacerdote, pero que también absorbían momentos de recreo, lo que a él le resultaba incomprensible.

Los jesuitas encaminaron los estudios de acuerdo con su “ratio studiorum”, bien pensado y de extensa experiencia, que se desarrollaba por medio de los ciclos llamados de Gramática y Humanidades, a los que le seguían tres años de Filosofía y cuatro de Teología, completándose los estudios con lo que denominaban “Concertationes”, que eran actos públicos en defensa de tesis o temas.

Algo no contemplado en los planes de estudio, pero esencial para el crecimiento interior, era la convivencia con aquella “familia encontrada”, es decir, los compañeros, con los que disfrutaba mucho paseando y hablando. En su caso, la pertenencia a la “Schola Cantorum” le abrió la puerta a un mundo de personalidad propia, con ensayos de cuatro días a la semana y en ocasiones, con el disfrute de audiciones, lo que le permitió introducirse en la

gran música europea. También las horas que quedaban entre ensayos y actuaciones le venían bien para hacer amigos y vivir, una parte de tiempo, en un ambiente diferente.

El ritmo de los días conllevaba media hora de meditación, a la seis y media de la mañana; seguido, la misa con su larga acción de gracias; y los reducidos recreos entre clase y clase eran, así mismo, una buena ocasión para realizar visitas al santísimo de la capilla. El rosario en la iglesia y el examen de conciencia por la noche completaban lo que podría denominarse, la jornada espiritual. También, en los primeros años de seminario menor, empleaban mucho tiempo, que a la vez era propicio para los rezos, en ir en filas a desayunos, comidas, meriendas y cenas. Los domingos, además, contaban con otra misa cantada, celebrada a media mañana y con la exposición del santísimo o el rezo de las vísperas. En marzo tocaba “los dolores y gozos de San José”, en cuaresma “los santos vía crucis” y en mayo “las flores a la Virgen”. Al mismo tiempo, la costumbre oficial de “todo buen seminarista”, reivindicaba media hora del recreo de las mañanas de los jueves para hacer una visita opcional al sagrario de la capilla e irse luego a un estudio libre voluntario, mientras él no podía evitar el pensar: “Para un día que tenemos un recreo como Dios manda, estos padres te lo chafan”. En Navidades y Semana Santa se celebraban los solemnes cultos habituales de la época y con ellos, “los maitines y laudes del triduo sacro”.

Un poco de deporte, las charlas y salidas en los recreos, entre clase y clase y los paseos semanales hasta llegar a otros pueblos, suponían un relax. La práctica de deporte, principalmente el fútbol, tenía vital importancia por aquello de “mens sana in corpore sano y para dar cauce al desfogue de nuestras energías juveniles”; tanto es así, que el recuerdo de las hazañas deportivas sigue teniendo protagonismo y priorizando las conversaciones en los encuentros que mantiene con antiguos compañeros de la época. En días de gran fiesta y tras un menú especial, se divertían con lo que ellos denominaban “peripitines, shows montados con mucha imaginación y bastante guasa”. Así mismo, dos veces al año celebraban “día de campo”, en el que comían de picnic y al comienzo de cada curso y en primavera, disfrutaban de baños en la

ría que desemboca en la playa de Oyambre. Durante las Navidades y dado que permanecían en el seminario, ocupaban las vacaciones y empleaban el tiempo, en estudio, solemnes fiestas religiosas y diversos entretenimientos, entre los que se encontraban las sesiones de teatro, en las que hacían sus pinitos y se mostraban como actores. Los últimos años, también llegaron a ver algunas películas.

Después de todo el proceso, llegaba la ordenación sacerdotal y hacerse cura en aquel tiempo significaba, pasar a ser alguien socialmente significativo y aunque “no dejabas de ser un niño grande, crecido en una burbuja y sin madurez humana suficiente”, entraban en un nuevo mundo de adultos, de alguna manera separados de la vida normal de la gente, no sólo por la forma de vestir o por la coronilla, sino por el modo de vivir, separados del mundo femenino por el celibato y al mismo tiempo, siempre rodeados de mujeres y niños. “Para unos eras Don Fulano toda una referencia, para otros un vago que vivía a cuenta de otros. Para la mayoría un señor distinto”²⁵.

En definitiva y posicionándonos con la argumentación del historiador José Antonio Pérez, en la posguerra se reprodujeron las pautas culturales que favorecía el franquismo y todo aquello que, probablemente con poco éxito, había tratado de promover la República como, por ejemplo, toda la labor inmensa que se hizo en los ámbitos culturales, las visiones pedagógicas desde el año treinta y uno, que trataron de llevar la cultura al pueblo más perdido, la educación igualitaria entre chicos y chicas, o las concepciones de derechos adquiridos, como podía ser el divorcio, es decir, esa visión regeneracionista y modernizadora de la República quedó totalmente arrasada porque, además, hay que tener en consideración el hecho de que, salvo algunos casos de gente de derechas que se acomodó y no tuvo ningún problema, la élite cultural española, esto es, artistas, filósofos, pedagogos, médicos, pensadores... abandonaron el Estado, lo que hizo que España se convirtiera prácticamente en un páramo cultural durante treinta años. Su lugar lo ocupó la cultura del nacional catolicismo, la de la España una, grande y libre, la de la escuela

²⁵ Información facilitada por la persona mencionada, el 30 de diciembre de 2012.

donde se daban los valores que se daban o donde se exaltaban las personalidades que se exaltaban, lo que produjo un impacto importante en las generaciones de la época²⁶.

Tras la etapa final, de nuevo la libertad estaba condicionada.

Después de haber concluido el período que marcaba el fin del cumplimiento del servicio militar, se produjo el viaje de regreso a sus hogares. Pero este regreso, como ya había pasado anteriormente, por un lado, estaba impregnado de recuerdos y sufrimientos dolorosos y por otro, tampoco significaba que la deuda hubiera quedado saldada en su totalidad, sino que la mancha distintiva con la que habían sido identificados, seguiría, de una manera o de otra, perdurando a través de los años.

Francisco Alonso, por ejemplo, tras analizar los resultados que la precaria situación laboral pudo acarrearle después de la contienda y la manera en que su vida familiar se vio afectada, llegaba a la conclusión de que, “mientras estaba soltero, no mucho”. Sin embargo, automáticamente retornaba a su mente una dura situación que vivió durante la primera huelga que hicieron, en una época en la que él ya tenía formada su propia familia y cuyas consecuencias las relacionaba con su condición de perdedor de la guerra: “Pero, cuando yo trabajaba en la General Eléctrica Española, me echaron en el año 62; yo tenía dos hijos; claro, ya, aquello pesaba como una losa”.

Para poder entender todo aquel entramado laboral que se tejió, donde el nivel de libertad era escaso y consiguientemente, las negociaciones corrían el riesgo de ser gravosas, había que tener en cuenta y hacer una clara diferenciación entre las dos posturas que afloraron: Por una parte, estaban los chavales jóvenes que como tenían asegurada la comida en casa, no tenían tanto que perder y “no les importaba” y por otra, se trataba de dar un escarmiento a quienes se habían atrevido a cuestionar las condiciones impuestas y a la vez estaban marcados por la mancha de la sospecha de tiempos anteriores; así

²⁶ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

que, “dicen: “bueno, ¿a quién castigamos?” y se fueron a la Dirección General de Seguridad, a Madrid, a buscar informes, uno por uno, de todos nosotros y claro, entonces, cogieron a los que teníamos una ficha de rojos separatistas”. Una afirmación que estaba sustentada por el hecho de que, a la huelga “fuimos todos, pero claro, había mucha gente que no había nacido en la guerra y como no habían nacido, no tenían ficha; otros eran hijos de gente que había venido de fuera, pero habían estado con Franco y claro, todo se mezclaba allí y aquéllos no tenían historia; la historia teníamos nosotros. A cincuenta nos cogieron así y estuvimos un año fuera”.

Francisco, después de verse obligado a acatar las órdenes, es decir, tras abandonar la empresa, entró a trabajar en Beltrán y Casado, en Deusto, donde permaneció un año y posteriormente, “me reclamó la fábrica” y fue en la General donde se jubiló. Es decir, finalmente llegaron a un entendimiento, esto es, los unos, quizá supieron valorar en su justa medida, la utilidad y el buen hacer de sus profesionales y los otros, de evaluar la necesidad de disponer de aquel trabajo; así que, “nos reclamó la fábrica y volvimos”²⁷.

José Mari Otsoa de Txintxetru, tras su permanencia en Algeciras, fue trasladado al Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores de Sondika, para realizar tareas relacionadas con el campo de aviación, “en el Campo de Vagos y Maleantes en Sondika. Vine con un soldado de custodia en el tren; de pobre, claro, con vale de pobre”. Antes, sin embargo, debió ser ingresado en el pabellón de prisioneros del Hospital Militar de Vitoria, donde le curaban todos los días de una sarna que había contraído en Algeciras, que le cubría todo el cuerpo y que casi, no le dejaba la posibilidad ni de poder moverse. A la vista de las circunstancias, “se marchó ya el soldado; yo quedé allá y estuve... fueron... creo que unos diez días, diez días”.

Fue, precisamente estando en Sondika, cuando recibió una comunicación certificada de Falange de Begoña, donde le habían cambiado la denominación

²⁷ Entrevistas realizadas en su domicilio de Sestao, los días 13 de octubre de 2006 y 6 de marzo de 2009.

de “desafecto a indiferente”; una calificación que le habían puesto los militares para poder ser trasladado de soldado al regimiento de Garellano y una nueva clasificación que, de acuerdo con sus palabras, no tuvo una buena acogida por su parte: “¿yo indiferente? Yo soy desafecto al régimen, toda la vida”.

Una vez destinado, en esta ocasión ya como soldado, al segundo piso de la oficina de Garellano y concretamente, al Batallón número cuatro, Segunda compañía, sus compañeros le sugirieron la conveniencia de que se hiciera cabo para poder, de esta manera, ejercer el control de los soldados y estar en la oficina realizando tareas de cabo auxiliar de toda la parte administrativa. “¿Quién, yo?, ¡qué coño voy a ser cabo! Bueno, bien, me hicieron cabo en dos días”, tras pasar por las escuelas de cabo, el nombramiento oficial y toda la parafernalia requerida. Es decir, a pesar de sus antecedentes, “es que, yo estaba en libertad condicional”, no le pusieron ningún problema para designarle en su nueva categoría.

En este lugar, había muchos chicos de la zona roja de Levante y puesto que él sabía, por propia experiencia, lo que significaba la lejanía del hogar y “como en la compañía nuestra no pasaban revista nunca, yo les tenía a todos de permiso especial; de los ochenta que estábamos en la lista de la revista, veinte o veintitantos los tenía de permiso especial, por Alicante, Valencia..., en sus casas”. Por supuesto, ellos se pagaban el viaje de ida y de vuelta y José Mari se quedaba con los panes, que una parte la llevaba a casa y otra la repartía entre otras personas “porque allá, no podías dar de baja al rancho. Pero, los cincuenta céntimos, de las sobras que se llama, ésos me los quedaba yo y tenía unas perras; ¡joer!, chanchullos de ésos había que hacer, pero se beneficiaba a los otros. Cuando volvían me traían: unos, naranjas; otros, patatas... Esto me manda mi madre para el cabo, para el cabo, para el cabo. Bueno y así”.

De Garellano les desplazaron a Plentzia porque “decían que iban a venir los americanos”. Pero, tampoco allí terminaría su andadura dentro del Ejército, sino que, otra vez, se vio afectado por otro nuevo traslado. “No sé si fuimos

cinco o seis; de Plencia me destinan al Regimiento número 113 en Lorca. ¿Por qué? No lo sé; ni por qué sí ni por qué no”.

De su estancia en esa localidad y como consecuencia del bajo nivel cultural que se apreciaba en una gran parte de la gente, guardaba el recuerdo del problema que, no pocas veces, les ocasionaba el cuadre de la “libreta de caudales”; una libreta que estaba relacionada con el número de soldados designados en la compañía y, en función del mismo, del dinero que debían percibir por ellos. Es decir, tras pasar revista y extender el oportuno justificante, a primeros de mes, partiendo de la cifra que le correspondía a cada uno y multiplicándola por la cantidad de personas, les asignaban el importe pertinente. “Pero, si un soldado iba agregado a otro sitio, tú tenías que dar de baja a ése y pasar eso a otra compañía, a otro regimiento. Había que hacer el cuadrante: treinta días del mes, menos tanto, tal... Al mes te salía correcto. ¡Ningún militar sabía hacer; nadie! Todos, “¡joder Otsoa, Otsoa; a Otsoa le sale cuadrado!”. El capitán, empeñado en que tenía que hacerme cabo de primera, para quedar en la mili. Mi capitán, yo lo que quiero es licenciarme y marchar a casa. “Pero, no Otsoa, usted se tiene que hacer cabo de primera, porque luego de cabo de primera a sargento, luego a teniente y tal...” No, yo no; yo lo que quiero es, ir a casa. Y así fue”.

Sin embargo y a pesar de estar ya licenciado y en casa, “yo no me podía mover; tenía que ir a la policía de aquí, a la Jefatura de Policía de Bilbao, en la calle Orueta”; una situación similar a la que se había producido anteriormente, esto es, cuando estaba en Salvatierra y debía presentarse en la policía de Vitoria. “Nos casamos en setiembre del 46; en el año 46 me dieron la definitiva”²⁸.

Corroborando el planteamiento del historiador José Antonio Pérez, los años que siguieron a la guerra fueron de auténtica dureza y dependiendo de las localidades, el ambiente social atenuó o vigorizó una tendencia violenta. Así, por ejemplo, en algunas comunidades pequeñas en las que durante la

²⁸ Entrevista realizada en su domicilio de Bilbao, el 18 de octubre de 2006.

República se habían llevado a cabo represalias contra los de derechas, la actuación fue terriblemente feroz, produciéndose la muerte de personas en un número muy superior a las muertes que se querían vengar y ocasionando un efecto tremendamente devastador.

Además de las diferencias entre los pequeños y grandes lugares, entre lo rural y lo urbano, existía una sociedad con una doble moral, ya que una cosa era la apariencia que se mostraba por fuera y otra el dolor que se llevaba por dentro porque, nadie se atrevía a exteriorizar el sufrimiento que había padecido por la muerte de un ser querido, ya que el simple hecho de exteriorizarlo hacía que se le identificara como a uno de los perdedores, como a un miembro de la oposición. Así, se cometía una doble violencia sobre la misma persona porque, además de que se mataba y si se podía borrar de la memoria cualquier testigo, mejor, se negaba la posibilidad de llorar a los muertos.

Dentro de las apariencias, podría mencionarse la imagen del país que se trataba de proyectar en los años cuarenta, aquella sociedad del nodo que nada tenía que ver con la realidad, que vivía en la impostura, que dominaba todos los medios de comunicación y que contrastaba con la otra sociedad, con la real, con la de la cartilla de racionamiento, con la que pasaba hambre y miseria, con la que padecía, o con la que tenía parte de sus miembros en Batallones de Trabajadores o en cárceles y que vivía todavía con las heridas de la guerra.

Esa sociedad de las dos caras se mantuvo durante bastantes años y fue en los sesenta, o muy entrados los cincuenta, cuando comenzaron a tomar protagonismo personas que no habían vivido directamente la guerra, cuando empezó el desarrollismo y la modernización del país, cuando pudo accederse a una vivienda o a comprarse un seiscientos y todo ello hizo que la gente empezara a tener otros asideros a los que agarrarse, que cerrara los ojos y mirara hacia delante, o como se menciona en otro apartado y se recoge de los testimonios de una mujer, aprendieran a vivir con el franquismo, lo cual también es muy comprensible en una sociedad que vivió el dolor²⁹.

²⁹ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

SÓLO OFICIALMENTE

LA GUERRA HABÍA TERMINADO

*Gudaren amaiera sinatu zen;
ez aldiz,
bakea eta adizkidetzea¹*

A través de la lectura “La guerra-mundo”, bibliografía presentada por Alessandro Dal Lago (2005), especialista en escribir sobre temas de guerra, se visualiza la transformación que cualquier guerra produce en la sociedad, donde a partir de un antes de más o menos interacción social, se llega a un después cargado de muertos.

Los límites de tiempo marcados al inicio de una guerra y su posterior evolución raramente coinciden y en su caminar, la guerra va generando un aumento de destrucción y sufrimiento, pudiendo llegar a un nivel de conflicto ilimitado. Así y al igual que ocurrió con respecto a la estimación de la duración de la Primera Guerra Mundial, en 1914, cuyo conflicto parecía solventarse en unos pocos meses y duró cinco largos años, la Guerra Civil Española, que tenía visos de ser corta, se mantuvo durante tres años, involucrando a la sociedad entera, sometiéndola al yugo del dolor y la pobreza y dejando un poso de conflicto latente y no resuelto.

Muertes, represión, aislamiento y racionamiento.

El número de muertos después de que acabó la guerra es difícil de cuantificar; unos estudios hablan de cifras que oscilan sobre las 200.000 personas, las que fueron ejecutadas durante los primeros años de la posguerra y otras publicaciones confirman que la represión fascista superó las 500.000. Sea cual sea la precisión y exactitud de las mismas, el objetivo de la dictadura franquista consistió en terminar con cualquiera que se hubiera significado por sus ideas

¹ Se firmó el final de la guerra, pero no la paz y la reconciliación.

progresistas e impedir todo tipo de resistencia hacia el nuevo régimen constituido, para lo cual no dudó en utilizar el terror y la tortura sin discriminación contra los rojos españoles y en crear un marco jurídico que le diera facultad de criminalizar y reprimir toda actividad que se entendiera que iba en contra del orden establecido y de la seguridad del Estado, lo que fomentó una represión de tal magnitud que para poder ejercerla, requirió la preparación de múltiples campos de concentración, lugares de filtro y de delimitación de responsabilidades políticas, donde la dictadura franquista ejerció una clara finalidad clasificatoria; Batallones de Trabajadores y cárceles y su habilitación sobrepasó las previsiones de infraestructuras penitenciarias del momento. El número de prisiones en funcionamiento durante el período de 1939 a 1940, puede estimarse en un total de 500 y la improvisación de los lugares propició unas condiciones nefastas por lo que respecta a masificación, carencia de higiene y alimentación deficiente, con el consiguiente resultado de enfermedades, epidemias y muertes. Pero la muerte por inanición o por enfermedad, podía encajar dentro de los mismos planes de ejecución y eliminación de la dictadura. “La tasa de mortandad de las cárceles españolas alcanzó durante algunos años cotas de exterminio. La enfermedad y el hambre se cobraron en ocasiones más muertos que los pelotones de ejecución” (Álvarez Fernández, 2007 : 11-15, 138).

Según el historiador José Antonio Pérez, los sentimientos fueron claramente objeto de represión en los derrotados o en sus familiares, que durante muchos años debieron cargar sobre sus espaldas con el estigma de los vencidos, con la designación de los hijos de los rojos separatistas o con la denominación en la escuela, por ejemplo, de tu padre fue fulanito de tal. Ante tal situación, no faltó quien optó por entregarse “a una especie de exilio interior, de gente que dijo: “voy a tratar de difuminarme entre la masa para que nadie recuerde lo que fue mi padre”.

Pero, eso que era relativamente posible en una ciudad, era imposible llevarlo a cabo en comunidades pequeñas, porque todo el mundo sabía quiénes fueron las víctimas, pero también sabían quiénes fueron los culpables, o lo que es lo mismo, no faltaron pueblos concretos en los que se conocía que fulanito de tal

había sido el que se había cargado, o el que había mandado cargarse a menganito de tal. En muchas comunidades, el restablecer lo que se rompió durante aquella época fue muy complicado e incluso, después de sesenta o setenta años, había gente que recordaba y decía, “es que yo ya sé, que el padre de aquél fue el que le mató a mi abuelo, o a mi padre”.

Esa situación, que en numerosas ocasiones había constituido un problema, en otras no sólo fue superada, sino que incluso llegaron a formarse parejas cuyos ascendientes habían estado enfrentados porque, también es verdad, que uno no debe cargar con los errores o los delitos que cometieron sus padres o sus abuelos. “Una sociedad tendría que ser lo suficientemente madura para también tratar de cerrar esas heridas”².

Dentro de la política intervencionista y de no utilización de operaciones de importación o exportación, la élite político-militar creó la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes, cuyo fin consistía en abastecer de recursos a la población y en fijar los tipos de racionamiento y los precios para el consumo de los artículos tasados en producción y cuya competencia abarcaba sobre artículos de primera necesidad, tan indispensables como, cereales, legumbres, patatas, frutas, pan, carne o pescado, tejidos, calzado, etc. Esta decisión tuvo como consecuencia, por una parte, el que los agricultores tendieran a trabajar menos tierra debido a los bajos precios y por otra, a que una parte de la producción se mantuviera oculta y posteriormente se distribuyera a través de un mercado negro, no controlado y que se denominó estraperlo. La unión, la concesión y la administración entre los burócratas del nuevo Estado y los terratenientes o industriales tuvieron sus repercusiones, originándose ganancias importantes para unos y escasez y estrecheces límites para otros.

Por lo que respecta a la industria, puede decirse que el tejido industrial pasó sin grandes destrucciones al ejército vencedor de la guerra. El País Vasco evitó por todos los medios cualquier tipo de destrozos y prefirió entregar la industria siderometalúrgica a los vencedores en las mejores condiciones. Tampoco en

² Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

Cataluña se produjeron desperfectos de maquinaria y los antiguos propietarios pudieron coger las riendas inmediatamente. Es en el transporte y en las redes de comunicaciones donde mayores desperfectos se apreciaron. Sin embargo y al igual que en la agricultura, el estímulo de la producción nacional con el fin de evitar las importaciones y las medidas de limitación en la creación de industrias originaron, falta de competitividad, de creatividad, ausencia de libre mercado y como consecuencia de todo ello, una profunda depresión.

Desde que terminó la guerra y hasta el plan de estabilización y liberalización de 1959, en el que se aprecia una apertura de mercado y la liberación del comercio exterior, España se vería envuelta en un bloqueo democrático y dentro de una dictadura de fuerte represión por la doctrina nacional-católica y por el predominio del falangismo, de autarquía, de crisis, de aislamiento y de una política económica intervencionista, lo que le llevó a llegar con retraso al proceso de transformación sociopolítica.

Aunque continuaron los sometimientos por parte de la clase obrera y los asalariados del campo, la manifestación conflictiva no era fácil de llevarla a cabo, ya que los dirigentes de partidos políticos u organizaciones sindicales clandestinas fueron condenados a penas de represión duras bajo una policía que actuaba según su iniciativa y sin control del poder judicial. A pesar de la dureza de la situación, sí se llevaron a cabo algunos conflictos de protesta por parte de obreros de Cataluña, Madrid, Sevilla y Euskadi, en 1945 y 1946, así como la huelga que se declaró en Bilbao en 1947 y que afectó a más de 50.000 trabajadores, en la que intervino la policía y el Ejército y la que se declaró en Barcelona en 1951 con la subida de precios del transporte, en la que la actuación de la policía provocó una auténtica tensión social. Tampoco pueden olvidarse las protestas que tuvieron lugar, el mismo año, en Euskadi y Madrid.

El poder del Ejército, de la Iglesia y de Falange.

La *violencia institucional* se llevó a cabo durante el franquismo y sin rodeos, por estas tres instituciones: por el Ejército, por la Iglesia y por Falange. El

poder, la implicación y el puesto de hegemonía que habían alcanzado y ejercido durante la guerra, se vieron acrecentados cuando finalizó la misma y cada una de ellas ostentó y materializó su papel dentro de su supuesto y pretendido ámbito de responsabilidad.

Una vez terminada la contienda, el régimen de la dictadura le otorgó al Ejército la facultad de ejercer funciones políticas, más allá de las que le corresponderían, como es la defensa del territorio frente a posibles enemigos exteriores, disponiendo de un poder total en el mantenimiento del orden público. El Ejército ocuparía su papel de vencedor y como tal, gozaría de todo tipo de privilegios en la época de la posguerra. Generales de renombre ostentarían los consejos de administración de las empresas y el régimen seguiría contando con los propietarios de tierras, con la burguesía y con la aristocracia financiera de la guerra civil, que en combinación con autoridades de la Administración pública gozarían de favoritismos como podrían ser, por ejemplo, los créditos a bajo tipo de interés. La aristocracia financiera presente en el Banco de España y en los consejos de administración de la Banca privada y vinculada a la industria, gozaría de un gran poder económico, financiero e industrial (Juliá Díaz, 1996).

Al mismo tiempo y para completar el control del país, la presencia de la policía y el poder de La Guardia Civil en cada pueblo, serían los encargados de crear un clima de sumisión y terror. Cualquier intento de manifestación, protesta, reivindicación o lucha en defensa de los derechos, sería sofocado sin miramientos y empleando la crueldad o las torturas que fueran necesarias. Las visitas a los cuarteles de la Guardia Civil serían constantes, ante la más mínima sospecha y de manera indiscriminada, produciéndose encarcelamientos totalmente injustificados. Los registros de casas y las detenciones a cualquier hora del día o de la noche, se sucedían sin cesar, sembrando el horror en toda la población. Es decir y tomando las palabras de Javier Rodrigo (2003 : 40), “gracias a la sublevación militar, a la progresiva victoria franquista y a las herramientas jurídicas o pseudojurídicas desarrolladas por los militares sublevados, el Ejército pudo por fin ser no espectador, sino actor principal, destructivo y reorganizador, de los conflictos de la sociedad civil”.

Respecto a la Iglesia y a la religión, es como si el resultado de la guerra le hubiera convertido a la Institución en triunfadora y con derecho a cristianizar todos los aspectos de la vida social, a restaurar la confesionalidad del Estado, quien debía considerarse como un Estado católico y comprometido a mantener la actuación de la Iglesia y a suprimir cualquier manifestación contraria a la religión católica. Los pueblos del territorio español vivirían cada año una semana de recristianización por parte de los misioneros y sería la Iglesia la encargada de una buena parte de la educación de la juventud de clase media por medio de los colegios e incluso, ejerciendo su control en la prensa y propaganda y seguiría dando unos valores y un sentido a una sociedad donde el hambre, la escasez y el sufrimiento se hacían patentes. La vida austera, la disciplina, el cumplimiento del deber, serían los ideales que debería perseguir una buena sociedad.

Dentro de la sintonización entre Estado e Iglesia y aun a pesar del malestar mostrado por ésta, también se llevó a cabo la represión del clero vasco, así como la prohibición de las lenguas vasca y catalana en las predicaciones y actos religiosos. A esto habría que añadir el privilegio que otorgaría la Santa Sede a Franco, en 1941, en la presentación de obispos, a cambio de que la religión católica, apostólica y romana, continuara siendo la única en España. Además, las jerarquías del nuevo régimen y las jerarquías eclesiásticas permanecerían unidas en la bendición de locales, procesiones, misas de campaña, etc. No era de extrañar, tampoco, el saludo fascista del brazo en alto a la entrada de las iglesias, por parte de sacerdotes y seminaristas, hasta 1942 (Juliá Díaz, 1996 : 165-168). Este nacional-catolicismo fue una característica esencial de los primeros quince años del franquismo. La recordada y sorprendente imagen de Franco bajo palio, acompañado de la jerarquía eclesiástica, sería otra muestra del poder que representaba dentro del seno de la Iglesia.

Como manifiesta José M^a Setién (Villota Elejalde, 2000 : 381), “la idea fundamental del Nacional-catolicismo consiste en hacer de la fe y de la vida religiosa de la comunidad o de parte de ella, un elemento constitutivo de la

nación. Más, en concreto, aquí en España, se trata de hacer de la religión católica un factor constitutivo de la unidad política y cultural de la nación española”.

La Iglesia que había dispuesto de toda clase de privilegios desde la guerra civil y a su vez estaba integrada en la mayor parte de la sociedad civil, contaba con gran cantidad de afiliados en las asociaciones católicas, numerosos alumnos en sus colegios religiosos y unos seminarios rebosantes de vocaciones sacerdotales, junto con una gran demanda de cursillos de cristiandad, ejercicios espirituales, o la asistencia a actos religiosos, todo ello como colofón a la firma del Concordato entre el Estado español y la Santa Sede en 1953.

Sin embargo, el nacional-catolicismo empezaría a deteriorarse y a la vez, la fortaleza de la Iglesia como soporte del régimen. Desde 1946 que se aprobó la estructuración de la Acción Católica en ramas especializadas, empezaron a surgir grupos de Acción Católica obrera y de Juventud Obrera de Acción Católica que iniciaron contactos internacionales. Se produjo un encuentro de jóvenes sacerdotes con los militantes de las organizaciones obreras de Acción Católica que provocó una profunda crisis en el seno de una generación de sacerdotes que no se sentía identificada con el bando vencedor de la guerra civil. Reivindicaban un nuevo compromiso personal y una autenticidad cristiana. Esos sacerdotes contactaron con nuevos sindicatos clandestinos y con el pensamiento marxista. Se originaron movimientos de sacerdotes obreros y la participación de sacerdotes en movimientos de protesta a favor del derecho de huelga o contra las torturas y malos tratos a los detenidos. Como consecuencia del diálogo entre clérigos y laicos de diferente ideología en los últimos años cincuenta y la década de los sesenta, se apreciaría una mayor autonomía entre la Iglesia y el Estado.

Por otra parte, en el País Vasco y Cataluña, sacerdotes y laicos manifestaban su protesta ante *la violencia simbólica* desarrollada y por la falta de libertad y reivindicaban el derecho a la utilización de sus propias lenguas. Se produjo una revitalización del nacionalismo por parte de estos grupos de sacerdotes y los movimientos nacionalistas que emergieron en Euskadi contaron con la

participación de una parte importante del clero, lo que ocasionó puntos de vista distintos dentro de una Iglesia que se entendía como unificada desde la guerra civil. Los conflictos y tensiones entre estos grupos y el Estado fueron importantes durante los años sesenta, así como las repercusiones que se originaron a partir de la carta de los 339 sacerdotes vascos en mayo de 1960, hasta la manifestación de sacerdotes en Barcelona el 11 de mayo de 1966, o la actuación de la policía en el convento de capuchinos de Sarriá, en marzo del mismo año. El sentimiento de una Iglesia vencedora y otra vencida, era patente (Juliá Díaz, 1996 : 167, 213-216).

El papel que se le otorga a la Iglesia en la reproducción del nacionalismo vasco es importante, por la vinculación y el prestigio que mantenía para las familias nacionalistas en los primeros años del franquismo. Según Gurruchaga (1985 : 426), la Iglesia disponía de instalaciones y gozaba de cierta inmunidad policial, lo que permitió actividades clandestinas, a través de grupos parroquiales, asociaciones culturales, folklóricas y de montaña, que favorecieron la conciencia social y nacionalista. Otras fuentes han atribuido a dar prioridad en las demandas del clero, a la liberalización del pueblo vasco, lo que llevaría a más de un sacerdote a integrarse en ETA.

Jesús Lezaun (1996) analiza y emite una reflexión crítica sobre el papel de la Iglesia de su entorno, una reflexión que entendemos que bien podría extrapolarse a la totalidad de la Iglesia del Estado y se plantea una pregunta. Su pregunta se centra sobre si la Iglesia vasca ha sido útil y ha servido para todo aquello que entre sus feligreses debió servir, es decir, si ha sabido cumplir con las expectativas que se esperaba de una institución en la que tanta fe se tenía. Él cree que la Iglesia se ha empobrecido en su espíritu y se ha desangrado como consecuencia de las múltiples heridas causadas por sus impotencias y por sus sometimientos.

Con la clausura del Concilio Vaticano II, el Vaticano pidió la renuncia de Franco al derecho de presentación de obispos y ante su negativa, procedió al nombramiento de obispos auxiliares o a proponer a éste a un solo candidato a alguna vacante; de esta manera, el Vaticano cambió en un espacio reducido de

tiempo la cúpula de la Iglesia. A partir de 1972 la Iglesia optó por separarse del Estado y el 23 de enero de 1973 la Conferencia Episcopal apostaba por la libertad religiosa de todos los españoles, tanto a nivel personal como social.

Por lo que respecta a Falange, cuya tendencia antidemocrática y antiparlamentaria durante la guerra era bien conocida, iba incrementando su peso dentro de la política española, después de la guerra, así como el número de afiliados, alcanzando su mayor esplendor en el año 1942. Por un lado, el Frente de Juventudes sería el encargado de organizar campamentos y competiciones deportivas entre los jóvenes y por otro, una parte muy consistente de su poder se centró en la Organización Sindical. El decreto de 1937 aprobaba los estatutos de la nueva FET y de las JONS, considerando a los sindicatos como un servicio del Partido y nombrando a sus mandos de las filas del Movimiento. Los sindicatos fueron suprimidos y tanto propietarios como asalariados, quedarían integrados dentro de un sindicato vertical único. Así mismo, el Fuero del Trabajo de 1938 disponía que todos los elementos de la economía debían quedar englobados en sindicatos verticales con directivos de la propia Falange. Así, obreros, técnicos y empresarios quedarían encuadrados en una misma organización. Si este pensamiento corporativo no se llevaba a la práctica de forma voluntaria y armoniosa, se impondría de forma coercitiva y esto es lo que ocurrió con la clase obrera después de la guerra. Carentes de organizaciones políticas y sindicales e incautados todos sus bienes y dispuestos como patrimonio de FET y de las JONS, los dirigentes y afiliados sindicales y partidos obreros tuvieron que enfrentarse a los pelotones de ejecución hasta bien entrado el año 1942. Este desacertado corporativismo económico se hizo notar y llevó a la España de los cincuenta a un preocupante déficit económico (Juliá Díaz, 1996 : 162-164 y 216-220).

Al mismo tiempo, la Sección Femenina exaltaría los valores de madre y de hogar en la mujer, algo que coincide con la propaganda política en la psicología de masas del fascismo, donde se proclama una familia autoritaria, con el fin de que se lleve a cabo la reproducción autoritaria de la sociedad, una familia numerosa y una mujer considerada solamente como generadora y reproductora, idealizada en su maternidad, pero que nunca deberá aparecer

como un ser sexual. Esta oposición que se encuentra entre la satisfacción sexual y la reproducción, prototipo de una sociedad autoritaria, no se cuestiona en qué condiciones traerá la mujer al mundo a sus hijos y si ella y sus hijos estarán protegidos por la sociedad. Simplemente se pretende que la mujer dé a luz, sin garantías en la educación de sus hijos y sin que ella tenga, ni el más mínimo derecho, a determinar siquiera, el número de hijos que quiere traer al mundo (Reich, 1973 : 145-148).

Más tarde, Falange no tendría más remedio que sucumbir, lo que no impidió que una parte de sus miembros pasara a desempeñar puestos de poder durante la transición a la democracia, después de la muerte de Franco.

La sociedad continuaba caminando y los años iban pasando.

La agricultura ocupaba un lugar importantísimo dentro de la actividad española hasta la década de 1950 y fue en esa época cuando los asalariados del campo percibieron con claridad que una revolución o reforma agraria era muy difícil de conseguir y que su horizonte era poco esperanzador, por lo que una gran parte de los jóvenes optaron por emprender el éxodo rural. Así, se produjo un aumento importante del número de obreros del campo en la industria y en los servicios, quienes ocuparían los puestos del proletariado no calificado de las ciudades. La marcha se produciría en condiciones muy precarias, con unos salarios muy bajos y una supeditación total a la política del sindicato oficial. La ausencia de vínculos políticos e institucionales, que no sólo no desaprobaban la violencia estructural sino que la fomentaban, tuvo su repercusión en las clases más bajas y desfavorecidas, creándose grandes diferencias sociales.

En 1951 se produjo un cambio de Gobierno que significaría una modificación de política y una puerta abierta al exterior donde se dieron intercambios internacionales y un desarrollo industrial que aparecía como punto importante de la economía, con posibilidades de abastecimiento por parte de las industrias españolas de maquinaria y materias primas. La década de los cincuenta acortó distancia en la renta nacional que se producía con otros países europeos y el

mercado libre estaría en contraposición del autarquismo desarrollado en el período que siguió a la guerra.

Estos cambios políticos afectaron, también de forma significativa, al sector agrario que vio aumentada la superficie cultivada y consiguientemente, la producción, con lo que se produjo una recuperación respecto a los niveles alcanzados en 1935 de productos como, azúcar, huevos, aceite y trigo. Sin embargo, no cesarían los problemas. El nivel de consumo de la sociedad española era tan escaso, que la mayor demanda se produciría en alimentos, pero no así en productos manufacturados, lo que derivó en un exceso de oferta. Con el fin de fomentar el consumo para reactivar la economía, se procedió a incrementos salariales, que a su vez desencadenaron la inflación. Esta nueva crisis originó que se nombrara un nuevo Gobierno en 1957.

Por otra parte y a medida que los años pasaban y aunque hubo repetidos intentos de atentar contra Franco y un sector importante de la población apostaba por restaurar la monarquía en la figura de Juan de Borbón, cada vez se desvanecían más las esperanzas para conseguirlo. Un amplio sector de la población confiaba en que la caída del fascismo en 1945 llevaría también al fracaso del régimen franquista, pero fue la guerra fría y el acercamiento a Estados Unidos, permitiéndole la utilización del suelo español para operaciones estratégicas a cambio de ayudas económicas, lo que truncó esta perspectiva y levantó el telón de aislamiento con el que se había visto envuelto España.

Con el cambio de Gobierno de 1957 y el Plan de Estabilización de 1959, puesto en marcha por miembros del Opus Dei con el objetivo de salir de la autarquía, se iniciaría una nueva política económica en España. En Enero de 1958 España se asoció a la OCDE y después al Fondo Monetario Internacional y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Se aprobó una reforma fiscal que serviría para incrementar las aportaciones a Hacienda mediante impuestos indirectos, se concedió libertad de comercio a determinados productos y entrarían en juego los sindicatos en la negociación de convenios colectivos, procediéndose así a lo que sería un plan de liberalización. Con la liberalización económica se irían produciendo normas de regularización de

salarios y condiciones de trabajo por medio de convenios colectivos negociados dentro del sindicato oficial y con la participación de representantes obreros. De estos contactos y posteriores encuentros organizados, surgiría el sindicalismo clandestino que caracterizaría a los años cincuenta dentro de la lucha obrera.

En la década de los sesenta se aprecia la transformación de la estructura de clase; el fin de la agricultura tradicional; la ampliación industrial; la aportación de capital extranjero; importantes movimientos migratorios dentro del territorio español e intensa emigración fuera de las fronteras estatales; el incremento del sector servicios; así como la salida del autarquismo. Sería de 1960 a 1974 cuando se produce un ritmo de crecimiento y desarrollo intenso y sostenido, con dos momentos de recesión en 1967 y 1970.

El capital extranjero podía aportar hasta el 50 por ciento en una sociedad e incluso, aumentar su participación hasta el cien por cien, exceptuando en defensa, información y servicios públicos; se incrementó el comercio internacional, favoreciéndose las exportaciones y tendiéndose a limitar las importaciones, con objeto de equilibrar la balanza comercial y disminuyó la intervención pública. También los sufridores del paro en España pudieron trasladarse a Alemania, Francia o Suiza, donde se requería mano de obra para poder llevar a cabo la expansión que se estaba produciendo en Europa, lo que supuso no sólo la solución al problema, sino también una de las más importantes fuentes de divisas. Éstas y las que traerían los turistas durante esos años ayudarían, de forma significativa, a financiar el déficit comercial.

El éxodo rural, principalmente de 1960, significó un descenso de la mano de obra en la agricultura tradicional y un incremento de los salarios, lo que empujó a la aplicación de nueva tecnología de maquinaria, carburantes, abonos y fertilizantes; ello conllevaría una diversificación de cultivos y una presencia activa en el mercado. Estos cambios, con descenso intensivo de empleo de mano de obra y aumento de desarrollo tecnológico, marcarían la entrada a una agricultura moderna. Al mismo tiempo, los hábitos de consumo de los españoles también sufrirían variaciones en esta década, pasando de consumir

además de los habituales cereales, leguminosas y hortalizas, a incrementar de forma muy importante el consumo de carne, frutas, leche y huevos.

Los movimientos migratorios dentro del territorio español sirvieron también para satisfacer la mano de obra requerida por las zonas industrializadas y al mismo tiempo, para redistribuir la población, originándose el mayor desplazamiento desde zonas agrícolas como, por ejemplo, Andalucía, Extremadura, Castilla la Mancha, Castilla-León, Galicia o Murcia y cuyos puntos de destino serían Cataluña, Madrid, País Vasco y Comunidad Valenciana, con la matización especial respecto a las regiones de acogida, de que no siempre podían ofrecer unas buenas condiciones de vida a los recién llegados y de que la proliferación de chabolas era apreciable en la mayor parte de ellas.

El cansancio de la guerra todavía continuaba y los bajos salarios, el racionamiento, la persecución del nacionalismo en Euskadi y Cataluña, la continua represión y hostilidad hacían que la gente quisiera expresar y manifestar sus protestas. En 1953 se llevaría a cabo en Bilbao una huelga por parte de la fábrica Euskalduna y posteriormente, en 1956 se producirían huelgas generales en lugares como Pamplona, Barcelona y Valencia. En 1958 surgirían los primeros conflictos importantes en la minería asturiana. A pesar de la fuerte represión de los años cincuenta, las muestras de oposición política a la dictadura franquista hacían su aparición, tanto en sectores laborales, culturales como sociales, agrupando no sólo a personas, sino también a colectividades, en defensa y en lucha por la libertad sindical. A principios de los sesenta y con la legislación de los convenios colectivos, se procedería a las reivindicaciones y confrontaciones entre obreros, que volverían a formas de protesta como presión para conseguir unos convenios aceptables y empresarios. Aquí cabría hacer una diferenciación: Mientras que durante la República las huelgas más duras tuvieron lugar en la construcción y en la agricultura, en la década de los 60 y durante los primeros 70, las huelgas más fuertes se llevaron a cabo dentro del sector del metal; aunque el minero también tendría cotas de conflictividad importantes.

La actividad de las huelgas fue el renacer del movimiento obrero. El tratamiento de los términos de los contratos facilitó las asambleas obreras y la elección de jurados de empresas y enlaces sindicales para representar a los trabajadores en el sindicato oficial. Comisiones Obreras ostentaría un gran peso, debido quizá a su política de llevar representantes obreros al sindicato oficial, aglutinando a, desde miembros de las organizaciones especializadas de la Acción Católica, hasta militantes del clandestino Partido Comunista y desempeñaría un importante papel en las huelgas de 1962 en Asturias, Cataluña y el País Vasco. A pesar de la dura represión y la cultura del miedo a la que se vieron sometidos los dirigentes sindicales, años después habrían logrado construir una organización a nivel nacional. Comisiones Obreras que pronto estaría dirigida por afiliados del Partido Comunista y aun manteniendo cierto grado de pluralismo, sería el sindicato que gozaría de más peso dentro de la clase obrera. Aquí se ve claramente una diferencia con lo que ocurrió en la República, que los trabajadores que emigraban a las ciudades fueron organizados por la anarcosindicalista CNT.

Si con anterioridad a la guerra la clase media era muy reducida, sería durante el franquismo cuando su crecimiento y expansión se haría notar y principalmente, entre los años 1964 a 1970, descendiendo los grupos de trabajos relacionados con formas de capitalismo primitivo y aumentando los sectores relacionados con la gran empresa fabril o de servicios.

Aunque a partir de 1974 y hasta mediados de los ochenta la crisis fue importante, hoy en día podemos destacar, como punto sobresaliente, la diversificación fabril que se produjo en todas las regiones, aun manteniéndose algunas de las especializaciones de cada una. Esto no significó, sin embargo, que el peso en cada una de ellas ni los ingresos totales fueran los mismos (Juliá Díaz, 1996 : 183-209).

Particularidades de presión y represión en Euskadi.

La violencia simbólica siguió su penosa andadura en Euskadi. La idea de ir contra todo lo vasco, es decir, contra todo sentimiento de identidad, de componente afectivo con el que la gente se sentía identificada y de conciencia de grupo étnico, supuso una represión de su idioma, su cultura, sus ritos, su capital simbólico y su historia, sin que por ello el derecho a la diferencia y el sentimiento de pertenencia a una comunidad dada, desaparecieran. De esta manera, la sociedad oficial debió enfrentarse a un sector social poco convencido de la racionalidad del nuevo Estado, que no pudo poner sobre la mesa su discurso legitimador, que reproducía constantemente el estigma del individuo derrotado y lo materializaba en cada Estado de excepción, pero que a la vez, no conseguía una nacionalización. Analíticamente aparecía, por una parte, un bando vencedor, cuyo objetivo era instaurar una conciencia política nacional, eliminando todo tipo de sentimiento de pertenencia a la periferia y por otra, un bando derrotado, con una conciencia diferenciada y que se encontraba alejado de la sociedad oficial o, lo que es peor, en conflicto con ella (Gurruchaga, 1985 : 421). Pero, a pesar de lo dicho, la sociedad vasca tampoco era cultural e ideológicamente homogénea, por lo que la violencia ejercida no fue entendida ni interpretada de la misma manera por parte de todos.

De acuerdo con los testimonios obtenidos del historiador José Antonio Pérez, el franquismo fue un desencadenante muy importante para configurar un nuevo movimiento obrero y nuevos movimientos sociales:

El franquismo afectó de una manera determinante a los movimientos obreros, ya que una vez que se implantó el régimen se ilegalizaron tanto los sindicatos de clase como la huelga, que fue considerada como un delito prácticamente durante los primeros treinta años. Así, cualquier conflicto que pudiera surgir en una empresa, era un conflicto de orden público y por tanto, político y se actuaba en consecuencia. De esta manera y por lo menos hasta los primeros veinte años, la posibilidad de movilizarse era absolutamente residual. Hubo una primera huelga en la zona de la ría de Bilbao en 1947, respondiendo a la llamada del Gobierno de Euskadi en el exilio y de las organizaciones de clase CNT, UGT y ELA-STV y en la que los trabajadores tuvieron las de perder,

porque no consiguieron las mejoras en las condiciones de vida que pidieron; una huelga general en 1951 y una huelga en Euskalduna en el año 1953, pero todavía en esa época los trabajadores se encontraban sin líderes, ya que muchos de ellos habían sido fusilados y los que consiguieron salvar la vida se fueron al exilio. Habría que esperar, prácticamente a finales de los años cincuenta o principios de los sesenta, para que el movimiento obrero volviera a reconstruirse de la mano, sobre todo y es muy curiosa la confluencia, de personas que procedían, por un lado, del mundo comunista y por otro, del mundo católico. Las Comisiones Obreras, por ejemplo, eran el resultado de la convivencia de gente que venía de los grupos católicos, la HOAC Hermandad Obrera de Acción Católica, de la JOC Juventud Obrera Católica y del PC Partido Comunista.

Fue en el año cincuenta y seis, cuando el Partido Comunista llegó a la consideración de que había que luchar con otras armas, de que era el momento de encontrarse con otras personas que dentro del régimen de Franco no estaban contentas con la situación, con sectores con los que tradicionalmente habían estado enfrentados y la Iglesia podía ser uno de ellos; un mundo rabiosamente anticomunista, como eran los católicos de aquella época, pero con sensibilidad social, que creían que los salarios no podían ser tan bajos ni podían continuar sin derechos y que entendían las preocupaciones de la gente que había venido de fuera, pero que venía a quedarse.

Los comunistas no se presentaron como tales; no delataron su condición y comenzaron su estrategia de encontrarse en las fábricas para constituir las primeras comisiones y pasar del sindicato vertical, sin ninguna legitimidad y ajeno a los intereses de los trabajadores, a formar sus propios grupos, con la participación de católicos y comunistas y eligiendo, de entre los compañeros, al que mejor hablase, al que supiera expresarse, al que fuera más valiente y en definitiva, al que mejor les representara. Estas nuevas formaciones buscaron la manera de incidir, de mejorar sus condiciones de trabajo y de socavar las bases desde dentro, es decir, presentándose a las elecciones sindicales, no evidentemente como Comisiones Obreras, pero sí como trabajadores y ocupando el sindicato vertical en el año sesenta y seis. Por su parte, UGT, CNT

y ELA-STV, que habían preferido no formar parte del proyecto porque entendían que participar en la estructura del sindicato vertical era legitimarla y siguieron manteniendo los sindicatos históricos, se sintieron sorprendidos por el tremendo éxito conseguido con la estrategia. En el año sesenta y dos hubo una huelga muy importante y más tarde se produjo la de Bandas. Pero, la represión del franquismo no flaqueaba y en un momento determinado en el que fue descubierta la identidad de sus miembros, la respuesta no se hizo esperar: los echaron a todos, los desposeyeron, los desterraron, los torturaron y hubo condenas de dos, tres o cuatro años de cárcel.

Dentro de este movimiento obrero existieron diferencias en Bizkaia, Gipuzkoa y Araba, relacionadas con la época de su formación y que afectaron, tanto a su configuración como a su actuación. En Bizkaia, por el propio modelo de industrialización, por las grandes empresas, como Altos Hornos, la Naval..., o por la ría y dado que había sido la primera provincia que se había industrializado, ya a finales del siglo diecinueve y que mantenía esa tradición, el movimiento obrero se organizó en una época mucho más temprana que, por ejemplo, en Gipuzkoa, que estaba localizada en valles muy intrincados, con empresas más pequeñas y con un nivel estructural diferente, aunque también las Comisiones Obreras fueron las más potentes. En Araba, la industrialización se produjo en una época mucho más tardía, prácticamente hasta finales de los años sesenta y principio de los setenta del siglo veinte, no hubo una gran industria y eso, curiosamente, dio lugar a que existiera en su formación, un movimiento obrero que no tuvo líderes de organizaciones históricas.

Llegado a este punto, nos viene el recuerdo doloroso del suceso acaecido en Vitoria el año setenta y seis, pocos meses después de la muerte de Franco y vinculado con una jornada de huelga general que fue masivamente secundada, el día 3 de marzo. Los trabajadores, en gran medida, formaban un movimiento desordenado, que no estaba dirigido por las grandes organizaciones como, Comisiones, UGT o ELA, sino que se nutría de gente joven, con poca experiencia, pero muy radical, que convocaba asambleas multitudinarias, pero sin una organización que lo respaldara y que terminó derivando en un

movimiento muy duro, que paró la ciudad, prácticamente durante tres meses y que acabó con el lamentable saldo de cinco personas muertas.

Al igual que ocurrió en los movimientos obreros, la influencia en los movimientos sociales fue muy parecida. Por ejemplo, en el año sesenta y cuatro se promulgó la Ley de Asociaciones, una ley muy limitada que permitió que existieran asociaciones de cabezas de familia. Estas asociaciones, que eran de los barrios, dieron lugar a que se formaran en muy poco tiempo asociaciones de vecinos que comenzaron a surgir al calor y amparados por esa nueva ley; vecinos de barrios con tremendos problemas, como era el caso de gente que vivía en Rekalde, en Uribarri o en Arangoiti, barrios que formaban parte de Bilbao, pero que estaban situados en las laderas y que comenzaron a exponer sus inquietudes y necesidades básicas, como la creación de una escuela, de un ambulatorio, la colocación de semáforos... Estas asociaciones se fueron fraguando a finales de los años sesenta, siendo la más importante y probablemente la primera del Estado español, la de Rekaldeberri y su efecto fue tremendo. Esta actividad les enfrentaba continuamente con las instituciones municipales y la presión que ejercieron en el año setenta y cinco fue tal, que lograron la dimisión de la alcaldesa de Bilbao, Pilar Careaga.

Por lo que respecta al movimiento ciudadano, también su aparición más temprana se produjo en Bizkaia y sobre todo en Bilbao, con especial relevancia en los barrios de Uribarri, Arangoiti y Rekalde, donde algunos estudios efectuados por los movimientos sociales iban evaluando cómo se producía la degradación de los mismos y en puntos como Erandio, Sestao y la margen izquierda en general. Le siguió Gipuzkoa y después Araba.

Concretamente, la construcción de la Solución Sur tuvo un impacto tremendo sobre el barrio de Rekalde, donde existían dos semáforos, doscientas y pico empresas y un paso continuo de camiones. Como consecuencia de todo ello, en diciembre del año setenta, se produjo el atropello y fallecimiento de una niña; una muerte claramente anunciada, ya que llevaban pidiendo la instalación de semáforos durante años. Se montó una batalla campal, donde la policía fue agredida por los vecinos y se vivieron momentos muy duros, porque la gente

sentía que sus demandas no habían sido satisfechas. Exigían ser ciudadanos de pleno derecho y para las organizaciones y gente de izquierda, el discurso era claro: “Les decían que el sistema proporcionaba riqueza y beneficio para todos, pero no era cierto, porque el sistema estaba viciado de principios”. Por ejemplo, no permitía que un hombre fuera un voto, o una mujer un voto; había una representación a través de dos tercios, el tercio sindical, el tercio familiar, etc. Eso no era una democracia y comenzó a calar en la gente, en el movimiento obrero, incluso en gente que no era de partidos, pero sí consciente de la falta de libertad que se vivía y que se hacía evidente, como cuando salían a una huelga y eran agredidos. Esta necesidad de cambio tuvo una importancia decisiva en la propia politización del movimiento obrero.

Dentro de aquellas asociaciones que crearon un movimiento de ciudadanía muy potente se encontraban, sobre todo, personas de izquierda y principalmente, del Partido Comunista, que conectaban con la gente y tomaban conciencia de sus necesidades. No formó parte el Partido Nacionalista ni hubo prácticamente, grupos abertzales, que llegaron con posterioridad, al igual que otros movimientos como, por ejemplo, el ecologista, que en esa época estaba en mantillas o el movimiento de la mujer, en el que todavía se habían dado muy poquitos pasos.

A partir del año setenta y nueve, estos movimientos se desactivan al producirse las primeras elecciones municipales. Por una parte, los partidos políticos ofrecían una salida democrática para que la gente de los barrios participara en las instituciones y por otra, necesitaban cuadros, personas metidas en esos movimientos sociales que habían estado habituadas a escribir cartas a la alcaldesa, a reunirse con un ministro, a pelear los temas y que supieran moverse dentro de la política y muchas de las cuales pasarían luego a ser líderes de los municipios y de los ayuntamientos democráticos³.

El nacimiento de ETA.

³ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

Durante los años sesenta y mientras la idea de mantenimiento de la unidad nacional seguía su curso y la represión no cesaba, algunos sectores de la población vasca manifestaron su clara oposición a tal situación; el espíritu del nacionalismo de final de la guerra resurgió con fuerza y otros actores, ETA, aparecieron en escena, emergiendo, así, nuevas acciones, reacciones y contradicciones. Hubo muchas confrontaciones y discrepancias incluso dentro de los propios nacionalistas y aún más, entre la población en general. Las posturas a favor y en contra se sucedieron y ETA encontró importantes trabas internas de resistencia para su nacimiento, pero su base de movilización fue grande y el conflicto no resuelto acabó con otro nuevo conflicto y con personas que intercambiaron papeles en el tiempo, pasando de ejecutores a sufridores.

En cualquier caso y tomando como punto de partida que los niveles de satisfacción no fueron cubiertos, aunque posiblemente habría que buscar más factores que los señalados, en los años sesenta se inició una etapa dura en el País Vasco, con nuevas expresiones políticas y sociales por parte de ETA, que produjeron un clima de confrontación en la sociedad. Su objetivo era que el pueblo tomara conciencia de su identidad y que se identificara afectiva y simbólicamente; que se solidarizara con su acción y que no se viera ésta como producto de una estrategia política, sino como la unión de los intereses del pueblo en contraposición a la violencia del Estado. Por eso, no fue extraño que para muchos vascos la organización representase la respuesta a la situación sociopolítica de Euskadi que no podía expresarse públicamente. Juan Aranzadi (2004 : 505) argumenta que “desde comienzos de los años 70 hasta finales de los 80, una gran parte de la Comunidad Nacionalista regenerada por ETA ha vivido la violencia etarra como un hecho quasinatural”.

Josu Bilbao Kos⁴ argumentando sobre su integración en ETA, afirma: “entré, muy curioso, por cultura urbana, porque prácticamente no había oído hablar nada de euskera en mi vida”. Así, la represión y la injusticia fueron los desencadenantes que hicieron que sus inquietudes florecieran y le llevaran,

⁴ Nació en Bilbao, el 31 de agosto de 1944.

con dieciocho, diecinueve y veinte años, a plantearse algunas cuestiones, inadvertidas hasta entonces.

Concretamente, todo comenzó cuando empezó a formar parte en grupos de montaña y tuvo contacto con otra gente que le hizo descubrir otro horizonte y le llevó a la siguiente reflexión: “Si mi madre y mis abuelos hablan este idioma, ¿por qué yo no he aprendido? o ¿cómo no voy a poder decir yo que soy vasco o hablar en euskera, si me dan una manta de hostias los civiles? ¿Qué pasa? Yo llevaba trabajando en la Caja cuatro años, era un currito y todavía no tenía conciencia de clase, cuando vas viendo otro mundo y una situación muy represiva contra la que te rebelas. Entonces, vas cogiendo conciencia de una situación política, que es totalmente injusta y pasas a la situación de que, automáticamente, crees que es una dictadura, con todo lo que trae esa dictadura. Viví una huelga general y me asustó una burrada ver a las cuatro de la mañana, a miles de policías, aquellos grises con el fusil en la mano. Pero, ¿esto qué es? Pues, en la conciencia que vas adquiriendo poco a poco, te va enseñando la vida que hay cosas que chirrían por todas partes”.

En el momento, tanto de su integración como de su detención, ETA era “un movimiento nacionalista. Teóricamente, practicábamos la lucha armada, pero muy poca; había habido dos muertos: el guardia civil que mató Etxebarrieta y que al día siguiente le mataron a él y luego, ya, la ejecución de un asesino, no tenía otro nombre, Melitón Manzanaz; un asesino nato y torturador. A partir de ahí, la represión fue un Estado de excepción en Gipuzkoa”.

Respecto a la lucha armada, confiesa: “yo no he visto una pistola en mi vida; no teníamos armas; bueno, ni dinero; no había nada de nada. Eso sí, para sacar dinero, se hacían atracos”. En los atracos y a pesar de que en algún momento la situación de nervios fue inevitable, para que la gente estuviera tranquila, se decía: “somos ETA, venimos a atracar y punto y la gente, automáticamente, sabía que su vida no corría peligro”. Menciona, de forma concreta, el caso de un compañero de trabajo al que le hicieron un atraco especial. “Le raptaron en casa; fue un comando, sí. Les llevaron juguetes a los críos, estuvieron jugando con ellos y hablando en euskera y ellos encantados. Todas esas cosas se

medían una burrada. Por eso, luego, con el transcurso del tiempo, los coches bombas y demás, lo que se llama el daño colateral de cualquier acción, yo no lo acepté, jamás”. Establece una distinción entre las muertes:

“Las muertes...., era una guerra, era una guerra y las muertes...; hombre, en una época sí las justificaba. Una cosa es que tú te enfrentes militarmente al que sea y puedes estar de acuerdo o no con la lucha armada, pero, bueno, es una pelea vamos a llamarla limpia y otra cosa es que bombardees. Totalmente en contra de la lucha armada estoy a partir de los años setenta; concretamente, desde el juicio de Burgos. Nosotros, los que estábamos en la cárcel en aquel momento, renunciamos a la lucha armada; sabíamos que habiendo un movimiento tan potentísimo como había, sobre todo en Euskadi y que ETA ya empezaba a caer, la lucha armada ya no era necesaria para nada. Teníamos un apoyo bestial; ahora también, pero entonces era superior, porque la consideración del militante de ETA de hace todavía veinte años, era popularmente la de héroe. Ahora, esa historia de héroe queda solamente para la gente del mundo de HB; para los demás, ya se ha perdido”.

Otra connotación muy diferente tiene para él las muertes indiscriminadas: “Si yo le pego un tiro a alguien, nadie va a sufrir, excepto él; pero, si yo pongo una bomba y vive ahí, es muy fácil que esa bomba le mate a él, pero que también repercuta en gente que está alrededor. Eso es una burrada. A la gente de ETA activa, jamás nos ha parecido bien el atentado indiscriminado que, muy curiosamente, ha sido a partir de los años ochenta y pico”. Como ejemplo, menciona el hecho perpetrado contra el Cuartel de la Guardia Civil de Zaragoza: “Si pasas por algún cuartel y estás en guerra con la Guardia Civil y matas guardias civiles, que son militares profesionales, es tu guerra; pero, claro, si ellos están con mujeres y niños, va a ver niños y mujeres muertas, que no tienen nada que ver con la guerra. El daño colateral es una historia que siempre hay que evitarla”.

Dentro de la organización, su función consistía en “buscar en los pueblos gente que tuviera, más o menos, conciencia nacional y, muy curiosamente, ya encontraba los primeros chavales jóvenes con conciencia de clase y demás,

que habían participado en luchas obreras, que se machacaban a lo bestia y que, tras la reflexión, habían visto que existía otro mundo, ETA". Es decir, su tarea era, el reclutamiento, la propaganda y la formación de los grupos.

Con respecto a su detención, se llevó a cabo en Bilbao y tras haberse asegurado de que estaba en su lugar de trabajo: "A las dos menos veinte, le atendí a un tío que vino a por cambios y da la casualidad de que retengo mucho, de que soy muy buen fisionomista". Más tarde, en la calle y al acercarse a su coche, "me trincaron y me metieron a un portal, hasta que vino el tío al que le había dado cambios y dijo: "sí, es él"⁵.

Bajo su punta de vista, su encarcelamiento sólo lo entiende comprensible si se tiene en cuenta lo que significaba "como guerra contra el franquismo; claro, era el enemigo; había una dictadura y el enemigo quema y hay que matarlo o como mínimo, reducirlo. Una dictadura no admite absolutamente ningún tipo de respuesta contra ella y los criterios que usamos no valen; no podemos medir con criterios actuales. Aunque sea, esencialmente, por echar una octavilla, porque el cura desde el púlpito reclame más libertad, por protestar, por hacer una huelga de hambre, por pedir que se quite el Estado de excepción..., por la chorrada que quieras, todo es ser enemigo y, por tanto, todo se reprime. Yo he estado en la cárcel con cientos de obreros que los metieron por estar en huelga; o sea, fíjate a qué extremo llegó. ¿Te acuerdas de la huelga de Bandas? Pues, cantidad de gente que fue a la cárcel eran cristianos de base; la mayoría de la HOAC y de Comisiones Obreras y eran los que llevaban la huelga en aquellos momentos. Yo tuve la suerte de darme cuenta de lo que era la dictadura a los dieciocho años, pero, normalmente, hasta que el franquismo no estaba muriendo, la gente no se empezó a percatar de lo que era y de la represión que suponía".

Josu permaneció en la cárcel siete años y dos meses -concretamente, dos mil seiscientos diez días-, por su pertenencia a ETA y contó con tres consejos de

⁵ "Yo le dije: ¿Vd. ha estado antes pidiéndome cambios de mil pesetas? El hijo puta, me dice: "te fijas mucho, cabrón".

guerra. “Me detuvieron el 17 de enero del 69, San Antón, en pleno Estado de excepción de Gipuzkoa, tras la muerte de Melitón Manzanas. Yo llevaba ya militando cinco años en ETA y me trincaron a mí sólo; luego me pusieron en el juicio con Txomin Ziluaga, que también le pillaron solo. No teníamos que ver nada uno con otro y nos metieron en un consejo de guerra sumarísimo a los dos juntos”. Salió de la cárcel de Segovia, el 10 de marzo del 76.

Inicialmente le llevaron a Gipuzkoa y tras permanecer varios días en Donostia, volvió a Bilbao. Le aplicaron un consejo de guerra y una condena de treinta años, que le fue reducida en consideración a tres indultos de Franco. “Luego, me hicieron dos procesos más por injurias al Ejército. Te juegas el tipo de cualquier manera -se sonríe-, o sea que, mejor morir de pie que morir de rodillas”. Del mundo penitenciario conserva la experiencia de diversos centros. “Empecé en Basauri; fui a Burgos; de Burgos a Soria; de Soria otra vez a Burgos; de Burgos otra vez a Soria; de Soria a Jaén; de Jaén a Segovia; de Segovia a Madrid; de Madrid a Segovia; al Hospital Penitenciario y otra vez a Segovia y salí de allí”. En algunas cárceles, como Basauri o Burgos, coincidieron presos comunes y políticos y compartieron patios, cine..., aunque nunca estuvieron mezclados en las celdas y en el resto, solamente se encontraban presos políticos, excepto en Madrid, “que no estuve en la de políticos porque estaba de paso, pero me tiré cuatro meses”. Del lugar físico, del contacto en el día a día con los compañeros y del que luego ha quedado, éstos son algunos de los testimonios recogidos:

“La cárcel es una nevera infame en la que te matan de hambre, de represión, de frío, o sea, de todo lo que quieras”. Como contrapartida, “lo que te da es sensación de compañerismo, de solidaridad y de todas esas cuestiones. Además, tuve la oportunidad, que no la tiene nadie, de leerme igual cuatrocientos libros de todo tipo. Prácticamente, el ochenta por ciento de los que estábamos en la cárcel éramos ETA en sus distintas ramas: ETA político-militar, ETA militar y ETA VI. Yo, concretamente, era de LKI ETA VI. Luego, el otro sector que había era, solamente PC y Comisiones Obreras y algún artista perdido por ahí. No había ni PNV ni SOE ni nada”.

Entre compañeros “discutíamos muchísimo; igual tres o cuatro horas todos los días, sobre la situación exterior, sobre cuestiones políticas..., pero claro, la economía y la sociología, quieras o no, van incluidas en la política”. Destaca la amplitud de conocimientos adquiridos a través de la lectura, lo que les proporcionó un nivel cultural medio muy superior a la media, incluso a la de un universitario, “que ya está encajonado en lo que se llama una enseñanza concreta y allí, tocábamos absolutamente de todo”.

Respecto a la huella que quedó de aquel período y del contacto con los prisioneros, éste es su testimonio: “¡Jo!, yo tengo amigos...; esos amigos han seguido estando toda la vida, porque lo que une mucho a la gente es el sufrimiento y allí estuvimos a todas: desde hacer múltiples agujeros para salir, hasta múltiples huelgas de hambre, a plantes de todo tipo y demás. Con media docena estoy, prácticamente todas las semanas y luego soy miembro de Goldatu y estoy con otro porcentaje importante de gente. Además y concretamente los de la fuga de Segovia, hacemos una comida todos los años, el sábado más cercano al veinte de noviembre, a la muerte de Franco y nos juntamos entre cuarenta y sesenta”.

De su estancia en la cárcel hubo dos situaciones que, bien por su repercusión o por su impacto, le quedaron bien grabadas en su memoria: Una, la que él considera la mejor, fue “la muerte de Franco. Teníamos enfrente el cuartel de artillería y a las siete de la mañana oímos, veintiún salvas creo que eran y dijimos: “¡Ha palmado!”; llevábamos ya cincuenta días esperando a que se muriera y ¡jo!, cuando abrieron a las ocho las puertas de las celdas, todos de estampida; ni desayunar ni nada; a enchufar la televisión y todos sentados como gilipollas -se ríe-, hasta que, de repente, salió Arias Navarro: “españoles, Franco ha muerto”. ¡Bien! Desayunamos con vino; sin café ni nada para comer, pero con vino, para celebrarlo”. La otra, la que hace referencia al intento de fuga de la cárcel de Segovia, en el año 1975 y que él la menciona como la peor situación, “cuando nos pillaron el agujero; fue muy duro porque, encima, a todos los de condenas amplias les mandaron fuera, de dos en dos, a cárceles siniestras. Entonces, nos declaramos en huelga de hambre y nos metieron a todos en celdas de castigo”.

Durante su permanencia en la cárcel, sus planteamientos variaron: Por una parte, “seguí manteniendo unos criterios de nacionalista vasco, pero con criterios de clase trabajadora. Para mí, donde hay explotación, por muy vascos que sean, es que hemos cambiado de amo, sencillamente; o sea, sólo es un amo más casero”. Por otra, “respecto a la lucha armada. A partir del juicio de Burgos tuvimos una evolución muy potente; salió de la carta y de la nota que sacamos cuando las penas de muerte, firmada por diecisiete, que éramos los que estábamos allí con ETA VI, en contra de la lucha armada que había en aquellos momentos, en que se había raptado al cónsul como rehén para presionar a Alemania y lo que necesitábamos era, a toda esa masa que estaba en la calle, dirigirla y sacarla”.

Una vez alcanzada la libertad, no sólo no tuvo ningún problema para integrarse en la vida normal, sino que la sensación de sentirse líder se hacía manifiesta: “Salías por la puerta grande, no; grandísima; era tal el pil-pil que había en la calle... Donde ibas te daba besos y abrazos todo hijo de vecino; recibimientos... y yo, porque salí solo, pero a los que salían varios a la vez, miles de personas iban a buscarles a la estación del Norte; la policía cargando...; era una situación en la que eras alguien”. Tampoco tuvo ningún impedimento para volver a reincorporarse en la entidad donde trabajaba antes de su detención: “Fíjate, en la Caja, en el Consejo de Administración estaban los más fachas del mundo y al de poco de salir, fui a estar con Barbier para pedirle la readmisión. Que aquello también fue... En siete años y medio, jamás había usado zapatos y en aquella ocasión fui con zapatos y volví descalzo a casa -se sonríe-, es decir, con ellos en la mano, porque tenía unas rozaduras enormes. De allí a muy poco tiempo, aceptaron mi readmisión y posteriormente, cuando llegó la amnistía, pedí la antigüedad y me la reconocieron”. La bienvenida por parte de sus compañeros, se refleja en sus palabras: “No te digo más que, la entrada en la Caja fue apoteósica”.

Inmediatamente a su incorporación y dado que “las Comisiones ya estaban en funcionamiento, un mogollón de gente montamos una estructura en la Caja; echamos propaganda por todas las esquinas, tanto sindical como relacionada

con la represión en la calle, con la lucha por las libertades...; entraba de todo. En un primer momento, Comisiones era lo que nosotros representábamos; luego, ha ido más a la derecha, por decirlo de una forma reivindicativa y ahí ya, en esa última fase, estaba totalmente en desacuerdo”.

Considera que la labor sindical es una labor social. “Entonces, si yo hubiera estado en una empresa donde la inmensa mayoría fuera ELA, pues, seguramente hubiera estado y trabajado sindicalmente en ELA y luego me hubiera tragado muchos sapos, como me he tragado por estar en Comisiones; pero, también me los hubiera tragado en LAB, con el que tengo más sintonía en muchas cosas. Pero, bueno, esas cosas te pasan en cualquier movimiento social”.

Como reflexión a los objetivos que perseguían, considera que no se han cumplido porque, “se suele decir que el estatuto de autonomía es un avance y lo es, no hay ninguna duda, pero nosotros queríamos la independencia y punto. La transición no ha existido; ha sido, seguir manteniendo con otra cara el modelo de Estado antiguo franquista; o sea, las fuerzas de la derecha pura y dura y el Ejército y la poli continuaron y mantuvieron sus espacios intocables”. Aun así, no quiere pasar por alto el movimiento que se vivía en la calle durante aquellos años. “En la transición, todo el período que va prácticamente hasta el ochenta por ahí, fue una maravilla. Fíjate, yo salía en marzo; pues el 27 de setiembre, día del gudari y tras los últimos asesinatos de Franco, de Txiki, Otaegi y los tres del FRAP, se pidió permiso para la primera manifestación legal que se hacía en Euskadi y fue acojonante; aquello era... ¿qué habría?, ¿sesenta mil personas?, ¿cincuenta mil?; sólo se había visto en los partidos del Athletic todo ese gentío; miles y miles de personas por todas partes”.

Hoy en día sigue posicionándose a favor de la independencia, “sobre todo viendo que con los Gobiernos que hay en España... Yo hubiera firmado tranquilamente en los años setenta, un Estado confederal con España. Actualmente, cada vez soy más independentista viendo que siguen con los mismos criterios militares; es que los dos sistemas españoles que provienen del franquismo, que son el PP y el SOE, ninguno entiende que tú eres

diferente; qué cosa más sencilla es decir, “bueno, vale, sois diferentes, pero vamos todos juntos”; pues no, “hay que españolizar Cataluña”. España no existe; España es Madrid y ahí irradia una mentalidad semifascista que hace que nadie entienda que tú seas otra cosa”.

Menciona un debate en televisión, en el que se decía: “si los catalanes quieren ser independientes, no tienen que ser ellos los que opinen, sino los cuarenta y seis millones de españoles” y hace su propia reflexión: “Pues, claro que estamos metidos dentro de un Estado, pero empieza preguntando si se hizo y se entró voluntariamente en el Estado español y además, la transición fue un acuerdo con los militares encima, con los que estábamos totalmente en contra. En Euskadi, por cierto, no salió aprobada la Constitución y dices, el respeto a los pueblos es pensamiento entre los pueblos, es la garantía de que puedas vivir juntos; es como el matrimonio y éstas son cosas... Yo estoy mucho en Andalucía y lo que me ha costado que entienda la gente con la que ando, que somos diferentes; que no quiere decir, ni mejores ni peores; pues..., otra cosa. ¿Los chinos son diferentes? y yo no; yo tengo que ser como tú porque lo manda una ley; es... -se sonríe-. No me arrepiento de nada”. Afirma, enfatizando con fuerza, que se siente “orgullosísimo” no sólo de su pertenencia a ETA, sino de haberse enfrentado a la situación, en aquellos momentos en los que eran poquísimos, “sin nada de apoyo y sí con voluntad pura y dura, como eran todos los movimientos que había”. Se siente totalmente complacido con que ETA haya dejado las armas, aunque cree que “lo ha hecho con siete u ocho años de retraso”⁶.

José Ramón Scheifler⁷ argumenta que “cuando el problema es el Estado, la solución no puede ser la reforma de la Constitución, sin más, sin repensar siquiera el constituirse de tal Estado”, ya que ello significaría pasar de puntillas sobre el tema y la nueva Constitución seguiría siendo fruto de ese Estado y de su conflictividad, aunque el mismo se autodenomine “democrático y de derecho”. Menciona la forma en la que acabaron de constituirse una parte de

⁶ Entrevista realizada en Bilbao, el 4 de enero de 2013. Para llevar a cabo esta entrevista se ha elaborado el cuestionario número 6.

⁷ Profesor emérito de la Universidad de Deusto.

los actuales Estados europeos donde “el pueblo llano” y “sus territorios originales e históricos” fueron cedidos, divididos, convertidos en otros países... y sin que en “más de cuatrocientos años”, se haya tenido en cuenta al “pueblo soberano” ni se atisbara un resquicio “de sentido democrático y de consulta a la voluntad popular” dando, no pocas veces como resultado, un Estado cuyos componentes, diferentes entre sí, se sintieran adheridos por imposición, pero no unificados “ni política ni culturalmente ni con la misma auténtica e intrínseca identidad nacional” y expone datos concretos sobre lo que ocurrió en Catalunya y Navarra. La tesis que plantea y defiende es que los “Estados constituidos con notables, originales y originarias deficiencias democráticas, más aún si con ello se mezclan etnias, culturas, intereses y fines distintos, no se hacen verdadera y realmente democráticos sin subsanar lo antes posible dichas deficiencias de raíz”, por lo que se posiciona, en base a la libertad que tienen sus miembros a no ser que quieran verse abocados y condenados al conflicto, a favor de poder elegir y decidir sobre su futuro y como consecuencia de ello, a permanecer dentro del mismo Estado, en las diferentes vertientes posibles, o a integrarse en un Estado independiente (Scheifler, abril 21, 2014 : p. 2).

Los movimientos sociales como generadores de cambio.

Generalmente, para introducir innovaciones estructurales, los movimientos sociales han de debilitar o destruir las estructuras existentes. Las estructuras sociales no constriñen a la gente de una manera directa e inmediata, sino cuando la gente las reconoce y las define como obstáculos, es decir, antes de que las oportunidades democráticas puedan ser verdaderamente utilizadas, han de ser reconocidas como tales oportunidades. Por ejemplo, la gente puede ser explotada durante siglos y rebelarse sólo cuando nace la ideología igualitaria de los derechos humanos, de la libertad, de la justicia. Entonces, los bloqueos estructurales, las barreras, los obstáculos provocan reacciones.

Los movimientos sociales surgen en un momento determinado y dentro de condiciones históricamente específicas, se desarrollan, pasan a través de etapas diferenciadas, decaen y llegan a su fin, produciéndose constantes

cambios en su recorrido. La primera fase de reclutamiento implica a las personas que se suman por convicción, a las más afectadas por las condiciones contra las que se manifiesta el movimiento, aquéllas que poseen una mayor sensibilidad hacia los problemas centrales del movimiento y que están más comprometidas. A medida que el movimiento va cosechando éxitos, se produce la segunda fase de reclutamiento donde, a menudo, la gente se une más por conveniencia que por convicción, buscando con la participación colectiva la obtención de beneficios. La fase de terminación de estos movimientos se produce, o bien cuando el movimiento vence y por lo tanto ha cumplido el objetivo para el que fue creado y se desmoviliza y se disuelve o bien cuando el movimiento agota su potencial de entusiasmo, va decayendo gradualmente sin conseguir la victoria y finalmente, es suprimido o derrotado.

Juanjo San Sebastián Arroyo⁸ militaba en ETA VI Asamblea desde el año 71 ó 72 y su ámbito de militancia era el sindical. Recuerda aquellos tiempos como una época de generosidad, de compartir, de colectividad; era una época de esperanza, de muchos cambios e inicialmente a él como a tantísimos más, el desencadenante o la inquietud que le movió a integrarse en la organización fue, sobre todo, la rebelión contra la injusticia y la búsqueda de la libertad⁹.

Anteriormente había sido nacionalista, tocaba el txistu y bailaba en el Dindirri, “pero, desde luego, el nacionalismo era un sentimiento que yo dejé de tener muy pronto. Prácticamente a la vez, dejé de ser nacionalista y dejé de ser católico; me volví marxista -en su rostro aparece una sonrisa- y empecé a militar en la organización que pillé entonces. Podía haber sido cualquier otra, lo que pasa que le tuve bastante cerca y ETA era una referencia en la época, era una referencia en Euskadi, era uno de los principales símbolos de resistencia antifranquista y, no sé, la gente que yo conocía del entorno de ETA, pues,

⁸ Nació en Bilbao, el 23 de abril de 1955.

⁹ “La ETA aquella no tenía nada que ver con la que luego fue ni con la que antes había sido”. En el año 70 se produce la VI Asamblea. En la que se denominaba V se quedaron “los milis” y los que se posicionaron en la VI Asamblea, que en el momento de la escisión eran mayoritarios desde el punto de vista de la militancia, se decantaron por posiciones más marxistas, todavía sin definir dentro de las diferentes corrientes que había dentro del marxismo. “Nosotros estábamos indefinidos en aquella historia, pero sí estábamos con una ruptura clara con el nacionalismo y sobre todo, con todo lo que tuviese que ver con la lucha armada, con terrorismo; pero manteníamos como resquicio de tema armado, atracos para financiación”.

coincidió que era más marxista que nacionalista. Yo creo que en la vida te condiciona muchísimo el azar; luego te afirmas, igual, en tus convicciones, pero la verdad es que no sé qué hubiese pasado, si en vez de tener amigos más marxistas, hubiese tenido amigos más nacionalistas”.

Aun así, cree que no le hubiera costado nada integrarse en ETA porque -se ríe- “lo de la aventura de la lucha armada...; no he sido nunca cruel y no creo que hubiese matado nunca a nadie, pero sí que me gustaba; también tenía que ver con la aventura. No me refiero que sólo era aventura el tema de hacer atracos, sino que aventura era cualquier cosa que te pusiera en peligro y entre ese componente de búsqueda de aventura, de conciencia política y de deseo de libertad, que yo creo que eso sí que era compartido absolutamente por todo el espectro político, excepto por los fascistas y a que éramos una generación un poco generosa; gente que se mojaba; que ponía en peligro su vida o su libertad por causas que tenían sentido...”. Al mismo tiempo, hace una reflexión sobre la época y añade: “También teníamos muchas cosas malas. Yo recuerdo ahora, que éramos como muy dogmáticos; muy ilusos... Pero, siempre digo que, dentro de lo ilusos que fuimos y de lo inmaduros que éramos, actuamos como creíamos que teníamos que actuar. Fuimos valientes; fuimos generosos; aprendimos mucho”.

En el año 1974, en uno de los atracos fueron detenidos unos compañeros “y yo y otro, les ayudamos a escapar. Una historia bastante rocambolesca; una amiga que se escapó esposada del cuartel de la Guardia Civil de La Salve...”. A raíz del suceso, decidió marcharse de Bilbao y estuvo dos años y medio en clandestinidad¹⁰. El haber escapado le supuso, entre otras cosas, pasar de ocupar un buen puesto de trabajo en la Caja de Ahorros Vizcaína a trabajar en la construcción con pico y pala; cobrar la mitad del sueldo y tratar con obreros de verdad y añade la siguiente opinión sobre aquella época: “Yo pensaba que en la Caja la gente no quería hacer la revolución, porque vivía muy bien, pero

¹⁰ A pesar de que no tenían muy claro su grado de implicación, fueron a buscarle tanto a casa como a su lugar de trabajo. De ahí no salió procesado porque, en aquella época era muy normal que alguien saliera corriendo, que la policía supiera, más o menos, los motivos por los que lo hacía y que el individuo no conociera, con exactitud, lo que sabía la policía, por lo que, no siempre se procesaba, sino en función de las pruebas.

que los obreros estaban deseando hacerla. Trabajé en dos fábricas y creo que el único que quería hacer la revolución en esas dos fábricas, era yo". De eso se dio cuenta bastante pronto pero, quizá la carga dogmática que todavía llevaba era tan fuerte, que siguió con su elección de trabajo.

Se dirigió a Gipuzkoa y estuvo trabajando un año largo en clandestinidad, pero haciendo la vida de un trabajador normal, en una fábrica de Usurbil y viviendo en Hernani. En el año 1975, cuando detuvieron a Garmendia, a Otaegi y a algunos de los que luego fusilaron, declararon Estado de excepción; "hicieron una redada en el pueblo y me identificaron y volví a salir corriendo de Hernani a Vitoria". Allí trabajó en una fábrica y durante la huelga general y los sucesos del 3 de marzo del 76, en los que cinco obreros murieron a balazos por la policía y hubo numerosos heridos, "fue una cosa atroz, entonces me procesaron por sedición y tuve la suerte de que tampoco me pillaran". A pesar de los muchos momentos de tensión vividos, en manifestaciones, en alguna escapada -se sonríe- "a veces, a puñetazo limpio con algún policía", ésa fue la jornada más dramática que recuerda: "fue espantoso". También por aquella misma época, la amnistía parecía cercana "y decidí entregarme porque me tocaba ir a la mili y tenía miedo de que me aplicaran la amnistía a lo que tenía, o sea, tanto al tema de sedición como a las anteriores escapadas que tenía pendientes desde Bilbao y desde Hernani y que no me amnistiaron por ser prófugo en la mili. Entonces, planteé en la organización entregarme y bueno, lo hice así".

Se dirigió al Juzgado, al Tribunal de Orden Público, en la Sala número 1. "Rafael Gómez Chaparro era el juez; me acuerdo perfectamente de él. Me tomó declaración y yo le dije que no sabía nada, que yo no era dirigente, pues lo que se hacía en aquella época, que sólo era un mandado por la asamblea de la fábrica. Si me escuchó, no me creyó nada, lógicamente -esboza una sonrisa- y me mandó a la cárcel. Estuve acusado de sedición, que era un delito penal con prisión mayor, entre 6 y 10-12 años, aunque cambió muy poco después el código penal". Salió una tarde, después de permanecer un mes en la cárcel de Carabanchel y tras producirse la amnistía, que llegó antes de lo que él esperaba. Durmieron en Madrid y al día siguiente cogieron el talgo; "era la primera vez que yo cogía el talgo, porque entonces era un tren de lujo y

llegamos a Vitoria, en plenas fiestas. Allí nos hicieron un recibimiento enorme, que al final acabó disuelto por la policía; bueno, lo que pasaba entonces". Aquel recibimiento en la estación del tren de Vitoria, lo guarda como uno de los mejores recuerdos de la época.

Seguidamente, fue a cumplir con el servicio militar y allí aprendió una nueva lección que le produjo un cambio en sus ideas. "Tú, cuando estás entregado plenamente a la militancia política convives, sobre todo, con otros militantes que piensan como tú y convives, mucho menos, con el resto de la sociedad. Entonces, yo pensaba que la sociedad entera estaba deseando hacer la revolución". Durante la mili, sin embargo, se dio cuenta de dos cosas: Por un lado, conoció a gente extraordinaria; individuos con puntos de vista muy diferentes y que entendían la vida de forma completamente distinta a como lo hacía él. A partir de ahí y de lo que él creía, llegó a la conclusión de que para ser una buena persona y para hacer una buena labor en la vida, no hacía falta pensar ni ser como era él. "Recuerdo siempre a un chaval de la compañía en la que yo estaba, que era bueno hasta decir basta y que se iba a ir a la Guardia Civil. Yo pensaba que para entrar en la Guardia Civil había que ser un desalmado absoluto y cuando vi que ese chaval y luego, otro, también buenísimo, se fue a la Policía, se me quebraron algunas ideas en cuanto a que todos los que no estaban donde tú estabas eran malísimos". Por otro lado, también durante la mili tuvieron lugar las primeras elecciones democráticas y él estaba convencido de que iban a ganarlas los partidos muy a la izquierda del PC. Sin embargo, el PC sacó veintitantos diputados, pero no era una fuerza con capacidad de influir en nada y el resto de la izquierda, absolutamente nada. Aquello, "sí que a mí me sentó muy mal, pero me hizo ver que la sociedad veía las cosas de una manera distinta a como las veía yo y que los mecanismos del sistema político que se abría a partir de entonces, iban a tener una influencia decisiva en la organización de la futura sociedad y sobre todo, la constatación de que, muy posiblemente, había estado equivocado en todo lo que había hecho. Entonces, cogí una depresión enorme".

Aun así y después de terminar la mili en el año 1977, no volvió a ocupar su puesto de trabajo en la Caja, a pesar de que en la fábrica de Vitoria ganaba la

mitad o menos de la mitad, “porque -se sonríe-, yo quería hacer la revolución, porque yo creía que mi puesto estaba en la fábrica y que mi obligación era seguir en la lucha sindical. El primer año de incorporarme a la fábrica, después de la mili, lo viví horrible; siempre me acuerdo la noche anterior a empezar a trabajar en Cablenor, en Vitoria y para mí el panorama era desolador. Era..., decir: todo aquello a lo que yo le he dedicado la vida, era un espejismo; luego, lo vas asimilando y dices, bueno, yo en aquella época hice lo que creía que tenía que hacer; tuvo un coste altísimo personal para mí, pero, sin embargo, creo que fue un elemento muy enriquecedor para mi vida personal; yo estoy encantado de haber vivido todo eso, vamos”.

Pasaron dos años y el cambio de percepción de la realidad le fue afectando y le llevó a variar su actuación. “Creo que el único que quiero hacer la revolución en toda la fábrica soy yo -esboza una sonrisa-, lo cual quiere decir, que no se va a hacer”. Así, ya no veía sentido a seguir trabajando en la fábrica, por lo menos tratando de buscar un cambio importante. Entendía que se podían hacer cosas desde el punto de vista sindical para mejorar las condiciones de vida de todo el mundo; que, quizá, podía conseguir un convenio un poco mejor, si estaba él en la fábrica pero, también le parecía que no compensaba el esfuerzo que suponía el hipotecar el resto de su vida, por lo que estuvo hasta el año 1979 y luego, se decantó por hacer sindicalismo desde la Caja. Volvió y continuó en la militancia sindical unos cuantos años “pero, después también me aburrió bastante y creo que es una actividad que sigue siendo necesaria hacerla y hoy más que nunca, cuando se están cargando todas las bases de negociación colectiva, todos los acuerdos, toda la protección de la línea de los trabajadores, pero también soy bastante escéptico con casi todo y ya te digo, voy a alguna manifestación de vez en cuando, salgo a las huelgas, pero -se sonríe-, mi ardor guerrero está reducido casi al cero absoluto y con mucha más carga de escepticismo, sobre todo porque, cambiar el mundo es prácticamente imposible; o sea, cambias tú y el mundo cambia por otras razones, no por tu actividad. Entonces pensaba que tu actividad y la de muchos podían cambiarlo. Yo creo que puedes influir algo, pero que el mundo se mueve por unas razones tan poderosas que no sé si es posible, desgraciadamente, cambiar el rumbo.

Eso sí que lo tengo claro ahora”. Actualmente no tiene ninguna actividad sindical, aunque sigue manteniendo su afiliación a Comisiones Obreras.

Ya en la Caja, cogió algunos permisos sin sueldo y una excedencia de seis años que le permitió permanecer fuera de su puesto, prácticamente nueve años y dedicarse a diferentes tareas como, al programa “Al filo de lo imposible” o “Dr. Livingstone, supongo...”, o a actividades laborales de director técnico de una escuela de guías de montaña, de guía de montaña... “Quizá, el componente de aventura, de romper con la cotidianidad, de buscar horizontes nuevos, de querer cambiar..., eso sí que no lo he perdido y yo creo que ese factor estaba muy presente cuando decidí militar en el movimiento sindical contra el franquismo y luego contra el capitalismo en general; pero, de la misma manera que entonces, junto a otras cosas, me animaba a condicionar mi vida por eso, ahora también la condiciono por irme al monte, o sea, por actividades que me apasionan de verdad”. Con relación a este tema y según sus palabras, conserva experiencias, felices unas y dolorosas otras: “En montaña he vivido momentos, también muy crudos; he visto morir a unos cuantos, pero yo creo que forma parte de la vida el que te pasen cosas malas; al que le pasan cosas, también le pasan cosas malas y yo quiero que me pasen cosas en la vida”.

Otra información a destacar de sus declaraciones es la que se refiere a la experiencia obtenida a raíz de “Al filo de lo imposible”, en su relación con los militares porque, aun sin compartir nunca expedición con ellos, sí tuvo trato y mantiene amistad con algunos, lo que le posibilita a decir: “yo no he visto nada, que en este país haya cambiado tanto como ellos; de los que conocí en la mili, a los que... Hombre, me imagino que habrá cafres, como en todas partes, pero desde el punto de vista de actitud ante la vida, de formación y de capacidad intelectual..., yo creo que esta sociedad ha cambiado mucho, pero ellos han cambiado mucho más. En todos los ámbitos de la vida hay gente impresionante, pero ha sido una sorpresa porque, era algo tan alejado de mí, tan odiado en su época, que de repente te encuentras gente que te sorprende tanto, que dices, pues esto no creo que sea sólo porque éste es un tipo excepcional, sino porque, igual, en este tiempo ha cambiado mucho”.

Haciendo un repaso de las metas que perseguían en aquella época, considera que ninguna se ha cumplido y añade la siguiente matización: “en buena parte, afortunadamente, porque nosotros hubiésemos construido un horror de sociedad. Nosotros ignorábamos lo que era el concepto de libertad, de democracia, de respeto a otras ideas, de admitir que por donde quieress tú que vaya la sociedad, no necesariamente tiene que ir, etc. Yo creo que eso tiene que ver con la herencia del comunismo y con que, desgraciadamente, la primera revolución socialista se hizo en la Rusia zarista y no en Gran Bretaña o en Alemania, que eran países con más tradición democrática. Entonces, eso determinó, en buena medida, todas las atrocidades que se han hecho en nombre del comunismo, que yo creo que se han hecho más que en nombre de ninguna otra causa; desde luego, en número, sin ninguna duda”. Aun así, para él y para todos los que entonces luchaban, que eran antiestalinistas, pero no demócratas y sí carentes del concepto de libertad bien asentado como para ver las consecuencias que tenía para las personas y lo que se contradecía eso con su manera de actuar, “la lucha del comunismo tenía un elemento liberador, igualitario, solidario, a pesar de todas las cosas que se habían hecho, sobre todo, en los países en los que habían llevado a cabo la revolución. Pero, creo que si nosotros hubiéramos hecho la revolución en la época, hubiésemos implantado un sistema muy parecido al sistema soviético y no sé qué hubiese sido peor, la verdad”. En cualquier caso, mantiene la idea de que todos los objetivos por los que luchaban siguen plenamente vigentes y pendientes e incluso, de que hay más que lo están, como es el deterioro medio ambiental y el avance de la industria¹¹. “O sea, hoy en día, los humanos somos perfectamente capaces de acabar con el planeta y perfectamente capaces de permitir que cuatro desalmados lo esquilmen para un enriquecimiento personal”.

Respecto al significado que tiene para él el que ETA haya dejado las armas, lo define como “el final de una pesadilla que no debió de ocurrir nunca”, a la vez que considera que los principales responsables de que haya llegado a su cese,

¹¹ Un nuevo panorama que se ha abierto en los últimos años, aunque lo estaba desde mucho antes, pero sin que nos hubiéramos dado cuenta.

son, en primer lugar, la Policía, la Guardia Civil y en segundo lugar, los movimientos cívicos de coraje que se levantaron en su contra, especialmente Gesto por la Paz, que entiende que ha sido la principal referencia en cuanto a la rebelión cívica contra ETA, aunque sin olvidar tampoco, a otros que también se vincularon. En cualquier caso, “la represión que ha sufrido ETA es la que le ha descabezado. La debilidad viene de aquí, de la acción policial y de la acción judicial y, a partir de ahí, pues hemos podido asistir al final de ETA”.

Tiene la impresión de que, aunque ha habido una evolución en algunos militantes de ETA y de Batasuna, igual que la hubo y cree que de forma sincera, en un montón de exdirigentes franquistas como, por ejemplo, Suárez, “o sea, que la gente a lo largo de la vida, claro que cambia”, en la mayoría de los casos, no; es decir, considera que no hay que agradecerle a ETA ninguna variación de actitud que esté basada en la convicción, sino como fruto del pensamiento de que no podían seguir por esa vía, pero que de haber sido posible, presumiblemente, hubiesen continuado. “Lo que pasa que, una vez que ha desaparecido ETA, seguramente y como nos ha pasado a otros, sí que empezarán a entender cosas que hasta ahora no habían entendido. Creo yo, pero no sé; tengo esa esperanza. Pero, desde luego, el cambio que hemos visto tanto en Batasuna como en ETA, tiene mucho más que ver con la acción policial y judicial; yo, de eso estoy convencido. Luego, lo que tenga que pasar ahora, pues, ya lo veremos”.

Juanjo no se arrepiente de haber militado en ETA. “No, estoy encantado de haberlo hecho. Ahora, seguramente no lo haría porque, yo creo que no soy tan generoso como era entonces, además de que tienes muchos más compromisos familiares y tal, pero en este momento, por ejemplo, no comparto ninguno de los objetivos por los que yo luchaba, por los que yo militaba en política. Pero, comparto básicamente, la sensación de rebeldía ante la injusticia; comparto la visión de una persona de izquierdas; de lo que es el mundo, que creo que va hacia el desastre; pero no comparto, para nada, la manera de pensar que tenía entonces. Estoy muy orgulloso de haber hecho lo que hice, porque tenía un alto coste personal, pero he cambiado mucho. A mí siempre me da la impresión de que cuando te encuentras a alguien a quien la

vida no le ha cambiado, es porque no sé si ha vivido mucho. La vida claro que cambia; te vuelves más viejo; se te cae el pelo y también piensas diferente; yo no soy de los que piensan en las Antípodas. Básicamente, esa motivación y ese aprecio por la libertad, por la solidaridad, por compartir..., todo eso lo sigo teniendo, pero no desde un punto de vista ni de un militante comunista, que era entonces, ni de alguien tan dogmático como entonces éramos todos. Lo mejor de todo aquello yo creo que fue, el haber sido capaz de hacer todos esos sacrificios, a pesar de que estuvieses equivocado y el peor momento, el de la decepción al darme cuenta de que, muy posiblemente, todo lo que yo había estado persiguiendo era algo que..., o sea, que me había equivocado; que había hecho una opción de vida intensísima durante dos años y medio, ya desde que me tuve que escapar, pero cuatro de militancia en aquella época y el comprobar, el hacerte consciente de que todo a lo que tú le has estado dedicando la vida, era un error; fue muy duro, fue para mí, lo más duro que recuerdo de toda aquella época”.

Confiesa que nunca ha querido ser un referente en nada. “Yo pretendo hacer lo que quiero hacer; no me gusta la gente que trata de condicionar las actuaciones de los demás; no me ha gustado nunca y creo que nunca he sido de éstos. Si en algo he podido dar ejemplo y el ejemplo ha sido bueno, pues, encantado”. Evidentemente, reconoce que sí hubo una época cuya actuación no correspondía con esta afirmación de no condicionamiento y añade, “pero, ésa es una de las enseñanzas que he sacado claras. Si das un ejemplo que a alguien le parece interesante, o si viéndote actuar, alguien actúa en una buena dirección, suponiendo que yo actúe en la buena, que a veces no está del todo claro, pues, bienvenido sea; pero, nunca trataré, desde luego, de condicionar el camino de nadie; creo que lo más hermoso que hay en la vida es que cada cual sea de una manera distinta y que siga el camino que tenga que seguir”¹².

El final del franquismo.

¹² Entrevista realizada en Bilbao, el 11 de enero de 2013. Para llevar a cabo esta entrevista se ha elaborado el cuestionario número 6.

La crisis económica del Estado español en 1974, coincidió con una aguda crisis política, con un gobierno prácticamente inexistente, con el asesinato en 1973 del Presidente del Gobierno, Carrero Blanco, con la llegada del nuevo presidente, Carlos Arias, dentro de un clima de confrontación entre partidos, sin un buen plan económico y con políticas autoritarias y represivas.

Con la grave enfermedad de Franco, la debilidad política del momento se acentuó, se profundizaron las discrepancias dentro del régimen, creció la actividad de la oposición y surgió una condena internacional por el fusilamiento de cinco militantes, de ETA y FRAP. Es decir y como expresan Reig y Merino (1994 : 299), “El franquismo nació y murió matando. Fue una dictadura total en sus orígenes y en sus últimos estertores, tanto de *facto* como de *iure*”.

Así mismo, Paul Preston (1986 : 160) puntualiza y afirma que los rasgos que le identificaron a Franco durante toda su trayectoria fueron, “la paciencia, la crueldad y la astucia”. Dirigió a España con mano déspota; estuvo arropado de gente corrupta y siempre dispuesto a llevar a cabo la más severa represión. Incluso, no tuvo el menor escrúpulo en hacer caso omiso a las llamadas del Papa, a las de otros Jefes de Estado y a las de las movilizaciones de protesta en el extranjero, que no fueron capaces de detener la ejecución del dirigente comunista Julián Grimau en 1963, por sus supuestas implicaciones criminales durante la Guerra Civil. También José Ignacio Álvarez Fernández (2007 : 11) se hace eco del derecho que se atribuyó el franquismo ejecutando a militantes políticos de la oposición, pocos meses antes de la muerte del dictador y menciona el día 2 de marzo del año 1974, cuando moría a garrote el anarquista de Cataluña, Salvador Puig Antich. “Franco acababa, pues, su longeva dictadura como la había comenzado, vertiendo la sangre de sus enemigos políticos”.

Finalmente, se produciría la muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975 y con él moriría el franquismo. Más tarde, en 1978 se llevaría a cabo el referendo popular de la Constitución y quedaría establecida la Monarquía parlamentaria como forma política del Estado, dentro de un proceso de transición política que significó el paso de un sistema autoritario a otro democrático. Pero, a pesar de

tanta violencia, tanto sufrimiento y terror, las circunstancias de la transición favorecieron un acuerdo tácito, reflejado en la Ley de Amnistía de 1976, por el que se dejaba en el olvido la violación de derechos del pasado, con el propósito de construir y consolidar un Estado democrático. Lejos quedó la imagen de gente hambrienta abandonando sus hogares y huyendo a otras localidades o buscando una salida por monte o por mar y sólo en la mente de las personas que lo padecieron, quedó la huella imborrable de un pesado lastre y de tantos años de sufrimiento. El pacto, sin embargo, no consiguió que las familias que se habían visto sumidas en el silencio por miedo a exponer los abusos sufridos, encontraran la reparación y la respuesta que esperaban en los sucesivos gobiernos democráticos. Pero, como argumenta Paloma Aguilar (1996 : 51 y 67), “cuando una decisión política tiene éxito, pocas veces se reflexiona sobre los costes de la misma, ni tampoco se considera si a través de una decisión distinta se hubieran podido conseguir mejores resultados”. Así, pues, el acceso a la democracia se llevó a cabo con dos cuestiones pendientes de solucionar y enraizadas entre sí. Por una parte, persistía la memoria dolida de la Guerra Civil y por otra, la clara conciencia de una falta de reconciliación entre las partes enfrentadas. Como ejemplo y en relación con esta ausencia de reconciliación, es significativo el agravio comparativo que se produjo ante la inexistencia de leyes protectoras de los mutilados del Ejército republicano, de sus militares jubilados o de las viudas y huérfanos de los excombatientes, si se compara con el trato privilegiado que recibieron los miembros del bando vencedor durante el franquismo.

El duelo y el proceso en la superación del sufrimiento.

Posicionándonos con la argumentación del historiador José Antonio Pérez, el duelo es el proceso que experimentamos en nuestra vida cuando perdemos a un ser querido y necesitamos un tránsito para poder salir adelante y la adaptación que requiere la pérdida se puede comparar, a modo de ejemplo, a un puzzle en el que en un momento determinado falta una pieza y deben reubicarse las demás, para que ocupen la misma superficie con una pieza menos. Cada individuo tiene un duelo diferente; en unas personas el período

es más largo y en otras es más corto y aunque hay gente que no es capaz de superar la pérdida, normalmente nuestro propio instinto de supervivencia y nuestra calidad de seres fuertes y humanos, nos permite salir adelante. Un procedimiento frecuente suele ser el pasar por un período en el que no se asume la realidad y aparece la depresión, después se comienza a aceptarla y tras llevar una vida apoyándose en los recuerdos o en la gente de alrededor que presta ayuda y da fuerza, se sale de esa situación. Es decir, el duelo necesita un cierre final.

Por experiencia conoce que, para mucha gente, el cierre final se produjo con la exhumación de los cadáveres enterrados en las cunetas durante la Guerra Civil y con la propia transmisión del testimonio. Mediante algún encuentro con investigadores y psicólogos de acompañamiento, gente que tenía un conocimiento y una formación especial para tratar el duelo y que estaba con las familias durante las exhumaciones, pudo constatar que algunas personas que se habían refugiado en el silencio y manteniendo sus sentimientos, éstos que nadie se los podía robar, cerraban el duelo porque, “mi marido, al que le mataron en la guerra, o mi hijo, al que se lo llevaron, yo sé que está conmigo”. Ya sabían que estaban muertos, pero querían tener algo que ofrecerles: un descanso, un recuerdo, un sepelio, lo más adecuado de acuerdo con cada creencia y cerrar, de esa manera, el duelo. Recuerda la narración que le contó un compañero, sobre un hombre que antes de ser fusilado le había dejado escrito a su mujer que se iba a atar al pie un cordón con una medalla, que ella le había regalado, porque sabía que le iban a tirar a una cuneta y que, algún día, al cabo de los años, exhumarían su cadáver. “No te puedes imaginar la emoción que podía sentir aquella mujer, cuando después de cincuenta años, exhumaban y encontraban los huesos de la tibia donde todavía permanecía atado el cordón. Para ella, era ya el cierre del duelo, con una tragedia y un desgarrero tremendo, pero al mismo tiempo, con lo que supone poder decir, “ya lo tengo, tengo sus huesos, tengo mis restos; estoy en paz”.

Este cierre contrasta con los sentimientos de otras personas que no han llegado a recuperar los cuerpos de sus seres queridos desaparecidos durante la Guerra Civil, con los sentimientos de quienes acuden a la Plaza de Mayo o

con la tragedia que supone, aunque no se trate de una violencia directa ejercida por otros seres humanos y que conoce bien por venir de una familia de marineros, las muertes en alta mar, cuyos cuerpos nunca se llegan a encontrar¹³. Otro testimonio nos acerca a un caso de aquel entorno que, desgraciadamente, no puede ser considerado casual: “Tenía dos años cuando metieron a mi padre en la cárcel. A los tres meses lo fusilaron. No sabemos ni la fecha de entrada ni la de salida. Estoy tratando de buscar el cadáver, con Aranzadi, pero en el lugar que nos dijeron, en la zona de Pancorbo y Ameyugo, no es posible. Han debido de echar la carretera por encima de donde estaban” (Berazategi y Domínguez, 2006 : 201).

Tal y como es bien conocido, la glorificación de los caídos por Dios y por España se llevó a cabo por doquier y se ignoró por completo a las otras víctimas, a las que también murieron por Dios, por la libertad y por la defensa de sus ideales. Los sufridores del bando vencedor se beneficiarían de las medidas compensatorias como colaboradores del Alzamiento y se procedería a la apertura de las fosas donde se encontraban los cuerpos de las personas asesinadas a manos de los republicanos, pero los familiares del bando perdedor no tuvieron, ni siquiera, el consuelo de la palabra. Como también apunta Ferrándiz (2005), gran conocer del tema, “la exposición pública de esqueletos y fragmentos óseos con huellas claras de violencia como está ocurriendo en los últimos años en España, evoca inmediatamente las historias trágicas que fueron silenciadas o apenas susurradas durante la duración de los regímenes políticos que las produjeron... Podemos tomar octubre de 2000 como una fecha emblemática, al producirse en esas fechas en Priaranza del Bierzo, en la provincia de León, la primera de la serie más reciente de exhumaciones, que ha tenido como resultado la recuperación en los últimos cuatro años de centenares de cuerpos de personas fusiladas por el bando franquista durante y después de la guerra civil”.

Pero, al igual que ocurrió con la desaparición de los cadáveres, los vencedores también se encargaron de ocultar las huellas de una parte importante de la

¹³ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

documentación perteneciente a los vencidos. De esta manera, seguirán siendo los sufridores impotentes, incapaces de poder acreditar tal condición ante la iniciativa de los distintos gobiernos autonómicos, para la reparación económica a las víctimas del franquismo. Esta situación crea una nueva sensación de frustración, de herida, de sentimiento de que una parte de la vida de esas personas es una página en blanco, es decir, como si no hubieran existido, aun cuando sus cuerpos y sus almas sí supieron el sufrimiento que les tocó padecer. Ésta es también la experiencia de la autora de este trabajo sobre un tema que le ha tocado vivir en directo y quien plantea la siguiente pregunta: ¿Será posible desenterrar la totalidad de los documentos que acrediten que estas personas, aun lejos de sus hogares, tuvieron una vida impuesta durante un tiempo determinado y que ahora es como si se les negase?

José Antonio Pérez manifiesta que, hoy en día, existen buenas experiencias que se están desarrollando en muchos países y que pueden convertir el duelo en una educación para la paz. Un ejemplo es, la relacionada con las mujeres que fueron violadas en Bosnia durante la guerra de los Balcanes, en los años noventa. Como es de sobra conocido, dentro de la violencia ejercida durante las guerras se encuentra el componente sexual que se ejerce contra las mujeres, algo que, salvo casos excepcionales, no ocurre con los hombres; es decir, la mujer se convierte en un botín sexual y además, si es violada y puede engendrar la semilla del verdugo, se convierte en un acto de violencia todavía mayor. Así y después de que terminó la guerra, comenzaron a formarse unos talleres con grupos de mujeres que trataban de exponer su testimonio para que lo conociesen otras mujeres y entre todas poder salir adelante. Ésta es una forma positiva para, dentro de la tragedia, convertir el dolor en aprendizaje, en valores y en una educación para la paz.

Dentro del Estado español y del mismo modo que se presentan a los chavales a víctimas de accidentes que han quedado inválidas y que están en el Centro de Recuperación de Toledo, para que vean lo que ocurre cuando uno bebe y coge un coche, se están llevando a las aulas y con aceptación, a pesar de lo que podría pensarse hace unos años, testimonios de víctimas de la Guerra Civil, del terrorismo y de personas que han padecido abusos policiales. Con

este nuevo enfoque, se trata de que los jóvenes vean que detrás de todas esas acciones había seres humanos y que ellos son la tragedia que se esconde detrás de la violencia política. Es decir, no solamente han sido la noticia de un telediario, sino que están ahí, con un nombre, una cara y una vida. Cuando este tipo de labores, que también se están llevando a cabo en otros sitios como, por ejemplo, Latino América, son impartidas por personas que no transmiten odio o venganza, sino que generan valores positivos, se convierten en una de las experiencias más bonitas y en uno de los medios más importantes para cerrar heridas¹⁴.

El derecho y el deber de recuperar la memoria histórica.

El derecho a recuperar la memoria histórica nos sitúa entre el deseo y la necesidad de conocer la verdad, la realidad de unos hechos solapados e ignorados durante muchos años, de sacar a la luz una parte de la historia que nos pertenece, pero también este derecho nos da la oportunidad de mostrar el rechazo total ante tantos actos de tortura, de injusticia y de violación de los derechos naturales como los que se produjeron y que dejaron a seres humanos, a familias enteras, humilladas, torturadas, indefensas y heridas en su dignidad, en sus cuerpos y en sus almas, situación que se produjo en y por ambos lados durante la Guerra Civil Española. Si bien una parte muy importante de los acontecimientos es conocida, tal y como se desprende de la bibliografía consultada, esta tarea se está ampliando durante los últimos años, gracias a la labor de los historiadores, de las asociaciones de víctimas y de los testimonios individuales que aportan nuevas vivencias y experiencias.

Las heridas que dejaron en los familiares las desapariciones y asesinatos perpetrados durante la noche para no dejar constancia de sus enterramientos y que fueron perpetrados en su mayoría por grupos de falangistas, ansiosos de acabar con cualquier miembro republicano y apoyados por las autoridades de los sublevados, difícilmente podrían olvidarse. Esta práctica que llegó a convertirse en moneda de uso común, dejó a familias enteras hundidas en el

¹⁴ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

dolor y en la más absoluta de las incertidumbres ante el desconocimiento del paradero de las vidas o de las muertes de sus seres queridos. Pero, tampoco sería justo olvidar las actuaciones de tortura que se originaron en la zona republicana contra las clases altas, gente de ideas moderadas... y principalmente contra el clero. Estos asesinatos, que fueron cometidos en su mayoría por grupos incontrolados, pero donde tampoco faltó el apoyo de personas pertenecientes a organizaciones políticas o a sindicatos y cuyo comportamiento contaba con el rechazo total de las autoridades republicanas, produjeron la misma situación angustiosa y de indefensión a otro sector de la sociedad, sin olvidar tampoco a los prisioneros que fueron ingresados en campos de trabajo y que tuvieron que enfrentarse a situaciones muy duras. Una pregunta, cuya contestación queda en el aire, es cuál hubiera sido el comportamiento de los republicanos si la República hubiera ganado la guerra. En cualquier caso, en los resultados de ambos comportamientos se aprecia la diferencia de que, de las lamentables y horribles violaciones llevadas a cabo por el bando republicano, quedó una constancia hablada y escrita, que se ha ido divulgando a través de los años, pero mucho más ocultas se han mantenido, sin embargo, las atrocidades cometidas por el bando vencedor. No debe pasar desapercibida, tampoco, la intencionada y pretendida acusación, divulgada en determinados círculos, en los que se responsabilizaba al bando republicano de ser el iniciador de la guerra.

Años más tarde de que terminara la guerra, nuevos actores aparecerían en escena, la generación de los que no vivieron la guerra en primera persona, dispuestos a aclarar las imposiciones y las negaciones, a esclarecer los hechos y a desenterrar situaciones no manifestadas, pero jamás olvidadas por los que las sufrieron y que aún se mantenían con vida; en definitiva, a recuperar la memoria histórica, para lo cual, de indudable valor han sido las historias de vida contadas por los sufridores y los testigos perdedores de la guerra, que sintieron el dolor en sus propias carnes. Son muchas las personas que han permanecido en silencio y que expresan sus sentimientos y sus experiencias, deseosas de que se les escuche; quizá, porque como dice Améry (2001 : 134), "la vejez nos hace cada vez más dependientes del recuerdo del pasado. Cuando retorno a los primeros años del exilio, me percató de que ya en aquel

tiempo extrañaba mi hogar y añoraba el pasado, pero también me acuerdo de que la esperanza compensaba hasta un cierto grado ambos sentimientos. Quien es joven, se concede a sí mismo aquel crédito ilimitado que normalmente el entorno también le acorda. Él no sólo es el que es, sino también el que será”.

José Antonio Pérez considera que la historia, la memoria y la fuente oral son tres conceptos muy diferentes, con tres realidades distintas. La historia es la ciencia, entre comillas, que analiza a partir de muchas fuentes, cómo ha sido el pasado; la memoria es lo que queda del recuerdo menos el olvido, que sería casi una resta y los testimonios orales, que es la forma de transmitir a las nuevas generaciones lo que la gente ha vivido.

Cita al autor Juan José Carreras, un historiador que falleció hace unos años y que “parafraseando aquella película de “¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir sexo?”, decía: “¿por qué la llamamos memoria cuando queremos decir historia?” La historia es una disciplina que trata con diferentes fuentes y la memoria es una de esas fuentes que se transmite a través del testimonio oral, o en la actualidad del testimonio audiovisual”. Es decir, entiende que no hay memoria sin historia, o dicho de otra forma, que primero tiene que haber una elaboración histórica para que de esa elaboración quede un recuerdo. Sin embargo, prácticamente desde los últimos doce años ha habido una explosión memorialística, esto es, estamos asistiendo a una manifestación del concepto que se llama memoria histórica y que aunque a menudo la gente no sabe definir exactamente lo que es, parece que la memoria, el recuerdo per se, tuviera más legitimidad que la historia, que la investigación. “La memoria es memoria, es recuerdo, por lo tanto es personal, por lo tanto está condicionada y es subjetiva, lógicamente y así tiene que ser”. En la actualidad, existe cierta confusión y parece que fueran conceptos en continua y permanente colisión, de ahí que se reelaboró uno nuevo, que es el de la memoria histórica, con el que él no está especialmente de acuerdo por entender que se trata de una visión muy reduccionista, de tal modo que parece que solamente hay memoria histórica de la Guerra Civil, cuando se podría hacer memoria histórica de las

migraciones, de las luchas por los derechos de las mujeres, de la industrialización o de muchísimos temas más¹⁵.

Hartog (2007 : 14-15) argumenta que la labor del historiador por los estudios y conocimientos que presenta, tiende “a reunir más de inteligibilidad y lucidez, al hacer de la historia un ejercicio crítico”, a la vez que analiza la relación que el mismo instaaura con el tiempo, un aspecto que no únicamente está “en el corazón mismo de su trabajo”, sino que configura “su razón de ser”. Al objeto de que el historiador coloque el presente en proyección, plantea la “noción de régimen de historicidad” como una forma de “interrogar las diversas experiencias del tiempo” o “las crisis del tiempo”, esto es, cuando “la manera como se articulan pasado, presente y futuro viene a perder su evidencia”.

Centrándonos en el tema que nos ocupa, recordar nos lleva a reconocer que siguiendo con su poder dictatorial, los vencedores de la guerra plasmaron el recuerdo de lo que imponían como una memoria colectiva y una legitimación ideológica del régimen y buscaron unir el pasado, el presente y el futuro, a través de un proceso de socialización y mediante la utilización de símbolos, el reconocimiento de los caídos por Dios y por España, la conmemoración de fechas significativas y celebraciones o la implantación de plazas, monumentos, instituciones o jardines, que recordaban experiencias pasadas. Sin embargo, esta memoria colectiva que ha ido pasando entre generaciones, ha ignorado la pluralidad que debía configurarla, abarcando únicamente a una parte del Estado español, a la ganadora, e intentando dejar sin raíces de memoria a la parte silenciada, aquélla que no se había acatado a la sublevación. “Muchos de los lugares de memoria de la España vencida han sido borrados, demolidos o transformados con el fin de servir mejor la voluntad hegemónica de la transición de reorganizar la memoria pública de la guerra y la represión franquista. Así, por citar algunos ejemplos, podríamos mencionar el caso del campo de concentración de Los Almendros, transformado hoy en un gran centro comercial, el del campo de concentración de San Marcos, en León, convertido en Parador Nacional, o la cárcel de Ventas ocupada por un bloque de lujosos

¹⁵ Entrevista realizada en Bilbao, el 25 de julio de 2012.

apartamentos” (Álvarez Fernández, 2007 : 54-58). Pero, como dice Francisco Espinosa (2006 : 144, 278), la dictadura franquista no sólo hizo suya la historia y la memoria, sino que “también corrompió las palabras”, ya que a través de su ideología imperante hizo que se interiorizaran, de manera colectiva, términos como “asesinatos”, con toda la fuerza simbólica que conlleva, para hablar de las víctimas de derechas y de “fusilamientos”, como otorgando una matiz de legalidad a la muerte, para referirse a las víctimas de izquierdas. Es decir, “el franquismo ya castigó con exceso todo lo que quiso castigar e incluso más, por si acaso. Y añadamos también que el franquismo ya premió y compensó sobradamente a todos los suyos”.

También Reyes Mate (2003b : 168) nos recuerda los lugares de memoria y olvido, cuando menciona el campo de exterminio de Belzec; un lugar en el que, prácticamente en nueve meses y tres hectáreas, mataron a más de medio millón de personas judías y que se ha convertido en un bosque que ofrece sosiego y tranquilidad y nada hay que recuerde que su tierra soporta “una mezcla de huesos molidos y grasa humana”, que representa el ayer. Así, para la generación actual, el bosque es un rincón de relax “y Belzec es una metáfora del destino del acontecimiento que designamos bajo el nombre de Auschwitz”.

El deber de recuperar la memoria histórica nos obliga a situarnos en el lugar de los que les fue impuesto el silenciar su dolor, el no poder expresar el sufrimiento, el no tener derecho a llorar... y dentro de esta obligación nos corresponde el papel de ayudarles a que la verdad florezca y a descargarles de la pesada carga de aquellas penas que no fueron ni comprendidas ni compartidas. Además, nuestra responsabilidad también debe pasar por el agradecimiento y el reconocimiento de que parte del camino que hemos encontrado trazado, fueron ellos quienes lo alisaron y prepararon.

CONCLUSIÓN

Este trabajo se ha acercado a personas que sintieron la historia pasada como experiencia traumática con la que tuvieron que convivir en un entorno que no quería hablar de ella o que la recordaba con acentos fuertemente ideologizados desde el poder. Sólo ellas son capaces de comunicar lo ocurrido en el interior de su persona, cuando las condiciones históricas han cambiado y han podido verbalizar lo ocurrido desde su propia perspectiva.

Pero, ¿por qué acudir a la historia oral para acercarse a un período histórico tan fecundo en abundantísima documentación? La extrañeza y desconfianza que esta cuestión manifiesta, tienen su cumplida respuesta en la obra de Philippe Joutard: (1986) “Esas voces que nos llegan del pasado”. Evidentemente, no es la única, dado que entre nosotros ya estaba publicada la obra de referencia de Ronald Fraser: (1979) “Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española”, cuya edición inglesa llevaba por título “Blood of Spain: An oral History of the Spanish Civil War” y, anteriormente, Paul Thompson había publicado: (1978) “The voice of the past: Oral History”. Las revistas inglesas “Social history” y “History workshop” habían aparecido en 1976 y la revista del servicio de publicaciones de la Universitat de Barcelona, dirigida por Mercè Vilanova, aparecía a finales de los 80 con el título “Historia, Antropología y Fuentes orales”. Con todo ello, hemos asistido a un trabajo interdisciplinar articulado desde la historia, la sociología y la antropología. El nivel académico de las obras editadas hasta el día de hoy no ofrece ninguna duda sobre la idoneidad académica de tal empresa, aunque Philippe Joutard (1986 : 375-377) precise el significado real del término “historia oral”, que jamás puede presentarse como una contrahistoria, sino como un modo de acercarse a la complejidad de lo real, descubrir la fuerza de lo imaginario y reencontrar la afectividad.

Posicionándonos con Alberto Reig Tapia (1990 : 8-12), para cualquier persona de buenos sentimientos, tenga la ideología que tenga, el resultado de la guerra

no puede tener más que una connotación negativa, porque una guerra de carácter civil nunca soluciona ninguna cuestión y sus secuelas tardan generaciones en ser superadas. Supone una convulsión a nivel social, de tal envergadura, que sus recuerdos y sus cicatrices tardan mucho tiempo en desaparecer de la psicología colectiva, ya que “es un conflicto de la mayor intensidad y, los conflictos, cuanto más íntimos y próximos, más traumáticos resultan”. No hay que olvidar, además, que a la gravedad de la represión durante y después de la guerra de la dictadura franquista, hay que sumarle el constante recordar de la victoria, que ha mantenido encendida la llama de la división y de la confrontación entre los ciudadanos. Pero, a pesar de la penosa situación, necesitamos ser conscientes de que el sufrimiento y la sangre derramada no pueden haber caído en el vacío ni en el olvido, sino que su semilla y la memoria histórica que hemos recogido, deben proporcionarnos el fruto necesario para sentirnos responsabilizados y comprometidos a preparar, entre los descendientes de los vencedores y de los vencidos, un futuro más justo para todos.

El paso del tiempo no cura las cicatrices producidas por las heridas; las cosas no se olvidan ni deben olvidarse, porque los recuerdos forman parte de nuestro patrimonio máspreciado. Además, debemos ser conscientes de que tales recuerdos han tomado distancia de la experiencia vivida, ya que el tiempo remodela constantemente las vivencias. La memoria no puede recrear la experiencia vivida. Se ha dicho, con razón, que el pasado se vuelve coherente gracias a nuestros olvidos y remodelaciones afectivas. Todo esto debe estar presente antes de caer en la mitificación de la memoria, como si estuviéramos asistiendo a una metodología rigurosamente exacta. Pero, sí debe producirse el milagro de la reconciliación y para que esto pueda ocurrir, los hechos deben ser esclarecidos, revisados, analizados y comprendidos. Debe asumirse el compromiso de querer conocer la verdad de la otra parte de la historia silenciada. Reconocer la humillación de la otra España, restaurar su dignidad muchas veces pisoteada y ser capaces de sentir el dolor ajeno. Así, la recuperación de la memoria tendrá como objeto la sutura de las quiebras producidas en el interior de la persona (equilibrio, autoestima, etc.) y en su relación social (solidaridad, tolerancia, etc.). Porque como se pregunta Reyes

Mate (1991 : 207), “si la felicidad es la liberación de cadenas, ¿podremos ser nosotros felices recordando las cadenas de nuestros antepasados, más exactamente, recordando las esperanzas frustradas de liberación de nuestros antepasados? ¿No es eso una condena a no poder ser feliz?”. Pero, estas cadenas podrán destruirse si se sacan a la luz las expectativas pasadas y no satisfechas, lo que nos permitirá tomar conciencia de nuestras propias cadenas y de las de nuestros antepasados y ayudarnos a liberarnos de ellas.

Conocer la verdad equivale a reconocer que, con la práctica de la violencia y el sometimiento, se produjo lo que Ignacio Fernández de Mata (2006) llama la “ruptura del mundo”, a nivel personal y a nivel general y con ella, el comienzo de una vida de padecimientos, de terror, de inseguridad, de desarticulación de familias, de quiebra social y de supresión de valores. Hombres asesinados, niños que debieron abandonar la escuela a edades muy tempranas, para aportar un sustento diario en el hogar, ante la muerte del padre o mujeres que por ser esposas, hijas o novias “de los rojos” fueron humilladas, discriminadas y tratadas con crueldad. Reconocer y solidarizarnos con el sufrimiento, nos obliga a comprender que no hemos llegado a esta sociedad, sin más, sino que la gente tuvo que luchar por lo que hoy tenemos. El sacrificio de unos y de otros, nos ha traído el futuro que vivimos.

Boris Cyrulnik (2013 : 219) termina su extensa reflexión sobre “su” personal memoria de la Segunda Guerra con palabras que bien podrían ser repetidas por cualquiera de las personas entrevistadas en este trabajo: “La desgracia de la guerra me enseñó el arte del silencio. Cuando mi cultura me ha devuelto por fin la palabra, he comprendido el sentido del camino recorrido”. En los casos recogidos en este estudio, se han constatado estos dos hechos: devuelta la palabra por la transición a la democracia, las personas han podido descubrir y verbalizar el sentido de su memoria. Y aquí se abre una doble perspectiva: la personal, la de los sujetos entrevistados, que descubren el “sentido” de los años vividos al comprobar un principio básico: sin narración no hay sentido; y la social, ya que estas vidas humanas son protagonistas de una historia comunitaria y forman parte de un país, que vive su experiencia colectiva aprendiendo de sus errores y reformulando sus objetivos.

Relacionar la violencia, el dolor y la memoria supone, además de desactivar la relación memoria-revanchismo, tomar conciencia de que, como dice Javier Rodrigo (2003 : 34), “la exclusión del vencido que representaron los Tribunales de Responsabilidades Políticas, el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, las cárceles hacinadas, los campos de concentración de prisioneros, su trabajo forzoso, el exilio, las depuraciones del funcionariado público, la censura cultural y moral, la imposición de la autarquía económica, la eliminación de la mujer del espacio público o la práctica obligatoriedad de pertenecer al partido único -o adaptarse a sus medios de socialización como Sección Femenina o el SEU- coadyuvó tanto a restringir el acceso al nuevo orden social como a canalizar las solidaridades y connivencias con la dictadura”.

Mientras tanto, los que debían silenciar su pasado sentían también la necesidad de recordarlo con cierta coherencia. La memoria no es un registro solidificado. Siempre está viva y, como ser vivo, necesita permanecer en equilibrio y alimentarse con las convicciones que organizan, explican y razonan el tiempo vivido. Cuando se consigue este objetivo, la persona no corre peligro de enfermar. La experiencia de personas como V. Frankl, B. Cyrulnik, etc., es sobradamente clarificadora. Incluso, han podido llegar a lo que son hoy, porque han sido capaces de superar la adversidad. Ése es un gran activo en la construcción de su personalidad.

Sabernos herederos de este pasado, nos hace responsables de asumir la situación de condenar este tipo de actuaciones y de no seguir anclados en falsas posturas de ocultamiento, de negación, o de olvido, a la vez que nos compromete a trabajar en el presente, para que la tristeza de la violencia no vuelva a empañar los hogares, para descartar sentimientos de venganza, de enfrentamientos y de resentimientos entre vencedores y vencidos por ambos lados. Porque “el resentimiento no sólo es un estado antinatural, sino también lógicamente contradictorio. Nos clava a la cruz de nuestro pasado destruido. Exige absurdamente que lo irreversible debe revertirse, que lo acontecido debe

cancelarse. El resentimiento bloquea la salida a la dimensión auténticamente humana, al futuro” (Améry, 2001 : 149).

Viktor Frankl (2006) ha analizado magistralmente al “homo patiens” en su obra “El hombre doliente” y a él nos remitimos para ampliar el contenido vital del sujeto doliente. Él subraya los valores actitudinales de las personas que han padecido esta experiencia y exige en ellas una capacidad de sufrimiento que no es innata, sino que se genera en el proceso histórico que vive y padece el sujeto histórico.

La memoria sana permite construir una representación de la propia persona tranquilizadora y coherente, pero una memoria traumática no facilita la construcción de una representación que proporcione seguridad. Únicamente, cuando han pasado los años que permiten mirar el pasado con perspectiva nueva, posibilitada por el cambio radical de coyuntura histórica, se dan las condiciones de formular un discurso amplio y libre de amputaciones traumáticas. Por eso, a través de este estudio, se ha manifestado con claridad en las entrevistas que existen dos factores que son importantes en el equilibrio de las personas: uno, es el ser capaces de verbalizar lo que ha sucedido por doloroso que sea y otro, el encontrar a alguien a quien dirigir ese relato.

Hay una conclusión clara en el proceso de este estudio que no debe olvidarse: si antes de la historia traumática de la violencia la persona había adquirido un equilibrio psicológico suficiente y después de los hechos obtuvo un apoyo familiar o social (por reducido que sea), su memoria evolucionará de forma organizada. La representación de lo que ocurrió podrá cambiar con el tiempo, a partir del contexto familiar y cultural o de acontecimientos históricos, como la transformación del sistema político, pero lo hará por medio de una articulación lógica. Los cambios del tiempo histórico producen cambios en la memoria histórica de los sujetos que la han vivido en primera persona.

Como punto de unión, nuestra labor debería consistir en trabajar en la construcción de un futuro, donde reine un clima de armonía, de concordia y de cooperación. Olvidar viejas rencillas, sentir el valor de la igualdad de nuestra

naturaleza humana y embarcarnos en un mismo barco en busca de un destino común, dejando a un lado los elementos que nos separan y en definitiva, reconociendo que somos los hombres los que configuramos las circunstancias y los que podemos cambiarlas cuando sea necesario. “El hombre no está libre de circunstancias biológicas, psicológicas y sociológicas, pero siempre es y será libre para adoptar una postura frente a todas estas condiciones y circunstancias, ya sea resignándose a ellas o ya sea superándolas haciendo uso del poder de obstinación de la mente” (Frankl, 2000 : 90).

Que seamos capaces de quitarnos la venda que nos impide ver que no existe violencia carente de sentido y que la violencia y el sufrimiento están presentes, aunque el riesgo de considerar que determinados tipos de violencia y sufrimientos hayan quedado cobijados con un manto de legalidad que les ha proporcionado un carácter de normalidad, de habitualidad y como si hubieran sido la conexión suficiente y normal de la vida social. Si queremos deconstruir la violencia y el sufrimiento, nuestra tarea consiste en descartar esta visión y mostrar sensibilidad, rechazo y actitudes positivas que estén encaminadas a eliminar situaciones de injusticia social y que obren en contra de los derechos humanos.

Al mismo tiempo, la fuerza de nuestro compromiso debería ser tal, que nos obligara a apostar por autoridades competentes, que ejerzan políticas integradoras, que conviertan las relaciones hostiles en pacíficas y que, en definitiva, creen un ambiente de armonía, donde se desprecie la violencia y se garantice la libertad. Ésta es la única forma de poner las bases de un futuro que supere los traumas del pasado y de recuperar la memoria, sin llegar a ser sus prisioneros. Por eso, no olvidamos que toda memoria, colectiva o individual, es intencional y selectiva, pero, a pesar de todo, es valiosa, porque se adentra en los pliegues más profundos de la persona humana. No se hacen estas investigaciones para descubrir lo que “realmente ocurrió” (repitiendo el ilusorio objetivo de Leopold von Ranke), sino para conocer cómo afectó a los sujetos humanos la historia que protagonizaron.

Por último, si en el texto se recogen testimonios de militantes de ETA es porque se pretende dejar una puerta abierta a posteriores investigaciones. Esa generación estuvo convencida de que continuaba sin fractura una historia interrumpida abruptamente por el final de la Guerra Civil. En su imaginario era evidente que ellos eran “gudaris” que ponían sobre la mesa un conflicto mal resuelto y, por lo tanto, les asistía toda la legitimidad para una lucha armada, que pretendía realizar una operación quirúrgica sobre una herida doliente. Esta historia posterior al conflicto civil del 36 ha incorporado elementos nuevos y los ha organizado ideológicamente de forma particular en varias amalgamas (tercermundismo, comunismo soviético, chino, etc.). Para esa nueva historia no sólo se necesitan las aportaciones de historiadores y sociólogos, sino de antropólogos y psiquiatras. Hay por delante una inmensa tarea, que supera los objetivos de este estudio.

Como meta final, reconocemos que la paz tiene más de una cara, que es frágil y cambiante y que debe ser mimada para poder mantenerla. Evidentemente, la paz no es un tema de la ética política solamente, sino es asunto que pertenece tanto a las ciencias sociales como a las cognitivas. Una vez más, la interdisciplinariedad se convierte en una exigencia insoslayable para entender el pasado y para orientar el futuro. El derecho a la paz tiene que ser ese compañero de camino compatible con la realidad de hoy y de siempre y que persigue objetivos comunes. La paz no sólo se firma, la paz se administra.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Fernández, P. (1996). *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza Editorial.

Álvarez Dorronsoro, I. (1993). Estado, estado-nación y nacionalismos. *In Diversidad cultural y conflicto nacional*. Madrid: Talasa.

Álvarez Fernández, J. I. (2007). *Memoria y trauma en los testimonios de la represión franquista*. Barcelona: Anthropos Editorial.

Améry, J. (2001). *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Valencia: Pre-textos.

Aranzadi, J. (2004). Violencia etarra y etnicidad vasca. En A. Marquina (comp.), *El ayer y el hoy: Lecturas de antropología política, Volumen I, hacia el futuro*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Arendt, H. (1999). *Eichmann en Jerusalén*. (2ª edición de 2006). Barcelona: Debolsillo.

Arendt, H. (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial.

Arregi, J. (2009). *El pesimismo histórico de Walter Benjamin y las víctimas*. Bilbao: Bakeaz.

Beaumont Esandi, E., y Mendiola Gonzalo, F. (2005). *Entre el terror, la resignación, la desobediencia y la rebeldía. Comportamiento político de los "desafectos" en los batallones de trabajos forzados franquistas (BB.TT. y BDST)*. Pamplona: Organizado por Instituto Gerónimo de Uztariz, Seminario de Fuentes Orales, Universidad Pública de Navarra.

Berazategi, I., y Domínguez, J. (2006). *1936 Memoria de la guerra en Euskadi*. Bilbao: Radio Euskadi, Flash Impresión, S.L.

Berlin, I. (1992). *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*. Barcelona: Ediciones Península.

Casanova, J. (1999). Rebelión y Revolución. En S. Juliá (Coordinador), *Víctimas de la guerra civil*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, S.A. (T.H.).

Cyrulnik, B. (2013). *Sálvate, la vida te espera*. Barcelona: Editorial Debate.

Dal Lago, A. (2005). La Guerra-Mundo. En R. Bergalli e I. Rivera (coords.), *Política criminal de la guerra*. Barcelona: Anthropos.

Eibl-Eibesfeldt, I. (1987). *Amor y odio. Historia natural del comportamiento humano*. Barcelona: Salvat.

Espinosa Maestre, F. (2006). *Contra el olvido. Historia y memoria de la guerra civil*. Barcelona: Crítica, S.L.

Feixa, C., y Canelles, N. (2006). De bandas latinas a organizaciones juveniles: la experiencia de Barcelona. *JÓVENES. Revista de estudios de Juventud*, 24. México: (in press).

Feixa, C., y Ferrándiz, F. (2002). *Violencia y culturas*. Barcelona: IX Congrés d'Antropologia FAAEE.

Fernández de Mata, I. (2006). La memoria y la escucha, la ruptura del mundo y el conflicto de memorias. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea. Número 6*, <http://hispanianova.rediris.es>.

Ferrándiz, F. (2005). La memoria de los vencidos de la guerra civil: El impacto de las exhumaciones de fosas comunes en la España contemporánea. En J.M. Valcuende y S. Narotzky (Eds.), *Las políticas de la memoria en los sistemas democráticos: Poder, cultura y mercado*. Sevilla: ASANA. Bibliografía entregada por el autor, sin paginar.

Ferrándiz, F., y Feixa, C. (2004). Una mirada antropológica sobre las violencias, *Alteridades* 14(27), 159-174.

Fisas, V. (1998). De qué hablamos cuando hablamos de paz y conflictos. En *Cultura de paz y gestión de conflictos* (4ª edición de 2004). Barcelona: Icaria-Antrazyt-UNESCO.

Foucault, M. (1979). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (decimocuarta reimpresión de 2005). Madrid: Siglo XXI de España Editores, S.A.

Frankl, V. E. (1999). *El hombre en busca del sentido último*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

Frankl, V. E. (2000). *En el principio era el sentido*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

Frankl, V. E. (2001). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder Editorial, S.L.

Frankl, V. E. (2006). *El hombre doliente*. Barcelona: Herder Editorial, S.L.

Fraser, R. (1979). *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española, Tomo I*. Barcelona: Editorial Crítica, S.A.

Fraser, R. (1979). *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española, Tomo II*. Barcelona: Editorial Crítica, S.A.

Galtung, J. (julio 31, 2011). La Policía noruega es incompetente y debería dimitir: las señales eran clarísimas, *Deja*.

García Colmenares, P. (Coordinador). (2007). Guerra civil y represión franquista (1936-1945). Una laguna historiográfica pendiente. En *Historia y memoria de la Guerra Civil y primer franquismo en Castilla y León*. Valladolid: Universidad de Valladolid - Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial.

Gellner, E. (1999). *Antropología y política*. Barcelona: Altaya.

Guibernau, M. (1996). La identidad nacional. In *Los nacionalismos*. Barcelona: Ariel.

Gurruchaga, A. (1985). El capital simbólico del nacionalismo vasco y Conclusiones. En *El código nacionalista durante el franquismo*. Barcelona: Anthropos.

Hartog, F. (2007). *Regímenes de Historicidad*. México: Universidad Iberoamericana.

Howard Ross, M. (1995). *La cultura del conflicto. Las diferencias interculturales en la práctica de la violencia*. Barcelona-Buenos Aires-México: Ediciones Paidós.

Iglesias, M. A. (2006). *Maestros de la República. Los otros santos, los otros mártires*. Madrid: La Esfera de los Libros, S.L.

Joutard, P. (1986). *Esas voces que nos llegan del pasado*. México: Fondo de Cultura Económica.

Jover Zamora, J. M., Gómez-Ferrer, G., y Fusi Aizpurúa, J. P. (2001). *España: Sociedad, Política y Civilización (siglos XIX-XX)*. Madrid: Editorial Debate.

Juliá Díaz, S. (1996). *Historia económica y social moderna y contemporánea de España, II. Siglo XX*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Juliá, S. (Coordinador) (1999). De “guerra contra el invasor” a “guerra fratricida”. En *Víctimas de la guerra civil*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, S.A. (T.H.).

Lafuente, I. (2002). *Esclavos por la patria*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, S.A. (T.H.).

Levi, P. (1989). “La zona gris”. En *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik Editores.

Levi, P. (2009). *Trilogía de Auschwitz. Si esto es un hombre, La tregua, Los hundidos y los salvados*. Barcelona: El Aleph Editores.

Lezaun, J. (1996). *La Iglesia en Euskal Herria*. San Sebastián: Orain, S.A.

Lopategui, CP., J. I. (1978). *AITA PATXI Testimonio*. Euba (Amorebieta): Gráficas Bilbao, S.A.

Llarch, J. (1978). *Batallones de Trabajadores*. Esplugas de Llobregat (Barcelona): Plaza & Janes, S.A. Editores.

Llobera, J. R. (1994). *El Dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental*. Barcelona: Anagrama.

Mate, R. (1991). *La razón de los vencidos*. Barcelona: Anthropos Editorial.

Mate, R. (2003a). *Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política*. Madrid: Editorial Trotta, S.A.

Mate, R. (2003b). *Por los campos de exterminio*. Barcelona: Anthropos Editorial.

Mendiola Gonzalo, F., y Beaumont Esandi, E. (2006). *Esclavos del franquismo en el Pirineo*. Tafalla: Editorial Txalaparta, S.L.

Ovejero Bernal, A. (2007). Psicología de la memoria y el olvido en la guerra civil española. En P. García Colmenares (Coordinador), *Historia y memoria de la Guerra Civil y primer franquismo en Castilla y León*. Valladolid: Universidad de Valladolid - Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial.

Preston, P. (1986). *Las derechas españolas en el siglo XX: Autoritarismo, fascismo y golpismo*. Madrid: Editorial Sistema.

Reich, W. (1973). *La psicología de masas del fascismo*. México: Ediciones Roca, S.A.

Reig Tapia, A. (1990). *Violencia y Terror*. Madrid: Ediciones Akal, S.A.

Reig Tapia, A. (1999). *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.

Reig Tapia, A., y Merino Merchán, E. (1994). El sistema político español. En M. Pastor (coordinador), *Fundamentos de Ciencia Política*. Madrid: McGraw-Hill/Interamericana de España, S.A.U.

Rodrigo Sánchez, J. (2003). *Los campos de concentración franquistas. Entre la historia y la memoria*. Madrid: Siete Mares, S.L.

Rodrigo Sánchez, J. (2005). *CAUTIVOS Campos de concentración en la España franquista 1936-1947*. Barcelona: Crítica.

Rodrigo, J. (2006). Internamiento y trabajo forzoso: Los campos de concentración de Franco. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*. Número 6, [http:// hispanianova.rediris.es](http://hispanianova.rediris.es).

Ruiz-Vargas, J. M. (2006). Trauma y memoria de la Guerra Civil y de la dictadura franquista. *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*. Número 6, [http:// hispanianova.rediris.es](http://hispanianova.rediris.es).

Salamanca, M. E. (2005). La violencia representada: bases para la construcción de modelos dinámicos. *Papel Político No. 17*. Instituto de Investigación sobre Paz y Conflictos. Universidad de Uppsala.

Scheifler, J. R. (abril 21, 2014). Cuando el problema es el Estado, *Deia*.

Sotelo, I. La violencia en un mundo globalizado. Universitat Internacional de la Pau. Información obtenida en Internet el 3 de setiembre de 2011.

Sueiro, D., y Díaz Nosty, B. (1986). *Historia del franquismo (I)*. Madrid: Sarpe.

Talon, V. (1988). *Memoria de la guerra de Euzkadi de 1936 - II. Las Campañas*. Esplugues de Llobregat (Barcelona): Plaza & Janes Editores, S.A.

Thompson, P. (1978). *The voice of the past: Oral History*. Oxford: University Press.

Ugalde, M. (1984). *Biografía de tres figuras nacionales vascas. Arana-Goiri, Agirre, Leizaola*. Donostia: Sendoa argitaldaria.

Villota Elejalde, I. (2000). *Iglesia y sociedad. España - País Vasco*. Bilbao: Instituto Diocesano de Teología Pastoral, Editorial Desclée De Brouwer, S.A.

CUESTIONARIOS

CUESTIONARIO - 1

PARA LOS COMPONENTES DE

AMBOS TIPOS DE BATALLONES

¿Cómo te llamas?

¿Dónde naciste?

¿Cuándo naciste?

Guerra.

- ¿Tenías una ideología política cuando empezó la guerra?
- ¿Dónde estabas cuando empezó la guerra?
- ¿Fuiste voluntario a la guerra o requirieron tu incorporación?
- ¿Cuál fue el motivo por el que fuiste voluntario?
- ¿Dónde estuviste en la guerra?
- ¿Pensabas que te podían matar?
- ¿Dónde y cuando os retirasteis?
- ¿Dónde te reunieron antes de mandarte al Batallón de Trabajadores?

Aspectos generales.

- ¿Cómo ves la experiencia de los trabajos forzosos?
- ¿Pasaste hambre, frío, malos tratos?
- ¿Estabais hacinados?
- ¿Cómo eran los lugares para pernoctar?
- ¿Qué trabajos hiciste?
- ¿Eran duros?
- ¿Cómo os trasladabais de un lugar a otro?
- ¿Eran duras las caminatas?
- ¿Qué atención recibíais cuando estabais enfermos?
- ¿Se te murió algún amigo?
- ¿Cómo te afectó?

Funcionamiento dentro del Batallón.

- ¿En qué Batallón de Trabajadores estuviste?
- ¿Cuántos presos estabais juntos?
- ¿Hubo alguna rebelión dentro del batallón?
- ¿Hubo gestos de rebeldía y desobediencia?
- ¿Se fugó gente?
- ¿Había diferencia en la forma de actuar en función de la ideología política?
- ¿Existía la posibilidad de visitas?
- ¿Existía la correspondencia libre?
- ¿Había libertad religiosa?
- ¿Qué aportaba el sacerdote?
- ¿En qué lugares estuviste?
- ¿Cómo era el reglamento?
- ¿Cantabais canciones franquistas?
- ¿Cómo era el día a día de un preso?

Relaciones en el batallón.

- ¿Hablabais de política?
- ¿Sabes de la existencia de chivatos?
- ¿Os fiabais los unos de los otros?
- ¿Había amenazas?
- ¿Había solidaridad entre vosotros?
- ¿Había peleas entre vosotros? ¿Por qué?
- ¿Cómo era la relación entre presos?
- ¿Cómo era la relación entre mandos?
- ¿Cómo era la relación entre presos y mandos?
- ¿Os trataban a todos los prisioneros por igual?
- ¿Cómo os trataba la gente de los lugares en los que estabais?

Aspectos psicológicos.

- ¿Cuál es el peor recuerdo que tienes del batallón?
- ¿Qué recuerdos positivos guardas?
- ¿Tenías miedo? ¿A qué?

- ¿Cómo afectó a tu vida familiar la privación de libertad?
- ¿Cómo afectó a tu vida laboral la privación de libertad?
- La experiencia vivida ¿condicionó, de alguna manera, tu vida cuando volviste?
- ¿Has vuelto por los lugares donde estuviste trabajando? ¿Qué sentiste?
- ¿Supuso en algún momento el sufrimiento un motivo de crecimiento?
- ¿Te reuniste durante la dictadura con alguno de tus compañeros de batallón? ¿Cómo lo recuerdas?
- Con el paso del tiempo, ¿todo se olvida, se perdona o queda algo de rencor?
- ¿El dolor ha sido una fuente de resentimiento o de no querer hablar?
- Después de tu experiencia ¿crees que tiene alguna justificación una guerra civil?
- ¿Cómo ves la recuperación de la memoria histórica, la exhumación de cadáveres, etc.?

---oOo---

- ¿Te incorporaste más tarde a un Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores?
- ¿Que significó para ti la vuelta a un batallón?
- ¿Qué diferencias había en el funcionamiento, en las condiciones de vida y en el trato entre ambos batallones?

CUESTIONARIO - 2

PARA

JOSÉ ANTONIO PÉREZ PÉREZ

Trabajo de investigación.

- ¿Para qué sirve el reflejar por escrito el conflicto analizado en una investigación?
- La interpretación o manipulación de un trauma por parte de escritores, investigadores o medios de comunicación, ¿puede resultar más escabrosa que el propio acto violento en sí, por la cantidad de actores, políticas y lógicas que encierra, por la propia tergiversación...?
- ¿Podría decirse, que todas las formas de violencia tienen en común la intolerancia frente a lo diferente y la resistencia a percibir su aparición y crecimiento?
- ¿Cómo se articula la Historia, la memoria y la fuente oral?
- ¿Cuál es el poder de recordar, de olvidar y del lenguaje?
- ¿En qué medida es la memoria un derecho y un deber moral para no repetir la historia?

Entre el olvido y el recuerdo se alzan voces.

- Cuando se habla de esclarecer y dar a conocer aspectos de la guerra, a menudo se escuchan voces diciendo que es agua pasada y que es mejor olvidar, pero ¿es el olvido una solución?
- ¿Puede equivaler a ponerse una venda en los ojos para que el hecho violento no desestabilice y desequilibre nuestras vidas?
- ¿Podemos recurrir a una ignorancia buscada?
- ¿Se debe recordar?

La víctima.

- Apelar a la memoria y no al olvido, ¿es un paso para aliviar el trauma de los entrevistados?
- ¿Puede suponer el recuerdo de la violencia una lesión moral para las víctimas?
- ¿En qué aspectos han sido los sentimientos, durante la guerra y posguerra, objetos de represión?

- Por tu experiencia, ¿crees que la mayor parte de las víctimas de una guerra o situación que haya supuesto la violación de los derechos humanos, ha vivido la actualidad pensando en la construcción del futuro, sin odio, pero sí con el conocimiento y el recuerdo bien presente del pasado?
- ¿Qué valor tiene la voz de la víctima?
- ¿Qué es el duelo y cuál es su proceso en la superación del dolor y del sufrimiento?
- ¿Cómo puede convertirse el duelo en una experiencia para la paz?

Guerra.

- ¿Qué representó la guerra en todo el Estado?
- ¿Cómo se vivió la guerra en Euskadi?
- ¿Qué particularidades la distinguieron de otras regiones?
- Con la violencia, ¿cómo se concilia el sufrimiento y el miedo con la esperanza?

Posguerra.

- ¿Puede que el asesinato o la violencia se haya caracterizado en muchos contextos como exigencia para marcar el deber de comportarse de una determinada manera?
- ¿Pudo el ambiente social atenuar o vigorizar una tendencia violenta?
- ¿Qué pautas culturales se reprodujeron?
- ¿Qué experiencias nos dejó la Guerra Civil en Euskadi?
- ¿Cómo se vivió el problema socio-político en Euskadi?
- ¿Podría decirse que el trauma de la guerra está totalmente superado?
- ¿Cómo afectó el franquismo a los movimientos obreros y sociales?

Batallones de Trabajadores.

- ¿Qué representaron durante y después de la guerra?
- ¿Cómo se vieron afectados en su vida cotidiana estos represaliados, después de terminar la guerra?
- ¿Encontraron trabas para poder conciliar su vida laboral?
- ¿Cómo transmitieron sus experiencias como prisioneros de batallones de trabajadores a sus familiares y amigos?

CUESTIONARIO - 3

PARA

JOSEBA DE AGUIRRE ZABALA

¿Cómo te llamas?

¿Cuándo naciste?

¿Dónde naciste?

Guerra.

- ¿Por qué naciste en París?
- ¿Dónde nacieron tus hermanos?
- ¿Qué crees que les pudo suponer a tus aitas el tener que dejar todo y marcharse de Euskadi?

En el exilio.

- ¿Había una relación sólida entre los exiliados?
- ¿Existía diferente tipo de relación entre los exiliados, en función de los partidos de pertenencia?
- ¿Mantenía tu familia contacto con el clero perteneciente a la Iglesia vasca?
- ¿Hay valores y cualidades de tu aita, que hayan sido referentes en tu vida?
- ¿Les viste en algún momento llorar a tus aitas, como consecuencia de su condición de exiliados?
- ¿Soñaban tus aitas con volver a Euskadi o con que vinierais los hijos?
- ¿De qué manera te transmitieron y vivíais en el exilio la cultura vasca?
- ¿Por qué y cuándo decidiste venir a vivir a Euskadi?

En Euskadi.

- ¿Qué significó para ti venir a Euskadi?
- A pesar de las particularidades culturales de cada país ¿te amoldaste bien a vivir en Euskadi?

- ¿Qué diferencia crees que pudo haber entre la infancia de los niños que se quedaron aquí durante la guerra, de los que fueron evacuados o de los que, por circunstancias de la contienda, nacisteis fuera?
- ¿Has mantenido el contacto con alguno de los amigos y compañeros que has ido dejando en tu recorrido por el mundo?
- ¿Has estado siempre vinculado al Partido Nacionalista Vasco?
- ¿Qué tipo de sentimiento queda con el paso de los años: rencor, odio, olvido, perdón...?
- ¿Crees que se han cerrado las heridas de la guerra?
- ¿Estás a favor de la independencia?
- ¿Crees que la transición se hizo de la forma más correcta posible?
- ¿Qué importancia le das a la recuperación de la memoria histórica?

CUESTIONARIO - 4

PARA

MIREN SOLABERRIETA MENDIOLA

¿Cómo te llamas?

¿Dónde naciste?

¿Cuándo naciste?

Guerra.

- ¿Dónde estabas cuando empezó la guerra?
- ¿Qué recuerdos tienes de los comentarios de la gente y del ambiente que se vivía en los primeros momentos de la guerra?
- Antes de marcharte a Inglaterra y cuando la guerra ya había empezado, ¿viviste alguna situación especialmente dura?
- ¿Por qué te marchaste a Inglaterra?
- ¿Ibas con alguna persona conocida?
- ¿Quién te llevó al puerto a embarcar?
- ¿Qué supuso para ti la separación de tus aitas?
- ¿Qué crees que significó para ellos?

En Inglaterra.

- ¿Qué representó el llegar a un país extraño?
- ¿Cómo os recibieron y os trataron durante la estancia?
- ¿Dónde estabas alojada?
- ¿Ibas al colegio en Inglaterra?
- ¿Tuviste dificultades para integrarte en el colegio?
- ¿Recibiste una buena educación académica?
- Mientras estabas en Inglaterra, ¿dónde estaban tus aitas?
- ¿Cuánto tiempo estuviste sin tener ningún tipo de comunicación con tus aitas?
- ¿Qué significaba para ti la lejanía de tus aitas?
- ¿Cuánto tiempo estuviste en Inglaterra?

- De Inglaterra, ¿volviste directamente al Estado español?
- ¿Cuándo y por qué volviste?

En Euskadi.

- ¿Con quién viniste?
- ¿Qué supuso la vuelta a Euskadi?
- ¿Volviste a tu hogar de siempre?
- ¿Era difícil la vida de posguerra en Euskadi?
- ¿Qué diferencias veías con Inglaterra?
- ¿Te benefició, para la vida en Euskadi, lo que aprendiste en Inglaterra y de forma especial el idioma?
- ¿Has seguido teniendo contacto con alguna de las personas inglesas que conociste?
- ¿Has seguido teniendo contacto con personas de aquí que emigraron contigo?
- ¿Cuál es el mejor y el peor recuerdo de tu estancia en Inglaterra?
- Independientemente de que la evacuación haya sido conveniente, ¿consideras que tu estancia en Inglaterra fue para ti una cosa positiva o negativa?
- ¿Qué te contaron tus aitas de sus experiencias durante vuestra separación?

CUESTIONARIO - 5

PARA

JESÚS ETXARRI FERNÁNDEZ

¿Cómo te llamas?

¿Dónde naciste?

¿Cuándo naciste?

Guerra.

- ¿Dónde estabas cuando empezó la guerra?
- ¿Qué recuerdos tienes de los comentarios de la gente y del ambiente que se vivía en los primeros momentos de la guerra?
- ¿Con quién vivías?
- En el Bilbao de la época de guerra, ¿hasta qué punto había escasez de alimentos básicos?
- ¿Se vivía una o varias ideologías políticas en tu entorno familiar más cercano?
- ¿Por qué se supone que le hicieron preso y que le mataron a tu padre?
- ¿Qué representó para ti la muerte de tu padre?
- ¿Por qué decidió tu familia abandonar Bilbao?

Tras abandonar Bilbao.

- ¿Dónde fuisteis cuando os marchasteis de Bilbao?
- ¿Quiénes fuisteis?
- ¿Fue fácil encontrar un lugar de acogida?
- ¿Recibisteis algún tipo de ayuda?

En Centellas.

- ¿Vivías sólo con tu familia o compartíais la vivienda con personas ajenas al entorno familiar?
- ¿Cómo era para un niño como tú, el día a día en aquella época y en un lugar extraño?

- ¿Fue difícil la vida en Centellas?
- ¿Qué tipo de limitaciones teníais?
- ¿Os ayudaba la gente del pueblo?
- ¿Cómo recuerdas la llegada de las tropas nacionales?
- ¿Tienes alguna percepción del comportamiento y del aparente sentimiento de la gente cuando entraron los nacionales?
- Tras la victoria de los nacionales en la zona, ¿rememoras alguna situación que te llamara la atención de forma especial?

De vuelta a Euskadi.

- ¿Cuándo y cómo volvisteis a Euskadi?
- ¿Regresasteis directamente a vuestra casa?
- ¿Cómo transcurrió tu infancia?
- ¿Qué sentimiento te ha quedado de aquellas vivencias?
- ¿Te ha interesado el mundo de la política?

CUESTIONARIO - 6

PARA

JOSU BILBAO Y JUANJO SAN SEBASTIÁN

- ¿Cuál es tu nombre?
- ¿Cuándo naciste?
- ¿Dónde naciste?

Antes de entrar en la cárcel.

- ¿En qué momento te detuvieron?
- ¿Por qué te metieron en la cárcel?
- ¿Entendías justificado tu encarcelamiento?
- En términos generales, ¿qué era y cómo era ETA en aquella época?
- ¿Qué te movió a integrarte en ETA?
- ¿Cuál era tu implicación o tu papel en la organización?

En la cárcel.

- ¿Cuánto tiempo estuviste en la cárcel?
- ¿En cuántas cárceles y en qué lugares estuviste?
- ¿Qué era lo más duro en el día a día?
- ¿Te aportó algo bueno la cárcel?
- ¿Cambiaron tus ideas durante el tiempo que estuviste en la cárcel?
- ¿Con qué tipo de gente estuviste y te relacionabas?
- ¿Con quién tenías mejor relación, con los compañeros que estaban encarcelados por los mismos motivos que tú o con otros que estaban encarcelados por otros motivos?
- ¿Qué te aportaron tus compañeros?
- ¿Hasta qué punto teníais libertad de expresión?
- ¿Cuál fue el mejor momento de tu estancia en la cárcel?
- ¿Cuál fue el peor momento de tu estancia en la cárcel?
- ¿Saliste porque habías cumplido la condena o por otro motivo?

Después de la cárcel.

- ¿Tuviste alguna dificultad al salir de la cárcel para integrarte en la vida normal, por ejemplo, en el mundo laboral?
- ¿Cómo sentías que te miraba la gente, como a un líder o como a un delincuente?
- ¿Seguiste vinculado a las mismas actividades cuando saliste de la cárcel?
- ¿Sigues teniendo relación con tus compañeros de la cárcel?
- ¿Crees que algunos de los objetivos por los que luchabas han mejorado o incluso, que se han cumplido?
- ¿Te has arrepentido alguna vez de haber pertenecido a ETA?
- ¿Qué ha significado para ti el que ETA haya dejado las armas?

ANEXOS

DON VIDAL MESANZA Y SAENZ DE URTURI, CAPITAN DE INFANTERIA, SECRETARIO DEL JUZGADO MILITAR DE JEFES Y OFICIALES DE LA PLAZA DE BILBAO, DEL QUE ES JUEZ INSTRUCTOR EL TENIENTE CORONEL DE CABALLERIA DON CARLOS SANTO DOMINGO YANDIOLA.-

C E R T I F I C O: Que en el sumario ordinario nº 377-45 instruido por un delito de los comprendidos en la Ley de Seguridad contra el Estado y a los folios que respectivamente se indican, obran las siguientes actuaciones:-----
 FOLIO 43 DICTAMEN DEL EXCMO. SR. AUDITOR DE GUERRA.- } Nº 888-12. Sº 377-45. Bilbao.- Excmo. Sr.-Se
 } ha instruido este procedimiento como consecuencia del robo de dinamita cometido el día

13 de Julio de 1.945, a mano armada, atracando al vecino de Carranza (Vizcaya)-Manuel Echevarría Gutierrez y a Francisco Alonso Uriarte.- Practicadas diligencias han resultado infructuosas no habiéndose podido determinar quienes fueron los autores y comprobándose que los servicios de vigilancia estaban normalmente establecidos.-Por lo expuesto y de conformidad con lo dispuesto en el art. 723 nº 2 del Código de Justicia Militar, pudiera V.E. acordar el sobreseimiento provisional de este actuado, con devolución a su instructor para los trámites de cumplimiento.-V.E. no obstante acordará.-Burgos a 2 de Febrero de 1.946.- Excmo Sr.- El Auditor.- Firmado y rubricado ilegible.- Hay un sello en tinta que dice: Auditoria de Guerra de la VI Región Militar.-----

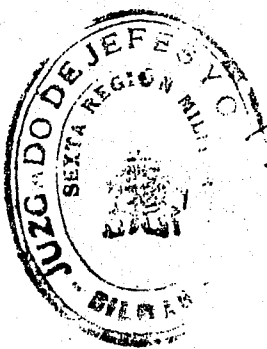
DECRETO DEL EXCMO. SR. CAPITAN GENERAL.-) J-M.D. 1061.- Ref:S.O.nº 377-45.- Robo dinamita, me
) cha, pólvora y fulminantes en termino Carranza.-
) Burgos 5 de Febrero de 1.946.- DECRETO. De conformi

con el precedente dictamen y por sus propios fundamentos, acuerdo el sobreseimiento provisional de las presentes actuaciones, conforme al nº 2º del art. 723 del Código de Justicia Militar.- Vuelvan los autos a su Juez Instructor para cumplimiento, curso de testimonios y demás trámites. El Capitán General.- Firmado, Yague.- Hay un sello que dice: Sexta Región Militar-Secretaría de Justicia.-----
 Concuerta bien y fielmente con los origina les a que me remito y para que conste y su entrega al interesado Dn. FRANCISCO ALONSO U-RIARTE a efectos de notificación, extendiendo el presente testimonio en con el vistobueno del Sr. Juez en Bilbao a cuatro de Marzo de mil novecientos cuarenta y seis.-

Vidal Mesanza

Vº Bº

Carlos Santo Domingo



11 División

ANEXO - 2



ZARAUZKO (VADALA)
IDAZKARITZA
2002 ABE 02
EGIAZTAIA / COMPULSADO
Funtzionario / Funcionario

Batallón 8^º Compañía

Equiarabal
Primer Apellido
Gacili
Segundo Apellido

Agustin
Nombre

Empleado

Soldado

REEMPLAZO

1937

CERTIFICADO provisional de servicios, a favor del

Soldado

expresado, hijo de Jose Agustin y de Martina, natural de San Sebastian (Guipuzcoa), nacido en 28 de Agosto de 1916, licenciado en el día de la fecha, en virtud de

residencia fija en Zarauz (Guipuzcoa) calle Santa Marina núm. 22, cuyas vicisitudes militares quedan reseñadas a continuación.

VICISITUDES MILITARES

Hizo el 18 de Julio de 1936 en Zarauz (Guipuzcoa) presentó voluntario el día de 1937, en el Regimiento de guarnición en Servía como (1) (2) en el Regimiento

El 18 de Julio de 1936, se hallaba y efectuó su presentación en el Regimiento de el día de 1937

Presentado en la Caja de Recluta número el día de 1937 al ser utilizado su reemplazo.

El día de se presentó en el Regimiento de donde fué destinado por la Caja de Recluta mencionada.

Compañías y Batallones a que perteneció en el citado Cuerpo Batallón de Tralajadores nº 46 desde el 16 de Octubre de 1937 hasta el 31 de Octubre de 1939 siendo licenciado y vuelto a incorporar fecha 31 de Julio de 1940 ingresando en el Batallón de Tralajadores nº 37 hasta 31 de Octubre de 1941 en que pasó destinado al Regtº Infº nº 2 en 31 de Octubre de 1941 CAMBIOS DE CUERPO

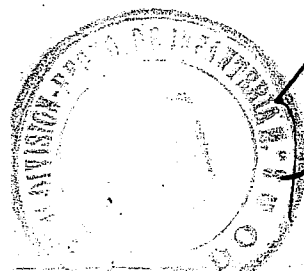
Regto. Campo de Casteja	al	Batallón de Tralajadores nº 46	en	16	de	Octubre	de	1937
Batallón de Tralajadores nº 46	al	licenciado	en	31	de	Octubre	de	1939
licenciado	al	Batallón de Tralajadores nº 37	en	31	de	Julio	de	1940
Batallón de Tralajadores nº 37	al	Regtº Infº nº 2	en	31	de	Octubre	de	1941

Revisado

Recibido
COMANDO DE LA DIVISION
11 de Noviembre de 1952

A Cabo en de de 19....., en el Regimiento
 Batallón Compañía.
 A Sargento (3) en de 19....., en el Regimiento
 Batallón Compañía.
 A el de de 19....., en el Regimiento
 Batallón Compañía (Academia)
 A en de de 19....., en el Regimiento
 Batallón Compañía (Academia)
 A en de de 19....., en el Regimiento
 Batallón Compañía (Academia)

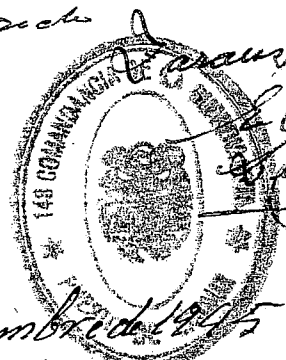
Madrid de **ZARAUZKO UDALA** de 194.....
 V.º B.º **IDAZKARITZA**
 El Coronel, **Zarautz, 2002 ABE. 0 2**
EGIAZTATUA / COMPULSADO
 Funtzionario / El Funcionario



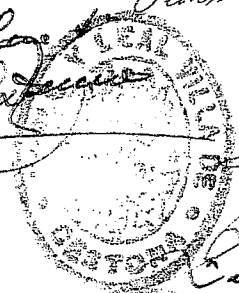
Revisado
 12 de Diciembre 1943
El Comandante

Revisado
 19 de Diciembre 1943
El Comandante

Revisado
 23 de Diciembre de 1945
El Guardia 2º
Proencio Calleja

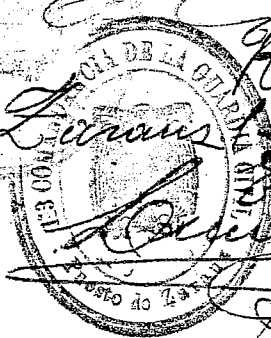


Revisado
 15 de Diciembre 1944
El Guardia 1º
Manuel Ferrero



Revisado
 14 de Diciembre 1949
El Guardia 1º
Victoriano Ferrero
 1951

Revisado
 10 de Noviembre 1947
El Guardia 2º
Manuel Ferrero
 1948
 6 de Diciembre 1948



BATALLÓN NÚM. 11

3.º de la C. N. T.

"Isaac Puente"

COMANDANCIA

ANEXO-3

C.N.T. - F.A.I.

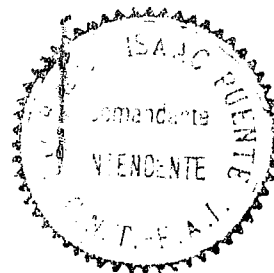
JOSE MARIA ARISTEGUI LASPIUR, Comandante Intendente del Batallón Nº 11 "ISAAC PUENTE" perteneciente a las milicias antifascistas de la C.N.T. certifica que:

El Miliciano ESTEBAN ALONSO URIARTE perteneciente a la 3ª Cia. en clase de Miliciano resulto herido el día 21 de Febrero de 1937 en combate sostenido en la posición de CIMADEVILLA frente de Oviedo Sector de San Claudio, FALLECIENDO el 23 del mismo mes en el hospital de Ujo a consecuencia de las heridas.

Para que conste y surta los efectos consiguientes expido el presente en Dos Caminos a 6 de Abril de 1937.

El Comandante Intendente

Jose Maria Aristegui Laspiur

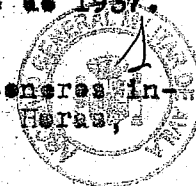


ANEXO - 4

CAMPO DE CONCENTRACION DE SAN PEDRO DE CARDENA - Mes de Octubre de 1937.

09

RELACION NOMINAL per oficios, naturaleza y estado de los prisioneros ingresados en este Campo, en el día 4 del expresado mes, a las 22 horas, procedentes de SANTONA.



APELLIDOS	NOMBRE	PROFESION U OFICIO	EDAD	ESTADO	NATURALEZA	Nº	CB
Abales Villanueva	Julio	Maldador	32	casado	Pasajes P.	1	
Acuña Otero	Francisco	Zapatero	49	id.	Lugo	2	
Alberde Zubiaurre	Andrés	Armero	33	soltero	Elgeibar	3	
Alberdi Zubiaurre	Tiburcio	id.	43	viudo	id.	4	
Albisua Ramero	Manuel	Labrador	23	soltero	Carranza	5	
Alcelay Gandiaga	Luis	Armero	32	id.	Amerebieta	6	
Aldasoro Sagastume	Carmelo	Jornalero	32	casado	Hernani	7	
Alejandro Garcia	Pedro	Electricista	30	id.	Carabantes	8	
Alonso Nuñez	Santos	Jardinero	32	id.	Barrios Euzaba	9	
Alonso Pampin	Desiderio	Metalista	31	id.	Montamarta	10	
Alonso Rodriguez	Orancio	Impresor	40	id.	Terreleaten	11	
Alvarez Diaz	Manuel	Marinero	37	soltero	Vega de Rival	12	
Alvarez Sanchez	Benifacio	Minero	33	casado	Mendaya	13	
Alvarez Sanchez	Manuel	Minero	33	id.	id.	14	
Alvarez Urbaneja	Domiciano	Jornalero	34	id.	Bizmañe	15	
Anigo Bermudez	Manuel	Soldado	38	id.	Ortuela	16	
Amuchategui Achurra	José M.	Sacerdote	25	soltero	Lequeitio	17	
Anasagasti Zulueta	Carlos	Franciscano	27	id.	Bermes	18	
Andres de la Cal	Pablo	Camarero	35	casado	Oliveros de D.	19	
Andrés López	Enrique	Minero	34	id.	Abanto y Cierv	20	
Angel Cabelle	Tomas	Lampistero	21	soltero	Bilbao	21	
Anguizar Ormaechea	Jacobo	Jornalero	36	casado	Eibar	22	
Angulo Gómez	José	Camarero	33	id.	Bilbao	23	
Angulo Ruiz	Guillermo	Jornalero	31	id.	El Regato	24	
Aramandi Zugasti	Angel	Labrador	37	id.	Barambio	25	
Aranceta Abriesqueta	Luis	Laminador	43	id.	Sestas	26	
Aranguren Aranguren	Eusebio	Jornalero	34	soltero	S. Sebastian	27	
Arceaga Bilbao	Elias	id.	30	id.	Baracaldo	28	
Ariz Arceaga	Lucio	Minero	33	casado	Bilbao	29	
Arizmenai Berichinaga	Narciso	Torn.mecán.	32	id.	Eibar	30	
Armentia Expósito	Pascual	Albañil	44	id.	Vitoria	31	
Arnaiz Mar	Gregorio	Carpintero	38	soltero	Castro	32	
Arnaiz Quinceces	Enrique	Albañil	22	id.	Sestas	33	
Arnaiz Villasante	Benedicto	Peletari	22	id.	Miranda	34	
Arteche Ibarreche	Félix	Ajustador	35	id.	Illeto	35	
Artola Orbegezo	Hermenegildo	Albañil	30	id.	S. Sebastian	36	
Arrizabalaga Estefania	Saturmín	Tupista	31	casado	Bilbao	37	
Aspiunza Sagarduy	Eusebio	Labrador	42	soltero	Basauri	38	
Atristain Larrinaga	Servando	Ferrevar.	31	casado	Eibar	39	
Ayala Rebolledo	Constantino	peón	38	soltero	La Aldea	40	
Azumendi Ormazabal	Antonio	Labrador	32	casado	Ea	41	
Ayuso Serrano	Silvino	Minero	32	soltero	Ortuela	42	
Bañuelos López	Benigno	Pescador v	41	casado	Santacolema	43	
Bertelin Leonarce	Jacinto	Minervista	18	soltero	Baracaldo	44	
Taboza Estalaye	Felipe	Minero	38	viudo	Herneta	45	
Valleja Seto	Asensio	pinter	31	casado	Bilbao	46	

ARCHIVO GENERAL MILITAR DE AVILA
(Villacopa, 18 - 05001 AVILA)

Reproducción tomada del original de esta Sección
Nota: Prohibida la reproducción con fines comerciales.

467

APELLIDOS	NOMBRE	PROFESION U OFICIO	EDAD	ESTADO	NATURALEZA	Nº	OBS
Campaña Parada	Emilie	Marinero	33	soltero	Santa Eugenia	47	
Campo Sarachaga	del Serafin Ay. Verjad.		42	casado	Sámanes	48	
Caraciolo Irinortegui	Celestino	Cerámico	47	id.	Arguñáriz	49	
Carreño Martín	Teodoro	Moldador	31	id.	Valdeacinas	50	
Casado Iñaki	Hilario	Panadero	46	id.	La Arboleda	51	
Castellón Echeverría	Claudio	Minero	33	id.	Burdizain	52	
Castelo Buena	Lucas	Marinero	34	soltero	Puerto del Sen	53	
Cayere Aguirre	J. Bautista	Labrador	34	casado	Lemoniz	54	
Celina Perez	Martín	Panadero	18	soltero	S. Sebastian	55	
Derrensere Artola	José M.	Fundidor	23	id.	Vergara	56	
Emelai Olano	Manuel	Jornalero	24	id.	Bilbao	57	
Fernández Auzmendi	José	Papelero	21	id.	Aranguren	58	
Fernández Baños	Eduardo	Jornalero	29	id.	A. y Ciérvana	59	
García Vicario	Angel	Gasista	32	casado	Santander	60	
Herrera Domingo	Tomás	Jornalero	47	viudo	Baños de Vald.	61	
Izquierdo Durana	Julian	Tinterero	19	soltero	Bilbao	62	
Jubinda Meze	Pedro	Metalúrg.	32	casado	Arrigueriaga	63	
Larrañaga Ormaechea	Benito	Meterista	41	soltero	Malilla	64	
Lasaga Orruela	Alfonso	Jornalero	18	id.	S. Salvador V.	65	
Lena Goicoechea	Manuel	Cocinero	26	id.	Benavente	66	
López Lomas	Teófilo	Calderero	46	viudo	Palacios	67	
López Meze	Tomás	Jornalero	43	casado	Oñeria	68	
Leñai Zaballa	Filiberto	Minero	30	id.	Oñes	69	
Mancha Herrero	Teodoro	Jornalero	39	soltero	Gerencillo	70	
Medina Bara	Marcos	id.	28	casado	Huete	71	
Muga Perez	Jacinto	id.	45	id.	Salinillas	72	
Muñoz Ortega	Andrés	Litógrafo	27	id.	Bilbao	73	
Ormaza Sasia	Julian	Minero	24	soltero	Ortuella	74	
Oñazua Goiria	José	Jornalero	32	casado	Rigeitia	75	
Otegui Echevarria	Antonie	Religioso	25	soltero	Gaviria	76	
Perez Santamaría	Eduardo	---	17	id.	Las Arenas	77	
Rabilero Velazquez	Julian	Jornalero	38	casado	Badillo	78	
Ramos Mier	José	Panadero	35	id.	Avenanza	79	
Rodríguez Murillo	José	Minero	24	soltero	Caldames	79	
Rodríguez Rodríguez	Lucie	Labrador	33	id.	Orbaneja	80	
Sastre Montejo	Ahaclote	Cortador C	32	casado	Mercuera	81	
Serna Varona	Emilie	Jornalero	29	soltero	Quintanilla	82	
Unamuno Urquia	Sebastian	Metalúrg.	34	casado	Vergara	83	
Varona García	Caster	Albañil	40	id.	Loma de Mont.	84	
Alonso Uriarte	Francisco	id.	21	soltero	Sestao	86	
Arana Sarache	Emilie	Moldador	33	casado	Sestao	87	
Garabito Arrien	Florentino	Sacerdote	25	soltero	Murga	88	
Iraola Echeverste	Francisco	Religioso	28	id.	Pasajes A.	89	
Leñaz Otegui	Domingo	Seminaria	24	id.	Renteria	90	
Martínez Ungiles	Julian	Jornalero	45	casado	Villada de C.	91	
Obregon Adrian	Inocencio	Minero	28	casado	Vilalluengo	92	
Ortiz Leguina	Bernabe	Jornalero	27	soltero	Sopuerta	93	
Valle Sanchez	Luis	id.	35	casado	Sestao	94	
Zubillaga García	Florentino	id.	21	soltero	Telesu	95	
López Baraza	Deroteo	id.	34	viudo	San M. Basauri	96.	

San Pedro de Cardena 4 Octubre 1937.

II AÑO TRIUNFAL

EL CAPITAN JEFE DEL CAMPO.

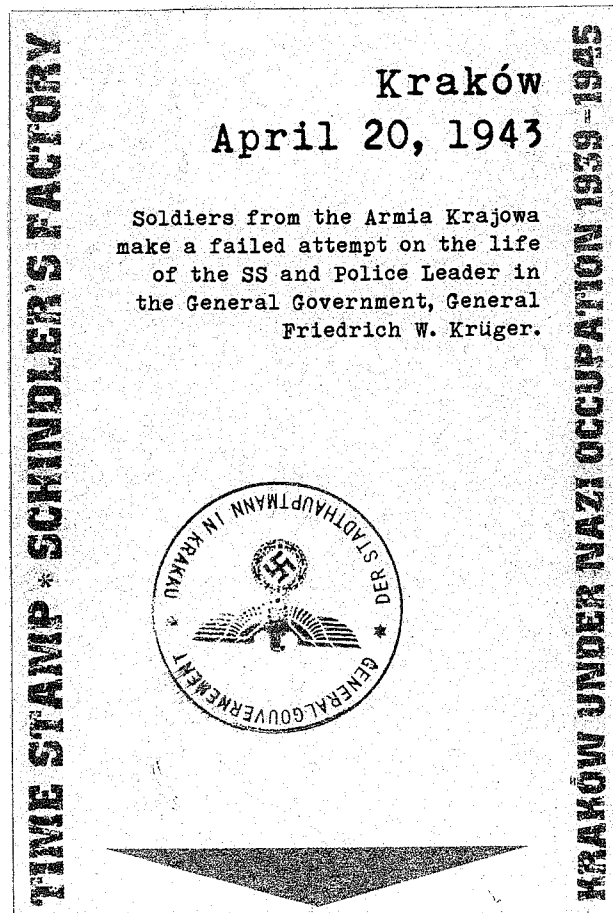
ARCHIVO GENERAL MILITAR DE AVILA

(Valecaph. 12 - 05001 AVILA)

Reproducida tomada del original de esta 469

Nota: Prohibida su reproducción con fines comerciales.

ANEXO - 5



STAMP CZASU - FABRYKA SCHINDLERA

Kraków
20 kwietnia 1943

Armia Krajowa podjęła
nieudaną próbę zamachu na dowódcę
SS i policji w GG
gen. Fridricha W. Krügera.

KRAKÓW - CZAS OKUPACJI 1939-1945

AUTO DE PROCESAMIENTO



UEZ *Mr. Del*
Uamro

En *Bilbao* a *28* de

de mil novecientos

treinta y nueve

RESULTANDO: Que *el denunciado José Marcos Torres, de*
ciología marxista es un voluntario de la
los rojas, ha entrado en el Bº de Trabajadores
CS. que firmó la frase de "me cago en la madre
todos los fascistas" y por tanto sin dis-
ción de personas, cargos ni jerarquías.

CONSIDERANDO: Que los hechos anteriormente expuestos revisten los caracteres del delito de *rebelión* previsto y penado en el artículo *240* del Código de Justicia Militar de Guerra de 28 de Julio de 1936 y que de los mismos aparece como presunto responsable *José Marcos Torres.*

que se deduce de las diligencias obrantes en el presente sumario.

CONSIDERANDO: Que conforme al artículo 421 del citado Código, cuando resulten cargos contra determinada persona, debe procederse contra ella y atendidas la naturaleza del delito perseguido y la pena mismo señalada, procede decretar la *prisión provisional* del inculcado.

Vistos los artículos citados y demás de aplicación,

S. S., por ante mí el Secretario, dijo: Se declara procesado en esta causa a *José Marcos Torres* y se decreta la *prisión provisional* del mismo.

Notifíquesele el presente auto, recíbale declaración indagatoria evacuándose las citas útiles que, y librense los oportunos oficios y mandamientos para hacer efectiva la *prisión*.

Así lo acordó y firma D. *Fernando del Olmo Riva* Juez Militar, que yo el Secretario, doy fe.

Fernando del Olmo Riva
[Signature]

ANEXO - 7

Prisión Militar de San Juan

Huesca

Núm.

DON DANIEL ALONSO SALVADOR, TENIENTE CORONEL PRIMER JEFE
DE LA PRISION MILITAR DE SAN JUAN DE HUESCA.

CERTIFICO:

Que el Trabajador JOSE
MORENO TORRES, durante su per-
manencia en esta Prisión ha
observado una conducta exce-
lente, habiendo desempeñado
el destino de practicante a
mi completa satisfacción.

Y para que conste expido
el presente en Huesca, a 20
de noviembre de 1939. Año de
la Victoria.



[Handwritten signature]

ANEXO - 8

Tolosa 17 Septiembre de 1938

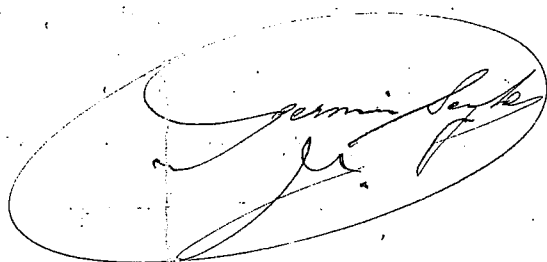
Mi querido hermano: Recibo la tuya del 10 del corriente alegrandome estes bien, yo, sin novedad por el momento.

En primer lugar te dire que ayer, recibí por giro 10 pesetas que tu con mucha galanteria me las has enviado, yo, dandome cuenta del enorme sacrificio que tu te has impuesto, te doy las mas expresivas gracias, pues lo que haces por mi, hay que apreciarlo en su justo valor para darse cuenta lo que supone el privarse para fruto de un segundo.; así es que, te suplico no pases miserias por mi, pues aunque aqui hace falta todo eso para comer, en esa, y en libertad, todo te hara falta, así es que tu veras.

Por aqui no hay nada de particular, seguimos como siempre, sin proceso ni na, yo creo que esto sera para poco tiempo, y voy preparando mi temple para cuando ^{de} me pongais en libertad. Te agradeceré me mandes en tu proxima las señas de Felipa y Maria, pues voy a escribirles y mandarles una carta con un señor que va allí a pasar las vacaciones, así es que te agradeceré seas rapido en la contestacion.

De Paquita y compañía no se nada ^{de} des hace unos 20 dias, no sé si se habra extraviado una carta, de todos modos si al nuevo me comunican, te escribiré rapidamente.

Bueno Alejandro, das recuerdos a todos los compañeros, en particular a GARAGARZA, al mismo tiempo le das las gracias, y que deseo se realice cdo pronto y en nuestro choco, así es que esperando a la tuya, recibes abrazos de tu hermano, sabes no te olvida;

A handwritten signature, likely "Germin Segura", is enclosed within an oval. The signature is written in a cursive, flowing style with some ink bleed-through from the reverse side of the paper.

AUTOMOVILISMO
INSPECCION RECUPERACION
3ª ZONA
BASE CENTRAL

ANEXO - 9

DON JUAN GOMEZ HERNANDEZ, CAPITAN INGENIERO JEFE DE LA BASE CENTRAL DE TALLERES DE LOS SERVICIOS EN LA 3ª ZONA DE RECUPERACION Y REPARACION DE AUTOMOVILES

C E R T I F I C A D O: que el soldado ALEJANDRO SAGASTA AZCOAGA, perteneciente al reemplazo de 1.930, ha estado prestando sus servicios como MECANICO MONTADOR en los talleres de esta base desde el mes de Marzo de 1.937 hasta la fecha en que es licenciado, habiendo demostrado buena conducta.

Y para que asi conste donde el interesado convenga y a peticion del mismo, expido el presente certificado en Valencia a veintiseis de Julio de mil novecientos treinta y nueve. No de la Victoria.



Juan Gomez Hernandez

ANEXO - 10



D. MATIAS MIR MARTINEZ Comandante Mayor del
Servicio de Recuperación de Automóviles del que es primer jefe el
Coronel de Ingenieros D. JUAN REIG VALERINO

CERTIFICO: Que el Soldado ALEJANDRO SAGASTA AZCOAGA
hijo de Juan y de Felipa natural de Mondragón
provincia de Guipúzcoa perteneciente al reemplazo de 1930 de estado soltero
y de oficio Mecánico ingresó en estos Servicios de Recuperación de Auto-
móviles el día 1º de julio de 1939 como procedente de los Batallones
de Trabajadores de este Servicio marcha licenciado en el día de la fecha
a Bilbao provincia de Vizcaya calle de Garcia Rivero
núm. 6, punto donde ha fijado su residencia, después de haber quedado enterado de
las prescripciones insertas al dorso, a las que dará el más exacto cumplimiento.

Y para que conste y surta los efectos de cartilla militar por haber sufrido extravío la
misma y con arreglo a lo prevenido en los artículos 18 y 29 de la Ley de Reclutamiento
de 27 de Febrero de 1925, expido el presente en Bilbao a treinta
de agosto de mil novecientos treinta y nueve. Año de la Victoria



V.º B.º

CORONEL JEFE,

Matias Mir



Pasó la revista anual
Bilbao, 18.12.39
El capitán

Jose Navarro

Pasó la revista
Bilbao, 14 de Febrero de 1940
El jefe
El jefe

ANEXO - 11

DON RAMON GARCIAIZQUIERDO, CAPITAN DE INTENDENCIA, PAGADOR
DEL SERVICIO DE AUTOMOVILISMO DE LA SEXTA REGION MILITAR Y
CUERPO EJERCITO DE NAVARRA

C E R T I F I C O: Que segun datos
que obran en el archivo de esta Depen-
dencia, el obrero ALEJANDRO SAGASTA
AZCOAGA, ha trabajado en Talleres de
este Servicio desde el día diez y sie-
te de Noviembre de mil novecientos
treinta y nueve hasta el día treinta
y uno de Diciembre de mil novecien-
tos cuarenta y uno fecha en que cau-
sa baja.

Y para que conste y a petición
del interesado, expido el presente
en Burgos a doce de Enero de mil no-
vecientos cuarenta y dos.



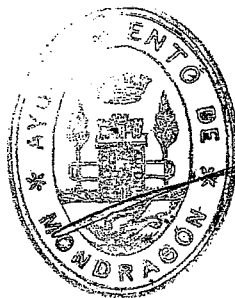
ANEXO 12
Dón Domingo Arzamendi Aranzabal, Alcalde Presidente
de la Villa de Mondragón, provincia de Guipuzcoa.



CERTIFICO: que según resulta de los datos suministrados por los agentes de mi autoridad el vecino de esta Villa DON ALEJANDRO SAGASTA AZCOAGA, de treinta y tres años de edad, y natural de la misma, durante su permanencia en esta Villa no ha obrado en forma que pueda tacharse su conducta.

Para que conste y surta los efectos oportunos, extendiendo el presente certificado en la Villa de Mondragón á seis de Mayo de mil novecientos cuarenta y dos.

El Alcalde Pte.



ANEXO - 13 **III Año Triunfal.**

Número 80.

Evacuando el informe que me confirió en su atenta comunicación de fecha 8 de febrero en curso, respecto de la filiación política y actuación de ELIAS DIEZ AGUIRREGORTIA, he de manifestar a V.S. lo siguiente:

Dicho señor es de 28 años de edad, de estado soltero, natural y vecino de esta enteglesia. Estuvo afiliado al Partido Nacionalista Vasco, ingresó en la llamada Policía "Kris-ña" como voluntario. No consta haya cometido hecho alguno delictivo, es persona de buena conducta.

Estando el Alcalde que suscribe detenido en el Carmelo de Bilbao, después de la macabra matanza de las Cárcel, este individuo le suministraba la comida que le entregaba al mismo la familia del informante y al mismo tiempo procuraba favorecerle en todo cuanto podía incluso facilitando noticias de su estado a su esposa y familiares y les infundía ánimo a uno y otros, asegurando rotundamente que antes de permitir que el suscrito fuera molestado en lo más mínimo, estaba dispuesto a defenderle aún a costa de su vida, pues que para ello tendrían que pasar sobre sus cadáveres.

Tal es el informe que el Alcalde que suscribe tiene el honor de emitir en cumplimiento de su atenta comunicación en principio invocada.

Dios salve a España y guarde a V.S. muchos años.

Sepelena, 23 febrero 1.939.

El Alcalde,

**Sr. Comandante Primer Jefe del Batallón de Trabajadores
número 15.**

ESTAFETA núm. 3.

COTEJADO Y CONFORME
CON EL ORIGINAL.

Bilbao, 27. XI. 2001.

El Archivero 487



ZONA DE RECLUTAMIENTO Y MOVILIZACION

Núm. 34

SAN SEBASTIAN

Caja de Recluta Núm. 51

DON FRANCISCO FERNANDEZ CASANOVA, CAPITAN DE INFANTERIA, ENCA
GADO DE ESTA SECRETARIA, DE LA QUE ES JEFE EL TENIENTE CORON
DE INFANTERIA DON ARTURO MONSERRAT PENA.



ZARAUZKO UDALA

IDAZKARITZA

Zarautz, 2002 ABE. 02

EGIAZTATUA / COMPULSADO

Funtzionaria / El Funcionario

CERTIFICO: Que segun documentacion qu
obra en los archivos de esta Depend
cia el soldado AGUSTIN EGUIAZABAL GA
BE, del reemplazo de mil novecientos
treinta y siete, por el cuerpo de Cesto
de esta provincia, presto sus servicios
en el Batallon de Trabajadores numer
setenta y seis desde el dia diecinueve
de octubre de mil novecientos tre
ta y siete hasta el dia veintitres d
de octubre de mil novecientos treinta
y nueve, que por orden de la superior
dad, fue puesto en libertad.

Y para que conste, expido el presen
te certificado en San Sebastian a on
ce de noviembre de mil novecientos c
renta y uno.



EL TENIENTE CORONEL JEFE

[Firma manuscrita]

[Firma manuscrita]

ESTADO CHAGAS
ATENCION
S G 30A 1001 2000
ESTADO CHAGAS
ESTADO CHAGAS



BON. DISCIPLINARIO NUM. 37.- 2 COMPANIA

DON. VALERIANO LIEBANA DIEZ, CAPITAN
DE LA SEGUNDA COMPANIA, DEL BATALLON DISCIPLINARIO



ZARAUZKO GIZALDADOS TRABAJADORES NUM. 37.-

IDAZKARITZA

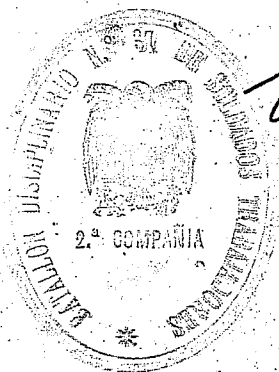
Zarautz, 2002 ABE 02

EGIAZTATUA / COMPULSADO

Funtzionario / El Funcionario

C E R T I F I C O: Que el Soldado Trabajador AGUSTIN EGUIAZABAL GARIBI, presta sus servicios en esta Unidad desde el 31 de Agosto de 1.940. hasta la fecha habiendo observado buena conducta.

Y para que conste expido el presente certificado en Quintana del Puente a veinte de Octubre de mil novecientos cuarenta y uno.-



Valeriano Liebana Diez

MAJOR GENERAL
ASST. DIR. OF INVESTIGATION
U. S. DEPT. OF JUSTICE
WASHINGTON, D. C. 20535



SUBDIRECCION DE ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

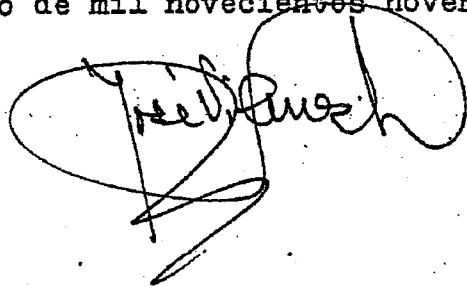
ARCHIVO GENERAL MILITAR DE GUADALAJARA

DON JOSE VILCHEZ HEREDIA, COMANDANTE DE OFICINAS MILITARES, JEFE DE LA 1ª SECCION DEL ARCHIVO GENERAL MILITAR DE GUADALAJARA, DEL QUE ES EL PRIMER JEFE EL CORONEL DE INFANTERIA ESCALA SUPERIOR DON CARLOS VALERO RAMOS.

C E R T I F I C O: Que según los datos que obran en este Archivo correspondientes a DON Francisco ALONSO URIARTE nacido en Sestao (Vizcaya) el 18 de Septiembre de 1.916. Hijo de Eugenio y de Asunción, permaneció en Campos de Concentración y Batallones Disciplinarios los períodos de tiempo que a continuación se indican:

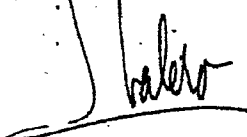
- Depósito de Concentración de Miranda de Ebro, desde el 8-07-1940 al 17-07-1940.
- Batallón Disciplinario de Soldados Trabajadores, nº 38, desde el 17-07-1940 al 15-12-1942.

Y para que conste a petición del interesado y a efectos de acogerse a los beneficios prevenidos en la Disposición Adicional decimooctava de la Ley 4/1990, de 29 de Junio de los Presupuestos Generales del Estado para 1990, se expide el presente en Guadalajara, a once de Marzo de mil novecientos noventa y dos.



Vº Bº

EL CORONEL JEFE,



CERTIFICO que la presente fotocopia rubricada y sellada concuerda fielmente con el original.

Madrid, 27 de marzo de 1992

EL CAPITÁN

493



Edo.: Manuel Caballero Moreno



Comunista - Bº de la Cadena

EL (1)

EXCMO. SEÑOR CAPITAN GENERAL DE LA 6ª REGION

y en su nombre el (2) SEÑOR CORONEL JEFE DEL REGIMIENTO DE INFANTERIA GARE-

LLANO Nº 45- D. Luis Suances Paris

CONCEDO LICENCIA ABSOLUTA, por haber permanecido (3) 18 años en el Servicio Militar desde la

fecha de su ingreso en Caja, según lo dispuesto en el artículo 18 del Reglamento aprobado por Decreto (4) 27-2-25

al reservista al FRANCISCO ALONSO URIARTE, hijo de Eugenio y de Asunción

, natural de Sestao, Ayuntamiento de Sestao

provincia de Vizcaya, nació el día 18 de Septiembre de 1916, de oficio

jornalero, su estado ----- Fué alistado en el reemplazo de 1937 y clasifi-

cado como Prisionero de Guerra, habiendo prestado los servicios que se expresan al dorso

Y por haber cumplido su compromiso en el Ejército, expido la presente en Bilbao, a 31

de Marzo de 1955



Luis Suances Paris

ANEXO - 18**SITUACIONES, SERVICIOS Y VICISITUDES (1)**

1.940

Se incorporó al Bon. Trabajadores en el depósito de concentración de Miranda de Ebro el 8 de Julio de 1.940 prestando servicios en dicho Batallón con ~~soldado trabajador~~ hasta el 12 de Noviembre de 1944 que fue licenciado pasando a disponibilidad en Regimiento de Infantería Garella no nº 45.

1.942

El 15 de Diciembre es destinado al Rto. Artillero nº 2 hasta el 24 de Enero de 1943 que es licenciado, quedando en situación de disponibilidad hasta finales de Marzo de 1955 en que se le concede la licencia absoluta.

CERTIFICO: Que el historial abreviado de servicios que antecede está sacado de la filiación original y que esta

Licencia ha sido anotada al folio 1 núm. 28.

Bilbao, 31 de Marzo de 1955

Comandante Jefe del C.M.R.

(1) Atenerse a lo dispuesto en el C. L. núm. 157 de 1930.

(2) Jefe del C. M. R. en los Cuerpos, o jefe de Mayoría en las Zonas



ANEXO - 19

BATALLON DISCIPLINARIO
DE SOLDADOS TRABAJADORES N.º 37

APECTO A LA COMANDANCIA DE INGENIEROS
DEL MINISTERIO DE LA GOBERNACION

COMANDANTE JEFE

Número

3736



ZARAUZKO O/DALA
IDAZKARITZA

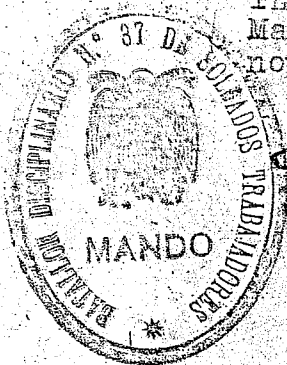
Zarautz, 2002 ABE. 02

EGIAZTATUA / COMPULSADO

Funtziolaria / El Funcionario

DON ANTONIO BLAZQUEZ JIMENEZ, COMANDANTE DE INFANTERIA, JEFE
DEL BATALLON DISCIPLINARIO DE SOLDADOS TRABAJADORES NUM. 37

CERTIFICADO : Que el soldado trabajador AGUSTIN
EGUI ZABAL GARIBI, ingresó en el
Batallón de mi mando el día veinti-
cuatro de Julio de mil novecientos
cuarenta, causando baja en el mismo
por pasar destinado al Regimiento
de Infanteria N.º 2, con fecha vein-
tiuno de Octubre del presente año;
habiendo observado durante su perma-
nencia en esta Unida buena conducta.
Y para que conste y a petición del
interesado, expido el presente en
Madrid a siete de Noviembre de mil
novecientos cuarenta y uno.



Antonio Blázquez Jiménez



LISTA DE PERSONAS ENTREVISTADAS

- D. Xabier Arzalluz Antia (político).
- D. Txomin Bereciartua Aramburu (sacerdote).
- D. José Antonio Pérez Pérez (historiador).

Componentes de Batallones de Trabajadores y/o de Batallones Disciplinarios de Soldados Trabajadores:

- D. Francisco Alonso Uriarte.
- D. Elías Díez Aguirregoitia.
- D. Agustín Eguiazabal Garibi.
- D. José Moreno Torres.
- D. Benito Otazua Asua.
- D. José María Otsoa de Txintxetru y Oñate.
- D. Evaristo Santafé Blasco.

Dña. Ana Aja Fuentes (esposa de D. Francisco Alonso).

Dña. Miren Bilbao Ibarrondo (esposa de D. José María Otsoa de Txintxetru).

Dos Niños y una niña que sufrieron por extensión las consecuencias de la guerra.

- D. Joseba de Aguirre Zabala.
- D. Jesús Etxarri Fernández.
- Dña. Miren Solaberrieta Mendiola.

Componentes de la organización ETA.

- D. Josu Bilbao Kos.
- D. Juanjo San Sebastián Arroyo.

